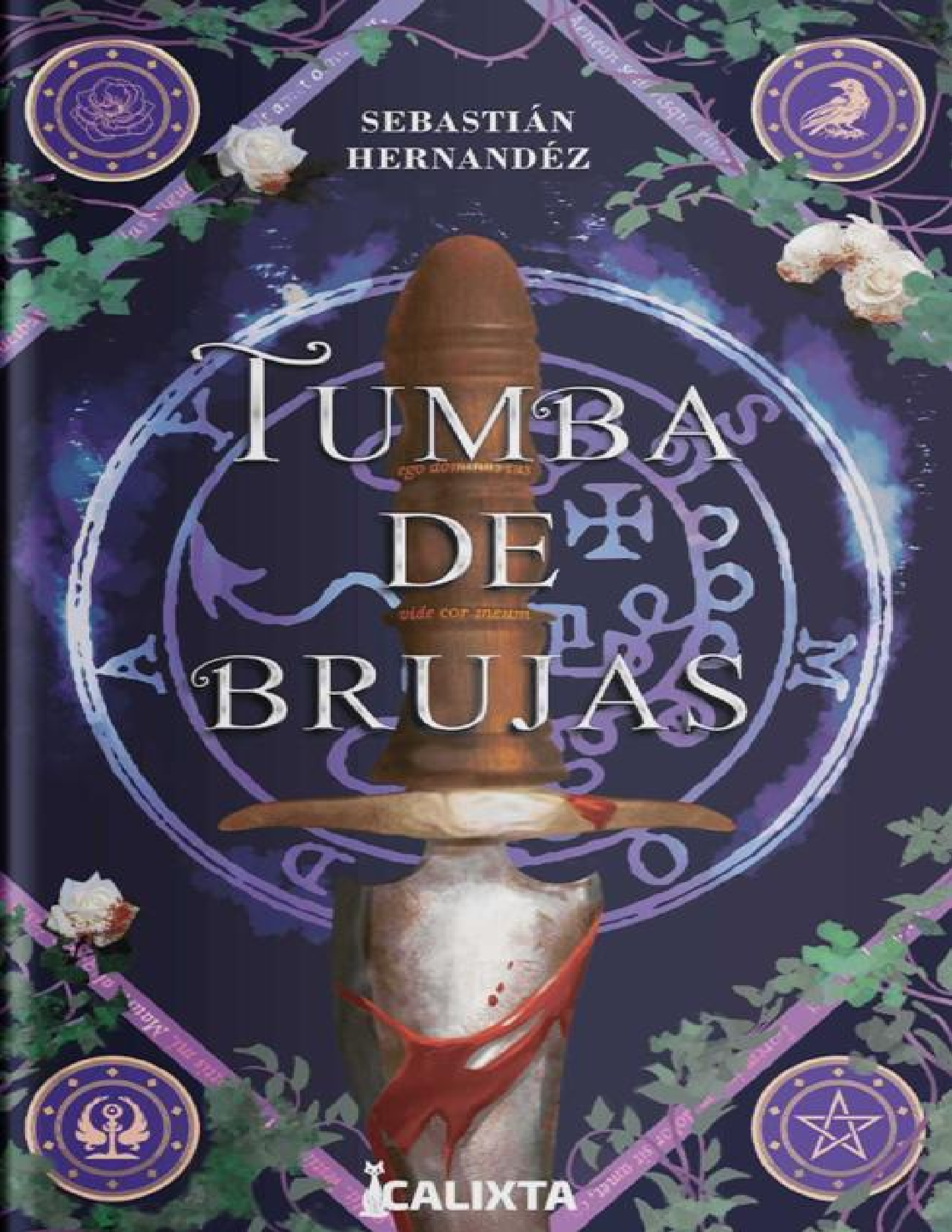
SEBASTIÁN HERNANDÉZ

TUMBA DE BRUJAS



CALIXTA

Tumba de brujas

SEBASTIÁN HERNÁNDEZ

MORGANA

CALIXTA EDITORES

TUMBA DE BRUJAS ©2023 Sebastián Hernandez
Reservados todos los derechos
Calixta Editores S.A.S
Primera Edición Diciembre 2023
Bogotá, Colombia

Editado por: ©Calixta Editores S.A.S
E-mail: miau@calixtaeditores.com
Teléfono: (571) 3476648
Web: www.calixtaeditores.com
ISBN: 978-628-7631-57-1
Editor: María Fernanda Medrano Prado
Corrección de estilo: Julián Herrera Vásquez
Corrección de planchas: Laura Puentes - Diego Santamaría
Maqueta e ilustración de cubierta: Martin López Lesmes @martinpaint
Diagramación: David Avendaño @art.davidrolea
Impreso en Colombia – Printed in Colombia
Todos los derechos reservados:
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.

Para mi mamá, la mujer más resiliente y poderosa que he conocido.

Capítulo 1

La noche está oculta entre la inmensa oscuridad que producen las nubes altas, no hay luna visible en el cielo, ni estrellas, solo la luz de la ciudad que se asoma detrás del bosque. El viento sopla con fuerza desde el este, haciendo que los árboles se inclinen con gracia. Un zumbido se oye en el aire que apunta en una dirección específica, entre los árboles, más allá de donde la gente suele pasear, muchos metros adentro, al llegar a la mitad del bosque está ‘la pequeña cascada’, un lugar de reuniones populares, pero que ha sido usado para rituales mágicos, es un portal de energía muy poderoso, los ciudadanos cuentan muchas historias y supersticiones sobre la cascada, pero ninguna podría estar más alejada de la realidad porque los horrores de los que este montón de roca, tierra y agua han sido testigos, se alejan de la mente de cualquier bañista.

Dos hombres se acercan por la carretera, desvían su camino hacia el bosque, caminan entre los árboles y la maleza hasta llegar a un arco que se forma por seis grandes troncos, tres a cada lado. Los dos hombres cargan un maletín no muy pesado. Ninguno emite palabra, se toman de la mano y se paran frente al arco, al tiempo elevan los brazos hacia arriba y cantan:

—Aperi inguernu sacru scuru terra.

Tres veces recitan el conjuro mientras que el viento comienza a empujar las hojas caídas en el suelo, los abrigos negros de los hombres se mueven hacia el centro de los árboles. Ambos levantan sus maletas y entran con determinación, avanzan hacia la dirección en la que empuja el viento; luego de unos minutos comienzan a ver un destello de luz que cada vez se hace más resplandeciente, el bosque deja ver una gran fogata que arde con fuerza; alrededor hay cuatro personas sentadas, difíciles de diferenciar por sus túnicas negras, con los ojos metidos entre la oscuridad de sus capuchas y la mirada puesta en las llamas. Los dos hombres caminan por detrás del fuego, y a unos pasos más atrás, un hombre alto e imponente, con una túnica negra en su exterior y roja en el interior, los espera. Los hombres le entregan las maletas y las ponen –cada una– sobre dos mesas ubicadas a unos metros de la fogata; las abren, el hombre de la túnica se acerca a la mesa de la izquierda, saca un athame[1] curvo en el medio, una soga negra y un sobre de papel, quita la maleta y deja los tres objetos allí, camina hacia la otra mesa y saca los mismos artículos.

—¡Tráiganlos! —grita el hombre de la túnica de dos colores: el líder. Se ubica entre las esquinas de las dos mesas, respira profundo, está listo para presidir lo que será un gran momento para él.

Los cuatro se levantan del rededor de la fogata, caminan hacia la cascada y en pocos minutos regresan, con ellos traen amarradas a dos personas, sus cabezas están cubiertas con una funda sucia; ambos prisioneros se resisten, por lo que con dificultad son llevados hasta las mesas; los encapuchados los acuestan y amarran sus brazos y piernas, pasando la soga negra por debajo de la mesa, dos de los cuatro, son mujeres; ellas ubican cuatro velones altos y blancos, alrededor de las víctimas, los athames reposan al costado de cada uno, mientras el hombre de la túnica en la cabecera de las mesas extiende sus brazos, los demás forman un círculo junto con el fuego rodeando a los tributos. La ceremonia da inicio.

Las mujeres arrancan de un tirón las fundas de la cabeza de ambas víctimas: la primera es una joven que aparenta unos diecisiete años, de pelo castaño claro. En la otra mesa está un niño, de quizá unos doce, el cabello del mismo color: son hermanos. Ambos se mueven y se revuelcan

tratando de liberarse, sus ojos siguen vendados, al igual que sus bocas.

—¡Escúchanos! —grita el líder, mientras levanta los brazos—. Escúchennos seres de la dimensión del orco, rey de los muertos; aquí llamamos a los poderes oscuros para que se manifiesten. Epikielo vex dimoniorum.

Los demás se reúnen alrededor de los sacrificios y comienzan a emitir un sonido particular, un ceceo que termina en una exhalación prolongada, como un suspiro lento y frío.

—Asmodeo ven a nosotros, Asmodeo te invocamos.

Todos se unen bajo el mismo cántico:

—Veni ad noi a nox scumata, acerba uideant in nobis da teme avemu invucatu, Asmodeo.

Cada vez se hace más intenso, se toman de la mano y siguen recitando el hechizo. El fuego comienza a moverse como si tuviera voluntad propia, crece y palpita, parece que formara la cabeza de un carnero. El viento sopla con fuerza.

—Mi señor —El hombre de la túnica dice al esbozar una sonrisa—, gracias por bendecirnos con tu presencia. En esta noche oscura te ofrecemos estos cuerpos jóvenes y llenos de poder, déjalos ser tus sirvientes, llénalos con tu gracia y favorece nuestro propósito.

El hombre le quita la venda al niño, uno de sus ojos es azul y el otro café. El pequeño mira asustado, ve a su hermana en la mesa del lado, quieta, como muerta, su corazón comienza a latir con rapidez mientras el ritual continua.

—Úsalo como sea tu mando. Epikielo vex dimoniorum.

Todos repiten el conjuro.

El fuego crece, hacia arriba y hacia los lados; el niño comienza a retorcerse, grita, pero sus intentos se quedan atrapados en la mordaza, con pánico mira hacia arriba mientras el hombre se acerca, lo mira y ve en sus pupilas unos ojos que lo observan de regreso, la voluntad del niño abandona su cuerpo al solo imaginarse lo que viene. El hombre toma el athame y con un solo impulso se lo clava en medio del pecho, el niño suspira y agoniza por un momento. Después el puñal curvo es retirado y llevado con cuidado al fuego, donde el hechicero deja gotear siete veces la sangre del inocente, una por cada asistente; luego, una de las mujeres comienza a untar una especie de ungüento sobre la herida del niño.

—Muy bien, ahora vamos con la otra —dice el líder a medida que se acerca a la joven. La mira fijamente, le quita la venda y ve sus ojos cafés, que no demuestran expresión—. ¡Oh, poderoso Asmodeo… —El hechicero deja de hablar.

Los demás se miran confundidos, un fuerte ventarrón comienza a llegar de todas las direcciones, como si el viento peleara consigo mismo. El hombre entierra en el barro el athame con el que mató al niño, lo empuja con el pie hasta que queda bien escondido. Los vientos disminuyen el fuego hasta casi apagarlo.

—¡Váyanse! Huyan ya —grita.

Algunos corren, otros se quedan. El hechicero trata de alcanzar el otro athame y clavarlo en el pecho de la joven y así terminar el ritual, pero justo antes de lograrlo, el viento se pone más intenso, de tal forma que no deja que la apuñale y el arma sale volando de su mano, para luego ver cómo las figuras de cuatro extraños aparecen acercándose detrás del fuego, desde donde viene el viento.

Los dos hombres que aún quedan a su lado tratan de protegerlo, se ponen frente a él, pero una mujer de los intrusos saca dos botellas pequeñas y se las ofrece, el primero de ellos recibe una con tranquilidad y bebe el líquido que contiene, mientras que el otro opone resistencia, ella lo mira con intensidad, las manos del hombre comienzan a temblar, hasta que se lleva la poción a la

boca, aún en contra de su voluntad, sus ojos y el resto de su cara tiemblan, con dificultad bebe; tal como su compañero, cae al suelo.

El hombre de la túnica mira asustado desde atrás.

—Llegaron tarde, el sacrificio está hecho.

Una niebla oscura los envuelve deprisa, es tan espesa que el hechicero desaparece entre ella, se pierde entre los árboles y la bruma. Dos de los intrusos liberan a la joven, cortan la soga con un puñal dorado, la chica se levanta desesperada y corre a la otra mesa, al cuerpo de su hermano, pero lo ve ahí… sin vida, llora desconsolada y sea aferra a él con fuerza.

—Necesitamos salir de acá —dice una mujer, la otra del grupo intruso.

—¿Y mi hermano? —pregunta la joven apretando el cuerpo con fuerza.

—Él ya no está en este plano. Ven con nosotros si quieres vivir.

La joven no responde y agacha la cabeza, la mujer la toma por el brazo y la levanta, juntas comienzan a caminar.

—Pero… su cuerpo… —insiste la joven.

—Tenemos que irnos ya, o más de ellos van a venir —le responde la mujer, arrastrándola por el brazo.

La otra mujer se queda atrás, se detiene, mira el fuego y las mesas, de su bolsillo saca una hoja de papel, en ella está dibujada una runa mágica, lo arroja al fuego, da tres pasos atrás y dice:

—Brusgia altum.

Una ola de fuego crece desde el suelo y forma una columna de brasas, las aguas de la cascada también se levantan; diez segundos después, la llama y el agua caen, el cuerpo del niño yace incinerado sobre el suelo, será imposible identificarlo ahora. Sin embargo, los cuerpos de los dos hombres quedan intactos, sin vida, sobre el suelo quemado. La joven mira lo que ocurre con horror, mientras es arrastrada de ese lugar. Cruzan por lo que fue un arco de árboles, pero ahora no tiene forma alguna, no están unidos, se ven caídos y quemados. Con toda la velocidad que pueden, llegan a la carretera, caminan unos metros hasta que ven un carro esperándolos, los cinco abordan.

—¿Qué son ustedes? ¿Qué pasó? ¿A dónde vamos? —pregunta la joven con la voz cortada.

La primera mujer la mira con algo de dulzura, le toma la mano y le dice:

—Puedes estar tranquila, no te pasará nada malo. Todas las preguntas que tienes serán resueltas cuando lleguemos.

A pesar de las preguntas que se revuelven en su cabeza, ya no es capaz de decir nada más. Todo lo que acaba de pasar le parece más un sueño.

Capítulo 2

El auto avanza con velocidad, pero para la joven el tiempo se quedó detenido en el instante mismo en el que vio a su hermano muerto sobre una mesa de madera; todo se siente como una pesadilla, pero la verdad es que todo está pasando frente a sus ojos.

Después de un rato, llegan a un portón blanco de rejilla de metal, rodeado de árboles y una cerca alta de arbusto verde, que aseguran una gran casona. Las puertas se abren y el carro ingresa.

La joven mira desde la ventana mientras se acercan a una casa grande, oscurecida por la noche, pero no logra pensar nada, su mente está suspendida, su imaginación muerta, ¿Qué se podrá encontrar allá? No sabe, y tal vez no le importe. El viaje termina, todos se bajan y entran, pero la joven se queda de pie, mira el piso, una de las mujeres la toma por los hombros y juntas suben los escalones de la casa, un corredor los recibe adornado por siete columnas blancas, la puerta principal también es blanca, metálica y pesada, mide unos dos metros y medio, al abrirse y entrar, un salón grande se empieza a iluminar, las paredes también son blancas y el piso es de madera, no tienen adorno alguno, solo hay un sofá pequeño, dos sillas y una mesa de centro circular, todo blanco. En el fondo la joven logra ver una silueta que se mueve y desaparece.

Hacia la izquierda del salón, se puede ver la entrada a una habitación de donde solo se asoman algunas plantas; a la derecha de la casa hay un cuarto con un gran comedor. La mujer lleva a la joven hasta el sofá. Unos pasos se sienten en todo el lugar, al parecer ninguno sabe de qué dirección vienen, cada vez se oyen más fuerte, como si caminara frente a ellos. La joven sigue el ruido con su mirada abajo, ahora los pasos se sienten detrás de ella, pero no hay nadie, cuando regresa la mirada, una mujer ya está sentada en una silla al frente.

—¿Cómo te llamas? —pregunta la mujer, mirándola de manera penetrante.

—Serena —responde con miedo— ¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Delfina. Soy la Deífica de esta casa, nosotros somos un grupo de brujos, pero puedes estar tranquila. Ahora estás a salvo —Es una mujer mayor, Serena lo nota, no por su cara, porque no la mira directo, pero por su voz, es más madura y maternal.

—¿Qué le pasó a mi hermano? ¿Por qué nos secuestraron? ¿Por qué lo mataron? —Sus preguntas están cargadas de angustia, pero su voz se siente plana, como si no estuviera presente.

La Deífica se inclina desde su silla, en ese momento la otra mujer aparece con una bandeja y una taza de té, la pone sobre la mesa y se queda de pie detrás, al lado de la silla. Los dos hombres que completan el quinteto de extraños observan tranquilos desde la entrada.

—Bebe por favor, tiene un poco de belladona, te relajará —dice la mujer del té.

La Deífica le hace un gesto de aprobación, Serena duda por un segundo, pero se decide por beberlo, después del primer sorbo, se siente mejor, su piel retoma un color más cálido del que tenía.

—Lo que le pasó a tu hermano fue una horrible tragedia —contesta al fin—, no pudimos rescatarlos a ambos, y por eso me disculpo.

—¿Por qué nos pasó esto? —pregunta Serena entre los dientes, sus nervios no se calman del todo.

—Las personas de hoy son brujos, pero no como nosotros, su ambición es el poder. Son seguidores de un demonio, y creíamos que habían desaparecido, no sabemos a ciencia cierta qué

querían contigo o con tu hermano, pero sabemos que esos rituales requieren gran poder.

—¿Ritual? ¿Eran satánicos?

—No precisamente. Creemos que el alma de tu hermano fue ofrecida como tributo a un espíritu maligno, a un demonio…

—¡Asmodeo! —dice Serena contundente.

Un silencio invade la habitación, todos se miran entre ellos, un sentimiento de temor crece en el ambiente.

—¿Asmodeo? —pregunta la Deífica.

—Sí, ese fue el nombre que escuché cuando el hombre hablaba, le hablaba a Asmodeo ¿Qué es?

—Dime algo, Serena, ¿Hay brujas en tu familia?

—¿Brujas? No, no creo, no así por lo menos, no como ustedes —responde asustada.

—Piensa, mi niña, ¿alguien que hiciera cosas mágicas?

Por un momento Serena se queda en silencio, abrumada por todo lo que ha vivido, recuerda algo.

—Mi abuela hacía cosas, pero no así —Duda.

—¿Qué cosas?... Serena, es importante que nos digas esto, necesitamos saber por qué te querían y a tu hermano, por favor.

—No sé, mamá contaba que enterraba cosas amarradas en plantas dentro de la casa, fumaba tabaco y ayudaba a personas en el amor —El té logra calmarla un poco más.

De nuevo, la habitación se queda en silencio, la Deífica agacha la mirada, es más grave de lo que se imaginaban, todos excepto Serena saben qué significaba esto.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Esto no es bueno. Lo que hacía tu abuela es magia latina, es una mezcla de diferentes prácticas mágicas. Tú y tu hermano debieron haber heredado el llamado.

—¿Eso qué quiere decir? —inquiere otra vez, cada vez más desconcertada.

—Quiere decir que hay una esencia mágica en tu familia, por eso estaban detrás de ustedes, porque querían ofrecer su poder a Asmodeo —Delfina está preocupada y ansiosa.

—Por eso mataron a mi hermano.

—Eso creo. Serena, invocar demonios es algo prohibido para brujas y brujos, requiere mucho poder y es muy peligroso. La magia solo puede traer la influencia de un demonio a esta dimensión, y si pasa, va a ser muy difícil detenerlos... y menos si es Asmodeo.

—¿Lo mataron por lo que nuestra abuela hacía?

—No, lo sacrificaron como tributo, no estoy segura si su tendencia especial a la magia tuvo que ser un factor importante en eso, no muchos brujos nacen con el llamado. Tampoco sabemos qué pueden estar recibiendo a cambio, nadie hace esto sin tener un propósito claro.

Serena está muy abrumada por todo lo que oye, su familia tiene sangre mágica y su hermano ha muerto por eso, ahora todo está relacionado con demonios y muerte, su cabeza no para de dar vueltas y su corazón palpita a toda marcha, de no ser por el té, ya estaría en el suelo. Unos segundos pasan en silencio mientras la joven trata de entender todo lo que acaba de escuchar; de un sorbo bebe el resto del té, mira a su alrededor y se da cuenta que no sabe dónde está, no sabe quiénes son esas personas y más importante, no sabe si confiar en ellos o no.

—¿Quiénes son ustedes? —les pregunta una vez más.

—Esta casa es la base de un coven, un aquelarre muy antiguo, una orden que data de hace muchos años. De un tiempo para acá, nos dimos cuenta de que había una conexión entre unas

desapariciones y una actividad mágica que está creciendo, ahora tenemos una idea de qué está pasando en realidad.

—Necesito irme de acá —dice Serena mientras se levanta de la silla.

—No creo que sea buena idea. ¿Por qué no te quedas con nosotros? —pregunta la Deífica.

—¿Quedarme con ustedes? No los conozco. Usted solo está ahí diciéndome todas estas cosas, pero no sé si es verdad. Usted habla de lo que querían hacerme esos brujos, pero no de lo que quieren hacerme ustedes; ustedes son brujos, iguales a los que mataron a mi hermano.

—No, no como ellos —dice la mujer del té.

—Serena, no somos como ellos, no queremos herirte, queremos protegerte.

—¡¿Por qué?! ¿Por las mismas razones por las que me iban a matar a mí también? ¿Por lo que hacía mi abuela?

—No, Serena, por ninguna de esas razones —La Deífica se ve calmada, pero con su mirada seria busca los ojos esquivos de la joven—. No tiene que ver contigo, queremos protegerte no por tu abuela, por el demonio que estaba detrás de ti. No es la primera vez que este demonio se cruza en mi camino, y si está en mi poder y el de este aquelarre, no podemos dejar que acumulen fuerza, no de nuevo. Por eso te pido que te quedes con nosotros, por lo menos hasta que sepamos que vas a estar segura afuera además necesitas descansar.

Serena lo piensa, mira a los ojos de las cinco personas que la están viendo, ¿qué más puede hacer?, no tiene a dónde ir, y si estas personas la quieren muerta, no cree que haya mucho que pueda hacer para darles pelea. Sin muchas opciones, asiente con la cabeza y acepta quedarse. La Deífica se levanta y se acerca a Serena, le estira la mano y cuando recibe la de la joven la aprieta suave, la mira a los ojos y le dice:

—Estás en familia, acá te cuidaremos. Ve a descansar. Sara, acompaña a Serena al cuarto del fondo.

Sara, la mujer que estaba de pie, asiente y toma por el brazo a Serena, juntas caminan por el medio de la casa, dentro de una especie de patio interno, llegan a las escaleras que se alzan una a cada lado, la joven mira hacia atrás y nota que ya no hay nadie en la habitación. Ha entrado a un mundo del que no sabe nada, y ahora está en la casa de unos desconocidos, con la promesa de protegerla, sus opciones son limitadas, la última familia que le quedaba murió hace unas horas, si se va ¿a dónde iría? ¿Quién la podría ayudar? ¿Qué le podría decir a la policía por ejemplo? Eso si se logra escapar de esta casona, no cree que la dejen salir por su propia cuenta, solo le queda seguir la corriente.

Los caminos de las escaleras conducen a un mismo pasillo, Sara y Serena suben en silencio por la izquierda y caminan dos cuartos hacia adentro, el pasillo es blanco, las paredes y las puertas igual. Sara abre una puerta, adentro solo hay una cama con tendido blanco, una pequeña mesa al lado, al frente una mesa más grande y un espejo, al fondo del cuarto la puerta del baño; ambas entran en silencio, Sara destiende la cama y alista las almohadas; Serena se sienta sobre la cama, mira sus pies sucios y golpeados, el té la calmó bastante.

—Te puedes dar un baño si quieres —dice Sara.

—Gracias por salvarme.

—Es lo mínimo que se puede hacer —responde con una sonrisa.

—Pero ustedes no nos conocían, no era su obligación, se arriesgaron por nosotros, por mí.

—A veces debes ofrecer ayudar a otros solo porque puedes hacerlo, no se necesita una razón para ayudar.

Serena no responde nada. Se alista para descansar.

—Sara… ¿Tú también eres una bruja natural?

—No, yo decidí volverme bruja hace tan solo un par de años, ahora vivo acá y ayudo a proteger el coven.

—¿De demonios?

—Entre otras cosas... En este mundo hay más de lo que nuestros ojos pueden ver, y más maldad de la que podemos sentir. Descansa, más tarde vengo y podemos seguir hablando.

—Sí, lo intentaré.

Sara cierra las cortinas de la habitación dejándola oscura. Serena cierra los ojos y trata de descansar, sin saber que le faltará mucho tiempo para volver a sentirse tranquila en las noches.

Más de doce horas pasan mientras Serena descansa, sin embargo, no logró dormir bien, imaginarse la imagen del puñal entrando en el pecho de su hermano la atormentó anoche y la atormentará el resto de su vida. La chica decide intentar salir del cuarto. Piensa en que nadie sabe que está viva y toda su familia murió en circunstancias extrañas, le podrían hacer cualquier cosa y a nadie le importaría. La puerta de su habitación se abre sin problema, cosa que le da alivio; la casa está aparentemente vacía, solo se oye un suave ruido que viene desde la cocina.

La cocina de la mansión es de un gran espacio, con muchas estufas, unas modernas, pegadas a la pared de la izquierda, y a la derecha, unos fogones grandes y metálicos, especiales para grandes ollas. En el centro hay una mesa de roble de unos tres metros, que ocupa más de la mitad del largo del lugar, sobre ella están tres libros grandes y gruesos, los libros de las sombras del aquelarre de Delfina, mientras que ella pasea por la cocina con un té en la mano, trata de entender cuál puede ser el propósito real de las invocaciones a Asmodeo. ¿Qué les podría estar ofreciendo?

—Entra, Serena, está bien —dice la Deífica mientras se sienta.

Delfina no aparenta más de cincuenta años, aunque Serena cree que puede ser mayor, su cara pálida tiene un brillo digno de alguien que se ha cuidado la piel y que no usa mucho maquillaje, sus arrugas casi ni se notan; su cabello llega hasta los hombros, liso y castaño, más claro ahora que el sol que entra le refleja. Su sonrisa es relajante y de cierta forma le inspira confianza.

—Discúlpeme, Delfina, no quería interrumpirla —responde tímida, aún usando su ropa sucia y manchada.

—No me interrumpes. Has dormido mucho ¿Cómo te sientes?

—Dormí un rato… pero, me siento muy tranquila y creo que no debería.

—No te preocupes, es el té de ayer. —Se levanta, agarra una taza de un estante, la acerca a su pequeña pero aguileña nariz, la huele, y luego sirve más té en ella—. Toma, bebe un poco más, no te hará daño.

—Está bien —Recibe la taza—. ¿Qué son estos libros?

—Se llaman Libros de las Sombras.

Serena se asusta un poco y se arrepiente de tomar uno.

—Tranquila, puedes tocarlos, el nombre no tiene nada de maligno o algo por el estilo, la gente tiene un mal concepto sobre las sombras, se le asocia a algo malo, pero no lo son. Las sombras albergan el poder secreto, nuestro poder, la magia, como muchos le decimos, las sombras son hijos y sirvientes de la luz.

—La religión dice que es maligna.

—Las religiones dicen muchas cosas, sus intenciones son políticas. La magia no es mala o buena, así como las personas, nadie nace malo o bueno, son nuestras acciones las que determinan eso, la magia viene de acá, del corazón, de las emociones. Un hechizo no funciona porque lo dice

un brujo, funciona por la intención, por la energía y el propósito, lo demás es transformación.

—¿O sea que cualquiera puede hacer magia? —Serena se siente más en confianza.

—Sí y no, la magia te elige, tú decides si aceptas el llamado o no. En casos como el tuyo el llamado es más fuerte, viene de sangre; cosa que también lo hace localizable.

—¿O sea que esas personas que intentaron matarme saben dónde estoy?

—Es probable, la magia siempre deja rastro, pero mientras estés en esta casa nada te pasará, no hay lugar más seguro.

—¿Segura?

—Segura.

Los tres libros de las sombras tienen un color que los distingue, el negro tiene registro de todos los rituales y hechizos conocidos y creados por el aquelarre; conserva cánticos y oraciones de protección. El verde es una especie de guía o bitácora donde está todo lo que hay que saber sobre la brujería, es el principal manual para las brujas recién iniciadas y su proceso mágico. El rojo es un manual de alta magia, contiene historias, pociones y rituales muy poderosos recopilados de diferentes estilos de magia del mundo, algunos creen que muchos de sus hechizos son imposibles de hacer.

—¿Qué buscas en estos libros? —pregunta Serena mientras toma el libro de las sombras rojo, lo abre por el centro y ve en él el hechizo Brusgia.

—Ese hechizo hace que de la tierra brote una ola de fuego que elimina encantamientos o rituales, es una medida desesperada.

—Creo que ese fue el que Sara usó anoche.

—Sí, es un hechizo difícil de hacer, pero una vez lo logras, se hace cada vez más simple de invocar. Uno de estos libros tiene la respuesta.

—¿La respuesta a qué?

—La respuesta de por qué se están haciendo sacrificios de brujas y brujos no iniciados. Siento que esto está conectado a algo más, algo grande y malvado —dice con mucha preocupación.

Una ráfaga de viento entra a la cocina, los libros se abren y sus hojas comienzan a pasar con rapidez, hasta que uno a uno las páginas paran, ambas se acercan, Serena mira los libros con distancia, mientras que Delfina los toma con propiedad.

El libro verde queda abierto en las páginas 204 y 205, muestra un hechizo para cargar objetos con magia. En el libro negro se ve el: Invocatio bru putenzi, un ritual que permite invocar los poderes de otra bruja. El libro rojo no tiene numeración en sus páginas, pero queda abierto después de la mitad en una historia llamada: Las cinco brujas reales, una narración que habla de poderosas brujas del pasado y sus sacrificios por la brujería.

—No existen las coincidencias, Serena —dice la Deífica con un tono de sorpresa, mirando fijo a la joven—, a veces si quieres respuestas solo tienes que preguntar.

Serena se queda en silencio, no entiende muy bien lo que acaba de pasar, pero empieza a hacerse muchas preguntas.

Sara y los demás llegan corriendo a la cocina.

—¡Delfina! ¡Deífica!

—¡¿Qué pasa?! —responde con sorpresa.

—Alguien está intentando entrar a la mansión.

---

1 Daga ceremonial utilizada en la Wicca

Capítulo 3

El día se está oscureciendo, la tarde llega a su fin y la luna creciente se asoma desde temprano. La Deífica y los demás corren hasta el segundo piso, en el frente de la casa hay un balcón desde donde se puede ver el antejardín, el jardín, el portón principal, un poco de la carretera que pasa por el frente y unos árboles del bosque. Cuatro hombres y tres mujeres están parados en la puerta, cuando los intrusos notan la presencia de los brujos en el balcón, su líder comienza a timbrar en el comunicador de la entrada, Delfina toma la bocina del citófono:

—¿Qué quieren?

—Usted debe ser Delfina, he escuchado algunas historias suyas.

—¿Quiénes son y qué quieren?

—¡Qué agresiva!, bien, directo al grano. Somos los hijos de Zain y queremos a la joven que nos robaron anoche.

—Zain está muerto al igual que todo su coven. Así que, de la forma más amable, les pido que se vayan. Esta es propiedad privada.

—Se equivoca. Muchas cosas han pasado estos años. Aquí estamos y no nos iremos hasta que nos entreguen a la niña.

El ritual a Asmodeo no había terminado, Serena debía ser sacrificada y así finalizar la invocación.

—No entregaremos a nadie —dice la Deífica.

—Si las cosas van a ser así, entonces tendremos que entrar a la fuerza por ella.

Delfina suspira con una risa irónica.

—Esta casa está protegida, nadie ha entrado por la fuerza en siglos.

—¿De verdad quiere probar su suerte? Porque puede ser que ese récord esté por terminar.

El hijo de Zain se retira del micrófono; desde el balcón, los demás ven cómo el grupo de brujos se unen en un círculo y se toman de las manos.

—¿Qué hacen? —pregunta Serena.

—Quieren romper el encantamiento del portón —responde Delfina.

—Imposible —dice Sara.

—Nada es imposible —replica la Deífica.

Serena se comienza a asustar, la noche anterior casi es sacrificada y hoy las mismas personas la quieren de nuevo para terminar con el ritual.

—Necesitamos defender la casa. Sara y Raquel vayan por los cristales y pónganlos afuera, empezando por el Este. ¡Vayan!

Ambas se miran y corren por los cristales, detrás de las escaleras de la derecha, hay un descenso pequeño que conduce al sótano, donde el coven guarda algunas de sus herramientas y libros.

—Otto y Paolo, enciendan una fogata grande al frente, fuera de los cristales, cerca al portón. Nadie va a invadir nuestra casa.

Los hombres corren para salir por la puerta de atrás de la cocina, y van hasta el vivero donde guardan madera.

Serena tiembla de miedo, pero en su interior algo le dice que debe confiar en que Delfina los va a proteger, aunque la líder del coven se vea pensativa.

—Así los acabemos hoy, te seguirán persiguiendo —le dice Delfina, mirándola de forma extraña.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque eres una bruja no iniciada.

—¿Qué significa eso?

—Significa dos cosas —Delfina la aleja del balcón y la entra a la casa—. Que no perteneces a ningún aquelarre, y que ellos te buscan porque tu llamado es innato. Y parece que están desesperados.

Serena se queda callada por un momento, mirando la impaciencia en el rostro de Delfina.

—¿Y si me inicio? ¿Me dejarían tranquila? —pregunta Serena con lágrimas en sus ojos y esa sensación de nudo en medio de la garganta.

Mirándola fijamente la Deífica se da cuenta que lo que dice Serena puede ser una buena opción, la única forma de terminar con esa persecución era iniciar la bruja en su coven y acabar de una vez con la invocación.

—No estoy segura de que pueda hacer que se olviden de ti, pero sí puede terminar con el ritual a Asmodeo en el que aún estás ligada —La cara de la Deífica recupera un poco de confianza.

—¡Hagámoslo! —dice la joven, aunque no sabe lo que esta decisión significa en realidad, está dispuesta a hacerlo para salvarse.

—Muy bien —responde Delfina—, en el cajón de la derecha de la estantería de la cocina hay un athame, una especie de puñal curvo, tráelo junto con el libro de las sombras negro, yo traeré el resto.

Delfina corre hacia el sótano, Serena va a la cocina, mientras que Raquel y Sara están terminando de poner los cristales afuera de la casa y Otto y Paolo, de darle estructura a la fogata.

Mientras tanto los hijos de Zain están tomados de la mano, juntos cantan el annularis, un cántico ritual que derrumba temporalmente antiguos encantamientos, requiere mucho poder y una gran concentración. El portón comienza a sacudirse despacio, iniciando el proceso de ruptura. La Deífica puede sentir lo que pasa en la entrada, Raquel y Sara corren hacia la casa justo cuando Otto y Paolo encienden la fogata.

—Los hijos de Zain están acá por ella —dice Delfina con mucha firmeza—, creemos que la única forma de evitar que se lleven a Serena es iniciándola en nuestro aquelarre.

—¿Tenemos tiempo? —pregunta Otto.

—No. Por eso necesito que nos den todo el que puedan. Otto y Raquel estarán abajo, con la fogata, manténganlos afuera. Sara y Paolo, ustedes van a estar desde el balcón, si alguien pisa el césped hagan que se lo trague, ¿Saben qué hechizo usar?

—Claro que sí —responde Paolo.

—Vayan, protejan la mansión mientras que hacemos la iniciación.

El grupo se divide según las órdenes de la Deífica, Serena comienza a poner unos velones en círculo tal y como se lo va indicando Delfina, mientras que ella alista el libro, el athame y el cáliz en el centro del espacio. La iniciación en el coven de Delfina toma varias horas y por lo general requiere ayuno, meditación y un espíritu tranquilo, libre de miedo.

—Entra al círculo y mantente de pie.

Serena hace lo que la Deífica le ordena y aunque teme, confía en que es la única opción para librarse de una muerte segura. Delfina se ubica frente al Este dentro del círculo con el libro en sus manos, cada vez que invita un espíritu natural, cambia su ubicación en sentido a las

manecillas del reloj y dice:

—¡Espíritus del este, seres protectores del viento y el pensamiento, oigan nuestro llamado y reúnanse acá con nosotras! —Se mueve mirando al Sur—, ¡Espíritus del Sur, seres protectores del fuego y la intención, oigan nuestro llamado y reúnanse acá con nosotras! —Ahora miran al Oeste—. ¡Espíritus del Oeste, seres protectores del agua y las emociones, oigan nuestro llamado y reúnanse acá con nosotras! ¡Espíritus del Norte, seres protectores de la tierra y las acciones, oigan nuestro llamado y reúnanse acá con nosotras! —Delfina hace el recorrido nuevamente, pero esta vez, levanta su brazo mientras camina, las velas que forman el círculo se encienden tras ella. El ritual da inicio.

Afuera, los hijos de Zain siguen con su cántico annularis, el portón cada vez está menos protegido, la magia del encantamiento está siendo debilitada. Otto y Raquel esperan junto a la fogata, el sonido del movimiento del portón se oye cada vez más fuerte.

—¿Qué vamos a hacer si entran? —pregunta Otto con miedo en su voz.

—Los quemamos vivos —responde Raquel con una mirada llena de determinación.

—¿Quemarlos vivos? Lo siento, Raquel, pero siguen siendo personas.

—Ellos no dudarían en quemarte vivo a ti, o hacerte cosas peores. Los hijos de Zain están dispuestos a hacer lo que sea con tal de cumplir su propósito, y así debemos hacerlo también nosotros.

— ¿Y cuál es nuestro propósito, matarlos? —Otto se ve alterado.

—Evitar que entren a la mansión, y si eso requiere acabar con ellos, lo haremos.

Otto mira con preocupación a Raquel, pocas veces la había visto tan llena de rabia, por lo general es una persona muy callada y taciturna, pero su comentario no le agrada.

—No es enserio lo de quemarlos vivos, ¿verdad? —dice con recelo.

—Es muy en serio —responde Raquel—, si ellos entran nos matarán a todos, robarán los libros de las sombras y quemarán la casa. Créeme, Otto, es lo que siempre hacen.

Otto respira profundo, lo que Raquel le dice es verdad, además las órdenes de Delfina son no dejarlos entrar a como dé lugar. En el fondo sabe que si no lo logran todos estarán muertos.

La iniciación sigue en el interior de la casa, Serena está ansiosa, quiere terminar con esto ya, la Deífica también quiere finalizar lo más pronto posible, pero el ritual debe hacerse bien. La joven toma el libro abierto por el centro, Delfina se inclina por el cáliz de vino y el athame, lo apunta a la base del cuello de Serena y ejerciendo un poco de presión dice:

—¿A qué quieres entrar a este círculo?

Serena se confunde por un momento, busca algo certero para decir, pero solo responde lo obvio:

—Porque quiero hacer parte del coven.

La Deífica sonríe levemente, con su mirada le hace un gesto para que lea lo que dice el libro; es un canto a los elementos, mientras ella recoge la copa, Serena comienza a recitarlo:

—Aire, fuego, agua y tierra. Aire, fuego, agua y tierra. Aire, fuego, agua y tierra…

El portón sigue temblando cada vez más fuerte, los hijos de Zain elevan sus voces para romper el encantamiento, los cantos se convierten en gritos y la energía crece. Juntos elevan sus brazos al cielo, el viento comienza a soplar golpeando a los brujos y al portón, nubes oscuras se reúnen sobre ellos, la puerta se estremece con mucha violencia, hasta que de repente, deja ir una energía con tanta fuerza que empuja a los hijos de Zain hacia atrás, dejando a uno de ellos inconsciente tendido sobre el suelo, los demás se levantan con afán. Uno acerca una maleta a la puerta y saca unas tijeras cizalla, el encantamiento estaba roto, solo les queda romper la cadena

de hierro que cubre la cerradura, lo cual no tomará mucho tiempo.

Todos en la casa reaccionan cuando el encantamiento se rompe, Otto y Raquel se preparan para conjurar el fuego.

—Llegó la hora, Otto, el candado no va a soportar por mucho —dice Raquel.

—Está bien, empecemos ya.

Sara y Paolo están en el balcón, su orden es atacar solo cuando los hijos de Zain toquen el césped, sin embargo, Paolo llevaba consigo una escopeta que reposa sobre la baranda.

— ¿Para qué es eso? —pregunta Sara.

— Como plan B.

— ¿Les vas a disparar? —Sorprendida.

—Si es necesario, sí. Ellos también son hombres y mujeres, a veces, una bala puede hacer lo que la magia no.

—La magia lo puede todo.

—Sí, pero hay veces que tarda mucho. Yo crecí en un coven que quedaba en una favela de Río, así que también aprendimos las leyes de la calle, no solo las mágicas.

La madre de Paolo fue la Deífica de un coven no muy antiguo, se había creado con el fin de reencaminar brujas y brujos perdidos en adicciones del cuerpo. Eran un aquelarre joven, sin muchas tradiciones propias, pero unidos. Un día unos brujos, que luego serían parte importante los hijos de Zain, llegaron y su magia no fue suficiente para combatirlos, entraron por la fuerza y los capturaron a todos. Los brujos y brujas más jóvenes fueron violados y torturados antes de quemarlos vivos en el patio del aquelarre. Las brujas mayores fueron cegadas, les quitaron las manos y a algunas les cortaron la lengua para que no pudieran conjurar. Paolo se escondió en un cuarto secreto del sótano por varias horas hasta que escuchó a su mamá en el oído, le dijo que debía escapar, que lo amaba y que nunca lo olvidaría. Salió como pudo por una pequeña ventana del sótano, miró hacia la casa y vio a su madre desnuda, tendida sobre su pecho en una mesa, amarrada de pies y manos, ellos la decapitaron y bebieron su sangre. Paolo fue testigo, cuando su cabeza tocó el suelo, sus ojos giraron hacia él, una imagen que nunca borraría de su mente. Corrió aterrado con todas sus fuerzas hasta que vio desde lo lejos como su casa ardía en llamas. No pudo hablar o emitir sonido por dos años hasta que Delfina lo encontró.

Sara, quien conoce la historia muy bien, entiende lo que Paolo quiere decir.

—Pues, cárgala bien porque tal vez la necesitemos esta noche —Respira profundo, está asustada.

La mansión ahora está sin protección, el encantamiento, el candado y las cadenas de hierro han sido quebrados, los hijos de Zain están listos para entrar por Serena, el único elemento faltante para completar la ofrenda al demonio. El líder abre las puertas de una patada, los brujos se alinean para entrar juntos, su plan está resultando a la perfección.

Otto y Raquel se miran, sacan unas ramas de diferentes árboles atadas con un cordel rojo, se acercan al fuego y las encienden, regresan a su ubicación dentro del círculo de cristales, llevan las ramas encendidas frente a su cara y le susurran al fuego:

—Da mihi spiritichi Ignis dá u vostru putere. Invito te fortitudem é vuluntá.

El color de las llamas en las ramas se torna casi violeta. Otto sube su mano al cielo y lentamente la lleva hacia la dirección de la puerta. Los hijos de Zain comienzan a ingresar con cautela.

—¡Ignis! —grita Otto.

La fogata crece, el fuego se mueve según los movimientos de Otto, el cual envía las llamas

hacia la puerta en una ráfaga que pasa frente a los brujos, tan fuerte que hace que retrocedan.

Cuando se recuperan, el líder de los hijos de Zain les da una última instrucción:

—Ustedes saben qué nos pasará si no recuperamos la ofrenda, Silas no estará contento. ¡Vamos a matar a estas brujas y a sacrificar a la niña!

Todos celebran las palabras de su líder, su energía crece, tres se apartan de la puerta para coger impulso y corren para entrar, pero otra de las ráfagas de fuego de Otto los empuja, tan pronto caen, los otros tres corren tras los primeros, Raquel reacciona con su Ignis, repeliéndolos también.

Los hijos de Zain se reagrupan, luego se dividen en dos, toman impulso, ráfagas de fuego se mueven en todas direcciones; deciden intentar otra estrategia, se toman de la mano y corren agachados, esta vez los Ignis no los detienen y una logra entrar. El líder alza su voz con fuerza llamando a la lluvia, esta le responde y un torrente de agua comienza a caer sobre la mansión, la fogata pierde intensidad al igual que la magia del fuego. Otto reacciona contra la bruja que alcanzó a entrar y conjura el fuego una última vez; la mujer se enciende en llamas y comienza a quemarse viva, busca ayuda, pero ninguno de sus compañeros la atiende, cuando la lluvia la apaga, ya es demasiado tarde.

El fuego queda vuelto humo y los seis hijos de Zain emprenden camino hacia la casa. Para suerte de Paolo y Sara, el suelo ya está húmedo, extienden sus brazos hacia adelante, mientras inhalan y exhalan al unísono, empiezan a emitir un sonido muy suave el cual va aumentando.

—Animantibus. Aterra Animantibus…

El suelo del jardín comienza a temblar, círculos de lodo se van formando en la superficie, mientras las piedras que forman el caminito a la puerta se empiezan a mover y a cambiar de lugar. Los intrusos van avanzando con cuidado, saben que la casa puede tener otras sorpresas, y no se equivocan; el brujo que va adelante camina por el sendero de piedras, trata de evitar pisar el césped, pero queda atrapado entre unas rocas que se mueven y poco a poco lo van tragando, el hombre mira aterrado mientras es consumido por el suelo, grita con desesperación, con sus brazos trata de agarrarse de otras piedras pero estas se le escapan de los dedos, su voz se calla, las piedras empujan al brujo hasta que solo sus ojos se logran asomar. Los demás, que ya estaban avanzando hacia la casa comienzan a moverse entre los espacios de los círculos de lodo, donde solo se puede tocar tierra firme por muy poco tiempo. Sara y Paolo siguen concentrados en el hechizo Terra Fangu. La lluvia ahora es una llovizna, la fogata se apaga por completo, Otto y Raquel siguen en sus puestos, escarban entre la madera mojada, tratando de encenderla de nuevo. Entre salto y salto, uno de los hijos de Zain logra acercarse sin ser percibido por el costado derecho, está detrás de Raquel, con impulso da un salto para atraparla, pero antes de caer, se choca con un muro invisible, la barrera creada por los cristales alrededor de la casa lo repele, empujándolo sobre la cerca con fuerza, su cuerpo rebota en el suelo, donde un remolino de fango lo atrapa por la cabeza y le da un par de vueltas antes de ahogarlo por completo.

Los hijos de Zain restantes siguen acercándose, al parecer poco les importa el bienestar de sus compañeros, hasta ahora habían logrado pasar todas las defensas de la mansión. La lluvia cesa y Raquel logra encender unas ramas pequeñas, su idea es prender la fogata otra vez, lo suficiente para defenderse. Los tres brujos enemigos logran llegar hasta el borde de la casa, solo los cristales les impiden entrar, juntos levantan sus manos y se concentran en derribar el muro mágico.

En el balcón, Sara y Paolo se miran y recuerdan la conversación de hace un rato, ella toma la escopeta y se la entrega, Paolo apunta, pone su dedo en el gatillo, toma aire profundo, cuando va

a disparar, siente una mano que toca su hombro, son Delfina y Serena, nadie emite palabra alguna. Raquel y Otto logran mantener encendido un pequeño fuego, la Deífica se para en la orilla del balcón, con una mirada determinante sopla con suavidad, logrando llegar hasta las pequeñas llamas haciéndolas crecer tan alto como la misma mansión, por el suelo, el fuego corre como si persiguiera una mecha de pólvora hasta que toca a cada uno de los brujos. Serena mira aterrada desde las puertas del balcón, no se imaginaba el poder de Delfina, ni que estuviera dispuesta a hacer lo que hizo. Los tres hijos de Zain se encienden en llamas desde los pies hasta la cabeza. Los brujos no logran librarse del hechizo, sus gritos invaden el lugar, uno intenta salir de ahí, pero las puertas se cierran frente a él, los demás corren de un lado a otro hasta que caen, los últimos intrusos quedan convertidos en calaveras de ceniza en cuestión de minutos.

Capítulo 4

Varios días han pasado desde que la mansión fue invadida, el jardín del frente conserva las cicatrices de la pelea, el suelo quemado, la cerca remendada con barras de metal, y un olor a cerdo rostizado que aún se mantiene.

Serena no ha salido mucho del cuarto que le han dado, hasta ahora ha tenido tiempo para pensar en todo lo que ha vivido en esos días: ha llorado la muerte de su hermano, ha dormido, ha descansado y se ha hecho muchas preguntas sobre su nueva vida. Pero es hora de resolver algunas de ellas, además necesita hacerse una idea de cómo será su vida ahora.

Antes de bajar, se asoma por la puerta del balcón y alcanza a ver el jardín, la imagen de uno de los brujos ardiendo en llamas llega a su cabeza, pero la ignora. En la cocina está Delfina, mirando los libros de las sombras.

—Buenos días, Serena —dice Delfina con su mirada en el libro verde.

—Buenos días, Deífica, perdón…

Delfina la interrumpe.

—No te disculpes, al contrario, me sorprende que hayas bajado tan rápido, creí que te ibas a tomar un par de días más.

—No, ya me siento mejor, además, supongo que debo salir si quiero olvidar lo que pasó.

—Eres una mujer inteligente, Serena. El instinto es un poder muy fuerte, más para una bruja, síguelo y confía en ti. Siempre sabrás qué hacer —dice ofreciéndole asiento.

Serena sonríe, tal vez la Deífica tenga razón y deba empezar a confiar en sí misma ahora que tiene una nueva oportunidad en la vida. Un minuto pasa en silencio, Delfina sigue con su mirada en los libros, buscando entender algo.

—¿Recuerdas cuando recién llegaste y hablamos en este mismo lugar? —pregunta sin levantar la mirada.

—Sí —responde la joven.

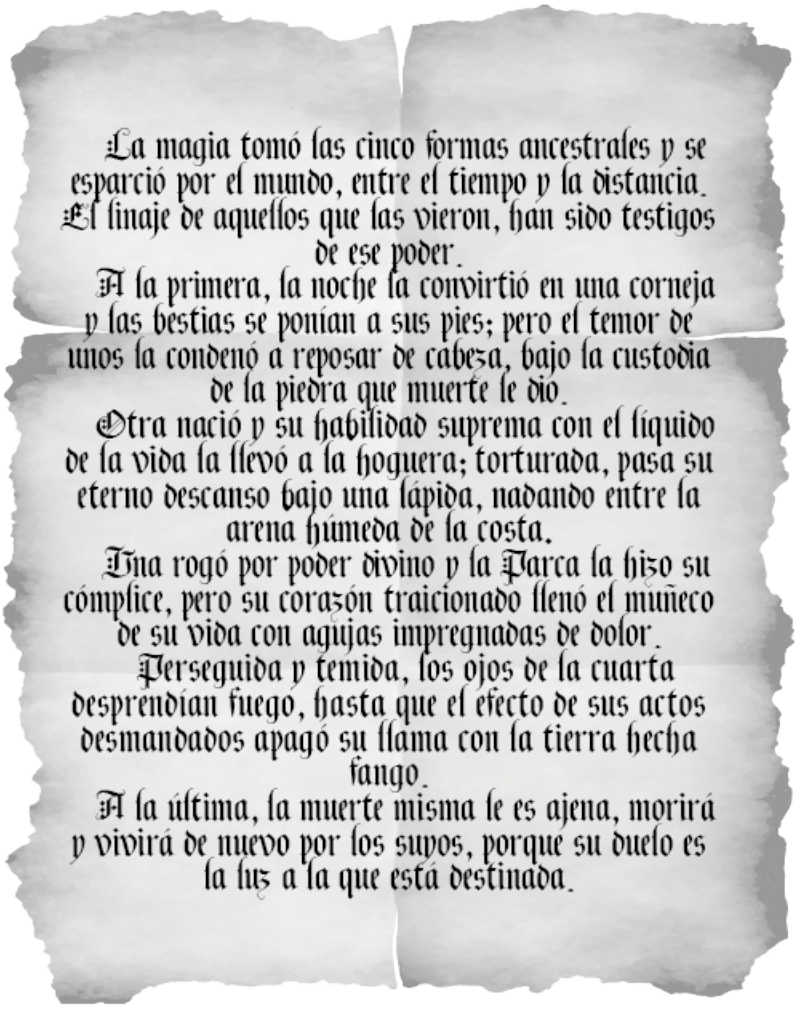
—Estas son las páginas en las que el libro se abrió, un hechizo para cargar con magia objetos, el Invocatio bru putenzi, para invocar los poderes de una bruja, y el cuento de las cinco brujas. Hay una conexión en todo esto, pero aún no logro identificar cuál.

—¿Y si no significa nada en realidad, si solo fue el viento? —pregunta con inocencia Serena.

—No creo. No hay casualidades, todo pasa por algo; tal vez en el momento es difícil saberlo, pero la verdad siempre se sabe. ¿Conoces este cuento, el de las cinco brujas? —replica Delfina apenas separando su mirada de los libros.

—No —responde curiosa Serena.

La Deífica toma en libro rojo, lo acerca a ella y comienza a leer.



Serena mira fijamente a Delfina, el cuento le ha generado algunas dudas y unos pensamientos que se le muestran como ideas que llegan, ideas que Serena no puede identificar y no sabe de dónde vienen, antes de llenarse la cabeza con más disparates, decide olvidarlas y concentrarse en lo que está pasando.

—No creo que sea solo una historia, los libros nos están preparando para algo, para algo grande —Una preocupación crece en el ceño de Delfina.

—Sea lo que sea lo vamos a superar —responde Serena—, usted ha hecho mucho por mí en estos días y no le he agradecido.

—No hay nada que agradecer, tu vida es muy valiosa, Serena, y ahora eres parte de nosotros —contesta con gracia.

—Gracias —Serena deja salir un suspiro de comodidad.

—Eso me recuerda algo —Delfina se levanta de su puesto y se acerca a la ventana—. Debes empezar a aprender magia, y rápido. ¿Por qué no vas donde Sara que está en el jardín?, puedes ayudarle con el pasto. Ah, y dile a Paolo que venga a mí por favor.

Serena sonríe, desde la muerte de su madre no había sentido compasión o cariño, hace mucho

nadie había querido enseñarle algo y eso la alegra.

El jardín está quemado en las partes donde ardieron los hijos de Zain, todo es un desastre. Paolo regresa con una bolsa negra desde el portón, Serena la ve, pero no se atreve a preguntar qué hay adentro, solo le da el recado de Delfina a Paolo, quien rápido entra a la casa.

Sara mira un libro mientras permanece de pie al lado de los restos de la fogata de aquella noche, los palos quemados y el carbón están empacados en bolsas.

—¿Descansaste? —pregunta Sara.

—Sí, mucho. Delfina me dijo que podía ayudarte con el jardín —dice Serena acercándose.

—Claro que sí, debemos volver este jardín a como estaba antes.

—Nos tardaremos meses —Serena detalla el desastre de un lado a otro.

—No tanto si sabemos cómo. ¿Qué sabes de magia Serena? —dice Sara, sentándose en una de las escaleras que conduce a la entrada principal de la mansión.

—Nada, solo lo que he visto de ustedes, pero no entiendo muy bien.

—Siéntate conmigo —Sara hace un gesto con la mano, Serena se sienta a su lado y la mira con atención—. La magia está en todas partes y ha existido desde siempre, tú debes aprender a usar las fuerzas de este mundo, pero usarlas bien. Todo lo que nos rodea es magia porque todo es naturaleza, incluso nosotras.

—Pero ¿cómo se usa? ¿cómo se aprende? —Serena pregunta mientras Sara acomoda su postura, abre el libro que lleva en sus manos y le muestra la página 38: Cómo crear hechizos.

—Los hechizos son más que palabras, son intenciones, órdenes, incluso oraciones que son escuchadas por los espíritus de la naturaleza, los hechizos deben ser claros y van acompañados del pensamiento; no solo es el poder de las palabras lo que lo hace posible todo. Se trata de estar en sintonía con el universo, con la naturaleza en general.

— Creo que entiendo —exclama Serena—. Tengo mucho que entender primero ¿no?

— Sí, pero con el tiempo y sin afán, no tendrás problema.

Sara cierra el libro y con una idea en sus ojos se levanta, se acerca al jardín, llama a Serena con un gesto, ahora ambas se detienen mirando el jardín estropeado, en ese momento Otto entra a la mansión, viene con un maletín a su espalda y esa sonrisa que lo caracteriza, con su mano saluda a las chicas y entra a la casa.

—¿Quieres hacer magia conmigo? —pregunta Sara.

—¡Claro que sí! —responde emocionada.

—Muy bien, sigue mis indicaciones.

Sara se ubica frente a Serena, toma sus manos y las sube hasta la altura del pecho, abre sus palmas y ubica sus propias manos bajo las de Serena.

—Hay magia en todas partes, porque todo es naturaleza, incluso nosotras. No vamos a usar ningún hechizo conocido, vamos a hacer que el milagro pase. ¿Estás lista?

—No —responde Serena con risa, en su corazón hay miedo, es la primera vez que se acerca a la magia.

—Respira profundo varias veces y trata de calmar tu mente —Serena hace caso mientras intenta estar muy concentrada—. Existen espíritus en los prados y los pastos. Vamos a llamarlos para que vengan en nuestra ayuda. ¿Qué les dirías para que te ayuden?

—Bueno... pues primero los saludaría —responde Serena.

—Bien, ¿Y luego?

—Luego les pediría su ayuda muy amablemente —sus ojos siguen cerrados.

—¿Por qué nos darían su ayuda?

—No sé, ¿Por qué se los ordenamos?

—No, nunca ordenamos, pedimos, agradecemos y respondemos. Ellos nos ayudan porque nosotros somos un nexo con esta dimensión, es una relación de respeto y veneración.

—Entiendo.

—Ahora, llámalos, Serena.

Con un poco de miedo en su voz Serena levanta unas palabras, Sara repite lo que sale de su boca.

—Espíritus de la naturaleza, de los prados y los pastos, escúchennos —Sara repite lo dicho y motiva a Serena a que continúe—. Nuestro jardín necesita ser curado. Acérquense aquí, a nosotras. Y ayúdennos a volver el verde a donde estaba.

Serena abre los ojos y se ve en las pupilas de Sara, esta le sonríe y le dice:

—Muy bien, ahora vamos a concentrarnos en lo que dijiste, imaginarnos el jardín recuperado y repetiremos tu hechizo.

Ambas cierran los ojos después de las indicaciones de Sara, Serena tiene en su mente la imagen del jardín cuando llegó por primera vez a la casa, juntas recitan el nuevo hechizo. Unas pequeñas motas de luz comienzan a brillar tenues entre las pequeñas hojas del césped, poco a poco todo el suelo se llena de pequeñas luces, como destellos que brotan del suelo y reflejan la luz de la mañana.

—Abre los ojos —dice Sara—, sigue concentrada.

Serena abre los ojos y ve lo que está pasando, el café de su mirada se llena de felicidad y sorpresa, sus manos se aprietan un poco más, ambas sienten la energía de la otra.

Todo el jardín se llena de aquellos destellos, las partes quemadas en el suelo ahora están cubiertas por luz.

Sara suelta una mano de Serena y se separa, dándole el frente al jardín:

—Esto es un poco de lo que la verdadera magia puede hacer.

Unos minutos pasan y todos los seres invocados desaparecen de su vista; el jardín está más vivo que nunca, sus pastos son verdes como la esmeralda e incluso un pequeño rosal con muy pocas rosas se ve en la esquina izquierda de la propiedad. Ambas contemplan los resultados de su poder, Serena está tan anonadada que no puede pronunciar palabra, sin duda alguna es lo más especial que ha sentido.

—¡Qué gran poder tienes, Serena! Mira, nos dejaron un regalo —refiriéndose al rosal de la esquina—, dicen que estos regalos son poderosos amuletos y que crean portales. Con el tiempo sabremos qué clase de regalo es.

Serena sonríe.

Desde adentro, Delfina, Otto, Paolo y Raquel han visto la invocación y todo lo resultante a través de la ventana de la cocina. Con un gesto de su mano, la Deífica invita a Sara a entrar a la casa, Serena se acerca a contemplar el nuevo rosal, pero su mente no es la misma después de ver lo que ella hizo con su energía, su mente comienza a correr.

Sara entra a la casa, pasa por el pasillo hasta llegar a la cocina. Delfina está de pie, recostada en el lavaplatos, los demás están sentados en la mesa, Sara se acerca y se sienta junto a Paolo.

—¿Vamos a hablar de Serena? —pregunta Sara.

— Sí —responde Otto.

—¿Qué encontraste? —dice Delfina mientras se sienta frente a él.

—Tuve que hablar con varias personas, pero, me enteré de que la policía no la está buscando, no tiene familia viva, al parecer sus padres murieron hace unos meses en un accidente, la policía

piensa que ella y su hermano murieron en su casa en un incendio la noche que la rescatamos. Encontraron dos cuerpos en los escombros, pero estaban irreconocibles y aún nadie sabe por qué inició el fuego.

—O sea que los hijos de Zain los llevaban observando por mucho tiempo —deduce Raquel.

—Sí, además… —Otto titubea—, Serena es la nieta de Martha Vega.

—Yo sabía que ella venía de una línea de brujas —dice Delfina sorprendida—, pero no me imaginé que fuera familiar de Martha Vega.

—Perdón —interrumpe Sara—. ¿Quién fue Martha Vega?

Después de un suspiro, Delfina se rasca el ceño y observa que Serena aún siga en el jardín:

—Martha fue una de las brujas que mató a Zain, él creyó que había conseguido todo el poder con el que le quería dar forma física a Asmodeo y casi lo logra, pero un grupo de brujas y brujos lo detuvo, entre ellas Martha.

—Tiene mucho sentido que ahora quisieran ofrecer a sus nietos como sacrificio —apunta Raquel.

Paolo, que está callado y pensativo, dice:

—Necesitarán más poder, no es suficiente con la magia de Serena y su hermano. Ahora que lo pienso, no estoy seguro de que quisieran sacrificar a Serena, por lo menos no matarla en ese momento.

—Tienes razón —exclama Delfina—, también pienso que querían a Serena para algo más, y tiene que ver con haber nacido con El llamado o con ser nieta de Martha Vega. Pero ahora lo que debemos hacer… —De manera súbita, Delfina deja de hablar, mira hacia la puerta de la cocina, dos segundos más tarde Serena se asoma tímida—. Serena, entra, estábamos hablando de ti.

La joven entra a la cocina, Delfina le ofrece sentarse, ella le hace caso mientras la Deífica sirve una taza de té, se la entrega y abre los libros de las sombras sobre la mesa, los demás permanecen en silencio, es incierto cuánto había oído Serena, pero al notar su actitud, todos bajan la guardia y hacen como si nada pasara, el tema es muy delicado para simplemente exponérselo a Serena así no más.

—El día que los hijos de Zain nos atacaron, Serena y yo estábamos hablando de la intensión de estos brujos con ella, estaba buscando respuestas en los libros y de repente, los tres se abrieron en estas páginas: el Hechizo para cargar objetos con magia, el Invocatio bru putenzi y la historia de Las cinco brujas reales.

—¿El viento abrió los libros ahí? ¿Qué quiere decir eso? —pregunta Raquel con un tono de confusión.

—No sé —Delfina toma asiento en la cabecera de la mesa, su aspecto es muy serio—, pero pienso que son piezas de un todo, esta es la respuesta a algo que no nos hemos preguntado aún.

—Necesitamos revelar su verdad —dice Paolo con ímpetu—, las cosas con los hijos de Zain se pondrán cada vez peores, tal vez esta sea la forma de acabarlos de una buena vez.

—Puede ser, pero debemos estar seguros —responde Delfina.

—¿Cómo? —pregunta Otto.

—Mirando al futuro —opina Sara.

Todos se quedan en silencio, la Deífica toma el libro rojo y comienza a mover sus páginas, poco antes de la mitad se detiene y gira el libro para que todos puedan ver.

—Sara tiene razón, creo que debemos usar el Cerculu in posterum, si podemos invocar una visión poderosa, podremos tener una idea de lo que se viene.

—Todos debemos estar en el ritual —Paolo acerca el libro a él—. Esta magia requiere mucho

poder. ¿Seguro que lo queremos intentar?

—No se me ocurre nada más.

El cuarto se queda en silencio, al parecer todos meditan la idea, sin embargo, Serena no tiene muy claro qué es lo que van a hacer y por qué todos parecen asustados sobre la propuesta de Delfina. La joven bruja levanta su mano, todos la miran, la Deífica le hace una seña con la cabeza, a lo que Serena entiende como un «permiso para hablar».

—Discúlpenme, no entiendo muy bien.

—El Cerculu in posterum es un ritual que te permite, de cierta forma, ver en el futuro —responde Otto—, o bueno, te permite ver el futuro, pero en una visión, que puede ser rara y difícil de entender, pero certera, es más poderosa que leer las cartas o cosas de ese estilo.

—Pero… —exclama Sara señalando un pequeño párrafo en el libro—, puede ser muy peligroso, podrías ver cosas que no te gusten, cosas que no debiste ver. Puede llevarte a la locura.

—Es cierto, tenemos que actuar con cuidado —dice Delfina—, como dijo Paolo, todos debemos estar en el ritual, pero esto es algo peligroso, no los voy a obligar a hacerlo.

De nuevo el silencio, todos meditan la opción, los antecedentes de este hechizo lo han hecho peligroso, muchas brujas y magos han visto sus peores miedos hacerse realidad en sus visiones y a pesar de querer cambiar su destino, no pudieron. Serena sin conocer a profundidad las consecuencias de realizar un ritual así, toma la voz.

—Yo creo que debemos hacerlo, yo sé que no conozco mucho y que sin duda las consecuencias pueden ser grandes; pero ustedes han arriesgado mucho por mí, y yo soy solo una persona. Si queremos salvar a más, tal vez debe ser más riesgoso.

Nadie responde, Serena que se había levantado un poco de su silla mientras hablaba, regresa despacio a su posición creyendo que su aporte fue absurdo. Los demás piensan y se miran entre sí, Delfina tiene la mirada puesta en Serena, sin duda es una bruja de nacimiento, esa conclusión tan sabia viene de adentro, de lo más profundo del entendimiento y eso le da tranquilidad sobre el poder con el que ahora cuenta el aquelarre.

—Creo que Serena nos convenció a todos ¿Verdad? —dice Paolo con una pequeña sonrisa en su rostro, Sara y Otto asienten con la cabeza.

—Yo me encargo de la poción —exclama Raquel, en sinónimo de aceptación.

Con una sonrisa pequeña la Deífica aprecia su coven y les indica:

—Muy bien, Raquel y Serena harán la poción. Sara, Paolo, Otto y yo, prepararemos todo lo demás para esta noche. Por ahora debemos descansar, necesitamos toda nuestra energía hoy.

Más tarde, el libro de las sombras rojo está abierto en la cocina, el título: La Poción de los presagios.

—Serena, este tipo de magia afecta el cuerpo físico, si no se hace bien podrías causarle mucho daño al que la beba. Por suerte, nos va a quedar per-fec-ta.

—¡Sí! —responde entusiasmada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —En un tono más serio.

— Sí, claro.

—Es sobre tu familia.

Serena titubea, por un momento se da cuenta que no había hablado de eso con nadie de la casa antes.

—Mis papás murieron en mayo, venían de regreso de un viaje. Yo contesté el teléfono cuando sonó, no dije una palabra, cuando colgué le conté todo a mi hermano, no esperé. Dicen que un camión se atravesó en su camino y por esquivarlo se fueron por un precipicio.

—Oh, en verdad lo siento mucho.

—Nunca he sentido que haya sido un accidente —dice la joven con la mirada perdida—. Algo me dice que fue otra cosa, y ahora con todo lo que he descubierto, creo que algo más pudo pasar.

—Es probable, todo es posible —Mientras abre la alacena, Raquel busca un frasco con Romero y otros aditamentos marcados con etiquetas—. Cuando era niña empecé a descubrir mi llamado, a los seis años para ser exacta, a veces veía sombras negras que caminaban por ahí, por mi casa, o por la calle, en algunas ocasiones ellos me notaban y cuando se daban cuenta de que yo los podía ver, se iban. Un día le conté a mi abuela y me dijo que era mi ángel de la guarda, pero yo sentía que era algo más.

—¿Qué hiciste? —pregunta la joven sin quitarle la mirada.

—Les hablé, era de noche y vi uno, estaba como mirando por una ventana de la sala de mi casa, sintió que lo observaba y antes de que huyera le dije que esperara, que quería conocerlo, él me tomó por el brazo con su mano fría y pude ver lo que era, era el espíritu de un hombre que se había suicidado dándose un tiro en la sien, y aunque no podía ver su rostro o boca me dijo al oído algo que nunca olvidaré: «Vendré a jugar contigo todos los días», ese espíritu me acompañó y maldijo por siete años, susurrándome cosas al oído. Él me quería ver muerta, pero algo me mantuvo viva. Después de sobrevivir a un intento de suicidio, llegué buscando la ayuda de Delfina, ella logró liberarme —Raquel se levanta de la alacena, su cara fría y pálida.

—Lo siento, debiste sufrir mucho —dice Serena empática.

—Sufrí lo suficiente, lo necesario para poder conocer la magia y la luz —Raquel cambia de carácter de golpe—. Ok, es mejor que nos concentremos si no queremos matar a Delfina.

Ambas ríen incomodas y se disponen a preparar la poción. En el centro de los fogones negros y grandes de la cocina, Raquel pone un caldero negro de un tamaño mediano, los ingredientes están dispuestos al lado del libro, sobre la mesa.

—¿Estás lista, Serena?

— Sí —responde con nerviosismo.

—Respira profundo. Concéntrate en este lugar y en nuestro objetivo —Frente a frente, ambas se miran, el ambiente cambia y en la atmósfera se puede sentir que una energía crece, Raquel sigue los pasos que indica el libro. Toma el romero y así cada ingrediente, mientras lo echa en el caldero, los va mezclando—. Romero para la transmutación del alma —Revuelve con una cuchara de palo—. Herba dos ensalmos para la protección en el viaje. Recutita para preparar al cuerpo y al alma. Agua de laurel para la profecía y la verdad. Enredadera de Banisteriopsis y ramas de chacruna para la iluminación —Raquel toma las manos de Serena, cierra los ojos y dice —: Vede praemisit.

Abren los ojos y se miran, ambas inclinan su cabeza para ver dentro del caldero, Raquel mete su mano y repite el conjuro mientras toca con suavidad la superficie de la pócima, la cual de inmediato toma un color púrpura.

—Debemos esperar a que hierva y luego dejarla enfriar —dice Raquel.

En el patio trasero, los demás construyen cinco grandes fogatas de más de un metro y medio de altura, y en el centro una más pequeña pero ancha. La tarde comienza a caer, los chicos encienden el fuego antes de ir a prepararse. Para esta ceremonia los cuerpos deben estar libres de las impurezas físicas, la Deífica les pide llegar muy limpios y con el estómago vacío. El inicio será apenas la luna se haga visible en el cielo, por lo general este rito puede durar horas.

Los seis brujos van llegando al sitio, Delfina los invita a rodear la fogata del centro, cerca de

la posición de la Deífica está la pócima hecha por Raquel y Serena, cada uno toma su lugar y el ritual da inicio. La Deífica se ubica frente a una de las fogatas altas, en sus manos arrastra un bastón de madera, mientras dice la invocación, traza líneas que las conectan formando una estrella de cinco puntas.

—Cerculu in posterum consecro —recita y canta, mientras avanza marcando el lugar.

Al finalizar, Delfina las rodea cerrando un círculo tras su paso, consiguiendo así dibujar un pentáculo protector. Camina hacia el centro, los demás se ponen de pie, levantan las manos al aire con su mirada en el fuego que tienen al frente.

—Esta noche invocamos la verdad, esta noche queremos ver. Este círculo mágico nos protegerá —Delfina toma un poco de la poción y la arroja al fuego, la fogata exhala en respuesta —. Muéstranos el camino, muéstranos la verdad que buscamos. Cerculu in posterum —Todos repiten, Delfina sube el vaso a lo alto, lo baja y lo bebe todo, luego arroja el vaso en el fuego y todos toman asiento.

A pesar de estar rodeados por fogatas, un viento helado se ubica con ellos. En este hechizo el fuego sirve como conductor; todos se encuentran mirando las llamas, uno a uno cierran los ojos, dejando que el calor les cubra el rostro, mientras el frío viento les sopla en la nuca. Delfina se queda con los ojos abiertos mirando fijamente cómo las llamas comienzan a formar una figura, es una persona que se acerca con calma a una lápida en un cementerio; las llamas toman formas concretas hasta que todo alrededor de Delfina se convierte en un prado oscuro y lleno de tumbas, el ambiente se siente helado, la persona que se acerca resulta ser una mujer, una bruja a punto de hacer un ritual mágico; hace algunos movimientos, pero cuando alza sus manos, un destello rojo aparece frente a ella, la bruja lo coge con la mano y lo ubica en el dedo índice de su mano izquierda, luego con otro movimiento invoca una energía que no se distingue bien, un humo rojo sale de sus manos directo al otro lado del cementerio, donde la figura de un hombre recibe el golpe de esa energía, evaporándolo, excepto su túnica negra que yace en el suelo. Delfina se acerca para lograr ver la tela, pero cuando se agacha solo ve unas rocas de diferentes colores; extiende su mano, pero cuando las toca el espacio cambia, mira a su alrededor, ahora está sola en el sótano de la casa, camina hacia las escaleras, pero mientras avanza, nota que en la pared hay unas cadenas metidas entre los ladrillos, cadenas que nunca han estado en la mansión; sube y camina hasta la sala vacía, todo es muy diferente, las paredes tienen partes quemadas y el piso está sucio, un ruido le llama la atención en la cocina, se acerca con cuidado a la puerta y ve un bebé en medio de la mesa, detrás de él una figura oscura que lo intenta cargar, pero por alguna razón no puede, Delfina se alerta, pero cuando se acerca a la figura, este logra tomar al bebé por el brazo solo para derretirse en completa agonía, sus gritos llenan la cocina con alaridos insoportables. El bebé desprende un brillo tenue que crece despacio, Delfina trata de cargarlo pero tampoco puede, lo intenta de nuevo y se da cuenta que debajo del niño hay cinco piedras que brillan de colores opacos, una de ellas es igual a la que invocó la bruja en el cementerio, roja, las demás son verde, naranja, azul y negra. Con curiosidad Delfina toca la última, de esta sale una nube que la absorbe con rapidez, cuando levanta la mirada, ve un gran valle lleno de vegetación, árboles y algunos animales salvajes que corren a lo lejos, en medio del extenso lugar hay un gran lago azul y verde. Cuando Delfina se mira a sí misma, se da cuenta de que se encuentra en el centro de una depresión amplia que hunde el suelo y lo curva, bajo sus pies una pequeña luz roja comienza a abrirse entre la tierra, asustada sube la mirada y ve una mujer bajo una capucha, sin rostro, sin ningún detalle en su cara, el agujero se hace más grande, Delfina se mueve para atrás, pero el hueco sigue creciendo; lejos escucha llamar su nombre, cuando se

vuelve la mirada, no ve a nadie, pero sigue oyendo una voz femenina y joven; su mirada regresa a la mujer sin rostro, y siente que le devuelve la mirada. De repente, cambia de posición con la mujer encapuchada, ahora es ella bajo ese montón de tela y se ve a sí misma de pie en medio de un cráter, el suelo se comienza a iluminar más, despacio se resquebraja como si estuviera parada sobre un río congelado a punto de romperse, pero las grietas se llenan de lava y el suelo sede, dejando salir una columna de fuego que se traga la imagen de la Deífica; aterrada Delfina se queda atónita mientras se ve desaparecer entre fuego, lava y humo, solo queda el objeto negro levitando en el espacio en el que su otra yo estuvo. Todo se vuelve oscuridad. Cuando abre los ojos la fogata está a medio consumir, había regresado al patio trasero de la mansión, aún desorientada, necesita unos segundos para entender lo que vivió, se levanta de su puesto, trata de recordar paso a paso su visión, olvidar algo no es una opción, está segura de que había visto el significado y la conexión, ahora debe atar cabos.

—Es hora de finalizar el ritual —ordena Delfina cuando se recupera del todo.

La Deífica extiende sus manos hacía el fuego y luego hacia arriba, respira profundo y recita tres veces:

—Hoc cerculu.

La fogata del centro toma un color naranja, pero su fuego se extingue al instante, dejando la madera quemada por completo.

Capítulo 5

El sol se asoma por la ventana de vidrio del balcón iluminando el corredor del segundo piso. Un aroma a manzanilla recorre la casa, los cuartos y los baños, el humo dibuja figuras simples que se deslizan hasta la sala y llegan a una tetera caliente puesta sobre la mesa blanca junto a los libros de las sombras. Otto comienza a servir seis tazas hasta la mitad, se las entrega a los brujos. Delfina se mueve con impaciencia por la habitación mientras habla:

—Anoche vi una serie de situaciones que al principio parecía que estaban desconectadas, pero después de pasar la noche en vela me di cuenta de que no es así, hay una relación con todo: Mi visión comenzaba en un cementerio, una mujer hacía magia, al principio no supe qué era, pero luego recordé sus movimientos, fue un ritual de invocación. Frente a ella apareció una luz que usó como un anillo y con el que destruyó a un enemigo que andaba cerca, cuando me acerqué a ver los restos de ese enemigo, fui transportada y aparecí junto a un bebé en esta cocina, vi una figura diabólica que intentó atraparlo, pero cuando logró tocar al niño, se desvaneció. Con el niño había cinco luces, eran como piedras brillantes, una rojiza, una azul, una verde, una negra y una blanca. Cuando toqué una, me trajo de regreso al patio —Delfina abre los libros en las páginas que se mostraron el día del ataque de los hijos de Zain—. Pienso que esas imágenes son referentes a estas páginas, por ejemplo, creo que la mujer del cementerio estaba haciendo el Invocatio bru putenzi y el anillo era un objeto cargado con magia.

—¿Qué hay del cuento de Las cinco brujas reales? —exclama Raquel.

—Creo que son las brujas a las que debemos invocar —responde Delfina mientras se sienta en el sofá—, para eso es el Invocatio bru putenzi, son cinco brujas, cinco luces.

—¿Por qué el bebé tenía las luces? ¿Quién podrá ser?

—No lo sé, Raquel —responde Delfina—, pero la sombra maligna se desvaneció cuando por fin logró tocar al bebé.

Paolo, quién ha estado mirando el libro rojo, dice:

—¿Eso quiere decir que las brujas de este cuento existieron y son ellas a las que debemos invocar sus poderes?

—Así parece.

—¿Por qué? ¿Para qué? —insiste Paolo.

Delfina toma aire con un gran suspiro y continua.

—No sé, pero la visión nos muestra el camino de un gran poder, y si vamos a necesitar tanto poder… es porque las cosas con los hijos de Zain se van a poner feas, debemos estar preparados.

—¿Qué hay del bebé? ¿Quién podrá ser? —Paolo se sirve más té—, la bruja atacó a su enemigo con el poder en forma de anillo, y luego el bebé tenía los cinco que lo hicieron invulnerable. Necesitamos saber quién es el bebé o qué significa.

Raquel interrumpe de golpe.

—No podemos empezar a suponer quién o qué significa, este es el riesgo de hacer este ritual. Yo propongo que solucionemos una cosa a la vez.

—¿Qué piensas, Serena? —pregunta Delfina.

—Yo pienso… —Serena duda y titubea—. No lo sé, pero pienso igual que Raquel, creo que es mejor seguir con lo que ya sabemos.

—Está bien, enfoquémonos en las brujas —dice Delfina, después de una corta pausa continua

—. Sería imposible creer que el cuento de las cinco brujas reales solo está en nuestro libro de las sombras, debe haber más información.

—Pero ¿dónde o quién la tiene? —dice Otto mientras toma el libro verde y comienza a buscar.

—En la cabaña hay algunos libros antiguos —opina Raquel, refiriéndose a otra propiedad del coven.

—Pero son pocos y algunos están en idiomas raros —responde Sara.

—Yo creo que sé dónde podemos encontrar más información —dice Paolo.

—¡Claro! Existe un clan que tiene la biblioteca mágica más grande de esta región, es posible que sepan algo.

—Esas personas no son de confianza —dice Paolo—, debemos ser muy cuidadosos con lo que les vamos a decir si los visitamos, lo último que queremos es más enemigos.

—Es verdad, debemos ser muy cuidadosos. Entonces, después de que sepamos quiénes son las cinco brujas reales nos concentraremos en el bebé. Mientras tanto, necesito que estén muy atentos a la naturaleza, algo inusual que vean en la luna, actividad planetaria extraña o algo por el estilo. Yo me voy a comunicar con el clan; Serena, Paolo y yo viajaremos, ustedes tres se quedarán cuidando la casa e investigando sobre el bebé.

Todos asienten y aceptan el plan propuesto por la Deífica, ella toma el libro de las sombras verde y se retira de la habitación, los demás siguen allí hablando sobre el tema.

Al día siguiente, la Deífica se levanta antes, uno a uno los demás van bajando a la cocina, Otto es el último en llegar. El desayuno está servido, hay café, pan, huevos, jamón y queso para todos, la conversación sigue su curso natural como todas las mañanas, antes de levantarse de la mesa Delfina les notifica el tiempo que tienen para salir.

El desayuno termina, Serena, Paolo y Delfina están listos para iniciar su viaje, llevan maletas pequeñas solo para estar un par de días de ser necesario, los demás los acompañan hasta la puerta y los despiden.

Los tres brujos van hacia la biblioteca del Clan de los Síneros. La carretera pronto comienza a hacerse familiar para Serena, pasados unos minutos, pueden ver la entrada a ‘la pequeña cascada’, el lugar donde su hermano fue sacrificado. Al ver esta entrada, Paolo empieza a hablar tratando de distraerla.

—El clan de los Síneros es muy particular, Serena, antes de llegar, creo que es bueno que sepas quiénes son.

—Debes saber que hay una diferencia entre un clan y un coven —dice Delfina.

—Los clanes —continúa Paolo—, son grupos de exbrujos por así decirlo, fueron expulsados de su coven original por un mal uso de la magia, o por romper las reglas del aquelarre.

—Cuando una bruja es expulsada de su coven, pasa lo inverso a la iniciación —dice Delfina con los ojos puestos en la carretera—, tus sentidos o poderes se pierden, al igual que nuestra conexión con los elementos, es regresar a ser un humano regular. Pero, como sabes, la puerta de la magia es difícil de cerrar, por eso algunos arrepentidos deciden dedicar su vida a la magia desde otro enfoque, así se crearon los clanes, hay muchos en el mundo y por lo general se proclaman los guardianes de los textos mágicos.

—Pero no entiendo algo —dice Serena—, si tienen acceso a toda esa magia, ¿por qué no la usan?

—Porque no pueden —responde Paolo—. Ese es su castigo, así lo intenten no tendrían el poder, su castigo es nunca ser escuchados por las fuerzas del universo, por eso nunca podrán

hacer magia.

—Entiendo —La joven hace una pausa y recuerda algo—. ¿Qué querías decir ayer con que no son de confianza?

Paolo y la Deífica comparten miradas, un pequeño silencio pasa hasta que Delfina toma la voz.

—Algunas personas creen que viven resentidos con la magia o con los brujos y que eso los hace peligrosos porque pueden meterse con elementos mágicos que no pueden manejar. Zain fue la cabeza de un clan muy antiguo en Alemania y varios de sus hijos eran viejos miembros de clanes que buscaban en los demonios lo que la magia les había quitado, hicieron muchas cosas horribles, y no pararon hasta que Zain los destruyó antes de morir.

—¿Destruyó a sus propios seguidores? —pregunta Serena asombrada.

—Sí, los mató en un acto desesperado, pero esa es una historia para otro día —responde Delfina, tratando de evitar más preguntas relacionadas con Zain, aún no están listas para hablar sobre su abuela—. Hoy creo que es mejor medir lo que vamos a decir, no podemos entrar en detalles con las visiones ni con lo que sabemos aún. Solo tenemos un propósito, obtener información sobre las cinco brujas reales.

El viaje continúa por un par de horas más, los árboles que los acompañan van quedando atrás, a la derecha del camino una cordillera de montañas se presenta con varios tonos de verde, dibujando las líneas donde termina una montaña e inicia la otra, donde los bosques se dividen. Los vientos bajan empujando las hojas de los árboles, una se desprende con suavidad y cae, pero es recibida por una corriente, la hoja navega entre el viento, entra por la ventana del auto, pasa frente a la mirada de todos y sigue su camino por la sabana que se despliega hacia la izquierda donde la vista se pierde en la inmensidad del horizonte. Adelante solo se ve la carretera. La tarde comienza a caer y el cielo se pinta de cobre.

—Estamos cerca —dice la Deífica—. ¿Ven ese árbol de allá?

—¿El alto, blanco sin hojas? —pregunta Paolo.

—Sí, por ahí nos debemos desviar.

El auto sale de la carretera y cruza por el prado junto al árbol blanco, a unos metros se ve el inicio de una carretera destapada de tierra y piedras; avanzan con dificultad, suben una pequeña colina y continúan por el camino que rodea una montaña; después de treinta minutos, aparece la casa del clan de los Síneros: Una cabaña de dos pisos, en el primero se puede ver una puerta de madera rústica, dos ventanas grandes con marcos café claros, las paredes de un tono más oscuro, cubierto por un techo en cerámica; más atrás de ese techo, en el segundo piso, se ve un pequeño balcón, con paredes del mismo color y una cubierta traslúcida. Hacia atrás, la cabaña se extiende por muchos metros más, desde cierto ángulo se puede asimilar a un granero.

Delfina parquea cerca a la puerta, los tres bajan y se acercan, la puerta se abre y de ella sale un hombre alto con una gran sonrisa, el cual se abalanza sobre la Deífica.

—¡Delfina! Bienvenida, que alegría verte después de tanto tiempo —El hombre se acerca con los brazos abiertos, aprieta sus ojos pequeños y su nariz gorda mientras sonríe.

—Gracias… —responde Delfina— Ha pasado mucho tiempo, es verdad. Te presento a dos de mis brujos, Paolo Moura y Serena Ferry.

El hombre muestra una gran sorpresa y mucho agrado al oír el nombre de Serena, apretando su mano, pregunta:

—¿Ferry? ¿De dónde es ese apellido?

—La familia de mi papá era de Irlanda —responde con un tono dulce.

—Tú eres una bruja natural —interrumpe el hombre—, no existen muchas como tú en estos días —Se nota muy emocionado.

Delfina nota la incomodidad de Serena mientras el hombre habla sin soltar su mano y mirándola fijo, ella le pone la mano en el hombro, él reacciona y se incorpora a la conversación.

—¡Paolo! De ti se ha oído mucho por acá —Ofreciéndole su mano.

—Espero que solo cosas buenas —Dándole un fuerte apretón.

—Depende de lo que sean las cosas buenas para ti —Ríe mientras Paolo responde con una risa incómoda.

—Bueno, bienvenidos a la casa del Clan de los Síneros. Mi nombre es Vasil, encantado. Vamos adentro donde podamos estar cómodos y ustedes puedan descansar.

Vasil les señala el camino por la puerta y uno a uno van entrando. Al cruzar los recibe una gran sala, a la izquierda varios muebles reclinables, un sofá, una mesa de centro sobre una alfombra roja grande y circular. A la derecha hay una mesa larga con pequeñas lámparas como de biblioteca, las paredes están llenas con retratos de hombres diferentes, algunas muy antiguas.

—Estos son los retratos de los líderes de este clan, como ven somos de los más antiguos, estoy separando ese lugar sobre el arco —Señalando la entrada al cuarto siguiente—, para cuando yo muera.

Todos ríen incomodos.

Al cruzar por el arco, llegan a un pasillo angosto que conduce a una habitación con otra sala, esta vez más pequeña y con menos muebles, detrás del sofá están las escaleras al segundo piso, las de bajar y una puerta para continuar hacia el fondo. Suben y entran al primer cuarto que ven, una oficina. Un escritorio ancho, café oscuro y muy antiguo descansa frente a una ventana cubierta con una cortina amarilla la cual hace que la luz tiña el cuarto con un color ocre. Vasil entra primero y se ubica en la silla de cuero alta del escritorio, Delfina y Paolo se sientan frente a él y Serena en una silla contra la pared.

—Discúlpanos por no llamar y venir así de repente, pero necesitamos tu colaboración —explica Delfina.

—No hay problema, estamos para ayudarlos. Cuéntenme qué podemos hacer por ustedes.

Delfina toma aire y comienza a narrar lo sucedido durante las semanas anteriores. Después de escuchar con atención, Vasil saca una hoja de papel y un lápiz, los pone sobre la mesa:

—Ok, es mucho para interpretar —Se toma un momento para pensar, se reincorpora y continua—. Déjenme entender muy bien esto, según tu visión los hijos de Zain se convertirán en una gran amenaza, los objetos mágicos a capturar son las brujas del cuento de Las cinco brujas reales. Tiene sentido que se reúna magia si la amenaza es muy grande, creo que algo así se ha hecho antes, invocar y usar el poder de una bruja muerta. Estoy seguro de que he leído algo sobre eso. Ese cuento está inspirado en historias verdaderas, por lo general todos esos relatos lo son. Le pediré a algunos de los muchachos que investiguen quiénes fueron.

—Muchas gracias, Vasil, en serio te lo agradecemos —dice Delfina.

—Es con gusto, momentos oscuros se aproximan y los buenos debemos estar juntos —Al instante Vasil cambia de actitud como si recordara algo—. ¡Deben tener hambre! Este viaje los ha dejado muy cansados supongo, algunos de los muchachos están preparando algo para cenar, ¡vamos!

Salen de la oficina de Vasil, Serena y Paolo comparten miradas de confusión, bajan por las escaleras y cruzan por la puerta detrás del sofá del primer piso, allí entran a un pasillo largo lleno de más puertas, son los camarotes y baños de los Síneros, en la mitad del pasillo llegan a la

cocina, grande y alargada, con un comedor largo en el centro, once hombres están en el lugar, algunos sentados y otros poniendo comida sobre la mesa.

—Muchachos, ellos son los invitados de los que les hablé —Todos saludan al mismo tiempo —. Sigan, únanse a la cena. ¿Delfina, puedo hablar contigo?

—Sí, claro —afirma.

Juntos dejan la habitación y se dirigen hacia afuera de la casa, mientras Serena y Paolo cenan con los Síneros.

—Es raro ¿no? —dice Vasil tan pronto salen, se le oye inquieto— pensar que todo lo que pasó por culpa de Zain pueda llegar a suceder de nuevo y mucho peor.

—Lo es, honestamente creí que esta vez podíamos estar a salvo de amenazas así, pero supongo que la sed de poder nunca va a desaparecer.

Avanzan por un costado de la cabaña.

—Es verdad, todos lo creíamos también. ¿Por qué crees que estén matando brujos no iniciados?

—Ya no estoy segura de que los estén asesinando —dice la Deífica en un tono muy serio.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, es un pensamiento que se me ha metido en la cabeza —La Deífica se queda en silencio, decidiendo hasta dónde puede confiar en Vasil. Después de un minuto decide compartir el resto de la visión con él, sin omitir detalles.

—¿Crees que el bebé sea literal, o solo una metáfora? —pregunta Vasil al terminar de oír a Delfina.

—No sé, pienso en muchas cosas, pero nada claro en realidad, no sé qué puede tener que ver un bebé con los hijos de Zain.

—También podemos investigar sobre eso —apunta Vasil.

—Gracias.

—Delfina, si los hijos de Zain vinieran a esta casa, de la misma forma en la que fueron a la tuya, no tendríamos cómo defendernos, su magia es fuerte y nosotros… bueno, la nuestra no, además tampoco tenemos una bruja natural.

Con una pequeña risa, Delfina responde:

—Tener una bruja natural, como tú le dices, además recién iniciada, no hace la diferencia.

—¿Qué quieres decir? Creí que las brujas naturales manifestaban múltiples habilidades después de su iniciación.

—Yo también había oído eso, pero, supongo que Serena es diferente, viene de una familia con mucha tradición mágica, pero ella no sabía nada de eso. Es nieta de Martha Vega, eso la hace muy especial —Delfina se detiene, siente que acaba de compartir más información de la que debía.

—Supongo que sí —Vasil se queda en silencio, en realidad está atónito de saber que Serena es la nieta de Martha Vega, sin duda esta es una bruja diferente y eso le recuerda un viejo relato que había leído hace un tiempo atrás, sus ojos se llenan con ilusión y misterio.

—No te preocupes —interrumpe Delfina—, tan pronto lleguemos a la mansión, te haremos llegar algunas cosas para que protejas la casa. Además, puedes llamarnos y ayudaremos, tu clan estará seguro, lo prometo.

—Gracias, Delfina, aprecio mucho esto. Nosotros somos el blanco fácil para ellos.

—No podemos dejar que todos nos convirtamos en un blanco fácil… ¿Crees que tus muchachos nos puedan ayudar con algo más?

—¡Claro! —responde Vasil.

—Estos hijos de Zain eran muy poderosos, ¿Crees que haya algún texto o escrito que hable de la relación con los sacrificios, algo que diga cómo Asmodeo los puede estar ungiendo con poder?

—Tal vez haya algo, lo investigaremos esta noche también si quieres, podríamos descubrir algo importante.

Ambos permanecen un rato más afuera. En el interior, Paolo y Serena fueron atendidos con un festín de comida, sin embargo, la cena transcurre en silencio, solo las palabras necesarias se hablaron, al parecer los Síneros no son un clan muy sociable. Al terminar la comida, uno de ellos lleva a los brujos hasta un cuarto donde pasarán la noche. Pasado un rato Delfina se une a sus brujos para descansar.

Vasil se para frente a los Síneros que lo esperan en la segunda sala, con un gesto todos lo siguen y bajan las escaleras hasta una habitación más abajo del primer piso. En el marco de la puerta un encendedor prende la luz de los treinta corredores categorizados, divididos en cuatro grandes pasillos; se pueden ver libros en todas partes, aparadores atiborrados, algunos a punto de caer y otros en el piso, debajo de sillas y mesas, no se puede dar un total de libros o artículos que se encuentran allí, pero la última vez que hubo un inventario se supo de 160 millones de escritos en más de doscientos idiomas, pero después de quince años, ese número ha crecido exponencialmente.

—Este es el cuento de Las cinco brujas reales —dice Vasil, mientras entrega una hoja a uno de ellos—. Necesitamos encontrar todo tipo de referencia de dónde existieron, dónde vivieron y, sobre todo, dónde murieron, todo lo que puedan encontrar es de ayuda. Ustedes dos busquen información sobre sacrificios a demonios a cambio de poder, toda mención a Asmodeo, todo tipo de registros de ese tipo de influencia en brujos. Los demás ya saben qué hacer.

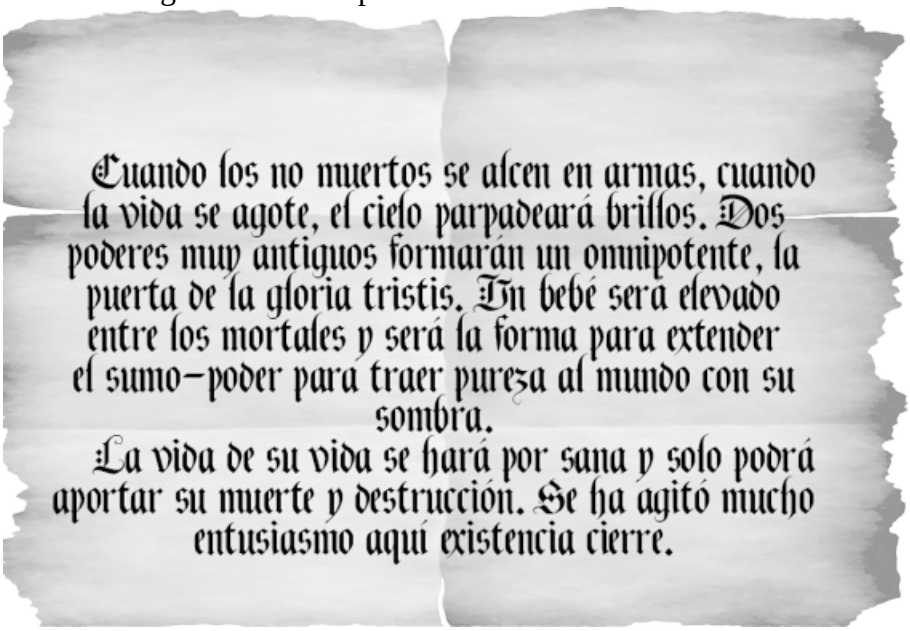
Los hombres comienzan con su búsqueda y Vasil con la suya. Mientras los demás Síneros se ponen a la tarea, su líder camina por uno de los pasillos del fondo donde se encuentra una vitrina cerrada con llave, adentro se ven algunos libros sin nombre, solo las cubiertas negras de un cuero gastado; Vasil saca de dentro de su camisa blanca una cadena con una llave, abre las puertas del escaparate y da un paso atrás, los observa con cuidado hasta empezar a revisar uno a uno, después de un rato, encuentra el que buscaba, cierra de nuevo y se retira a su oficina.

Algo inquietó a Vasil desde la llegada de los brujos, no solamente la presencia de una bruja natural, un espécimen que él no había visto hace mucho tiempo, sino también el hecho de que Delfina le ocultara partes de su visión al principio. ¿Por qué le preocupa hablar del bebé de su visión? ¿Qué quieren ocultar? Las respuestas las podría encontrar en uno de los libros del Nabu’at, una antigua recopilación de profecías místicas, relatos que Vasil ya había tenido la oportunidad de leer antes, por eso sabe de una referencia a un bebé y a esta bruja recién iniciada con una larga familia. El libro tiene varias profecías sobre niños, pero solo una mencionaba a un bebé, encriptado en una mezcla de idiomas antiguos. La profecía dice:

Cum morti armaturik dagoenean, ex quo vita decurrit, u firmamentu distiratsuak ignis involvens. Duo puteri eskumenak formanu omniposere, ianua tristis gloria. Haurtxo batek sarà elevatu mortalium inter è sarà botere gorena hedatzeko bidea izango da purerà u mondu cù umbra ejus.

Haren bizitza bizitza sarà concepita santuagoa izango da è solu chì puderà porre fine à u so contributu di morte, conlationem vaticinatio et contritio. Tantum chì hà suscitato bere existenzia erexerunt claudunt.

Con dificultad Vasil toma cada palabra y la descompone, tratando de encontrar el significado con la ayuda de algunos diccionarios, después de un rato, arma unas frases que, para él, son el verdadero significado de la profecía:



El último párrafo no es muy claro, muchas de las palabras del texto fueron difíciles de traducir, pero convencido de su descubrimiento, Vasil ve cómo las respuestas se presentan ante sus ojos, es bastante claro lo que debe pasar y el papel que él y su clan deben cumplir. El destino le ha llevado a la puerta de su casa la solución a sus problemas, la respuesta a sus plegarias y con eso la idea más arriesgada que este clan de los Síneros ha intentado jamás, en la mente de Vasil el fin siempre ha justificado los medios.

Es un nuevo día. Después de un silencioso e incómodo desayuno con los Síneros, los brujos y Vasil se reúnen detrás de la casa, en un pequeño quiosco de madera, descubierto en sus costados, con una pequeña mesa de jardín y algunas sillas.

—Que hermosa esta vista —dice Serena mientras mira las montañas que se dibujan detrás de la casa—, debe ser lindo vivir en medio de tanta naturaleza.

—Tiene sus ventajas —responde Vasil—, sin duda, el paisaje es bellísimo. Vivir en las montañas para mí fue un sueño hecho realidad. Después de lo que pasó en mi coven, este fue el único lugar que me dio paz —Todos permanecen en silencio, Serena lo ve con empatía en su mirada, ella también había perdido mucho y entiende lo que se siente—. Los muchachos estuvieron toda la noche buscando referencias sobre las cinco brujas reales, creemos que tenemos buen material —Vasil continúa mientras descubre unas hojas que lleva consigo, procede a leer detalles en voz alta—: El cuento habla de las cualidades de cinco brujas muy poderosas que murieron y están a la espera de ser despertadas, pero supongo que eso ya lo saben ustedes. La primera se dice que es una Nahaly, una clase de bruja que puede convertirse en animal, el cuento habla de un cuervo grande llamado corneja, eso nos llevó a encontrar más de ella —Vasil cambia la hoja y muestra una ilustración hecha en carbón donde se ve una mujer de costado, con una gran roca dibujada bajo sus pies—. Su nombre era Meg Shelton y vivió en el siglo XVII, al ser una Nahaly provocaba mucho miedo. Fue acusada y encontrada culpable de brujería; por temor, el pueblo decidió aplastarla con una gran piedra hasta la muerte, su cuerpo fue enterrado de

cabeza al suelo y sellado con la piedra que le quitó la vida. Y sus restos están en Woodplumpton, Inglaterra.

Horrorizada por la historia, Serena pregunta:

—¿No podía morir de otra forma?

—En esa época la gente creía que las brujas no podían morir como cualquier humano, entonces se dejaban llevar por su imaginación —responde Delfina—, matando a muchos de formas horribles. Discúlpanos, Vasil, por favor continúa.

—Hay unos libros que puedo enseñarte si te interesa la historia, Serena —Serena sonríe mientras Vasil le da una mirada inquieta, pronto desvía la mirada y continua—. La segunda bruja, la que el cuento menciona que tenía una habilidad suprema con el líquido de la vida, fue una bruja con un control increíble de los elementales del agua logrando, dicen, manejarlos a su gusto. En 1704 fue capturada y torturada hasta que confesó su supuesto matrimonio con el diablo, murió sentenciada a la hoguera, aunque la versión oficial dice que apareció muerta. Su cuerpo fue enterrado en la playa West Fife en Torryburn, Escocía, dentro de la arena, cubierta con una gran lápida de piedra, alguien se llevó los restos hace mucho, el cráneo es lo único que han encontrado. La tercera, mi favorita, la que la Parca la hizo su cómplice, sigue siendo muy popular aún, fue la Reina Vudú, Marie Laveau, nació y vivió en Nueva Orleans, según algunos textos, su magia la aprendió de su madre mulata y también podía entrar y salir del inframundo a gusto. Dicen que asesinó a su primer marido por una infidelidad y él murió maldiciéndola, en 1835 muere a causa del vudú y es enterrada en el cementerio de San Luis de Nueva Orleans, según la versión oficial claro está. Pero otros registros dicen que adoptó el apellido de su madre y volvió a Haití como Marie Marguetto, creando su estirpe de brujos desde 1835 hasta 1881 donde se cree que murió en realidad.

—¿O sea que los restos de Marie Laveau están en Haití? —pregunta Paolo.

—Tal vez —responde Vasil—, no es claro si viajó a Haití, y no hay referencias de dónde llegaría, no tenemos más información de ella, lo siento.

—Al contrario, muchas gracias —afirma Delfina con una pequeña sonrisa en los labios.

—No hay problema —Vasil continua—. La parte del cuento que dice: «hasta que el efecto de sus actos desmandados apagó su llama con la tierra hecha fango», creemos que habla de una bruja que vivió por los 1800’s en el río del condado Yazoo en Mississippi, Estados Unidos, tenía la habilidad de incendiar cosas con su mirada, además de enamorar a hombres extraños con el canto de su voz. Fue muy buscada por la cantidad de desapariciones, y cuando la encontraron estaba en su casa a la orilla del río con dos cuerpos colgados en la puerta y con un hombre torturado casi moribundo en el interior. Mientras huía cayó atrapada en fango muy espeso que la fue engullendo hasta la muerte, sus últimas palabras fueron una maldición a Yazoo, prometió que regresaría para ver el pueblo arder, por temor los pobladores rodearon su tumba con unas cadenas benditas para evitar su regreso.

—Esas maldiciones suelen ser extensiones de las historias, la gente comienza a divagar —asegura Paolo.

—Pues tal parece que esta maldición puede ser real —sigue Vasil—. En 1904 alguien rompió la cadena que rodea la lápida de la bruja de Yazoo, treinta minutos después, el pueblo ardió, estuvo en llamas hasta que el herrero del pueblo logró unir la cadena de nuevo. Muchos murieron.

Serena mira a Delfina y a Paolo, tratando de ver sus expresiones, pero ninguno se ve alterado o impresionado por lo que escuchan, en ese momento entiende lo mucho que desconoce de sus

compañeros brujos, recuerda la historia de Raquel y su espíritu, piensa que tal vez ellos han vivido cosas así de impresionantes y ya no se asombran con tanta barbaridad.

—La última bruja fue una muy poderosa, fue bendecida con el poder del resurgimiento y por varias generaciones la gente del pueblo Piombino, en La Toscana, trató de deshacerse de ella, hasta que un día la atraparon, clavaron siete puntillas en su mandíbula para que no se pudiera traer a sí misma de la muerte y fue enterrada viva con la cabeza hacia abajo.

—Qué forma tan horrible de morir —opina Serena.

—No es seguro que haya muerto —responde Vasil con una sonrisa pícara.

—¿Quieres decir, que podría haber sobrevivido? —pregunta Paolo.

— Sí, es muy probable, según el cuento.

—No ha habido una bruja que haya vivido tanto, esta mujer no podría estar viva ahora, su cuerpo físico seguiría su proceso natural —aporta Delfina—. Gracias, Vasil, ahora tenemos un punto de partida.

—Seguiremos buscando más información sobre esto, lamentablemente no encontramos mucho sobre Asmodeo o invocaciones que lo involucren con sacrificios a cambio de poder, solo una referencia de un ritual para influenciar a la gente, una historia de un rey en Egipto antiguo, pero no dice nada —Vasil adopta otra actitud, más seria y preocupada—. Si los hijos de Zain empiezan a hacer tratos con Asmodeo, todos estaremos en peligro. Debemos mantenernos unidos y actuar rápido, antes de que también se enteren del cuento de las brujas.

—Estaremos unidos —replica Delfina—, es probable que mientras viajamos necesitemos tu asesoría.

—Por supuesto, el Clan está para ayudar. ¿De verdad van a ir tras estas brujas?

—Es lo más probable. Lo decidiremos en la mansión, pero te mantendré informado.

—Muchas gracias.

Delfina toma las manos de Vasil:

—Recuerda que, si algo llegase a pasar, nosotros podemos ayudarlos, nuestra casa está a la disposición de ustedes.

Vasil agradece la oferta y la visita. Sin perder más tiempo, se preparan para emprender el viaje de regreso a la mansión, los hombres del clan de los Síneros se reúnen en la entrada para despedirlos. Los brujos dicen su adiós y arrancan, atrás queda el grupo de exbrujos mirando cómo se alejan. Serena, quien ha estado mirando hacia atrás, se acomoda en su puesto.

—Qué triste que una persona tan agradable como Vasil haya quedado en ese lugar ¿cierto?

—No siempre fue tan agradable —responde Delfina—, cuando era brujo, se comportaba de otra forma, todos creímos que en cualquier momento se convertiría en un hijo de Zain.

—¿En serio? ¿Qué hizo Vasil para llegar ahí? —pregunta Serena con mucha inquietud.

Delfina toma aire y responde seco, sin titubear.

—Asesinó a su Deífico, según su testimonio, él tuvo una visión donde se vio a sí mismo como el líder de su coven, pero su codicia por poder lo llevó a matarlo, dicen que su muerte fue brutal.

—¿Por qué no se le sentenció a morir en la hoguera? —pregunta Paolo.

—Él aseguró que el poder del deificado ya estaba en él y que no pudo controlar sus impulsos. El consejo de su coven le creyó y decidió no ejecutarlo sino desterrarlo.

—O sea que no fue su culpa —repunta Serena, queriendo creer en la inocencia de ese hombre agradable.

—Supongo que solo él lo sabe —finaliza Delfina.

Capítulo 6

Después del regreso de Delfina y los demás, los brujos se reúnen en el patio trasero de la mansión. El aquelarre se empieza a preparar para una de las aventuras más arriesgadas en su historia, el futuro está en juego y las posibilidades son reducidas.

Formando un círculo, los brujos se sientan en el pasto, con el sol en sus rostros y una comezón pasajera por el prado, la conversación da inicio.

—Estuve pensando —inicia Delfina—, sobre todo lo que hemos descubierto hasta ahora y sobre la amenaza latente que tenemos; esto es una bomba de tiempo y desconocemos el plan de los hijos de Zain, por eso debemos actuar ya pero debemos ser inteligentes. Por ahora, creemos saber dónde están los restos de las cinco brujas reales, debemos encontrarlas, y para eso tendremos que dividirnos.

—¿Dividirnos? —pregunta Otto con incredulidad, en su tiempo dentro del coven, esa idea siempre fue impensable.

—Así es. Dividirnos —afirma Delfina—, no podemos abandonar la casa, ni dejarla desprotegida. Unos viajaremos en busca de las brujas y los demás se quedarán acá custodiando la casa.

Paolo ve las expresiones de preocupación de Sara, Otto y Serena, e interviene:

—Lo que tenemos que hacer va a requerir mucho de nosotros, sacrificios. Este es el momento donde debemos estar más unidos, donde debemos priorizar nuestro plan; creemos que hasta ahora somos los únicos en conocer este poder, es nuestro momento.

—¿Cuál es el plan entonces? —pregunta Raquel ansiosa.

Todos miran a Delfina.

—Somos seis personas, nos dividiremos en dos grupos. El primer grupo viajará en busca de los poderes. Primero iremos a Yazoo, Mississippi en Estados Unidos, ya sabemos exactamente dónde encontrar su tumba, así que no será difícil. Luego iremos a Nueva Orleans por la reina Vudú, Marie Laveau…

Sara interrumpe con una pregunta.

—¿Qué pasaría si es verdad que Marie viajó a Haití?

—Es una posibilidad, de ser así tendremos que ir a Haití. Pero pasaría a ser el último destino de nuestro viaje.

—¿Cómo sabremos dónde encontrar a la reina vudú? —dice Serena.

—No lo sé aún, pero lo iremos solucionando, afortunadamente contamos con la ayuda de los Síneros —Delfina continua con el plan—. Después de Nueva Orleans iremos directo a La Toscana, Italia, ahí nos tomaremos tiempo, debemos estar muy seguros de conocer con exactitud la tumba de la bruja indicada antes de hacer el ritual, hay muchos cuerpos enterrados con ella. De allí viajaremos a Liverpool, para llegar a la localidad de Woodplumpton, Lancashire; el pueblo es pequeño así que tenemos que actuar con cuidado, es fácil llamar la atención. Por último, iremos a Escocia, a la ciudad de Torryburn en algún lugar de la playa de West Fife encontraremos la lápida de Lilias Adie, la gente ahí es muy receptiva con los temas de brujas, así que no creo que tengamos problema.

—¿Cómo vamos a llegar a esos lugares?, ¿Vamos a viajar con magia? —pregunta Serena con un tono de preocupación, los demás ríen.

—Viajar con magia sería perfecto, pero ese tipo de hechizos son casi imposibles de hacer, doblar el tiempo-espacio no es algo que se pueda alcanzar así como así, podrías terminar en una realidad alterna, si es que logras hacer algo —aporta Paolo.

—El coven cuenta con un fondo —Delfina continua—, tenemos propiedades e inversiones desde hace muchos años.

—También vendemos los productos que hacemos con el huerto: jabones, cremas, pomadas...

—Ya tendrás mucho tiempo para aprender a hacerlos —dice la Deífica. Una nube oscurece el sol y la luz del entorno se opaca—. ¿Qué piensan del plan?

—Que es arriesgado —replica Otto—, pero creo que es un buen punto de partida, ¿Quiénes viajarán y quiénes se quedarán?

—Tú, Sara y yo viajaremos. Paolo, Raquel y Serena permanecerán en la casa —Paolo le responde con una mirada de duda, mientras que en Raquel nota un poco de decepción—. Chicos, recuerden que aquí somos más fuertes, esta mansión es nuestro legado, debemos cuidarla y protegerla de amenazas. Pero, si las cosas se ponen feas, bajo cualquier circunstancia el plan Z es abandonarla y sobrevivir, pero solo en caso de vida o muerte. ¿Entendido?

Paolo, Raquel y Serena responden con una afirmación.

—Si se llega a eso, el coven tiene una casa segura, es una casa de campo encantada para que sirva como refugio. Está muy cerca de acá y tendrá todo lo que necesitan si se ven atacados —La Deífica hace una pausa cambiando el tema por completo—. Ahora, hay algo que también necesito que entiendan. Este viaje podría tomar meses, es muy difícil saber cuántos en realidad, pero debemos tomarnos el tiempo que sea necesario. Por eso algunas veces será complicado comunicarnos, trataremos de estar en contacto constante —La Deífica se toma otra pausa, un suave nerviosismo le llega a las ideas, su ceño se cierra y respira profundo—. Antes de hablar de otros detalles, hay un tema que quiero dejar claro hoy: El deificado.

Sara interrumpe:

—¿Deificado? ¿Por qué vamos a hablar de esto ahora, hay algo que no sabemos?

—No, calma —responde Delfina—, es importante tocar este tema, no por nada en particular, pero este es un viaje peligroso y todo puede suceder, quiero que estemos listos, además es algo que no todos conocen bien, en especial tú, Sara.

—¿Qué es el Deificado? —pregunta Serena.

—El deificado es la línea de sucesión—explica Delfina—, generación tras generación, cada Deífico ha dejado su poder y experiencia mágica con el coven a través del deificado. Cuando una Deífica muere, su poder pasa a habitar un nuevo brujo, el cual se convierte en el nuevo Deífico de su aquelarre; ese poder crece y se alimenta con el paso de los años, en aquelarres tan antiguos como este, la prioridad es mantener ese linaje.

—¿Quién sería el próximo, en caso de que...?

—¡Otto! —exclama Raquel.

—¿Qué? No quiere decir nada malo… es una pregunta. Perdón —Agacha la cabeza, apenado.

—La verdad Otto —responde Delfina sonriendo—, No sé, es muy difícil saberlo, es algo que sucede al azar y nadie puede controlarlo. Cualquiera de ustedes puede ser el próximo líder de este coven, por eso… —Toma el libro de las sombras negro y lo abre enseñando el rito del Deificado—: Este rito es indispensable hacerlo tan pronto se recibe el poder del coven; imaginen recibir la fuerza de cien brujos o más, el espíritu tarda demasiado en controlar los impulsos, las emociones pierden la razón y todo se vuelve caos, por eso para centrar el poder es indispensable realizar El rito del Deificado. Si algo llegara a pasarme en este viaje o después, el nuevo deífico

debe hacer el ritual lo más pronto que pueda. ¿Está claro?

Todos afirman.

—Si estamos separados, ¿Cómo sabríamos quién es el nuevo líder? —pregunta Paolo.

—Recuerden que todos pueden sentir mi presencia, al igual que conmigo, ustedes van a poder sentir a la nueva Deífica.

La conversación sobre el Deificado continúa por un momento más, cuando el tema queda claro, Delfina concluye la reunión:

—Chicos, muchas cosas están en juego en este viaje, pero sin importar qué tanta distancia haya entre nosotros siempre estaremos juntos, y siempre podremos contar con el apoyo de los demás.

Tres días después, el coven de Delfina está listo para iniciar un viaje que puede cambiar la balanza del futuro a su favor, por eso hay un poco de tensión y ansiedad al respecto. Hoy es la última noche en la casa para Sara, Otto y Delfina, la Deífica ha pasado varias horas recorriendo la casona una y otra vez, meditando sobre su travesía y analizando con cuidado la visión que había tenido un par de semanas antes.

Serena está en su cuarto tratando de dormir sin éxito, desde su ventana se puede ver la parte de atrás de la casa, donde está el huerto con paredes y techo de plástico. Mientras respira el aire frío de la noche, ve cómo Paolo y Otto cruzan el patio riendo, jugando y fumando. Su puerta se oye sonar, abre de inmediato, es Delfina quien entra al cuarto en silencio y se sienta en la cama, con un gesto invita a Serena a que se siente junto a ella.

—¿Estabas durmiendo?

—No —responde Serena—, la verdad, no he podido dormir.

—Yo tampoco, nunca duermo bien antes de un viaje. Quería hablar a solas contigo antes de irme. ¿Cómo te has sentido? —pregunta en un tono muy dulce.

—Bien, ahora me siento mejor, más tranquila… me siento más segura. Me gusta estar aquí y estar con ustedes —Sonríe.

—Qué bueno, Serena, me alegra. He visto que lees mucho y eso me gusta, recuerda también practicar lo que lees.

—Sí, eso quiero, aunque algunas cosas son difíciles.

—Tú podrás hacer todo lo que te imagines —Cambiando su postura y el tema, Delfina mira con mucha atención a Serena—. No me quiero ir sabiendo que tienes muchas dudas, y con todo lo que ha pasado no hemos tenido tiempo de hablar, así que quiero aprovechar este momento. ¿Hay algo que quisieras preguntarme?

Serena lo piensa por un instante, es una pregunta tan abierta y ella tiene tantas dudas.

—¿Quiénes son los hijos de Zain, en realidad?

Delfina toma aire, se acomoda y prosigue:

—Zain era un exbrujo con una gran ambición por poder y eso lo llevó a conocer las artes demoníacas, la magia con demonios es muy peligrosa porque ellos solo buscan dos cosas: tu alma y tu poder. Zain encontró la forma de extraer fuerza de Asmodeo a cambio de la promesa de traerlo de forma física a este mundo, así se armó con un grupo de seguidores a los que llamó sus hijos, por varios años reunió poder y discípulos. Un grupo de brujas y brujos nos unimos para derrotar a Zain y casi no lo logramos; ese día iba a nacer Asmodeo, pero interrumpimos el ritual y lo emboscamos, como se vio acorralado decidió sacrificar a sus seguidores, todos murieron.

—¿Por qué hizo eso? —pregunta Serena con mucho asombro.

—Para robarles su fuerza vital, su poder. Nos atacó con todo lo que tenía y casi nos mata,

hasta que una bruja pudo hacerle frente con un hechizo de fuego que no pudo aguantar. Y ahora regresaron, no creo que bajo el comando de Zain, otra persona está reuniendo seguidores y matando jóvenes brujos.

Serena está un poco asustada por la historia, sabe que el mal está creciendo mientras ellas hablan y eso le pone los nervios de punta.

—Ahora entiendo mejor por qué debemos detenerlos antes de que tomen más fuerza.

Delfina permanece en silencio por un instante, piensa si será buena idea hablarle a Serena de lo que conoce de ella, pero es su derecho:

—¿Te podrías imaginar quién pudo ser la bruja que hizo el hechizo de fuego?

—No… ¿fuiste tú? —ríe.

—No. Fue Martha Vega.

Serena se queda perpleja, no pronuncia palabra por un minuto, la Deífica la mira y espera a que se reincorpore.

—No sabía eso, ¿por qué mi abuela nunca nos contó de esto, de la magia?

—No lo sé —responde Delfina mientras se acerca y toma por el hombro a Serena—. Creo que lo hizo para protegerte, a ti y a tu familia. Eres más especial de lo que creíamos, o de lo que tú misma crees.

—En uno de los libros leí que la verdad tiene el poder del bambú, no importa lo que haya sobre él, el bambú siempre se abre camino a la luz —responde Serena con tranquilidad.

Delfina la sujeta fuerte, pero debe decirle algo más.

—Hay otra cosa más que debes saber —Suspira—. Otto estuvo en la ciudad y se enteró de que la casa donde vivías fue incendiada y adentro encontraron dos cuerpos incinerados, la policía cree que eran tú y tu hermano.

—¿O sea que nadie nos buscó, nadie sabe que estoy viva? —dice sorprendida.

—No, y honestamente, creo que es mejor así, no podemos arriesgarnos a exponernos tampoco. Paolo se encargará de darte unos documentos, una nueva identidad pues, legalmente, estás muerta.

—Está bien. Supongo que tampoco soy la misma persona —responde con una mirada perdida y muy pensativa.

—Eres mejor.

Serena se levanta y va hacía la ventana, allí toma aire por unos minutos, la Deífica la observa, le da su tiempo y luego se une a ella. Aún se oyen las risas y comentarios de Paolo y Otto.

—Todo tiene una razón —comenta Delfina—, ahora es difícil saber por qué pasan las cosas, pero la vida te irá mostrando las respuestas.

—A veces me siento muy triste, extraño mucho a mi familia. Siento que es mi culpa todo lo horrible que ha pasado, ¿Cómo dejo de sentirme así? —Un par de lágrimas bajan por la mejilla de Serena.

Delfina la mira con compasión y mientras acomoda su cabello le responde:

—Serena, hay algo que debes entender, en este mundo, en este universo, nada pasa con el propósito de dañarte, nosotros solo somos piezas que se mueven y que juegan un papel, a veces pequeño o a veces grande, pero piezas no más. Lo que ha de pasar pasará, así no nos guste o así no estemos de acuerdo o así nos hiera. Dejarás de sentirte así el día que comprendas que por todo el poder que tengas, tú no eliges la realidad que vives, nadie lo hace, lo que es inevitable terminará pasando y no hay nada que podamos hacer, solo observar y aceptar.

—¿No es frustrante? —pregunta con rabia.

—Algunas veces, pero entre más rápido lo entiendas, más tranquilidad vas a tener. Por eso les hablaba del Deificado. Cuando yo muera no me podré llevar nada de este mundo, los logros que tuve no importarán, las cosas que hice se olvidarán, lo único que queda es nuestro legado, nuestro poder, eso es lo que debemos defender. Yo he hecho todo para proteger este coven, no te voy a negar que han sido cosas de las que no estoy muy orgullosa. Recuerdo la expresión en tu mirada el día de tu iniciación, cuando tuve que quemar a esos brujos, pero era necesario, todo lo que he hecho ha sido necesario y no me arrepentiría de nada y tampoco lo puedes hacer tú. Admiro mucho la forma en la que ves al mundo pero también has visto maldad, hay personas malas que no necesitan motivación para dañar a los demás y créeme que las conocerás. Nuestra arma más preciada es la intuición, siempre confía en ti primero y conócete mejor que nadie, así nadie te podrá herir.

Con un abrazo la Deífica logra calmar a Serena.

—Cuídate mucho mi niña y confía en Paolo, él siempre sabrá qué hacer. Sé fuerte, recuerda que solo tú puedes permitir que te dañen.

—Gracias por todo, Delfina. Espero que nos podamos ver pronto, te voy a extrañar.

—Y yo a ti.

Capítulo 7

Veintidós horas de vuelo han pasado desde que el coven salió en busca de las cinco brujas reales, el viaje había sido tedioso: Primero aterrizaron en Orlando, donde esperaron seis horas más, luego salieron con destino a Denver donde esperaron diez horas para abordar el avión que finalmente los llevó a Jackson, Mississippi. Allí descansaron durante todo ese día, a la mañana siguiente alquilaron un auto con el que llegaron a Yazoo City, en una hora de camino por las rápidas vías norteamericanas.

Yazoo es una ciudad pequeña, donde los contrastes se ven por todas partes, colores y espacios llenos de vida se encuentran con otros grises, oscuros y un tanto solitarios pero sin duda, en el ambiente hay una sensación de tranquilidad y paz. Delfina, Sara y Otto van en el auto recorriendo la ciudad y buscando un hotel para descansar.

—Se ve como un lugar tranquilo ¿no? —dice Sara.

—Lo es, aunque tiene una vibra especial, lo puedo sentir —responde Delfina.

—¿Será la maldición? —dice Otto en el volante con un tono burlesco.

—¡Ay no digas eso! —exclama Sara.

—Pero puede ser verdad, esta ciudad ha sufrido varios desastres, ¿Verdad? En 2010 un tornado la atacó.

—Eso no quiere decir que fue por una maldición —aporta Delfina.

Cerca al Main Street los brujos encuentran un hotel disponible. Una vez en las habitaciones hablan sobre el paso a seguir:

—¿Por dónde vamos a empezar? El cementerio es un lugar popular aquí —dice Sara.

—Nuestra bruja es una atracción turística —continúa Delfina—, creo que deberíamos investigar un poco más, hablar con la gente, ir a una biblioteca, tal vez encontremos algo interesante sobre ella.

—Me parece una buena idea, antes de hacer el ritual es mejor que sepamos bien a lo que nos enfrentamos. Quiero leer más sobre esa maldición —opina Otto mientras espera en el celular a que alguien le responda. Sara gira los ojos.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta Sara.

—Hoy.

—¿Aló?, Hola ¿cómo están? Sí, llegamos hace unas horas a Yazoo. Mañana, creo que visitaremos algunos lugares, ya sabes, recoger información. A mí también. Gracias. Sí. Saluda a las chicas de nuestra parte. Tú también. Adiós. Sí. ¡Chao!

En la tarde, la ciudad está callada y sola. Llegan hasta la biblioteca Ricks Memorial bajo un sol acogedor. La biblioteca tiene una arquitectura muy tradicional, la estructura es circular, con unos pilares altos que recuerdan un poco la entrada de la mansión y que rodean todo el edificio. Adentro solo se ven tres mujeres, una tras el mostrador de la entrada y dos entre los pasillos circulares y no muy altos, parece que ordenan algunos libros. Los brujos se acercan, Delfina, quien maneja varios idiomas, comienza una conversación en inglés con la mujer del mostrador, su nombre se podía leer en su uniforme: Latisha.

—Buenos días —dice Delfina.

—Buenos días, bienvenidos, ¿En qué los podemos ayudar? —responde amablemente Latisha.

—Estamos de visita y documentando este viaje. Yo sé que es curioso, pero nos gustaría

conocer más sobre la famosa bruja de Yazoo.

—¡Caro! —grita la mujer—, no hay problema, mucha gente viene a preguntar por ella, es muy popular —dice con alegría.

—Estamos muy interesados en conocer su historia y la historia de Yazoo —aporta Sara. su inglés no es tan bueno como el de Delfina, pero se le entiende bien.

—Yo creo que podemos ayudarlos con eso —Latisha mira para buscar una de sus compañeras, al verla grita— ¡Sheila! ¡Hey, Sheila!

Otto se asombra al oírla gritando en medio de la biblioteca, pero la mujer les regala una agradable sonrisa, Latisha lo nota y replica:

—No hay nadie acá, ustedes son los primeros.

Sheila se acerca y recibe las indicaciones de Latisha, juntos caminan buscando los libros.

—¿Por qué es tan popular esa bruja?, la gente viene muy interesada, en mi opinión esas cosas del diablo deben dejarse quietas, molestar los muertos no es bueno, no señor, mi familia vive acá desde hace muchos años y hemos visto mucha mierda rara, en serio. Estos libros son de historia de Yazoo, este de Mississippi —Otto va recibiendo los libros mientras Sheila continúa hablando —. Estos tienen periódicos archivados. Este libro es interesante, les puede ayudar con su investigación.

—La bruja de Yazoo, muy específico —dice Otto.

—Aquí dice que es una investigación que se hizo sobre la bruja, después del incendio de 1904 —lee Sara.

—Yo creo que podemos empezar por estos, muchas gracias —dice Delfina mientras acomoda algunos libros en una mesa de uno de los cuartos que rodean el salón principal.

—Si me necesitan pueden gritar mi nombre, somos los únicos acá —Sheila ríe estrepitosamente.

Cada uno toma un libro y comienzan a buscar algunos datos o textos de interés que puedan ayudarlos a entender por qué esto está pasando y la relación entre las cinco brujas. Pasa un rato, todos han estado en silencio excepto Sheila, Latisha y la otra mujer quienes han estado hablando en susurros ruidosos todo el tiempo. Sara lee el libro de la bruja de Yazoo y nota algo que llama su atención:

—Después del incendio de 1904 la gente en serio creyó que la bruja tenía la culpa, miren este dibujo, así encontraron las cadenas de la tumba ese día.

—Pero se han roto después y en varias ocasiones, miren lo que dice —Otto lee—: «Pero las cadenas siguieron apareciendo rotas y así los religiosos del pueblo se han encargado de conservarlas, arreglarlas y reemplazarlas desde 1904 hasta hoy día».

—Pero si ha estado rota más veces, ¿Por qué no se ha incendiado el pueblo? —pregunta Sara.

—Tal vez la maldición solo se aplicó una vez o tal vez fue coincidencia, igual, creo que es mejor que tratemos de dejar las cadenas intactas, no queremos descubrir si es real o no —responde Delfina.

—¡Miren! los árboles genealógicos de las primeras familias que habitaron el pueblo —Otto muy emocionado por su descubrimiento.

Delfina busca en los archivos de periódicos referencias a la bruja:

—En 1912 las cadenas amanecieron rotas de nuevo, pero no hubo incendio, dice que se repararon tan pronto se enteraron.

—O sea que es más probable que la maldición sea mentira —Otto abre otro libro.

—Pues aumenta las posibilidades de que sea mentira, igual debemos actuar con precaución,

sea o no sea verdad.

—Ok, esto es interesante, escuchen —Sara lee—: «Después del incidente con los turistas en 1875 los ojos del pueblo estuvieron puestos en las familias Kedward y Jones; se decía que los Kedward compartían sangre con una familia condenada por brujería en Massachussets y que el ciego Richard Jones tenía una maldición sobre él y su familia».

—¿Cuál fue el incidente de 1875? —Otto pregunta.

—Dos italianos desaparecieron en el río, en extrañas circunstancias —responde Delfina enseñándoles un recorte de periódico.

—Escuchen esto: «Dos de las tres hijas de Tomas Kedward murieron en los meses posteriores del incidente, la tercera hija, la más joven, desapareció y nunca fue encontrada» —Sara lee.

—¿Meses después del incidente?

—Sí, también en 1875 —responde Sara—. Los Jones tuvieron solo una hija que murió de tuberculosis a los 12 años, sus dos hijos menores fueron soldados que murieron en la guerra unos años después.

—Los encontré —Otto revisa una página vieja y amarilla—. El árbol genealógico de los Kedward termina con Avery, Olivia y Sophia Kedward… dice que sus antepasados llegaron desde Inglaterra del norte en 1700 con Randall y Liz Kedward.

—Una familia bastante antigua, yo ni siquiera sé quiénes fueron mis abuelos —Sara ríe.

—¿Y si la hija perdida de Tomas Kedward, no estaba perdida, solo se fue a vivir al bosque, cerca al río? —Se pregunta Delfina.

—Adivinen cuál era el nombre de soltera de la mamá de las últimas Kedward —dice Otto, Sara y Delfina se miran entre sí, esperando a que siga hablando.

—¡Dinos ya! —Sara desesperada.

—Charlotte Elizabeth Jones.

—¿Jones? —pregunta Sara— ¿El árbol de los Jones también está en ese libro?

—Ya estoy buscando —Otto se afana a pasar las páginas del viejo libro.

—Las Kedward eran descendientes de dos familias acusadas de brujería —dice la Deífica.

—¿En qué piensas Delfina? —pregunta Sara.

—Es difícil que dos familias de brujas se encuentren así por coincidencia. ¿Qué tan antigua puede ser la familia del lado de la madre? Imposible saberlo —Delfina encuentra toda esta información bastante inquietante.

—¡Lo encontré! —grita Otto, pero baja la voz al instante—, Charlotte Elizabeth Jones era la hermana de Wyatt Jones, el padre de los últimos Jones del pueblo.

—¿De dónde viene la familia? —pregunta la bruja mayor.

—Dice que llegaron de Massachussets en 1650.

—En Massachussets hubo muchas ejecuciones de brujas —Delfina cierra los libros que tiene con ella.

—O sea que Sophia Kedward, la ‘pérdida’, era la última hija de los Jones y los Kedward, quienes posiblemente vienen de una tradición mágica muy antigua ¿Verdad? —dice Sara.

—Así es —Delfina continúa con la mente en la boca, analizando la información que acaban de encontrar—. Esta coincidencia me parece muy extraña pero, si lo pensamos bien, tiene algo de sentido: el poder de dos familias antiguas quedó con Sophia Kedward. Debe ser un poder muy grande porque sigue acá, en este plano, esperando a liberarse.

—Entonces es magia antigua —Sara cierra los libros—. Este poder lleva encerrado más de

cien años, es magia pura.

—Las demás brujas también tienen historias de hace muchos años, del siglo XVI o XVII. Estamos cazando poder antiguo.

Otto mira fijo a Delfina y a Sara, saben que a la hora de tratar con poderes antiguos, se requiere un nivel de conocimiento que ninguno posee, es magia que ya no se estudia mucho.

Con la idea más clara del origen de la magia antigua que deben capturar, los turistas en Yazoo se dirigen al cementerio Glenwood, allí cada tanto se hacen recorridos guiados donde se cuenta la historia del pueblo, el lugar es un atractivo turístico bastante popular y con suerte los brujos podrán conocerlo mejor antes del ritual.

El cementerio de Glenwood es un amplio prado de media milla, verde y rodeado por unos cuantos árboles. Algunas lápidas son pequeñas y comunes, otras son grandes y ostentosas con figuras de ángeles y santos. Delfina y su equipo ven un hombre vestido de gala, con un abrigo negro, el pantalón y su chaleco gris, un pequeño moño en el cuello de su camisa blanca, que parece que le ahorcara por el color de su rostro; usa también un sombrero de copa no muy alto. Su aspecto asemeja a un Santa Claus de unos sesenta años, pelo y barba blanca, con cachetes rojos y regordetes, ojos azules y gafas pequeñas. Junto a él está una pareja a punto de iniciar un tour, los brujos se acercan con la intención de unírseles.

—¿Por qué no vamos por nuestra cuenta? —susurra Otto al oído de Delfina, ella lo mira y le responde mascullando mientras Sara se acerca por un lado tratando de oír la conversación.

—Porque toda la información que tengamos sobre el cementerio nos puede servir, es mejor estar muy bien preparados, especialmente con lo que la gente cree y sabe. Además, queremos parecer turistas normales.

Otto asiente, se siente regañado, el guía los ve y los llama con su mano.

—¿Quieren acompañarnos en el recorrido? Apenas y vamos a empezar.

—Claro —responde Delfina, Sara y Otto sonríen.

Juntos comienzan a caminar, mientras el hombre inicia su relato.

—Los cementerios son para los vivos, no para los muertos. Todos pueden venir y dar un paseo por la historia y los personajes de Yazoo, por ejemplo, esta tumba está acá desde 1846, es un misterio quién fue este hombre. Caminando por acá vemos algunas de las tumbas de las monjas de las hermanas de la caridad quienes llegaron a este pueblo en 1871, construyeron escuelas y albergues. Aquí encuentran a la gente importante que ha llevado a Yazoo a lo que es hoy. Vamos allá, donde se ven esas dos tumbas. Ellos son los supuestos nietos de John Hancock el primer y tercer gobernador de Commonwealth, Massachusetts, también fue el presidente del Second Continental Congress pero, estos dos hombres, vivieron con varios años de diferencia, así que es un misterio por qué ambos decían que fueron nietos de John Hancock.

El recorrido continúa, mientras caminan la media milla que se esparce por el cementerio, los brujos escuchan las historias, pero su impaciencia crece. Pronto, pasados treinta minutos, el hombre los dirige al centro del cementerio.

—Y así llegamos hasta la tumba de la bruja, se ha convertido en una atracción muy popular en Yazoo —dice con una sonrisa de oreja a oreja, en sus ojos se le ve el orgullo por esta atracción.

—¿Qué fue lo que pasó, en realidad? —pregunta una mujer que va en el recorrido.

El hombre se quita su sombrero, invita a todos a que se sienten alrededor de la tumba, con un tono de voz diferente, comienza a contar la historia con mucha seriedad, mientras Otto lo mira con extrañeza y responde con gestos a lo que el señor narra.

—Muchos pescadores estaban desapareciendo en el pueblo, cuentan que en unos quince días desaparecieron 24 hombres cerca a los pantanos del río. Un día, una valiente viuda decidió ella misma ir en búsqueda de su esposo. La mujer entró al bosque en esa dirección, y escuchó una hermosa melodía río arriba, era el canto de una jovencita. Caminó por la orilla del río, se acercó lo más que pudo al cántico y vio cómo la bruja, una mujer alta, escuálida y moribunda, cantaba mientras prendía fuego a otro hombre tan solo con mirarlo, la mujer corrió sin ser vista por la bruja, llegó a la comisaría y contó todo. Esa misma noche, un grupo de hombres valientes se armó con picos, palas, cruces y agua bendita para buscarla, entraron al bosque y a los pantanos, pero cuando encontraron la cabaña donde se escondía, la bruja había huido, uno de ellos alcanzó a verla correr y alarmó a los demás, todos salieron tras ella, pero la bruja quedó atrapada en un pantano que comenzó a tragarla lentamente, los hombres la encontraron por los gritos que daba tratando de luchar contra el fango. Cuando llegaron solo se le veía la cabeza por fuera del barro, ella los miró con odio y dijo al aire: «Llamo a las brasas infinitas y maldigo este pueblo, somete a Yazoo con tu fuego infernal». Después de eso la bruja se ahogó en el pantano. Los hombres sacaron su cuerpo ese mismo día y lo enterraron acá. Pero lo más misterioso pasó en 1904, cuando el pueblo enfrentó un gran incendio que quemó gran parte del centro, la gente vino a revisar la tumba y vieron estas cadenas rotas, obviamente todos culparon a la maldición de la bruja y desde entonces las cadenas se reemplazan cada cierto tiempo o cuando las vemos gastadas.

—¿O sea que es verdad que la bruja está acá enterrada? —El hombre se pone de pie y ayuda a su novia a levantarse.

—Eso dicen los registros, puede ser una mentira, como puede ser una verdad, yo prefiero creer —responde el guía con una dulce risa.

—¿Y si las cadenas se rompen? —pregunta la novia.

—Ya se han roto antes y no se ha incendiado nada —ríe—. El sacerdote del cementerio se encarga de mantener las cadenas en buen estado. No tenemos de que preocuparnos.

El guía termina el recorrido y los invita a moverse por el cementerio libremente. Otto se aleja hacia los extremos del lugar, Sara y Delfina se quedan caminando cerca a la tumba de la bruja.

—¿Qué pasaría si la maldición es real? —pregunta Sara.

Después de un suspiro, Delfina responde:

—Oíste lo que dijo el guía, cada vez que se rompe, ellos la reemplazan al instante. Si tal vez las cadenas se rompen en medio del ritual creo que podremos arreglarlas y evitar un desastre, pero es poco probable que pase.

Sara sigue pensativa.

—Todo ha sido tan fácil hasta ahora, que me da miedo que algo pase.

Delfina suelta una pequeña risa.

—No hemos hecho nada hasta ahora, aunque es bueno que tengas miedo, quiere decir que no eres tonta.

—Creí que tener miedo era algo malo.

—No siempre —responde Delfina—, el miedo puede ser una ayuda también, depende de tu relación con él, hay personas que el miedo las paraliza y hay otras que los activa, los hace pensar más rápido y más claro.

—¿De qué depende?

—Yo creo que depende de qué tanto te conozcas a ti misma, mientras más clara sea la relación que tengas contigo, con tus emociones y sentimientos, más fácil será controlarte y

controlar situaciones —responde Delfina muy ceremonial.

Otto, quien se había perdido de la vista de Delfina y Sara desde hacía varios minutos, regresa a ellas un poco agitado y con una sonrisa en el rostro.

—¿Dónde estabas? —pregunta Delfina.

—Estaba recorriendo un poco, creo que encontré un camino por el que podemos entrar sin llamar tanto la atención —dice con la emoción en sus ojos.

Los tres comienzan a caminar fingiendo que se interesan por las demás lápidas. Sara organiza unas flores casi marchitas que descansan junto a una tumba en forma de cruz.

—¿Cuándo haremos el ritual?

Delfina se toma un momento para pensar.

—Mañana, mañana a medianoche. No quisiera levantar ningún tipo de sospecha, por pequeña que sea.

—Estoy muy ansioso, tengo mucha curiosidad por el ritual y por el poder de la bruja.

—Todo con calma, Otto —ríe Delfina—, necesitamos que todo sea perfecto, debemos descansar y preparar todos los detalles.

Sara y Otto asienten, se despiden del guía y agarran camino hacía el hotel.

Al día siguiente los brujos se preparan todo el día para el ritual, no cuentan con mucho tiempo así que deben ser muy precisos con lo que se necesita para capturar el poder de Sophia.

Otto intenta comunicarse con la mansión desde el celular, Sara y Delfina empacan.

—No tenemos muchos anillos así que no tenemos muchas oportunidades de fallar —Delfina abre una pequeña caja donde están ocho pequeños bultos envueltos en bolsas de lino.

—Creo que es mejor que llevemos toda esta sal marina —Sara saca de su maleta un recipiente—. ¿Por qué solo empacamos seis de estas velas?

Delfina toma una y la mira.

—No son baratas ni fáciles de conseguir, son especiales para invocaciones, solo nos quedaban estas en la mansión así que debemos usarlas bien

Sara sigue empacando otros objetos necesarios: Incienso de romero y laurel, una botella de agua y un athame.

—Nadie contesta —exclama Otto desde el fondo de la habitación.

—¿En la mansión?, no es raro —dice Sara—, tú sabes que Paolo no se interesa mucho por la tecnología, estoy segura de que no sabe dónde metió el celular —ríe.

—Vamos a ir vestidos de negro, no podemos arriesgar a que algún curioso nos pueda identificar. Otto ¿Ya sabes cómo o por dónde podemos entrar?

Otto cuelga y deja el teléfono aparte.

—Sí, lo tengo todo marcado en este mapa. Desde el hotel iremos hasta la calle E. Broadway, seguimos por acá derecho hasta Scott Memorial Funeral Home, acá nos movemos hacia el desvío del Benton Road y por acá hay una iglesia que logré ver ayer, aquí podemos dejar el auto y caminar hasta una entrada que está acá, al lado de una casa con número 1255 —Su tono es de orgullo.

—¿Qué hay al otro lado de esta carretera? —pregunta Delfina mirando y señalando el mapa.

—Un bosque, di una pequeña mirada y solo vi árboles.

Delfina se mantiene pendiente de la hora, sabe que no pueden dejar el hotel a medianoche, deberán salir antes y esperar.

—Sara, asegúrate de empacar dos anillos con piedra de ópalo de agua —dice Delfina. Sara busca el anillo faltante entre las bolsas de lino y lo guarda—. Se acerca la hora de salir,

¡Preparémonos!

El momento ha llegado, los brujos tratarán de invocar el poder de la primera bruja del cuento y capturarlo en un anillo. Delfina y Otto tratan de mantenerse tranquilos, Sara lo intenta también, pero está llena de miedo, sabe que estará mirando a la magia antigua justo a los ojos. El recorrido se hace según las indicaciones de Otto, en los alrededores de la iglesia los brujos deben esperar hasta medianoche, el ambiente se siente lleno de expectativas.

—¿Qué pasa si liberamos la maldición? —pregunta Sara.

—¿Por qué insistes en que eso puede pasar? Yo lo veo muy improbable —Otto trata de estirar un poco la espalda acomodado en el puesto del piloto.

—Todo es posible, pero también creo que estaremos bien. No te concentres en eso —responde Delfina mirando el reloj de Otto—. Llegó el momento.

Juntos salen del auto con mucho sigilo, comienzan a caminar por la carretera hasta que llegan a la casa con número 1255. Otto les indica que lo sigan y ellas lo hacen, con mucho cuidado y después de quince minutos de caminata entre ramas y raíces, llegan al cementerio. Antes de acercarse a la tumba, los tres se dividen por los alrededores cerciorándose de que no haya más personas. Sara ve a lo lejos el vigilante del lugar, se acerca por su espalda sin que él lo note, el hombre siente una presencia y gira para encontrarse con unos ojos grandes y verdes que lo inducen a un sueño profundo y lo llevan lentamente al suelo. Después de asegurarse que nadie más estuviera en el cementerio, se reúnen en la tumba de la bruja de Yazoo.

—Ya saben que hacer —ordena Delfina.

Sara desempaca las cosas, toma la vela y el agua, Otto toma el athame y las ramas de incienso. Delfina toma la sal y comienza a dibujar un círculo alrededor de la tumba. Otto ubica el Este junto a la línea de sal, clava el incienso en el suelo y lo enciende, luego al Norte, después de que la Deífica dibuja en el suelo, Otto clava el puñal en la tierra. Al Oeste, Sara ubica el agua y al Sur enciende la vela. Cuando la sal se encuentra en su punto de origen, Delfina cierra el círculo diciendo «Probestú».

El círculo protector queda activo. Una pequeña pero constante ventisca los acompaña. Sara pone sobre la tumba una de las bolsas de lino y la abre, adentro unas hojas y semillas de laurel envuelven el anillo, la piedra de ópalo que carga es de un color azul oscuro, casi negro.

Los brujos se miran y adoptan posiciones frente a la tumba, elevan sus manos al aire:

—Deuti imperium aoren —inicia Delfina, los demás repiten.

—Deuti imperium aoren.

—Esta noche nos reunimos en la tumba de Sophia Kedward e invocamos su poder aquí —Los brujos permanecen concentrados, el viento se torna más frío y fuerte—. ¡Escuchamos tu llamado y venimos por tu regalo! Invocamos tu poder, Sophia. ¡Te invocamos! Deuti imperium aoren.

Sara y Otto repiten:

—Deuti imperium aoren.

La energía se siente empujar en todas direcciones, la llama de la vela tiembla desesperada, el agua en el recipiente parece hervir sin calor y el incienso los rodea con una delgada capa blanca casi traslúcida. Los brujos se toman de las manos formando un triángulo dentro del círculo, mientras repiten el hechizo con fuerza. Unas pequeñas luces como luciérnagas rojizas, casi naranjas, se comienzan a reunir bajo la lápida, hasta que desaparecen, como si entraran y bajaran a la tumba.

—Invocamos tu poder, Sophia. ¡Te invocamos! —grita Delfina, los demás se unen a su grito.

De repente, la lápida se llena de humo rojo oscuro que se desprende de la grieta en la piedra y debajo de ella. Hay una presencia muy poderosa frente a los brujos y parece que los mirara fijo, por un momento todo se queda en silencio. Luego, el humo se eleva un poco sobre la lápida, y comienza a moverse, el anillo absorbe esa nube de poder hasta que, con un suave destello, finaliza. De inmediato, la Deífica camina hacia el Norte del círculo, desentierra el athame y luego se dirige al Sur, con cuidado corta su dedo índice con el filo del puñal y deja caer una gota sobre el fuego de la vela, la cual comienza a consumirse con mayor velocidad, ahora lleva su dedo sobre la piedra de ópalo en el anillo, allí deja caer tres gotas que también son absorbidas por la piedra.

—Gracias, Sophia, por creer en nuestras intenciones.

El viento deja de soplar, los tres se miran, la invocación había sido un éxito. Delfina pone el athame junto al anillo, luego Otto acerca las ramas del incienso quemado, Sara lleva lo que queda de la vela casi consumida, mientras Delfina esparce el agua sobre la línea de sal. Luego se alejan de la tumba y la Deífica dice:

—Probéstipu.

Se abre el círculo y la energía que quedaba se comienza a disipar, dando por terminado el ritual.

El poder de la bruja de Yazoo, de Sophia Kedward, ahora está en el primer anillo y eso significa que ya tienen una ventaja sobre los hijos de Zain, sin embargo, algo en el ambiente no los deja estar felices, Sara percibe algo.

—Bien, ahora recojamos todo y vámonos rápido —ordena Delfina.

Sara fija su mirada en la tumba.

—Miren, las cadenas se rompieron.

—Ya no importa, ya no hay ningún poder en esta tumba —dice Otto moviéndose de un lado a otro.

Nadie dice nada más, solo siguen empacando con afán. Delfina toma con cuidado el anillo y lo mete en la bolsa, cuando levanta su mirada ve a Sara con cara de terror mirando al horizonte. Detrás de los árboles del cementerio se ven varias columnas de humo oscuro subiendo hacia el cielo. Sonidos de sirenas comienzan a oírse en varias direcciones, los brujos se miran entre sí, por un momento, nadie dice nada. El pueblo está en llamas.

Otto suelta todo lo que tiene con él y se acerca a las cadenas, Delfina hace lo mismo; con rapidez escarban la tierra y la arrojan sobre las partes rotas de la cadena tratando de cubrir los daños, Sara permanece inmóvil con su mirada perdida en el humo.

—¡Sara! —le grita Delfina—, ¡Ayúdanos! ¡Sara!

Sara no responde, Otto pone sus manos sobre la tierra que cubre las cadenas y repite:

—Tierra a la tierra, metal al metal —Varias veces, en un tono intenso.

Delfina hace lo mismo y con mucho afán cubre otra parte de las cadenas, Sara sigue inmóvil viendo cómo el humo es cada vez más intenso. Después del hechizo, descubren la cadena y la ven reparada. La Deífica y Otto se levantan agitados, sin embargo, el humo sigue creciendo, ahora las llamas alcanzan grandes alturas y Sara logra verlas tras los árboles, Otto la toma por los hombros.

—Sara, necesitamos tu ayuda.

Sin responder, aterrada señala a las llamas.

Por la entrada al cementerio un grupo de personas comienzan a ingresar muy apresurados, notan a los brujos en la tumba.

—Tenemos que salir de acá ya mismo —dice la Deífica mientras se acerca a Sara—. Reacciona, tenemos que irnos ya de acá, este no es momento para esto, Sara —impaciente Delfina le propina una cachetada y ella reacciona.

—Tenemos que hacer algo —Alcanza a decir Sara—, no podemos dejar que Yazoo se queme.

—No lo haremos —responde Delfina—, pero necesitamos salir de acá ya mismo si queremos ayudarlos.

Sara asiente y Otto la toma de la mano, Delfina agarra el anillo, las cosas en el suelo y comienzan a correr, el camino por el que llegaron está lleno de piedras y obstáculos, se mueven entre los árboles para despistar a la gente mientras avanzan hacía la carretera destapada, detrás el grupo de personas comienzan a seguirlos, los brujos aceleran el paso pero un tronco en el suelo hace que Delfina se tropiece y caiga, como puede se levanta y sigue corriendo, la rodilla de su pantalón negro comienza a mojarse, sus manos se sienten raspadas por la caída, pero deben seguir. Llegan al final de la carretera.

—Vamos para el carro —grita Otto.

—¡No! —refuta Delfina—, nos seguirán, vamos al bosque y los perdemos entre los árboles.

Siguen a su Deífica y entran tras ella al bosque, siguen corriendo, moviéndose entre los árboles. Después de un par de minutos, dejan de oír a la gente persiguiéndolos y paran.

—¿Qué vamos a hacer? Miren —Sara señala en dirección a la ciudad, el resplandor del fuego se refleja en las tres pequeñas nubes que hay en el cielo, las llamaradas suben más alto que las copas de los árboles—. ¿Qué vamos a hacer?

—Necesitamos que llueva —dice Otto—, conjuremos a la lluvia.

—No hay agua en el cielo —dice Delfina—, estamos en verano, y no hay nubes.

Nadie sabe qué decir o qué hacer, ni Otto ni Sara conocen un hechizo tan poderoso como para salvar a Yazoo y menos a la distancia en la que están.

Después de un momento de silencio Delfina reacciona:

—Tengo una idea, pero no sé si tenemos el poder para hacerlo.

—Lo podemos intentar de igual forma ¿No? —dice Otto. Sara no pronuncia ninguna palabra.

—Es un antiguo hechizo usado en épocas de sequía, ¿Hacia dónde está el río?

Otto señala hacia el Sureste. Delfina se acomoda, le da la espalda al río y mira de frente las llamas que se ven por encima de los árboles, sube sus brazos, cierra los ojos y se concentra; a lo lejos se oye mucho movimiento, alarmas, autos pasando y gritos.

Con los ojos cerrados, Delfina proyecta en su imaginación todo su poder, en su mente repite unas palabras de ese hechizo que había oído hace mucho tiempo atrás, su poder estaba al máximo, sin embargo, nada pasaba.

—No puedo —dice—, no tengo el poder.

—El anillo —exclama Otto—, usa el anillo, proviene de la misma magia que la maldición, tal vez pueda ayudar.

La Deífica acepta la idea de Otto, saca el anillo y se lo pone en el índice derecho, vuelve a tomar posición, sube los brazos y cierra los ojos. El anillo comienza a dar un pequeño brillo naranja no muy fuerte, Delfina se concentra en el hechizo.

Después de un momento, a unos metros atrás de ella el río Yazoo comienza a generar círculos como cuando una gota toca la superficie del agua y forma ondas que se disipan, los círculos se consolidan fuerte y comienzan a bailar en diferentes tamaños. En el centro de cada uno, el agua se comienza a recoger hasta que suelta una gota que emprende un ascenso contra la gravedad, a

un metro sobre el río la gota se detiene, otras gotas comienzan a salir.

Los brujos no saben qué pasa, solo esperan a que Delfina reaccione, ella concentrada dice con ímpetu:

—Komandoa.

Las gotas a un metro sobre el río saltan y comienzan a viajar con gran velocidad como si fueran catapultadas, sobrevolando el bosque y el cementerio hasta que caen en el centro de la ciudad, en medio de las llamas que sofocan los tejados. Sara y Otto ven sobre sus cabezas mientras el agua vuela por encima de ellos, una gota cae sobre la frente de Sara para segundos después recibir un aguacero. Todo el río está cayendo en forma de lluvia, mientras que detrás de las grandes gotas se alcanza a ver el cielo despejado con estrellas reconocibles.

Delfina abre los ojos, está empapada, baja los brazos y con el río cayendo sobre todo Yazoo, comienza a caminar en la dirección por la que llegaron, Otto y Sara siguen su paso, nadie pronuncia palabra alguna. Cuando llegan a la carretera logran ver a lo lejos, sobre los árboles, humo blanco que desaparece por encima del agua. Siguen caminando hasta la iglesia abierta de par en par, afuera un grupo de feligreses agradece a dios por la lluvia y por salvar a Yazoo, Delfina sube al carro escurriendo agua en las sillas, Otto y Sara la siguen.

En el auto solo hay silencio, Otto arranca por donde llegaron, pero hace un desvío para pasar por el centro, la lluvia va bajando progresivamente, al igual que los sonidos de emergencia. Algunas casas están destruidas por completo, en el centro las coloridas edificaciones ahora están cubiertas por techos negros, quemados y húmedos, familias completas afuera de sus casas llorando por lo que perdieron. Sara mira aterrada sus caras, mientras trata de alejar los sentimientos de culpa.

—Nosotros hicimos esto.

Nadie le responde, Otto no sabe qué decir, Delfina voltea su rostro y la mira fijamente, lamentablemente para Sara es una mirada que no puede comprender. Después de un rato, llegan al hotel, la lluvia se está disipando, cada vez caen menos gotas. Para su sorpresa y alivio, este lugar no sufrió ningún daño, ni una sola quemadura.

—Qué bueno que llegaron. —Los recibe la encargada de la recepción—. Estábamos preocupados, ¿Están bien?

—Sí —responde Delfina—, cuando todo empezó, preferimos movernos hacia el bosque y rogar porque todos estuvieran bien.

—Gracias a Dios no sufrimos nada en el hotel, es como un milagro.

Delfina sonríe, la encargada le entrega la llave de su habitación, los brujos agradecen y suben en silencio, sin embargo, las alarmas y sirenas aún se sienten por todo el hotel.

Horas después, en el cuarto solo se oye el roce del movimiento de cada uno con su ropa, la tela de sus vestidos contra la tela de la cama o del sofá, la respiración pausada de Delfina, el parpadeo lento de Sara y la impaciencia en los dedos de Otto.

—Nosotros tenemos la culpa de este incendio —Sara irrumpe el silencio con su comentario —. Nosotros liberamos el mal en este pueblo.

—Sara… —dice Otto, tratándola de callar.

—Nosotros somos los culpables de esta desgracia —La joven se lleva las manos a la cara.

—¿A qué vinimos acá? ¿Por qué decidimos salir de casa? ¿Por qué dejamos todo lo nuestro y comenzamos un viaje por el mundo? —Delfina lanza sus preguntas mientras desempaca de un morral mojado las cosas que alcanzaron a guardar en el cementerio.

—Eh, vinimos…

Delfina interrumpe a Otto quien iba a tomar la palabra.

—No, Otto, son preguntas para Sara.

Sara la mira con temor en los ojos, pero no responde nada.

—Te estoy preguntando algo, Sara, ¿Vas a responder o te vas a quedar inmóvil de nuevo? —Delfina se ve enojada.

—Lo siento —responde mientras llora.

—Yo no necesito esto, Sara, nosotros no necesitamos esto. No vinimos hasta acá a llorar o paralizarnos. Responde ¿A qué vinimos acá? ¿Por qué decidimos salir de casa? ¿Por qué dejamos todo lo nuestro y comenzamos un viaje por el mundo?

Miedo, tristeza y confusión es la melodía que acompaña las palabras de Sara.

—A encontrar el poder de las cinco brujas.

—¿Y creíste que iba a ser fácil?

—No, pero no creí que fuera así.

La Deífica se sienta en la cama del lado de Sara, su tono de voz cambia, se tranquiliza un poco.

—Lo que vivimos hoy no es nada, es solo una muestra de lo que nos podemos encontrar. Estamos tratando con poder que tal vez no podamos controlar o incluso entender aún, las cosas pudieron haberse puesto peores y todos pudimos morir esta noche, pero no fue así.

—Pero fue nuestra culpa, nosotros molestamos su tumba y despertamos su maldición —Sara sigue llorando, Otto observa y escucha.

—¿Y qué debimos hacer?

—Irnos y dejar a los muertos en paz.

—¿Y morir a manos de fanáticos demoníacos? —responde con sarcasmo—, esto lo hacemos para salvar el mundo, ¿Tienes idea de lo que puede pasar si Asmodeo camina sobre este planeta, sobre esta dimensión? Estamos haciendo esto por el futuro de la magia y nuestro futuro, y eso requiere sacrificios.

—¿Sacrificios de gente inocente? —insiste Sara.

—¿Cuántos muertos viste o cuántos crees que hay? —replica Delfina, levantándose de su puesto, su cara está roja.

—No lo sé —dice Sara entre los dientes.

—No hay ninguno —Con su mirada clavada en Sara—. Nadie murió hoy y por eso debemos estar agradecidos, porque todo tiene solución excepto la muerte. Lo que pasó esta noche tenía que pasar para poder obtener este anillo, este poder. Todo pasa por una razón así no nos guste cuál sea.

Más tranquila Sara toma un momento para pensar.

—Si este es solo el inicio, ¿Qué cosas podrían pasar después?

Delfina hace una pausa, toma aire y sigue:

—¿Ustedes saben quién fue Marie Laveau? ¿Quién fue en realidad?

—La reina Vudú —Otto se sienta en la cama del frente de Sara.

—Sí, ¿Pero saben qué significa eso? —Ni Sara ni Otto comprenden en realidad la pregunta de Delfina—. El vudú tiene una tradición muy antigua que mezcla magia que viene desde el neolítico o desde antes, los sacerdotes se comunican con entidades que les dan su poder y se comunican a través de ellos, esos son solo sacerdotes, Marie Laveau fue la reina, no una sacerdotisa ni una Mambo ¿Saben qué significa eso? —Sara y Otto se miran, ambos niegan con sus cabezas—. Significa que esas entidades la escogieron a ella para que fuera su representación

y rigiera sobre su legado. Podría ser la entidad más poderosa y peligrosa a la que debemos… molestar.

—Si lo que vimos hoy fue consecuencia del poder de la bruja, ¿Qué podría pasar cuando vayamos por el poder de Marie Laveau? —Otto pregunta.

—Cualquier cosa. Todo puede ser posible —Delfina va hacia la ventana del cuarto, afuera el cielo dibuja sus constelaciones que se enmarcan con el humo que aún asciende. Con su mirada fija en el horizonte les pone un ultimátum—: Lo que nos pasó hoy no puede volver a suceder, hay mucho en juego. Mañana a primera hora saldremos para Jackson, cuando lleguemos al aeropuerto ustedes deberán tomar una decisión, regresar a la mansión o seguir —La Deífica se gira para mirarlos con atención—. Si quieren regresar, pueden hacerlo, no pasará nada. Pero si deciden seguir… bueno, creo que saben cómo serán las cosas —Mirando solo a Sara—. No hay tiempo para dudas.

La noche por fin termina, las primeras luces de la mañana iluminan un Yazoo con secuelas y heridas. Otto es el último en despertar, Sara y Delfina están terminando de empacar las cosas, nadie habla. Una vez Otto está listo, salen del cuarto y llegan a la recepción.

—Qué lástima que esto haya pasado justo en su visita —les dice la encargada de la recepción.

—Las cosas pasan por algo —responde la Deífica dibujando una sonrisa con los labios—. ¿Alguien sabe qué ocasionó el incendio?

—No de forma oficial, pero todos creemos que fue la bruja de Yazoo.

—¿Cómo que la bruja? —dice Delfina con una picazón en el pecho.

—Pues unos ciudadanos dicen que vieron unas doce brujas en el cementerio anoche, bailando desnudas. Otros dicen que las vieron tratando de romper las cadenas y cuando las descubrieron se transformaron en animales y corrieron a perderse en el bosque.

—¡Wow! —dice Otto—. Convertirse en animales sería genial —Delfina y Sara lo regañan con la mirada.

—¿Y la gente cree eso? —pregunta Sara.

—No sé, yo no estuve ahí, pero sí creo que algo tiene que ver con esta desgracia, acá siempre han pasado cosas raras. Lo bueno es que el hotel está intacto gracias a Dios.

—Sí, que bueno que nada le pasó al hotel.

Con las maletas en el carro, los brujos inician su camino a Jackson, el viaje de una hora se hace más largo entre el silencio, los suspiros y los pensamientos de Sara, es como si se pudiera leer en el ambiente lo que pasa por la mente de todos. Al llegar al aeropuerto, Sara y Otto esperan a Delfina que está entregando el auto rentado.

—¿Que decidiste? —pregunta Otto.

Sara le responde con una mirada y un silencio, unos segundos después, suspira y dice:

—¿Tú qué crees?

Delfina aparece detrás, sorprendiéndolos.

—¿Qué decidieron?

—Yo sigo —responde Otto con plena seguridad.

Sara mantiene la mirada abajo.

—¿Sara, y tú?

—Yo sigo —dice Sara.

—Ok ¿Entienden lo que esta decisión implica verdad?

Ambos asienten.

—Todo va a salir bien. Quiero llamar a la mansión antes de viajar —Pide el celular a Otto y

marcan.

El teléfono timbra varias veces, pero nadie responde, dos intentos más y alguien contesta la llamada, pero no es quién ellos esperan.

—¿Alo, Paolo? ¿Vasil? ¿Qué haces en la mansión, está todo bien? ¿¡Cuándo!? ¿Y cómo lograron huir? ¿Siete? ¿Qué crees que querían con ustedes? Sí, creo que es mejor que se queden por un tiempo, por lo menos hasta saber que es seguro regresar a la cabaña. Sí, tienes razón. Pásame a Paolo. Ok, ¿Y Raquel? Oh, entiendo, no, está bien, llamaré cuando lleguemos a Nueva Orleans. Ok, saludos a todos y espero estén más tranquilos —Delfina cuelga el teléfono y su expresión no es nada buena.

Capítulo 8

Unas pocas horas han pasado desde que el aquelarre se dividió. Serena sigue en el balcón desde donde se despidió, es incierto saber cuándo se volverán a encontrar, pero debe ser positiva y enviarles buena energía. El día está gris, las nubes bailan al ritmo de los vientos, las ramas en el cercado también se mueven como una danza coreografiada. Un pétalo de rosa en la esquina de la cerca se desprende y cae con suavidad, antes de tocar la tierra cobra vuelo navegando en pequeños arroyos de viento que la levantan y la llevan como si fuese una canoa en medio de la marea hasta el balcón, donde se encuentra con los ojos cafés de Serena, ella levanta su mano y el pétalo se posa allí, lo toma y sonríe, su corazón arrugado sabe bien de dónde viene esa flor. Con entusiasmo corre a su cuarto, toma uno de los libros que está leyendo, y en la página 33 guarda su regalo.

Paolo se encuentra en la mesa de la cocina con los libros de las sombras, mientras lee va tomando apuntes de algunos hechizos. Raquel sigue en cama con la mirada hacia el techo, un mal presentimiento crece en su pecho, no sabe ni entiende qué puede ser, solo le queda esperar que sea una mala pasada de su cabeza; de un impulso se levanta y decide dejar esa corazonada para meditarla después; baja a la cocina y ve a Paolo preparándose.

—¿Qué haces? —pregunta ella desde el marco de la puerta.

—Se me ocurrió algo —Cerrando los libros—, deberíamos aprovechar para entrenar a Serena en algunas cosas básicas, ¿Qué piensas?

—Me parece una muy buena idea, ella ha estado leyendo bastante y creo que es hora de que ponga en práctica todo, además necesitamos que esté lista cuando Delfina y los demás regresen. ¿Qué tienes en mente?

—El dominio de los elementos —Sonríe.

—Perfecto, básico, ¡Eso me emociona bastante!, ¿Qué tal si yo preparo lo que necesitamos y nos vemos atrás?

—Sí, yo iré por ella y la iré preparando.

En el patio trasero de la casa, Raquel divide el lugar en cuatro ‘estaciones’, una para cada elemento. Serena y Paolo se acercan entre risas, es un momento bastante interesante, podrán ver el potencial en Serena y los puntos en los que deberá trabajar para fortalecer su magia.

La primera estación: Fuego.

—Yo sé que hemos tenido un poco de experiencia con el fuego, pero hoy vas a aprender a comunicarte con él. ¿Qué has leído sobre este elemento? —pregunta Paolo mientras Raquel acomoda una pequeña fogata.

—He leído cosas interesantes, como que cada uno de los elementos tiene su estado de ánimo, que el fuego es el más temperamental e impredecible de todos —Serena se toma un momento para recordar—. Sus espíritus se llaman salamandras y que pertenece al punto cardinal del Sur.

—Es verdad lo de su temperamento. Vamos a empezar por comprender su fuerza ¿Te parece?

—Sí —Por primera vez en muchos meses, hay entusiasmo en la voz de Serena.

—Raquel, haz los honores.

Raquel termina de organizar la pequeña fogata, se agacha frente a la madera y dice:

—Ignis.

Con un soplido constante que inunda la madera, una pequeña luz se asoma desde adentro,

Raquel se retira un poco y de un impulso el fuego se enciende.

—Tú ya conoces este hechizo —dice Raquel mientras se levanta—, lo que vamos a aprender ahora es a controlar el elemento, sentirlo y hacerlo tuyo.

Serena emocionada se pone en posición, abre un poco las piernas y dobla las rodillas, se siente lista, Paolo comienza a darle instrucciones, Raquel se hace a su lado por si algo sale mal o se sale de control.

—Muy bien, Serena, cierra los ojos, respira profundo y concéntrate en el fuego, trata de sentir su presencia.

Después de un minuto:

—Siento… calor, un poco de incomodidad.

—Muy bien, el calor es una buena señal, ahora concéntrate en eso que te incomoda, trata de descubrir qué es.

—Es una luz amarilla muy brillante que viene hacía mí —Serena puede verse a sí misma en todos los colores dentro de su cabeza.

—Imagínate que la reúnes en una bola en tus manos, hazla tuya, conócela. Concéntrate. ¿Ahora qué sientes? —continúa Paolo.

—Siento que puedo tocar la luz en mis manos, es pesada. Se está volviendo una bola en mis manos.

—¿La bola está en llamas? —pregunta Raquel.

—No, pero se siente caliente.

—Usa tu mente, trata de ver cómo su energía crece y haz que se llene de poder —le indica Paolo.

Serena se queda unos segundos en silencio, Paolo y Raquel la miran mientras ella sigue en trance. En su mente puede ver la bola sobre sus manos, después de un momento logra ver cómo la bola se enciende en llamas de manera lenta, pausada.

—La bola se está incendiando… ya está toda en llamas, siento que me quemo, pero lo puedo aguantar. La bola se consume, se hace pequeña.

—No se está consumiendo, está siendo parte de ti, ahora deja que el fuego y tú se vuelvan uno, deja que regrese a ti.

—Está en mis manos, mis manos están en llamas.

El fuego frente a ellos crece, pero permanece inmóvil, Raquel y Paolo lo notan, es una buena señal.

—Ahora, Serena, únete al fuego por completo, entrégate y él te responderá.

Serena logra ver cómo el fuego en su mente comienza a cubrirla despacio, llega a sus codos, sube por el antebrazo hasta los hombros.

—Necesitas mantener la calma, confía en el fuego, no te hará nada, tú lo dominas.

Serena respira profundo y decide confiar sin pensar en nada más, todo su cuerpo está en llamas ahora, pero ella no siente calor o ardor, mira sus manos y logra ver que el fuego vive, vive en ella, en su piel, en sus dedos, en sus uñas y en su movimiento.

—Veo pequeños puntos luminosos salir y entrar en mí.

—Son Salamandras —le responde Raquel.

—Son hermosas.

El fuego del patio sigue vivo, fuerte y grande, pero sin moverse ni un solo centímetro.

—Sigue concentrada, Serena, ahora muy despacio vas a abrir los ojos, pero conservando lo que sientes, al frente tuyo está la fogata, mírala.

Serena sigue las indicaciones de Paolo, su cuerpo está lleno de adrenalina y de una sensación de poder que nunca había experimentado, sus ojos se abren muy despacio y clava su mirada en la fogata, esta responde con un pequeño movimiento, como si la mirara fijo de vuelta.

—Mira el fuego y sigue sintiéndolo en ti. Cuando estés lista dile al fuego en tu mente lo que quieres que haga.

Serena sigue concentrada mirando con atención la fogata, de repente el fuego comienza a reducirse, a volverse muy pequeño, hasta casi desaparecer. Luego con dificultad, comienza a recuperar fuerza, la mirada de Serena se ajusta mientras las llamas van envolviendo toda la madera, haciendo que el fuego crezca hacia arriba y hacia los lados, como si la fogata original hubiese sido cinco veces más grande, las llamas casi alcanzan a igualar la altura de la casa. Paolo observa con asombro, mientras que Raquel solo sonríe y asiente.

—¡Eso es! —dice Paolo emocionado—, lo hiciste. Ahora llévalo a su forma original.

La joven bruja se concentra, esta vez alza una mano señalando el fuego y este disminuye con calma, cuando Serena baja el brazo, el fuego parpadea como si sintiera a la influencia de la bruja dejarlo libre.

—¿Qué sientes? —le dice Paolo.

—Me siento bien, un poco cansada —Su sonrisa dice todo lo demás.

—Es normal —Paolo las lleva a caminar por el patio mientras Serena libera esa energía de fuego que aún la acompaña.

—Ahora que conoces más el fuego, podrás hacer hechizos de ese elemento más fácil —Raquel camina descalza.

—¿Cómo el Ignis que hiciste con esa fogata?

—¡Claro! y hechizos mucho más poderosos. ¿Te sientes mejor?

—Sí, me siento normal.

—Perfecto, vamos a la estación del aire, entonces.

Detrás de ellos la fogata ya se había consumido. Con los pies descalzos, los tres brujos caminan hacia una esquina del patio trasero, justo al lado del vivero, allí Raquel había puesto una manta larga rodeada de varias velas de incienso clavadas en el pasto.

—El incienso simboliza el aire, al ser un elemento que no podemos ver en realidad el humo nos mostrará su presencia —dice Raquel mientras levanta su brazo y con un movimiento de su mano sobre las velas, las enciende, poco a poco el ambiente se empieza a llenar de un aroma a sándalo—. ¿Qué sabes sobre el aire?

Serena, sorprendida por lo que Raquel acaba de hacer, responde con dudas a su pregunta:

—Eh… sé que se ubica al Oriente y que representa el pensamiento, las ideas. Pero no estoy segura de lo que eso significa.

—Cuando quieres hacer algo, digamos prepararte algo de comer, ¿Qué es lo primero que pasa? —pregunta Paolo.

—Pues ¿voy a la cocina? —ríe.

—Sí —Paolo ríe también—, pero antes de eso o antes de cualquier cosa, preparar algo de comer fue una idea, un pensamiento que llegó a ti, por hambre o por lo que sea; pero primero nació como eso: una idea o un pensamiento, esa es la raíz de la magia y de tu poder, es el inicio que permite materializarlo después.

—Cualquier hechizo o acción nace primero acá —Raquel apunta la sien de Serena.

—Eso representa el aire —continúa Paolo—. Como elemento puede ser el más indispensable, puede mover aguas e iniciar fuegos —Le señala la manta a Serena con la intención de que se

siente en el centro—. La mejor forma de conectarse con el elemento del aire es con la consciencia, ¿Cómo se despierta? Meditando.

—Vamos a ir guiándote en esta meditación al aire, puedes sentir algunas cosas raras, pero no te asustes, el incienso puede generar que te relajes más de lo esperado, es tu primera vez. Cruza una pierna sobre la otra, estira la espalda y cierra los ojos —Raquel se ubica a la izquierda de Serena, mientras que Paolo a la derecha.

Paso a paso, los brujos van llevando a Serena a un estado de concentración profunda.

—Vas a comenzar a respirar profundo, llenando la parte más baja de los pulmones —explica Raquel—. Respira inflando primero el estómago y luego el pecho. Eso, así.

Serena sigue las indicaciones, el humo del incienso se despliega como una columna hacia arriba dibujando una línea blanca que asciende y se dispersa. Después de un minuto Paolo le indica a Serena cómo debe intentar pasar por todos sus pensamientos y encontrar un punto de silencio, un vacío.

—No puedo poner mi mente en blanco, es difícil —dice Serena con un tono de frustración.

—Piénsalos, deja que esas ideas pasen por ti y muévete entre ellas —le aconseja Paolo.

Una pequeña brisa llega a ellos, el humo del incienso comienza a bailar formando ondas, todo el ambiente se llena de tranquilidad y paz. Por la mente de Serena pasan muchas cosas, ideas, recuerdos, pensamientos fugaces e incluso figuras irreconocibles, ella sigue moviéndose entre las cosas que atacan su meditación, hasta que en su mente logra ver un espacio vacío al cual llega con facilidad. No hay nada a su alrededor, nada que pueda oír, nadie que la pueda molestar. Su cara dibuja una pequeña sonrisa, su cuerpo se nota más relajado.

Pasado un rato de paz, a lo lejos en la consciencia de Serena, se empieza a dibujar una pequeña figura, una persona pequeña que se acerca caminando lento y con dificultad, parece como si estuviera arrastrando la parte izquierda de su cuerpo; esa imagen pone alerta a Serena y se comienza a asustar.

En el patio, la suave brisa ha ido creciendo, ahora el viento sopla con más fuerza, Raquel quiere decirle algo a Serena, pero Paolo le dice que no, podría sacarla de su trance y dejar la experiencia a medias. El incienso comienza a portarse con más agresividad, cada vela se ve alterada y el humo comienza a rodearlos.

—Algo pasa —susurra Raquel a Paolo.

Paolo sabiendo que algo ha cambiado, decide seguir con la meditación:

—Esperemos un poco más, ella es fuerte.

Serena concentrada logra ver mejor al personaje, su rostro no es liso o limpio, tiene arrugas o cicatrices, su ojo se ilumina de un tono azul fluorescente que la mira. Serena se asusta y comienza a retroceder al mismo tiempo que la figura comienza a avanzar, su temor crece.

Paolo y Raquel ven que el cielo se llena de nubes oscuras, el viento sopla con más agresividad, tanto, que comienza a sacudir las paredes de plástico del vivero, los inciensos se apagan y se desprenden de su lugar, la manta se levanta queriendo escapar, pero el peso de Serena la mantiene en el suelo. Paolo se acerca a ella y comienza a llamar su nombre, pero ella no responde, su cara es de horror, comienza a temblar; Paolo la toma en sus brazos, Raquel trata de traerla en sí de nuevo, mientras en el cielo las nubes se revuelcan y se reúnen como si quisiera formarse un remolino, los árboles se estremecen con agresividad, objetos del jardín pasan volando sobre sus cabezas.

—¡Serena, necesitas regresar! Escucha mi voz, Serena —Paolo la sostiene entre sus brazos y la sacude.

En su trance, Serena retrocede cada vez más mientras la figura se acerca, no logra reconocer quién es ese personaje, no entiende qué quiere, por qué puede verlo y por qué se siente amenazada. Sigue moviéndose hacia atrás sin perder de vista al intruso, hasta que no puede retroceder más, está atrapada. Con suavidad, la figura se acerca hasta quedar frente a ella, aún a esa distancia Serena no logra distinguir sus rasgos, solo ese ojo brillante que le aterra. De repente la figura levanta su mano y toma a Serena por el cuello, ella queda inmóvil por un momento, hasta que a lo lejos oye la voz de Raquel que se hace más clara. De un movimiento, se arma de valor y lo empuja, todo está pasando en su mente, y allí nadie tenía poder sobre ella; la figura comienza a retroceder, Serena cierra sus ojos con mucha fuerza. Cuando los abre está sobre los brazos de Paolo corriendo hacía la casa, él se detiene, ella se levanta y Paolo la deja pararse en el suelo, el viento sigue soplando tan fuerte que apenas pueden soportarlo, Serena mira a su alrededor y en un solo segundo todo cambia, el viento deja de soplar, el cielo se despeja permitiendo que el sol se asome.

Paolo y Raquel se miran, en realidad no entienden lo que pasó, sin emitir palabra entran a la cocina. Paolo sirve un vaso de agua y se lo ofrece, Serena lo toma y en silencio bebe por unos segundos.

—¿Qué pasó? —pregunta Raquel muy preocupada.

—No sé —dice con un tono serio—. ¿Qué pasó en el patio?

—Tú primero —Paolo responde.

Se arma de fuerzas para tratar de entender.

—Todo iba bien, realmente siento que llegué a un espacio vacío y me sentía muy bien, pero luego apareció una figura —Bebe agua—. Era un hombre, pequeño, como un niño —Toma otro sorbo.

—¿Quién era?

—No sé, lo vi primero a lo lejos, pero se empezó a acercar. No pude ver su cara bien, caminaba arrastrando un lado del cuerpo. Solo vi que tenía cicatrices y un ojo azul que brillaba —Bebe agua.

—¿Qué pasó, te hizo algo? —pregunta Raquel aún más preocupada.

—Comenzó a acercarse a mí y yo comencé a retroceder, pero me alcanzó y me agarró por el cuello.

—¿Cómo te liberaste?

—Escuché tu voz que me llamaba y recordé que todo estaba pasando en mi mente, así que deseé regresar con ustedes y despertar.

—Nos asustaste mucho —dice Paolo en tono de alivio.

—¿Yo hice eso? —refiriéndose al desastre en el patio.

—Eso creemos.

La joven agacha la cabeza y por un momento se queda pensando en silencio:

—¿Por qué vi a esa figura?, no recuerdo haberlo visto antes y no se parece a nadie que haya visto —Termina su vaso de agua.

—Yo creo que hubo un punto en el que ya no estabas en tu cabeza —responde Paolo.

—No entiendo.

—Creo que tu consciencia viajó a alguna parte. Tal vez lo que viste fue una entidad o una visión de algo. Es lo único que se me ocurre —Paolo alcanza los libros de las sombras.

—Yo creo lo mismo —dice Raquel—. El elemento del aire puede generar una mejora en los poderes psíquicos.

—¿Mejora? ¿Debo estar preocupada?

—No —responde Paolo tranquilo—, solo te adelantaste unas lecciones, no es más. Creo que esto fue todo por hoy, deberías descansar un rato, dormir si es posible —Le extiende la mano a Serena como una invitación para acompañarla a su cuarto, ella acepta y juntos suben.

La tarde pasa sin más contratiempos. Serena despierta de una siesta en la que cayó de forma profunda. Raquel ha estado revisando los libros, no puede dejar de pensar en la visión del hombre pequeño, intuye que no es casualidad, es posible que tenga relación de alguna forma: los anillos, el bebé, y ahora este personaje tenebroso, se pregunta si tal vez es el mismo personaje de la visión de Delfina.

—¿Encontraste algo? —pregunta Paolo bostezando y estirando su espalda.

—Nada que no sepamos ya —Se sienta frente a Paolo y lo mira, en sus ojos se nota una intensión, algo que quiere salir, pero no encuentra las palabras adecuadas.

—Dilo —dice el brujo mientras sube su cara al encuentro con la de Raquel—. Sé que hay algo que quieres decir, se te nota. Dilo.

Raquel duda por un segundo, suspira y se recuesta sobre la mesa de la cocina cortando la distancia entre ambos:

—Hay algo que no se siente bien.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, es una sensación, como de que algo malo va a pasar.

—Muchas cosas han pasado en estos meses y como dijo Delfina, muchas cosas van a pasar, por eso debemos permanecer fuertes y unidos.

—Lo sé, pero… —Se echa el pelo oscuro para atrás—. Hay muchas cosas que no sabemos, el bebé, y ahora ese hombre misterioso…

Interrumpiéndola, Paolo continua:

—Ya llegarán a nosotros todas las respuestas que necesitamos en el momento que lo necesitemos. Tú sabes cómo es esto, hay cosas que no podemos cambiar así sepamos que van a pasar, solo podemos improvisar en la vida y para eso no podemos desesperar ahora y menos nosotros.

Un sonido comienza a retumbar en la casa, es el teléfono de Paolo que está en una pequeña repisa en el segundo piso, él había olvidado dónde lo dejó.

—Aló. Hola, estamos muy bien, ¿Cómo están ustedes? ¿Ya llegaron? Que bien, creí que iba a ser más difícil llegar. ¿Cuándo iniciarán con el plan? Claro que sí, recoger información les dará más idea para llevar a cabo el golpe —Ríe—. Nos hacen mucha falta. Les enviamos buena energía para mañana. Claro yo les doy sus saludos. Cuídense mucho. Llamen cuando puedan por favor. ¡Chao!

En ese momento Serena sale de su cuarto, el alboroto la había despertado.

—¿Quién era? —pregunta.

—Otto. Ya llegaron a Yazoo, van a descansar y empiezan con el plan.

—¡Qué bien! —Raquel entusiasmada—, Si las cosas siguen a esta velocidad, estarán acá más rápido de lo que pensamos.

—Deberíamos encender unas velas para la buena suerte —Se le ocurre a Paolo.

—¡Ay sí, hagámoslo! Y luego cenamos —Serena se toca el estómago—. Tanta magia da hambre.

Bajan al sótano donde cada uno toma una vela blanca, cierran sus ojos y consagran la vela con su energía y buenos pensamientos; luego la acercan a los labios y con un soplido constante,

encienden la mecha.

—¡Lo hice, lo hice! —celebra Serena—. Encendí la vela soplando, como ustedes.

Ese ambiente de paz y buenos deseos queda interrumpido por el estrepitoso sonido del timbre de la puerta, algo raro para los tres, sin afán van hasta el citófono y por la cámara ven unas personas un tanto familiares.

—¿Qué quieren? —pregunta Paolo con voz firme.

De atrás se asoma una cara conocida, es Vasil que se ve agitado y desconcertado.

—¿Paolo? Soy yo, Vasil. Los hijos de Zain nos atacaron y no supimos a dónde más ir.

Los brujos se miran entre ellos, por un momento Raquel y Paolo dudan, al fin deciden qué hacer y salen a recibirlos, las puertas de metal se abren y seis personas entran. Vasil y sus Síneros se ven agotados y exhaustos. Serena los lleva a la cocina y les ofrece agua, todos aceptan.

Pasados unos minutos, los Síneros se ven más calmados.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Nos emboscaron —Vasil termina su vaso de agua y con un gesto le pide un poco más a Serena, ella le sirve—. Llegaron esta mañana antes de que saliera el sol, nos atacaron en todas las direcciones, nosotros corrimos a buscar con qué defendernos, pero ya habían entrado —Con el pulso tembloroso bebe más agua.

—¿Qué querían? ¿Por qué los buscaron? —pregunta Raquel.

—No estamos seguros, pero algunos escucharon que buscaban algo sobre una profecía, antiguos escritos que creen que están allí.

Raquel se pone nerviosa y lo comparte con su mirada a Paolo, ambos pensaban en dicho bebé, o en las cinco brujas. Vasil continúa con su relato:

—Luego nos amarraron en la entrada de la cabaña y comenzaron a hacernos preguntas sobre cómo está distribuida la biblioteca, cómo encontrar libros específicos, cuáles textos mágicos teníamos y cuáles demoniacos.

—¿Qué pasó con el resto de ustedes?

—Solo pudimos escapar nosotros. En un descuido, Rafael se desató, luego me desató a mí, pero no alcanzamos a liberarlos a todos, varios de ellos nos vieron y tuvimos que correr entre el bosque hasta que los perdimos de vista y llegamos acá, no teníamos más a dónde ir —Unas lágrimas caen de los ojos de Vasil—. Tal vez ya asesinaron a los demás —Llora.

—Cálmate, Vasil, no pienses así, tal vez escaparon como ustedes, por ahora —propone Paolo —. Sugiero que descansen esta noche y mañana a primera hora pensaremos bien cómo actuar.

—Muchas gracias, Paolo, en serio te lo agradecemos.

Los demás, quienes habían tenido la cabeza gacha y sin expresión, levantan su mirada a Paolo y le agradecen.

—¿Tienen hambre? —pregunta Serena con intención de cambiar y alivianar el tema un poco.

Mientras Paolo acomoda los cuartos para que los visitantes descansen, Raquel cocina una simple pero deliciosa pasta con ayuda de dos de los Síneros.

La noche está en su máximo esplendor, la luna llena ilumina de forma especial el rosal de la esquina del patio frontal, los pétalos alcanzan a reflejar el brillo del cielo de una forma mística y bella, con un vaivén de destellos que llaman la atención de Serena, quien lo ve desde la ventana de la cocina. Cuando la cena termina, todos dan las gracias a Raquel y sus ayudantes, Vasil insiste en preparar su famoso té, para que todos puedan descansar, como muestra de agradecimiento.

Mientras se prepara el té, los demás suben a los cuartos con Paolo y Raquel, pero antes de regresar a la cocina, Raquel toma a Paolo y lo lleva al balcón del frente.

—¿Qué piensas? —pregunta ella.

—Muchas cosas, pero tendrás que ser más específica —Paolo ríe.

Sin mostrar agrado por el chiste, Raquel continua:

—De lo que está pasando, hay algo en la historia de Vasil que no me convence del todo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué parte? —Más preocupado, él sabe que Raquel por lo general tiene un muy buen instinto.

—No logro entender cómo ellos pudieron escapar así tan fácil, ¿No crees que los hijos de Zain habrían usado magia en ellos? Tampoco me convence eso de que los hayan dejado solos tanto tiempo como para desatar a cuatro personas más.

—Suerte tal vez —Paolo se acerca a ella mientras se fija que nadie los esté viendo ni oyendo —. Tal vez puedes estar exagerando, esa sensación de que algo va a pasar te ha puesto paranoica. Necesitas descansar y pensar esto mejor con la almohada.

—¿Paranoica? Lo dudo, tú bien sabes que estos presentimientos siempre llevan a algo.

—Está bien, discúlpame, explícate mejor.

—Ok, por ejemplo, ¿si escaparon por el bosque cómo es que llegaron vivos? Ambos conocemos lo que pueden hacer, nadie escaparía de un bosque rodeado de brujas, es una trampa mortal y lo sabes —Raquel decide dejar la conversación allí y sale del balcón hasta que Paolo preocupado la alcanza.

—Está bien —acercando los labios al oído de Raquel—, mañana haremos un pequeño hechizo y sabremos qué nos ocultan, ¿Te parece?

Raquel respira, sabe que Paolo está cediendo en su decisión pues en el fondo no le cree del todo, sin embargo, es una buena idea: hechizar a uno o dos de los Síneros y hacerles unas preguntas, la acepta y juntos bajan a la cocina.

El té está servido, Serena sube con las tazas de té para los demás, en el pasillo se cruza con Raquel y Paolo quienes se unen a Vasil, él tiene las tazas de ellos, se las entrega y observa su reacción al beber.

—¡Delicioso! —exclama Paolo—, la verdad no te creía, pero está muy rico.

—Gracias, es un viejo té que me enseñó mi papá, calma los nervios y ayuda a dormir mejor, —responde Vasil mientras pone el resto de las tazas vacías en el lavaplatos—. Gracias de nuevo, sin ustedes podríamos estar muertos.

—No te preocupes, Vasil, estamos para ayudarnos, mañana investigaremos qué podemos hacer para rescatar a los demás.

Juntos suben a sus cuartos. El día ha sido muy largo, muchas cosas pasaron y los brujos alcanzan el sueño casi de inmediato, un sueño pesado que los hace caer profundos en cuestión de segundos.

Capítulo 9

Son las cuatro de la madrugada y la noche está oscura, la luna se oculta detrás del cielo nublado. Serena descansa en su cuarto hasta que un sonido llama su atención, son unos pasos fuertes que se acercan a ella desde lo lejos, sin embargo, no puede moverse o reaccionar, es como si estuviera atada a la cama, aunque sabe bien que no lo está. Dichos pasos llegan hasta su puerta, después de un pequeño forcejeo la cerradura cede y se abre, Serena, que está ubicada frente a la puerta, logra con esfuerzo abrir un poco los ojos, allí es cuando ve a los Síneros acercarse a ella, con precaución los dos hombres le ponen algo alrededor del cuello que la hace sentir más débil. La levantan por los hombros y las rodillas y como pueden la bajan por las escaleras hasta la sala. Más consciente, pero desgonzada y sin alientos la sientan en el sofá, en frente tiene a Paolo quien se ve un poco más consciente que ella, a su lado Raquel activa por completo, con odio en su mirada y mordiéndose las mejillas. Todos tienen un collar con una piedra roja que aprisiona sus pechos. Las manos de Paolo están atadas a su espalda.

—Despierten… Vamos, despierten —Vasil pasa por cada uno dándoles suaves cachetadas.

—Vasil —dice uno de los Síneros al que todos llaman Jack—. Ya tengo listo lo que necesitamos para la prueba.

—Bien. Quiero que esté despierta —responde.

Con esfuerzo Paolo quien ya está más en sí, dice:

—¿Por qué? ¿Qué quieres?

—Paolo, buenos días. Espero que hayas descansado —Vasil ríe, pero sin darle la cara—. Pronto sabrás qué queremos, trata de relajarte.

—¿Qué es esto? —Refiriéndose al collar que cuelga de su cuello.

—Es una piedra fósil, muy difícil de encontrar, antigua y muy costosa, créeme, pero muy poderosa, anula los poderes de un brujo como tú, incluso podría con un poder como el de Delfina, es una rareza sin duda, de lo mejor que hay en mi colección.

Raquel está consciente, pero ha estado fingiendo. Serena por fin reacciona por completo.

—¿Qué pasa? ¿Qué está sucediendo? —Desorientada pregunta Serena, mientras lleva sus manos a la piedra del collar, solo para recibir una pequeña quemadura que desaparece al instante.

—No quiero repetirle a cada uno, así que lo diré solo una vez —Vasil se sienta sobre el brazo de la silla donde Paolo está atado—. El clan de los Síneros se ha tomado el coven. Ahora son nuestros prisioneros. No se molesten en usar magia porque esta piedrita no los dejará…

Raquel interrumpe:

—¿Por qué? ¿Qué quieres?

—No me interrumpas, allá voy —Pasa su brazo por los hombros de Paolo—. En esta casa hay dos poderes que necesitamos para regresar a nuestra antigua gloria.

—Quieren robar nuestro poder para poder usar la magia que les quitaron —dice Raquel con un tono de desprecio.

—¡No me interrumpas! Pero sí, más o menos —responde Vasil—, no voy a entrar en detalle, pero con el tiempo irán viendo lo que pasa —Se levanta y se acerca a Serena—. Necesitamos la colaboración de ustedes, y por las buenas, creo que nos irá mejor.

—¿Y por las malas? —pregunta Paolo retando a Vasil.

—Nada bueno pasa por las malas —responde con un tono de superioridad.

Paolo mira fijo a Raquel, ella lo ve y entiende lo que quiere decirle. Tres de los hombres están a la derecha de Paolo y a la izquierda de Raquel, al lado de Serena están Vasil y los demás. Mientras el líder continúa hablando sobre los planes que le esperan para el clan, Paolo toma impulso, se levanta y con su hombro taclea con fuerza a uno de los hombres a su derecha quien cae golpeándose la cabeza con la pared, Raquel se abalanza sobre otro de los hombres dándole un puño en el estómago, este le responde golpeándola en la nariz, ella lo toma por los hombros y juntos caen, ella sobre él propinándole golpes sin parar, ambos siguen peleando mientras Paolo salta a través de sus brazos logrando llevar las manos adelante, desde atrás toma por el cuello al tercer hombre y comienza a asfixiarlo con la cuerda que ata sus manos, Raquel bañada en su propia sangre cae de espalda junto al sofá mientras su oponente trata de alcanzarla, ella mete su mano bajo el sofá y de él saca un athame el cual clava con fuerza en el pecho del Sínero, que cae de inmediato, Raquel retira el athame rápido y lo clava justo en el corazón del hombre inconsciente. Todo pasa tan rápido que Vasil y los otros dos solo alcanzan a tomar un cuchillo de la cocina y a Serena como rehén.

—¡Basta! —grita Vasil, mientras sostiene el cuchillo en el cuello de la joven bruja—. Paren. Suelta a ese hombre —dirigiéndose a Paolo quien sigue asfixiando a un Sínero, justo cuando Vasil habla, se oye un crujido.

Paolo mirando a Vasil suelta la cuerda y al hombre, este cae muerto sobre sus compañeros.

—¡Matémoslo! —grita Jack señalando a Paolo.

Vasil lo interrumpe:

— Cállate —Toma un respiro—. ¿Dónde hay más armas?

Raquel se incorpora y con debilidad le señala el sofá y la mesa de centro, el otro hombre llamado Rafael tumba el sofá patas arriba, otros tres athames están pegados del fondo del mueble, hace lo mismo con la mesa y logran ver dos armas también escondidas.

—¿Vamos a hacer las cosas por las buenas? —pregunta Vasil—. Cualquier movimiento fuera de lugar y la brujita muere.

Raquel y Paolo saben que no está jugando, ambos bajan la guardia. Serena está muy asustada, su respiración es agitada, pero no atreve a moverse, el cuchillo está tan cerca que alcanza a sentir el filo en su cuello. Jack recoge los puñales pegados bajo los muebles, Rafael corre con velocidad al segundo piso y regresa con varias esposas gruesas de metal.

—¿Por qué habían athames bajo los muebles? —pregunta Vasil.

—Por si algún día un grupo de idiotas se atrevía a entrar a nuestra casa, nosotros pudiéramos matarlos más fácil —responde Paolo señalando con su mirada los cuerpos muertos de los Síneros.

—Bueno, no tendrán esta oportunidad nunca más. En serio eres una bestia, Paolo, y Raquel, me dejas sorprendido.

Vasil con un gesto ordena a Rafael esposar a Paolo y Raquel, Jack le ayuda y en cuestión de minutos los Síneros tienen de nuevo aprisionados a los brujos.

—Sabes que nos liberaremos pronto ¿No? —dice Raquel con tono desafiante.

—No lo creo —responde Vasil—, no pueden hacer magia, y tienen manos y pies atados, es un panorama bastante desolador.

—¿Te das cuenta de que hay tres muertos en el piso? —dice Paolo.

—Sí, los refuerzos llegarán, no te preocupes por eso —responde Vasil—, por ahora, necesitamos llevarlos al sótano, estuvimos trabajando toda la noche remodelando un poco.

Vasil les ordena bajar, parece como si la muerte de sus tres Síneros no le hubiese generado

nada. Con cuidado se desplazan, Vasil se queda atrás asegurándose de que todo vaya bien. Serena no ha emitido palabra, está tan asustada que no quiere crear más peleas, solo quiere ver a sus amigos a salvo.

En el sótano, la pared de piedra del frente tiene unas cadenas que pasan entre unos aros incrustados en el muro, allí son atados, Raquel al extremo derecho y Paolo en el centro, después de saber que es seguro, atan a Serena al otro extremo.

—Este lugar será su nuevo hogar, acá pasarán gran parte de su tiempo… o todo el tiempo —dice Vasil antes de dar la espalda para salir.

—¿Por qué no nos matan y ya? —pregunta Paolo.

—Lo haremos. Pero aún no —Vasil sale sin mirar atrás, los demás lo siguen.

Los brujos son dejados en el sótano, amarrados con cadenas y esposas, su magia es inútil, la piedra de fósil les impide usar o invocar poderes. Sentados en el suelo los tres reaccionan por completo a lo que acaba de pasar.

—No lo puedo creer —dice Serena, entre dientes, nadie responde nada por un rato corto—. Vasil puso un cuchillo en mi cuello.

—Pero no hizo nada —susurra Raquel.

—Matamos tres personas.

—Y pudimos haber matado seis de tener suerte —responde Paolo seco y con la mirada al suelo.

—Era necesario, ¿Verdad? —pregunta con timidez.

—Serena, ellos nos van a matar tan pronto se lleven lo que necesitan, por eso estamos vivos ahora, porque nos necesitan. Son ellos o nosotros —susurra Raquel.

—El coven es lo más importante, Delfina fue muy clara —La mirada de Paolo sigue perdida.

—Pero pudimos…

Paolo interrumpe a Serena con un tono agresivo.

—Pudimos haber muerto, a ti casi te degüellan y te preguntas si pudimos… lo que hicimos fue lo único que pudimos hacer. Escucha lo que te voy a decir, Serena, esas personas han mostrado su verdadero rostro, si confías así sea un poco, morirás, tú no les importas, y créeme que nos matarán cuando tengan la oportunidad, te sugiero que hagas lo mismo.

Serena no responde nada, pero entiende lo que Paolo le quiere decir, también comienza a recordar las palabras que le dijo Delfina antes de irse, este era un momento que iba a requerir toda su valentía, solo necesita darse cuenta de eso.

En la sala, los Síneros se reúnen, los cuerpos de sus compañeros yacen en el piso, sangre y escombros están regados por todas partes.

—Levanten el sofá. Se va a untar de sangre. Rápido, es un sofá blanco por dios —Jack y Rafael obedecen, Vasil continúa hablando—. Ahora necesitamos hacer la prueba y rápido, necesitamos estar preparados, el ritual podría ser cualquier día —ríe.

Jack, con ira dibujada en el rostro, no puede contenerse más:

—¡Vamos a matar a ese hijo de puta! —Agarra un puñal del suelo.

—¿Te refieres a Paolo? —Vasil se sienta despacio en el sofá.

—¡Claro que sí! y a esa bruja. Mataron a nuestra sangre —Tiembla de la ira.

—Escucha muy bien, ellos no eran nuestra sangre. Olvídate de los débiles de una vez y concentrémonos en nuestra próxima jugada —Vasil responde con un tono de ira que crece.

—Somos hermanos Síneros.

—No, no somos nada, no tenemos poder, por eso murieron tus amigos y por eso estamos acá.

—¿Eso quiere decir que somos desechables? —Con ira en sus ojos y decepción en su voz.

—¿Olvidaron todo lo que hablamos en la cabaña? No somos nada si no logramos iniciarnos en este aquelarre, cuando eso pase seremos indestructibles, pero mientras tanto debemos ser fuertes y no dejarnos matar. ¿Ok? —El tono de Vasil es determinante.

Después de un silencio, Rafael pregunta:

—¿Para qué necesitamos a Paolo entonces? Ya estamos en la casa, ya tenemos el libro y a la bruja.

—Ninguno puede morir ahora, los necesitamos —Vasil exhala cansado por las preguntas y la discusión.

—Matemos a Paolo, Vasil, venguemos la muerte de nuestros Síneros caídos —insiste Jack.

—¡No! —Vasil se levanta de repente y se acerca a Jack en tono amenazante—. Paolo no puede morir por ahora. Cuando Delfina caiga la posibilidad de que Paolo sea el próximo Deífico es muy altas, si lo matamos ahora tal vez perdamos la oportunidad de nuestras vidas. Así que no, ningún brujo va a morir, por lo menos hasta que Delfina caiga primero. ¿Entendido?

—¿Y si Delfina no muere? —pregunta Rafael.

—Morirá, ella misma vio su muerte, pero no supo interpretarlo bien, lo sabe —Después de una pausa continúa—: Hasta aquí queda esta conversación. Rafael, ven conmigo, vamos a preparar todo para la prueba. Jack, deshazte de los cuerpos.

Vasil y Rafael salen de la sala hacía la cocina, Jack se queda ahí tratando de descifrar cómo sacar los cuerpos y de dónde sacar fuerza en su corazón para hacerlo.

Medio día ha pasado desde que los brujos están secuestrados en su propia casa, la traición de Vasil había sido inesperada, ninguno en realidad sabe o se imagina cuál será su paradero, cuáles son los planes de Vasil ni cuál será su destino.

—Tenemos que liberarnos de estas piedras —susurra Raquel mientras analiza de cerca el collar.

—Tal vez Delfina tenga el poder. Juntos tal vez podamos romper las piedras, pero… acá estamos sin poderes —responde Paolo.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? No podemos quedarnos sentados y ya, debe haber algo que podamos hacer —Serena llena sus ojos de preocupación.

—Lo único que podemos hacer es esperar, esperar el momento indicado —responde Paolo.

—¿Esperar?, y ¿si nos matan antes de que llegue el momento? —pregunta Serena.

—No lo harán. Nos necesitan. Matamos a tres de sus compañeros y seguimos vivos, eso quiere decir que nos necesitan con vida.

—Paolo tiene razón, nosotros somos la única conexión con los libros y la casa, si lo que quieren es magia, tendrán que mantenernos vivos, —reacciona Raquel.

—Por eso debemos estar alerta, alimentarnos, mantenernos con energía y no dejarnos morir. Les prometo que vamos a salir de esto y vamos a acabar con esos traidores.

Con un panorama más claro, Paolo trata de mantener la calma y de aparentar que tiene la situación bajo control, es la única forma de que Serena se tranquilice y juntos puedan pensar en una estrategia. En ese momento, se sienten pasos que bajan al sótano, los brujos se quedan callados. Vasil y Rafael entran a la habitación.

—¿Están más tranquilos? Si se comportan bien, no tendremos ningún problema, todo va a salir perfecto si ustedes ponen de su parte. ¿Ok? —Nadie responde a las palabras de Vasil— ¿Ok? Pregunté —Los brujos suben la mirada y responden con un «ok» seco y vacío—. Perfecto.

De un maletín pequeño saca algunos instrumentos, una aguja, varios tubos de ensayo

pequeños, alcohol, gasa y algodón.

—¿Para qué es eso? —pregunta con angustia Paolo.

—Necesitamos hacer un pequeño examen —Vasil se acerca a Serena.

—¡No! —grita Raquel— déjenla, ¿Qué tipo de examen es?

—Uno de sangre, obviamente —responde Rafael.

—Empiecen conmigo, entonces —exige Paolo.

Vasil responde con una mirada a los ojos preocupados de Paolo, luego le da una orden a Rafael, este se pone unos guantes de látex y se acerca a Serena, ella lo mira con temor, pero se recuerda a sí misma las palabras que acaba de escuchar, ¿Qué haría Delfina? Armándose de valor decide no oponerse y dejar que Rafael extraiga su sangre sin una sola protesta.

—Si ven, espero que sean como Serena, por las buenas, no tendremos problemas.

Vasil mira el recipiente lleno de sangre de la joven bruja, con alegría la sujeta fuerte.

—Crucen los dedos para que el resultado sea bueno. Mientras tanto, pónganse cómodos, la espera puede tardar más de lo que creemos.

—¿Y yo? —pregunta Raquel— ¿Mi sangre, no la necesitan?

—No, con la de ella es suficiente —responde Rafael, él y Vasil salen del sótano.

—¿Qué fue eso? —dice Raquel atónita por lo que acaba de pasar.

—No sé, esto es muy inesperado. ¿Cómo te sientes? —le pregunta Paolo a Serena.

—Normal, no fue mucha sangre. ¿Para qué la querrán?

—No sé, la verdad no sé. Se me ocurren algunas ideas, pero no tienen sentido.

—¿A qué te refieres, Paolo? —pregunta Raquel.

—Ellos no pueden hacer magia, y menos para manejar hechizos de sangre. Necesitan la sangre de Serena para algo más, para algo no mágico —responde pensativo.

—¿Qué podrá ser? —Serena se asusta.

Vasil y Rafael llegan a la cocina, desde la ventana se ve a Jack juntando y acomodando los cuerpos de sus compañeros por el jardín. Vasil guarda la muestra de sangre en una maleta con refrigeración.

—Ya sabes qué hacer. Trata de que el doctor no tarde mucho con esto, cada segundo es indispensable. Ah, y cuenta bien el dinero antes de salir.

Rafael atiende la indicación y se prepara para dejar la casa, mientras tanto Vasil se comunicará con la cabaña de los Síneros para pedir refuerzos. Afuera Jack sufre por la pérdida de sus compañeros, en el fondo sabe que Vasil tiene razón, pero cuando llegue el momento se vengará de los brujos, es una promesa que hace en nombre de sus hermanos caídos.

Ese día pasa sin más novedad, la tarde comienza a caer, en el patio delantero una pequeña pila de madera incinera los cuerpos, el humo y el olor a carne quemada se siente en toda la propiedad. Los brujos en el sótano no logran ni imaginarse lo que los Síneros tienen planeado. Un sonido llena los cuartos callados de la mansión, es el teléfono de Vasil, él corre para alcanzar la llamada:

— ¿Aló?

—Vasil. Soy Rafael, tengo noticias.

—Ok, cuéntame.

—Resulta que pasado mañana es el último día del ciclo. Hoy y mañana son nuestras oportunidades o tendremos que esperar un mes para poder hacerlo.

—No podemos darnos el lujo de esperar tanto, tenemos que actuar mañana. Ven rápido a la casa —Cuelga.

Vasil se llena de ánimos, en una noche todo va a cambiar y él será la persona encargada de eso. En ese momento el citófono muestra a dos personas en la puerta de la casa, Vasil les abre, pero en vez de recibirlos, baja al sótano.

—Hola, chicos, espero que no estén dormidos, el suelo es un poco incómodo, pero todo es cuestión de costumbre.

—¿Qué quieres? —pregunta Raquel con un tono tranquilo.

—¿En la vida? Muchas cosas, cosas grandes. Pero en este momento solo quiero a Serena.

—¿Para qué? —pregunta con inocencia la joven bruja.

—Todo a su tiempo —La desencadena y la levanta, ella se mueve junto a él y avanzan a la salida—. Tranquilos, la cuidaré muy bien —Salen de la habitación.

Paolo y Raquel se quedan desconcertados, cada vez la situación se pone más rara y ellos no saben qué hacer.

—Tengo un mal presentimiento —dice Raquel.

—Yo también —responde Paolo, suspirando su preocupación.

Al día siguiente, a las 10 p. m. la mansión está en silencio; un silencio perturbador para Paolo y Raquel, quienes no saben nada sobre Serena desde ayer. Rafael ha bajado solo una vez para cambiar su agua y darles de comer, pero ahora no sienten ni un solo paso en la casa, para ellos es posible que no todos estén allí, sería la oportunidad perfecta para un ataque, o para intentar escapar, pero sin Serena no se atreverían, según Delfina, Serena es muy importante para el coven y por lo visto, para otras personas también. Ruidos se oyen por todo el techo del sótano, los Síneros ya están en casa y los brujos sienten cómo las pisadas se acercan a ellos bajando por las escaleras de madera, la puerta se abre de un estruendo, la luz que viene de afuera no deja ver sus rostros, con velocidad se acercan y los desencadenan de los aros.

—¿Dónde está Serena? —pregunta Paolo, mientras son arrastrados hacia el patio trasero.

Nadie le responde nada y él no vuelve a preguntar. Mientras van saliendo pueden ver unas luces que vienen de atrás, son antorchas que rodean casi todo el patio, un camino es dibujado, los brujos son llevados por allí y amarrados a un tronco grande dispuesto al lado derecho de un círculo, en frente, se ve una figura erguida hecha de madera en forma de óvalo de la altura de una persona.

Paolo reacciona al ver esto, buscando a Vasil entre las luces y el humo, grita:

—¡Lo que sea que tienes planeado, no va a funcionar! ¡No tienen poder!

Nadie responde por un momento, detrás del tronco se oye la voz de Vasil.

—Es verdad, no tenemos poder. Pero… Tú bien sabes —Dándole la cara a los brujos—, que el ritual tiene poder por sí solo. Además, tenemos todo el poder que necesitamos.

En ese momento Jack y Rafael traen de los brazos a Serena quien viene cubierta con un vestido blanco de lino, ajustado a la altura de los senos y cargado por unas tiras que rodean sus hombros, sus ojos están cubiertos con un paño azul celeste, el mismo color que lleva Vasil en su túnica.

—Suéltenla. ¿Qué quieren con ella? Déjenla a ella y tómenme a mí —grita Raquel con todas sus fuerzas.

—Ella es la elegida —responde Vasil.

Serena es llevada al óvalo de madera y ante los ojos de sus compañeros, es amarrada de manos y pies. Raquel y Paolo comienzan a gritar desesperados, exigiendo respuestas, Serena permanece callada, en su mente está lista para morir, todo está pasando igual que cuando su hermano murió y el coven la rescató. Vasil ordena amordazar a los brujos, pero en desespero,

ellos siguen gritando incluso con la tela que les cubre la boca.

Vasil se acerca al centro.

—Hoy es una noche muy especial —Paolo y Raquel se callan—. Hoy llevaremos a cabo nuestro propósito, hoy regresaremos la gloria que nos quitaron hace tanto, hoy nos reivindicaremos, hoy volveremos a ser poderosos, hoy cumpliremos la profecía —Los brujos amarrados se alteran más al oír la palabra «Profecía»—. Hoy traeremos al mundo el máximo poder, un poder formado por dos fuerzas vigorosas —Los Síneros celebran—. Por mis venas corre la sangre de un antiguo linaje, que hasta hoy pensé que desaparecería, y en su sangre —señala a Serena—, está una historia de poder muy antiguo, juntos abriremos la puerta, engendraremos el poder máximo y la magia volverá a los Síneros.

Raquel y Paolo se retuercen, gritan con toda su fuerza, pero cualquiera de sus intentos es inútil.

—Escúchenos espíritus de la noche, espíritus del universo, vengan y sean testigos del verdadero poder, de mi poder.

Dos de los Síneros se acercan a Serena, toman el óvalo desde abajo, lo suben y lo acuestan formando una mesa. Vasil se acerca despacio a la joven y al oído le dice:

—Perdóname, Serena, pero el destino requiere que esto pase y nosotros fuimos los elegidos.

Vasil desata los ojos de la bruja, pero ella no alcanza a ver nada, solo el cielo, las luces de las antorchas a su alrededor y los rostros que la miran desde arriba. El líder de los Síneros se hace frente a la base de la mesa y de un tirón su túnica cae al suelo. Ahora, desnudo sube a la mesa. Serena lo ve llegando desde abajo, su respiración se acelera; Vasil comienza a tocar sus piernas mientras sube su vestido hasta la cintura, la joven comienza a gritar, rogando para que no lo haga, pero Jack cubre su boca con la mordaza mientras la mira con satisfacción. Vasil besa con delicadeza el pecho de la bruja mientras entra en ella con suavidad, los gritos se quedan atrapados en la tela que cubre su boca, ella trata de moverse para liberarse, pero le es inútil, está amarrada. Paolo y Raquel gritan con todas sus fuerzas, no pueden creer lo que está pasando, la impotencia crece en frustración e ira, no hay nada que puedan hacer. Después de un rato, Serena se queda quieta y callada, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y ya no pudiese sentir nada, como si se hundiera en un vacío oscuro que la acuña. Vasil entregado en su misión termina dentro de ella, pero por unos minutos continúa sobre su pecho, jadeando como un cerdo exhausto; con dificultad se levanta y se baja de la mesa, recoge su túnica y se la pone. Ahora, los demás Síneros inclinan la mesa dejando a Serena con los pies más arriba que su cabeza y su vestido pegado del abdomen, no emite sonido. Vasil se retira, pero antes pasa frente a los ojos llenos de ira de Paolo y Raquel, con una pequeña sonrisa dibujada abandona el patio.

Media luna se asoma entre las nubes, media, tal como se está sintiendo Serena, recostada sobre una mesa fría, con lágrimas que descienden por su sien, la joven se siente engañada e incompleta, como si un pedazo de su cuerpo fuera arrebatado, como si de un momento a otro perdiera una pierna, un brazo o su propio corazón.

Al día siguiente, Paolo y Raquel esperan por noticias de Serena, no pasó la noche con ellos y después del ritual no tienen idea del paradero de la bruja. A mediados de la mañana, Jack entra al sótano sosteniendo algo de comida, con desprecio la deja en el suelo, a una distancia apenas alcanzable por ellos.

—¿Dónde está Serena? —pregunta Raquel, pero no obtiene respuesta— ¿Por qué le hicieron eso? —pregunta.

—Está descansando, Vasil no quiere que esté incómoda —responde Jack sin dar mucha

importancia.

—Por qué la…

—No vine a responder preguntas, por mí ustedes ya estarían muertos.

—Entonces mátanos —dice Paolo.

—Oh, créanme, ese es mi más grande deseo, pero debo esperar, cuando llegue el momento disfrutaré verlos morir.

—¿Eso crees? —refuta Paolo—, yo creo que nos vamos a liberar de aquí —Jack ríe, Paolo sin importarle continúa—: y mírame bien, porque esta cara será la última que verás antes de morir mientras me ruegas por piedad.

Jack sonríe y se acerca a ellos:

—Es mejor que acepten la realidad, ambos, porque de aquí no van a salir nunca, estas paredes serán lo único que verán por el resto de sus vidas. Así que, si fuera yo, me ahorraría las amenazas.

Se retira despacio, pero antes de salir agarra la bandeja y la mueve un metro atrás, justo donde los brujos ya no pueden alcanzarla. Un sonido lo altera y sale rápido.

Arriba el teléfono de Paolo está sonando, seguramente es Delfina. Vasil toma el teléfono y sabe que es peor que nadie responda, eso levantaría sospechas en la Deífica y no se quiere arriesgar, debe inventarse algo rápido.

—Aló. No, no soy Paolo, soy Vasil —Fingiendo tristeza—. Lastimosamente no, Delfina, fuimos atacados por los hijos de Zain, destruyeron todo, se llevaron muchas cosas. Huimos en un momento de descuido, corrimos hasta llegar a la carretera, solo siete de nosotros pudimos sobrevivir. —Comienza a fingir llanto mientras habla—. No estamos seguros de qué querían con nosotros, pero algo están buscando. ¿Crees que podemos quedarnos unos días? Es lo más seguro. Paolo no está, salió con Serena al mercado. Raquel está… en la ducha, eso fue lo que dijo, pero si quieres la busco. Gracias, muchas gracias, hablamos pronto —Una expresión de tranquilidad sale de Vasil acompañado de un suspiro, todo está saliendo mejor de lo que esperaba.

Capítulo 10

Una sensación oscura y triste recorre cada rincón de la mansión, Paolo y Raquel no han oído de Serena y están preocupados; ni en sus pesadillas más locas creyeron que el clan de los Síneros fuera capaz de hacer algo como lo que hicieron.

Jack abre la puerta del sótano, está acompañado de otro, su nombre es Carlos, ambos entran con comida y agua, nadie dice nada, solo se alcanza a oír una suave risa burlona que viene de Jack, pero Paolo y Raquel no se inmutan; Carlos tampoco habla, solo mira a los brujos con curiosidad, hasta que salen dejándolos en oscuridad.

—Tenemos que hacer algo —dice Paolo, pero no se le ocurre nada—. Tenemos que hacer algo —Raquel suspira, pero no responde—. No podemos seguir acá sin hacer nada.

—No hay nada que podamos hacer —responde seca Raquel.

—Lo sé, y eso lo más frustrante —Después de un largo silencio, Paolo retoma la conversación, esta vez con una idea diferente—. ¿Tú crees que el… producto de lo que pasó anoche, sea el bebé de la visión de Delfina?

Esa pregunta llama la atención de Raquel quien gira su mirada a Paolo:

—No sé, Vasil habló de profecías. En este punto, creo que es probable que esté conectado — Su mirada regresa al suelo.

—Entonces necesitamos a ese bebé de nuestro lado —dice Paolo con toda seguridad.

Raquel le regresa una mirada de incredulidad.

—Es en serio, como sea debemos tener al bebé de Serena, no podemos dejar que esté en manos de esta gente.

—¿Te das cuenta dónde estamos y de lo que estás hablando? —le pregunta Raquel con su mirada muerta.

—Sí, pero también tenemos una oportunidad de nueve meses para prepararnos, no podemos dejar que se salgan con la suya.

Raquel no se inmuta. Paolo no quiere desesperar, solo quiere encontrar una respuesta al por qué esto está pasando en el coven:

—Raquel, te necesito en esto —Ella lo mira con atención—. Necesito que creamos en nosotros, creamos en esta casa, que creas en mí. Si no podemos hacer más que esperar pues debemos aprovechar el tiempo, tratar de no sé, reunir información, escuchar conversaciones, todo lo que esté a nuestro alcance si queremos vivir —Raquel no responde—. El poder que ese niño podría tener puede ser la salvación, pero también puede ser nuestra condena, tanto poder guiado por la gente equivocada es peligroso. Necesitamos estar juntos, salvar a Serena, el bebé y salir de acá.

—¡Cálmate! Estás asumiendo muchas cosas a la vez. Desde ya estás diciendo que la niña está embarazada.

—Raquel —Paolo apunta lo obvio con su mirada—, ¿Para qué harían un ritual si solo querían violarla? Para eso necesitaban la sangre.

Raquel se queda callada por un momento, hasta que dice:

—Estaba ovulando.

—¿Cómo sabes?

—Porque yo estoy ovulando —Raquel respira profundo y piensa en todo lo que Paolo dijo

hace un momento—. Si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo bien, debemos ser inteligentes, cautelosos.

—Tal vez no tengamos poderes, pero las palabras son una fuente de magia.

—Conozcámoslos, que se conviertan en nuestros amigos, confundamos sus mentes, que ellos hagan el trabajo por nosotros.



La magia de Nueva Orleans se puede respirar en los suaves vientos que llegan a los brujos turistas, la ciudad es musical, mística y maravillosa. Ante los ojos de Sara la ciudad es una metrópolis llena de Jazz, arquitectura y vida. Las personas caminan bajo el benévolo sol de verano, desde cualquier punto se puede sentir la humedad de las aguas que rodean la ciudad lo que le da una sensación de frescura todo el tiempo, o por lo menos así lo es para Sara.

Después de bajar del avión y recorrer el aeropuerto, un taxi los lleva al hotel en pleno barrio Francés, un lindo lugar ubicado cerca al parque Louis Armstrong, el cementerio de San Luis 2 también queda a pocos minutos de su hotel. Este barrio es muy conocido por su vida nocturna, lleno de bares de jazz y restaurantes, también por su relación con la magia de la ciudad, Nueva Orleans siempre se destacó por sus historias fantásticas y su mitología entre los brujos, principalmente después de la muerte de Marie Laveau donde la tradición se volvió más turística, con museos, cuentos y estafadores.

El día está hermoso, casi logra hacerlos olvidar el incidente en Yazoo; Sara tuvo tiempo para meditar las cosas y llegó a hacer las paces consigo misma, ahora su mente está en el viaje. Después de instalarse en el hotel, deciden tomar una caminata, familiarizarse con la ciudad e ir directo al cementerio donde se cree está enterrada Marie Laveau.

Las casas conservan esa influencia arquitectónica de la Francia colonial, altos y coloridos marcos envuelven las ventanas, balcones adornados con barandillas de hierro forjado con formas, expresiones y arte.

—Que linda es esta ciudad, miren esos balcones —dice Sara con un tono de emoción.

Delfina no responde nada, si bien sus sentidos están allí, su mente trata de desenredar un pensamiento, más como una sensación que se le ha metido en la cabeza y en el corazón.

—¿Todo está bien, Delfina? Te noto rara desde que dejamos Jackson —Otto abre una sombrilla, el sol es bastante fuerte.

—No lo sé, desde que hablé con Vasil no he podido estar tranquila, siento que están bien y que están en la mansión, pero también siento que algo no cuadra, como si algo estuviera pasando, pero no sé qué.

—Puede que no sea nada, si sientes que están bien, así lo están. Ha pasado mucho en estos días y Nueva Orleans es una ciudad con mucha magia, tal vez es eso lo que tiene tus sentidos alterados —opina Sara acercándose a Delfina y alcanzando un poco de sombra.

—Tienes razón —responde la Deífica—, puede ser la influencia de la ciudad, la presión, el viaje. Me lo tomaré con calma —Sonríe.

Caminan un rato más bajo el sol que se hace más intenso al pasar los minutos. Después de cruzar algunas calles y pasar bajo una alta avenida, los brujos llegan al cementerio; una reja negra y alta se impone en la entrada, juntos ingresan sin mucha prisa. El ambiente se comienza a configurar con un aura de nostalgia y tristeza. Un vigilante se acerca:

—Disculpen, puedo ver el permiso para la visita al cementerio.

Sara no comprende del todo lo que el hombre dijo, Delfina se acerca a él y le dice:

—No tenemos permiso, no tenemos guía. Pero... no creo que haya problema, solo vinimos a mirar —Clavando sus ojos sobre el vigilante y quitándole su albedrío por completo el hombre los deja seguir sin refutar.

—Bueno, veo todo en orden. Sigan por favor —responde con amabilidad y con una sonrisa se aleja de ellos.

Una vez adentro, y con total libertad, los brujos comienzan su recorrido. Muchas de las tumbas son pequeños panteones con imágenes o figuras religiosas, algunas desgastadas y caídas, otras, el tiempo ha hecho irreconocible los nombres de sus difuntos. Los brujos se mueven entre lápidas viejas, muros caídos e invadidos por el musgo y los hongos. Cruzando por uno de los pasillos pequeños, Otto siente una ventisca que atrae su atención, como si algo lo llamara allí.

—¿Sintieron eso?

—No —responde Sara mirándolo.

—Hay algo hacia allá, siento que nos observa y nos llama —responde mirando a la nada. Delfina también lo nota.

—¿Lo ves? —pregunta la Deífica.

—Yo no veo nada —responde Sara.

—Yo sí, pero no es claro, es una figura oscura, nos está llamando.

Otto comienza a seguirla, las brujas lo siguen a él entre las tumbas y los pasadizos, hasta que una tumba les llama la atención por la cantidad de personas que están reunidas, en medio de la distracción la figura oscura desaparece. Justo en la tumba de Marie Laveau a donde fueron llevados, una mujer se agacha, estira su mano y dibuja tres cruces con su uña en la lápida llena de cicatrices, Delfina se acerca con intención de saber más, pero la mujer se levanta de un solo impulso, las demás personas la siguen.

—Espere por favor —dice la deífica, la mujer gira dándole el frente—. ¿Qué es eso que hacía en la tumba?

La mujer inmóvil con la mirada fija en Delfina responde después de unos segundos:

—Mañana, vengan mañana a la ceremonia. Encontrarán respuestas.

La mujer gira de nuevo, pero esta vez todas las personas desaparecen metiéndose entre las tumbas.

—¿Qué fue eso? —pregunta Sara.

—Tan dramático —opina Otto

—No sé, pero parece que mañana lo averiguaremos —dice Delfina con entusiasmo—. Regresemos.



El viento sopla la ventana con la fuerza suficiente para hacerla golpear el marco, y con una constante que podría llegar a ser molesta para casi todos, pero no para Serena, para ella, el tiempo se detuvo y no sabe por qué, por qué ella. Sentada en la esquina de su cuarto, sobre la cama, su tobillo derecho tiene una cadena larga atada a una pared, con posibilidad de moverse en el espacio, más de lo que tienen Paolo y Raquel, pero con la vida mirando abajo, Serena no puede evitar sentirse culpable por lo que pasó, sentir culpa por haber sido simpática con Vasil, por haber recibido al clan allí, su culpa es tal que no puede ni verse al espejo, se siente tonta, ridícula y sola.

Tres golpes suaves se sienten en la puerta, después de un segundo, la perilla gira y se abre, es Vasil, con una bandeja llena de comida; al verlo Serena se altera, se pone rígida, su respiración se acelera y su mirada se clava en el suelo.

—Tranquila —dice Vasil mientras pone la bandeja entre ambos y se sienta también en la cama—. No te haré daño, solo traigo un poco de comida, necesitas alimentarte —Vasil busca sus ojos, pero ella voltea el rostro—. No te haré daño, Serena, tú eres muy especial para mí, para todos, tú eres nuestra última oportunidad —Al no ver respuesta el Sínero se levanta hacia la puerta, con intención de salir.

—¿Por qué? —susurra Serena.

Vasil gira y camina a la ventana:

—Porque nadie más podía hacerlo. Tú eras la indicada, la elegida.

—¿Elegida?

—Sí. Desde el momento en que te vi, supe que eras la bruja indicada para cumplir la profecía. Te estuve esperando mucho tiempo.

Serena no responde, pero es claro por su expresión que no entiende muy bien a lo que Vasil se refiere.

—¿Sabes lo que se siente pasar de tener poder un día y al otro perderlo todo? —narra Vasil —. Es como perder una mano, una parte de ti; yo lo perdí todo el día que me maldijeron, la brujería era mi vida y me la arrebataron, me quitaron mi propósito, me exiliaron y me desecharon. Un día sentado en esa horrible biblioteca encontré un texto, una profecía, al principio no sabía lo que significaba, pero investigué y la deduje, era un mensaje del universo, una oportunidad para volver a mi gloría; solo debía esperar el momento indicado, y cuando ustedes llegaron a la cabaña lo supe. Serena Ferry, una descendiente de una familia irlandesa y la nieta de Martha Vega, debías ser tú.

—No entiendo —susurra la joven.

Vasil regresa a su lado en la cama.

—La profecía habla de un ser que sería engendrado de dos tradiciones mágicas muy fuertes y antiguas, como la tuya y la mía —Emocionado continúa—, de esa unión nacerá un niño muy poderoso, tanto, que será la puerta entre otros mundos, la puerta de la gloria, el poder supremo será mío, pues según la profecía, solo quién le dio la vida podrá quitársela. Estamos salvando al mundo Serena, los muertos están ganando poder y ese poder solo lo podemos manejar nosotros. ¿Ahora entiendes cuál es tu propósito?

Serena asiente, sin embargo, no entiende muy bien. Tal vez Paolo y Raquel podrían aclarar más todo lo dicho por el Sínero, pero ¿Cómo mirarlos a la cara?, es lo único que piensa.

—Espero que comas por las buenas, necesitas estar fuerte —dice Vasil mientras se levanta con intención de irse,

—¡Vasil! —Serena llama su nombre y entre dientes le dice—: Me gustaría salir de este cuarto, tomar el sol. Tal vez ver a Paolo o Raquel.

—Ellos están bien —responde Vasil, sin embargo, se queda un momento pensando—. No sería mala idea, no quiero una embarazada se deprimida en el cuarto y el sol te hará bien.

¿Embarazada?, piensa la bruja.

Al día siguiente, los brujos prisioneros se la pasan en silencio. Paolo se queda horas mirando al techo, las paredes y la puerta de madera que da al patio, buscando una forma de escapar, una solución a esta desgracia. Raquel sigue acostada de medio lado, con los ojos cerrados, pero también con la mente en una estrategia para huir.

Los pasos en las escaleras los ponen alerta, la puerta se abre despacio y la luz entra con violencia.

—Hoy es un día muy especial —La voz viene de Vasil—. Y quiero tener un lindo gesto con ustedes, es su casa a fin de cuentas.

Ninguno responde nada. Vasil les da indicaciones a Carlos y a Rafael, quienes se acercan y liberan la cadena que atraviesa las ataduras de las manos de los brujos, pero los vuelven a atar.

—Vamos a salir a tomar un poco de sol, les hará bien.

Paolo sospecha, pero también puede ser una oportunidad.

—No quisiera ver que intentan algo raro, ya encontramos la escopeta de Paolo y estaremos vigilándolos, ¿bueno? —Los brujos asienten con la cabeza—. Síganme.

Con dificultad por llevar manos y pies atados, Paolo y Raquel siguen a Vasil hasta el patio trasero, donde los espera Serena sentada sobre el césped.

—¡Serena! —Raquel se acerca y cae de rodillas frente a ella, como respuesta recibe una dulce mirada; Paolo se acerca con lentitud:

—Lo siento —dice buscando sus ojos con los de él, ella no responde—. Prometimos que te íbamos a cuidar, a proteger y dejamos que esto te pasara.

—No es culpa de ustedes —responde en voz baja—, es culpa mía, todo es mi culpa.

—¡Claro que no! —dice Raquel un poco alterada—. Nada de esto es tu culpa, tú fuiste víctima de un horrible plan, no la culpable de que esto te pasara.

Nadie dice nada más, un sentimiento de culpa y lástima se respira en ese instante, pero es incierto saber de parte de quién viene.

—Sé por qué pasó esto. Vasil me lo dijo —dice Serena después de un largo silencio.

—¿Cuándo hablaste con él? —Paolo pregunta apurado.

—Esta mañana, entró a mi cuarto a llevarme algo de comer y me lo dijo —Su mirada está perdida en el rosal que se asoma por un costado de la casa.

—¿Qué te dijo? —Intrigada, pregunta Raquel.

—Me dijo que yo había sido elegida.

—¿Elegida? —dicen ambos.

—Sí, él habló de una profecía que decía que un niño nacerá de dos poderes muy antiguos. Él carga el linaje de dos familias muy antiguas y dice que yo también, por eso me eligió.

—¿Qué? Eso no tiene sentido. ¿Te dijo algo más de la profecía? —Raquel pregunta, pero nota que Paolo está pensativo.

—De la unión nacerá un niño muy poderoso, dijo algo de la puerta a otros mundos o la puerta de la gloria, no recuerdo. Pero dijo algo que me asustó, dijo que el poder supremo será suyo porque según la profecía solo quién le dio la vida puede quitársela.

—Las profecías son complicadas y difíciles de interpretar —opina Raquel.

—Vasil cree que estoy embarazada de ese ser —Serena levanta su mirada y encuentra la expresión de tristeza de Raquel mirándola de vuelta, un silencio invade el lugar de nuevo.

—En la visión de Delfina, un bebé usaba el poder y acababa con el mal —dice Raquel con entusiasmo— Este puede ser ese bebé, el indicado para acabar con los hijos de Zain.

—Vasil mencionó algo más —interrumpe—, dijo que los muertos estaban ganando poder, no sé qué quiso decir con eso.

—Los muertos están ganando poder —repite Raquel—, el niño será la puerta entre otros mundos…

—Él dijo que este era mi propósito —Una lágrima cae por la mejilla de Serena.

Paolo se acerca a ella, intenta poner su brazo en sus hombros, pero se detiene.

—Es difícil entender por qué nosotros, por qué nos pasan cosas malas, lo único que es verdad, es que todo pasa por algo, siempre hay una razón para todo, y sé que parece imposible ahora, pero llegará el momento donde mirarás este día y sabrás que los sacrificios, valieron.

Serena toma la mano de Paolo y la aprieta con suavidad, Raquel se acerca a ella y la toma por los hombros, así permanecen por un buen rato, mientras el viento sopla en sus rostros, a pesar de todo este es un momento de paz y liberación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Serena con una infinita tristeza en cada palabra.

Paolo se queda pensando por un segundo:

—Si es cierto que vas a estar embarazada, debemos ser cautelosos, van a estar vigilándote. Debemos ser los buenos, mantenernos fuertes, alimentarnos. Sé que será muy difícil, Serena, pero no tenemos alternativa, debemos ser inteligentes con lo que decimos y con lo que les hagamos decir. Vamos a superar esto.

—Encontraremos la forma de salir de acá, por ahora aprovechemos que nos mantienen vivos. Debemos seguir viéndonos así, tal vez logremos que nos junten en el mismo lugar de nuevo.

—Está bien —responde Serena.

—Si tan solo pudiéramos comunicarnos con Delfina —replica Raquel.

Después de un rato, los Síneros se acercan y los levantan, es la hora de regresar a su cautiverio. Jack comienza a empujar a Paolo para que ande más rápido, mientras avanzan hacia el sótano, en cambio Carlos trata con más cuidado a Raquel, cosa que le llama la atención. Los cuatro entran, dejando a Serena sola en medio del lugar donde hace un par de noches había sido dañada. Rafael va por ella, la levanta y la conduce adentro. En el sótano, ambos Síneros atan de nuevo a los brujos contra la pared, Raquel sigue notando algo en Carlos que lo hace diferente, tal vez sea la forma de tratarla, con más delicadeza, o la forma en la que ata sus cadenas sin agresividad, hay algo bueno en él, y podía ser una oportunidad.

—Gracias —le susurra Raquel a Carlos.

Él la mira tímido y le responde con una rápida y simple sonrisa de sus labios, se incorpora y sale nervioso, detrás de él Jack cierra la puerta. Ante la mirada de Paolo, Raquel lo tranquiliza:

—Es una idea, no te preocupes.

El cuarto queda en oscuridad total.



Al tercer día en Nueva Orleans, los brujos se preparan para un día emocionante, van a participar en una ceremonia Vudú y eso los tiene bastante animados, es la oportunidad que estaban esperando. En el cuarto del hotel los tres se preparan.

—¿A qué hora será la ceremonia?, la mujer no dio muchos detalles. ¿Verdad? —pregunta Otto—. No me gustaría llegar cuando todo haya terminado.

—¿Por qué? Si siempre llegas cuando todo ya ha terminado —bromea Sara.

—Según el recepcionista, siempre se hacen a las ocho de la tarde en verano y parece que son especiales para turistas —responde Delfina mientras desenvuelve el anillo que sellaron en Yazoo.

—¿Lo vamos a llevar? —dice Sara, refiriéndose al anillo y su poder.

—Creo que puede ser buena idea, su poder nos puede ayudar a controlar el poder de Marie, de ser necesario.

—¡Lo encontré! —grita Otto mirando su teléfono—. Tal como lo dijiste, las ceremonias son a las ocho y son especiales para turistas.

—Perfecto, debemos estar allí, necesitamos saber si Marie Laveau está ahí o no.

—¿Y si no está? —pregunta Sara.

—Tendremos que buscar información, improvisar. Mientras tanto solo nos queda pedirle al universo que sí esté ahí —responde—. Preparemos todo lo que necesitamos, podríamos estar haciendo el ritual hoy mismo si tenemos suerte.

Sara alista y empaca las cosas necesarias para el ritual: la sal, el incienso de romero, laurel, una botella de agua y un athame. Otto planea una ruta por donde puedan escapar en medio de la noche sin levantar sospecha alguna.

El sol brilla con fuerza, se acerca la hora del encuentro y los brujos se preparan, esta puede ser una oportunidad única y no pueden dejarla pasar. Sara está desde el balcón de la habitación disfrutando de la vista del barrio francés, Otto se acerca.

—¿Todo bien?

—Sí —responde con un tanto de incertidumbre—, bueno, no sé.

—¿Qué sientes? —Otto cambia su tono por uno más serio, no le gustaría que algo como lo que pasó en Yazoo llegara a sucederles hoy.

—Miedo, no quisiera paralizarme en el momento menos indicado.

—Ven, párate de frente al balcón, cierra tus ojos.

Sara lo mira con incredulidad, pero Otto le insiste hasta que ella sigue las indicaciones sin mucho entusiasmo.

—Respira profundo. Recibe la energía de esta ciudad y despeja tu mente —Después de un momento—: ¿Qué sientes?

—Poder, energía, siento un poder que viene de todas partes —su ceño se arruga.

—Es el poder de esta ciudad, por eso no pasará lo mismo que en Yazoo, esta ciudad se cuida sola, además no tiene maldiciones —ríe—, bueno, no que sepamos.

—Tienes razón, todo es diferente acá —Abre los ojos despacio encontrando los ojos de Otto mirándola con una sonrisa pequeña.

—Piensa en eso, siéntelo. Porque te necesitamos, ahora más que nunca.

Con su sonrisa característica, Otto entra a la habitación, Sara se queda un rato más hasta que es llamada por Delfina.

—Tenemos que salir ahora. ¿Tienen todo listo? —pregunta la Deífica.

— Sí —responden ambos.

—Vamos a hacer esto —dice Delfina mientras se acerca a ellos y les toma una mano—. Vamos a conseguir este nuevo anillo juntos, cualquier cosa que llegue a pasar debemos solucionarlo juntos.

Ambos asienten, Otto se siente emocionado a diferencia de Sara a quien los nervios la traen pensativa, es la primera vez que verán un tipo de magia tan diferente.

Esta vez no tienen vestidos especiales, su ropa es la del día a día como la de cualquier otro turista en un verano en Nueva Orleans. Caminan por el barrio otra vez, entre sus casas y edificios. Al llegar al cementerio, un grupo de personas se encuentran en la puerta, todos llevaban ropa blanca, con pañuelos blancos atados a la cabeza, otros tienen coloridos collares con piedras de diferentes tamaños, anillos, cadenas de plata y oro. El grupo es de unas treinta personas, algunos también turistas como los brujos. Las puertas del cementerio se abren y todos comienzan a ingresar, se mueven hacia la tumba de Marie llevando bolsas y cajas llenas de

ofrendas para el espíritu, o eso escucha decir Otto mientras caminan. Al llegar la mujer que los había invitado el día anterior toma la voz, parece que es la líder o sacerdotisa del grupo.

—Todos son bienvenidos —grita—. Marie nos dio el regalo más grande, nos enseñó el poder de la naturaleza y cómo conectarnos con nuestros Loas2. Hoy le rendimos homenaje a nuestra reina. Por favor los que están asistiendo como espectadores, deben hacerse en la parte de atrás, pronto comenzaremos. ¡George! ¡George!, trae las cosas.

Los tres brujos se miran, saben que ellos son parte de los espectadores y están bien con eso, su propósito es saber con seguridad que el cuerpo de Marie Laveau está allí, no participar en la ceremonia; sin embargo, los brujos, en especial Otto, no pueden dejar de notar ciertas cosas que los desconciertan un poco.

—Quiero preguntar algo, pero no quiero que suene mal —dice Otto, Sara y Delfina ya podían imaginarse qué tipo de comentario diría.

—Dilo —dice Delfina con una mirada incrédula.

—¿Por qué todos son blancos? No quiero sonar racista, pero todos son blancos.

Sara ríe y responde:

—Eres un racista.

—¡No! —grita Otto, notando la mirada de los demás, baja la voz de inmediato—. No soy racista, solo me parece extraño que una religión de tradición, como esta, no tenga más seguidores diversos.

Sara sigue riendo sin hacer mucho escándalo. A Delfina también le cae en gracia el comentario de Otto, pero la deja pensando.

—Bueno, ahora que me fijo bien, sí es un poco raro, no quiere decir que los blancos no puedan practicar Vudú, eso es un estereotipo absurdo. Veamos cómo termina todo antes de sacar conclusiones.

En ese momento cuatro hombres entran desde atrás cargando lo que parece una estatua alta, cubierta por una tela blanca, la estatua es ingresada al círculo y ubicada frente a todos, dos de ellos la descubren, mostrando la representación de Marie Laveau vestida con un traje amplio, vaporoso de color azul claro, unas flores rojas en sus manos y un turbante rojo con blanco que baja desde su cabeza, por su pecho hasta las piernas; en la base se ven cráneos pintados de blanco y negro. Desde que la imagen queda en descubierto los tambores empiezan a sonar, la gente se une al ritmo mientras llevan sus ofrendas a la reina Vudú, flores de todos los colores, velas de diferentes tamaños, algunas con imágenes católicas, otras con cintas coloridas. Algunos asistentes llevan botellas de licor mezcladas con hierbas propias del vudú, otras solo con alcohol. La sacerdotisa saca de su bolsillo un polvo blanco, y con sus dedos comienza a dibujar en el suelo, líneas y formas rectas que se atraviesan entre sí, semicírculos, medias lunas, cruces de diferentes tamaños y estilos; todo alrededor de la imagen de Marie, la mujer toma una de las botellas y bebe, la pasa entre los asistentes, todos beben y danzan; luego la sacerdotisa comienza a dar alaridos en un idioma que no pueden entender bien.

—¿Qué dice? —pregunta Sara.

—Un conjuro —responde Delfina—, está llamando al espíritu de Marie y a otros.

Uno de los hombres que cargó la estatua, va pasando por cada uno haciéndoles oler unos polvos especiales en una botella plástica, el sonido de la percusión es más fuerte cada vez, crece una sensación de euforia. Ahora la sacerdotisa toma otra botella, bebe y lo escupe a los participantes, todos deben quedar ungidos, así que se mueven y empujan para lograr recibir un poco de las bendiciones. Al terminar de escupir el ron, vuelve al centro donde su cuerpo

comienza a crepitar, los demás comienzan a llamar el nombre de Marie Laveau, mientras la sacerdotisa sigue retorciéndose hasta que se detiene de repente, y se levanta, varios hombres corren a ella y la levantan en hombros.

—¿Qué está pasando? —dice Otto—, no entiendo.

—Parece que el espíritu de Marie está en la sacerdotisa —responde Delfina con extrañeza—, pero yo no siento nada, no siento ningún espíritu, ningún poder.

—El anillo, fíjate en el anillo —propone Sara.

Delfina saca la bolsa de lino y se fija en él, pero no pasa nada, no se ve respuesta.

—¿Ustedes logran sentir algo?

—No —responden ambos.

—Esperemos un poco más —propone Otto, ellas aceptan.

La sacerdotisa es bajada al suelo, allí continúa su baile desenfrenado, señala a algunas de las personas y estas entran en trance también. En un momento todos los participantes bailan y crepitan al ritmo de los tambores. La noche cae y unas antorchas son encendidas. La sacerdotisa se detiene y habla, pero los brujos no logran entenderle muy bien, todos se acercan a ella y la tocan, la escupen con ron y la agreden.

—¿Se supone que Marie está poseyendo a la sacerdotisa? —pregunta Otto con un tono de incredulidad y sarcasmo.

—Se supone, pero no siento ningún espíritu. ¿Ustedes?

—No, no siento nada de actividad mágica —responde Sara.

Un hombre se acerca caminando desde el fondo del círculo, en sus brazos trae exponiendo un machete curvo, algunas personas se acercan y lo tocan, luego llevan su mano a la frente, o a su boca. El hombre llega hasta la sacerdotisa, ella toma el machete y comienza a propinarse suaves machetazos en su barriga, el arma no la hiere.

—Esa mujer se hará daño —Sara se preocupa—. ¿Por qué lo hace?

—Trata de demostrar que está poseída y protegida por el espíritu de Marie —exclama Delfina entre los tambores y los gritos.

—Pero… no hay espíritus aquí —dice Sara—, nosotros podríamos sentirlo, ¿Verdad?

—Sí, claro que podríamos, ya lo hemos sentido muchas veces antes —Delfina está desconcertada, esperaba sentir los espíritus que invocaron, pero no ha logrado sentir nada, ni una gota de poder y tampoco sus brujos.

La danza sigue, la sacerdotisa cae desmayada al piso, los demás corren a ayudarla, ella se levanta con cuidado y sonríe ante la mirada del grupo, todos celebran el regreso de su líder y despiden la presencia de Marie, al parecer el ritual estaba terminando, los asistentes se abrazan y felicitan. Mientras comienzan a dispersarse por el cementerio, Delfina, Otto y Sara están desconcertados, ante sus ojos pasaron un montón de cosas, pero no hubo actividad mágica, no sintieron ningún espíritu, incluso la situación los había hecho dudar de su propio poder.

—Wow ¡que derroche de poder! —dice Otto con ironía—. Si nos hubiesen cobrado por esto, estaría muy molesto.

Sara ríe.

—Tampoco es una estafa —dice la Deífica—. Muchas de las cosas que vimos hoy sí son traídas del Vudú, pero los Loas no los escuchan ni mucho menos se presentan a ellos.

—Eso quiere decir que no es magia real ¿Verdad? —pregunta Sara mientras comienzan a avanzar buscando la salida.

—Exacto, es solo una ceremonia, para los Loas no tiene validez.

Mientras avanzan, el viento sopla con una brisa agradable, hasta que la temperatura de los vientos baja drásticamente.

—No invocaron a ningún Loa, solo el espíritu de Marie que no se presentó —opina Otto.

—¿Y si somos nosotros? —aporta Sara con preocupación— ¿Si somos nosotros los que no…

Sara para de hablar, sus ojos se clavan en los de Delfina, Otto también lo siente, ninguno menciona una palabra, pero juntos voltean su mirada en la dirección por la que viene el viento frío, se les pone la piel de gallina, sin duda algo los está siguiendo.

—¿Quién es? —pregunta Sara en voz baja, pero no recibe respuesta.

Delfina avanza hacía el espíritu unos pasos, pero no logra ver nada, es como si hubiera una pared de oscuridad que los divide, Otto y Sara permanecen atrás.

—Manifiéstate —le dice Delfina, pero no responde. Después de un momento la Deífica se acerca dos pasos más y lanza una pregunta directa—. ¿Qué quieres de nosotros?

Unos segundos pasan sin obtener respuesta, hasta que de las sombras oyen una respiración lenta y cansada, Sara se acerca a la Deífica y se para justo detrás de ella.

—Quiere decirnos algo —dice Delfina—. Dilo, ¿A qué viniste?

Desde el fondo se comienza a oír una voz seca, congestionada, rasgada y débil:

—Yo sé qué hacen acá —Delfina se pone a la defensiva—. Sé por lo que vinieron, buscan la tumba de Marie Laveau, la verdadera tumba.

—Así es —responde la Deífica con prevención en la voz—. ¿Nos vas a decir dónde está?

Un corto silencio se hace palpable y la voz responde:

—Todas las respuestas que buscan ahora están en la Charbonnet Street entre la N Prieur Street y la N Roman. Los estaré esperando —La sombra comienza a retroceder, dejando ver las luces de la calle y llevándose la oscuridad con ella.

—Ok, eso sí era un espíritu real —dice Otto asustado.

—Un espíritu que sabe a qué vinimos —responde Delfina también con temor en su voz.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunta Sara.

—No lo sé.

---

2 Espíritus del Vudú Haitiano y del Vudú de Luisiana

Capítulo 11

Una pequeña línea de luz se ve a lo lejos en el horizonte, casi ni alcanza a iluminar nada, solo se ve allí, entre amarilla y azul, alzándose entre las calles y el confín distante. El alba se asoma con las primeras luces del amanecer, el rocío se puede sentir en la piel, en el aire y en las barras de metal que forman el balcón del cuarto, pequeñas gotitas de agua se posan allí, apenas y mojan el metal, solo la mano de Delfina logra deformarlas: ella había pasado gran parte de la noche ahí, sentada contemplando la ciudad mientras navegaba en la idea del encuentro con ese ser, ¿Cómo sabría la razón por la que estaban en Nueva Orleans? ¿Quién es y cómo supo dónde encontrarlos? Esas preguntas la tienen desvelada, podría estar llevando a Otto y Sara a la boca del lobo, a una trampa de la que podrían no salir vivos.

Con el sol distante a su derecha, Sara se asoma por un lado de la puerta, Delfina la invita a acompañarla.

—Qué bonita es esta ciudad, es tan diferente hacía donde la mire. ¿Pudiste dormir algo? —Notando las ojeras de la Deífica.

—No mucho, no dejo de pensar en lo de anoche.

—¿Qué piensas? —Sara se sienta a contemplar la ciudad también.

—En que puede ser una trampa, en lo sospechoso que es, que esa… entidad supiera a lo que vinimos —Ambas miran en la misma dirección.

—Pues, por lo que he leído así es el Vudú, es complicado, extraño y muy misterioso.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

Una parte de Sara se siente sorprendida, no recuerda el momento en que la Deífica hubiese pedido su opinión en una decisión importante; con determinación la joven bruja le responde:

—Creo que debemos ir, es la única pista que tenemos ahora sobre el paradero de Marie, sé que puede ser peligroso, pero también puede ser la oportunidad que estamos esperando.

—Todo pasa por algo ¿No? —Delfina gira a ver a Sara con una sonrisa, ambas permanecen en silencio un buen rato.

Un par de horas más tarde, los brujos están listos, llevan los mismos elementos que la noche anterior, pero esta vez hay más temor en sus corazones. Las indicaciones que les dio el espíritu los conducirá a un barrio que fue azotado por un huracán muchos años atrás; al quedar más lejos del hotel, deberán ir en taxi.

El auto los lleva a través del barrio francés entre unas casas con hermosa arquitectura, hasta una carretera alejada de los edificios, a su alrededor el paisaje cambia, las casas son más pequeñas, de un solo piso en la mayoría de los casos, con amplios patios y espacios verdes, incluso se alcanzan a ver detrás de algunas casas, escombros, latas y tejados con años de abandono. El conductor les informa que ya están en la dirección, Delfina paga por el servicio y se bajan allí, en medio de una calle, al frente solo hay dos casas y un lote, al otro lado, tres casas amplias de colores pasteles y tejados café.

—¿Y ahora? —dice Otto con un tono de ironía.

—No hay nadie, y parece que tampoco hay gente en las casas —responde Sara.

Comienzan a mirar hacia todas partes, a la derecha no se ven personas, solo más casas, a la izquierda, la carretera por donde llegaron; una mirada de nuevo hacia la derecha y algo cambia, en medio del camino, una figura encapuchada se deja ver, Delfina es la primera en verlo,

estático, sin decir nada, es lo único que se ve en la calle, al parecer los carros que transitan cerca ni perciben la presencia de esta entidad.

—¿Quién es? —pregunta Sara con temor en la voz.

—Creo que quiere que lo sigamos —responde Delfina sin quitarle la mirada de encima.

—Estoy empezando a dudar, ya no me parece tan buena idea —réplica Otto asustado.

—Estás asustado —apunta Sara, tomándolo por el hombro.

Delfina comienza a avanzar hacia la figura oscura, los otros brujos la siguen con temor, en especial Otto, que no logra disimular la mirada de pánico. Continúan por la dirección por la que llegaron, la figura camina hacia la última casa de esa cuadra, allí se detiene y gira mirando a los demás, aunque ninguno puede ver bien aquella presencia, la siguen; atraviesa el antejardín hasta la esquina izquierda de la casa; la entidad camina rodeándola para desaparecer al girar en la esquina de atrás; Delfina y los demás la siguen, pero cuando giran ya no ven a nadie. Otto está asustado; Sara, nerviosa, pero controla más sus emociones.

—Esto se está poniendo raro —dice Otto en voz baja.

Delfina hace como si no lo oyera, Sara le lanza una mirada que lo deja mudo por un rato. La entidad ya no está presente en su forma física, pero en el ambiente los brujos pueden sentir una magia fuerte y diferente.

En medio de la parte trasera de la casa, hay una puerta alta, con una cortina de cuerda roja, en la que cuelgan conchas, piedras de colores, pedazos de cuarzo y otros minerales mágicos que no se pueden identificar a simple vista.

—¿Qué vamos a hacer? —dice Otto.

—Vamos a entrar —responde Delfina, y antes de que Otto pueda preguntar algo más ella continúa—. Puedes quedarte acá si quieres.

Él toma el comentario como una advertencia, no puede dejarlas solas y menos en este momento.

—Madura —le susurra al oído Sara, quien con una sonrisa toma impulso y sigue a la Deífica, mientras con su mirada provoca a Otto.

Él toma un suspiro y decide seguirlas sin mirar atrás.

El cuarto al que entran es muy oscuro, a pesar de no ser más tarde de las 10 a.m. la habitación apenas deja filtrar un hilo de luz por el techo, las paredes se ven sucias pero al verlas con más detalle notan que solo están manchadas, al igual que el piso. Hay un mueble grande de cuero café, acompañado de dos poltronas grandes, y sobre un tapete pequeño amarillo, hay una mesa de madera. En las paredes se ven retratos de jóvenes hombres y mujeres sin ojos, sus ojos son espacios blancos con visos azules que dan la impresión de moverse de vez en cuando. A simple vista no hay nadie en la sala, Sara camina entre los muebles, se acerca a las paredes y observa los cuadros, Delfina no se desplaza, pero con su mirada busca entre las sombras, Otto no hace nada y no dice nada, solo hace el esfuerzo por relajarse. De un momento a otro y sin saber cómo, una mujer aparece en la esquina de la derecha, donde hay una entrada con una cortina igual, ella camina dos pasos hacia al frente, mientras Sara regresa al lado de su Deífica, la mujer estira la mano tocando la pared y se enciende una luz sobre ellos, tenue, pero precisa para ver lo necesario. La mujer da otros dos pasos más al frente, es alta con unos 1.70 de estatura, voluptuosa a simple vista, sus caderas son redondeadas y prominentes, al igual que sus pechos; lleva puesto un vestido café estampado con flores amarillas hasta los tobillos, un cinturón azul cielo delgado que se ajusta perfecto a su cuerpo y un collar con bolas de colores grandes que rebotaban sobre su pecho a cada paso que da; su cara es redonda muy pulida, ojos grandes negros

y profundos, nariz ancha y labios gruesos, su piel es de un tono marrón oscuro, lisa, suave y hermosa, su cabello está recogido, pero se nota que es trenzado y muy largo.

—No tengan miedo —dice la mujer, aún desde la esquina de la habitación mientras se acerca despacio.

—¿Quién eres? —pregunta rotundamente Delfina sin titubear.

—Mi nombre es Muriel Lys… Soy la reina Vudú —responde calmada. Su voz, aunque se nota que es muy fuerte, expresa mucha paz.

Los brujos no responden de inmediato, Delfina busca las palabras adecuadas para iniciar la charla.

—¿Por qué nos buscaste? —dice Sara parada en posición defensiva al lado de su Deífica.

—Yo sé por qué están aquí. Los quiero ayudar, yo les puedo dar información sobre dónde encontrar el cuerpo de Marie Laveau.

Los brujos se ponen a la defensiva, nadie en Nueva Orleans debería saber la razón de su visita, ellos no lo han comentado con nadie y aun así Muriel Lys conoce sus motivos.

—Tranquilos, no se alarmen, los espíritus lo saben todo y tan pronto sintieron la presencia de una magia fuerte vinieron a informarme.

—¿Qué más te dijeron los espíritus? —pregunta Delfina con ímpetu.

—Por favor, siéntense, ¿Quieren algo de beber? —Los brujos niegan con la cabeza—. Entiendo que estén asustados, pero no los hice venir para lastimarlos —Muriel se acerca a la sala y se sienta en una de las poltronas, con la mano invita a los demás a sentarse, ellos lo hacen en silencio.

—¿Para qué nos hiciste venir? —pregunta Sara.

—Para ayudarlos como les dije, yo les puedo dar información sobre la verdadera tumba de Marie Laveau.

—¿Por qué nos quieres ayudar? No nos conoces —dice Delfina.

—El espíritu de Marie se me presentó hace unas noches, no es la primera vez que pasa, pero sí es la primera vez que me habla tan claro. Me informó de su llegada… y me dio la respuesta a mis plegarias.

—¿Qué quieres decir con la respuesta a tus plegarias? —pregunta Otto con timidez metido desde la esquina del sofá.

Muriel se queda callada, se ve como si lo que fuera a decir le causara dolor, después de un par de segundos continua:

—Yo les ayudaré a saber sobre el paradero de la verdadera tumba de Marie Laveau, pero tú debes ayudarme a revertir un maleficio. Esa es la única condición.

Delfina no esperaba eso, esperaba que pidiera algo a cambio, dinero tal vez, pero nunca eliminar un maleficio, hacer este tipo de ritual requiere mucha magia, mucho control y mucho poder.

—¿Qué clase de Maleficio?

Muriel se acomoda en su silla.

—Uno mortal. Toda mi vida he estado en medio del Vudú y de la magia, cuando era niña acompañé a mi madre en sus rituales y aprendí desde muy pequeña todo sobre los espíritus que dominan este mundo; cuando me coronaron como reina vudú, prometí que mis hijos llevarían en la piel esta tradición. Así fue como crie a mis dos muchachos, con el saber divino de los Loas. Uno de mis hijos, Omal el mayor, se enamoró de una mujer y ella lo llevó hasta Haití en su búsqueda por poder, ahí vivieron varios años practicando y aprendiendo vudú. Él siempre

llamaba una vez por semana, hasta que un día el teléfono dejó de sonar, no he podido oír la voz de Omal desde entonces. Parece que él le fue infiel a su mujer y la maldita se vengó, le dio polvo zombi —Guarda silencio por un momento, su voz se llena de amargura y sus ojos de tristeza—. Pero el polvo zombi estaba mezclado con otra cosa, con otra magia, una magia que no pude reconocer hasta que supe que ustedes vendrían, hasta que Marie se presentó en mis sueños avisándome su llegada —Muriel no puede aguantar más y unas lágrimas caen de sus ojos—. Mi hijo es una buena persona, pero esa mujer ha hecho que los espíritus no puedan traer a mi bebé de regreso —La reina vudú nota en la cara de los brujos un aire de empatía desconcertante, están muy confundidos. Muriel se toma unos segundos para componerse—: Marie Laveau quiere que ustedes la encuentren, pero para hacerlo deben ayudarme a traer de vuelta a Omal.

—¿Cómo sabes lo que ella quiere? —pregunta Sara, ignorando muchas cosas que para Delfina y Muriel son obvias.

—Porque ella me lo dijo, también me dijo que era necesario usar el objeto con el poder de la otra bruja, el poder que viaja con ustedes.

Los brujos siguen sin confiar en Muriel, en especial Otto a quien todo se le hace muy sospechoso. Un rato de silencio entra en la sala, hasta que Otto interrumpe.

—¿O sea que si no traemos a Omal, nunca podremos conocer la ubicación de la tumba de Marie?

—Podrían llegar a conocerla, claro —responde la reina—, pero nada les puede asegurar que sea la verdad.

—¿Y tú si lo puedes asegurar? —replica Otto.

—No, pero sí les puedo asegurar que la misma Marie Laveau estará acá y ustedes mismos podrán preguntarle a ella —Muriel se ve muy seria y decidida, se levanta de un golpe—. Piénsenlo mientras traigo algo de limonada, no aguanto este calor —Sale de la habitación dejando a los brujos solos.

—Hay algo que me dice que no debemos involucrarnos en esto, pero al mismo tiempo me dice que esto es lo que hay que hacer —dice Otto.

—¡Hagámoslo! Claramente esta mujer tiene un gran poder, nos atrajo a ella, sabe a qué vinimos, sabe sobre el anillo de Yazoo, sabe más de lo que nos imaginamos —opina Sara.

—Está desesperada —dice Delfina—, lo puedes ver en sus ojos, está desesperada por el alma de su hijo y esta es la oportunidad que Marie le prometió.

—¿Cuáles son nuestras opciones? —pregunta Otto.

—No tenemos opciones —dice Sara entre alterada y asustada—, no tenemos pistas, ni ideas, esto es la único que tenemos para encontrar la tumba de Marie, si dejamos ir esta oportunidad…

—Estamos en la misma situación que Muriel, ante nuestra única esperanza —dice Delfina.

Muriel regresa a la sala, esta vez lleva con ella una bandeja con algunos vasos y una jarra llena de limonada fresca y fría, la sirve y cada uno toma un vaso que se beben con gran rapidez.

—Vamos a hacerlo —dice la Deífica a la reina Vudú, la cual no puede evitar mostrar felicidad.

—Se los agradezco, yo sé que no lo hacen por mí o por Omal, pero gracias —Su semblante cambia a uno más positivo.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Otto sirviéndose más limonada.

—Primero, quisiera que conozcan a Omal y vean el maleficio al que nos enfrentamos —responde la reina vudú. Otto comienza a beber—. Pero tranquilos, podemos terminar la limonada antes.

Muriel dibuja una pequeña sonrisa, es una mujer amable, nada que ver con la imagen que se habían hecho en la cabeza, sin embargo, no pueden dejar que su apariencia los haga bajar la guardia. Después de beber lo que quedaba de limonada en sus vasos, se ponen de pie.

—Síganme por favor.

Muriel los guía a través de la puerta que está en el fondo de la habitación, allí después de pasar por la cortina de hilos, llegan a una cocina amplia y vieja, las gavetas se ven gastadas, al igual que la baldosa sobre el mesón y parte de la pared, sin embargo, todo brilla de limpio. Pasando la cocina, hay una puerta de madera vieja y débil, la reina vudú la abre de un solo empujón, despacio comienza a bajar por unas escaleras de madera temblorosas, Delfina la sigue sosteniendo la baranda, los otros brujos descienden detrás. Justo frente a las escaleras se ve un altar pequeño, con algunas velas de diferentes colores e imágenes de vírgenes de distintos tipos, santos y otras imágenes religiosas, todo adornado con flores diferentes. El lugar tiene un olor a musgo, a humedad, pero de esa humedad que solo se huele en las mañanas en medio de la naturaleza. Al girar a la derecha, se ve el gran espacio del cuarto, en el centro, un amplio y vacío lugar, en la pared de fondo, el altar principal, todo está rodeado de flores y colores, hay cintas colgando del centenar de velas encendidas, hay botellas llenas de licor y otros líquidos mágicos, algunos a la mitad, otros sin tapa, botellas grandes, medianas, pequeñas y diminutas, en la base del altar hay muchos cráneos, se puede ver que algunos son más antiguos que otros, unos están rotos, pero ninguno tiene mentón. Pequeñas fotografías de Omal están enterradas también entre las flores, las botellas y las figuras de santos que abundan en la decoración. En el centro del gran altar hay un cráneo abierto con joyas en su interior, collares y cadenas, a su lado un muñeco de trapo con su cabeza, manos y pies envueltos en pedacitos de tela negra y púrpura. En el fondo de la habitación, entre las sombras se ve una cama con sábanas blancas, Omal está acostado con una manta púrpura cubriendo casi todo su cuerpo.

—Acérquense por favor.

Los brujos se acercan a la cama y logran ver al hijo de Muriel, su aspecto es deprimente, sus ojos permanecen abiertos, su piel está casi pegada a los huesos y parece seca, su cara ya no tiene rasgos, y no hay un solo pelo en su cabeza o cejas, es una calavera con piel, como el aspecto que tienen las momias de los museos, sus hombros se ven frágiles y quebradizos: está muerto en vida. Sara y Otto no pueden evitar la impresión que les genera Omal, ambos están anonadados, la energía de ese maleficio se puede sentir tan solo al acercarse al no-muerto.

—Muriel, ¿dices que esto lo produjo un polvo? —pregunta Sara.

—Sí, se llama polvo zombi —responde Muriel, mientras Delfina acerca su rostro al de Omal —. Es una magia muy vieja, está hecha de una mezcla de hierbas y polvos. Cuando la persona lo ingiere parte de su alma se queda atrapada en el cuerpo y la otra inicia el viaje al otro mundo, por eso no muere en realidad, se queda entre acá y allá. Algunos sacerdotes son capaces de capturar el alma de una persona y controlarlos a su voluntad, afortunadamente pudimos traer a Omal antes de que le hicieran algo así.

Delfina sigue mirando a Omal frente a frente, en un momento logra percibir su dolor y angustia.

—¿Cuántas veces han intentado traerlo de regreso?

—Cuatro —contesta Muriel.

—¿¡Cuatro!? ¿Y por qué no ha funcionado? —pregunta Sara con asombro.

—Al principio no sabíamos qué era, creíamos que los Loas no me lo querían devolver. Pero en el segundo intento mi otro hijo, Jerom, notó algo que no habíamos visto: los labios de Omal

tienen un color morado en esta parte —Muriel toma el labio de Omal, lo mueve y enseña su parte interna, una línea de un color púrpura, un poco más azul recorre todo el borde interno de su boca —. Esto, esto es magia, pero no es vudú, nosotros tenemos otras formas de hacer magia, esto es brujería —Muriel mira a Delfina quien no despega sus ojos de Omal—. ¿Ven algo familiar en esto?

—Sí y no —responde Delfina—, he oído historias y leído algunos textos de una especie de poción que deja catatónico a alguien y su marca es, precisamente, los labios morados. Tal vez pueda ser lo mismo, pero no tenemos esos textos con nosotros.

—Necesitamos tu ayuda, Delfina.

—Sí —dice la Deífica.

—Tú conoces la magia y el hechizo que nos puede ayudar a traer de vuelta a Omal —afirma la reina Vudú.

Delfina asiente con la cabeza.

—¿Cómo haremos el ritual? —pregunta Muriel mientras arropa a Omal y se mueve hacia el centro del salón—. ¿Qué necesitas tú para el hechizo?

—Para el hechizo, él debe estar acostado sobre un pentáculo de sal marina, también necesitamos más velas —responde la Deífica—, debemos darle una poción y un bebedizo, su salud está muy mal y no podemos permitir que muera luego de traerlo de regreso.

—Gracias —dice la reina—, reuniré a todos los que van a participar en el ritual, preparemos la poción y todo lo que necesitamos.

Abandonan el sótano y regresan a la sala, Delfina hace una lista con los ingredientes para la poción; ahora es solo cuestión de tiempo para que caiga la noche y el ritual de inicio. Hay mucho en juego, no solo la vida de Omal, también la promesa de Muriel sobre el paradero de los restos de Marie Laveau.



Carlos sale de la habitación de Serena con un pequeño tubo de vidrio con la sangre de la joven bruja.

—¿Se resistió? —pregunta Rafael.

—No, la verdad no sé si se dio cuenta o no, ni siquiera se movió o algo —responde Carlos.

—Tal vez sabe para qué es —Rafael se mueve para seguir su camino hacia Vasil, sin embargo, Carlos lo toma por el hombro y lo lleva a una esquina, cerca al balcón.

—No está comiendo casi, solo se la pasa en cama todo el día.

—Yo sé, pero ¿qué podemos hacer? Si ella no come es su decisión —responde Rafael.

—Ella está mal. No debimos hacer las cosas así, debimos buscar otra forma —Preocupado Carlos comienza a mirar a todas partes y a respirar más fuerte.

Rafael se acerca y le habla en voz baja.

—No dejes que nadie más te oiga decir eso, todos aceptamos el plan de Vasil y aquí estamos. Tú sabes que eso es traición y ambos sabemos qué nos podría pasar si este comentario llega a oídos de Vasil.

—Lo sé, pero no está bien, nada de lo que estamos haciendo acá está bien, tenemos tres personas secuestradas, podríamos ir a la cárcel o peor —Carlos se altera más.

Rafael mira a los lados previniendo que alguien los vea.

—Cálmate, no hay nada que podamos hacer, ya no podemos escapar. Debemos seguir, por lo

menos tratar, es eso o enfrentar la muerte.

—No sé, no es correcto, nada de esto es correcto —Su cuerpo está temblando.

—Debes resistir. A veces es necesario hacer cosas de las que no estamos muy seguros, es un pequeño salto de fe, como dice Vasil. Mira te prometo que el día que sintamos la magia corriendo por nuestro cuerpo, todo esto quedará atrás y volveremos a ser los brujos que una vez fuimos, nada nos importará.

Carlos duda, no se siente muy seguro que el plan que siguen sea la mejor forma de recuperar sus poderes.

—¿Y qué hay de la profecía? ¿No te parece peligrosa? Estamos jugando con poder que no entendemos.

—Nosotros no, pero Vasil sí. Tú mismo oíste la profecía, solo el que le dio la vida se la puede quitar, eso quiere decir que Vasil tiene el control. Confía.

No muy convencido Carlos acepta, pero en el fondo siente que lo que hacen está muy mal. Se toma un minuto para recomponerse y juntos bajan a la sala donde los esperan Vasil, Jack y Bo, uno de los Síneros que llegó con Carlos días antes.

—¿Y bueno? —pregunta Vasil extendiendo su brazo.

—Aquí está —Carlos le entrega la sangre de Serena.

Vasil lo pone en un recipiente médico:

—Ya sabes qué hacer —dirigiéndose a Jack, quien toma el recipiente y sale de la casa sin decir nada—. Pronto sabremos el resultado de nuestro ritual —Ahora dirigiéndose a Carlos—. ¿Cómo está la bruja?

—No está comiendo bien, se la pasa en cama todo el día —responde con un poco de temor en su voz—, creo que eso le podría afectar, más si está embarazada.

Vasil se queda pensando por un momento.

—Puede que tengas razón, tampoco podemos dejar que se eche a morir, tiene un bebé que alimentar.

—¿Y si se niega? —pregunta Rafael—. ¿Qué pasa si se niega a comer, si literalmente se deja morir?

—Si es necesario forzarle la comida por la garganta, lo haremos —asegura Vasil con un poco de ira—. Parece que no han entendido del todo qué estamos haciendo, lo único que nos importa es mantenerla con vida hasta que nazca el bebé, después… bueno, ya veremos.

—¿Qué haremos mientras tanto con los otros brujos?, ¿los mantendremos amarrados abajo? —pregunta Rafael.

—Sí —dice Vasil como un golpe seco—. Los mantendremos abajo, al menos por ahora. Son muy peligrosos sueltos, pero los necesitamos. Son parte importante de nuestro plan, una vez tengamos este coven, ya no habrá nadie que ponga taras a lo que estamos haciendo, o lo que vamos a hacer.

Ese comentario no le agrada del todo a Carlos, teme que Vasil se enloquezca con el poder que aún no tiene, pero se ahorra el comentario.

—Bo, trae el teléfono y el arma, es hora de darle un saludo a nuestros brujos.

Bo sigue las órdenes de Vasil, se levanta dirigiéndose al sótano, los demás lo siguen.

Una vez en la puerta del sótano, Vasil da un golpe y la empuja con fuerza:

—¿Los asusté? —Ríe. Los brujos no responden. Vasil enciende algunas luces—. Oh, huele horrible acá abajo; en definitiva, el humano es el animal más sucio que existe. ¿Cómo la están pasando?

—De maravilla —responde Raquel.

—Genial, eso siempre está en mi mente, la comodidad de mis invitados.

—Esta es nuestra casa —dice Paolo—, no somos invitados.

—En eso te equivocas. Esta es mi casa ahora y ustedes son mis invitados, y como invitados es mi responsabilidad asegurarme que todo esté bien, y por lo que veo, todo lo está. Solo hay un pequeño detalle.

En ese momento Bo llega al sótano sosteniendo un revólver y un celular. Paolo había visto a Bo cuando visitaron la cabaña de los Síneros pero para Raquel es impresionante.

Bo es un hombre alto de 1.90, con un peso más o menos de 150 kilos, no tiene un solo pelo en todo su cuerpo, ni en sus cejas o pestañas, toda su piel brilla por la escasez de pelo y sus ojos celestes hacen que se vea aún más aterrador. Antes de unirse al clan de los Síneros, su antiguo aquelarre no solo lo maldijo sino que lo mutilaron quitándole la lengua como castigo por sus crímenes contra ellos.

—Esto es lo que va a pasar —dice Vasil mientras se acerca a Paolo—, vamos a llamar a Delfina, Paolo te vas a disculpar por no estar en contacto, le vas a decir que todo está muy bien, los hijos de Zain no volvieron y los Síneros estamos pensando en regresar a la cabaña, Serena y Raquel están espléndidas, nunca han estado mejor. Haz que hablen sobre su viaje y ya. Nada de señales, nada de códigos o mensajes ocultos, créeme que lo sabré —Observa a Bo y le hace un gesto.

El hombre lampiño se acerca a Raquel, la toma por detrás y pone el arma en su cabeza, ella no dice nada, pero se le nota el miedo que sube y baja por su cuerpo.

—Ah, se me olvidaba —replica Vasil—, cualquier intento por sabotear la llamada y ella se muere. Bo no siente una gota de duda en su cuerpo. ¿Entendido?

Paolo responde con la cabeza, la orden estaba dada y entendida. Vasil comienza a marcar… el teléfono suena una vez, suena la segunda vez y no hay respuesta, después de la cuarta vez Vasil cuelga y lo intenta de nuevo, al ver que no contestan, decide intentarlo más tarde.

Bo baja el arma de la cabeza de Raquel sin quitarle sus pálidos ojos de encima, se aleja y Rafael lo sigue. Carlos se queda unos segundos mirando a los brujos, por un momento comparte miradas con Raquel hasta que se siente intimidado y sale también.



Delfina y los demás están a punto de iniciar la ceremonia vudú e intentar traer un alma del mundo de los muertos, nada fácil de hacer.

Varias horas han pasado desde que llegaron a donde Muriel; la casa de la reina vudú se empieza a llenar de personas que asistirán al ritual, cada uno trae ofrendas y regalos para los Loas. Jerom, el otro hijo de Muriel, llega a casa corriendo, agitado, trae los ingredientes para la pócima que Delfina debe darle a Omal en el ritual.

—¿Está completo? —pregunta la Deífica.

—Sí, me tardé en encontrar la rosa alba, pero acá está —responde Jerom entregándole una bolsa de papel a Delfina.

En la cocina la deífica comienza a preparar la poción con ayuda de sus brujos, Muriel acomoda y organiza a los invitados al rito.

—Toma, parte esta corteza de roble en pedazos muy pequeños —le dice Delfina a Otto, él se pone en la tarea—. Tú, parte esta manzana en siete partes, luego cada parte la picas en otras siete

y esas en otras siete, tres veces siete, ¿Entiendes?

—Sí —responde Sara—. ¿Qué estamos haciendo específicamente? —Sara no tiene tanta experiencia como Paolo o Raquel, había llegado al coven hace unos dos años, así que revivir a un casi muerto no es una de sus habilidades.

—Estamos haciendo una poción llamada El beso de la consciencia, convierte el cuerpo físico en una especie de faro para el alma, así el espíritu sabe a dónde debe regresar —La Deífica machaca muérdago y ruda en un mortero.

—¿Y si no funciona? —pregunta Otto—. ¿Qué pasa si no logramos traer a Omal de regreso?

—Hay cosas que se pueden cambiar, ya saben, todo es posible. Pero la muerte es diferente, es el final de esta… etapa, de este ciclo; cuando morimos el alma sigue su camino, por eso traer a alguien de la muerte es peligroso, regresan como seres oscuros, llenos de rencor porque su alma no regresa con ellos. Hay historias que hablan de brujas dotadas con el poder del resurgimiento, que volvían siendo ellas mismas, sin ningún cambio, incluso más fuertes, pero esas son solo historias —Delfina enciende la estufa y sobre ella pone una pequeña olla con muy poca agua, Otto va metiendo el roble en pedazos.

—¿Y si Omal regresa, lo hará como un ser oscuro y lleno de rencor? —pregunta Sara terminando de picar la manzana.

—Omal es diferente —Recoge la manzana picada, le entrega a Sara el abrótano macho para que extraiga su flor amarilla—. El polvo zombi atrapa el alma en un punto medio, no la deja avanzar al mundo de los muertos, ni regresar al de los vivos. Esta poción y el hechizo va a anular la brujería que le hicieron y liberar parte de su alma, el ritual de Muriel romperá el poder del polvo zombi y con suerte Omal vivirá de nuevo.

Las flores del abrótano se mezclan con el agua y el roble.

—Ojalá sí podamos traer a Omal —dice Otto.

—Esperemos que podamos comunicarnos con Marie Laveau —responde Delfina—. No me malentiendan, en realidad quiero ayudar a Omal, pero vinimos acá por algo y debemos irnos con eso.

Con el agua hirviendo, Delfina une todos los ingredientes con excepción de la rosa alba. La poción toma un color amarillo. El fuego se pone muy bajo, los brujos se acercan a la olla y con cada pétalo de la rosa blanca de alba, que cae a la olla, pronuncian las palabras del encantamiento:

Exalta in fortitudine voce.

E tirà a via di ritornu.

Solu a vita paga vitam mortem.

Cuando el último pétalo de la rosa toca el agua, Delfina escupe la pócima, la siguen Sara y Otto, humo amarillo sale de la olla, la Deífica toma un cuchillo y lo entierra en su dedo, mientras deja caer una gota de sangre dice:

—Solu a vita paga vitam mortem. Solo la vida paga por la muerte.

La gota de sangre toca la superficie de la poción y de inmediato todos pueden sentir una fuerte energía que emana de ella. Ahora es cuestión de esperar a que se enfríe y estarán listos.

En el salón de abajo, todos los invitados han tomado su lugar. Las mujeres llevan vestidos blancos decorados con collares, joyas y turbantes de colores, los colores representan a los Loas que cada uno adora. La reina vudú viste de negro y púrpura, los colores de Ghede el señor de la vida y de la muerte. En el salón también hay animales, varias gallinas están amarradas en una esquina, junto a un cerdo negro, tres serpientes en una jaula y varias mariposas atrapadas en

jarros de vidrio.

Delfina, Sara y Otto bajan las escaleras al sótano, es como entrar en otro mundo, la energía se puede sentir por todas partes, la temperatura comienza a subir mientras el ritmo de los tambores da inicio al ritual, Muriel se acerca a los brujos:

—Tú debes estar en todo el ritual, cuando llegue el momento sabrás que es tu turno de actuar. Marie vendrá por ti. Los demás, lo siento, pero no pueden estar, tendrán que esperar acá.

Sara y Otto regresan por las escaleras con la decepción en sus hombros.

Delfina se une a las personas que ya están en el centro bailando con la música, al pie de la pared de flores está el cuerpo de Omal, cubierto con una manta negra y púrpura.

El rito comienza.

Varios hombres golpean los tambores marcando un ritmo al que todos comienzan a seguir con sus movimientos, botellas de licor van pasando entre los invitados, sin parar de moverse beben y lo entregan a quien esté al lado, algunos escupen el licor al aire con un grito. Todos se mueven, crepitan cada articulación con el ritmo de la percusión, sus ojos van cambiando mientras entran en trance, su mirada se hunde. En el suelo algunas mujeres dibujan símbolos, cruces, corazones, flechas y líneas por todas partes del salón; todos gritan, cantan y se desplazan en todas las direcciones, bañan sus joyas en el licor mientras lo ofrecen a los Loas, encienden velas y varios tabacos. Después de un rato, uno de los invitados comienza a temblar; todo su cuerpo se retuerce, cae y se levanta, los demás le escupen licor mientras siguen cantando, todo parece un caos.

Al principio, Delfina no sabe bien qué está haciendo, pero luego se entrega al rito, la música la ha contagiado, y la ha llevado a un estado de clímax donde por primera vez puede verse como un ser lleno de poder; sudando por todo su cuerpo, la Deífica recibe y pasa el licor y los polvos que rotan por todo el grupo.

Al fondo, tres mujeres acercan las gallinas y las serpientes al centro, Muriel le entrega una a Delfina, ella se queda con otra, las demás son tomadas por familiares de la reina; con el corazón latiendo tan rápido como es posible, las gallinas comienzan a ser desplumadas a sangre fría, el canto no cesa al igual que el baile, las plumas caen al suelo y se acumulan, las serpientes son despedazadas entre varios, quienes toman las partes del animal y lo escurren en vasos especiales, beben la sangre y la escupen a los demás. El baile continúa entre las partes de animales y la sangre cayendo como lluvia, después de que los hombres beben la sangre de las serpientes, mueven el cuerpo de Omal al centro del salón, luego, cada uno armado con una bolsa de sal, dibujan un pentáculo que rodea y sobrepasa el mismo cuerpo de Omal; esta es la señal que Delfina estaba esperando para actuar. Los demás permanecen afuera del círculo, mientras la Deífica suelta la gallina que aún trae consigo, muy despacio comienza a acercarse al cuerpo expulsando aire con la lengua pegada al paladar, coge suavemente la cabeza de Omal y vierte la poción en su boca, después se acerca a su oído y dice:

—Invenire a vostra luce.

La Deífica se ubica al lado del no-muerto, agarra una rama de incienso, la enciende y la sopla sobre el cuerpo de Omal, desde todos los ángulos. La música sigue, pero en un tono más bajo; de repente un viento frío llena el salón, Delfina toma un aceite de óleo y con su dedo dibuja un pentáculo en la planta de los pies y en la frente de Omal, luego pone sus manos estiradas sobre el cuerpo, el anillo de Yazoo pinta pequeños destellos de luz naranja, ella repite:

—Tan claro como la luz, tan oscuro como las sombras. Aquí llamamos por ti, Omal. Te reclamamos del reino de las almas perdidas. Toma tu cuerpo y encuentra el camino de regreso.

Sigue la luz amarilla, sigue mi voz.

Delfina repite el encantamiento varias veces, ante los ojos expectantes y un poco incrédulos de las personas que están ahí.

Después de unos minutos todas las llamas de las velas comienzan a bailar de forma agresiva hasta hacerse grandes, todo el salón se ilumina. La bruja levanta su mirada al techo y retira sus manos, un ventarrón baja y cae con fuerza sobre Omal; de inmediato todo vuelve a la normalidad, las velas regresan a su estado natural, el viento frío desaparece, todos permanecen en silencio mientras Delfina se acerca a la cara de Omal quien suelta un simple suspiro débil, la Deífica levanta la mirada y se encuentra con los ojos llenos de lágrimas de Muriel, con un gesto la reina da la orden y la música regresa, los asistentes vuelven al centro del salón y continúan con el rito, eso mismo hace la bruja, quien no tarda mucho en unirse al trance de nuevo.

Cuatro horas han pasado desde que se inició el ritual, nadie para de bailar y de cantar, la mayoría están en trance, algunos tienen los ojos perdidos, con su mirada en otra dimensión hablando en idiomas que nadie puede entender, otros apuntan a lastimarse con cuchillos probando la presencia de su Loa en su cuerpo, algunos oran y beben de las botellas o de los cráneos. Muriel se para en la cabecera de la cama de Omal, cada vez que inhala su torso se va hacia atrás y cuando habla su torso la empuja hacia adelante, los demás asistentes siguen en trance bailando y cantando sin parar, al igual que Delfina quien se mueve de lado a lado como si hilos la halaran desde la cadera. La reina Vudú continúa repitiendo unas palabras en un idioma que parece de Haití, cada vez sube la voz hasta que comienza a gritar, su mirada se eleva y sus ojos se ponen completamente blancos; en ese momento cuatro hombres traen cargado el cerdo negro, el animal se retuerce con fuerza y llora con desesperación mientras es alzado sobre el cuerpo de Omal; Muriel en trance toma un cuchillo y dice:

—One life, for one life.

Y de un solo movimiento degüella al cerdo, la sangre se deja caer sobre el cuerpo de su hijo, tratando de que cubra desde la cabeza hasta los pies.

Mientras cada gota que sale del animal cae sobre Omal, una fuerza poderosa se apodera de Delfina, como si su voluntad se perdiera. De repente, se siente dócil, libre y etérea, los demás solo pueden verla con los ojos blancos apuntando al techo, pero en su mente está en medio de un terreno árido con muy poca vegetación, a lo lejos se ve una línea montañosa y en la otra dirección un lago a punto de secarse, justo en el centro hay una mujer de pie llamándola, Delfina se acerca y la mira fijamente, es alta, con una piel de un tono chocolate brillante, hermosa con pómulos grandes, ojos redondos y labios carnosos, su cabello está suelto trenzado hasta la cintura.

—¿Marie Laveau? —pregunta Delfina.

—Delfina Casal —responde Marie—, te he estado esperando por mucho tiempo.

—¿Por qué? ¿Cómo sabes quién soy?

—Todas sabemos quién eres, Delfina —Sonríe dulcemente.

—¿Quiénes son todas a las que te refieres?

Marie le sonríe de nuevo, pero no responde su pregunta.

—Tú necesitas algo que solo yo puedo darte.

—Sí —responde la Deífica dando un paso al frente—, ¿Dónde puedo encontrarte?

—No puedes.

—Dime por favor.

—No puedes encontrarme, solo te puedo decir a dónde debes llegar.

—Dilo por favor, yo iré a buscarte.

—Pero debes entender algo —dice la legendaria bruja.

—¿Qué? Lo que sea lo entenderé.

—Sé que lo harás. África, en la puerta del Ngorongoro, esperaré por ti. Ve a la ciudad verde en el sol y busca a una mujer llamada Kamara, ella sabrá.

La visión de Marie desaparece dejando a Delfina sola y con muchas preguntas; de repente, la Deífica siente cómo el suelo se parte bajo sus pies, hasta que cae en un vacío, largo y rojo. Reacciona y se da cuenta que está de vuelta en su cuerpo y de vuelta en el ritual. La sangre del cerdo negro ha caído toda sobre Omal, el cuerpo del animal comienza a ser despedazado por los demás practicantes, sus orejas son cortadas, sus patas mutiladas y sus órganos devorados por algunos, todo al ritmo de los tambores. Muriel continua en trance, sus manos están alzadas al aire, sus ojos blancos miran al techo y de sus labios se oyen sonidos que Delfina no descifra. De un solo movimiento, Muriel baja sus brazos y toma el cuerpo de Omal por los hombros, al ritmo de la música comienza a empujarlo mientras sigue hablando ese dialecto, después de un momento para y con delicadeza deja el cuerpo de nuevo en la camilla frente a la mirada fehaciente de todos, Omal toma su primer suspiro en años. Muriel regresa en sí y se arroja a los brazos de su hijo vuelto al lado de los vivos. Una mujer llega corriendo con una bebida muy espesa en sus manos, como pueden logran hacer que Omal la beba, luego cae en la cama de nuevo, esta vez solo duerme.

Delfina se alegra al ver a la reina vudú y a su hijo reunidos una vez más, pero se siente muy agotada y decide abandonar el salón. Afuera la reciben sus brujos, con cuidado la llevan a la sala, la recuestan en un sofá, y cae dormida casi en seguida.



Vasil está impaciente en la puerta de la mansión esperando a Jack desde hace una media hora; por detrás llega Carlos con las manos en los bolsillos y los hombros recogidos:

—¿No ha llegado Jack? —pregunta con cierto temor en la voz.

—¿Crees que si Jack ya hubiera llegado, yo estaría esperándolo? —responde.

—No, claro que no…

—¿Qué quieres? —interrumpe Vasil.

—Estaba pensando algo. Creo que sería buena idea tal vez juntar a Serena con los demás, ella ha estado rechazando la comida y tal vez, la compañía le siente bien.

Vasil se queda pensando por unos instantes, la idea de Carlos no le parece tan descabellada, pero al mismo tiempo teme por lo que pueda llegar a pasar, el embarazo de Serena sería uno especial, uno mágico y tenerlos juntos puede aumentar ese poder.

— No —responde Vasil.

— Pero…

Vasil lo interrumpe:

—Debemos estar seguros de que no hay peligro, tanto poder reunido en un solo lugar puede ser peligroso.

—Pero para eso están los amuletos, ¿Verdad? —El temor en la voz de Carlos es molesto para Vasil.

Con ojos de reproche ante la clara y absurda pregunta de Carlos, Vasil responde:

—¿De qué coven vienes Carlos? —Carlos intenta responder, pero Vasil lo interrumpe—. No

aprendiste nada siendo brujo por lo que veo. Cualquier amuleto puede destruirse con el suficiente poder. Por ejemplo, digamos que el bebé comienza a crecer al igual que su magia, obviamente la primera en saberlo sería Serena, un día el poder es tan fuerte que la bruja lo concentra en su amuleto y lo destruye. ¿Qué crees que pueda pasar después?

—Eh… ¿se escapan? —responde titubeando.

—No, esta es su casa. Ellos no huirían, nos matarían a todos y recuperarían lo que con gran esfuerzo les quitamos.

Carlos no responde nada, el temor de lo que acaba de decir Vasil es real, una persona tan calculadora como él habría pensado en todos los escenarios posibles antes de mover un dedo y sabe que por ahora es mejor mantener al coven separado. Después de un momento de silencio, Vasil decide aclararle algo a su Sínero:

—Estos brujos no son como los demás, Delfina es una bruja muy poderosa y estoy seguro de que sus brujos saben todas sus mañas. No hables con ellos y mucho menos confíes.

Carlos escucha con atención las palabras de Vasil, sin embargo, muy adentro sabe que lo que el clan está haciendo está fuera de toda ley y él teme por las consecuencias.

El portón principal se abre, Jack llega con buenas noticias para el clan. Vasil y Carlos lo reciben en la sala.

—¿Y bien? —pregunta Vasil con impaciencia.

—Nos tardamos un poco pero acá está el resultado de la prueba —responde Jack agitado por el viaje.

—A ver —Vasil le arrebata la hoja y la inspecciona con cuidado—. Sí, este es mi destino, nuestro destino —Parece hablándole a los resultados con una emoción miedosa que se refleja en su mirada—. Todo este poder será nuestro y no hay nadie que lo pueda evitar.

Carlos se asusta pero prefiere callar, Jack se ve tan emocionado como Vasil.

—Iré a darle la buena noticia a Serena.

—¿Puedo darles la noticia a los otros? —pregunta Jack.

—Sí —responde Vasil con un gesto de indiferencia. De un movimiento se levanta y camina hacía las escaleras.

Jack se mueve detrás de su líder pero se dirige al sótano, no sin antes lanzar una mirada de desprecio a Carlos quien se queda inmóvil.

Vasil da un toque a la puerta de Serena y sin esperar respuesta entra; Serena está acostada dando la espalda, Vasil se sienta sobre la cama y mueve a la bruja para despertarla mientras habla:

—Levántate, Serena, ambos sabemos que no estás dormida. Te traigo noticias… levántate.

Serena reacciona y se sienta, no pronuncia ninguna palabra.

—Así está mejor. Serena tengo excelentes noticias —Se acerca a ella y toma su mano derecha entre las suyas, la chica reacciona y su mano se tensiona pero Vasil apenas y lo nota—. Los dioses del universo nos han llenado de gracia. Tal y como lo esperábamos con ansias ¡Estás embarazada!

Esas palabras entran en Serena como una bala a quemarropa, fulminándola desde adentro.

—No sabes lo feliz que me siento. ¿No estás feliz?

Serena solo asiente con la cabeza.

—En esta barriguita está el futuro de la magia y el de nuestro clan, claro. Ahora solo necesitamos que pongas de tu parte, es tu hijo también y tienes que alimentarlo —Con un tono amenazante—. Desde hoy quiero que te comas todo lo que traigamos, no me gustaría enterarme

que no estás alimentando a nuestro retoño, eso me obligaría a forzarte a comer y, créeme, Serena, yo solo quiero cuidar a la madre de mi hijo —El Sínero sonríe y se levanta de la cama—. Descansa… y felicitaciones —Sale del cuarto cerrando la puerta tras su paso.

La joven bruja no puede aguantar y se lanza de cara hacía la almohada ahogando los gritos y las lágrimas de frustración y odio, su vida no será la misma desde ahora.

En el sótano, Paolo y Raquel oyen las pisadas de alguien que se acerca. La puerta se abre y entra Jack riendo, enciende una luz, ajusta la puerta y aun riendo camina despacio hacia Raquel.

—Yo no los odio, o bueno, no estoy completamente seguro. Creo que en el fondo odio a todos los brujos, o a todas las personas, y aun así heme aquí, en el camino a ser un brujo de nuevo —Su actitud cambia, acerca una silla frente a ellos y se sienta, con su pie rosa el de Raquel mientras habla—. Probar un poco de poder te cambia, ¿Cierto? Te convence que eres indestructible, que puedes hacer lo que sea. Y lo eres y puedes hacer lo que sea, porque el poder está en ti ¿Verdad? Pero llegan ellos y te ponen límites, te dicen qué, cómo, cuándo, dónde usar tu poder, ¡Tu poder! El que se te dio a ti y no a otros mortales. Toda nuestra magnificencia queda reducida a nada, al control de unos pocos que se mueven por intereses personales, ellos no se interesan por mí, por qué me interesaría yo en ellos, en sus reglas o normas. Ellos me quitaron la vida, mi poder, mi destino, solo por pensar en una magia sin consecuencias.

—Siempre hay consecuencias, buenas o malas, siempre las hay —dice Paolo en un tono tranquilo y calmado.

—Sí —responde Jack—, y ese ha sido el problema. Cuando estaba en el coven me interesé por un tipo de magia del medio oriente: «Cuntrollu», un poder tan fuerte que fragmenta tu conciencia y la siembra como semillas en los cerebros de otros; mi deífico creyó que era sospechoso y me desterró —Se toma un momento en silencio con una expresión de enojo—. Pero ya no habrá más consecuencias, ya nada importará, solo existirá el poder sin límites, el poder supremo. Yo estaré acá para vivirlo, y esos que me dijeron que no, bueno…

Los brujos un poco confundidos solo lo observan mientras Jack transforma su entusiasmo en odio. De manera súbita, se levanta de la silla y la ubica donde la encontró, antes de salir, regresa la mirada a Paolo y Raquel.

—Casi se me olvida. Oficialmente Serena está embarazada, en unos meses la bruja parirá la fuerza más poderosa de este mundo. Y solo nosotros tendremos el control —Sale azotando la puerta.

Ni Paolo ni Raquel opinan, ambos saben lo que podría pasar en unos meses, necesitan comunicarse con Serena rápido.

Capítulo 12

Han pasado dos semanas desde que Omal regresó al mundo de los vivos y desde que Serena recibió la noticia de su embarazo, en este tiempo la bruja no ha salido de su habitación, ha comido poco de lo que le llevan a su cuarto y regresa a la cama tan pronto suelta la cuchara, por momentos se llena de energía pero siempre vuelve a los mismos pensamientos, no logra entender por qué esto le pasó a ella y cómo debe seguir adelante.

Por coincidencia, en Nueva Orleans, Delfina también ha estado en cama estas semanas, ha comido poco, pues se la ha pasado dormida, Sara y Otto solo han podido cuidarla y dejar que se recupere. Esta mañana despertó con energía para levantarse de la cama, e ir por una última visita a la reina Vudú antes de continuar con el viaje.

En la casa de Muriel, la reina los recibe en la sala, a su lado está Omal, sentado con una manta de lana sobre sus piernas y torso, aún no puede hablar, pero su semblante ha mejorado mucho, ya no tiene la piel pálida y seca, sus ojos parpadean normal, mientras bailan al tono de la conversación.

—Toma, bebe esto, te pondrás mejor rápido —dice Muriel mientras le entrega un vaso con un jugo verde a Delfina, ella lo recibe y con mala cara lo bebe.

—¿Cómo está Omal? —pregunta Otto.

—Bien, muy bien, ahora que está de vuelta será más fácil para nosotros sanarlo por completo. Todo gracias a Delfina.

— No, claro que no —responde Delfina avergonzada—, yo no hice nada.

—Claro que hiciste —insiste Muriel—, fuiste al mundo de los muertos y trajiste el alma de mi hijo.

—El crédito es para él, Omal encontró su camino de regreso a casa, todos ayudamos —repunta Delfina.

—¿Y qué encontraste tú? —dice la reina con mucha intriga.

Delfina se acomoda, toma impulso y empieza su relato, es la primera vez que Otto y Sara también oyen esto:

—Fue como una visión, pero más que eso fue como si me transportara a otro espacio, a otro tiempo. Después de terminar el hechizo sentí que fui llevada a otra parte, a un desierto. Ahí estaba Marie Laveau, al principio me asusté pero extrañamente me generó una sensación de paz; me dijo que para llegar a ella debía comunicarme primero con una persona y que ella me llevaría a su tumba. Todo pasó muy rápido, cuando me di cuenta ya estaba de regreso.

—Fuiste poseída —repunta Muriel—, pero no fue por mucho tiempo, por eso Marie tuvo que apurarse.

—¿Por qué quedó tan débil después del ritual? —pregunta Sara.

—Recibir un espíritu en ti requiere mucha energía, energía de la que se alimenta la entidad para poder convivir contigo. Cuando se van, te drenan por completo.

—¿Dónde te dijo que podemos encontrarla? —pregunta Otto.

—En un lugar llamado «La puerta del Ngorongoro», en la ciudad verde en el sol.

—¿Eso qué significa? —dice Sara.

—No lo sé, tendremos que investigar —responde Delfina con dudas.

—La ciudad verde en el sol es Nairobi —dice Muriel de forma contundente—, ese es el

apodo que le dieron hace mucho.

Los brujos no responden nada, ahora deben agregar un destino más a su itinerario de viaje.

—Bien, presumo que allí encontraremos a Kamara, ella nos llevará a Ngorongoro y a Marie, —supone Delfina.

—¿Por qué están buscando la tumba de Marie? Nunca les pregunté —Muriel ríe.

—¿Alguna vez oíste de los Hijos de Zain? —pregunta la Deífica.

La reina Vudú frunce el ceño y asiente con la cabeza:

—He oído muchas historias de clanes vudú que se unieron para derrotar esa amenaza pero no sé mucho.

—Sí, muchos grupos mágicos se vieron obligados a organizarse —Delfina toma un respiro—. Están de regreso, no sabemos cómo pero de alguna forma los hijos de Zain volvieron. Una de nuestras brujas iba a ser sacrificada en un ritual; llevan matando jóvenes brujos por mucho tiempo y no sabemos para qué.

—Oh no... Los sacrificios a un demonio extraen mucho poder, ellos son engañosos. ¿Cuál es su plan? —Muriel revela un poco de temor en su voz.

—Nos dimos cuenta de que existen cinco poderes que pertenecieron a brujas muy poderosas, y que esos poderes pueden ser capturados. Es la única forma de detener la amenaza antes de que se haga más fuerte.

—Entiendo, y es lógico que Marie Laveau sea uno de esos poderes, ella fue la preferida de los espíritus, algunos dicen que se convirtió en un mismo Loa —opina Muriel—, me gustaría unirme, pero… —Sin decir más, una pequeña mirada a Omal lo explica todo—. Les deseo mucha suerte y la mejor de las bendiciones. Los tendré en mis peticiones.

—Gracias, Muriel. Fuiste de gran ayuda.

Con un poco de nostalgia los brujos se despiden de la reina vudú y de su hijo. Ahora deberán seguir con su camino, solo tienen uno de los cinco anillos y les queda mucho por recorrer.

Una vez en el hotel, la Deífica se toma un tiempo para analizar lo que pasó en esas semanas y planear la próxima jugada.

—Realmente quería que obtuviéramos el anillo acá en Nueva Orleans —dice Sara mientras se recuesta en una de las camas del cuarto.

—Yo igual pero bueno, parece que nos tardaremos más de lo que pensábamos —responde Otto—, por lo menos sabemos dónde están los demás.

—Preparemos todo, chicos, nuestro viaje a La Toscana es largo y no podemos olvidar nada.

Delfina toma el teléfono que llevaron para el viaje y marca a la mansión, la llamada suena y suena pero nadie contesta, lo intenta una vez más y esta vez al segundo tono, Paolo responde:

—¿Aló?

—Hola, Paolo, soy Delfina. ¿Me oyes bien?

Al otro lado de la llamada, en la mansión, Paolo habla por altavoz mientras Vasil le sostiene el celular y Bo abraza por la espalda a Raquel sosteniendo un arma en su sien, Carlos y Jack observan.

—Sí, te oigo bien. ¿Cómo están? —dice, tratando de disimular y sonar convincente.

—Bien, bien, un poco agotados. Este viaje ha tenido más sorpresas de las que nos imaginamos —ríe.

—¿Pero todo bien? —Hay algo en la voz de Paolo que por un segundo hace dudar a Delfina, sin embargo, la conversación sigue.

—Sí, por lo menos hemos avanzado en la búsqueda.

—¿O sea que consiguieron el anillo de la reina Vudú?

—No, resulta que Marie Laveau no está enterrada acá.

—¿En serio, está en Haití?

—...Sí, está en Haití —Miente, no se siente segura de revelar esto por teléfono, así sea Paolo al otro lado de la línea—. Después de un descubrimiento supe que está allá. Un pequeño desvío en nuestro plan inicial.

—Haití es difícil de llegar ¿No?

—Lo es, pero tengo el presentimiento de que todo va a salir bien.

—Claro que sí —en un tono más sarcástico—, todo va a salir bien.

—¿Cómo está Serena? He tenido unos sueños muy extraños con ella.

Paolo responde tragándose los nervios y el dolor:

—Bien, ha estado bien. Está leyendo mucho y aprendiendo.

—Que bien. Necesitamos que esté lista para cuando regresemos. ¿Qué ha pasado con los Síneros?

Vasil le hace gestos a Paolo para que corte rápido con la conversación.

—Todo bien, han sido de gran ayuda estos días.

—¿Sabes cuándo van a regresar a su cabaña?

—No, no lo sé —Por un momento Paolo se queda callado, mientras capta lo que Vasil con señas trata de decirle—. Creo que la cabaña quedó muy mal y la están reconstruyendo.

—Oh, entiendo. Bueno ojalá puedan tener su cabaña de regreso pronto. Necesito un favor, Paolo.

—Sí claro, ¿De qué se trata?

—Necesitamos encontrar información en los libros de las sombras o en todos los que tengamos en la mansión sobre sacrificios humanos a demonios, hay algo que me inquieta de los sacrificios de los hijos de Zain, creo que hay otra cosa que no estamos viendo. ¿Han sabido algo de ellos?

Paolo sigue recibiendo indicaciones de Vasil.

—Nada aún, lo último que supimos fue el ataque al clan.

—Se están moviendo. Necesitamos estar un paso adelante.

—Sí, es cierto —Sin prestar mucha atención al encargo de su Deífica, Paolo sigue—: Eh… tal vez los Síneros nos puedan ayudar a buscar.

Vasil asiente con la cabeza y sigue dándole instrucciones por gestos.

—Sí, toda ayuda es recibida. Paolo… ¿Está todo bien?

Vasil reacciona, no quiere que Paolo tal vez le dé una señal a su Deífica sobre lo que está pasando, Bo aprieta a Raquel mientras Vasil con un gesto presiona a Paolo para siga con la conversación normal pero al ver el trato a Raquel, Paolo se tensiona.

—Sí, todo está bien… Los extrañamos mucho.

Esa respuesta deja a Delfina con mucha intriga, es obvio que algo pasa pero debe confiar en las decisiones de Paolo, ella sabe que debe haber una razón importante para que él le oculte algo del coven.

—Nosotros también los extrañamos. Espero que nos podamos reencontrar pronto.

—Sí, yo también espero que sea rápido.

—Así será, salúdame a Raquel y Serena, debo seguir preparando todo para el viaje a La Toscana.

—Sí, claro. Saluda a Otto y Sara de nuestra parte —Paolo se toma un respiro largo—.

Delfina… cuídate mucho.

Ese comentario confirmó las sospechas de la Deífica, algo estaba pasando en su casa, y claramente por alguna razón se lo ocultaban.

—Gracias, Paolo, tú también cuídate mucho y cuida mucho a las chicas.

—Sí, claro que sí. Adiós.

—Adiós.

Delfina cuelga y queda muy preocupada, sabe que algo no está bien y que Paolo no pudo decirle:

—Algo está pasando en la mansión.

Sara y Otto reaccionan.

—¿Qué está pasando, están todos bien? —pregunta Sara con angustia.

—No lo sé, Paolo no pudo entrar en detalles pero creo que tiene que ver con los Síneros.

—Estoy seguro de que Paolo lo tiene todo bajo control, tal vez no quiso preocuparte, o simplemente no podía hablar —opina Otto.

—Si fuese algo más grave Paolo ya te habría contactado ¿No crees? —dice Sara tratando de tranquilizar a Delfina.

—Es cierto, Paolo debe tener todo bajo control.



En el sótano, Vasil cuelga el teléfono y le ordena a Bo soltar a Raquel.

—¿Para qué necesita Delfina esa información? —pregunta Vasil.

—No lo sé, ambos estábamos escuchando lo mismo. Puede ser solo un presentimiento —responde Paolo.

Pero Vasil lo mira con sospecha, lenta e imponentemente se acerca y pone sus ojos pequeños frente a él, cara a cara:

—Yo sé cómo funcionan estas cosas y sé que Delfina puede sentirlos a ustedes, así como ustedes a ella, y tú Paolo le diste pistas.

—¿Pistas? Respondí exactamente lo que me dijiste, si sospechó algo es por tú culpa.

Sin titubear Vasil le propina una cachetada con tanta fuerza que la mejilla de Paolo cambia de ese color canela a un rojo intenso. El brujo no responde nada, tan solo regresa la cara inexpresiva a su posición frente a la de Vasil, lo mira a los ojos, cosa que pone bastante incómodo al líder de los Síneros, pues a pesar de no tener magia en la mirada, expresa odio y muerte. Nervioso se levanta y antes de salir hace una advertencia final:

—Delfina seguirá llamando y tú le seguirás respondiendo.

Vasil sale y deja la puerta abierta, detrás lo sigue Bo, pisando con fuerza el piso de madera.

Jack comienza a burlarse de la cachetada y del rostro rojo de Paolo, sus risas son molestas incluso para Carlos que también sigue en el sótano. En medio de las burlas Jack se acerca a Paolo y con su mano intenta tocarle la cara pero este gira su cabeza con la intención de morderle la mano, Jack la retira de un solo movimiento.

—Tócame y pierdes los dedos, o la mano —dice Paolo con ira en sus ojos.

—No podrías —responde Jack asustado.

—¿Quieres apostar? —dice el brujo.

—No tendrás la oportunidad —respondió enojado.

—¿Quieres apostar? —repite el brujo.

Jack no responde nada, es claro que tiene miedo de lo que Paolo podría hacerle, incluso estando encadenado. Se da media vuelta y sale de un solo tirón, no sin antes darle la única mirada de desprecio que sabe darle a Carlos, quien pasados un par de segundos también sube, sin embargo, regresa a los cinco minutos con hielo envuelto en un pañuelo, sin mediar palabra la entrega en las manos a Paolo, él lo recibe y se lo lleva a la cara, nadie dice nada; antes de salir, Carlos mira a Raquel y ella de un gesto de sus cejas y labios le agradece, él agacha la cabeza y sale.

—¿Qué fue eso? —dice Paolo.

—¿Ves?, te lo dije, él es diferente. En su cara se ve que no le gusta esto —responde Raquel.

—Ok —contesta el brujo un poco confundido.

—Por eso debemos tratarlo bien, ser amables hasta que nos tenga confianza.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera.

En el último cuarto del fondo al lado izquierdo de la casona, Serena sigue en un estado mental al borde de la depresión, no logra entender cómo debe seguir.

De un solo golpe la puerta se abre y el cuarto se ilumina, cegando la mirada de Serena.

—Buenos días —grita Vasil con mucho entusiasmo mientras entra y abre las cortinas—. Ya es hora de despertar, la linda mamita necesita empezar su día.

Serena parece no afectarle la llegada de Vasil, sin energía se levanta y se sienta al borde de la cama.

—Serena, debo confesar que estoy un poco preocupado. ¿Sabías que el primer trimestre de embarazo es el más importante? Y tú no estás poniendo de tu parte para el futuro de nuestro bebé, no estás comiendo, lloras todo el día. Eso no es sano.

Con esfuerzo la bruja responde:

—Tampoco es sano estar amarrada a este cuarto.

Vasil la mira con unos ojos de sorpresa, por primera vez en varios días dice algo.

—Tienes toda la razón —responde Vasil—. Este no es lugar para una mujer embarazada y más aún para la madre del portador de tanto poder. Tengo una idea, pero tienes que prometerme que te repondrás y te alimentarás bien —Cambiando el tono de voz a uno más serio y oscuro—. Este bebé nacerá a como dé lugar. Yo te sugiero que pongas de tu parte… —Regresa a su tono de voz eufórico—. Bien, alista tus cosas porque —Tocando el vientre de Serena—, nos moveremos de cuarto, tal vez la compañía te siente bien.

Con una sonrisa sale de la habitación. La bruja no puede evitar sentir un poco de alegría, por lo menos dentro de esta desgracia podrá estar acompañada por quienes sí se preocupan por ella.

Un par de horas pasan desde que Vasil habló con Serena. La puerta del sótano de la casona se abre de par en par. Bo, Jack y Rafael entran a mover algunas cosas, una mesa que está a la derecha de Paolo es retirada, al igual que una estantería de ese mismo lado. Bo se acerca a la pequeña puerta inclinada del fondo y le cambia el candado con el que estaba asegurada por uno nuevo. Varias cosas van siendo acomodadas en los espacios que dejaron los muebles que se llevaron: una cama, una mesa de noche y una lámpara. Detrás viene Serena sujetada por el brazo por Vasil. Habían pasado semanas sin que Paolo y Raquel la pudieran ver; viste un pijama azul claro, de pantalón y camisa. Raquel no puede evitar la alegría al verla aparentemente bien. Entran, Vasil lleva a Serena hasta la cama y Bo le encadena un pie a la pared.

—Esto es lo que va a pasar —dice Vasil—, a partir de hoy Serena estará acá con ustedes, quiero que el bebé comience a crecer en un ambiente amoroso, rodeado de amigos.

Sus palabras irónicas pasan como cuchillas cortándoles la piel pero los brujos lo ignoran.

Nadie responde.

—Y bueno, ahora que Serena está acá, no me gustaría recibir sorpresas desagradables. El bebé ya viene en camino y esta vez no dudaré en hacer lo que sea necesario. Y con eso me refiero a que no dudaré en quemarlos vivos o algo más creativo. ¿OK? —Nadie le responde—. Bien, me encanta que hayamos llegado a un acuerdo, los dejo para que se integren —Sale llevándose a los Síneros con él.

Una vez solos, los brujos no pueden quitar los ojos de Serena, aunque ella no puede ni levantar la mirada.

—¿Qué ha pasado desde la última vez que hablamos? —dice Raquel, rompiendo el silencio.

Con dolor en la voz, Serena responde:

—Sí, estoy embarazada.

Paolo y Raquel se miran.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé, no me siento feliz. He tenido tiempo para pensar mucho, en especial lo que hablamos la vez pasada.

—¿Por qué te trajeron acá? —pregunta Paolo muy intrigado.

Serena baja la voz:

—Hace unas semanas, días después de que Vasil me diera la noticia, estuve muy deprimida, dormí mucho y no comí bien. Una noche oí a uno de ellos, creo que era el moreno de lentes.

—Carlos —susurra Raquel.

—Dijo que yo le preocupaba y que si seguía así tendrían que buscar la forma para que comiera y me animara más, la idea que él dio fue ponernos juntos. Así que decidí exagerar las cosas y tal vez podríamos estar juntos de nuevo.

—Esa fue una técnica muy inteligente —comenta Paolo sorprendido.

—Es cierto, además juntos podemos encontrar una forma para escapar —dice Raquel—, tenerte acá es una preocupación menos, así sea solo este trimestre.

—Gracias, para mí también —responde Serena—. Sigo pensando en lo que Delfina dice, que todo pasa por algo. Creo que es muy difícil saber por qué pasa lo que pasa; pero creo que tenemos una idea de por qué esto está pasando, cuál es el propósito de este embarazo. El destino de este bebé no será como Vasil quiere.

—Lo que pasó es algo que nadie anticipó, todos caímos en un engaño y eso no es tu culpa —opina Raquel.

—Aunque, de cierta forma, Vasil tiene razón en algo —dice Serena con la mirada perdida.

—¿En qué? —pregunta Paolo.

—Yo soy la elegida. Pero no la elegida por él —dice la joven con determinación.

—El destino te ha dado una misión, Serena, y sin importar cómo la obtuviste tú llevas en tu vientre lo que puede ser la persona más poderosa de este mundo: un brujo con el poder ilimitado.

—Según la profecía —interrumpe Raquel—, las profecías son difíciles de interpretar.

—Lo son, pero ¿por qué crees que Vasil arriesgaría tanto si no estuviera seguro de esto? —responde el brujo.

—Creo que Paolo tiene razón. Vasil cree que lo tiene todo bajo control —dice Serena.

—Y lo tiene —dice Raquel

—Por ahora —apunta Paolo—. ¿No han notado que a ellos les molesta algunas cosas de Vasil? Incluso a ese Jack.

—Sí, es cierto, los trata mal y los humilla. ¿Pero qué con eso? —dice Serena.

—Podemos aprovecharnos de eso. Miren, nosotros podemos ofrecerles lo mismo que les ofrece Vasil —dice entusiasmado.

—Que es...

—Magia, ellos quieren poder hacer magia de nuevo y nosotros podemos hacer que pase.

—Para eso necesitaríamos iniciarlos en el coven. Y ninguno es Deífico para hacer el ritual —Escéptica. Raquel no logra entender el objetivo del plan de Paolo.

—No, no lo somos, pero la razón por la que tú y yo seguimos vivos es porque ellos creen que Delfina no logrará regresar de este viaje y uno de nosotros será el nuevo Deífico.

—Es un truco —opina Serena.

—Ok, ¿Lo que dices es que sigamos la corriente con la idea del deificado y los convenzamos de que se unan a nuestro coven? —resume Raquel.

—Exacto.

—No suena tan loco, si lo hacemos bien ellos mismos podrían liberarnos —Raquel se nota más entusiasmada con la idea.

—¿Y qué hay del bebé? —pregunta Serena—. ¿Qué podemos decir?

—Usaremos sus miedos —dice Raquel con la alegría de una buena idea recién ocurrida—, averigüemos qué sienten a cerca del bebé, cómo ven la profecía, así podemos usar el miedo como arma, darles la idea de que todo saldrá mal si dejamos actuar a Vasil. Es obvio que no todos están convencidos de esta idea.

—¡Sí! —grita Paolo pero en el acto baja la voz—. Vamos a escapar de acá más pronto de lo que esperábamos.

—No celebremos aún, comencemos con Carlos y veamos qué puede pasar —opina Raquel.

Con la ilusión de un plan tramado los tres brujos, ahora reunidos, pasan el día imaginando la derrota de Vasil. Serena se ve con mejor semblante, en medio de su desgracia, estar rodeada de sus amigos, así sea encadenada, le da la ilusión que necesita ahora que ha decidido tomar las riendas de su vida y de su embarazo.

En el primer piso de la mansión Vasil está reunido con los demás Síneros.

—Yo no creo que sea buena idea tenerlos a los tres en el mismo lugar —opina Jack, antes de que Vasil tome la palabra.

—¿Por qué? —pregunta Vasil. Jack se pone un poco nervioso.

—Porque son brujos y ya saben, son más fuertes juntos.

—No podemos hablar realmente de brujos —dice Rafael—, no tienen poderes activos.

—Sí, pero pueden encontrar la forma de escapar —insiste Jack.

—Es por eso por lo que invertimos tanto tiempo y esfuerzo en encontrar los collares de piedra fósil —dice Vasil con un tono de cansancio—. Respóndeme algo, Jack. ¿Cuántos hijos tienes? ¿Cuántas mujeres embarazadas has tenido a tu cuidado?

La mirada inquisidora de Vasil pone aún más nervioso a Jack.

—Ninguna —titubea.

—Tal como lo sospeché, eso quiere decir que no sabes nada sobre mujeres en embarazo y aun así te atreves a opinar. ¿Quién sabe cuál es el problema con una embarazada deprimida? ¿Alguien?

—Puede tener complicaciones en el parto o puede tener un aborto espontáneo —responde Rafael apocado.

Vasil permanece en silencio mirando a Jack y señalando a Rafael.

—¿Queremos que este plan funcione? ¿verdad? —Nadie le responde a Vasil—. ¡¿Verdad?!

—Sí —responden todos, menos Bo que solo asiente con la cabeza a cada comentario de su líder.

—¿Qué necesitamos para que funcione, Carlos?

Carlos se queda congelado, no esperaba que la pregunta fuera para él, duda por un momento:

—¿Esperar a que Serena tenga el bebé?

—¡No! —responde Vasil—. Ese sería el primer objetivo. Jack, ¿qué necesitamos para que funcione?

Jack titubea, trata de responder algo, pero no salen palabras de su boca; la paciencia de Vasil comienza a agotarse.

—Rafael —dice Vasil sin dejar de mirar a Jack.

—Mantener a los brujos vivos y a Serena sana —responde Rafael sin dudar, con un tono casi militar.

—¿Y cómo podemos hacer eso? Eliminando cualquier riesgo —Vasil se levanta disgustado del sofá—. Si dejamos a la brujita dormida todo el día, sin probar bocado, deprimida por la desgracia que le pasó, no tendremos un bebé vivo, no tendremos nada.

Jack no dice nada más, aparta su mirada llena de ira. No era necesario que lo humillara de esa forma pero Vasil no es una persona conocida por su paciencia y eso les molesta bastante.

—A partir de hoy tomaremos… bueno, tomarán turnos en la puerta del sótano. Haremos vigilancia todo el día, en especial durante la noche —explica Vasil—. Algo fuera de lo normal lo deben informar sin dilación. Necesitamos mantener vivos a estos brujos durante los próximos ocho meses. Esta noche Jack vigilará a nuestros invitados.

Jack sabe por qué fue el elegido para iniciar pero se muerde la lengua y no dice nada, solo mira a Vasil y asiente con la cabeza.

—Mañana saldré a la cabaña, hay algo que Delfina nos pidió investigar de nuevo y necesitamos alguna información.

Con las instrucciones recibidas Carlos y Rafael salen de la sala, Vasil se levanta y antes de salir voltea a ver a Jack con la misma intención con la que él mira siempre a Carlos.

—¿Bo? —Llama Vasil.

El gran hombre lampiño corre tras su Sínero, dejando a Jack ahogando su ira.



En Nueva Orleans todo está listo para que los brujos salgan al aeropuerto Louis Armstrong y continúen con su viaje. Las maletas descansan en la recepción del hotel, Delfina termina los detalles del hospedaje con los encargados mientras un taxi se aproxima. A pesar de no haber obtenido el anillo en esa ciudad, para Sara, una bruja joven, fue un viaje lleno de nuevas experiencias, incluso para Delfina, una Deífica con muchos años de práctica, la ciudad le mostró otro lado de la magia.

Mientras van rumbo al aeropuerto no pueden evitar mirar por última vez los colores, los balcones y las calles de Nueva Orleans, una ciudad que sin duda es mágica y que nunca olvidarán.

Ahora deben iniciar un viaje de doce horas hasta el aeropuerto de Pisa en Italia, su destino final es la localidad de Piombino en la provincia de Livorno, donde esperan encontrar los restos de una bruja que vivió en la edad media. El relato cuenta que tenía poderes relacionados con la muerte y que gracias a eso pudo aterrorizar a los pobladores por generaciones hasta que un grupo

de valientes hombres y sacerdotes se alzaron contra la bruja, la capturaron, torturaron, sellaron su voz clavándole siete clavos de hierro benditos en la boca para que no pudiera recitar hechizos, hasta que finalmente fue enterrada en alguna parte del pueblo esperando haber acabado con su vida de una vez por todas. Sin embargo, los pobladores siempre han vivido con el temor de que la bruja siga viva, esperando el momento preciso para su venganza. En 2011 unos arqueólogos encontraron los huesos de unas mujeres enterradas hace unos 800 años con señales de tortura y clavos incrustados en sus mandíbulas; ese puede ser el lugar donde podría estar el poder para el segundo anillo, desde ahí empezarán su búsqueda.

Para Delfina es inevitable sentir que están retrasados, su instinto le dice que la amenaza de los hijos de Zain está cerca. Tantos días recuperándose la han dejado un poco inestable, sus emociones están por todas partes y no logra enfocarse, los sueños con Serena son peores de lo que admite y no logra entender su significado; Paolo le está mintiendo y eso confirma sus sospechas de que algo está pasando, no puede evitar pensar en que todo está conectado pero desde un avión que va rumbo al otro lado del mundo no vale la pena preocuparse por cosas que desconoce.

Por otra parte, Otto está emocionado, para él esta aventura significa mucho y no esconde la emoción que le producen estas nuevas experiencias, en sus años en el coven todo ha estado tranquilo, y por cómo se plantean las cosas, llegará el momento en que todos deban poner de su parte. Otto nació en una familia llena de privilegios, su interés por la magia se despertó cuando era adolescente, a los 14 años visitaba con sus padres un mercado persa y una gitana se acercó a leerle la fortuna, a pesar de no ser muy acertada, esa situación llevó a Otto a pensar en las posibilidades, las casualidades y sin saberlo en el caos del universo, guiando su camino a descubrir el aquelarre de Delfina. Sus padres murieron un año atrás.

Catorce horas y cuarenta minutos después, Delfina, Otto y Sara aterrizan en el aeropuerto Galileo Galilei en Pisa, una hermosa luna creciente los recibe esta noche acompañada de algunas nubes; una brisa fresca les pega en los rostros tan pronto salen del edificio. Un taxi los lleva cerca a la estación de tren Campiglia, donde se alojarán en un Hotel por esa noche; necesitan recuperar fuerza y energía para emprender el viaje hasta Piombino, una localidad ubicada en un cabo en la región de Toscana, una ciudad costera con un clima perfecto y mucha historia, por lo general recibe turistas de cruceros que viajan por el Mediterráneo.

Al otro día, tan pronto se iluminan sus párpados cerrados, los brujos se preparan para abordar el tren, esta vez tendrán la suerte de ser acompañados por una hermosa vista de la costa italiana y el azul del Mar Mediterráneo.

—Qué hermoso este paisaje —dice Sara.

—Es hermoso, ojalá tuviéramos más tiempo; hubiésemos recorrido los pueblos de Toscana, son hermosos, con sus torres antiguas y castillos. Hay tanta historia en estos caminos —responde Delfina con nostalgia.

—¿Historia mágica también? —pregunta Otto.

—Oh, claro —sigue Delfina—, cuando la inquisición estaba en su mayor auge, Italia fue uno de los refugios más seguros para brujas, en especial la Toscana. Acá la inquisición atacó a otros pensadores, astrónomos y filósofos pero las brujas estuvieron protegidas por un tiempo.

—¿Por qué por un tiempo? —pregunta Otto.

Delfina continúa su historia mientras el sol de la mañana pasa entre las ventanas del otro lado del tren.

—Esta parte de Europa siempre ha tenido una fuerza mágica muy grande. Cuando los árabes

invadieron España llevaron muchas cosas, mucho conocimiento en magia antigua africana, egipcia, pero en especial enseñaron el arte de la Necromancia, una magia que se dice nació en los templos egipcios pero se popularizó aquí en la Edad Media.

—Espera, ¿necromancia es el poder de controlar a los muertos? ¿verdad? —pregunta Sara.

—Sí —contesta Delfina—. Hay muchos estilos de necromancia, las brujas más oscuras adivinaban la fortuna 'leyendo' las vísceras de muertos pero lo más popular eran invocaciones o posesiones; controlar el cuerpo de un muerto requiere mucho poder, los egipcios creían que con el ritual apropiado la no-voluntad de un muerto podía ser reemplazada por la de ellos mismos.

—Bueno y ¿qué pasó con las brujas de acá?, dijiste que estuvieron protegidas por un tiempo, —dice Otto.

—Cuando la inquisición se acabó, muchas brujas que vinieron de España regresaron, pero las necromantes se quedaron acá y un día, varios años después, un coven levantó a todos los muertos del cementerio de un pueblo. Cuando las descubrieron, las brujas fueron quemadas al igual que los cadáveres que solo alcanzaron a remover tierra, ninguno logró salir completamente del panteón; pero ya se podrán imaginar la cantidad de supersticiones que nacieron después de eso, por eso no me extraña que a nuestra bruja le hayan cocido la boca.

—Que terrible —opina Sara—, pero no los juzgo, imagínense estar tranquilos en su casa y ver como los muertos salen del cementerio caminando como si fuese lo más normal del mundo, como en una película, pero de verdad.

—Bueno, es cierto. Tal vez por eso la religión se centralizó acá, por los miedos de la gente —opina Otto.

—En realidad, fue una decisión política —aclara la Deífica—. De hecho, hay una historia bíblica de necromancia… la bruja de Endor.

—¿En la biblia? —pregunta consternada Sara.

—Sí. Saúl era rey de Israel y dios le había ordenado exterminar el pueblo de Amalec.

—¿Exterminar el pueblo de Amalec? —repite Sara atónita.

—Sí, exterminar —aclara Delfina—, pero Saúl se asustó en el último momento perdiendo la gracia de dios. Desesperado buscó una bruja, la Bruja de Endor, aunque él mismo había desterrado brujas y magos de su país, la bruja usó el poder de la necromancia para comunicarse con el profeta Samuel, que le dijo que perdería su reino y que Israel caería por mano de los filisteos y David. Y aunque la bruja de Endor no le dijo nada nuevo, repitió las mismas palabras que se supone Samuel le dijo a Saúl tiempo atrás. Días más tarde Saúl murió.

—¿Es todo, no hay más menciones de esa bruja? —pregunta Sara.

—No en la biblia que conocemos.

Justo en ese momento el tren pasa por la costa de Rosignano Solvay, donde alcanzan a ver un hermoso mar azul claro, que llega a una playa blanca brillante. Para Sara ese paisaje es deslumbrante, nunca había estado tan lejos de casa y menos en el viejo continente, su mirada está llena de ilusión y de esa alegría que se siente al descubrir lugares bellos.

—¿Cualquier bruja puede aprender necromancia? —pregunta Otto.

—Supongo —responde la Deífica—, pero no sé qué tan fácil sea aprender ahora.

—¿Por qué?

—Porque necesitas cuerpos humanos, cadáveres, cementerios y nada de eso es de fácil acceso en esta época.

—Pero si alguna bruja realmente quiere aprender, supongo que encontrará la forma —opina Sara.

—Ah claro, pero yo creo que esa magia requiere un espíritu sin escrúpulos, para mí la necromancia es como mirar a la muerte a los ojos y darle una cachetada esperando que no te la devuelva, es peligrosa. Pero si quieren aprender podemos buscar la forma.

—No, no —dice Otto—, opino igual, es magia muy oscura para mi gusto.

Los brujos llegan a la estación Campiglia, sin esperar, se acercan al paradero de buses que los adentrará más en Piombino.

Mientras viajaban en el avión que Delfina había contratado unos días en un piso en el centro, en la Viale della Repubblica.

El pueblo parece una postal, sus edificios son salidos de un cuento medieval, los techos color café, las estructuras cuadradas y muy bien definidas, los adornos en los marcos de las ventanas, los andenes pequeños, las calles de cientos y cientos de años de historia.

Una vez en el piso, Delfina habla con los dueños del lugar mientras Sara observa por la ventana parte del puerto y el mar.

—Es casi un sueño estar aquí —dice Sara dejando escapar un suspiro.

—Italia es hermosa —replica Otto—, la primera vez que vine a este país solo visitamos Roma y el Vaticano, papá quería una foto de mí con un oficial de la guardia suiza, él pensó que eran como los guardias ingleses y tan pronto me puse en posición, el hombre simplemente se alejó —ríe con nostalgia.

—Los debes extrañar mucho —dice Sara mientras toma sus manos.

—Mucho —responde—, pero no es momento de estar triste, es tu primera vez en Europa.

—Sí, pero no sé, es diferente supongo.

—¿Cómo?

—Pues no tendremos tiempo de ser turistas, solo vinimos por lo que vinimos y nos marchamos.

—Pero de igual forma logramos disfrutar momentos como este —Ambos se paran frente a la ventana, Otto mira fijamente a Sara—. ¿Qué dices si cuando termine todo esto regresamos? Esta vez como turistas, visitamos todos los lugares que hay por visitar, vamos a todas las playas… ¿Qué dices?

Sara le regresa la mirada y una sonrisa.

—Está bien, que sea un trato.

Extiende su mano, Otto la estrecha, juntos comparten un momento de silencio y calma, todas las preocupaciones desaparecen y ambos se pierden en la inmensidad del paisaje y de su compañía.

Pasados unos minutos, Delfina entra al piso, camina hasta la ventana y se une a sus brujos; pero, justo antes de iniciar a hablar, algo llama su atención afuera, una mujer de unos 25 años que va pasando por la calle, se detiene frente a ellos, tiene un sombrero ancho y lleva algunas verduras en un par de canastas que carga, su cara no es visible. La energía de esta mujer es tan fuerte que los tres pueden sentirla desde varios metros arriba; la mujer los mira fijamente por un momento más, hasta que sigue su camino.

—¿Qué fue eso? —dice Sara.

—Una bruja —responde la Deífica—. Con una energía pesada.

—Sintió nuestra presencia desde allá —dice Otto.

—Así como nosotros sentimos la de ella. Tal vez haya un coven cerca, debemos estar atentos.

Después de estar instalados, salen con mapa en mano caminando hacia el cementerio, las calles, las casas y los edificios combinan los unos con los otros, los colores pasteles generan esa

sensación de eterna primavera que deslumbra al que sea. Esta vez la estrategia es otra, no pueden llegar a buscar la tumba de la bruja desconocida; esta vez las cosas son un poco más complicadas.

Después de rodear una parte de los muros del cementerio, llegan a la puerta, Delfina se acerca a dos hombres que vigilan la entrada, uno se aleja tan pronto la Deífica se para junto a él, el otro la recibe desde atrás de un vidrio.

—Buongiorno —dice Delfina en italiano no tan fluido.

—Buongiorno —responde el hombre con amabilidad.

La conversación continúa en italiano mientras el hombre trata de entender bien el mal acento con que habla la bruja.

—Venimos de un viaje de campo, ellos son mis estudiantes de posgrado y estamos interesados en visitar los restos de las supuestas brujas encontradas —dice Delfina sin rodeos.

—No están acá, algunos están en el museo arqueológico. Lo siento —responde el hombre desde una pequeña oficina, al parecer la solicitud de la Deífica no le había caído en gracia y se notó en su respuesta.

—Entiendo —contesta la bruja—, podemos entrar a ver el lugar dónde hicieron la excavación. Estamos muy emocionados por este tema.

—Lo siento, no está abierto para visitantes —responde seco, sin duda este tema lo había predispuesto. El joven continúa con sus tareas ignorando a Delfina y los demás detrás del vidrio que los divide.

—¿Supongo que en el museo podremos verlos?

—Lo siento, no está abierto para visitantes —responde mecánicamente—, pueden visitar otras salas.

—Disculpe, ¿Por qué no está disponible para visitas?

—No puedo compartir esa información con usted —Cambia su mirada a la pantalla de su computadora.

La Deífica se acerca a sus brujos.

—Algo pasa, todo iba bien hasta que le mencioné los restos, su expresión cambió. Dice que no están acá y está prohibido el ingreso a visitantes al lugar o al museo. Pero hay algo raro.

—Tengo una idea —dice Sara—. Concilio.

—No se siente bien hechizar a la gente así —dice Otto.

—Lo sé, pero ¿Qué opciones tenemos? Podríamos esperar a la noche y entrar escondidos al museo o al cementerio. O podemos hechizarlo y ahorrarnos mucho tiempo.

Delfina lo piensa, incluso Otto reconoce para sí que Sara tiene razón.

—Está bien —dice Delfina—, podríamos saber cuál es el problema con los restos.

Otto no dice nada, Delfina se acerca de nuevo a la ventanilla mirando al hombre:

—Disculpe —dice la bruja llamando su atención. El hombre responde y encuentra su mirada con unos ojos que en sus iris dan visos púrpuras; en el acto queda atrapado por la mirada del concilio—. Ven aquí —dice la Deífica.

El hombre se levanta, camina por su pequeña oficina, gira y sale del cementerio por una puerta pequeña al lado de la puerta principal, con tranquilidad se acerca a ellos.

—¿Cómo te llamas?

—Maxime —responde el hipnotizado hombre.

—Maxime, ¿Por qué no podemos entrar al cementerio?

—Está cerrado, hubo un robo hace unas semanas.

—¿Qué clase de robo?

—Robaron los huesos y cráneos que se encontraron acá hace años, justo tres semanas después de que los presentaran en el museo.

—¿Cómo los robaron?

—Nadie sabe, el vigilante de turno dice que no recuerda nada, estuvo en coma por dos semanas.

—Llévanos al museo donde están los otros restos.

—No hay más restos, se los llevaron todos.

—O sea que es mentira.

—Sí, la orden es decirle eso a los visitantes, que están en el museo.

Los brujos están confundidos, alguien se había adelantado y había tomado los restos de la bruja de Piombino, ninguno de los tres tiene idea de qué hacer.

—¿No hay ninguna pista de quién pudo ser?

—No, ninguna, algunos han empezado a rumorear que las brujas volvieron a los lugares donde las encontraron.

—¿No los encontraron aquí, en el cementerio?

—No, algunos se encontraron en una costa después del final de esta vía, la Pietro Gori, y los otros al otro lado de la ciudad en el parque Punta Falcone.

—Gracias, Maxime —dice con dulzura Delfina mientras acaricia su rostro—, nos diste toda la información que necesitamos, eres un gran guía.

La cara de Maxime se ilumina con satisfacción y un brillo se queda en su pupila.

—Vuelve a tu trabajo y no le digas a nadie de nuestra conversación, olvidarás nuestras caras y seguirás tu día como si nada hubiese pasado.

—Ok —responde al instante. Da media vuelta y regresa a su puesto de trabajo.

—¿Ahora qué? —dice Otto con un tono desamparador.

—Vamos a los lugares que nos mencionó Maxime —opina Sara—, no podemos descartar la idea de que los huesos hayan regresado a su tumba original.

—Tienes razón —afirma la Deífica—, debemos ir a esos lugares.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Sara.

—Estamos parados sobre la vía que dijo el vigilante, creo que si seguimos por acá… —Otto desdobla el mapa y señala mientras habla—, llegamos a donde nos dijo. También… según esto, el parque estaría… aquí, al otro lado de la ciudad.

—Bien, vamos a la costa —finaliza Delfina.

Los tres brujos caminan por veinte minutos hasta que llegan al final de la vía, allí ven un camino de tierra y arena que se mete entre los árboles, avanzan por él. La carretera está llena de plantas, árboles, tierra y arena, unas rocas altas dibujan el final, abajo hay una pequeña playa con muchas rocas, como pueden, logran descender por un costado de la pared rocosa hasta la playa, se dividen y comienzan a buscar algunas pistas o indicios de los restos humanos, pero después de un rato se dan cuenta que no hay nada, tampoco sienten ninguna actividad mágica por el lugar, aun así se quedan un poco más hasta que la tarde comienza a caer, entonces emprenden camino hacia el piso donde se hospedan, mientras planean su siguiente día en Piombino.



En la mansión, Paolo y Raquel han compartido historias del coven con Serena durante todo el

día, a pesar de todo, este ha sido de los mejores días del último mes. La noche va avanzando, detrás de la puerta del sótano sienten el cambio de guardia, esta vez Carlos estaría de vigilante nocturno.

—He estado pensando algo —dice Raquel en susurro. Los demás se ponen en posición para oírla—. Desde que tenemos estos collares no hemos intentado escapar.

—No entiendo a qué te refieres —dice Paolo.

—No hemos intentado romper esta magia —sigue la bruja.

—Pero no tenemos poderes —asegura Serena.

—Técnicamente no, pero nunca lo hemos intentado.

—No entiendo cómo podría funcionar —responde la joven bruja.

—Solo si reunimos la suficiente energía tal vez el amuleto falle —afirma Paolo—, tendríamos que hacerlo los tres juntos.

—¿Y si no funciona? —pregunta Serena.

—No habremos perdido nada —dice Raquel—. Lo podemos intentar de igual forma.

—Estás piedras fósiles son muy poderosas. Si Delfina estuviera con nosotros ya nos habríamos liberado —Se puede sentir la nostalgia en la voz de Paolo.

—¿Porque ella es inmune a estos hechizos?

—No inmune —responde Raquel.

—Pero ella podría atraer más poder. Una Deífica puede invocar el poder que ha heredado de todos los años del aquelarre.

—Intentémoslo —opina Serena—, como dice Raquel, no tenemos nada que perder.

—Muy bien, hagámoslo.

—¿Qué hechizo puede ser lo poderoso para librarnos de esto? —le pregunta Raquel a Paolo.

Él lo piensa por un momento:

—Ya sé. ¿Recuerdan cuando los hijos de Zaín lograron romper el encantamiento de la puerta? Podemos usar el mismo cántico: ¡Annularis!

—¿Cómo es el cántico? —Raquel intenta recordar.

—Dumandu petere, putere, perdón… putere imperium… —El brujo duda.

—Per annularie stu putere, —termina Raquel.

—Sí, ese es —asegura Paolo—. Dumandu, putere, imperium per annularie, stu, putere. Ok, repitan después de mí: Durmandu...

Las brujas repiten, al principio para Serena es muy complicado pronunciar bien las palabras. Después de un rato ya se sienten más seguros para el cántico, pero deben esperar a que sea medianoche y así aprovechar el poder nocturno. Cuando creen que la noche ya está en su máximo esplendor, deciden intentarlo. Serena solo está atada en una pierna, eso le permite moverse más por el espacio de lo que pueden los demás, por eso logra tomarlos de la mano.

—Necesitamos mucha concentración. Este es un cántico así que hay que repetirlo y repetirlo, necesitamos atraer poder.

—Estoy nerviosa —dice Serena preocupada.

—No hay de qué preocuparnos, no tenemos nada que perder. Cuando logremos conectarnos y concentrarnos cantaremos la misma canción —responde el brujo—. Ahora, cerremos los ojos y enfoquemos nuestro poder en romper la magia del amuleto; ya conocen las palabras del hechizo, solo hay que dejarse llevar.

Los brujos comienzan el hechizo, cierran los ojos y tratan de concentrarse; pasado un par de minutos, el collar de Paolo comienza a brillar con un tono rojo opaco, un minuto después el

collar de Raquel también se ilumina, con dificultad y después de un rato el amuleto de Serena también se ilumina, los tres se sienten en la misma frecuencia ahora. Otro rato pasa y muy suave se escucha la voz de Raquel que dice:

—Dumandu putere imperium per anullarie stu putere.

Los demás se dejan contagiar por el ritmo de Raquel y comienzan a repetir el cántico. Repiten y repiten el encantamiento tratando de mantenerse concentrados, después de veinte minutos, las manos de los tres sudan y se resbalan, ellos saben que deben mantener la concentración el mayor tiempo posible, es lo mínimo que se deben a sí mismos. Con la esperanza firme los tres continúan, la habitación se llena con una energía que crece, están logrando atraer poder y comienzan a sentirlo; los amuletos se iluminan más mientras la energía va creciendo.

El sótano vibra fuerte con tanta energía, pero no es suficiente para romper la piedra fósil. Al otro lado de la puerta, Carlos empieza a sentir la presencia que viene de adentro, se acerca a la puerta con temor y pone la oreja en el marco, a lo lejos alcanza a escuchar a los brujos recitar unas palabras. En ese momento los collares están es su máximo brillo, al tiempo las tres piedras fósiles se separan del pecho de los brujos y levitan; los amuletos llegan a un punto crítico, hay mucha energía en la habitación, Serena, Paolo y Raquel continúan más concentrados que nunca, de repente las piedras lanzan un brillo cegador que ilumina todo el sótano de un fuerte escarlata; la energía colapsa separando a los brujos con fuerza. Carlos abre la puerta apenas ve el destello salir por las hendijas, ve a Serena en el suelo contra su cama y corre a levantarla:

—¿Estás bien? —Pregunta.

—Sí —responde Serena asustada, mientras se sienta en la cama.

—¿Ustedes están bien?

Raquel y Paolo asienten con la cabeza.

—Estaban haciendo un hechizo —Ninguno responde nada—. Yo sé qué hechizo estaban haciendo. Pero no les va a funcionar, la magia del amuleto es fuerte.

Solo se escucha el rechinar de la puerta y las respiraciones agitadas. Es claro para los brujos que lo que se viene no es nada bueno, los habían descubierto en pleno acto. Sin embargo, Carlos solo dice:

—No lo intenten de nuevo, podrían terminar lastimados —Regresa al marco de la puerta—. En especial Serena. Ahora descansen, Serena necesita dormir bien.

Todos siguen en silencio, pero muy agitados. El Sínero sale y cierra la puerta con llave dejando a los brujos desconcertados.

—¿Estás bien? —Le susurra Paolo a Serena.

—Sí, estoy bien —responde la joven bruja—. ¿Qué pasó?

—La energía colapsó, por un momento pensé que lo lograríamos —responde Paolo con decepción.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Raquel, sabiendo bien que en realidad ninguno tiene respuesta—. Ahora Vasil nos va a separar otra vez o peor.

—Calmémonos —dice Paolo—. Carlos fue el de la idea de traer a Serena acá, ¿Verdad? —Serena asiente—. Ustedes vieron su reacción.

—Sí, pero…

Raquel es interrumpida por Paolo:

—Este era el riesgo al hacer este hechizo y casi lo logramos, alcanzamos a reunir mucho poder.

—Tengo miedo —dice Raquel—, muchas cosas horribles pueden pasar ahora, temo por

Serena.

—Ellos no me harán nada, me necesitan sana y completa.

—Es cierto, la necesitan sana —dice Paolo—. No podemos hacer nada ahora, solo nos queda esperar que el castigo no sea muy grave y afrontar las consecuencias.

Raquel no opina nada más durante la noche, solo debe soportar unas horas de oscuridad y silencio antes de conocer su castigo. Se recuesta sobre el tendido de sábanas, cobijas, cartones y almohadas que son su cama. Sus ojos no se cerrarán en toda la noche mientras su mente deambula en un mar de posibilidades horribles.

Capítulo 13

Sara observa el hermoso paisaje de la mañana desde el balcón de su piso en Piombino, la bruja que habían visto antes está repitiendo su recorrido, esta vez va acompañada por un hombre en ropa deportiva; ambos miran el lugar con mucha curiosidad, no es sino hasta que notan a Sara que deciden irse.

—Estaba afuera otra vez —le dice Sara a Delfina.

—¿Quién?

—La bruja de ayer —Sara se acerca a su cama para terminar de empacar algunas cosas en una mochila pequeña.

—¿Volvió a pasar por acá? —Extrañada, la Deífica se asoma por el balcón.

—Sí, iba con un hombre, se quedaron mirando esta casa por un rato.

Delfina tiene un presentimiento extraño, en seguida regresa al cuarto, saca de su maleta algunas bolsas de lino y el athame, y las empaca sin dar explicaciones en la mochila de Sara. Afuera un taxi los está esperando, si bien el camino no es muy largo, Delfina piensa que es mejor acercarse y comenzar a explorar sin ser vistos por turistas o guías.

En cuestión de minutos los tres brujos están en la entrada de una carretera de nombre Localitá Falcone que conduce al punto de encuentro del bosque Punta de Falcone. En medio del paisaje, entre los árboles, se logra ver una estructura redonda en su techo, es un observatorio planetario.

Otto sugiere moverse desde el lugar en el que están, en línea recta entre los árboles y no por la carretera, alejarse de los turistas y recorrer la parte más cercana a la costa, Delfina acepta y comienzan a caminar. Como no siguen ningún camino en particular, el recorrido será toda una expedición.

—¡Hey! Es la quinta vez que pasamos por acá —dice Sara en tono de molestia, una hora de camino después.

—No importa hacia dónde caminemos, siempre regresamos acá —dice Otto tomando aire.

Delfina se detiene a analizar por un momento.

—¿Crees que puedas trepar este árbol? —Le pregunta a Otto.

—No —responde cohibido—. Las alturas me dan…

—Yo puedo —dice Sara ya con sus brazos y piernas en el árbol.

Con agilidad logra escalar una gran parte, para la sorpresa de Delfina y, sobre todo, de Otto, quien no suelta su expresión de asombro.

—¿Qué ves?

Arriba, Sara se toma un tiempo para detallar bien el lugar y aunque no sabe qué busca en realidad, cualquier indicio de actividad rara sería una oportunidad; al mirar a la derecha puede ver el bosque de árboles que se extiende hasta una costa y playa a lo lejos, en medio se ve la cúpula del planetario; al mirar a la izquierda ve una costa más alta y el puerto a lo lejos, allí no hay nada sospechoso.

—No veo nada raro —dice agitada tan pronto pone un pie en tierra.

Otto recibe a Sara y le ofrece agua, mientras Delfina camina un poco alrededor, sus pies dejan un suave crujido cuando rompen las hojas secas del suelo. Después de unos quince minutos, Delfina aparece desde otra dirección.

—Creo que puede haber magia en este bosque —dice Delfina, bastante agotada.

—¿Como un hechizo? —pregunta Otto, ofreciéndole agua—. Yo no siento nada.

—El bosque solo nos deja llegar hasta cierto punto, y luego…

—Nos hace regresar aquí —completa Sara.

—¿Qué clase de magia es esa? —Otto se levanta a mirar entre los árboles.

—Una muy poderosa —responde Delfina mordiéndose la mejilla con preocupación—. Un hechizo así transforma toda la anatomía de un bosque, es como si le diera vida y consciencia.

—El coven que lo conjuró debe esconder algo —dice Otto.

Delfina saca del pequeño morral de Sara una de las bolsas de lino, allí está el anillo de Yazoo. Con suavidad, lo pone sobre su dedo anular en la mano derecha.

—¿Qué haces? —pregunta Otto.

—No podemos irnos de Piombino sin respuestas. Este conjuro es muy antiguo, necesitamos magia antigua si queremos entrar —dice la Deífica con mucha determinación.

—¿Vamos a romper el hechizo? —pregunta Sara nerviosa.

—Esperemos que sí.

Sara y Otto siguen la idea de Delfina. Caminan un poco más hasta donde la Deífica asegura se puede sentir más fuerte la energía, ahora que saben que están en medio de un hechizo, es más fácil detectar su poder. Se toman de las manos y cierran los ojos para concentrarse, sus manos se tornan calientes por la energía que comienza a circular entre los tres, el anillo de Sophia desprende destellos rojizos. Despacio, la Deífica comienza a repetir las palabras del cántico annularis, pronto los dos brujos se unen haciendo que el poder crezca, un viento frío empuja desde el centro del bosque, las aves en los árboles salen volando con rapidez y un crujido se escucha debajo del suelo, el anillo en la mano de Delfina alumbra más fuerte que antes. Y de pronto, el viento empuja por una última vez y la tierra se calma y abren los ojos.

—Todo se ve igual ¿Creen que funcionó? —pregunta Otto.

—No sé, fue muy rápido —opina Sara—, es raro.

—Yo creo que sí funcionó, miren el anillo —Delfina alza su mano.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez nosotros solos nunca hubiésemos podido engañar una magia tan fuerte, esto es magia muy antigua, al igual que la del anillo —responde Delfina.

—O sea que debe haber más magia en este bosque —deduce Sara.

—Así es, es mejor estar atentos.

El grupo camina por varias horas sin encontrar nada, aunque esta vez saben que no andan en círculos, la búsqueda se ha hecho tediosa. A lo lejos Otto logra ver una columna de humo que se alza entre los árboles, motivados caminan directo hacia allá tratando de ser sigilosos y no hacer ruido.

Caminan por otros quince minutos hasta que entre algunos árboles se asoma una cabaña pequeña, de cuento de hadas, con dos pequeñas ventanas a los lados de la puerta, las paredes hechas de grandes troncos de madera, un techo triangular de paja y tejas de barro, a su costado hay una chimenea hecha con rocas que sube por encima de la cabaña y bota un humo gris. Delfina avanza primero, detrás de ella vienen Sara y Otto con mucho sigilo.

—¡Huyan de acá! —dice Delfina preocupada.

—¿Por qué? —preguntan.

—No puedo moverme.

Ninguno puede, están pegados al suelo, les es imposible levantar los pies o dar un paso más, no pueden ni parpadear con libertad. De repente y en medio de la confusión, el suelo se enciende

en unas llamas no muy altas, dejando un rastro dibujado de líneas que van y vienen, es un pentáculo y cada brujo está atrapado en un espacio de la estrella. Asombrada Delfina ve que son inmovilizados con magia muy antigua hasta que detrás de ellos se oye una voz que habla en italiano.

—¿A qué vinieron?

Nadie responde.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Otto en susurro.

—¡¿Qué hacen acá y cómo entraron?! —pregunta de nuevo, mientras los rodea para verlos de frente—. ¿No van a responder?

—Mi nombre es Delfina, ellos son Otto y Sara, somos brujos de un aquelarre al otro lado del atlántico.

—Umm, vienen desde muy lejos.

—No queremos problemas —dice Otto.

—¿Qué quieren entonces? —La mujer no se muestra aún.

—Estamos buscando los restos de una bruja. Hay una amenaza creciendo y necesitamos ese poder para derrotarlo —Explica Delfina con preocupación en su voz, desde que era la Deífica no había caído en un hechizo así, de hecho, nunca había visto ese encantamiento en la realidad, solo en libros y escritos.

—¿Qué clase de peligro? —La bruja se mueve tras ellos, observándolos y detallándolos, pero sintiendo su energía.

—Un demonio —responde la Deífica.

Un momento de silencio llega, la bruja se queda sin hablar o moverse.

—Hay un coven que está tratando de traer a un demonio a este plano —explica Sara en español, para fortuna de ella, la bruja entiende cada palabra.

—Asmodeo —afirma la bruja desconocida.

—¡Sí! —Exclama Delfina.

—O sea que ustedes no son hijos de Zain.

—No —aseguran los brujos con el orgullo herido.

—Júrenlo.

La bruja se mueve delante de los tres intrusos y se revela, con sus palmas arriba levanta los brazos a la altura del ombligo, el pentáculo en el suelo brilla y los brujos atrapados pueden moverse de la cadera hacia arriba, sus pies siguen pegados al suelo.

La mujer saca de su bolsillo un athame viejo, con su mango manchado, sucio y dañado, se acerca y se lo entrega a Delfina primero, ella lo recibe y corta su mano, la sangre cae sobre el suelo y el sello mágico. Lo mismo hacen Otto y Sara, pero nada pasa.

La bruja al ver que la sangre cae con normalidad levanta sus manos haciendo que los demás puedan moverse con libertad.

—Síganme —dice la mujer extraña.

La deífica la sigue sin pensarlo, los demás avanzan detrás de ella.

—¿Qué hubiese pasado si mentíamos? —pregunta Sara a Delfina cerca al oído.

—Nos habríamos encendido en llamas.

Entran a la cabaña pero no avanzan más allá de la puerta, adentro, las paredes tienen algunas plantas colgando, junto a la chimenea está una cocineta de barro, pequeña, rústica e improvisada, algunas ollas y platos están en un pequeño balde, sobre un fogón de leña descansa una olla gris. En la parte de atrás se alcanza a ver una pequeña cama cubierta con cobijas y mantas viejas, casi

no hay muebles o más objetos, solo un baúl al lado de un comedor de madera cuadrado. La misteriosa bruja se sienta en la cabecera del comedor, los demás dan un paso adelante.

—¿Por qué están aquí? —pregunta una vez más.

Delfina decide contarle algunos detalles sobre la verdadera razón por la que están viajando, le habla sobre los anillos, la premonición y el peligro que crece amenazante, la bruja permanece sentada entre las sombras de su oscura casa oyendo la explicación.

—Y por eso están buscando los restos de esa bruja —concluye ella misma. Se levanta de la silla y sale, los demás la siguen, a la vuelta de la cabaña se ven tres tumbas relativamente nuevas, la tierra aún se ve fresca y no ha crecido pasto—. Yo recuperé los cuerpos tan pronto escuché que las habían encontrado.

Es la primera vez desde que llegaron que logran mirar a la cara a esta extraña bruja. Su cabello es largo y negro, está atado en la base de su cabeza, sus arrugas no muestran más de cincuenta o sesenta años, tiene ojos verdes claros, nariz pequeña, dientes amarillos y torcidos, pero lo que más llama la atención de los tres brujos, son las siete cicatrices que bordean su boca.

—No quiero ofenderte —dice Sara—, pero ¿por qué enterraste los cuerpos aquí?

—Ellas eran mi familia. No deberían estar en un museo o en ese cementerio maldito. Así que fui por ellas y les di el final que merecen, ahora pueden descansar —responde mirando la tumba.

—Espera —dice Otto— ¿Cómo que fueron tu familia? Estos cuerpos deben tener unos...

—Ochocientos años —completa la bruja—. Más o menos.

Otto no entiende en principio el significado de lo que la bruja dice. Sara no dice nada, su cabeza está atónita, al igual que Delfina quien la mira con detalle y solo logra decir:

—Eso explica por qué el bosque estaba encantado con ese hechizo tan poderoso. ¿Qué eres?

—Soy una bruja —responde sin quitar la mirada de las tumbas.

Los demás no lo pueden creer, Otto mantiene una expresión de duda.

—¿Cómo? —pregunta Sara.

—Es una larga historia.

—Nunca había visto el sello de Liz antes —dice Delfina refiriéndose al hechizo que los mantuvo inmóviles hace un rato.

—La gente ha olvidado su pasado y las brujas han olvidado sus raíces. Existen unos conjuros que se invocan, no se hacen, los llamas y ellos acuden, magia pura con mucha fuerza; si nunca los ha visto una bruja de tu edad es porque están olvidados.

Caminan hacia atrás de la cabaña siguiendo a la extraña mujer, unos pasos más adelante y el bosque deja ver el mar que se extiende hasta donde la mirada llega. Los brujos se mantienen detrás de ella.

—Hay unos brujos que están en el pueblo —dice la mujer con la mirada perdida en el horizonte.

—Sí, los vimos cerca de donde nos hospedamos ¿Son tu coven?

—No, creí que ustedes eran parte de ellos, han intentado contactarme, de alguna forma saben que estoy aquí. Supongo que hacen parte de la gran amenaza de la que hablan.

—Los hijos de Zain —dice Delfina—. ¿Cómo pueden saber de ti?

—Tal vez de la misma forma que ustedes.

—Disculpe —dice Otto—, ¿Puedo preguntar por el hechizo del bosque?

—¿Qué quieres saber?

—Todo —ríe con algo de vergüenza.

Para fortuna suya, esa respuesta le cae en gracia a la bruja.

—Es un antiguo encantamiento, y si yo digo que es antiguo ya podrán imaginarse. Lo que hace es que confunde el bosque logrando que los que lo caminen no avancen de cierto punto.

—¿Tú lo hiciste? —Sara está deleitada con todo lo que la bruja ha dicho.

—No, ayudé sí, pero…

Camina de regreso hasta las tumbas de sus amigas, los demás la siguen:

—Todo el coven se unió para ese conjuro; éramos doce en ese entonces.

Nadie quiso preguntar nada de inmediato, tal vez su presencia le había removido viejos recuerdos que había querido olvidar.

—¿Cuál de ellas es la bruja del cuento? —pregunta la mujer cambiando el tema.

Delfina reacciona, extiende su mano hacía las tumbas tratando de sentir la energía, pero no proviene de ningún cuerpo, por el contrario, es la extraña bruja la que emana un poder al que el anillo reacciona, eso llama la atención de todos.

—No es ninguna de ellas —dice Delfina—, parece que eres tú, la bruja a la que vinimos a buscar —La mano de la Deífica apunta a la bruja y el anillo brilla.

—¿Dices que me vas a quitar mi poder y meterlo en un anillo?

—¡No! —responde rápidamente—. Tendríamos que hacer la invocación de tu espíritu, pero estás viva. No entiendo.

—Tal vez fue un error del libro de las sombras —Supone Otto.

—Nunca —responde Delfina—, los libros nunca se equivocarían y menos mostrándonos esto.

—Tal vez quien escribió el relato sí me vio muerta —dice la bruja italiana.

—¿Qué quieres decir? —pregunta la Deífica.

—Todas fuimos asesinadas juntas, pero solo yo regresé. Tal vez el relato nació en ese momento, cuando morí.

—¿Volviste de la muerte? —pregunta Sara aterrada.

—Sí —dice la mujer.

—En realidad, parece que eres tú. Eres la última de una estirpe de brujas antiguas y este poder reconoce el tuyo.

—¿Y qué debemos hacer entonces? —pregunta.

—No sé —dice Delfina, mira a Otto y Sara, pero ve que ellos aún más confusión.

—Vengan —les dice la mujer italiana y los conduce hacia la casa—. Creo que puede haber algo en mis notas.

Al entrar a la cabaña son detenidos por unas figuras oscuras, una persona está sentada en la cabecera de la mesa, mientras las otras dos permanecen de pie a su lado.

—Hola. Después de varias semanas, por fin nos conocemos —dice una voz femenina.

—¿Qué quieren y cómo entraron? —La bruja italiana trata de desplazarse un poco hacia el baúl.

—Te hemos estado buscando, hasta que ellos nos enseñaron donde te escondías. —Esta vez es la voz aguda de un hombre la que responde.

—Hijos de Zain —dice Delfina.

—Zain está muerto. Pero sí, sí somos. Y vinimos a llevarte con nosotros.

Los cuatro brujos de pie en la puerta ríen sin disimulo.

—Hay dos formas de hacer esto —dice la voz femenina.

—Sí, sí, por las buenas y por las malas ¿Verdad? —dice la italiana.

La bruja italiana se impacienta. Delfina nota que se ha ido acercando despacio al baúl, la

situación requiere actuar. Los espectros se levantan y avanzan hasta dejar ver un poco sus rostros pálidos y demacrados en la tenue luz. Delfina y la bruja italiana cruzan miradas compartiendo una idea; justo cuando los hijos de Zain toman un impulso hacia ellos, la bruja corre al baúl, al mismo tiempo que la Deífica da un paso adelante, extiende sus manos a los lados con los codos casi pegados al cuerpo y al estirar sus dedos, una gran corriente de energía se dispara empujando con fuerza a los tres oponentes hacia la parte trasera de la cabaña. En eso, la bruja alcanza el baúl, lo abre y toma dos cuadernos pequeños. Algunas llamas comienzan a crecer desde la parte de atrás mientras un murmullo se escucha. Otto levanta por el brazo a la italiana, salen y se ubican frente a la cabaña, de inmediato y bastante aturdidos, los hijos de Zain logran salir, detrás las llamas crecen.

—¡Te llevaremos con nosotros, no importa cómo! —grita uno de los hombres, con voz más grave.

—¿Para qué me necesitan entonces? —pregunta la bruja.

—Nos dijeron que tú sabes algo que necesitamos aprender —Los tres avanzan unos pasos—. Ven con nosotros ahora, o muere de forma horrible. Es tu decisión.

Delfina planea algo para actuar, ya tiene instrucciones listas y precisas para Sara y Otto. Los hijos de Zaín avanzan muy despacio hacía ellos mientras siguen parloteando sobre las formas en las que van a matarlos. La Deífica se prepara para una ofensiva, pero…

—¡Espera! —Le dice de golpe la bruja italiana—, hay algo raro con ellos, es como si…

La bruja entrega sus notas a Sara y avanza hacia ellos en la misma velocidad en la que ellos hacia ella.

—Hay algo extraño con ustedes.

—Fuimos bendecidos con un poder superior, si es lo que quieres decir —responde el de la voz masculina aguda.

—No, hay algo que les hace falta —Sigue avanzando.

El hombre de la voz grave se pone muy nervioso, comienza a sudar y a temblar, los demás lo miran.

—¿Estás bien? —le pregunta su compañero, pero no le responde nada, solo mueve la cabeza de un lado a otro

—¡Libéralo! —grita la hija de Zain.

—Claro —reacciona la italiana—, ustedes no están vivos.

Para sorpresa de Sara, Otto y Delfina, la bruja italiana tiene razón, esos hijos de Zain no están vivos, pero tampoco están muertos del todo. Al oír esa revelación, la hija de Zain hace que el fuego en la cabaña aumente, pero la mujer italiana se pone en posición justo en frente de ellos, se aclara la garganta y con un tono alto dice:

—Oi dynámeis tou káto, kósmou anoígontai se ména. I parórmisí sou eínai dikí mou.

Los hijos de Zain comienzan a temblar.

—¿Qué hace? —se preguntan entre ellos—. No puedo moverme.

—I foní sou tha eínai dikí mou, to sóma sou eínai stin katochí mou.

Los intrusos pierden el habla, ni un solo sonido se oye salir de sus bocas, a pensar de querer gritar.

—I foní aftoú tou zontanoú se diatázei.

Se ve en los tres brujos una angustia en sus caras al tratar de liberarse de unas cuerdas invisibles que atan sus cuerpos y los envuelven.

—Entren a la cabaña y esperen en la mesa —les dice la bruja italiana.

El hombre de la voz aguda entra sin chistar, el otro hombre hace el intento, pero reacciona por un instante, queriendo atacar a la italiana.

—Entren a la cabaña y esperen en la mesa.

El cuerpo del hombre camina hacia adentro, pero su expresión muestra su intención contraria, de igual forma ingresa. La mujer queda inmóvil, la italiana se acerca más y al oído le dice:

—Zontanoú se diatázei. Ve adentro.

La hija de Zain camina hacia atrás con dificultad sin ver por donde avanza, entra y la puerta se cierra de golpe.

—¡Muévanse para atrás! —Le grita la mujer italiana al coven.

Los brujos corren hasta el borde del bosque junto a los árboles.

La bruja italiana cae sobre sus rodillas, con sus manos agarra un poco de tierra del suelo, lo acerca a sus labios y dice:

—Invoco il fuoco.

Arroja la tierra hacia la cabaña, lleva su mano al piso y mueve los dedos en círculos con velocidad, luego sube la mano como si quisiera formar un remolino de viento; mientras hace la maniobra una brisa llega con rapidez. En la base de la casa, unas chispas comienzan a correr hacia la derecha rodeándola, en un segundo las chispas se convierten en llamas que crecen con velocidad, un minuto después, toda la cabaña está encerrada dentro de un tornado de fuego que va creciendo por las paredes de la casa. Delfina y los demás observan atónitos, a su alrededor vuelan piedras, ramas y hojas. La bruja mayor está frente al remolino gigante con sus brazos alzados al aire, pero pronto el fuego se hace tan grande que pierde el control y cae sobre su espalda, los demás la ayudan.

—Perdí el control. Va a quemar todo el bosque —dice con dificultad—. Vengan.

Toma a Delfina por el brazo, los lleva adelante frente al tornado de fuego:

—Debemos controlarlo —Todos asienten.

Se toman de las manos y alzan los brazos hacia el fuego, la energía es muy fuerte y sus manos tienden a bajarse, pero con fuerza lo sostienen, el anillo de Yazoo en la mano de Delfina comienza a brillar, la luz que emana se va haciendo más intensa, crece más que el mismo fuego, tanto que los brujos no pueden mantener los ojos abiertos.

—¡¿Qué pasa?! —grita la bruja italiana, pero nadie sabe la respuesta.

El brillo se hace tan intenso que parece que compitiera con el poder del tornado de fuego, de repente, se desprende un halo de luz y energía que empuja a los cuatro brujos hacia los lados.

Delfina abre los ojos, solo ve puntos azules que se comienzan a desvanecer, no puede oír nada, logra mirar su mano y ve al anillo intacto; busca a sus brujos y los ve a unos metros de ella recogiéndose y levantándose, la bruja italiana está parada en medio de un círculo con el suelo quemado.

—¿Qué pasó? —pregunta Delfina mientras se acerca con dificultad.

—Se fue, ya no hay nada —Corre a la parte de atrás, donde estaban las tumbas de sus amigas, allí observa por unos segundos los desastres del tornado de fuego, luego cae de rodillas y llora.

Delfina se agacha a su lado, Sara y Otto se acercan también.

—Tenemos que irnos de acá —le dice la Deífica.

Ella con su mirada perdida en la marca quemada sobre las tumbas dañadas asiente con la cabeza, juntas se levantan y comienzan a avanzar buscando la salida del bosque.

De un golpe abren la puerta del piso en Piombino, agitados entran Sara y Otto seguidos por Delfina y la bruja italiana. Todo el lugar está destrozado, hay ropa en todas partes, los colchones

de las camas están cortados, los cajones del armario y de las mesas de noche están en el piso, en el lavamanos del baño hay un par de las velas especiales destruidas y quemadas; era claro que algo estaban buscando. Delfina ubica a su visitante.

—Solo se llevaron dos anillos que teníamos de repuesto para las invocaciones —dice Otto recogiendo objetos y ropa del suelo.

—¿Sabrían a lo que vinimos? —se pregunta Sara.

—No creo —responde la Deífica—. Creo que tal vez pensaron que también veníamos a reclutarla por eso nos estuvieron siguiendo todo el tiempo.

—Ya están muertos —dice Otto con un tono de desinterés—, no hay forma de saber qué querían.

—¿Estás bien? —le pregunta la Deífica a la bruja italiana.

—Sí —responde seca.

—Quiero disculparme. No puedo evitar sentir que todo fue mi culpa, yo conduje a esos brujos hacia ti —La pena en los ojos de Delfina es real.

—Todo pasa por algo. Eso es claro para nosotras. Nadie es el culpable cuando el destino ya está escrito, además si no fuera por ustedes el bosque estaría en llamas —En su voz se siente una zozobra.

Tímidamente Sara se acerca a la conversación:

—¿Qué les hiciste para que entraran a la cabaña?

—Necromancia.

—Pero solo se puede usar en muertos —aclara Otto.

—Así es —contesta, aclara su garganta y continúa—, esos brujos estaban muertos, bueno, no por completo, pero se sentía como si su alma estuviera dividida en dos, por eso pudieron resistirse al principio del encantamiento.

Esto que dijo retumba en los oídos de Delfina:

—¿O sea que ellos estaban medio muertos? —pregunta Sara—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes vivir con media… vida?

—No lo sé, nunca había visto una magia parecida, pero los tiempos cambian y también la magia.

—Los hijos de Zain ahora están usando Zombis. ¡Perfecto! —Otto se altera.

Delfina no opina nada de inmediato, si es verdad lo que dice esta mujer, las cosas están peores de lo que se imaginan.

—¿Qué hechizo fueron esos que usaste? —Sara pregunta cambiando el tema—, nunca había visto ese poder.

La bruja italiana sonríe.

—Como dije, los tiempos cambian. Son hechizos antiguos, el sello que los congeló es una invocación de protección, se dice que cada bruja puede crear el suyo.

—¿El otro hechizo era una Tolvanera de fuego verdad? He leído sobre él —asegura Otto—. Pero hace muchos años nadie es capaz de conjurarlo.

—¿No? —pregunta atónita—. Ahora todo es diferente —Exhala con nostalgia.

—¿Cuál es tu nombre y cómo es que has vivido por casi 800 años? —Al final, Delfina hace la pregunta que Sara y Otto estaban muriendo por hacer.

La bruja se recompone, después de tantos años en soledad es fácil desconocerse.

—Me llamo Ana Morosini, soy una bruja y tengo 786 años, más o menos, y he podido vivir todos estos años porque poseo el don del resurgimiento.



Serena está parada en medio de donde debería estar la mansión, incluso el césped se ve aplastado, como si alguien acabara de levantar la casa y solo se la hubiese llevado. Mira hacia todas partes, pero no ve a nadie al principio, hasta que se fija en el rosal que hizo crecer en una esquina de la cerca, un destello llama su atención, intenta ir a verificar, pero no puede avanzar, cada paso la lleva de regreso al centro del cuadrado gigante de césped aplastado; solo puede observar ese destello que parpadea desde lo lejos. Un minuto después la bruja nota que no es un simple destello azul, es un ojo, un ojo azul pálido, vacío, sin expresión. Lentamente la piel alrededor del ojo se comienza a ver, es arrugada y manchada, pero al mismo tiempo tiene partes lisas además es un poco más clara que el resto, es una imagen perturbadora. El dueño del ojo azul brillante comienza a mover su cabeza mostrándose pedacito a pedacito, la bruja se asusta, el espectro se mueve lento y eso la pone más nerviosa, no puede correr o huir.

—¡Ayuda! —grita, pero no escucha respuesta.

El monstruo sale por completo del rosal, pero el destello de su ojo intenso no deja ver bien el resto de su cuerpo. Serena mira a todas partes, está asustada, tiembla y suda. Un espectro viene caminando hacia ella y no puede hacer nada.

—¡Ayuda por favor! —Sigue gritando.

El espectro camina con torpeza, ella solo ve una sombra detrás del brillo, una sombra que agacha su espalda y camina crepitando, como si no pudiera manejar su cuerpo. De repente coge velocidad, Serena ve que cada vez se acerca más cojeando mientras ella no puede huir, cuando llega hasta ella, alza sus manos y la agarra por los hombros; Serena grita con todas sus fuerzas. Abre los ojos, ya no está afuera, ni viene siendo perseguida, está acostada en el sótano de la casona. La pequeña luz que entra por la puerta inclinada del fondo le dice que ya es de día, su cama está empapada en sudor y ella más desconcertada que nunca; gira a ver a sus compañeros, Paolo ya está despierto, mirándola.

—¿Pesadillas? —pregunta el hombre.

—Sí —responde mientras se traga el miedo con la saliva.

—Diría que tal vez quiere advertirte algo, pero con estos collares es imposible saber la diferencia —Paolo se acomoda en su puesto.

—¿Saber la diferencia?

—Ya sabes, si es un sueño profético o una simple pesadilla. Por lo general las pesadillas se olvidan rápido.

Serena no habla más del tema, según Paolo, no podría ser una simple pesadilla, ella recuerda cada uno de los sueños que ha tenido con ese espectro, desde que llegó a la mansión lo ha visto un par de veces, pero desde que está embarazada los sueños se han vuelto recurrentes y tan solo pensar en que pueden ser proféticos le pone los pelos de punta.

Raquel sigue con los ojos cerrados, la cantidad de energía que usaron la noche anterior los dejó exhaustos. Unos minutos después un golpe abre la puerta, el sueño de Raquel queda interrumpido mientras se levanta asustada. Bo y Rafael entran como todos los días, llevan unas bandejas con comida: para Serena es un tazón de avena casera, fruta en pedazos y jugo de naranja, pero para Paolo y Raquel su desayuno es tan solo una taza de café y un pan. Los brujos reciben su alimento en silencio, Rafael los mira pues se le hace sospechoso ese silencio incómodo, sin embargo nadie pronuncia palabra alguna y los Síneros salen de la habitación sin

decir más.

Raquel habla primero:

—Creí que venían a llevarnos o a castigarnos.

—También pensé algo parecido —dice Paolo mientras se come su pan de un solo mordisco.

—Es posible que Carlos no haya dicho nada —opina Serena con avena aún en la boca.

—Puede ser, pero ¿por qué? La energía de anoche fue fuerte, él tuvo que sentirla, además lo que nos dijo me pareció muy raro —dice Paolo.

—Tal vez aún no lo ha informado, es muy temprano y si terminó su guardia hace un par de horas es posible que no haya dicho nada aún —propone Raquel.

—Ahora debemos aguantarnos la angustia sin saber qué clase de castigo nos espera.

Los brujos pasan horas hablando e imaginando los posibles escenarios donde pueden ser castigados, entre risa y preocupación la mañana se hace más digerible para los tres. El espacio donde están limita mucho cualquier cosa que quieran hacer, para Paolo y Raquel es muy difícil moverse o desplazarse, no alcanzan a agarrar nada que esté cerca y para usar el baño siempre deben esperar a que un Sínero aparezca.

A eso de la una de la tarde, sienten a alguien que baja por las escaleras, la puerta se abre y Carlos se asoma entre el destello de luz, los tres brujos se predisponen, pero el joven entra tranquilo con una bandeja y un vaso de agua, cierra la puerta suave y se acerca a los demás.

—Lo que hicieron anoche los pudo haber metido en un gran problema —dice el Sínero, pero nadie le responde. Regresa a la puerta y la cierra con cuidado, luego se sienta en la esquina de la cama de Serena con la mirada en el suelo—: Vasil es un hombre cruel ¿Saben? Yo he intentado entender sus órdenes y lo que estamos haciendo, pero… Yo fui expulsado de mi coven hace tres años, provoqué un incendio que mató a tres personas, nunca fue mi intención, claro. Todo se salió de control muy rápido, pero ellos no me creyeron y me desterraron sin dejar que me defendiera. Decidí aceptar mi destino; no tenía a dónde ir así que busqué el clan más cercano, cuando llegué a la cabaña de los Síneros me sentí aceptado y comprendido, me ofrecieron ayuda y en realidad sentí que se convirtieron en mi familia pero… las cosas cambiaron, Vasil encontró unos textos con los que se obsesionó, unos relatos antiguos, premoniciones y profecías; se le metió la idea de que podemos ser brujos de nuevo o más que brujos decía, nos convenció a todos mostrándonos los escritos, comparando los planetas con una astrología que solo él entendía. Nos convenció, nos dio una razón para levantarnos en la mañana, era de todo lo que podía hablar, poder y gloria eran las palabras que más salían de su boca y mis compañeros lo repetían como robots, nos ha obligado a hacer rituales sin sentido y todo lo explica con «el poder del ritual», pero bien sabe que no tenemos poder. Siempre tuve mis dudas sobre su plan, pero no fue hasta que ustedes fueron a la cabaña, que vi quién era Vasil en realidad, él vio una forma de hacer su plan realidad y eso lo ha empujado a hacer cosas que nunca imaginé fuera capaz. Él no tiene miedo, no tiene nada que perder y eso lo vuelve muy peligroso.

Los brujos escuchan con cuidado lo que Carlos habla, parece una confesión, como si llevara mucho tiempo aguantando esas palabras entre los dientes, incluso cuando termina de hablar un suave suspiro de alivio sale de él.

—Pero decidiste seguir con esto igual ¿No? —dice Paolo mirándolo fijo.

—Sí, pero… no tenía opción.

—Todos tenemos opción —dice Raquel con toda la dulzura que puede.

—La mía era esa o morir, Vasil nos lo ha dejado bastante claro —Con la mirada aún abajo y sus dedos jugando entre ellos.

—¿Por qué nos dices esto?

—Ustedes son las únicas personas a quien podía decirles algo así —Pone la mirada en la barriga de Serena—. Los planes de Vasil se han salido de lógica, él cree que su Deífica no sobrevivirá al viaje, apuesta todo a eso. Si ella muere es probable que el nuevo Deífico esté entre ustedes dos; él los forzará para que lo inicien en el coven y ganar poder, después se deshará de ustedes dos y lo más probable es que haga los mismo con Serena después de que nazca el bebé —Se acerca más a ellos—. Él necesita el poder del coven para controlar el bebé.

—No entiendo ¿Cómo qué controlar el bebé?

—Según la profecía —Apresurado a responder—, este bebé tiene una fuerza incomparable, es un vínculo entre mundos y solo puede ser contenida o controlada por aquél que le dio la vida, es decir, él y… Serena —La expresión fruncida de la joven bruja habla por ella. El Sínero continua—: Por eso Vasil necesita obtener poder, no puede hacerle frente si no tiene la magia.

—¿Por qué nos dices estas cosas? ¿Por qué nos cuentas esto? ¿Qué esperas de nosotros? —pregunta Raquel con algo de angustia en su voz.

—Quiero ayudarlos —responde—, y que me ayuden a mí.

—¿Por qué? Dijiste que la única opción que tienes es la muerte —Paolo desconfía de lo que Carlos les ofrece.

—Porque esto está mal, porque Vasil está mal y todos vamos a terminar mal si no hacemos algo —Los demás se quedan en silencio, Carlos desespera—. Vasil es un hombre muy peligroso, no podemos dejar que tenga poder real y él está dispuesto a hacer lo que sea con tal de tenerlo.

Los brujos se quedan pensando un momento, Carlos se impacienta más, sabe que no tiene por qué estar allí a esa hora, sin embargo prefiere arriesgarse.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Raquel.

—Solo podemos salir por acá —Señala la puerta principal.

—Perfecto —dice Raquel con mucha confianza—, tú nos quitas los collares y nosotros hacemos el resto.

—No es tan fácil. Los pasillos y las puertas están blindados con amuletos de fósil y ópalo, si les quito los collares no podrán dar un paso fuera de las escaleras, deben tener los collares por lo menos hasta que salgamos de la casa.

—No sé, no me convence del todo —dice Paolo cortante—. ¿Qué quieres en regreso por ayudarnos a escapar?

—Nada, solo... llévenme con ustedes.

Paolo lo analiza por un momento, y luego asiente.

Raquel que ha estado escuchando y analizando su comportamiento deposita su fe en él y acepta el plan, incluso teniendo que cargar el collar hasta afuera de la mansión.

—Está bien —dice Paolo ofreciéndole la mano—. Voy a confiar.

—Yo también —dice Serena entusiasmada.

—¿Qué pasaría si nos descubren? —dice Raquel y el temor llega a todos.

—Es una posibilidad —comenta Paolo.

—No lo sé —dice el Sínero.

—Bueno, pues de eso se tratan los escapes ¿No? —Raquel habla mirando con amabilidad a Carlos.

—¿Cuándo? —pregunta Paolo.

—Esta noche, Vasil está desde ayer en la cabaña investigando lo que pidió Delfina, así que es el momento perfecto, yo estaré de guardia, todo será muy fácil —Unos pasos se sienten

descender por las escaleras—. Esperen mi señal.

De un golpe la puerta se abre, es Rafael que viene buscando a Carlos.

—¡Te necesitamos arriba! —dice el Sínero con las cejas arqueadas, sin duda algo estaba pasando y su instinto lo alertaba.

—Sí, ya voy para allá.

Carlos le pasa a Serena el vaso de agua que lleva, ella lo bebe con velocidad y dice:

—Gracias, espero que con esto ya no vomite más.

La cara de Rafael cambia de sospecha a preocupación.

—¿Qué tanto has vomitado?

—Toda la noche —dice la bruja.

—¿Has comido?

—Sí, debe ser algo normal.

—Lo es, por el tiempo de embarazo. ¿No te has sentido débil?

—No, solo vómito. Espero sentirme mejor.

—Ojalá. ¿Vamos? —le dice a Carlos, él se levanta y camina detrás de Rafael sin mirar atrás, dejando a los brujos con la esperanza de la libertad.

—¿Qué piensas? —le dice Raquel a Paolo.

—Pienso que es arriesgado, pero si lo que dice es verdad, si afuera las puertas y pasillos están llenos de amuletos no podemos dar un paso sin los collares.

—¿Qué debemos hacer entonces? —pregunta Serena.

—Tener fe. Confiar en Carlos, no tenemos más opción —responde Raquel—. Sin duda se adelantó a nuestros planes de convencerlo —Ríe—. Debemos estar tranquilos, los nervios pueden ser nuestros enemigos, lo peor que puede pasar es que regresemos a este sótano.

—O que nos descubran —dice Serena.

—No podemos pensar así, debemos mantenernos positivos. Tal vez el próximo amanecer lo veamos afuera en libertad y no desde la hendija de esa pared —concluye Raquel.

Carlos sigue a Rafael por los pasillos de la casa hasta la sala donde están los demás reunidos, para sorpresa de Carlos, Vasil también se encuentra ahí.

—¿Por qué la mirada de sorpresa? —Le dice Vasil a Carlos.

—Creí que aún estaba en la cabaña —responde con timidez, sin hacer contacto visual.

—Regresé antes, no hay mucha información sobre lo que Delfina pidió —responde sin alejar la mirada de Carlos—. Traje esto —Desenvuelve un paquete con dos símbolos de metal en forma hexagonal, con una media luna adentro y atados con un cordel rojo—. Los vamos a bendecir. Necesito su sangre.

—¡¿Bendecir?! —pregunta alarmado Rafael—. No tenemos poderes activos, no podemos bendecirlos.

—Y yo creía que Jack era el único idiota acá —Jack frunce el ceño—. Ya hemos hablado de esto Rafael, el poder del ritual no necesita magia, solo fe.

—No tiene sentido —murmura Rafael.

—Enciende las velas, Bo.

Bo toma unos velones y los enciende creando un círculo alrededor de todos, se toman de las manos y Vasil comienza a hablar:

—Con nuestra sangre sellamos este pacto —Corta su dedo y deja caer gotas sobre los amuletos, pasa el athame y los demás hacen lo mismo, luego se toman de las manos de nuevo y Vasil continúa:

—Con esta ofrenda de vida, invocamos a la protección —Repiten tres veces.

Cierran los ojos y permanecen así un par de minutos. Rafael no entiende el propósito de ese juego, todos saben que no logran nada cortándose el dedo y llenando de sangre esos objetos. Carlos lo único que puede pensar es en las complicaciones del plan de esta noche.

—¿Dónde quieres que los cuelgue? —pregunta Jack con buena intención.

—Yo mismo los colgaré. Estos son muy costosos y preciados para que cualquiera los ande tocando. Vuelvan a lo que tienen que hacer.

Todos se levantan y van regresando a sus labores, Vasil sigue con la mirada en Carlos que se aleja hacia el segundo piso.

—¡Carlos!

La voz de Vasil retumba en los oídos del Sínero que se voltea tratando de ahogar el pánico.

—¿Sí?

—¿Cómo está Serena? —Se acerca a Carlos quien está en la mitad de las escaleras.

—Bien, ha estado con vómito, pero Rafael dice que es normal —Su respiración aumenta de velocidad, sin poder controlarlo comienza a morderse un labio intranquilo.

—Ok —responde Vasil con la mirada fija en él—, si no es nada grave, supongo que no hay de qué preocuparse —Remata con una sonrisa.

Carlos le regresa la tibia sonrisa y continúa su camino con Vasil a sus talones, su corazón late más rápido que nunca, cuando llegan al segundo piso, Vasil solo gira con dirección a su cuarto y Carlos puede respirar tranquilo.

La hora se acerca, los brujos en el sótano están más impacientes que nunca. Su intento por romper el collar había fracasado y Carlos les había dado una nueva esperanza, escapar con la ayuda de uno de los Síneros parece fácil. Afuera se puede sentir a Rafael hablando con alguien, unos pasos suben por las escaleras mientras otros la bajan, expectantes los tres brujos pasan un par de horas llenos de nervios y taquicardia. Al final, entrada la noche, la puerta se abre, es Carlos quien cierra con mucho cuidado.

—Algo pasó —susurra—. Vasil está acá.

—¿Eso qué quiere decir? —susurra Raquel preocupada.

—Nada, aún podemos hacer que esto funcione, debemos ser extra cuidadosos, el menor de los ruidos y estaremos perdidos. Antes de venir, me aseguré de que ya estuviera dormido en su cuarto —Sin hacer ruido, Carlos saca de su bolsillo un juego de llaves con el que libera las cadenas de los brujos, Paolo y Raquel se estiran sintiéndose plenos de nuevo.

—Repitamos el plan —pide Paolo.

—Yo saldré primero, cuando vea que no hay peligro salen sin hacer ruido, nos movemos muy pegados a las paredes, cruzamos la sala, la puerta es un poco difícil por el ruido, tendremos que ser muy cuidadosos. Ya estando afuera, corremos a los carros, les quito los collares, ustedes abren la puerta y huimos.

Los demás asienten con entusiasmo, todo está listo para el escape. Para Carlos es ahora o nunca. El Sínero toma la posición delantera, detrás se hacen Raquel y Serena, al final, Paolo. La mano de Carlos toca la perilla de la puerta, con cuidado la gira por completo, y de un impulso suave la abre toda, pero frente a él se ilumina un rostro que se interpone en su camino, cuando los ojos se adaptan a la fuerte luz, pueden ver a Vasil mirándolos, detrás están Bo y Jack, apuntando con un par de pistolas, mientras Rafael se mantiene atrás con la mirada hundida en decepción.

—¿Van para alguna parte? —pregunta el líder de los Síneros, pero ninguno responde.

Con un gesto Vasil le ordena a Bo y a Jack entrar, cada uno apunta a uno de los brujos liberados mientras Vasil rodea a Serena con su brazo y la lleva a sentarse juntos en la cama. Rafael le pide las llaves a Carlos y entra para encadenarlos de nuevo.

—¿De quién fue la idea? —Nadie responde—. Contesten y les prometo que el castigo no será tan grave —Acariciando el rostro de Serena.

—Fue mi idea —balbucea Carlos.

—Por supuesto, nunca te tomé por un débil de mente como para dejarte convencer por ellos. Tenía que ser iniciativa propia. ¿Por qué?

Carlos no responde, Bo lo agarra por el cuello y lo entra ubicándolo frente a él y Serena.

—¿Por qué? —Repite el líder de los Síneros.

—Porque estás loco —dice entre dientes—. Estás loco Vasil, las ansias de poder te han enloquecido, yo te admiraba tanto… pero eres peligroso. Tú no mereces poder o gloria, lo único que mereces es muerte y dolor. ¿¡No se dan cuenta!? —hablándoles a los otros Síneros—. Vasil nos está llevando por un camino oscuro, por un camino que no tiene vuelta atrás, él será el culpable de todo y vamos a tener un destino peor que la muerte si seguimos con esto.

Nada se oye en la habitación hasta que una estruendosa carcajada sale de Vasil, Serena queda aturdida.

—Tienes miedo, lo entiendo. Pero ¿traicionarnos así?, ¿liberando la única oportunidad que tenemos de ser grandes, liberando a la madre de mi hijo a los peligros de afuera?, no, no, no.

—El único peligro acá eres tú —dice Carlos, rotundo, con su destino ya dibujado en la frente —. Va a ser muy tarde cuando se den cuenta, él nos está usando, tan pronto obtenga lo que quiera los desechará a ustedes.

Vasil se levanta cuando los brujos quedan amarrados de nuevo. Bo arrastra a Carlos afuera del sótano y mientras la sonrisa malévola de Jack dibuja su salida, la puerta se cierra detrás de Rafael. Paolo, Serena y Raquel quedan perplejos.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda —repite Raquel desesperada—. Quién sabe qué cosas le harán a Carlos.

—¿Cómo lo supo? Carlos no lo había hablado con nadie —supone Paolo.

—No lo sé. No quiero pensar en lo que nos espera.

—No quiero que me saquen de aquí —Un par de lágrimas salen de los ojos de Serena.

Solo se escucha el sonido que hacen al respirar, el silencio les hace despreciar las ilusiones que ya se habían imaginado, el olor a libertad se va.

Capítulo 14

La primera vez que Ana Morosini murió tenía 17 años, estaba montada sobre el techo de madera y paja de su casa, un descuido y los materiales gastados la hicieron caer sobre una gran mesa en el centro del lugar, su cabeza quedó colgando de un lado y su cuello quedó roto. Su madre vio cómo la vida se iba de su hija frente a sus ojos, con fuerza la llevó hasta una cama improvisada con paja brotando por los lados, allí la recostó y la examinó, estaba muerta. Corrió a llamar a su esposo, pero cuando volvieron a la casa, vieron a Ana sentada sobre la cama, con su cuello intacto, pálida y asustada.

Su madre era una bruja del coven de la Marghe, pequeño y nuevo, pero conocido en la comunidad mágica de la Toscana durante el último par de siglos de la Edad Media; su padre era el sobrino de la segunda bruja más vieja del coven, pero nunca quiso seguir el llamado y se negó a aprender de magia. Ana y sus papás ocultaron todo sobre su resurrección desde el primer día, pues incluso en esa época un poder como ese podría malinterpretarse, más con la situación del cristianismo.

La casa de Ana y su familia era pequeña y humilde, aunque su padre era de una familia acaudalada y con grandes tierras en su poder, el coven prefería llevar una vida más simple para no levantar sospechas, por eso también seguían toda la tradición cristiana. Un sembrío no muy grande adornaba el patio de Ana, ahí cultivaban su comida y algunos productos que se vendían en el mercado.

Tan solo un par de años más adelante, el eco de otra cruzada religiosa llegó hasta Toscana, en esa época era la comunidad mejor formada, con buena economía y auge cultural, un ejemplo para las otras regiones de Italia. La cruzada llegaba impulsada por los sacerdotes del pueblo con el fin de identificar y encarcelar herejes. En esa ocasión diez familias del coven fueron descubiertas con objetos y altares no cristianos, algunas fueron sentenciadas a la hoguera y otras, ahorcadas en público. Los doce brujos que quedaron movieron su lugar de encuentro en el centro del bosque y lo protegieron con un hechizo antiguo y muy fuerte. Sin embargo, uno a uno, los brujos fueron cazados y exterminados, incluyendo a los padres de Ana quienes un día de otoño nunca más regresaron a su casa.

A los 25 años de Ana solo quedaban tres brujas más en el coven. Era un domingo bastante frío, había llovido toda la semana y las calles estaban llenas de barro y charcos. Las cuatro brujas que quedaban iban de regreso de la iglesia y se dirigían a la cabaña en medio del bosque; unos hombres las estuvieron siguiendo, ellas conscientes de eso se movieron entre los árboles tratando de perderlos, sabían quiénes eran: cazadores de brujas españoles, que tal vez fueron los mismos que asesinaron y desaparecieron las otras familias. Los hombres estaban equipados con talismanes gitanos que les permitían ser inmunes a la hechicería, las brujas no lo sabían, confiadas en su poder caminaban tranquilas, pero justo antes de cruzar la barrera donde iniciaba el laberinto de bosque, fueron atacadas por los cazadores; Ana recibió un golpe en la cabeza con un tronco que la dejó inconsciente de inmediato. Al abrir los ojos, pudo ver a dos de sus hermanas amarradas con la boca brotando sangre, uno de los hombres la recostó sobre una mesa de madera, los demás la ataron y le sujetaron la cabeza; golpeando con una roca, le hundieron siete clavos de acero a través sus labios y mandíbula, de forma sanguinaria y sin piedad. A diferencia de las demás, ella no perdió el conocimiento, sintió como su cuerpo se estremecía

mientras su cabeza retumbaba en todas las direcciones, nunca más en casi 800 años ha vivido un dolor semejante. Tuvo que ser testigo de la misma tortura realizada en la última de sus compañeras, pero tras el tercer martillazo ella se desmayó, probablemente murió allí mismo, pensó Ana. Con sus sentidos atónitos vio cómo ella y sus hermanas fueron metidas en unos ataúdes improvisados y luego enterradas algunos metros bajo tierra. No pudo hacer nada, el dolor paralizó su magia, o su cabeza, no podía pensar. Fue incierto el tiempo que estuvo bajo tierra pero sus cálculos apuntan a un mes, un mes donde intentó dejarse morir, pero al darse cuenta de que no lo iba a lograr, decidió entonces salir, valiéndose de patadas, puños y golpes más que de magia misma. Ana logró escalar hasta la superficie y salir de su tumba, débil, temblorosa, llena de tierra y con miedo salió ocultándose entre las esquinas, los árboles y cualquier sombra que se encontrara en el camino, hasta que pudo llegar a la seguridad de la cabaña. Solo apenas una semana después de su libertad logró quitarse los clavos de su boca aunque nunca pudo quitarse ese horrible recuerdo.

La tercera vez que murió fue unos ochenta años después, Ana llegaba a Egipto después de un tiempo recluida en la cabaña. Sin tener idea de cuándo y cómo podía morir, decidió ir en busca de las respuestas sobre su poder y sobre la muerte. Sin dinero, pero con astucia y un poder heredado, llegó a El Cairo en una época que luego se llamaría «el periodo Sultanato mameluco de Egipto», dominado principalmente por turcos. A pesar de las fuertes restricciones religiosas fue allí donde Ana conoció la necromancia y otras habilidades magníficas. En su segunda semana en la capital conoció a un brujo dedicado a la magia con la muerte, pero no supo encontrar respuesta a la pregunta ¿Cómo morir?, lo único que le pudo ofrecer fue sus años de experiencia con la magia de los muertos, ella aceptó y por diez años estudió magia árabe, turca y egipcia, logrando un gran dominio en todas.

El tiempo que vivió allá se sintió como otra vida. Con aquel brujo tuvieron dos hijas, la primera murió al nacer llevándose consigo esa vida de Ana. La segunda hija vino después de su resurrección, su nombre era Ourora y vivieron como familia normal por muchos años. Ana fue realmente feliz, hasta que la vejez reclamó el cuerpo de su compañero y añadió un número más a su lista de personas perdidas. Con su hija también iniciada en la magia, viajaron de regreso a Europa donde deambularon por diferentes países, siempre huyendo cada tanto para evitar sospechas sobre la constante apariencia de Ana, en ese momento ella pudo tener unos 150 años pero se veía de la misma edad que su hija. Ourora nunca se casó, siempre estuvo moviéndose con su mamá y poco después de cumplir sesenta años ambas se contagiaron de una peste que mató a varias personas en una aldea en el norte de España; la vieja bruja tuvo que enterrar a su hija y en medio del dolor tuvo que soportar una vez más el peso de morir; esa vez regresó a las pocas horas y se dio cuenta que cuando regresaba a la vida siempre lo hacía con buena salud y mejor estado. Devastada una vez más, regresó a la Toscana y se recluyó otros años, pero la eternidad es mucho tiempo para ahogarse en un solo dolor. Viajó por gran parte del mundo, siempre conociendo y aprendiendo sobre magia nueva y sobre ciencias, de su esposo aprendió la importancia del conocimiento científico para entender mejor a la naturaleza. En algunos países se quedaba varios años, en otros lugares apenas días, pero con esa dinámica vio el mundo cambiar, recorrió Asia y Europa, visitó lugares increíbles en África, vio el crecimiento de todo Sudamérica y conoció una América del norte primitiva, sin embargo, siempre regresó al bosque de Piombino. Antes de la llegada de Delfina y su coven, Ana había estado ahí por los últimos diez años, siempre con la esperanza de descubrir el verdadero propósito de su vida eterna.

Un par de días después del incidente con los hijos de Zain en el bosque donde vivía Ana, ella

y Delfina esperan en un café de la ciudad de Pisa. Ana viste un pantalón marrón y una blusa azul, ambas prendas de la Deífica. Otto y Sara vienen de regreso por una calle cerca de la torre inclinada.

—Todo es tan diferente, el aire se siente diferente —dice Ana tomando bocanadas de aire. En sus manos sostiene una revista científica popular.

—Mucho puede pasar en diez años —opina Delfina sorbiendo de su taza de café.

—¡Mucho! Incluso la gente es diferente, mira esos de allá, no se miran ni se hablan, solo ven esos celulares.

—No todo es tan terrible —dice Delfina con una sonrisa.

—No es necesario que me lleven con ustedes, estoy acostumbrada a arreglármelas sola.

—Quiero que vengas con nosotros, no solo fue mi culpa que te quedaras sin hogar sino que también... te necesitamos… no quiero que esto suene mal, pero necesitamos tu poder, de verdad creo que tú eres la bruja del relato, además el poder de Sophia reaccionó al tuyo, comparten alguna fuente. Necesitamos tu ayuda —La petición de Delfina es seria.

Por un momento Ana no responde, solo mira fijamente a Delfina detallando sus manos, su cara y su expresión en general.

—Bueno, en parte sí tuviste que ver con que me quedara sin hogar —Ríe—. Y los hijos de Zain son una amenaza que claramente no pueden combatir solos —Ambas sonríen.

—Gracias —dice la Deífica.

Desde que dejaron Piombino, Otto no ha parado de hacerle preguntas a Ana sobre su vida y sus conocimientos, sin querer aceptarlo Sara también muere de curiosidad, pero es un poco más prudente con sus preguntas al igual que Delfina que solo pregunta si ve que es apropiado, desde hace un rato están hablando de las diferencias entre la brujería en China y en Japón.

—¿O sea que todo radica en el uso de los nombres que se le dan? —dice Otto, concluyendo el tema.

—Sí, la magia funciona igual en todas partes, pero todos tenemos formas diferentes de nombrar las cosas, así mismo reacciona la naturaleza —responde y se llena la boca de un pastelito.

—Debe ser interesante, tener el tiempo para poder conocer tanto, para viajar. Te envidio, ese debe ser un don bastante espectacular.

Las cejas de Ana se arquean tan pronto oye la frase, Otto nota que dijo algo que no debía, pero en su inocencia no sabe qué, la antigua bruja baja su pastelito y gira despacio, dándole la cara.

—¡Esto no es un don! No sabes de lo que hablas, niño, la vida eterna no es un regalo, es una maldición. Yo he vivido unos 800 años y he visto a todas las personas a mi lado morir, mis papás, mis hermanas, mi esposo, mi hija… mi… Yo nunca podré tener una familia de verdad, estoy atorada en este mundo sin poder amar, ni morir. Y después de recorrer todo el mundo buscando la muerte solo puedo concluir que esta maldición es el chiste más cruel de todos —De un solo impulso le mete un mordisco a su pastelito y continua como si nada.

Los demás se quedan callados hasta que Sara se levanta a buscar un baño y Ana la acompaña.

—No quiero cuestionar tus decisiones o algo por el estilo Deífica, pero… ¿Estás segura de que es buena idea seguir este viaje con Ana? —dice Otto mirando de un lado al otro esperando que no regresen pronto.

—Entiendo tu preocupación, pero fue nuestra culpa lo que pasó con su casa, no tiene a donde ir. Además, tengo un presentimiento sobre ella, uno bueno, posee un poder increíble, tú mismo lo

viste. La necesitamos más que nunca, ahora que sabemos que los hijos de Zain podrían ser unos zombis, ella es la única bruja que he conocido que puede manejar la necromancia de esa forma, viste lo que les hizo a los Zain solo con un encantamiento. La necesitamos y, la verdad, creo que ella nos necesita.



A Serena ya se le comienza a notar el embarazo, es bastante evidente, siempre fue una niña muy delgada y aunque aún tiene sus piernas flacas y los brazos débiles, su cuerpo ya muestra las señas de un embarazo saludable, sus senos se ven un poco más grandes, sus caderas se sienten más anchas y sin duda el vientre es más prominente. Una idea se le había metido a la joven bruja en la cabeza, siente que su bebé crece muy rápido, más de lo normal, Pero ¿cómo diferenciar ese pensamiento ahora que no tenían poderes? Además, nunca había estado embarazada antes, es su imaginación o una intuición de bruja y madre; piensa en hablarlo con Raquel y Paolo, pero este momento no podría ser peor.

Desde que Vasil descubrió el intento de fuga de los brujos, las cosas han estado extrañamente calladas, Rafael llega al sótano con la comida y se retira sin decir palabra, o pasa mucho tiempo ahí; siempre hay una persona en la puerta y no han oído la voz de Carlos en días, la preocupación y la incertidumbre no les deja estar tranquilos.

Una luz naranja entra por la hendija de la puerta clausurada en el fondo del sótano, unos pasos descienden la escalera y la puerta principal se abre despacio; Rafael entra, camina hacia la cama y abre las cadenas que amarran los pies de Serena a la pared, las quita y las reemplaza por otras que van de un pie al otro, hace los mismo con los demás. En fila, los tres brujos son sacados de la habitación, caminando con dificultad, pues la distancia entre pie y pie no es mucha, sus manos también fueron encadenadas una a la otra. Quince minutos después, los brujos salen por la puerta de la cocina que da al patio trasero, no hay rastro de Vasil o de Carlos por ningún lado. Serena es sentada en un tronco de madera mirando hacia los árboles que rodean la casa, Paolo y Raquel son ubicados diagonal a la joven, ambos brujos son obligados a permanecer de rodillas frente a una especie de repisas de madera. En el centro del patio hay un tronco grueso clavado en el piso y rodeado por hojas secas, madera cortada y algunas telas rojas seguramente mojadas con alcohol. Así permanecen por casi media hora hasta que llega Vasil arrastrando una cuerda amarrada a las cadenas que carga Carlos, su rostro está golpeado, tiene un ojo hinchado y un labio roto, lleva una túnica negra sin zapatos; su mirada está clavada en el suelo, vacía y sin sentido. Bo se apresura a recibirlo y rápidamente lo lleva hasta el centro de todos, de un empujón lo arrodilla.

—Los antiguos aquelarres tenían una forma de lidiar con las traiciones de sus brujas. Eso cambió para suerte nuestra —Los demás Síneros ríen—. Pero en Salem, por ejemplo, creían que la única forma de asegurarse que la bruja no revelaría sus secretos o su identidad era castigándola, quebrantando su espíritu hasta que el último deseo de traicionarlas le produjera vómito.

Vasil pasa caminando por entre los brujos amarrados, cuando se acerca a Paolo y Raquel, hace un gesto y Jack corre a su lado, con un cuchillo rompe la camisa de Paolo en pedazos.

—Hoy seremos testigos de un castigo ejemplar —Continúa Vasil. Jack ahora rompe la blusa de Raquel—. Hoy nos despediremos de la falsedad, de la hipocresía y sobre todo de la traición —Con una irónica cordialidad se acerca a las cabezas de Raquel y Paolo y les dice—: Espero

que después de esto, la última idea que se les pase por la cabeza sea escapar.

Rafael comienza a hacer un ritmo con un pequeño tambor, Bo y Jack se acercan a Paolo y Raquel escondiendo algo en sus manos.

Ella sabe que lo que sigue no es bueno. Vasil ajusta el nudo en la cabeza de la joven bruja y asiente; Bo y Jack dejan desenvolver cada uno un látigo de cuero que baja desde sus manos hasta el suelo, con un impulso ambos Síneros lo lanzan con mucha fuerza azotándoles la espalda a Raquel y Paolo, un quejido se oye venir desde todas partes, Paolo puede sentir cómo el látigo rompe su piel con una fuerza que le estremece todo el cuerpo y lo hace empaparse en sangre. Serena deja ir un llanto que se ahoga en su mordaza, mientras que Raquel ahoga sus gritos de dolor mordiéndose los labios, sus piernas tiemblan con cada azote y la sangre salpica en todas las direcciones, ella trata de recomponerse, pero los golpes van uno tras otro. Los latigazos continúan cada vez con más fuerza, después de diez minutos Raquel se desploma al suelo, desmayada; aun así, Jack continúa con los latigazos por un rato más, sin importarle que la bruja esté inconsciente. Paolo se desploma minutos después, débil pero consciente.

—¡El momento ha llegado! —grita Vasil y de un tirón levanta a un Carlos con la mirada fija en el suelo y una expresión de muerte, Serena solo puede imaginarse lo peor.

—Así solucionaron los problemas nuestros antepasados, arrancando el mal desde la raíz.

Bo corre al lado de Vasil y toma a Carlos con fuerza, con una cuerda de cabuya lo atan al tronco de madera.

—Esta noche sacrificamos a un traidor por el bien de nuestra comunidad, por el bien de nuestro aquelarre. ¿Tienes algo que decir antes de empezar?

Carlos toma fuerza, sube la mirada y la clava en los ojos negros de Vasil:

—Tú nunca vas a ganar, estás maldito al igual que ellos —Su mirada pasa a los otros Síneros hasta que llega a Serena, para ella sus ojos solo le expresan arrepentimiento, la bruja solo asiente con su cabeza dándole a entender que ella lo perdona, lágrimas no paran de salir de sus ojos.

Vasil ríe, regocijándose cínicamente:

—El único maldito fuiste tú. Ya saben qué hacer.

Bo y Jack toman unas antorchas, las encienden y se acercan a Carlos, Rafael tiembla mientras mira lo que pasa, Jack no espera más, mete la antorcha en la base de hojas secas y leña, Bo lo sigue, pronto el suelo bajo Carlos se enciende en llamas que comienzan a crecer.

—No lo olviden —dice Vasil en un tono serio, mirando a los Síneros que le quedan—. Nunca me traicionen.

Las llamas crecen más, Carlos aguanta su garganta lo más que puede, hasta que un grito sale de él, como un desgarro en la tierra o como un estruendo mezclado con el llanto de cuervos, los gritos son tan intensos que Raquel y Paolo reaccionan de su inconsciencia viendo cómo las llamas lo van consumiendo. Rafael no puede soportar y le da la espalda a la escena, los demás siguen atentos viendo cómo la ropa que lleva se hace polvo y sus piernas se ven hervir al rojo vivo. Carlos muere solo hasta que el fuego cubre la mitad de su cuerpo, su cabeza cae sobre su hombro y lo que queda de su cuerpo se descuelga. Durante los próximos minutos solo se oye el ruido de la noche, el viento soplando y pegando en sus orejas, el silbido de los grillos, el crujido de la madera quemándose y un olor tenebroso a cerdo asado. Serena ya no tiene lágrimas para expulsar, Paolo apenas y puede mantener su cabeza erguida mientras que Raquel sigue con su cuerpo tendido sobre el suelo, consciente de todo lo que acaba de pasar.

Cuando el fuego se extingue con lo que queda de Carlos, los brujos son llevados al sótano y regresados a su estatus de prisioneros; nadie opina nada, tanto dolor los ha dejado paralizados.

Al día siguiente, la mañana llega con una bandeja con dos panes, dos pedazos de queso, dos tazas de café, una taza de chocolate caliente, un plato con huevos revueltos, jamón, dos tipos de queso más, un vaso de jugo de naranja, una botella de alcohol antiséptico, un rollo de gasa y algodón, también trae una flor con una nota:

Para Serena.

¡No hay alegría más grande que una dulce espera!

Ella toma la nota y con desprecio la pone a un lado. Rafael los deja solos mientras comen. Raquel apenas y puede sentarse, tiene el torso desnudo, sus manos tiemblan y su pulso es débil, con esfuerzo toma su comida y lentamente la lleva a su boca; Paolo come con un poco más de energía, pero su respiración es lenta y pesada; la mirada de ambos está perdida, como si estuvieran allí sin estarlo, Serena sabe bien lo que se siente eso, un dolor que va más allá de las heridas del cuerpo. Con mucha dificultad terminan de comer, nadie ha querido decir nada y ¿qué tendrían para charlar? Serena toma el alcohol y el algodón.

—Creo que… —sin decir más Paolo la mira y asiente.

Ella siendo la única que tiene movilidad se agacha hasta él y moja un pedazo de algodón en el antiséptico, luego lo pasa por las heridas en su espalda. El dolor es intenso, pero no se compara con los latigazos de resentimiento que recibieron anoche y nunca se compararía con lo que pudo haber sentido Carlos.

De repente Serena siente como si los estuvieran observando, desde el fondo del sótano la bruja puede percibir una energía como si alguien clavara su mirada en ella; afina la vista más cuidadosamente pero no ve a nadie, solo está la puerta inclinada; tal vez fue su imaginación. Sigue pasando el algodón por las heridas de sus compañeros, por mucho que fuese el ardor en la espalda herida de Paolo, su piel respira y se siente mejor. Es el turno de Raquel, quien solo le da una pequeña y dulce mirada a Serena hasta que vuelve su cabeza hacia la pared, Serena repite la curación en ella quien de inmediato se siente mejor.

—Gracias —Se oye de la boca de Raquel como un susurro.

Sin nada que decirse los tres brujos necesitarán tiempo para sanar, no solo el cuerpo.

Afuera, en el patio de la mansión, los Síneros recogen los escombros de la ceremonia de anoche. Vasil por su parte está en el Rosal al lado opuesto, removiendo maleza y recortando hojas, Rafael se acerca.

—¿Y bien? —pregunta Vasil mientras siente cómo Rafael se mueve hacia él por detrás.

—Nadie dijo nada, tomaron su comida y ya —Rafael se siente tan impactado que no puede mirar a los ojos a Vasil sin sentir algo de temor.

—¡Acérquense! —grita y los demás llegan a él en segundos—: Hoy somos menos, pero también estamos los más leales. Sé que hay razones para temer y para, tal vez, imaginar que lo que estamos haciendo no está bien, lo acepto. Pero todo esto es solo un medio, un medio para llegar a un fin, recuperar lo que nos han arrebatado, lo que por ley es nuestro, nadie puede ponerle límites a la magia, es libre para todos, esta es la última y la mejor oportunidad que tenemos —Abraza por los hombros a Jack y Rafael que están a sus lados—. Esta semana otro compañero Sínero vendrá a reemplazar lo que hacía Carlos —Vasil deja de hablar repentinamente, algo le llama la atención.

—¿Qué pasa? —pregunta Rafael extrañado.

—Hay alguien aquí, hay una presencia —Vasil sigue atento, pero deja de sentir algo después de un momento, su discurso se interrumpe—. Terminen de limpiar esto —Sin decir más se va dejándolos con mucho por hacer y con un sinsabor a disgusto.

Tanto Vasil como Serena tienen razón, sí hay una presencia en la casa y ambos pudieron sentirla. La presencia se traslada por toda la casona, pasa por las habitaciones ahora ocupadas por los Síneros, baja y pasa por los libros de las sombras apilados en una repisa de la sala, ve a Vasil hacer una llamada desde la cocina y vigilar el trabajo de los demás. Cuando sale, ubica el camino principal de la casa que conduce hacía la salida, la entidad atraviesa la reja, cruza la calle del frente y se confunde entre los árboles, un kilómetro más en el bosque, la presencia se encuentra con dos mujeres, una tendida en el pasto y otra sentada a su lado. Son brujas, la mujer en el suelo reacciona con un fuerte llanto tan pronto la presencia entra en su cuerpo.

—¿Qué viste? ¿Qué está pasando? —pregunta la bruja que está sentada mientras ayuda a su compañera a levantarse.

—Ya está… —dice con dificultad, antes de continuar tose—. Ya está embarazada.

La otra bruja dibuja una expresión de sorpresa como si recibiera una muy buena noticia:

—¿Cómo? —pregunta.

—El Sínero —es lo único que responde, se nota que está muy débil.

—Tenemos que reportar esto.

Ambas brujas se levantan, la más débil tiene pelo negro corto a la altura de las orejas, la otra por el contrario lleva el cabello largo más abajo de los hombros de un rubio oscuro. Con cuidado ambas llegan hasta un punto de la carretera, unos metros más adelante ven un carro negro clásico que comienza a dar reversa hasta alcanzarlas, suben y el auto arranca con gran velocidad dejando el bosque y el campo atrás para entrar a la ciudad.

Veinte minutos entre calles hasta que llegan a un edificio alto, ingresan el carro y suben por el ascensor hasta el último piso. Una mujer les abre la puerta y las saluda con un aire de desinterés, muy misteriosa, las conduce hasta una habitación con una sala pequeña de cuero negro sobre una alfombra café, gris y negra. Ambas toman asiento, antes de que alguien las atienda, las mujeres ven una luz azul en una esquina oscura, ninguna menciona nada, solo tratan de no mirar fijamente. Un hombre alto y muy apuesto entra a la habitación, ellas se levantan de un tirón y hacen una reverencia, él las mira fijamente.

—¿Y bueno? —pregunta con una voz gruesa, fría y seductora.

—Ya está embarazada —dice la bruja de pelo negro.

El hombre muestra una gran sonrisa con una línea de dientes blancos y perfectos:

—¿Quién es el padre?

Las brujas se miran entre ellas y la pelinegra responde:

—Vasil, él es el padre.

La hermosa sonrisa de ese hombre se convierte en un pequeño gesto de decepción.

—Yo quería ser el padre de ese bebé. Pero supongo que Vasil está bien, al fin y al cabo, su familia también viene de un linaje de brujos muy antiguo; eso servirá. ¿Está todo el clan con él?

—No, solo tres. Anoche mataron a uno de los suyos, los demás están en su cabaña —responde la pelinegra, esta vez con más seguridad.

—Bien, problemas familiares. Avisa a los demás, que se preparen para una visita.

—Sí, señor —responden las brujas.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar?

—Unos siete meses más —dice la bruja rubia.

—Gracias por su esfuerzo, nuestro señor estará muy agradecido.

Las brujas hacen una pequeña reverencia y salen de la habitación dejando al hombre misterioso en compañía de la luz azul en medio de la oscuridad y con una sonrisa placentera.

—Siete meses más —dice el hombre con su mirada puesta en la luz azul entre la oscuridad—. Ya veremos qué pasa.

Capítulo 15

Un par de días más tuvo que esperar el coven en Pisa, pero finalmente aterrizan en Liverpool. El vuelo fue tranquilo y corto desde la perspectiva de Sara, quien se imaginaba un vuelo mucho más extenso.

Para llegar a la villa de Woodplumpton, su próximo destino, deben tomar un bus desde Liverpool y recorrer casi tres horas hasta llegar a esa parte de la ciudad de Preston.

La villa es un lugar con pocos habitantes y mucha tradición religiosa, esto hace que se alcancen a imaginar con lo que se pueden encontrar: una comunidad que no está acostumbrada a los extraños, extremadamente devota y, por ende, supersticiosa.

La tumba de Meg Shelton es ampliamente conocida por estar ubicada junto a la iglesia principal del pueblo, un lugar un poco difícil para realizar un ritual.

—Bueno, ¿Cuál es el plan? —dice Otto con mucho ánimo, mientras pone una bandeja con comida rápida sobre la mesa.

—Bueno, pues es una comunidad muy religiosa, entonces no podemos llamar mucho la atención —responde Sara tomando una hamburguesa con sus manos.

—Es un pueblo pequeño, así que no deben estar acostumbrados a recibir muchos turistas; llamaremos la atención de igual forma —opina Delfina.

—Es decir que necesitamos pensar en un plan para poder llegar al pueblo y no despertar sospechas, poder hacer el ritual sin interrupciones y salir intactos. ¿Verdad? —resume la bruja más vieja mientras observa con cuidado lo que contiene su hamburguesa.

—Técnicamente —responde la Deífica.

—¡Fácil! Entramos al pueblo en medio de la noche, hacemos el ritual y salimos sin ser vistos —dice Otto.

Ana le da una palmada en la cabeza.

—¿En serio crees que será así de fácil?, ¿en qué viaje has estado?

Sara ríe.

—Es cierto —dice Delfina—, necesitamos pensar esto bien. No podemos llegar como simples turistas, todo el mundo estará pendiente de nosotros, además necesitamos tiempo para establecer todo para el ritual.

—¡Tenemos que disfrazarnos! —dice Ana con la boca llena de comida—. Ir encubiertos.

—¿Disfrazarnos? ¿Pero de qué? —pregunta Otto, tratando de imaginarse el panorama.

—¡Religiosas! ¡Tres monjas y un sacerdote! —grita Ana.

—¿Qué? —Refuta Otto indignado—, ir vestidos como tres monjas y un sacerdote a una comunidad religiosa es…

—Una buena idea —interrumpe Delfina—, si hacemos todo bien, puede funcionar.

—Exacto —dice Otto cambiando su parecer casi de inmediato.

—Si aseguramos que vamos enviados por no sé, la diócesis, tal vez pasemos de largo —sigue Delfina.

—¿Y si no nos creen? —pregunta Sara indecisa.

—Los hechizamos —dice rotundamente Ana—, tal vez no podamos hechizar todo el pueblo, pero sí a unos cuantos… ¿Cuántas personas viven ahí?

—Con solo unas pocas personas bastaría, tratemos de no hechizar a todo un pueblo —

advierte Delfina.

—Tengo miedo, muchas cosas pueden fallar —refuta Sara—. ¿Qué tal si nos descubren, si se dan cuenta que somos unos impostores?

—¿Quién nos va a descubrir? —Reacciona Ana con mucha seguridad—. Solo necesitamos convencer al sacerdote y cuando menos piensen liberaremos a Woodplumton del mal que lo acecha. —Ana ríe con mucha confianza—. Créanme, llevo 800 años moviéndome así por el mundo, la gente se cree lo que sea.

Sara tiene dudas, para ella el plan está salido de lógica y puede ponerlos en riesgo.

—¿Qué otra opción tenemos? Podemos ir como turistas.

Los demás le lanzan una mirada de desaprobación, esa opción ya estaba eliminada.

—¿Qué pensaría el sacerdote de la villa al ver cuatro turistas haciendo un ritual en el patio de la iglesia? —pregunta retóricamente Delfina, Sara no responde—. No se me ocurre otra forma de acercarnos a la tumba de Meg Shelton sin que nos quemen vivos.

—Pero… —continúa Sara—, es como si nos burláramos de sus creencias.

—Ellos se han burlado y nos han hecho cosas mucho peores por nuestras creencias por miles de años —Reacciona Ana con un tono frío y la mirada seca. Sara no refuta más.

Antes de salir del restaurante, Delfina detiene a Sara para hablar:

—Yo sé lo que piensas, Deífica, pero simplemente no me parece… correcto —dice Sara, antes de que Delfina iniciara a hablar.

—Lo sé, no es correcto, pero es la mejor idea que tenemos —Delfina toma las manos de la joven bruja y continúa hablando—. Esto es arriesgado, no es como en Nueva Orleans que mucha gente piensa que la magia es un atractivo turístico más. Estas personas creen que somos hijas y esposas del diablo, ellos no entienden la naturaleza como nosotros y no está en su doctrina entenderlo o aceptarlo —Suelta un suspiro, su mirada se torna más tranquila—. Estas comunidades tan fanáticas pueden ser... peligrosas, no entienden razones y no podemos hechizar a todo el pueblo.

—No, claro que no —responde Sara, más tranquila.

—Recuerda lo que ha pasado cuando se hechizaron pueblos completos, por eso está prohibido; incluso Ana lo sabe.

Sara asiente repetidamente.

—Esto es lo mejor que tenemos para cuidar a la gente de Woodplumton e invocar el poder de Meg Shelton.

Con un suspiro pesado Sara acepta lo que la Deífica dice:

—No podemos arriesgarnos con la gente, no como lo hicimos en Yazoo.

—Precisamente, lo que nos pasó allá fue mi exceso de confianza, no podemos permitir que nos pase de nuevo y… no tenemos otra idea.

Sara asiente, sin embargo, dentro de ella aún sigue el miedo de repetir lo que pasó en Yazoo, tantas personas que perdieron sus cosas solo por su descuido dejaron una marca en su corazón.

Antes de seguir el viaje, deben encontrar el vestuario perfecto para su acto, además de conseguir algunos objetos religiosos que deben llevar consigo como parte del engaño. Deberán también guardar sus maletas en una bodega en el centro de Liverpool, para así solo empacar con ellos lo relacionado con sus disfraces.

Dos días después, están listos para atrapar la energía y poder de Meg Shelton, la bruja de Woodplumton. Delfina y Otto rentaron un auto negro polarizado, muy parecido a los autos que vieron en la diócesis de Liverpool; después de recoger a Ana y Sara, entran a la carretera que los

conducirá a su destino.

A 5 kilómetros alejados de la ciudad, los brujos hacen una parada donde adoptan sus nuevos roles como miembros de la iglesia. Ya vestidas como monjas y Otto como sacerdote, siguen su camino hasta la villa, su destino será la iglesia, antes de hacer cualquier movimiento deben primero presentarse ante el cura.

—Recuerden, vinimos porque estamos en una cruzada de purificación evangélica —dice Delfina mientras divisa la entrada del pueblo a lo lejos.

—¿Y si nos preguntan cosas que no sabemos? —pregunta Otto preocupado—. Cosas religiosas.

—Improvisamos —responde Ana, sacando su cabeza desde atrás—. Algo te inventas o cambias el tema rápidamente; déjalo fluir —Su actitud es muy tranquila.

—Fácil para ti decirlo —dice Sara.

—Una vez tuve que pretender ser un hombre por dos meses, era un viaje muy largo en barco y la forma más segura de viajar era siendo hombre. Aunque al final del viaje había usado Concilio con casi toda la tripulación —Ríe—. Fue divertido.

—Tratemos de hechizar a la menor cantidad de personas posible —opina Delfina—. No queremos enloquecer a estas personas.

—Enloquecer ¡Más!... —dice Ana.

Exactamente tres horas y media después de salir de Liverpool, los brujos logran ver algunas casas y granjas que se empiezan a dibujar al lado de la carretera, detrás de algunos árboles enfilados, los prados son llanos de diferentes tipos de verde, amplios lugares y terrenos, no hay edificios o construcciones grandes, solo llano. Poco después de pisar la carretera principal, pueden ver a la izquierda unas lápidas que se asoman y salen de atrás de los árboles, en la distancia se ve un pequeño muro de piedra muy viejo, un árbol grande, detrás, un arco de roca y mármol, y luego unos marcos que bordean los vitrales de la iglesia anglicana de St. Anne.

El auto se detiene, al bajar pueden ver con plenitud toda la iglesia, su cúpula y la campana. Caminan y cruzan un portón con un techo de madera, la iglesia y el cementerio del pueblo comparten terreno, avanzan por un camino de piedra que cruza entre ambos espacios, hasta que algo, como un viento frío, los hace detenerse repentinamente, a su izquierda hay una roca grande, al pie de ella una placa con una inscripción, Delfina se acerca y lee en voz alta:

—«The Witch’s Grave. Beneath this stone lie the reminds of Meg Shelton, alleged witch of Woodplumton, buried in 1705».

—Con esta piedra fue asesinada, ¿Verdad? —pregunta Sara.

—Eso dice la historia —responde Delfina mientras pone la palma de su mano sobre la piedra. Un momento después se levanta.

Por la esquina de la iglesia se asoma un hombre vestido con pantalón y camisa negra, dice algo, pero no alcanzan a oír, los brujos se juntan.

—Mantengan la calma. Otto —dice la Deífica.

Otto agacha la mirada y se recompone. El hombre se acerca y en un inglés británico muy tradicional comienza a hablar a la distancia, Delfina no logra entenderle claro, aun conociendo el idioma y el acento bastante bien.

—Hello, father —responde Ana mientras el sacerdote se acerca.

—Hablas muy bien —dice Sara sorprendida.

—Ochocientos años, niña —le responde en voz baja.

Sara y Otto conocen el idioma, pero no son tan fluidos como Delfina y menos como Ana.

—Buenas tardes —dice el sacerdote en inglés muy decente, dibuja una sonrisa suave en su rostro pálido —Bienvenidas, hermanas, padre.

Las brujas responden con los buenos días y miran directamente a Otto esperando que tome la iniciativa, él da un paso adelante y con un impulso inesperado y mala pronunciación inicia la conversación.

—Gracias —dice mordiéndose el labio—. Mi nombre es… —Por un segundo lo piensa, no puede revelar sus verdaderos nombres, y no habían hablado de esto antes—. Paolo —dice de golpe—, mi nombre es Paolo Moura. Ellas son —señalando a Ana, pero ningún sonido sale de su boca en el momento, lo piensa, su cara expresa angustia hasta que súbitamente dice—: Sara, ella es la hermana Sara —Sara que está en toda la izquierda le regresa una mirada inquisidora—. Ella es la hermana Raquel —señalando a Delfina—. Y ella es la hermana Serena —señalando a Sara.

Las tres dibujan una pequeña sonrisa en el rostro y con una venia dan los buenos días.

El sacerdote con entusiasmo en su voz los saluda.

—Sigan por favor, sigan, entren —El cura toma la delantera, los demás caminan detrás de él.

—Estoy muy confundida con mi nombre, no creo que recuerde quien soy —susurra Ana.

—Lo siento, entré en pánico, dije lo primero que pensé —responde el brujo.

El padre los lleva por una entrada de la iglesia, ingresan justo por un costado junto al atrio y se sientan en la primera fila de sillas.

—Bienvenidos, yo soy el padre William —Sacude la mano de los cuatro.

Se ve bastante complacido con la presencia de los visitantes extranjeros, como si los hubiese estado esperando, cosa que se les hace muy sospechoso, en especial a Delfina que esperaba más desconcierto.

—Perdón por preguntar así, ¿De dónde vienen?

Otto comienza a titubear de nuevo, pero Ana toma la voz:

—Yo soy italiana, ella es francesa —apuntando a Delfina quien responde con una sonrisa—. Y ellos son españoles.

—Que emocionante recibir visitantes de tan lejos. ¿Cómo podemos ayudarlos en la parroquia de Saint Anne? —pregunta sin más espera.

Sara, Otto y Ana giran sus ojos sobre Delfina quien responde con seguridad.

—Fuimos enviados —responde la Deífica—, somos emisarios de la diócesis anglicana de Blackburn, acá en Preston, el Obispo está promoviendo varios recorridos por los pueblos de la región en una cruzada de purificación evangélica, purificando, exorcizando y bendiciendo a los hijos de dios.

Otto no puede evitar mirar a Delfina con admiración.

El padre William no responde de inmediato, solo comienza a marcar una expresión de alegría, alivio y entusiasmo, juntas en ese orden, algo que desconcierta por completo a los brujos.

—¡Lo sabía! —Repite un par de veces el padre—. Sabía que dios había escuchado nuestras plegarias.

Muy confundidos, los brujos se miran entre sí. El padre se acerca al atrio, hace una reverencia y se persigna.

—¿A qué se refiere padre? —pregunta Sara.

—Síganme —dice el sacerdote y con un solo movimiento camina, los brujos salen detrás de él.

Tras la imagen de Cristo crucificado, justo en el centro del atrio hay una puerta delgada por la que cruzan, suben unas escaleras angostas hasta llegar a una oficina donde solo hay una pequeña

ventana, más parecida a una hendija, un escritorio de madera antiguo, una pequeña sala y un prominente cuadro de la última cena de Da Vinci en la pared, el padre los invita a sentarse en las sillas frente a su escritorio, luego saca de un cajón una carpeta café y se sienta frente a ellos.

—¿Por qué fueron enviados hasta Woodplumton? Si no les molesta que pregunte —El padre sostiene con fuerza la carpeta.

Nadie responde de inmediato, así que Delfina toma la voz:

—La diócesis nos informó que hace muchos años este lugar fue acechado por el mal, y que… bueno lo voy a decir con confianza, el Obispo siente que no le ha prestado atención a Woodplumton, no como la merece.

Para la extrañeza de los demás, el padre se ve cada vez más emocionado.

—¿Y piensan ir a más pueblos supongo? —Sus dedos se aferran a la carpeta como si quisiera abrirla con desesperación—. Perdón por preguntar tanto; si escuché bien, ustedes vinieron a purificar, bendecir y exorcizar Woodplumton ¿Verdad?

Sin pensarlo, Otto responde rápidamente:

—Así es.

Las preguntas se empiezan a poner incómodas.

—O sea que ustedes tienen autorización para hacer exorcismos, ¿Verdad?

Su mirada está puesta en ellos, pero antes de que Delfina pueda contestar con una evasiva, Otto abre la boca:

—¡Claro que sí! —Muy confiado—. De hecho, no muy lejos, acá mismo en Preston, liberamos una familia de un demonio.

Ana parpadea.

El padre William no puede esconder su alegría. Delfina le da una mirada lenta de reproche a Otto. Con rapidez, el cura abre la carpeta y les entrega unos documentos y unas fotos instantáneas, son imágenes de una niña atada a una cama, con extrañas cicatrices en su cara, otras fotos son solo de su espalda herida, sino también sus piernas y el rostro.

Aterrado, Otto sube la mirada pero las palabras se le ahogan en la boca.

—Impresionante ¿verdad? —dice William—. La niña lleva poseída un año, o más. Hemos tratado de buscar la ayuda del Obispo y hasta del rey, pero no habíamos recibido respuesta. Este es el archivo que armamos con la evidencia. Los padres de la niña y yo creemos que no sobrevivirá mucho, hemos orado todos los días pidiéndole a dios ayuda para que la diócesis nos escuchara, y ahora ustedes están acá, ustedes son el milagro de dios, los enviados para salvar el pueblo —El sacerdote se abalanza sobre ellos, les toma las manos y las besa—. ¡Muchas gracias!, creo que debo llamar a Marge, la madre de la niña, para avisarle de este milagro —William sale de la oficina muy emocionado.

—¿Hicimos un exorcismo acá mismo en Preston? —dice Delfina con un tono de rabia.

—Perdón, perdón, estaba improvisando, no creí que lo fuera a tomar tan en serio —dice Otto metiendo su cara en las manos, Sara le da una palmada en la cabeza.

—Ahora tendremos que hacer un exorcismo, justo lo que este viaje necesitaba —opina Sara mordiéndose el labio.

—¿Sabes cómo hacer un exorcismo, tienes experiencia? —Súbitamente Delfina le pregunta a Ana.

—¡Claro que sí! En 800 años… —responde muy confiada—. Pero un exorcismo no lo puede hacer una monja.

Las tres brujas tornan su mirada a Otto quien no logra entender del todo lo que eso significa.

—¿Has hecho un exorcismo antes? —le pregunta Delfina.

Otto responde sacudiendo la cabeza:

—Pero puedo hacerlo.

Delfina se acerca para hablar en un susurro, su mirada no tiene ira, ahora está llena de una luz:

—Tengo una idea. Podemos usar el exorcismo como excusa para sacar el poder de Meg Shelton de acá, pero tendríamos que dividirnos y convencer al padre William que todo el pueblo debe estar allá y no acá en la iglesia.

—Puede funcionar, si todos están lejos de la iglesia, cerca al exorcismo, podemos usar la tumba de Meg sin peligro que nos descubran —opina Sara.

—Ok, entonces el padre Paolo realizará el exorcismo junto con la hermana… Sara, y nosotras haremos el ritual del anillo —propone Delfina.

—¿Cómo vamos a hacer un exorcismo anglicano? Ni siquiera sé la diferencia entre anglicano y católico, nos van a descubrir —dice Otto frunciendo su ceño altamente preocupado.

—Bueno, lo que podemos hacer es…

En ese momento regresa el padre William y deja la frase de Delfina a medias.

—Ya avisé a la madre de la niña. ¿Qué es lo primero que debemos hacer? —La mirada del padre se clava en los ojos nerviosos de Otto.

—Debemos ver a qué nos enfrentamos —responde la Deífica.

—Perfecto. Se pueden quedar en mi casa el tiempo que sea necesario, justo al frente tengo un par de habitaciones libres que podemos usar. ¿Por qué no descargan sus cosas y me acompañan a visitar a la familia?

Los brujos atienden y se disponen a hacer lo que el padre William sugiere. Una hora después, ya están instalados en las dos habitaciones que el sacerdote ofreció de su propia casa. Ahora los sube a una camioneta y comienza a llevarlos en dirección hacia la niña supuestamente poseída. Durante el recorrido el padre les habla acerca de las cosas extrañas que le han pasado a la familia y los encuentros que él mismo ha tenido con el supuesto demonio.

Luego de un desvío por una carretera entre las calles Woodplunton Rd y New Shan Line, una granja se hace más grande a la vista, mientras se acercan: Una casa alta de madera roja y ventanas blancas con marcos grandes. Más atrás hay un granero y unas plantaciones que se extienden varios kilómetros. El padre se detiene y todos bajan del auto, sin embargo, en el momento de poner los pies en la tierra, los cuatro brujos pueden sentir una presencia en la casa.

—¿Qué es eso? —dice Sara extrañada. La sensación es igual a la que había en la pequeña cascada cuando salvaron a Serena.

—Cuando un demonio posee un humano, su poder se manifiesta en esta dimensión —Susurra Delfina—. Este demonio debe llevar bastante tiempo aquí.

Una mujer mayor sale de la casa corriendo hacía el padre William.

—Debemos identificar qué clase de demonio es —les dice Ana en voz baja—. Tan pronto sepamos, será más fácil encontrar el ritual necesario.

—¿Y cómo vamos a saber?

El padre interrumpe la pregunta de Otto:

—Marge, ellos son las personas de las que te hablé por teléfono —La mujer se acerca y le da la mano a Otto—. Él es el padre Paolo, ellas son las hermanas Raquel, Serena y Sara. Enviados finalmente por el Obispo.

La mujer suelta un llanto, cae de rodillas, une sus manos y suelta fuertes alaridos:

—Gracias, Dios Mío, tú nos has mirado a nuestros rostros y nos has puesto esta prueba de fe. —Se levanta y toma las manos de Otto—. Gracias, padre, muchas gracias por salvar a mi hija.

Otto no puede disimular lo incómodo que se siente, el padre William la toma por el brazo y la ayuda a ponerse de pie.

—Vamos, Marge. ¿Qué necesitamos?

Otto mira a Ana y muy serio responde:

—Necesitamos ver la casa y ver a la joven.

Marge los conduce a la casa, en la entrada se ven muchos crucifijos pegados en las paredes, cuadros de Jesús y sus apóstoles, varias biblias abiertas están regadas por todas partes, en las repisas, sobre la mesa de la sala, bajo el sofá y en las escaleras al segundo piso. Suben al que era el cuarto de la niña, los brujos pretenden buscar e identificar lo «maligno» en la habitación, pero saben que allí no hay nada, sin embargo, siguen el recorrido en silencio. Marge no habla mucho y tampoco lo hace el padre William, solo miran los movimientos de los brujos disfrazados. Después de unos minutos más de recorrido, la madre los lleva por la puerta trasera caminando por el prado hasta el granero, un portón alto de madera verde se pone en su camino, ahí los brujos sí pueden sentir una presencia más fuerte.

—Tuvimos que encerrarla aquí —dice Marge con dolor en su voz—. Mis otros niños no podían dormir, así que creamos un cuarto acá.

Abre la puerta, el interior se ilumina y se oye a lo lejos un crujido como el llanto de un gato erizado, la puerta se cierra tras ellos, la respiración de Otto se acelera, un viento frío toca su nuca. Lentamente avanzan hasta el final del granero donde ven, entre las tenues luces que entran por las hendijas de las paredes y las bombillas débiles, a una mujer anciana con el pelo largo, rubio muy claro, caído sobre sus hombros y rostro, atada a la cama donde está sentada, la anciana los ve y cambia de posición para mirarlos fijamente, la energía diabólica proviene de ella.

—Oh, esto sí es una sorpresa —dice la niña poseída con aspecto de anciana y con una voz que no es de ella, era más bien fría, grave y susurrante, casi hipnótica.

Nadie responde nada, Delfina camina alrededor de la cama, inspecciona sus ataduras y sus heridas.

—¡Largo, fuera de aquí! Esta niña es mía…

—¡Cállate! —dice Ana.

El demonio para, frunce el ceño en el rostro de la niña. Un viento frío llena el granero, la puerta comienza a moverse y golpear, el padre William toma a Marge quien está muy asustada. Ana se acerca a la niña poseída.

—No nos asustan esos efectos —le susurra retándolo— ¿Cuál es tu nombre?

El demonio cambia su voz por la de la niña:

—Mi nombre es Jessica Thompson, tengo 11 años…

Otto lo interrumpe.

—Sabemos quién es Jessica y no eres tú.

El demonio regresa su voz a la horripilante de antes:

—Y tú lo sabes todo ¿Verdad?

Otto no puede ocultar su miedo, Delfina está alerta y Sara está atónita.

—Sé cómo acabar contigo. Eso es algo —responde Otto armándose de valor.

Ana le agarra el rostro a la niña, clavando sus dedos en las mejillas poseídas.

—¿Por qué haces esto? Es para subir de jerarquía ¿Verdad? ¿Es esa la única forma de que un pequeño y débil demonio pueda sobresalir? Eres patético.

Nadie más a excepción de Otto y Delfina pueden oír esas palabras. El demonio no responde, pero su cuerpo se retuerce, está ofendido y expuesto, comienza a hablar palabras en un idioma que nadie reconoce.

—¿Qué le dijo?, ¿qué está pasando? —pregunta con nervios Marge.

Sara se acerca para tratar de calmarla, Ana se levanta y con gestos hace que todos salgan de allí, la gran puerta del granero se cierra tras ellos, los gritos se siguen oyendo en la distancia.

—¿Qué pasó? —pregunta Marge muy angustiada.

Nadie responde, las tres brujas giran su mirada a Otto quien tarda un poco más en entender.

—Ya vimos a lo que nos enfrentamos —dice finalmente—. No va a ser nada fácil, pero lo intentaremos.

La mujer madre de la niña comienza a llorar, el padre William la abraza.

—¿Por qué reaccionó así cuando se le acercaron? —dice sujetando a la mujer para que no se desplome al suelo.

—Es algo normal, el demonio respondía a nuestro poder —Por un momento Otto puede sentir la mirada de Delfina en su nuca—. No nuestro poder —ríe nervioso—, nosotros no tenemos poder. El poder de Dios, me refiero.

El padre William asiente incómodo.

—Hay algunas cosas que necesitamos si queremos hacer el exorcismo —dice Ana cambiando el tema.

—Sí claro —responde ansioso el padre.

—Necesitaremos muchas velas blancas, tantas como se pueda tener. También vamos a necesitar unas plantas: eléboro, ruda y attar de rosas o esencia de rosas. Ah y mucha sal.

A William le parece extraño el listado de peticiones, pero no dice nada en el momento; mientras caminan de regreso a la casa, Ana se acerca a la Deífica:

—¿Has hecho un exorcismo antes? — pregunta en un tono bajo.

—No en un humano, en objetos sí, varios —Ana la toma por el brazo y continúan hablando —. Una de mis brujas fue acosada y abusada por una entidad demoníaca durante muchos años. Tuve suerte de liberarla de eso y en el proceso gané una bruja para el coven.

En su voz Ana puede notar que fue algo bastante delicado.

—¿Dónde está ella ahora? —pregunta la vieja bruja.

—En casa, está con los demás, seguros en nuestro coven.

Marge se despide y queda con el encargo de que mientras más rápido consiga las cosas que la hermana Sara (Ana) pidió, más pronto se podrá hacer el ritual.

De regreso a la parroquia, hay un silencio en el carro del sacerdote, silencio que oculta todas las preguntas que pasan por las cabezas de todos, sin embargo, es el mismo cura quien habla primero.

—Discúlpeme, padre Paolo, hermanas, pero nunca he leído nada sobre exorcismos con esas plantas y mucho menos con sal, esos objetos están asociados con…

Súbitamente Ana aparece entre las dos sillas de adelante.

—Padre, ¿podemos confiar en usted?

Un micropánico entra en el pecho de los demás, los brujos creen que tal vez Ana puede exponerlos.

—¡Claro que sí! —responde el padre entusiasmado.

—Hay una razón por la que el Obispo no comunica nuestras visitas. Somos... digamos, como un equipo especial. La diócesis favorece la creación de liturgias de exorcismo según las

necesidades de cada… persona poseída. Digamos que tenemos permiso para manejar las cosas un poco diferentes.

El padre tiene el ceño apretado, no dice nada, solo asiente lentamente con la cabeza.

—Sí —dice Otto en un tono misterioso—, y como verá padre, este demonio no estaba en nuestro itinerario y es bastante poderoso, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para salvar a la niña.

El padre abre un poco la boca con la intención de hablar, pero no sale sonido, un segundo después lo intenta de nuevo:

—Algo he leído de estas liturgias «personalizadas» de algunas diócesis. Dios los envió para liberar a esa familia, ellos son buenas personas, no merecen algo así.

El auto se llena de silencio.

La tarde se convierte en noche, el padre William y su hermana cocinan una deliciosa cena para los invitados. Durante la comida, los brujos tratan de evadir temas religiosos muy puntuales como dónde se habían formado o de qué congregación hacían parte. Delfina no está acostumbrada a decir tantas mentiras, por lo general sus métodos son diferentes, más directos, pero tampoco había estado en una situación así antes, y ante la duda, decide que la mejor opción es continuar con el engaño. Un par de horas más pasan, después de un café y una cátedra religiosa, los brujos son dejados para el descanso. Con mucho sigilo Otto se escabulle en la habitación de las monjas.

—Cierra la puerta rápido —susurra Sara.

Otto lo hace y se acerca sin hacer mucho ruido, se sientan juntos en una cama y se acercan para que ninguna palabra se oiga fuera del círculo.

—¿Cuál es el plan? —dice Otto

—La mejor noche para asegurar el éxito de nuestros rituales es el próximo martes —dice Delfina tomando la palabra primero. Ana asiente—. Necesitaremos que nadie se acerque a la iglesia, debes hacerle creer al padre que Sara y yo debemos quedarnos orando o algo y ustedes deben hacer el exorcismo, necesitamos que la gente también esté allá y no cerca al cementerio.

Ana asiente de nuevo:

—Delfina tiene razón, nadie las puede interrumpir, si este poder es como ustedes me han dicho puede ser muy inestable, ustedes deben estar solas.

—¿Y nosotros? —pregunta Otto a Ana con una mirada de preocupación.

—Nosotros mantendremos la calma, habrá un punto en el que necesitaremos estar con la niña solo los tres.

—No creo que el padre William vaya a permitirlo —dice la Deífica—. Aún no nos hemos ganado su confianza.

—Lo sé, pero no podemos hacer el ritual frente a él y toda la familia.

Delfina y Sara le dan la razón, sin embargo, Otto sigue preocupado, es la primera vez que se enfrentará a una posesión demoníaca.

—¿Cómo será el ritual, qué clase de demonio es? —Sara y él giran la cabeza directamente a la cara de Ana, ella devuelve una expresión de superioridad y ante la pequeña risa de Delfina, explica:

—Por lo general, las entidades demoníacas que poseen humanos se llaman Lesseros, son fuerzas menores, débiles, que aspiran a ser demonios y obtener un nombre.

Delfina continua:

—Pero no hay que confiarse, este Lessero será más poderoso.

—¿Qué?, ¿por qué? ¿No es una fuerza menor?

—Lo es —responde Delfina—, pero el tiempo que lleva en la niña le ha dado fuerza. Además... ya nos conoce.

—¿Eso que quiere decir? —Aún más aterrado.

—Quiere decir que él creerá que tiene poder sobre nosotros, ahora sabe cosas, nuestros secretos y no dudará en decirlos en sus caras. El Lessero dirá todo lo que sea necesario para desestabilizarlos, deberán ser más fuertes que él.

Otto asiente, pero es claro que está muy nervioso.

—Hay algo que tendrás que hacer Otto —explica Delfina—, esta gente espera un exorcismo anglicano, no podemos hacer el ritual delante de ellos, las cosas podrían salirse de control. Tendrás que fingir, leer la biblia o del libro de exorcismo oficial de acá: Exorcismos y súplicas relacionadas, decir palabras, montar toda una escena de película, el Lessero se ofenderá y esa será la señal para quedarse solos con él.

Otto solo puede expresar preocupación, hay muchas cosas en juego.

—Ah y nada de magia hasta que estemos solos con él. Tranquilo, todo va a salir bien, tendremos el control de todo —dice Ana tratando de calmarlo.

—En cuanto al anillo —continúa Delfina—, tan pronto estemos seguras de estar solas, haremos el ritual.

—¿Cómo podemos estar del todo seguras? —opina Sara—, la tumba de Meg Shelton es muy visible desde la entrada, ¿Qué tal si alguien pasa?

—Podemos lanzar un hechizo para ahuyentar a los curiosos —asegura la Deífica.

La conversación termina por el día, Otto sale del cuarto y se escabulle de regreso a su cama. La noche brilla con una luna creciente, acompañada del destello de Saturno a su lado.

Capítulo 16

El sol apunta directo a Serena. Debe ser medio día, piensa. Está sentada junto al rosal del patio, lleva un vestido de color rosa muy claro, tiene el cabello suelto largo hasta la cadera, sostiene algo en sus brazos y sobre sus piernas, es un bebé, su bebé. Le acaricia el rostro lentamente, su dulce cara le recuerda a su hermano menor, el que le fue arrebatado. El sol comienza a ocultarse tras las nubes y un fuerte ventarrón se siente salir de la casa, cuando Serena gira a ver de dónde viene el viento, está él, el hombre deforme, su ojo azul brillante se clava en el bebé, la bruja se levanta y protege a su hijo entre los brazos; la criatura da dos pasos adelante, Serena invoca varios hechizos, pero parece que nada funciona. El espectro comienza a caminar hacia ella mientras que la bruja retrocede tanto que queda atrapada entre el rosal y sus espinas, no puede moverse. El bebé comienza a llorar cada vez más fuerte mientras la criatura se acerca, Serena cierra con fuerza sus ojos, pero nada se le ocurre, no tiene cómo escapar, los abre y se encuentra con dos ojos, uno azul brillante y uno café, escondidos entre piel muerta y dañada. Los ojos siniestros se posan en el bebé, este deja de llorar y le extiende los pequeños brazos al monstruo con mucho entusiasmo; Serena está paralizada, no puede moverse, con todas sus fuerzas sujeta su bebé, pero le es arrebatado con facilidad por la criatura, Serena solo alcanza a ver cómo se lleva a su hijo mientras ella es engullida por rosas que crecen velozmente a su alrededor.

La joven abre los ojos de golpe, trata de no parecer muy alterada, estos sueños se han vuelto más frecuentes, pero no ha querido decirle nada a sus compañeros; con una mano en su vientre, no puede evitar sentir que tal vez algo está mal con su bebé.

Un par de semanas han pasado desde que Carlos murió en la hoguera. Serena aún puede oír sus gritos cuando cierra los ojos antes de dormir. Las heridas de Paolo y Raquel están sanando muy bien, su espalda ahora está llena de costras, algunas se han caído exponiendo una piel nueva con un tono rosa suave. Los ánimos se han ido recuperando entre los brujos. Sin embargo, entre los Síneros las cosas no han ido muy bien, Vasil está muy molesto, pues desde hace cinco días están esperando la llegada de dos de sus compañeros, los teléfonos no sirven o nadie responde, cosa que tiene a su líder en un estrés insoportable. Esta mañana Vasil los cita en la sala; camina de un lado a otro sin decir nada, solo se oye el tip tap de sus zapatos pegando en la madera y un suspiro frío que suelta cada cuatro pasos.

—¿Y bien? —Nadie responde nada—. ¡¿Y bien?!

—Señor —dice Rafael sentado en un sillón—, ¿Hay algo que nos quiere decir?

Vasil se detiene, con la mirada en el suelo recorre el camino hasta la cara del Sínero que acaba de hablar.

—Estaba esperando que ustedes tuvieran algo que decirme a mí.

Hay un momento de incertidumbre, nadie sabe realmente qué quiere escuchar Vasil.

—¿Decirte algo cómo qué Vasil? —pregunta Jack desde el fondo de la habitación.

La cara de Vasil se pone roja, su respiración se acelera.

—¿Por qué solo estamos nosotros cuatro? ¿Por qué no han llegado sus compañeros Síneros? —Sus ojos están puestos en Rafael y Jack, pero ninguno sabe qué responder—. ¿Alguien puede explicarme por qué nadie responde en la cabaña? ¿Por qué nadie ha llegado? —insiste en un tono de superioridad, sin embargo, nadie responde—. ¿Cuántas veces debo preguntar?

—No sabemos —responde Rafael levantándose con calma—. Sabemos lo mismo que tú Vasil, nadie se ha podido comunicar con ellos.

Bo observa la conversación con una expresión neutra, sus ojos bailan con la discusión. Vasil devuelve una mirada seca, pero sabe que Rafael tiene razón, ¿cómo podrían saber algo que él no?, imposible. Con incertidumbre en su ceño se sienta en el sofá y por unos minutos piensa en silencio.

—Voy a ir a la cabaña, algo está pasando y no permitiré ser ignorado de esa forma.

—Yo puedo ir contigo si quieres —Ofrece Jack, pero justo al ver la reacción de Vasil, sabe que fue muy mala idea ofrecerse.

Vasil lo mira con los ojos entre cerrados, mientras sacude lentamente su cabeza.

—Hace unas noches matamos a uno de los nuestros. Ahora solo quedan ustedes tres. Esos brujos convencieron al más inteligente de ustedes para que los ayudara a escapar y solo los pudimos detener gracias a mí. Iré solo, mientras que ustedes se aseguran de que nadie escape.

—Ehh, Vasil —dice Rafael en un tono suave—, no creo que los brujos intenten algo ahora, menos después de su castigo.

—No me importa, ustedes harán lo que les dije mientras regreso con el resto de Síneros —Vasil se levanta, mira a Bo y deja la habitación, Bo sale tras él, pero sin prisa.

Jack sale del fondo y se sienta en el sofá frente a Rafael, aunque ninguno dice nada, el ambiente está lleno de temor. Rafael tiene la mirada puesta en Jack.

—Deberías dejar de intentarlo —dice sentándose también en el sofá—, estás generando el efecto contrario a lo que quieres.

Jack voltea a verlo con una actitud altiva:

—No sé de qué hablas.

—Tú sabes de qué te hablo, deja de intentar ser el Bo de Vasil.

—¿Por qué? ¿Cuál es el interés que tienes en eso? ¿Crees que tú sí eres un favorito?

—¡No hay favoritos para Vasil! ¿No ves? Para él somos tan desechables como Carlos.

—Ahh, ya entiendo. Te dolió mucho la muerte de tu amigo traidor y ahora ¿Qué quieres?, ¿convencerme para que traicione a Vasil?

—¿De qué hablas Jack? —Rafael toma con fuerza a Jack por los hombros y en susurro continúa—: Mira, cada vez que abres la boca para Vasil es como si le escupieras en la cara, él te odia y tú lo sabes, lo que te estoy diciendo, maldito cabrón, es que te cuides porque un comentario que lo ofenda y estarás ardiendo en el patio trasero —Rafael lo suelta, Jack se incorpora y comienza a organizar su camisa.

—¿Por qué sigues acá entonces? —pregunta Jack en un tono más tranquilo.

—Porque creo que tiene razón, creo que su plan funcionará y volveremos a hacer magia.

Jack suelta un suspiro y se deja caer en el sofá, igual lo hace Rafael.

Horas más tarde, Vasil y Bo salen listos para reunir a todo el clan en la mansión, toman el auto del coven y emprende su camino. Pasan por la pequeña cascada y por el bosque de árboles que adornan la carretera, por muchos kilómetros siguen las montañas que los conducen hacia el desvío de un prado, junto a un gran árbol blanco. Avanzan por un camino destapado de tierra y piedras, después de treinta minutos y de rodear una montaña, Vasil baja del auto atónito, siente como si le dieran una fuerte palmada en la frente, como si le halaran la garganta hacia el suelo.

La cabaña está completamente destruida.

Se acerca con sigilo mientras ve aterrado una montaña de escombros, no hay muros, no hay puertas ni ventanas, solo queda un montón de madera quemada, una sobre otra, apilada en

diferentes partes donde estuvo la cabaña erguida. Más cerca puede ver retazos quemados de ropa, de muebles, páginas de libros en las ramas de los árboles, pero ninguna señal de sus Síneros; todo está destruido, y por lo que puede notar por la madera mojada, esto pasó varios días atrás. ¿Quién podría haber hecho esto? ¿Quién tendría el poder? y ¿Por qué? piensa Vasil con cada paso que da.

Después de un recorrido por todo el terreno, un ligero pensamiento sobre el karma se forma en su mente, pero antes de darle más tiempo a esa idea escucha un murmullo que se siente detrás de un árbol, cerca de donde quedaba la puerta trasera, la voz se hace más clara mientras se acercan.

—Vasil… Vasil… —susurra una voz.

El Sínero camina lento y con precaución, nota la sangre seca en el tronco del árbol, comienza a rodearlo muy despacio, una pierna se asoma, la otra se ve dañada, torcida, tiene el pantalón roto pero la piel que se ve es verde, continúa girando, un brazo cae al lado del torso, pero el otro lado está negro, quemado por completo. Al llegar a la cara, Vasil cae de rodillas.

—¡Pedro! ¡Pedro! —dice con una angustia incontrolable—. ¿Qué pasó? ¿Qué te pasó?

El hombre se ve muy débil, sin fuerzas y, sin embargo, toma una bocanada de aire y dice:

—Vinieron por nosotros, quemaron todo… tienen mucho poder.

—¿Quiénes vinieron, Pedro? ¿Qué fue lo que pasó?

Pedro se ve cada vez más débil, pero sin razón aparente encuentra la energía suficiente para hablar.

—Pasó hace tres noches, estábamos preparándonos para dormir, y sentimos que unos autos llegaron, las luces iluminaron toda la fachada, corrimos a las ventanas y vimos a varias personas bajando, eran cinco. Hicimos lo que nos dijiste, buscamos las armas, pero no las pudimos disparar; bajamos a la biblioteca por las pociones que nos dio el coven, pero cuando abrimos la puerta uno de los hombres salía con unos libros en la mano, no pudimos hacer nada. Detrás de él una llamarada de fuego estaba en toda la biblioteca, después todo estaba en llamas. Charlie fue el primero, un tronco del piso de arriba le cayó y le aplastó la cabeza, los demás logramos salir… pero… —El hombre hasta ahora inmóvil, deja caer una lágrima que baja por su piel quemada—. Pero afuera esas mujeres los volvieron polvo, aplastaron el pecho de Tomás y Luis tan fuerte que cuando los soltaron no tenían huesos en el tórax.

Vasil no sabe qué responder, no sabe qué decir para mejorar la situación, no sabe qué prometer para que todo esté bien, solo acata en tomarlo de la mano.

—¿Lograste ver lo que se llevaron? —pregunta suavemente.

—Sí —responde Pedro titubeando—, se llevaron los libros de Nabu’at que quedaban.

El peor miedo de Vasil se estaba haciendo realidad, si alguien más descifra la profecía, alguien más podría saber de su futuro hijo. Por un momento Vasil se queda callado y en shock, hasta que reacciona, nota con más detalle las heridas del cuerpo de Pedro.

—¿Cómo sobreviviste?

—Él me dejó vivir —responde agonizante.

—¿Qué? ¿Quién?

—Él me dejó vivir —responde Pedro ignorando a Vasil—, él me dejó vivir por una razón. Para que te dé un mensaje. Un anuncio de Preóbito.

Una sensación fría baja por la espalda de Vasil, el sudor gotea por toda su cara.

—¿Anuncio de preóbito? No, nadie vivo sabe cómo hacerlo.

—Oh, él sí, él sabe muchas cosas.

—¿Quién es él? ¿Qué quiere?

—Tú sabes quién es y de parte de quién viene. Me dijo que te dijera que no lo busques porque él vendrá a ti. Quiere que sepas algo…

Los ojos de Vasil están más abiertos que nunca, su corazón palpita muy fuerte, sus dientes rechinan.

—Él sabe del embarazo de la bruja y conoce tu plan…

La respiración de Vasil para drásticamente como si se hundiera en medio del agua.

—Dice que no va a funcionar, dice que te equivocaste. Él realmente quería ser el padre y tú le quitaste la oportunidad.

Vasil está aterrado, ¿Cómo alguien podía saber su plan? Con la voz más marchita Pedro sigue:

—Él dijo… ¡Gracias!, gracias, Vasil, el vehículo que transmitirá el poder supremo.

La voz de Pedro se desvanece, sus ojos giran hacia atrás y su cabeza se desgonza a un lado, después de tres días agonizando por fin ha muerto, ante los ojos testigos de Vasil, ante la expresión de miedo en su frente, el hombre entregó su mensaje y pudo descansar. Con un suave movimiento Vasil cierra sus ojos, se pone en pie, a su lado se para Bo, inexpresivo, con sus fríos ojos observando el cuerpo de Pedro, viendo cómo un color verde se apodera de su piel, como si finalmente la muerte lo alcanzara.

Vasil da una última mirada a lo que queda de su Sínero y los escombros, de lo que alguna vez fue su propia mansión; el pánico empieza a crecer en su pecho, corren al auto y arrancan con mucha velocidad tratando de alejarse de ahí lo más rápido que pueden.

Al día siguiente en la casona, los brujos pueden sentir mucho movimiento en la casa, como si los muebles estuvieran siendo trasladados, rápidas pisadas se oyen de un lado al otro, a veces gritos y palabras que no logran entender bien, sin duda los Síneros no están tranquilos. A pesar de lo sucedido los brujos están en calma, el hecho de permanecer juntos les hace agradecer al universo. Unos gritos se oyen en la sala y la puerta del sótano se abre de golpe; Rafael entra con una bandeja llena de comida, recientemente los desayunos de Paolo y Raquel han estado mucho mejor, sin embargo, su semblante sigue siendo débil y cansado, Paolo ha bajado unos 12 kilos, su aspecto fornido ahora se ve débil. Raquel por el otro lado, ha bajado unos 7 kilos, mucho si se considera que ella es unos 15 centímetros más baja de Paolo. Rafael deja la bandeja y sale muy apurado.

—¿Qué creen que pueda estar pasando? —pregunta Serena mientras alcanza la bandeja y la pasa a los demás.

—No lo sé —Paolo agarra su comida—. Pero hay mucho movimiento, como si algo estuviera mal.

Después de un rato, en la tarde, los sonidos agitados en la casa se mantienen un poco intermitentes, al otro lado de la puerta del sótano se escuchan unos ruidos, es una conversación entre dos personas, los tres brujos hacen un esfuerzo por oír, pero no lo logran bien, se escuchan susurros, pero ninguna palabra en concreto hasta que los ruidos en la casa paran, en ese momento se alcanza a oír:

—...Fue un anuncio Preóbito, él no lo quiso decir, pero cómo más pudo haber sobrevivido tanto tiempo.

—Imposible —responde la otra voz, a pesar de estar susurrando notan que son Rafael y Jack los que discuten—. Esa magia solo se puede hacer con nexos… tú sabes… —La voz de Jack tiene una preocupación que ninguno había notado antes.

—Sí, nexos con demonios, ¿Quién se atrevería a invocar ese poder? —dice Rafael mientras mete la llave en la puerta—. Tú sabes quién.

La puerta se abre, los brujos tratan de disimular mientras Rafael recoge la bandeja, platos y vasos, Jack solo los mira con desprecio y luego salen del sótano.

—¿Han alcanzado tanto poder como para conjurar un Anuncio Preóbito? No lo creo —dice Raquel moviendo las articulaciones del tobillo, uno de sus ejercicios matutinos.

—¿Quién más lo pudo haber hecho? Fueron ellos —contesta Paolo mientras se pone cómodo también.

—Perdón, pero no entiendo de qué hablan, ¿Qué es un anuncio Preóbito? —pregunta Serena.

—Es magia muy rara y peligrosa —le responde Paolo—. Es un conjuro que te permite enviar un mensaje con alguien y esa persona no puede morir hasta que lo entregue, no importa cuánto tarde, pueden ser años esperando la muerte antes de poder dar el mensaje.

—No se oye tan mal como para estar tan asustados —responde la joven bruja.

—Pero lo es —añade Raquel—, para poder conjurar un anuncio Preóbito debes tener una conexión, algo o alguien fuera de esta dimensión y con poder suficiente para retener un alma y no dejarla avanzar.

—Hay textos que cuentan que fue muy popular, se decía que demonios eran invocados con el fin de hacer conjuros como ese, pero todo siempre se salía de control y los brujos terminaban poseídos o locos.

—O sea que puede usarse como tortura —responde Serena—. ¿Recuerdan lo que dijeron acerca de que alguien había sobrevivido mucho tiempo? Eso quiere decir que alguien murió.

—Uno de los Síneros murió con un Anuncio Preóbito y es claro quienes lo hicieron.

—¿Los hijos de Zain? —pregunta inocentemente Serena.

—Son los únicos que podrían hacer algo así, tienen el poder y el nexo —contesta Raquel—. Pero, lo que no entiendo es ¿por qué los hijos de Zain atacarían a un clan de Síneros?

—¿Recuerdan la mentira que dijo Vasil para que los recibiéramos en la mansión? —Las brujas tratan de recordar, Paolo sigue—. Él dijo que los hijos de Zain los habían atacado buscando unos libros.

—Sí, pero eso fue una mentira, lo dijeron para que les ofreciéramos ayuda —responde Raquel un tanto enojada.

—Es cierto, pero lo único que ha hecho Vasil es hablar de una profecía, una profecía que tuvo que conocer en un libro, él es un bibliotecario.

—Estoy un poco perdida —dice Serena notoriamente confundida.

—Lo que pienso es que, si Vasil conoció la profecía por un libro, es probable que otras personas también sepan de ella; él nos mintió porque nunca se imaginó que los hijos de Zain se interesaran en ellos y ahora alguien murió y estoy seguro de que ellos tuvieron algo que ver —Se ve en Paolo un aire de autocomplacencia al llegar a esa conclusión.

—Tiene sentido —aporta Raquel—. O sea que los hijos de Zain, o quien haya sido, saben sobre la profecía ¿Crees que puedan saber de Serena?

Serena se asusta, no lo había pensado, Vasil cree que Serena es parte primordial de esa profecía y ahora existe la posibilidad de que alguien más lo imagine.

—No lo sé, si lo saben por qué no venir por ella hasta acá en vez de ir por libros —dice Paolo —. Tal vez quieren estar seguros.

Muchas teorías recorren las cabezas de los brujos y por un momento cada uno puede imaginarse situaciones completamente diferentes, una más loca que la anterior.

—¿Creen que tenga algo que ver con el hecho de que no haya venido ningún Sínero a reemplazar a Carlos? —se pregunta Raquel.

—Es cierto, dijeron que más Síneros llegarían en unos días, pero no creo que haya venido nadie; todo tiene relación —apunta Paolo—. Me enfurece que no podamos hacer nada, que debamos esperar acá a que las cosas pasen, no sabemos qué pasa con los Síneros, no sabemos nada de Delfina y los demás y ya han pasado semanas —Nadie responde, es un sentimiento que los tres comparten.

—¿Qué mensaje pudo tener el Anuncio Preóbito? —dice Serena con mucha intriga después de un largo silencio.

—Nada bueno —responde Raquel con la mirada perdida—. Nada bueno puede dejar un nexo con fuerzas demoníacas.

—Olvidé que tienes mucha experiencia con ellos —dice Paolo pasando su mano por la espalda de Raquel en señal de apoyo.

—Sí, cuando fui acosada por esa entidad tantos años, creo que algo le conté a Serena —deja salir un suspiro.

—Sí, lo recuerdo. Fuiste perseguida por el alma de un señor, ¿Verdad?

—Pero todo fue mucho más complicado —responde Raquel—. Cuando era pequeña veía sombras, entidades que son invisibles para casi todos, pero para mí eran muy normales, debí haberlas ignorado como me sugirió mi abuela. Un día en medio de la noche me levanté con sed, tenía unos ocho años; iba para la cocina y una sombra me detuvo en la sala, estaba mirando por la ventana y antes de seguir él volteo a verme, para mí ya era costumbre que ellos hicieran eso, pero esta vez se tomó su tiempo en mirarme con detalle, él iba a seguir su camino, pero yo lo detuve, tenía mucha curiosidad; le dije que no se fuera, que quería conocerlo, saber qué era, quería saber si mi abuela tenía razón, si en realidad era un ángel, pero no era así. La sombra me tomó por el brazo y lentamente dejó ver su verdadera forma, tenía la parte derecha de la cara casi destruida con una cicatriz de bala, se notaba que era un hombre mayor, de unos setenta años, con dientes podridos y amarillos; me asusté mucho, quise correr, pero él me sujetaba bastante fuerte, de un jalón me acerco y me dijo que jugaría conmigo todas las noches, a partir de ese momento era suya —Los ojos de Raquel se llenan de lágrimas, pero ninguna sale de allí—. Al principio creí que había sido un mal sueño o que mi imaginación me había jugado una mala pasada, pero cosas empezaron a pasar, empecé a sentirme observada todo el tiempo, incluso en la ducha o cuando caminaba sola por la calle; no era una sensación agradable, sentir unos ojos sobre tu cara todo el tiempo, también al dormir. Mis papás me llevaron al psicólogo y él les sugirió un tratamiento con medicamentos para que dejara los delirios, mis papás aceptaron con dudas pero nunca me dieron las pastas, ese mismo día que regresamos del consultorio del psicólogo, estábamos comiendo en la mesa de la cocina cuando empecé a oír voces que me pedían que le hiciera daño a mis papás, yo me negué, ellos me miraban desconcertados mientras yo le decía que «no» a la nada, el espíritu de ese hombre se enojó al ver que no le hice caso, me tumbó de la silla y comenzó a atacarme como un animal salvaje, mis papás vieron cómo delante sus ojos aparecían heridas y cortadas en mí de la nada, moretones y rasguños se formaban en mi piel; en ese momento me creyeron, vieron que no era algo de mi imaginación, que era real y que corría peligro.

» No sabíamos qué hacer, no supimos qué hacer por mucho tiempo, él espíritu no nos dejaba dormir, no nos dejaba comer, no nos dejaba tranquilos, un día estaba tan cansada que había decidido suicidarme y liberar a mis papás de esa tortura, pero cuando estaba a punto de cortarme

las muñecas algo en mí me detuvo, no pude hacerlo; eso molestó mucho al espíritu, las cosas se pusieron peor, por tres años no pude comer o dormir bien, había bajado mucho de peso y me veía enferma, tuve que dejar de ir a la universidad, alejarme de mis conocidos; no soportaba estar rodeada de gente, a veces veía rostros demoníacos en la cara de mis amigos o de los desconocidos de la calle. Ese año lo intenté de nuevo, até una cuerda al marco de la puerta de mi closet, era lo bastante alta y resistente para poder conmigo, amarré mi cuello y me dejé caer; el nudo se soltó milagrosamente y yo quedé con una contusión en la cabeza y una horrible marca en el cuello. Mis papás llevaban años buscando entre sacerdotes a alguien que nos pudiera ayudar, gastaron mucho dinero con falsas brujas y chamanes, pero nada funcionó. Un día, siete años después de que ese hombre me mostrara su rostro, una mujer se me acercó en un pequeño mercado en el centro, me dijo al oído que había un hombre anciano colgado de mi hombro que me estaba robando la vida y la energía, recuerdo que le dije que sí, pero no sabía cómo deshacerme de él, la mujer me dio el contacto de Delfina, ella me ofreció su ayuda y una semana después estaba acá en la mansión. El ritual fue en el patio, Delfina estaba reunida con todo el coven, de esa generación solo queda Paolo —Paolo sonríe ligeramente mientras Raquel continúa —. Estuve de pie en medio de un círculo de fuego, había incienso por todas partes, era lo único que se podía respirar; Delfina comenzó a decir palabras, frases para que el espíritu se manifestara, lo hizo enojar tanto que yo podía sentir su ira en mi cuerpo. La Deífica siguió haciendo encantamientos que eran como balas para mí, como puñales entrando y desgarrándome, el dolor era impresionante, pero también podía sentir cómo ese espíritu sufría, el dolor que yo estaba sintiendo era él que moría, regresando a su plano.

» Después de un rato largo me sentí liberada, de mi cuerpo salía humo, mucho humo negro que se dispersó en el aire, sentí que volví a nacer, como si las luces de mi cabeza se encendieran y yo pudiera ver todo, las caras de las personas a mi alrededor y los colores. El olor a podrido que estaba siempre conmigo desapareció, podía oler todo, ver todo, oír todo. Esa entidad había nublado todo en mí. Días después Delfina me explicó y lo pude procesar mejor, con su ayuda logré entender de manera lógica por qué pasó y qué quería en realidad el espíritu de ese hombre.

—¿Y qué quería en realidad? —pregunta Serena, con todo su cuerpo atento a la historia.

—Quería que me suicidara, ese era su propósito… ese siempre es su propósito —Raquel se ve claramente afectada por la historia.

Debió ser algo bastante fuerte, piensa Serena, porque después de tantos años aún se puede ver el miedo en sus pupilas.

—¿Para qué? —pregunta la joven bruja.

—Existen espíritus que después de un tiempo de haber muerto deciden… irse por un mal camino —responde Raquel, claramente tratando de encontrar las palabras para explicarse mejor —. Es decir, deciden avanzar hacia una dirección más oscura, cuando un espíritu acosa y logra reclutar una vida, él avanza, crece en lo que sería una primera etapa para llegar al Orco, digamos que para ser demonios.

—¡¿Qué?! —responde Serena atónita—. ¿Los demonios eran espíritus humanos?

—Claro —responde Paolo—, es la única forma que pueden afectarnos directamente, porque conservan esa conexión con este plano, por eso nos pueden acosar o poseer nuestros cuerpos, pero una vez sean demonios completos ya no podrán entrar a esta dimensión.

—¿O sea que Asmodeo alguna vez fue humano? —pregunta Serena aún sorprendida.

—Sí, hace miles y miles y miles de años, hay registros de él en textos muy antiguos. Pero sí, tuvo que ser un humano que murió y decidió hacer mucho mal —completa Paolo.

—Creo que entiendo, o sea que mientras sean espíritus o entidades pueden estar en este plano, en nuestra dimensión, pero cuando se convierten en demonios ya no pueden venir, ¿Verdad? —Por alguna razón este tema le ha generado mucho interés a Serena.

—Ajá —responde Raquel—, aunque algunos lo han intentado, no es algo fácil, requiere mucho poder, mucha magia.

—¿Cómo se puede matar a un demonio? —Serena pregunta rotundamente.

—No lo sé.

—Tampoco lo sé, pero sí he leído sobre demonios en este plano. Es cierto que ellos pueden manifestar su magia o su poder demoníaco, pero eso también los hace vulnerables a nuestra magia. Debe haber una forma, ellos no son inmortales acá, ese es el riesgo que corren —afirma Paolo, con sus ojos aún en un pensamiento profundo—. Por eso los hijos de Zain son el escudo perfecto para protegerse.

La conversación continúa durante todo el día, siguen hablando de demonios y otros seres que habitan este y otros mundos. Sin embargo, Serena se queda dándole vueltas al tema de matar a un demonio, si su hijo es en realidad el encargado de acabar con esa amenaza, ella debería saber la forma de vencer el demonio pero… cada vez que trata de ver a su bebé como el liberador de luz, una idea llega a su cabeza, una idea horrible que se niega, tal vez es producto de todo lo que está pasando, el encierro, las pesadillas con el hombre desfigurado, tal vez todo ya le empezó a afectar la razón, su barriga es cada vez más prominente e incómoda, sus emociones son un caos, igual que sus ideas.



Un par de semanas han pasado en Woodplumpton, la comunicación con la mansión ha sido imposible, el sacerdote apenas y tiene un teléfono local y el celular de ninguno funciona. Las hierbas que le pidieron encontrar a la mamá de la niña no han sido fáciles de conseguir, así que los días han sido bastante interesantes y lentos. Ana sugirió hacer entonces el exorcismo bajo la luna llena, asegurando un incremento en los poderes de todos y un triunfo rotundo sobre el demonio. En este tiempo Ana y Delfina instruyeron a Otto en todo lo que necesita saber para su encuentro con el demonio Lessero, también han aprendido algo muy interesante para todos: el sello; el coven pudo ver un sello mágico activo cuando se acercaban a la cabaña de Ana en Piombino y desde ese momento ha rodado por la cabeza de Sara y Otto; con poca paciencia Ana ha dado instrucciones para invocarlo, pero ninguno de los jóvenes brujos lo ha logrado.

El padre William y su hermana fueron hechizados para que creyeran que a diario rezaban varias horas en la iglesia, una tarea que solo soportaron un par de veces, a decir verdad, cada uno ha hecho Concilio con ellos solo para ajustar detalles y evitar preguntas incómodas.

Hoy el día está brillante, el sol de otoño pega con fuerza en los vitrales de la iglesia llenándola de colores brillantes y psicodélicos; el cielo no tiene ni una sola nube, muestra un azul intenso y calmado; el viento es dulce, suave y refrescante, parece como si todo estuviera en su lugar. Desde muy temprano el padre William está en su oficina, Ana y Delfina están adentro de la iglesia en las sillas, mientras que Otto camina hacia Sara que está frente a la tumba de Meg Shelton.

«Bajo esta piedra yacen los restos de Meg Shelton, presunta bruja de Woodplumpton enterrada en 1705» Sara lee en su mente mientras permanece de pie al lado de la gran piedra, Otto se acerca a ella.

—No parece una piedra tan grande como para ser aplastada —le dice Sara a Otto mientras él se acerca.

—Yo creo que era más grande antes, el tiempo la ha hecho pequeña —responde con un tono alto para que ella le pueda oír.

—Puede ser. Igual es una forma horrible de morir —Sara suspira—. Está enterrada con la cabeza abajo. La historia dice que era muy poderosa, era una Nahaly, podía convertirse en animales, pero ella prefería ser una corneja, puedo imaginarme el terror de la gente viendo un cuervo gigantesco volar sobre sus casas en medio de la noche —Otto sonríe—. ¿Crees que era malvada o crees que era una bruja como nosotros, solo que con un poder extraordinario?

—Creo que era buena, que era como nosotros pero… creo que su poder era tan fuerte que no podía esconderlo, solo imagínala caminando por esa calle con tres perros, cuatro gatos y muchas aves tras ella, era un imán para los animales. Ellos la amaban y ella los amaba a ellos, no creo que alguien con ese amor puro pueda ser malo. Yo creo que ella fue una víctima, una persona incomprendida que murió por el miedo de la gente.

—Yo también creo eso —dice Sara mientras toma unas flores casi marchitas de otra tumba, les da un suave beso y las pone en la base de la piedra, dice:

—Lushet

Las flores respiran vida, sus colores empiezan a brillar y su tallo toma un verde intenso.

—El primer hechizo que hizo Serena fue así, recuperó el jardín como si nada hubiese pasado después de la pelea con los hijos de Zain, me dejó impresionada.

—¿Cómo estarán? ¿Crees que los Síneros aún estén en la mansión? —La mirada de Otto está clavada en la roca.

—No lo sé, pero espero que estén bien, que todo esté bajo control y que Paolo esté tolerando a los Síneros —Ríen.

—...Necesitamos volver —dice Otto en un tono más serio—. No me gusta que estemos separados tanto tiempo, siento que no es bueno y extraño mi cama.

—Lo sé, yo siento lo mismo. Pero necesitamos estar preparados, necesitamos este poder y luego volveremos a estar juntos, como nos lo prometimos.

—¿Crees que esta vez sí podamos obtener el anillo? —Los ojos miel de Otto se ven adornados por una sombra de preocupación.

Sara gira hacía él, la distancia entre ellos ahora es muy poca.

—Sí, creo que esta vez lo obtendremos. ¿Y tú? ¿Crees que vas a poder hacer el exorcismo?

Otto no responde de inmediato, solo suelta un gran suspiro. Sara le pasa la mano por su mejilla izquierda.

—Sé que lo puedes hacer. ¿Tienes miedo?

—Sí —dice Otto sin pensarlo.

—Bien —responde Sara con una mirada determinante—, si no tuvieras miedo serías un tonto, es el único momento en el que se puede ser valiente.

Otto sonríe y la toma por el brazo llevándola contra su cuerpo, ambos se funden en un abrazo necesario, un abrazo que los llena y les reafirma la confianza; después de un rato se sueltan, dejándose con una sensación de tranquilidad y alegría. Caminan hacia la iglesia.

El padre William está cerca al altar junto a las brujas, al ver a Otto, suelta un alarido lleno de alegría:

—¡Padre Paolo, hoy es el día! Por fin podremos ayudar a la pequeña Jessica —Cambiando su tono alegre por uno más nostálgico—. Tanto ha sufrido esa pobre niña.

Nadie dice nada por un momento, es un silencio incómodo.

—Que así sea —dice Ana para ponerle fin a la tensión—. ¿Está todo listo?, las cosas que necesitamos, las instrucciones… —pregunta fingiendo amabilidad.

—Sí, claro —responde el padre—. Tenemos todo lo que nos pidieron, a las nueve de la noche empezarán a llegar las personas del pueblo, casi todos aceptaron ayudar. En lo personal creo que es una magnífica idea tener a toda la comunidad unida para algo como esto. Pero, no logro entender por qué la hermana Raquel y la hermana Serena deben quedarse acá.

Rápidamente Otto se apresura a responder:

—Oh padre, Dios habita en este hermoso recinto, necesitamos apoyo en su casa, entre más fuerza tengamos, mejor, por eso citamos a las personas del pueblo, las hermanas deben quedarse acá porque deben orar en… arameo, ya sabe, la lengua de cristo. Leer directamente de la palabra de Dios.

Las brujas se miran entre ellas incrédulas de cómo Otto había manejado la situación.

—¿Debería quedarme yo también? —dice el padre.

—¡No! No, es mejor que usted esté con la comunidad.

—Perfecto —dice el padre William disimulando su emoción—, entiendo, ahora veo por qué el Obispo los mantiene ocultos, todo es poco convencional —El padre se acerca, Otto y Delfina están a sus costados, el hombre alza los brazos con la intención de darles un abrazo grupal—. Quiero darles las gracias otra vez, con la ayuda de dios vamos a triunfar hoy. Ahora solo nos queda esperar a que sea la hora indicada.

Más rápido de lo que piensan la hora llega, la luz del día ha caído en el horizonte mientras una imponente luna llena se muestra al otro lado; varias estrellas adornan el firmamento y justo a la derecha de la luna se ve una luz más fuerte que las demás y más estable, es Venus que brilla con más fuerza que todos los días. Delfina mira a los astros desde el antejardín de la casa del padre William, su mirada es fija, como hipnotizada. Ana se acerca mirando a la luna también.

—Venus, hoy es el día perfecto, es una noche muy poderosa, debemos usar eso a nuestro favor —Delfina sigue mirando el cielo—. Los antiguos gitanos tenían una leyenda sobre la luna, ellos creían que es la madre de todos los astros, del sol y las estrellas; cada vez que algún planeta brillaba cerca, como hoy, los antiguos gitanos celebraban el nacimiento de un nuevo astro, hacían fiestas, compartían comida, bailaban toda la noche y hacían rituales durante toda una semana; pero lo más interesante pasaba la semana que seguía: el planeta comenzaba a verse más lejano y los gitanos pasaban de bailar sin cansancio a hacerle ofrendas a la luna, regalos, sacrificios con tal de que no estuviera triste mientras su hijo se alejaba de ella. Ellos creían que el dolor más puro que tiene una madre es ver a sus hijos partir, ver cómo se marchan a brillar a otra parte, dejándola sola con la preocupación de su bienestar o su futuro; por eso los gitanos la consolaban durante varias semanas, hasta que la luna se escondía por completo —Delfina sigue con la mirada en la luna pero escuchando la historia de Ana—. Así nació la tradición de dar ofrendas a la luna durante siete noches después de la partida de un hijo para asegurar la buena fortuna —La Deífica no responde—. Todo va a salir bien. Te prometo que no dejaré que nada malo le pase, él es bueno en verdad y sé que tiene el poder para hacer esto.

—Lo sé —responde finalmente—, yo debería estar con él, protegerlo. Hay tanto que no le he podido enseñar y un demonio...

—Lo entiendo, pero… pero debes dejarlo, dejar que aprenda, que descubra esto por sí solo. Llegará el momento en que no podrás guiarlo más.

Delfina no responde nada y baja la mirada a Ana.

—Nuestro plan va a funcionar —dice la Deífica con una expresión de tranquilidad—, necesitamos este poder y tenemos que ayudar a esa niña. Gracias por ayudarnos en esto.

—Es divertido ¿Sabes? Esto es lo más emocionante que me ha pasado en años, créeme, en muchos años. Casi había olvidado lo que es la compañía y la atención de otras personas. Estar solo está bien, es importante sentirse cómodo con la soledad, pero al final del día… digamos que se siente bien tener a alguien con quien hablar. Además, llevaba años queriendo contar esa historia de la luna.

Ambas ríen, Delfina toma por los hombros a Ana.

—Ya no estás sola, ahora estás con nosotros y ya no te dejaremos ir —Ríe—. Vamos a obtener ese anillo y a mandar a ese demonio al infierno.

El camino a la granja de los Thompson se hace más largo que nunca para Otto, sus nervios se están saliendo de su control, gotas de sudor bajan por los costados de su cuerpo, un calor insoportable le rodea el cuello y siente unas infinitas ganas de orinar. A su lado va Ana aparentemente bien, tranquila y sin ninguna molestia. A las 10:00 p. m. llegan, muchas personas están en las puertas con camándulas y crucifijos. El padre Paolo (Otto) saluda a algunos que se acercan a darle las gracias apresurados, Ana camina directo hacia Marge quien le entrega los inciensos y la sal que había solicitado; una vez Otto se puede liberar de algunos pobladores, se reúne con Ana frente a la puerta del granero donde han tenido encerrada a la niña.

—Pueden entrar con nosotros si quieren —dice Otto a ambos padres y a su hermano mayor —, pero si las cosas se ponen feas, deben dejarnos lidiar la situación.

—Puede ponerse muy peligroso y no quisiéramos que alguien salga herido —añade Ana.

Los demás aceptan la condición del Padre Paolo, abren la puerta del granero, hay muchas velas alrededor de la cama, Jessica está amarrada de pies y de manos, pero se retuerce suavemente, moviéndose y empujándose contra la cama de metal. Ana y los demás se acercan y caminan entre las velas apagadas, Otto le da la señal al padre William para encender las velas mientras él enciende el incienso de eléboro y ruda, todo el lugar se llena con la mezcla de esos aromas, el cuerpo de la niña comienza a retorcerse más fuerte. El padre William sigue encendiendo los velones uno a uno, Ana lo nota y con un gesto hace que todas las velas se enciendan a la vez, el padre se levanta de un tirón y se persigna al igual que los papás de la niña. Ana se ubica cerca de la cabecera de la cama, Otto se queda a los pies. En las esquinas oscuras del granero se sienten miradas, ojos clavados en ellos, se oyen ruidos, susurros y movimiento, el padre de la niña comienza a iluminar con su linterna todas las esquinas de donde vienen los susurros, las paredes de madera tiemblan de vez en vez y un aire frío tiene a todos con la piel de gallina. Otto abre una biblia y con fuerza dice:

—En el nombre de dios hemos venido a liberar el alma y el cuerpo de Jessica Thompson.

—¡Farsantes! —grita una voz gangosa, gruesa y seca—. ¡Farsantes!

Otto continúa como si no oyera.

—Señor, tú que has puesto a prueba el espíritu de esta servidora, te pedimos que derrames tu gracia sobre ella y la liberes de este parásito.

La niña continúa retorciéndose, sus gritos son cada vez más intensos. De repente, varios bloques de heno se mueven del costado de la granja y empujan con fuerza al hermano mayor de Jessica, los demás tratan de ayudarlo.

—Ríndete demonio —le susurra Ana al oído—, perdiste esta alma.

—Yo he visto a tu hija —le dice el demonio con esa voz de ultratumba—, es vieja, más vieja de lo que serás alguna vez.

—¿Dónde la viste? —le pregunta Ana tratando de no mostrarse afectada.

—Ella vendrá por ti y arrastrará tu alma a las fauces del infierno —responde mirándola fijamente.

—Bueno, cuando regreses al infierno dile que la estaré esperando. Sucio Lessero.

Estás últimas palabras lo hacen retorcerse tanto que un alarido horrible sale de su boca. Marge y su esposo habían levantado a su hijo mayor y estaban unos pasos atrás de las velas, Otto sigue hablando con la biblia en su mano.

—Oh, señor, danos el poder para liberar a tu hija, a esta dulce niña, de las fauces del demonio…

Un viento helado y fuerte empieza a empujar el granero en todas direcciones, las llamas de las velas bailan intensamente pero no se apagan, el ventarrón es tan fuerte que los empuja un poco. Ana y Otto toman un puñado de sal y juntos se lo arrojan al cuerpo poseído, otro alarido se desprende de ella, esta vez se oye como una mezcla entre el llamado de una ballena y la risa de una hiena, los espectadores caen al suelo cubriéndose los oídos.

—¡Salgan! —les grita Otto mientras da unos pasos con dificultad.

Sin pensarlo mucho, el papá toma a su hijo y salen corriendo de ahí, Marge le da una mirada a Otto y a la niña, él entiende lo que ella le quiere decir y a pesar de no querer dejarla sola, asiente con la cabeza, la mujer y el padre William salen, dejándolos solos al fin.

Mientras tanto en la iglesia de St. Anne, Sara pone varias manzanas con hojas de laurel en el centro alrededor del portón del antejardín, con la intención de alejar los ojos curiosos. El árbol que acompaña la entrada está lleno de aves que se esconden entre las ramas y miran curiosas lo que hacen las brujas vestidas con hábitos. Delfina delinea un círculo de sal dejando en el centro la piedra que cubre la tumba de Meg Shelton. Al Este encienden el incienso de romero y laurel, al Sur ubican y encienden un velón de invocaciones, al Oeste una botella de vidrio llena de agua y al Norte, Delfina clava un athame en la tierra. En el centro sobre la piedra, ubican el anillo encima de una bolsa de lino, la piedra de ópalo da un pequeño destello con la luz de la luna. Desde el Este en sentido de las manecillas del reloj, ambas brujas caminan siguiendo el trazado de sal, al llegar al norte, se toman de la mano y dicen:

—Probestú.

Se acercan al centro, extienden sus manos por encima del anillo.

—Deuti imperium aoren.

Se alejan unos pasos, cierran los ojos y llevan sus manos al aire.

Otros animales comienzan a llegar, un par de perros se recuestan en el césped cercano, las aves ahora están posadas sobre las demás tumbas, algunos gatos se reúnen por las paredes de la iglesia, el ruido de los insectos se multiplica, otras aves más grandes comienzan a sobrevolar el área. Delfina toma impulso y dice al aire con voz firme:

—Esta noche de luna llena, esta noche poderosa nos reunimos aquí, en la noble morada de Meg Shelton. invocamos su poder con nosotras ¡Escuchamos tu llamado y venimos por tu regalo! ¡Libera tu poder! Invocamos tu poder Meg Shelton, ¡Te invocamos!

Ambas comienzan a repetir el hechizo:

—Deuti imperium aoren.

Los animales se agitan, comienzan a emitir un suave sonido como si cada uno susurrara algo. Luego un viento frío aparece, las aves en las lápidas emprenden vuelo y se unen a las más grandes sobrevolando la iglesia y el cementerio. Debajo de la piedra que cubre la tumba de Meg Shelton un humo verde oscuro se desprende, suave casi imperceptible, rodea la roca y se

encuentra con la piedra de ópalo en el anillo, el humo la acaricia y la rodea desapareciendo en su base. Una vez la piedra absorbe la niebla verdosa, suelta un destello.

Las brujas se apresuran para terminar el ritual, toman el athame y dejan caer su sangre sobre la vela, luego sobre el anillo. Todos los animales que están cerca lanzan un alarido fuerte, por un momento se pueden oír los crujidos de los cuervos, ladridos, maullidos y toda clase de sonidos, incluso a lo lejos se oyen los quejidos de vacas, ovejas y caballos.

Las brujas reúnen los elementos del ritual junto al anillo y abren el círculo de energía.

—Probéstipu.

Con satisfacción en sus rostros, ambas comparten un abrazo.

—Por fin tenemos otro anillo —dice Sara con un tono de alivio.

—Gracias, Meg —dice Delfina—. Después de tantos meses, estamos un paso más cerca de regresar a casa.

Sara asiente con una sonrisa dibujada. La energía encerrada en el círculo se disipa deprisa y los animales comienzan a retirarse; ahora la preocupación de las brujas está puesta al otro lado del pueblo, ellas lograron cumplir con su parte del plan y por fin tienen el segundo anillo, solo les queda esperar buenas noticias de Otto y Ana.

En el granero las cosas empeoran, ahora solos, el demonio tuerce el cuerpo de la niña, solo apoya la cabeza y los talones, su espalda hace una curva casi imposible. Ana rodea las velas cerrando un círculo de sal. Otto deja la biblia a un lado, toma un puñado de sal y lo sopla en dirección a la niña, el cuerpo poseído se mueve con fuerza hasta que cae de nuevo a cama.

Ana llega al lado de Otto, se toman de la mano y dicen:

—Dietuerbio.

—¡Casco pequeño, pezuña podrida! —dice Ana con fuerza—. Ahora invocamos el poder supremo, la energía cósmica llamamos a nuestro encuentro. Escucha estas palabras, Lessero.

Los gritos del demonio estremecen todo alrededor, el viento es cada vez más intenso. La visión de los brujos se dificulta por el polvo y la paja que levanta la ventisca.

—¡Debemos seguir! —grita Otto.

Ana lo mira y asiente, por un momento cierra los ojos y murmura unas palabras luego sopla, una fuerte corriente de aire aparece en la dirección contraria del ventarrón, ambas chocan y luego no hay más viento, pero tampoco hay niña atada a la cama.

—¿Dónde está? —dice Otto mirando para todas partes—. Sigue aquí, está escondido.

Los brujos se dividen y sin alejarse mucho del círculo buscan por un par de minutos.

—Nunca quisimos dejarte solo —Se oye la voz de una mujer que viene de todas partes—. Nunca quisimos que esto pasara así —La voz es dulce y familiar.

—¿Mamá? —responde Otto. Ana le lanza una mirada desde el otro lado del círculo—. ¿Mamá, eres tú?

—¡No, no es ella, es el demonio! —grita Ana—. ¡No creas nada de lo que te dice!

—Hijo —dice nuevamente la voz dulce—, estamos acá, sálvanos por favor.

—¿Dónde están? —responde el brujo en desesperación.

—Aquí, al frente tuyo. Ven hijo mío, ven con nosotros, te extrañamos más que nada. Perdónanos por dejarte solo, pero ahora podemos estar juntos, ven, sigue mi voz y reúnete con papá y mamá.

Ana llega al lado de Otto, está muy agitada:

—Recuerda lo que hablamos, Otto.

Ana lo sujeta con fuerza por los hombros, él con la mirada perdida no responde, Ana lo

comienza a empujar hasta que sus ojos se posan sobre el rostro de ella.

—Mis papás...

—No son ellos, es el demonio jugando con nuestras cabezas. Reacciona.

Otto comienza a parpadear y a ver a Ana diferente, reacciona.

—Necesitamos traerlo al centro de nuevo —dice Ana.

—Está escondido en las sombras. Si los dejamos sin escondite, tendrá que salir.

Ana asiente y se mueve hasta el otro lado, junto a las velas, el granero se comienza a iluminar gracias a Ana invocando la luz, una sombra raquítica se alcanza a ver corriendo a las esquinas. Mientras todo se hace más claro, las llamas de las velas conservan el mismo tamaño, por un segundo alumbran tan fuerte que Otto alcanza a verla, sin pensarlo se lanza sobre la niña, comienzan a forcejear hasta que Ana se une y juntos logran inmovilizarla. La traen hasta la cama de nuevo, al verla, notan que sus ojos no muestran pupila, son una mancha blanca bastante inquietante. La tiran sobre el colchón y al instante Ana pone sus manos sobre el pecho, Otto sobre el vientre, juntos dicen al unísono:

—Dietuerbio.

El cuerpo de la niña sigue crepitando, pero con más calma, los brujos retoman el encantamiento, Otto repite lo que dice Ana.

—Escúchanos, pezuña pequeña, Lessero incapaz.

Otto repite.

—Te expulso de este cuerpo, maldigo tu existencia en este plano…

Sin esperar a que Otto continúe, el demonio abre los ojos blancos, gira su cara hacia Ana y de un solo movimiento empuja el pecho hacia arriba, ambos brujos vuelan hacia atrás, Ana cae más lejos.

—¡No dejes que se mueva! —grita Ana—. El sello, hazlo.

Otto se recompone mientras Ana, quien se pegó contra una viga de madera, retoma el aire y la fuerza. El brujo se pone en posición e intenta concentrarse, su objetivo es invocar un sello mágico como el que había hecho Ana en Piombino, pero la energía no fluye, siente como si el poder viniera hacia él, pero se quedara en mitad del camino.

El demonio ahora levanta el cuerpo de la niña un metro sobre la cama, sus brazos crepitan retorciendo cada articulación, lo mismo lo hace con las piernas y la cabeza, toda ella tiembla y se contornea con un solo movimiento. Otto no logra concentrarse y menos viendo cómo el demonio tortura a la niña así. El viento frío regresa al granero y Ana al lado de Otto, ella lo toma del brazo llamando su atención.

—Cuando caiga a la cama sujétala fuerte —La mirada de la bruja cambia.

Otto puede ver cómo las pupilas de la bruja se dilatan, sus vellos delgados y casi imperceptibles se levantan. Ana estira los brazos a los lados y abre las manos con las palmas en dirección a Jessica; una luz tenue como un reflejo en medio de la oscuridad se dibuja bajo la cama, el sello de Ana ha sido invocado. Al ver eso Otto corre al lado mientras la niña cae en la cama, con fuerza la sujeta poniendo su mano derecha en el pecho y la izquierda en su vientre.

—!Die-tu-er-bio in per-pe-tuum!

El demonio deja de moverse, pero con dificultad sigue intentándolo, Ana llega al frente de Otto, pone sus manos en los mismos lugares donde el brujo está presionando.

—Invocamos el poder supremo, ven a nosotros y envía este demonio menor, este Lessero a su inicio.

Mientras Otto repite, una suave ventisca se siente, las llamas de las velas triplican su tamaño,

con dificultad el demonio habla.

—Podrán detenerme ahora, pero no podrán detener lo que se viene.

Los brujos ignoran lo que dice y continúan.

—Seres protectores del Este, seres protectores del Sur…

—Asmodeo estará muy complacido cuando sepa de ustedes —La voz monstruosa se oye encima de la voz de Otto. Los brujos se miran, sin embargo, los dos saben que deben continuar.

Ana empuja con fuerza sus manos.

—Seres protectores del Oeste, seres protectores del Norte, expulsen a este Lessero.

El demonio sigue hablando, pero los dos lo ignoran.

—Él vendrá y tomará poder en el cuerpo de uno de los suyos.

—Dietuerbio in perpetuum Issa —repiten con fuerza—. Dietuerbio in perpetuum Issa, dietuerbio in perpetuum Issa, dietuerbio in perpetuum Issa.

Lo que sale de la boca del demonio no se entiende, son gritos, gruñidos y sonidos parecidos a los de un animal moribundo, ambos brujos siguen concentrados repitiendo las palabras. De repente paran, hacen presión con sus manos en el cuerpo de la niña.

—Oressel —dice la bruja.

Otto repite. El demonio se queda inmóvil.

—Oressel dietuerbio in perpetuum Issa.

Las palmas de sus manos siguen haciendo presión en su pecho y vientre, justo allí sienten cómo algo se mueve adentro de ella, como una gran serpiente que se retuerce en su estómago, incluso ven cómo serpentea bajo la piel. Ellos siguen diciendo el hechizo mientras ven que la serpiente sube a su pecho, la sienten pasar hacia la garganta. Las palabras salen con más fuerza de la boca de los brujos, cada hechizo es como una puñalada para el demonio.

—Dietuerbio in perpetuum Issa, oressel, oressel, oressel, ¡Oressel! ¡Oressel!

La niña desprende un líquido negro por la boca, los brujos la mueven de costado, el vómito sale disparado por varios minutos, en el suelo queda una mancha negra, amplia y espesa, Otto la ve:

—Ignis —dice y desde el líquido se enciende una llama de fuego que rápidamente se extingue.

Los Thompson entran para encontrar a su hija débil e inconsciente, pero sin ningún demonio, los brujos lograron desterrar al Lessero de este plano, ambos se ven bastante agotados, su energía se había consumido durante el ritual.

La niña es llevada a su cuarto, la gente afuera de la granja celebra, lloran, aplauden y oran, y así en cuestión de veinte minutos, todos regresan a sus casas.

—Esta es una… receta de un... té —le dice Ana a la madre de la niña, entregándole un papel —, necesita seguir muy bien las instrucciones para que quede bien hecho y le aseguro que Jessica se recuperará pronto.

La mujer recibe el papel y lo mira, pero sin decir más solo le da un fuerte abrazo a Ana. La falsa monja y el falso sacerdote terminaron un exorcismo real, sin embargo, el hecho de que el demonio mencionara a Asmodeo los tiene bastante pensativos.

Capítulo 17

La lluvia cae con fuerza sobre los altos edificios del centro, los ventanales de uno de los más altos escurren gotas que se deslizan por los vidrios como las lágrimas de una metrópolis. Unos pasos recorren un pasillo iluminado solo con un par de lámparas amarillas sujetadas en los muros estrechos, lentamente los pies se acercan al marco de una puerta entreabierta, adentro solo se ve un hombre de pie, parado junto a la ventana que observa cómo el agua cae en frente suyo. Una mujer que recorre el pasillo se queda inmóvil sin decir nada, esperando a que el hombre note su presencia, pero este no hace nada más que analizar las gotas que bajan.

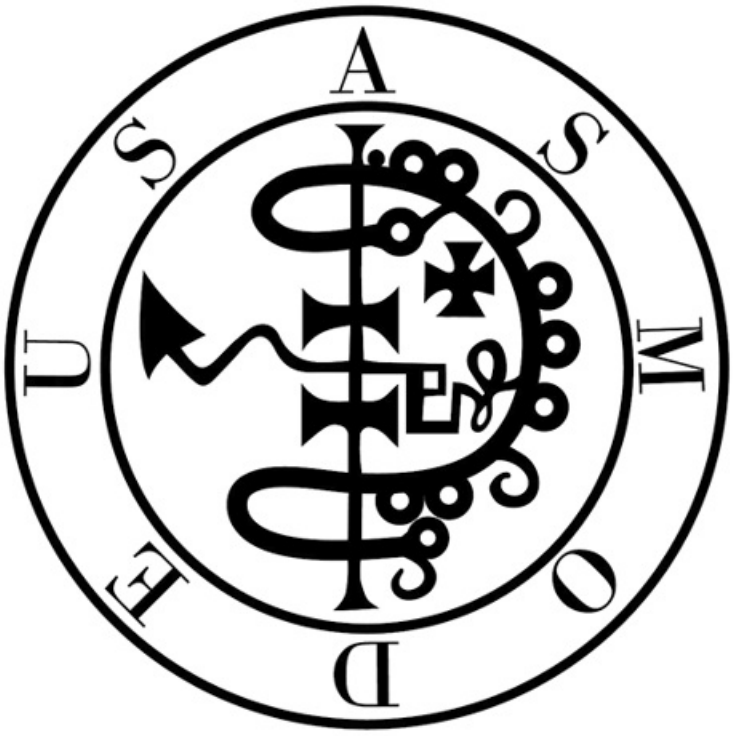
—Señor —dice finalmente la mujer de pelo largo y castaño.

El hombre apenas mueve la cabeza en su dirección, sin embargo, observa la ventana unos segundos más.

—¿Está todo listo? —dice mientras muestra su apuesto rostro.

—Sí, señor, tenemos todo listo.

El hombre no responde nada, camina derecho hacia ella, pasa por su lado y entra en el pasillo oscuro, avanza con calma, sus zapatos apenas y dejan sonido mientras pisan por la alfombra, después de unos pasos más llega a una puerta con un símbolo marcado, un círculo con las letras ASMODAY alrededor, uno de los símbolos de Asmodeo, en el centro hay una especie de “D” llena de curvas, círculos y líneas. El hombre toma la perilla de la puerta y esta se abre sin que él haga ningún movimiento, ingresa y cierra la puerta tras él. En el centro de la habitación hay un círculo marcado sobre la madera, es el mismo símbolo que está en la puerta, rodeándolo hay muchas velas moradas, atrás, entre la penumbra, hay un sofá negro. En la otra esquina hay un carnero joven atado a la pared, el hombre lo desata y lo trae hasta el círculo; el animal muy dócil se deja llevar y se sienta justo en medio, el hombre enciende las velas con un simple gesto de su mano y se ubica en posición afuera del círculo, frente al carnero.



—Epiknomai —dice con contundencia.

El carnero alza su mirada hasta los ojos del brujo, su pupila invade todo el ojo mostrando solo un hueco negro.

—Epikielo vex dimoniorum.

La llama de los velones crece, al mismo tiempo el símbolo en el suelo se enciende en unas pequeñas y bajas llamas, el carnero parece no notarlo.

—Te llamo, mi señor, ven a mí, oye mi voz y sigue el camino. Epikielo vex dimoniorum.

Las llamas comienzan a subir por el cuerpo del carnero, pero no lo afectan, el animal continúa como si nada pasara, el fuego se hace tan fuerte que en instantes envuelve todo el animal de una forma tan intensa que su figura física desaparece, no se puede ver, solo queda una fogata alta en medio de la habitación.

—Silas —llama una voz grave, oscura y seca que viene desde el sofá, pero la luz del fuego solo deja ver una sombra, no ilumina la penumbra del mueble, sobre él se dibuja, muy tenue, una silueta sentada con las piernas cruzadas.

—Me alegra oírlo de nuevo —Con mucho respeto en su voz.

—¿Hemos recibido más información sobre la bruja?

—No, no señor, todo parece en orden en la casona —Silas, el hombre apuesto, mira directamente al fuego y no a la sombra—. Los brujos que tengo en el sector solo me han informado de un pequeño movimiento, parece que Vasil está buscando cómo proteger la casa, pero no podrán detenernos y menos con armas comunes.

—Bien, debes estar informado todo el tiempo sobre lo que pase con la bruja, no necesitamos

sorpresas —Silas asiente y la sombra continua—. Tenemos una situación en este momento —dice en un tono aún más frío.

—¿Una situación?

—Ayer, un demonio fue expulsado de un humano en Inglaterra y regresó con una historia muy interesante. El Lessero fue exorcizado por dos brujos, pero mientras lo hacían pudo sentir una concentración de poder no muy lejos, era la misma magia, el mismo poder; habían más de dos brujas en el pueblo, estaban haciendo dos rituales al mismo tiempo porque lograron eliminar la energía que atraía al Lessero y a otras entidades a ese lugar.

—No lo entiendo, señor, ese no es el comportamiento normal de las brujas, ¿Para qué harían algo así y cómo? —dice Silas sorprendido.

—Eso es lo que tienes que averiguar —La sombra parece cambiar de posición y cruzar la pierna contraria—. Esa Deífica sabe algo, por eso se atrevió a dejar su casa y a sus brujos; tienes que averiguar qué es y por qué están tan lejos de su coven.

—Sí, señor, enviaré a los brujos más confiables.

—¡No! —Interrumpe Asmodeo—. Quiero que tú mismo te encargues de esto, tenemos que parar lo que sea que esté pasando lo más pronto posible —Silas asiente con la intención de hablar, pero Asmodeo continua—. Si resulta ser que los brujos de los que habló el Lessero son Delfina y el resto del coven, quiero que acabes con ellos en ese momento y en ese lugar, no pueden escapar de ti vivos. ¿Entendido?

—Sí, señor, entendido —La saliva pasa lenta y seca por su garganta.

—Lo que esa bruja puede estar haciendo es peligroso para nuestros planes, debemos lidiar con esto de una vez por todas.

Silas asiente de nuevo, la sombra desaparece tan rápido que el hombre no lo nota de inmediato, el fuego en medio del círculo comienza a disminuir mostrando de nuevo al carnero; el animal no tiene un solo rasguño, en contraste se ve muy relajado e incluso feliz, el hombre y la bestia comparten una mirada fija por un par de segundos hasta que él se levanta, organiza su pantalón y sale del cuarto con una misión.



Un par de ollas destapadas sobre el fogón sueltan un vapor que recorre todo el primer piso de la mansión. Rafael está de pie cerca a la estufa, en sus brazos carga el libro de las sombras rojo el cual lee con mucha atención, de vez en vez toma la cuchara de palo larga y revuelve el contenido de las ollas. Jack llega sacudiendo tierra de la bota de su pantalón.

—Listo, la cerca quedó electrificada, solo debemos encenderla en el momento adecuado y ¡Bam! cualquiera que la esté tocando recibirá una fuerte descarga —Rafael lo ignora, Jack lo nota, pero sigue hablando—. Creo que con los arreglos que hicimos nadie podrá entrar.

Rafael le lanza una mirada incrédula.

—Ningún humano, pero una reja eléctrica no va a dejar afuera a los hijos de Zain.

Jack se recuesta en la mesa.

—Entonces según tú, que lo sabes todo, qué mantendrá a esos brujos fuera de acá, ¡Ilumíname con tu sabiduría!

Rafael gira para darle el frente a Jack y encontrarse con esa media sonrisa dibujada en su cara, una mueca de odio y burla que Rafael trata de ignorar siempre.

—¿En serio crees que una reja eléctrica puede mantenerlos afuera? Ellos ya entraron a esta

casa estando Delfina adentro, ¿Realmente crees que eso los va a detener? Te creía más astuto.

Jack cambia su mirada y la sonrisa burlona ya no está.

—Yo veo que hablas mucho, como siempre de hablador. ¿Qué propones entonces?

Rafael pone el libro de las sombras sobre la mesa al lado de Jack, y señala una página.

—¿Ves esto? Es un ritual para proteger el terreno de intrusos y curiosos, aquí explica todo muy bien —Rafael se siente emocionado por su descubrimiento, pero Jack no se ve convencido.

—Todo muy bien, pero… nosotros no podemos hacer magia, y creo que tu pequeño ritual la necesita.

—Claro que la necesita —responde Rafael sentándose frente al libro—, la única opción que tenemos es dejar que uno de los brujos conjure la protección.

Hay un momento de silencio hasta que Jack suelta una carcajada.

—Si piensas que Vasil va a aceptar eso estás loco, no creo que él vaya a darles esa posibilidad, podemos perder todo lo que hemos hecho estos meses.

Rafael lo mira y cambia su posición para quedar frente a frente, baja un poco su voz:

—Esta es la única opción que tenemos, nos toca pelear magia con magia —Ahora Jack expresa más preocupación que burla, en parte Rafael tiene razón, pero es poco probable que Vasil quisiera exponerse así—. Necesitamos hablar con él, decirle esto, mostrarle por qué lo necesitamos.

Rafael termina de hablar y se queda mirando fijo a Jack, él no responde nada de inmediato, pero en sus ojos se puede ver un gran esfuerzo por pensar.

—¿Cómo vamos a hablar con él? Ya viste cómo se ha portado estos días, parece…

—Parece que tiene mucho en la cabeza y que nosotros podemos ayudarlo —interrumpe Rafael, pero a esto Jack responde con una mirada seca.

—Vasil se ha vuelto más paranoico a cada minuto, no escucha o entiende, parece como si estuviera perdido, sin saber qué hacer.

—Es porque no sabe qué hacer —asegura Rafael—. Por eso esta idea puede ser útil, necesitamos decirle.

—¿Y si se enoja? ¿Y si toma todo por el lado que no es?

—Por eso tenemos que ser muy claros, convencerlo de que esto es lo mejor…

Al fondo de la cocina se sienten unos pasos que se acercan, es Vasil con la cara pálida y demacrada.

—¿Convencerme de qué? —pregunta rotundamente.

Ambos Síneros se miran uno al otro, no esperaban que Vasil estuviera tan cerca.

—Eh, eh, tenemos una idea para proteger la mansión de posibles invasores —titubeando responde Rafael.

—Oh, veo que has estado pensando mucho en eso ¿No? —dice Vasil mientras que entra despacio al salón.

—Claro —responde Rafael—, tenemos que agotar todas las ideas que tengamos de cómo protegernos.

Vasil camina alrededor de la mesa sin quitarle la mirada al Sínero.

—¿Es eso o estás buscando la forma de dejar entrar a los hijos de Zain?

—¿Qué?

—Tu siempre has sido un cobarde, tal vez estás planeando entregarnos a ellos para salvarte tú mismo. ¿No? Eso es lo que quieres, tener tus poderes de nuevo y la forma más fácil es traicionarme, entregarme a mí y a los brujos. ¡Oh sí, sí! Serías muy bien recompensado —Los

ojos de Vasil están muy abiertos, intimidantes con la mirada puesta en ellos, fijándose en cada parte de sus rostros, sus manos y sus gestos.

—¿De qué hablas, Vasil? —responde Rafael con un tono de rabia en su voz.

—Ahh, hablo de la traición, de la deslealtad de ustedes hacia este clan, de la avaricia que les corre por las venas.

Parece otra persona, nunca habían visto a su líder hablar así o comportarse de esa forma, si bien las cosas habían cambiado un poco después de dejar la cabaña, nunca esperaron verlo tan mal, sus ojos tienen grandes bolsas oscuras y su piel parece más pegada al hueso que antes.

—Es el plan perfecto ¿No?, darle todo a los hijos de Zain, ¿A cambio de qué? Me pregunto; a cambio de poder, supongo. ¿Ellos los convencieron de traicionarme? ¿verdad? —La expresión de Vasil es cada vez más desconcertante.

—No —responde Rafael categórico—. No, Vasil, no vamos a traicionarte ni vamos a entregarte a los hijos de Zain —De un solo impulso mueve el libro de las sombras hasta el borde de la mesa donde está Vasil, él lo mira y no responde nada—. Encontré esto, es un viejo ritual que protege la mansión de invasores y curiosos. Yo sé, yo sé que no tenemos magia.

—¿Por qué no viniste a mí tan pronto encontraste esto? —pregunta el líder en un tono de rabia.

Rafael toma aire y se acomoda mejor en su silla:

—De eso hablábamos Jack y yo. Estábamos decidiendo cuál era la mejor forma de hablar contigo.

—¿La mejor forma de hablar conmigo? ¿Eso qué significa? —Los ojos de Vasil están rojos, parece como si tuviera manchas de sangre en la parte blanca, cada vez se ve más alterado, comienza a hablar más rápido—. ¿Qué otras cosas me están ocultando o no saben cómo decirme?

—Mira, Vasil —dice Rafael aclarando su voz—, nadie puede hablar contigo en los últimos días, respondes con insultos y no escuchas a nadie, a eso nos referimos, de eso estábamos hablando, de lo mucho que has cambiado, de lo paranoico que te has convertido.

—Si ustedes hubieran visto u oído…

Rafael interrumpe lo que Vasil iba a decir, la ira de esto se dibuja en la mirada del líder, pero aun así deja que hable.

—Pero no lo hicimos, no lo vimos y no lo oímos. Somos lo único que nos queda, somos los únicos Síneros ahora. ¿No crees que debemos estar unidos? ¿Confiar en nosotros? Si vamos a sobrevivir, esto debemos hacerlo juntos —Mueve el libro de las sombras hacia Vasil y sale de la cocina.

Por unos minutos Vasil posa su mirada en el libro. Jack no se mueve, no se inmuta, no puede creer que Rafael haya sido tan osado de hablarle en ese tono y no recibir ningún tipo de castigo, aunque todo lo que le haya dicho es cierto, Jack está seguro de que donde hubiese sido él quien hablara así, ya no tendría lengua.

—Necesitaríamos a uno de los brujos para esto —dice Vasil más para sí mismo, un segundo después sale de la cocina sin ni siquiera dar una mirada en dirección a Jack.



Jessica Thompson está sentada frente al altar de la iglesia de St. Anne, en Woodplumpton. Su cuerpo está recostado en una silla que se ve exageradamente grande para ella, sus brazos, piernas

y rostro muestran una debilidad entendible después de haber estado reducida a una cama y a unas ataduras, sin embargo, en su cara se puede ver una tranquilidad y una felicidad que contagia a todos en la iglesia. Antes de terminar la ceremonia el padre William se toma la palabra:

—Lo que pasó acá, fue la muestra del poder de Dios. Lo que padeció la pequeña Jessica fue una prueba de fe para ella, su familia y la comunidad de Woodplumpton y la hemos completado —Los asistentes se emocionan con aplausos que llenan la acústica—. A través de las manos de sus siervos, Dios ha liberado este pueblo de la amenaza del demonio. Y todo por acción de nuestros visitantes, sin ellos no habríamos podido librarnos de este mal y no habríamos podido recuperar a la pequeña Jessica. Por eso pido que alcen sus alabanzas al señor en nombre de nuestros salvadores, en nombre del padre Paolo y las hermanas Sara, Serena y Raquel quienes desde muy lejos han llegado con la fuerza del todopoderoso —El padre comienza a entonar un padrenuestro, toda la iglesia lo sigue y cuando termina se dirige a todos en una canción.

—Gracias —dice una vez más a los brujos mientras se acerca a ellos. La gente se retira lentamente aun siguiendo la canción—. Sé que lo he dicho varias veces, pero les agradezco, si Dios no los hubiera puesto en este camino, la historia que contamos hoy sería muy diferente.

—Gracias a ustedes, Padre —responde Delfina—, estamos felices de ver a la niña recuperándose y al pueblo con un mejor semblante.

—Lamento que tengan que irse, pero entiendo su trabajo y su misión. Aunque Dios esté en todas partes, siempre necesitará a aquellos que le sean leales y obren en su nombre.

—Siempre y cuando no usen su nombre para justificar crímenes —dice Ana en un tono sarcástico.

—Claro, pero ¿qué sería del mundo sin los impíos? —ríe en tono chistoso, pero no le hace gracia a Ana.

Momentos después, el padre los dirige hasta el carro al lado de la carretera principal; se toman otros minutos para despedirse y bendecirse los unos a los otros. El padre William observa cómo el auto se aleja y esconde entre los árboles, sabiendo que es la última vez que los verá.

—¿Podemos parar por acá? —pregunta Ana a unos kilómetros de carretera—, no me aguanto diez minutos más con este hábito.

Al parecer Ana habló por todos y en medio de una carretera rodeada de árboles vuelven a sentirse ellos.

—Creo que necesito unas vacaciones —dice Otto en un tono de broma—. Fingir ser un sacerdote no es fácil.

—Nada estuvo fácil, pero lo logramos. Y lo que más me alegra es que tenemos el otro anillo, —Sara muestra mucha emoción al hablar—. Después de tantos meses por fin tenemos el segundo poder, nos merecemos unas vacaciones, ¿Tal vez un par de días de descanso? —Sara lanza la pregunta con el fin de que toque los oídos de Delfina y pueda persuadirla de pasar un par de días en Liverpool.

Pero la Deífica mantiene su mirada al frente sin decir nada, hasta que siente la presión de los tres brujos:

—Lamentablemente no podemos hacer eso, Sara —dice Delfina con un tono plano y seco.

—No quisiera preguntar «¿Por qué?», porque siento que es obvio, pero ¿Por qué? —dice Otto.

—En este momento Asmodeo debe saber todo sobre el demonio Lessero que Ana y tú desterraron. No estamos seguros, no podemos permanecer mucho tiempo en Liverpool, debemos llegar y de inmediato viajar a Edimburgo; si Asmodeo sabe de nosotros o si tan solo se lo

imagina, enviará a quien pueda a cazarnos; no podemos quedarnos en Liverpool ni mucho menos tomarnos un par de días. Ahora el tiempo es oro y debemos aprovecharlo.

—¿Crees que Asmodeo está buscándonos? —pregunta Otto con angustia en sus ojos.

—Sí, pero no creo que sepa qué estamos buscando nosotros pero lo descubrirá pronto —Delfina hace una pausa, observa las caras de sus brujos mientras encuentra las palabras perfectas —. He estado teniendo sueños muy extraños, pensamientos que me vienen a la cabeza de un momento a otro, he visto señales en la luna. Algo está creciendo, puedo sentir la tensión armándose en el aire; en la naturaleza, los árboles respiran con temor y los animales están inquietos, no sé si el poder de Meg ha incrementado estas sensaciones, pero...

—¿A qué te refieres, Delfina? —Sara se inclina hacia las sillas del frente.

—Algo está pasando en la mansión, Paolo y las chicas no están bien.

—¿Qué? ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué está sucediendo? —Otto también se acomoda abrazando por atrás la silla de en frente.

—No lo sé —responde fríamente la Deífica—, no sé qué está pasando, pero puedo sentir que algo no está bien. Los intentos por comunicarnos han sido inútiles y su magia se siente muy débil, yo debería poder sentirlos sin importar la distancia —Suspira, sus ojos siguen en la carretera.

—¿Crees que los Síneros tengan relación? —pregunta Sara.

—Sí, en este momento creo que todo tiene relación, y Vasil… Vasil no es la persona más confiable de todas, con él es mejor tener distancias, por lo menos Paolo sabe eso.

—¿Qué podemos hacer? ¿cómo podemos ayudar? —El nerviosismo en Otto se comienza a ver en sus manos inquietas.

—No podemos hacer nada y menos estando acá, eso es lo más frustrante.

—¡Tengo una idea! —dice Ana con un salto en la silla del copiloto—, pero necesitamos estar en Liverpool, es una forma de saber qué puede estar pasando.

Con esa promesa conducen de regreso a Liverpool. Una vez en la ciudad, recogen sus cosas y van en busca de hotel, el plan sería permanecer esa noche allí y salir en el primer tren de la mañana hacía Edimburgo.

La tarde está cayendo, los brujos ya tienen sus cosas y ya están registrados en el hotel Trepidation, cerca de la estación de tren Moorfields. Ana los había dejado solos en el hotel, pero se reencuentra con ellos para dar un paseo y poner en práctica la idea que tuvo en la mañana. Caminan hasta que se acercan a un amplio prado ubicado detrás de una iglesia rodeada de edificios, Ana los hace sentar sobre el césped y saca del bolsillo de su chaqueta un puro de tabaco, ante la mirada extraña de Sara, pero especialmente de Otto, comienza a explicar lo qué pasará.

—Calma. Es solo un puro de tabaco, es nuestro amigo y nos va a decir todo lo que pueda sobre lo que pasa en la dichosa mansión —Acerca el puro a sus labios y lo besa con ternura—. Aprendí esto en Cuba; las playas, el sol, los cubanos, te tengo que hablar de ellos —Sara ríe y muestra interés, Otto hace un ruido con la garganta—. Como decía, la tabacomancia es una gran herramienta... si la aprendes a interpretar.

—No lo sé, las artes adivinatorias no son muy precisas —dice Delfina examinando el tabaco en sus manos—, es muy abierta a interpretaciones, puede mal guiarte si te descuidas.

—¡Pero claro! Ese es el peligro de vivir, la vida misma puede mal guiarte, y si te descuidas puede llevarte a un final horrible, pero… hay una forma para evitar esto.

—¿Cuál? —pregunta Sara muy ansiosa.

—La razón, claro —Ana lo dice como si fuera muy obvio para los demás, y al parecer lo es para Delfina.

—Muy simple, pero muy claro —entiende Delfina.

Sara y Otto intercambian miradas, no entienden el descubrimiento que acaba de hacer Delfina, su cara de confusión es tal que Ana da una rápida explicación a regañadientes.

—La adivinación es inexacta porque el destino es inexacto, nada está marcado o escrito hasta que ciertas cosas pasen, como antecedentes digámosle, por eso ver al futuro es tan incierto porque lo que ves son las posibilidades, las posibles formas en las que una situación puede terminar o desencadenar. Cuando hablo de la razón, quiero decir la inteligencia, del conocimiento. Si el futuro es incierto y solo podemos conocer el pasado en su forma. ¿Qué debemos preguntar?

Otto y Sara se quedan callados, Delfina asiente todo lo que Ana ha estado diciendo.

—¿Preguntar por el pasado? —dice Otto con muchas dudas.

—Sí, preguntar por los antecedentes, pero los antecedentes de algo en específico. Debes tener muy claras las preguntas que necesitas resolver o la situación que quieras conocer, de lo contrario sí sería una predicción basada en lo que podría pasar o no —Finalmente los brujos comprenden lo que Ana explica—. Con esto claro en nuestras mentes, el puro nos irá revelando cosas. Debes estar muy concentrada Delfina, tu mente debe estar puesta en lo que quieres saber, pero también en el ahora y en este lugar. Toma, tú debes encenderlo.

Delfina toma el puro en sus manos, las puntas ya están cortadas, acerca el fuego a un extremo y espera, aspira y bota el humo varias veces mientras el puro se enciende de manera uniforme. Sus dos pupilos esperan en silencio, un fuerte olor a tabaco comienza a rodearlos, la Deífica sigue fumando unos segundos hasta que Ana le reclama el puro, ella lo entrega, la vieja bruja lo acerca lo más que puede a sus ojos, mientras habla va girando el cigarro.

—Creo que veo una casa, la mansión supongo. Está sucia y caída. Creo que veo a Vasco o Vasil.

—Ese es el líder de los Síneros —responde Delfina con sus ojos grandes puestos en Ana.

—Sus intenciones no son buenas… él supo algo, algo que tú le dijiste. No puedo ver qué, pero él se lo tomó muy en serio. Fuma más —Le da un pequeño golpe al puro con su dedo, algo de ceniza cae, le regresa el puro a la Deífica para que ella fume de nuevo por un par de minutos —. Hay un punto negro acá, mira —señalando un lado del puro cuya ceniza no crece gris, si no negra.

—¿Qué significa? —pregunta Sara.

—Un secreto, algo que está oculto —responde Ana mientras recibe de vuelta el puro, igual que la primera vez, lo acerca lo más que puede a su rostro—. Alguien murió ahí, en esa casa. Fuego, alguien murió por fuego hace varias semanas.

Sara y Otto se asustan, sus corazones comienzan a palpitar muy fuerte, pero Delfina aparentemente no se ve afectada.

—Los brujos estaban ahí, una estaba sentada viéndolo todo, los demás estaban en el suelo, sufriendo. Fuma más —Delfina lo hace, le regresa el cigarro y Ana repite su gesto, pero está vez duda, gira el tabaco para verlo desde diferentes ángulos, pero no logra interpretar nada—. Sopla —le dice a la Deífica, ella lo hace y un poco más de ceniza cae al suelo—. Oh, mucho mejor — Su expresión cambia—. La bruja más joven. Está… diferente, está sufriendo más, siente un dolor profundo, un dolor constante —Gira el puro—. No hay magia en ellos, en ninguno de los tres, como si su poder hubiese sido robado.

De nuevo entrega el puro, ninguno quiere comentar nada en ese momento; el puro ahora por la mitad regresa a manos de Ana, gira y gira varias veces el puro por un rato.

—Están encerrados, en un cuarto que tiene dos puertas, puedo ver una normal, supongo que es la principal y puedo ver otra inclinada, casi en la pared.

—El sótano —dice Delfina con sus ojos puestos en un recuerdo—, los tienen atados con cadenas a la pared.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Sara confundida, pero Delfina no responde nada.

—Allí los tienen encerrados… cuatro hombres los tienen encerrados en el sótano —Hace un gesto con la intención de regresar el puro, pero se detiene súbitamente—. Alguien los está observando, alguien oscuro. Fuma más.

El puro se ha consumido bastante rápido, la brisa fría y refrescante se ha encargado de mantenerlo en rojo todo el tiempo. Otto, Sara y Delfina se sienten muy intranquilos, la situación parece estar más delicada de lo que se imaginaban.

—Alguien fuera de la casa los está observando. No es alguien, son varios; y saben muy bien lo que está pasando con ellos. Veo peligro, esta gente es peligrosa, más peligrosa que los que tienen a sus brujos encerrados, parece como si esperaran algo o a alguien.

—¿Qué pueden estar esperando? —pregunta retóricamente Otto.

—Este Vasil lo sabe, sabe que están siendo observados. Él sabe quiénes son y ha protegido la casa con… con… con algo, no sé qué es, pero no es magia —Ana regresa el puro a Delfina, ahora solo queda muy poco del cigarro, mucho menos de la mitad, sin embargo la ceniza que resulta es negra completamente y no gris como las otras—. No me deja ver nada más —Repite el truco de tumbar un poco de ceniza con el dedo pero no pasa nada, lo sopla de nuevo pero sigue igual—. Creo que eso fue todo lo que pudo mostrar.

Delfina se ha quedado sin palabras, no sabe qué decir, toda la información que el puro pudo darles retumba por su cabeza, muchos pensamientos, muchas ideas que la confunden, que la confrontan. ¿Qué hacer? ¿Cómo ayudarlos?

La noche cae sobre los brujos quienes caminan hacia el hotel, Ana y Otto toman la delantera dejando a Delfina y Sara caminando atrás.

—Tenemos que volver —dice Sara en un tono de voz bajo—. Tenemos que volver.

Delfina la ignora y sigue caminando con su mirada al frente.

—Tenemos que volver, Delfina —insiste Sara—. ¡Tenemos que volver!

Delfina sigue ignorándola.

—¡Delfina! —grita Sara, logrando por fin captar su atención—. ¡Tenemos que volver a la mansión! Tenemos que ayudarlos —Su voz se oye con más desesperación.

—No podemos regresar —responde la Deífica en un tono lleno de calma.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que no podemos regresar? —Sara se nota más molesta.

—No podemos regresar ahora. Tenemos que seguir con el plan —La tranquilidad de Delfina impresiona a Sara.

—¿Seguir con el plan? Delfina, nuestros amigos, nuestra familia está ahí secuestrada y tú dices que debemos seguir con el plan. ¿Por qué? No entiendo.

—No podemos volver ahora, Sara. Nuestra prioridad en este momento son los anillos —Delfina continúa caminando.

Sara se queda de pie esperando que se retracte y diga que es una broma y que a primera hora en la mañana viajarían de regreso, pero no es así, Delfina solo sigue caminando.

—¿Entonces los dejaremos morir? ¿Vamos a dejar que los lastimen o que los maten?

Sara insiste, esta vez con el tono de voz muy alto. Delfina se detiene, agacha su cabeza y espera hasta que su bruja esté más cerca.

—¿Por qué crees que esto está pasando ahora? —dice Delfina seca, con la mirada enfurecida. Sara no responde nada; la Deífica toma aire y pone su cara lo más al frente de la de Sara, sin embargo, siendo más alta, Sara debe alzar sus ojos—. Esto no es una coincidencia, ¿No lo ves? ¿No puedes ver lo que se nos vendrá encima desde ahora? Necesitamos este poder más que nunca, es la única forma de poder salvarlos y salvarnos, o mejor, salvar a todo este planeta. Esa es la diferencia entre nosotras Sara, yo no me puedo dar el lujo de dejarme llevar por mis emociones de la forma que lo estás haciendo ahora, debemos ser más inteligentes y tomar decisiones, así no parezcan las acertadas desde el principio.

—¡¿Y ellos? ¿Qué va a pasar con ellos? ¿Los vamos a dejar morir?! —Lágrimas de impotencia inundan los ojos de Sara.

Delfina alcanza la fachada de una tienda de ropa y se sienta en el amplio marco de la vitrina, su voz en vez de expresar enojo se oye como un suave llanto de temor, como un nudo en la garganta.

—Ellos no van a morir, Sara. Cuando separamos el coven sabíamos que este tipo de cosas eran una posibilidad y, aun así, todos aceptamos el plan. Paolo es uno de los brujos más poderosos que he conocido, sea lo que sea que esté pasando él lo resolverá, en especial si tiene que ver con Serena. A veces puedo sentir su sufrimiento y su angustia, pero me temo que es algo por lo que debe pasar.

El tono de voz y la forma en la que Delfina está hablando hacen que Sara baje la guardia y se tranquilice un poco, lentamente toma asiento al lado de ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que no les harán daño? Sé que Paolo es muy fuerte, pero…

—Los Síneros no les harán nada. Yo sé qué es lo que quieren y para eso necesitan mantenerlos con vida a los tres.

—¿Qué quieren? —Sara se ve muy confundida, la Deífica ve en su rostro un poco de desesperación, ella sabe que Sara no descansará hasta escuchar una respuesta satisfactoria.

—Cuando hicimos el ritual para tener la profecía, vi algo, algo a lo que no le veía un propósito hasta ahora. Luego cuando estuve en la cabaña de los Síneros, Vasil mostró mucho interés en Serena y el hecho de que fuera una bruja natural, también preguntó mucho sobre su familia. Creo que sé lo que Vasil descubrió —Delfina que tenía la mirada en el cielo, regresa los ojos hacia Sara—. Los Síneros no les harán daño porque los necesitan, su propósito es obtener poder de nuevo y eso puede tomar mucho tiempo —Suspira—. Ahora, es incierto lo que Asmodeo sabe de nosotros, pero si mis sospechas son ciertas, ya debe saber que estamos acá, buscando algo; debemos llamar la atención de sus hijos, que pierdan interés en la mansión, de otra forma Vasil no podrá defender la casa de ellos y entonces Paolo, Raquel y Serena estarán en peligro real.

Sara ha estado en silencio, mirando fijamente los preocupados ojos de su Deífica.

—¿No es esa una buena razón para regresar? —La desesperación que Sara sentía ahora es una mezcla entre impotencia y compasión.

—Regresaremos, pero a su debido tiempo. Mírame, Sara —Ambas se miran fijamente, el corazón de la joven se acelera—. Necesito que confíes en mí, necesito que confíes en el coven, sé que tienes miedo y yo también, pero debemos confiar en lo que estamos haciendo, si

empezamos a dudar todo se vendrá abajo. Confía en mí y en las decisiones que estoy tomando, te prometo que encontrarás el propósito de todo esto.

Sara no responde nada, su mirada regresa al suelo, se nota que está metida en un nudo de pensamientos hasta que la bocina de un camión que pasa la despierta de su trance.

—Está bien —dice al fin—, creo que hay algo más grande que no logro ver ahora y que parece que tú sí. Sé que hay cosas que no nos has dicho, que tal vez no le hayas dicho a nadie. ¿Por qué?

—Porque a veces, tener idea de lo que va a pasar te limita, te impide actuar de forma natural porque nubla el instinto. Sara, hay secretos que se llevan a la tumba, hay secretos que necesitan un tiempo y un espacio para ser contados y hay secretos tan poderosos que si son contados fuera de contexto pueden ser peligrosos. Todo se revelará en su debido tiempo, por ahora solo debemos confiar.

Sara no responde nada, solo asiente con la cabeza, Delfina sabe que no está convencida del todo, pero no hay nada que puedan hacer, el plan debe continuar, tal como lo dijo.

Capítulo 18

Tan pronto sale el sol, Delfina y su grupo continúan su viaje desde Liverpool Lime Street en un tren directo a Edimburgo, el viaje tomaría unas cinco horas.

—Torryburn es diferente que Woodplumpton o a otros lugares que hemos visitado —dice Delfina—, hace unos años, los pobladores decidieron reivindicar la memoria de Lilias Adie, celebrando su nombre y conmemorando su muerte porque querían disculparse tras años de persecución a las brujas de Escocia.

—¡Ja! —exclama Ana—. Un poco tarde ¿No?

—Como esto se convirtió en una celebración del pueblo —continúa Delfina—, podemos ir por ahí sin necesidad de escondernos o disfrazarnos. Pero tenemos un problema, los restos de Lilias ya no están bajo la lápida, Otto encontró que solo el cráneo ha podido ser recuperado y está en Torryburn, lo demás fue robado y actualmente está perdido.

—¿Crees que podamos hacer el ritual solo con el cráneo? —pregunta Sara.

—¡Claro que sí! —responde Ana con mucho entusiasmo—, si los cuatro participamos en el ritual, yo creería que no hay problema —Otto y Sara le lanzan una mirada de incredulidad—. Pero qué se yo de esto, apenas y tengo…

—Ochocientos años… —responden los demás al unísono.

—Eso sí, debemos llevar el cráneo a la tumba y allí hacer el ritual.

—No creo que tengamos problemas en Torryburn, es posible que incluso podamos ver el cráneo hoy mismo —dice Otto ajustando la pequeña ventana de su cabina.

—Sería lo mejor si hoy mismo podemos conseguir este poder. Entre Edimburgo y Torryburn hay una hora, así que no tardaremos mucho en estar allá. ¿Preparaste todo? —le pregunta la Deífica a Otto.

—Sí, me dijeron que nos estarían esperando al llegar a la estación —Mirando la pantalla de un celular.

Un par de horas después, lo brujos salen de la estación Edinburgh Waverley, donde un hombre muy alto de cabello rojizo y traje azul los espera, es un enviado de la empresa de transporte que Otto había contratado la noche anterior; el hombre amablemente entrega las llaves de un carro blanco a Otto, firma unos documentos y desaparece.

Desde Edimburgo hay unos 45 minutos hasta Torryburn por una ruta que los mapas llaman la A90. Es pasado el mediodía y los brujos se apuran a coger camino, por fortuna para esa época del año, el atardecer es a las 8:00 p. m. lo cual les da más tiempo en el día.

Visitar Reino Unido siempre fue uno de los sueños de Sara y aunque nunca se imaginó visitarlo de esta forma, se siente agradecida de poder disfrutar paisajes tan diferentes. Unos kilómetros al norte pasan por el río Forth, que desemboca en el mar y que divide a Edimburgo de la costa norte. Tres grandes e imponentes puentes se alzan a la mirada deslumbrada de Sara, la carretera los lleva a cruzar el puente del centro, el Forth Road, a su derecha ve en la distancia el otro puente: rojo, grande y con curvas que lo hacen ver como si también se estuviera moviendo. Sara se queda pensativa tan solo de imaginar los rincones y espacios que existen en este mundo y que tal vez nunca alcanzará a conocer. Unos minutos después el agua que los acompaña desaparece y se abre paso la tierra, al frente el paisaje cambia por completo, el agua se convierte en espacios verdes y amplios al lado de la carretera, solo queda esperar, alcanzar la calle

principal y seguir en ella sin parar hasta llegar a la alcaldía de Torryburn.

Torryburn es una pequeña ciudad del condado de Fife, muy cercana a Edimburgo, no hay edificios altos, pero sus casas son muy modernas, mezclando lo clásico con toques tecnológicos y arquitectura más actual, es un pueblo muy residencial, acogedor y muy amable. La calle principal o Main Street recorre por los lugares más representativos del pueblo, así que en cuestión de minutos llegan a la morada actual del cráneo de la bruja.

El edificio de la alcaldía parece una casa antigua, pero muy bien conservada, al igual que muchas que habían visto en el camino. Otto parquea cerca a la entrada. En el marco de la puerta hay un guardia de seguridad muy alto y grande, unos metros más adelante una recepción con una mujer. Delfina se acerca con mucha gracia y comienza a hablarle en un inglés muy pausado.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarles en algo? —La mujer de recepción sonríe afable. Segundos después se levanta y los hace seguir hacia un corredor que lleva al fondo del edificio, el guardia los sigue con una mirada sospechosa pero no hace más.

—Dicen que el cráneo está aquí, su idea es poder reunir todos los restos y hacer una especie de monumento —Delfina cuenta en voz baja mientras avanzan detrás de la mujer.

—Esperen por favor —La mujer toca en una puerta y entra, cerrando tras ella.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Sara.

—Vamos a pedir prestado el cráneo —responde Delfina en un susurro.

—¿Cómo? —pregunta de nuevo.

—Vamos a hacer esto más simple.

La mujer sale y con una gran sonrisa los invita a entrar, otra mujer se asoma sobre un largo y viejo escritorio de madera, los saluda con ese acento que les cuesta un poco entender, en especial a la bruja más joven.

—Buenas tardes, ¿en qué les puedo ayudar?

La recepcionista deja la oficina y cierra la puerta.

—Me dijo Jen que ustedes tienen noticias sobre los restos de la bruja de Torryburn.

La sonrisa de la mujer desaparece en un movimiento, sus ojos se vuelven inexpresivos y su cuerpo de unos 1.80 se ve desganado pero rígido; Delfina por su parte está mirándola fijamente:

—¿Cuál es tu trabajo aquí?

La mujer responde de inmediato.

—Trabajo en el departamento de cultura.

Delfina se acerca a ella.

—¿Qué sabes de los restos de Lilias Adie?

—Están desaparecidos, los robaron hace muchos años cuando la tumba fue profanada. —La mujer sigue estática.

—¿Dónde está el cráneo de Lilias Adie?

—Aquí, en la alcaldía, está escondido en una bóveda.

—¿Cuántas personas hay acá en este momento?

—Unas quince, hay una reunión en el piso de arriba con el rector de la escuela primaria.

—¿Quiénes tienen acceso al cráneo?

—Solo el alcalde Robinson.

—¿Hay forma de que puedas obtenerlo tú?

—Sí, el alcalde Robinson deja las llaves de la bóveda en el primer cajón de su escritorio.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Margaret.

—Margaret, escúchame muy bien, necesito que hagas algo por nosotros —Margaret asiente con la cabeza—. Vas a entrar a la oficina del alcalde Robinson, tomarás las llaves de la bóveda y sin que nadie te vea sacarás el cráneo de la bruja y lo traerás hasta nosotros.

—Sí señora, pero... ¿Por qué?

—Porque vamos a investigarlo, y tal vez podamos ayudarte a encontrar los demás restos para que puedan crear el monumento.

—¡Sí! Eso estaría muy bien.

—Lo sé. Ahora ve por el cráneo.

Margaret sale silenciosamente de la habitación, dejándolos solos en la vieja oficina.

—Cuando dijiste que íbamos a hacer las cosas simples, tenías toda la razón —le dice Otto a la Deífica en un tono de chiste.

—Bueno, supuse que después de pretender ser religiosos por un mes, habían tenido suficiente con inventar historias y mentir —responde con una sonrisa irónica.

—Oh, la practicidad —dice Ana.

Unos pasos se sienten viniendo hacia ellos, la puerta se abre y un cuerpo delgado se desliza rápidamente cerrando la puerta tras ella, viene muy agitada sosteniendo una caja de madera.

—Aquí está —Con cuidado abre la tapa y los brujos pueden ver el cráneo posado sobre una tela gris, Margaret se lo entrega a Delfina quien a su vez se lo entrega a Sara.

—Pon atención, Margaret. Esperarás aquí en la alcaldía por nuestro regreso, no importa que tan tarde se haga, esperarás nuestro regreso acá mismo, te devolveremos el cráneo y lo volverás a poner en la bóveda. No hables de esto con nadie, ¿Entiendes?

—Sí, entiendo, no hablaré de esto con nadie y esperaré su regreso con el cráneo.

—Muy bien, ahora acompáñanos a nuestro auto.

Margaret y los brujos caminan saliendo de la alcaldía, la caja va dentro de una bolsa de tela negra, al salir, el paquete llama la atención del guardia, pero no hace nada. La mujer se despide de ellos mientras avanzan en el auto, alejándose de la alcaldía lo más pronto que pueden.

Unos kilómetros más alejados, Otto parquea el auto en la calle The Ness, una carretera justo al borde de la playa mirando al río Fiordo de Forth. Los cuatro bajan del auto y preparan las cosas que necesitarán para el ritual.

—No lo puedo creer —exclama Otto mirando el horizonte lleno de agua—, no puedo creer que estemos acá, tan lejos de la mansión y que además tengamos en nuestras manos el cráneo de Lilias Adie, en unas horas tendremos el otro anillo.

Delfina sonríe mientras abre un mapa sobre el capó del carro, Sara está en la bodega abriendo maletas y sacando los elementos del ritual.

—Unos kilómetros más adelante por esta carretera llegamos a la tumba, pero no podemos ser tan evidentes.

—Aún nos queda un poco de luz, qué tal si tan pronto anochezca nos movemos hasta el final de este camino por Craigflower View, y atravesamos este bosque hasta llegar acá, es más largo, pero tenemos tiempo —propone Ana sin quitar la mirada del mapa.

—Sí, me parece una buena idea, así no llamamos tanto la atención —responde Delfina.

Los brujos siguen el plan de Ana y justo después de haber dejado el auto tras unos arbustos, cerca de la carretera, comienzan a caminar con el fin de cruzar entre el bosque y llegar a la playa lejos del camino principal. Sara lleva un pequeño morral con los elementos para la invocación, Otto lleva la caja de madera con el cráneo de Lilias Adie. La noche se siente tranquila, el viento

sopla suavemente y el cielo solo tiene unas cuantas nubes grandes, la luna creciente está un poco cubierta y es la única luz que se ve en el firmamento.

Diez minutos dentro del bosque y los árboles se hacen más espesos, los ruidos de los animales se hacen más difíciles de reconocer, el viento empuja las hojas entre ellas mismas; de repente, Ana se detiene súbitamente, los demás lo hacen también pero no saben por qué; la bruja más vieja mira en todas las direcciones, pero no logra ver nada, otro ruido se oye y esta vez Delfina también se alerta, su corazón comienza a acelerarse; a su izquierda un sonido los llama a todos, crac, se oye detrás.

—Corran —dice Delfina.

Los cuatro brujos comienzan a correr siguiendo a Ana quien se mueve entre los árboles a una velocidad que no pertenece a la de una mujer de ochocientos años. Sara y Otto corren tomados de la mano tras ella, Delfina se queda al final. Las pisadas y los ruidos que se sienten a sus lados son sin duda otro grupo de personas corriendo junto a ellos, están siendo perseguidos. Adelante a unos metros, Ana puede ver la salida a un espacio más abierto, los demás la siguen hasta que se abren a un terreno claro, rodeado de árboles, Ana, Sara y Otto corren hasta casi el centro, en ese momento otras tres personas aparecen a su izquierda, son hijos de Zain. Delfina está parada más cerca de los árboles, su corazón se enciende al confirmar sus sospechas, los hijos de Zain los habían seguido hasta ahí y podrían arruinar todo su plan. A su derecha siente un ventarrón que se detiene un poco más adelante de ella sin notarla al principio, hasta que lo hace, el cuerpo de esta persona le hace frente a la Deífica, es Silas, mirando a Delfina con una expresión de terror a pesar de ser mucho más alto que ella, por un momento, se siente pequeño y asustado, claramente no esperaba que su encuentro fuera así. Delfina hace un movimiento como si quisiera dar un paso, pero Silas sale corriendo de nuevo hacia los árboles haciéndola ir tras él.

Los demás brujos están siendo atacados por los hijos de Zain, rocas y palos vuelan desde todas las direcciones hacia ellos, con dificultad logran desviar algunas pero el enemigo es más rápido; una gran roca llega por la espalda golpeando a Ana con fuerza, cae el suelo inconsciente, Otto se arrodilla a su lado tratando de hacer que reaccione, Sara sigue desviando los ataques lo mejor que puede.

—No creo que pueda seguir —dice Sara moviendo sus brazos con la agilidad que puede.

La cara de horror de Otto cambia por una más serena, cierra los ojos, su respiración se hace más lenta, exhala un par de veces hasta que de repente el suelo comienza a dibujar unas líneas de tierra que se cruzan entre sí, formando en un círculo con una estrella en el centro, el sello de Otto. Sara ve cómo las piedras se detienen ante ella como si golpearan con una pared, voltea y ve a Otto con los ojos cerrados tratando de estar muy concentrado.

—Ana, Ana reacciona por favor, tienes que hacer algo, los hijos de Zain nos están atacando.

Ana no reacciona, Otto está sudando más que nunca, se nota que hace un esfuerzo muy grande para mantener el sello:

—Haz algo, Sara —dice Otto con mucha dificultad, la piel que cubre su cabeza se enrojece con intensidad.

Pero Sara cada vez está más asustada; un golpe retumba al frente de ella, ahora los proyectiles dirigidos a ellos van envueltos en llamas, los tres hijos de Zain conjuran el fuego en rocas, palos y tierra que golpea al sello desde todas las direcciones.

—¡No pue-do aguan-tar! —grita Otto con desesperación.

Sara no sabe qué hacer, mira para todas partes, siente cómo le falta el aire y la vista se le nubla.

Mientras tanto, Delfina está teniendo una carrera entre los árboles, persiguiendo a Silas, unos metros adelante de ella logra verlo, con un gesto de sus manos algunas raíces comienzan a alzarse de la tierra, Silas salta y trata de evitarlas mientras sigue avanzando, en un momento el hombre gira extendiendo su mano hacia la Deífica, ella siente un fuerte golpe en el pecho que la empuja hacia atrás cayendo en su espalda; rápidamente se levanta y esta vez con ambas manos todas las raíces de los árboles a su alrededor y en frente se levantan del suelo, a unos metros más adelante se oye cómo algo alto y pesado cae con fuerza. La mano de Delfina se asoma entre un par de troncos curvos, Silas está envuelto en raíces de árbol que no lo dejan mover ninguna parte de su cuerpo.

—Este sí es un encuentro inesperado —dice Delfina manteniendo su mano al frente.

—Me alegra que te haya sorprendido, me encantan las sorpresas —responde Silas con dificultad—. Ustedes no son fáciles de encontrar. Debo decir que para mi sorpresa no esperaba que estuvieras acá, considerando… —La mirada de Silas está llena de sarcasmo, de burla.

—¿Considerando qué? —pregunta la Deífica.

—La situación por la que pasa tu aquelarre —responde de nuevo con el mismo tono de sarcasmo.

Delfina levanta su mano haciendo que las raíces lo liberen, solo para ella levantarlo y hacer que el cuerpo de Silas se ponga en pie, luego la bruja da dos pasos adelante, el cuerpo del hijo de Zain golpea contra un árbol con fuerza.

—Tamtasú —Se oye de la boca de la Deífica.

Silas traga saliva mientras la corteza del árbol a su espalda comienza a subir por su ropa, su cuerpo empieza a ser absorbido, los bordes de sus piernas, sus hombros, su piel, sus costillas se cubren de madera, la corteza sigue creciendo con velocidad hasta que llega al borde de su cara y se detiene.

—Por un momento creí que ibas a sofocarme —Su tono de sarcasmo se mancha con algo de temor.

—En unos minutos tal vez —responde Delfina acercándose a él—. ¿Cuál es la situación que pasa mi coven?

—Oh, ¿No lo sabes? Nosotros sí lo sabemos, de hecho estamos vigilando todo muy de cerca. —La corteza del árbol crece un poco más.

—¿Qué estás haciendo acá? —La Deífica trata de no expresar mucho frente a él, no quiere que adivine qué tanto sabe.

—Vinimos a ver qué hacen ustedes en este lugar. Es raro ¿Sabes? Que una Deífica abandone su coven justo cuando más la necesitan.

—Ellos pueden cuidarse solos.

—¿En serio? Pues parece que no les enseñaste muy bien. Están atrapados en un sótano mientras tú estás al otro lado del mundo. ¿Por qué? ¿Qué hacen acá? ¿Qué están buscando?

—Me cansé de oír tu voz, ¿Tienes algunas palabras finales? —dice la Deífica preparándose para finalizar el hechizo.

—¿Me vas a matar tan rápido? Creí que querrías oír todo sobre Serena y su embarazo.

¿Embarazo?, piensa Delfina, ¿Acaso Serena está embarazada y ella no había podido sentirla? ¿Qué estaba pasando realmente en la mansión?

—Ay, ¿no sabías que está embarazada? Bueno, creo que te vas a llevar varias sorpresas entonces —Silas ríe cínicamente.

En ese momento, en la dirección en la que están los demás brujos, varias columnas de fuego

suben por encima de los árboles y unos gritos horribles huyen por el bosque.

—Todos tus brujos van a morir Delfina y me temo que no hay nada que puedas hacer al respecto.

—No te muevas de acá —dice Delfina, da media vuelta y corre entre los árboles dejando a Silas atrapado en un árbol.

—¡Asmodeo va a caminar por esta tierra y no tendrás dónde esconderte!

Los gritos de Silas alcanzan los oídos de la Deífica. Cuando Delfina logra salir del espesor de los árboles, ve tres cuerpos ardiendo en llamas corriendo de un lado a otro, hasta que uno a uno se rompen, cayendo en una pequeña pila de polvo, fuego y ceniza. La Deífica alcanza a los brujos, Sara está llorando y temblando, apenas y puede alzar la mirada, sus manos se sacuden frenéticamente, Delfina pasa por un lado de ella sin darle importancia, se agacha y se asegura que Ana solo este inconsciente.

—Ven conmigo, Otto —le dice la Deífica. Él se levanta y la sigue—. Tú quédate acá y atiende a Ana. ¡Sara! Atiende a Ana.

Sara reacciona y asiente, la Deífica y su brujo corren de nuevo al bosque, Otto no se atreve a preguntar a dónde van, corren entre los árboles y las raíces levantadas hasta que Delfina se detiene.

—Escapó —dice, dejando ir un suspiro lleno de rabia.

—¿Quién? —pregunta Otto, respirando muy agitado.

—Silas, su nombre es Silas. Alguien que creía muerto —Delfina da media vuelta y camina de regreso hacia Sara y Ana.

Otto se fija en los pedazos de madera y corteza arrancada en todas partes, pero rápidamente alcanza el paso de la Deífica.

Ana está de pie, Sara a su lado tiene la mirada clavada en el suelo.

—¿Están bien? —pregunta Delfina.

—Sí, un poco mareada, pero me estoy sintiendo mejor —responde Ana con una voz suave.

—Otto, revisa que no tenga hemorragias o algo.

Otto se mueve directo a ella y le examina la cabeza, mientras tanto, Delfina se acerca a Sara.

—Te necesito bien ahora, lo que hiciste fue muy valiente, pero necesito que estés concentrada en el aquí y ahora, ¿Bueno?

Sara le devuelve la mirada con los ojos llenos de lágrimas y sin decir más asiente, Delfina le da un pequeño y rápido abrazo.

—Debemos seguir hasta la playa. Por ahora nos libramos de ellos, pero no podemos esperar acá, mañana vendrán más. Tenemos que irnos de Torryburn hoy mismo.

Los elementos para el ritual están intactos, al igual que la caja y por suerte el cráneo de Lilias Adie.

Después de un rato de descanso y de sobrevivir a un ataque, los cuatro brujos siguen el camino por el bosque, entre los árboles, esta vez más alejados unos de otros, Ana y Delfina toman la delantera, mientras que Otto y Sara se quedan unos pasos más atrás.

—¿Estás bien? —Le pregunta Otto a Sara.

—Ajá… —responde sin mirarlo.

—No me mientas.

—¿Si sabes que no estoy bien para qué preguntas? —Aún sin mirarlo.

—No lo pregunto para mí.

—No estoy bien, Otto, acabo de matar a tres personas, ¿Cómo te sentirías tú?

—Bueno, no eran personas ‘personas’… tú sabes a qué me refiero.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, ya no tenían alma, eran unos... zombis.

—Sí tenían, una parte, una parte muy pequeña, pero sí tenían —Lágrimas salen despedidas de los ojos de la bruja.

—Sara —La toma de la mano con delicadeza—. Este viaje nos está obligando a sobrevivir, tú sabes que ellos no hubiesen dudado en matarnos si los dejamos, yo sé que eso no justifica nada, pero... Estamos en guerra y debemos protegernos.

—Lo sé, es solo que… siento muchas cosas en este momento, creo que es mejor que me concentre en la invocación. Quiero irme de acá lo más rápido posible —Pero eso no es lo que Sara tenía en la mente o mejor, en el corazón; su actitud es por algo que había sentido y la confundía, aunque no quisiera reconocerlo, ver a esos hijos de Zain quemándose le había generado una sensación de satisfacción, tal vez por eso no quitó sus ojos de las llamas, era como si hubiese disfrutado el olor a cerdo o el fuego volviendo burbujas la piel de sus atacantes, o tal vez ver ese momento cuando el pequeño pedacito de alma fue extinguido por su poder; eso la hace sentir aún más culpable.

Quince minutos más de camino hasta que logran ver la playa justo frente a la lápida de Lilias. Es casi medianoche, los brujos se apresuran a cruzar la avenida hasta el lugar. La tumba está detrás de una pequeña montaña de tierra, una lápida de piedra de más de un metro y medio de largo se posa con fuerza entre la arena y las algas.

—Pobre mujer —dice Otto—, su vecina fue la que la acusó de tener sexo con el diablo, la pobre fue torturada hasta que lo confesó, le tenían tanto miedo que la quemaron en la estación de policía y sus huesos terminaron enterrados acá, ahora están repartidos por el mundo. Ojalá pueda encontrar paz después de esta noche.

Delfina ubica los puntos cardinales:

—Dicen que ella podía manipular el agua, que conocía los secretos del elemento mejor que cualquier otra bruja —Ubica la vela para invocaciones al sur de la tumba, entre la arena.

Al Este Ana clava varias velas de incienso.

—Era muy poderosa entonces. Conocí un brujo en Nepal que había dedicado casi toda su vida a los elementales del agua, podía hacer cosas impresionantes, pero nunca pudo conjurar un ignis, su magia se redujo solo al elemento del agua, no está mal pero en mi opinión deberías poder conjurarlos a todos, así no seas un maestro en ninguno.

Sara regresa de la orilla con la botella de vidrio llena de agua del río y la pone al Oeste de la tumba. Otto clava al norte el athame curvo. Con cuidado Delfina ubica el cráneo de Lilias Adie en el centro de la tumba, la sal dibuja un círculo alrededor de ellos que se mezcla con la arena. Cuando llega al punto donde inició dice:

—Probestú.

Acto seguido, desenvuelve la bolsa de lino, las hojas y semillas de laurel que acompañan al anillo son puestos delicadamente sobre el cráneo de Lilias.

—Deuti imperium aoren —Los demás repiten el encantamiento.

Delfina inicia con la invocación al espíritu de Lilias, al igual que con Sophia en Yazoo o Meg en Woodplumpton. El agua del río comienza a ponerse más agresiva, pequeñas olas llegan cerca a ellos y el viento que viene desde esa dirección empuja muy fuerte. Luego de la ofrenda de sangre por cada uno de los asistentes tanto en la vela como en el anillo sobre el cráneo, el viento se pone más violento, la tumba de Lilias comienza a temblar, al igual que el suelo donde están

parados, como si la arena debajo de ellos quisiera respirar. Las olas llegan con mucha fuerza cubriendo sus pies, arrastrando la vela, el incienso y la botella, solo la punta del cráneo y el anillo permanecen por encima del agua. De repente una luz tenue de color blanco se refleja sobre la tumba, entre el agua que la cubre, se mueve como una serpiente y se posa alrededor del cráneo; ante los ojos de los cuatro brujos, la luz sube en forma de gotas grises que salen del agua y recorren los bordes del cráneo hasta llegar al anillo, el cual las absorbe por completo, la piedra de ópalo brilla con fuerza por unos segundos hasta que la luz se desvanece muy despacio, entonces la marea comienza a bajar. Delfina clava de nuevo el athame al Norte y juntos al unísono dicen:

—Probéstipu.

Son las 3:00 a. m. en Torryburn, Fife, Escocia; los cuatro brujos salen de la alcaldía del pueblo donde le entregaron a Margaret el cráneo de Lilias Adie, nadie dice nada, solo quieren salir de ahí lo más rápido posible. Otto acelera lo más que puede, el camino de regreso se ve desolado, Ana va dormida en el puesto del copiloto pero atrás ni Sara, ni Delfina pueden cerrar los ojos sin imaginarse algo horrible, la cabeza de la Deífica quiere explotar, un calor le sube desde el cuello hasta la coronilla, son los cuarenta minutos más largos de su viaje.

Una vez en Edimburgo, buscan el hotel más cercano a la estación Waverley, tienen hasta la salida del sol para dormir y descansar antes de partir para Londres.

A pesar de estar en cama Sara no puede conciliar el sueño, lo único que ve cada vez que cierra los ojos son los rostros de esos hijos de Zain que había quemado vivos, aún no puede creer que todo la hubiese llevado a hacer eso, tal vez hasta ahora no se había dado cuenta realmente de lo que significa este viaje o del peligro real al que se están enfrentando cada día, lágrimas caen por su costado mientras espera a que los minutos avancen más rápido.

Delfina no está en su cama, está en la pequeña ventana del cuarto mirando al cielo, tratando de entender todo lo que había pasado. ¿Cómo era posible que los hijos de Zain supieran dónde estaban? ¿Por qué Silas está vivo? ¿Acaso los estaban rastreando? ¿Cómo? Los registros de Lilias Adie se pueden leer en muchas partes, es más fácil deducir su próximo paradero si saben algo del cuento de las cinco brujas reales, pero lo que no podrían saber es dónde están los restos de Marie Laveau y por eso deben ser extra cuidadosos con los pasos que van a dar en los próximos días. Kenia es el último destino en este viaje que empezó hace meses y nada puede salir mal ahora, la Deífica sabe que lo que pase allí marcará el destino del coven.

Ocho de la mañana y los brujos están listos para salir del hotel, el sol está terminando de asomarse por completo y las calles aún se sienten vacías. En el auto todos guardan silencio, Otto toma un giro cerca al Scott Monument, una estructura hermosa con unas torres góticas que se alzan entre el paisaje, mostrando unos arcos espectaculares que forman una gran torre en el centro, homenaje al autor Walter Scott. Una cuadra más adelante ven la estación Waverley, a la entrada encuentran al mismo hombre de traje azul que los había recibido el día anterior, con cautela revisa el auto por todas partes, recibe las llaves, intercambian firmas por última vez y se va con una enorme sonrisa.

Media hora después, los brujos inician un viaje de cuatro horas y cuarenta minutos hasta la estación King’s Cross en Londres. Delfina mira a todas partes percatándose de no tener compañía sospechosa con ellos mientras se ubican en uno de los vagones del final. No pasa mucho tiempo hasta que Otto rompe el silencio que los acompañaba desde el día anterior.

—Delfina, creo que tenemos que hablar de lo que pasó anoche —Otto tiene su mirada puesta en la Deífica.

Delfina toma aire profundo, nota que Sara sigue con su mirada por la ventana, mientras Ana espera como Otto la explicación.

—Bueno... anoche fue claro que fuimos atacados por los hijos de Zain —Se toma unos segundos para continuar—. No sé por qué estaban ahí o cómo nos encontraron, aparentemente no saben qué estamos haciendo, saben que estamos buscando algo pero no saben qué. La información que les pudo haber dado el demonio Lessero no pudo ser suficiente para seguirnos, creo que tal vez tienen idea del cuento de las cinco brujas y así pudieron rastrearnos.

—¿Crees que nos estén siguiendo en este momento? —pregunta Otto con un poco de angustia.

—No creo, solo uno pudo escapar, y ya debe de estar muy lejos de acá.

—¿Quién era ese hombre, el que escapó, el que perseguiste en medio del bosque? —pregunta Ana.

—Creo que es su nuevo líder, lo atrapé en un árbol, pero escapó cuando regresé por ustedes. —La preocupación en ella es evidente.

—¿Qué es eso que sabes? ¿Quién es ese hombre? —Esta vez Otto tiene el ceño fruncido y mira fijamente a Delfina.

Sara sigue con su mirada puesta en la ventana, aunque realmente no está viendo nada.

—Su nombre es Silas, una persona que creí muerta —Delfina se acomoda en su puesto y se fija que no haya nadie curioso cerca de ellos—. Silas era, por así decirlo, la mano derecha de Zain; era un niño que seguía todas sus órdenes y comandaba un grupo de brujos que se hacían llamar ‘La legión’, eran los que se encargaban de difundir el miedo y mantenernos a todos con temor de actuar.

—¿Por qué creíste que estaba muerto? —dice Ana.

—Yo lo vi morir —Delfina deja ir un suspiro—, o bueno, eso creí. El día en que Zain murió, Martha Vega, la abuela de Serena y un grupo de brujas, incluyéndome, decidimos enfrentarlo una última vez. Estábamos armadas con todo tipo de artefactos mágicos y teníamos un plan muy claro; el ataque tomó por sorpresa a Zain, nos abrimos paso entre algunos de sus hijos, hasta que se vio acorralado y lo único que pudo hacer fue sacrificar a todos sus seguidores.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ana.

—Los mató a todos. Los mató a todos y de cierta forma absorbió su energía vital y su poder. Con mis propios ojos vi cómo Silas caía al suelo, a unos metros atrás de Zain moría como el resto de sus seguidores —Su mirada queda fundida en ese recuerdo agridulce.

—¿Qué pasó después? ¿Cómo terminó todo?

—Martha Vega conjuró un hechizo de fuego tan poderoso que acabó con Zain, su cuerpo, los cuerpos de sus súbditos sacrificados y el cuerpo que iba a ser el huésped de Asmodeo quedaron convertidos en polvo.

—¿Cómo alguien puede sobrevivir a algo así? —Muy pensativo pregunta Otto.

—Yo sé cómo —dice Ana.

—No, no puede ser —responde Otto, con la quijada abajo llena de incredulidad—, no creerás que este Silas tenga el poder de la resurrección.

—Hay otras formas de protegerse de hechizos así; la magia gitana puede anular mucha de nuestra magia.

—Es una posibilidad, como existe la posibilidad de que haya previsto lo que Zain iba a hacer y evitó caer con los demás. Haya sido como haya sido, Silas es un hombre peligroso, tiene mucho poder y una mente inteligente. Además… —Delfina se calla por un momento, su

expresión muestra angustia—. Él sabe cosas que nosotros no.

Sara, quien ha estado mirando por la ventana, gira lentamente hacia la conversación.

—¿Qué cosas? —pregunta la joven bruja.

—Como la situación de la mansión —responde con cuidado—. Ellos son los ojos externos que están vigilando a Paolo y los demás, tal cual lo leyó Ana en el tabaco: los hijos de Zain están vigilando la mansión y saben a la perfección lo que está pasando, mejor que nosotros.

—Si los hijos de Zain quieren entrar a la mansión lo harán, Vasil no tiene la seguridad o la magia para detenerlos —opina Otto con su conocida preocupación en la voz.

—¿Por qué los vigilan? Los hijos de Zain tienen el poder para ingresar a la mansión, ¿Por qué simplemente no entran por Serena y ya está? Eso es lo que quieren —dice Sara ahora más interesada en la conversación.

—Están esperando, esperan el momento adecuado —deduce Ana.

—¿El momento adecuado para qué? —pregunta Otto.

Ana lanza su mirada a Delfina y aunque percibe que tal vez sea algo que no quiera contar, es necesario que lo haga, por el bien de todos.

—Silas mencionó algo cuando lo interrogué en el bosque; pero en ese momento, las llamaradas me hicieron regresar por ustedes y no pude saber más... Silas mencionó algo con respecto a Serena, al parecer... Serena está embarazada.

—¡¿Qué?!

—Me dijo que, si no sabía eso, nos llevaríamos muchas sorpresas.

Todos se quedan estáticos, sin decir nada por un rato.

—¿Por qué? ¿Quién es el padre? —pregunta Otto.

—No lo sé.

—Eso es lo que vigilan, quieren el bebé de la bruja, por eso no han atacado la mansión —deduce Ana.

—El bebé de Serena es el que viste en tu visión, Delfina.

Los cuatro brujos tienen la tensión a flor de piel, sus corazones laten rápidamente, en el ambiente solo se puede respirar nerviosismo.

—¡Claro! —grita Otto—, por eso querían a Serena desde el principio, porque sabían que ella traería el final de Asmodeo.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos permitir que los hijos de Zain le pongan las manos a ese bebé —dice Sara en un tono muy serio, su mirada está puesta en Delfina, con sus ojos le recrimina la conversación que tuvieron hace días.

—No hay forma que los hijos de Zain sepan cuál es nuestro próximo destino —aclara Delfina —. Si ellos conocen sobre el cuento de las brujas, ya saben que estuvimos en Yazoo y Nueva Orleans.

—Pero en Nueva Orleans no encontramos nada —responde Otto, su angustia no baja.

—No, y ellos no lo saben, nadie lo sabe. En la mansión creen que Marie está en Haití y necesitamos que sigan creyendo eso.

—¿Y qué hay de Serena? —dice Sara.

—Aún tenemos tiempo —responde Delfina—, han pasado unos siete meses desde que empezamos a viajar, Serena tuvo que quedar embarazada las siguientes semanas, eso significa que tenemos casi tres meses para regresar y salvarlos a todos.

—Pero Delfina…

Antes de que Otto siga, la Deífica lo interrumpe.

—Todo pasa por una razón; lastimosamente lo que está pasando en la mansión es necesario, lo que está pasando en este tren es necesario. Si regresamos sin el último anillo, tal vez no tengamos el poder para salvarlos —Suspira—. Serena está cumpliendo con su destino, traer al mundo al salvador; nosotros debemos cumplir con el nuestro, darle las armas para que combata a Asmodeo.

Ninguno dice nada más, ni siquiera Sara se atreve a opinar, está claro que necesitan acelerar el paso si quieren volver a la mansión pronto, por ahora deben recorrer unas horas hasta Londres y luego abordar un vuelo de casi nueve horas hasta Kenia.

Capítulo 19

La puerta del sótano se abre con delicadeza, la luz entra y ataca el interior con mucha fuerza, iluminando partes de las paredes y el suelo alrededor de los brujos, Bo y Rafael se hacen visibles al entrar.

—Levántense, vamos a tomar el sol.

Los tres prisioneros hacen el esfuerzo de ponerse de pie y como ya es costumbre sus cadenas son reemplazadas para facilitar su salida al patio. El día está oscuro, el sol se oculta entre las nubes grises y una brisa fría se siente por todas partes, uno tras otro, Raquel, Paolo y Serena son dirigidos al centro del patio, por unos minutos Paolo permanece de pie estirando su espalda y piernas, contemplando el aire fresco, las hojas de los árboles que rodean la mansión, las aves que pasan sobre ellos y la belleza que se escapa de sus ojos todos los días. Serena y Raquel se sientan en el suelo disfrutando de su breve libertad, cada una a su manera.

Vasil y Jack llegan a encontrarse con los tres brujos y los otros Síneros. Su líder se ve cansado, con grandes bolsas bajo los ojos, demacrado y muy flaco, su ropa se nota sucia y descuidada; mientras se acerca clava los ojos en la barriga de Serena que se ve mucho más grande desde la última vez que la vio.

—¡Que día tan lindo! —dice Vasil en un tono muy alto, mientras llega a ellos—. Es el día perfecto, no hace un sol insoportable, tampoco hace calor incómodo. Si te da un poco de frío simplemente te abrigas y ya, es un día que inspira tranquilidad. ¿Cómo estás, Serena?

—Bien —responde la joven.

—¿Te has sentido bien, nada fuera de lo normal? —pregunta con la mirada fija en ella.

—No, nada de qué preocuparse —responde otra vez sin regresarle la mirada.

—Ok —dice Vasil, con un sinsabor en la voz—. Tenemos una situación —Lentamente se sienta en el césped—. Voy a ser muy directo con ustedes. Los hijos de Zain me dejaron un mensaje, no entraré en detalles, pero fue una amenaza; ellos pretenden invadir la casa para llevarse a Serena.

La expresión de los brujos cambia, los hijos de Zain no habían olvidado a Serena y aunque Vasil no lo admitiera, Raquel y Paolo tienen la sensación de que también quieren algo más que solo a la bruja. Vasil continúa, ignorando la reacción de los tres.

—Sabemos que lograron entrar una vez, porque Delfina no estuvo preparada para el ataque, nosotros sí lo estaremos. Rodeamos la casa con trampas y objetos de seguridad, pero… necesitamos más, necesitamos magia. Desafortunadamente no puedo confiar en ustedes por completo, por eso esto es lo que va a pasar: Esta noche Serena hará un ritual que Rafael arregló para que proteja la casa, ¿Qué clase de hechizo es?

—Es una fusión de dos rituales antiguos —responde Rafael muy confiado.

—Ustedes saben lo que está en juego si los hijos de Zain entran a la casa, necesitamos ayudarnos mutuamente…

—Déjame a mí hacer el ritual —dice Paolo—. Serena puede no tener el nivel para que funcione correctamente.

Vasil cierra un poco los ojos con mucha desconfianza.

—No me creas idiota, tú eres un riesgo, no fue casualidad que eligiera a Serena, ella hará el hechizo y nosotros estaremos con ella todo el tiempo, no habrá oportunidad para desobedecer.

Paolo asiente.

—Serena, necesito que te prepares, ve con Rafael, él te dará todas las instrucciones sobre el ritual y qué debes hacer, ustedes dos pueden quedarse un rato más acá, Bo los vigilará.

—Ven, Serena —dice Rafael ofreciéndole la mano, ella la toma y se levanta, juntos desaparecen entrando a la casa.

Jack y Vasil los siguen, dejando a Bo y a la escopeta de Paolo como guardianes de los brujos.

En la sala de la mansión están dos de los libros de las sombras, el negro y el rojo; Serena se sienta y Rafael junto a ella.

—Encontré un ritual muy antiguo —Rafael señala el libro rojo—. Originalmente se necesitan varias brujas para conjurarlo de forma correcta, pero encontré este otro ritual que combinados deberán funcionar y escondernos de intrusos.

Serena no responde con palabras, pero está atenta a todo lo que Rafael le dice, dentro de todo lo malo que le ha pasado y lo malo que le pudiese pasar, ella sabe que los hijos de Zain son mucho peor que los Síneros, ellos no dudarían en matarla, incluso estando embarazada, ya lo habían intentado una vez.

Durante la tarde, Serena se la pasa en la cocina repasando el ritual siempre en supervisión de Rafael.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Serena retraída.

—¿Acerca de esto? —responde con la mirada fija.

—No.

—Ok, ¿qué quieres preguntar? —Con un tono de resignación.

—¿Por qué dejaste que Vasil matara a Carlos? —Sus ojos quedan clavados en los de Rafael, en cambio los de él apuntan al piso.

La pregunta le había entrado como una cachetada seca en las mejillas. Después de un minuto de silencio y de miradas directas por Serena, Rafael da una respuesta en un tono de voz muy bajo, casi susurro:

—No podía hacer nada.

—Tú sabes que eso no es cierto.

—Serena, tú no sabes cómo son las cosas con Vasil, tú solo has visto una pequeña parte de la clase de persona que es en realidad y de lo que puede llegar a hacer —Sus ojos bailan en todas las direcciones asegurándose que estén solos.

—Le tienes miedo, por eso no hacen nada para defenderse cuando los trata mal.

—No le tengo miedo y no me trata mal —responde cuanto antes.

Serena se inclina para poner su cara frente a la de él.

—Entonces… ¿Por qué haces esto?

Rafael se mueve hacia atrás mirándola.

—Porque es lo que quiero, quiero tenerlo todo de nuevo y esta es la única forma.

Serena lo mira con la boca abierta en sorpresa.

—Alcancé a creer que eras bueno.

—Lo soy, pero el fin justifica los medios.

—¿Qué justificación das a esto? —Señalando su barriga.

Rafael se acerca a ella y en susurro le responde:

—Esto es un regalo de la naturaleza, ahí llevas el ser más poderoso de este planeta.

—¿Producto de una violación? —Es la primera vez que Serena admite estas palabras en voz alta, justo en ese momento, al admitirlo, siente que algo se libera, como un nudo que se desliza.

—Es un pequeño precio por tan magnífico poder. Tal vez lo entiendas luego.

Rafael agacha la mirada, alcanzando de nuevo el libro de las sombras rojo, Serena no pregunta ni dice nada más, solo se hunde en sus pensamientos. En ese momento Jack entra a la cocina con un par de bolsas de tela llenas de manzanas verdes y amarillas, las pone al pie de Serena, Rafael alcanza otra bolsa llena de hojas y ramas de Laurel.

Es de noche en la mansión, Serena ha pasado las últimas horas cortando manzanas por el centro y metiendo hojas de laurel en ellas, para luego amarrarlas con una cabuya. Al parecer la hora se acerca y solo hacen falta algunos detalles. Vasil entra a la cocina con un paquete en sus manos, esta vez lleva puesto una túnica negra al igual que el resto de los Síneros.

—Toma esto, Serena, necesitas darte una ducha y luego vestir esto —dice Vasil entregándole el paquete.

Ella lo recibe y se pone de pie, Rafael tras ella, la toma por el brazo y la dirige hacia el segundo piso. Veinte minutos más tarde, Serena está de regreso en la cocina, lleva puesto un vestido negro hasta los tobillos cubierto por un encaje de flores que sobresale entre el fondo plano justo en la barriga, donde la tela se tensiona más, curiosamente la piedra fósil que descansa sobre su pecho parece el accesorio perfecto para el vestido.

—Estoy lista —dice la joven bruja con un aire de incertidumbre en su mirada.

—¡Perfecto! La hora se acerca —responde Vasil, con un gesto todos se ponen de pie y comienzan a salir de la cocina.

Rafael toma el libro de las sombras rojo y lo carga hasta llegar al portón principal.

—Serena, de ti depende tu propio futuro y el de tus amigos —dice Vasil, parado frente a ella —, tú eres la única que puede protegernos en este momento, así que debes hacerlo bien. Tú más que nadie has visto su poder, el poder que te arrebató un hermano y casi acaba contigo. ¿Entiendes eso verdad?

—Sí, lo entiendo muy bien —dice Serena con un pequeño tono de desprecio disimulado.

—Muy bien, empecemos.

Vasil sube sus manos hasta la nuca de Serena y lentamente comienza a levantar la piedra fósil que cuelga de su cuello, la pequeña luz roja en el collar se desvanece por completo y Serena siente como un calor sube desde sus pies hasta su cabeza, una energía que la invade con mucha fuerza; por un momento se siente muy bien, nada en su cuerpo le molesta y una extraña tranquilidad la ocupa.

Rafael ubica el libro a la derecha de Serena quien se pone de frente hacia las puertas externas de la propiedad, alza las manos al cielo, y de inmediato ante los ojos asustados de los Síneros, las nubes que cubren la luna creciente se abren dejándola ver e iluminando hasta los oscuros rincones de la casona, las paredes del huerto reflejan visos de la luz de la luna.

—Seres protectores de la noche, energías que cobijan con poderío. Llamo al poder antiguo, invoco la ascendencia de mi magia y les pido compañía, guíen mis palabras y mi acto para proteger esta tierra, maldigan a aquellos que intenten romper este contrato y obstruyan su paso hacía acá.

Un viento frío llega hasta ellos, Serena mira a Bo y él se acerca con un costal lleno de las manzanas cortadas, en su interior cada una tiene una sola hoja de laurel. La bruja mete las manos y saca una, lentamente la ubica justo en las puertas seguido del conjuro:

—Hic in linea dividit promit. Crucis cum mala voluntate et mortem invenies.

Serena debe repetir el hechizo doce veces más alrededor de la casa, con el fin de protegerla por todos los frentes; una de las últimas manzanas queda justo bajo las ramas del rosal, allí

Serena nota algo extraño, no lo dice, pero ve cómo las ramas crecen y se extienden lentamente, desde la llegada de los Síneros la joven bruja no había visto un comportamiento como este en el rosal que su propia magia creó.

Una vez repartidas las trece manzanas, todos regresan al punto inicial donde el hechizo se cierra.

—Con este contrato sello esta magia.

Rafael le pasa un athame curvo con el que la joven bruja corta la palma de su mano, la empuña y deja caer las gotas sobre la primera manzana, de manera instantánea un ventarrón pasa por el lado de ellos, estremeciendo la puerta y todas las plantas que rodean la mansión como una onda de fuerza que se mueve de derecha a izquierda encerrando la casa por completo.

En medio del ventarrón y la mirada de satisfacción de Vasil, Serena siente un fuerte dolor en el vientre, como si alguien la tomara de ahí y le retorciera el cuerpo. Las rodillas de la bruja tocan el piso y su expresión de dolor es incomparable, por primera vez siente que el ser que llevaba adentro está vivo, se mueve tan fuerte y rápido que no lo soporta. Rafael corre a ayudarle; Vasil que observaba la situación desde un lado reacciona, el hechizo ya estaba finalizado y esto podría ser un juego de Serena, tan rápido como puede le pone el collar de piedra fósil, este se ilumina con fuerza, pero en menos de un segundo se opaca. Serena recobra el aliento y con dificultad se levanta, Bo la toma por las piernas y la espalda para cargarla adentro de la casa, los demás lo siguen.

Es como una fuerza, como si alguien le estuviera sujetando los párpados, solo pequeñas líneas de luz se ven cuando la presión cede y logra abrir un poco los ojos, la respiración es muy agitada y no solo la suya, la de los demás a su alrededor, siente cómo el aire se le va y no puede alcanzarlo. Finalmente logra abrir los ojos por completo, el techo blanco está cubierto de sombras que entran por la ventana, a su alrededor hay velas en el piso de madera, sus pies y manos están atados a los bordes de la cama. Frente a ella hay dos hombres, uno con su figura cubierta por una gran capucha negra y el otro muy reconocible, Vasil, también vistiendo negro; juntos caminan hacia Serena, el aire es cada vez más ajeno a ella. De repente un gran dolor le pega la parte baja de su vientre, arriba y atrás, y bajo las costillas, a un costado y al otro, el bebé dentro de Serena se revuelca en todas las direcciones, la joven bruja no puede soportar el dolor y la incomodidad. Ambos hombres toman sus piernas atadas y las abren, resistiéndose Serena siente como si la halaran desde adentro, como si todos sus órganos estuvieran siendo desgarrados, no puede quedarse quieta, trata de moverse pero el dolor es insoportable; un ardor comienza a subir desde su vagina pasando por su estómago hasta la garganta, de repente siente como si una mano caliente y filuda le sujetara su muslo derecho clavándole las garras muy profundo, lo mismo pasa en su pierna izquierda. Serena levanta la cabeza envuelta en sudor y lágrimas y ve algo horrible, unas manos como garras se están clavando de sus piernas y avanzan con dificultad, saliendo de ella. La bruja deja ir un grito de intenso dolor; una cabeza ahora es visible, toda la piel de ese ser está cubierta en una especie de brea espesa, negra y pegajosa; los hombres a los lados de Serena le mantienen sus piernas abiertas mientras el espectro sigue saliendo, un grito más y una mano agarra el tobillo de la bruja, otro grito y la otra mano agarra el otro tobillo, se empuja y logra sacar su torso. Ahora Vasil le sostiene ambas piernas, el otro hombre toma las manos del espectro y con fuerza lo hala, desgarrando a Serena en un grito de dolor incontrolable. En ese instante el espectro comienza a levantarse del suelo, todo su cuerpo escurre ese líquido espeso, ningún rasgo es reconocible, no tiene frente o nariz, ni tampoco boca. Con delicadeza abre los ojos, uno es oscuro como la brea que baja por su cara, pero el otro es

azul, un azul brillante que se ilumina más y más; con pasos pegajosos el ser se acerca a su madre y con curiosidad le observa el rostro, con una mano la acaricia, dejándole la mejilla impregnada con esa extraña brea.

Súbitamente todo se ilumina, la habitación es la misma pero es de día, no está Vasil, ni el hombre encapuchado y mucho menos ese espectro, Serena se encuentra sudando y respirando muy agitada, cubierta con una suave manta en el que fue su cuarto cuando recién llegó a la mansión, cerca al pie de su cama está Bo, mirándola.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunta, aunque sabe que no puede esperar una respuesta.

Bo solo la mira con alivio y sale de la habitación, luego Vasil y Rafael entran.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? —pregunta Rafael.

—Bien, me siento bien, tuve una pesadilla, pero nada grave. Es de día.

—Sí, dormiste toda la noche, ¿Qué pasó allá afuera? —Vasil tiene una expresión de preocupación en todo el rostro que no se anima a disimular.

—No lo sé, de un momento a otro sentí gran dolor en el vientre y luego solo vi oscuridad —responde la bruja sentándose al borde de la cama.

—Bueno, por ahora sabemos que estás bien, te sacamos un poco de sangre anoche, los resultados regresarán en unas horas —dice Rafael—. Vasil, creo que es mejor que Serena descanse por unos días acá, ¿No?

—No lo sé —responde el líder de los Síneros.

—No lo veo necesario —dice inesperadamente Serena— la verdad prefiero estar en el sótano con Paolo y Raquel, por lo menos allá tengo compañía.

—Solo queremos que te sientas cómoda —insiste Rafael.

—Allá me siento más cómoda, allá estaré bien.

Ambos Síneros se miran, pero es Vasil quien toma la decisión final.

—Muy bien, si allá te sientes cómoda, allá regresarás. Solo me importa tu salud, tu bienestar.

Serena sabe que esas palabras están llenas de falsedad, pero sigue el juego.

—Lo sé, Vasil, muchas gracias por preocuparte por mí.

Minutos más tarde la joven embarazada entra al sótano y es recibida por las miradas de preocupación de Paolo y Raquel, pero nadie dice nada hasta que los Síneros dejan la habitación.

—¿Estás bien? ¿Por qué no regresaste anoche? —pregunta con afán Paolo.

—Lo siento, al final del hechizo me sentí un poco mal, me desmayé y desperté esta mañana en un cuarto de arriba —dice Serena acomodándose en su cama.

—¿Pero estás bien? ¿Por qué te trajeron de nuevo acá? —Raquel se nota muy alterada.

—Estoy bien, me siento muy bien. Yo misma les pedí que me trajeran acá, no quería quedarme encerrada sola en un cuarto quién sabe hasta cuándo —Se ve muy tranquila.

—Lo único que importa es que estés bien, y te sientas bien —dice Paolo.

—Gracias, aunque… —Serena duda por un momento, pero decide que no es tiempo para ocultar cosas, por insignificante que parezca—. Tuve un sueño anoche… bueno, es el mismo sueño. O bueno no, no es el mismo, pero creo que tienen relación. Digamos que vengo soñando lo mismo desde hace unos meses y esta vez me asusté mucho.

Raquel no se mueve esperando que Serena cuente más, Paolo por su parte tiene una expresión de temor.

—¿Hace cuántos meses sueñas lo mismo?

—Desde que sé que estoy embarazada.

—¿Qué has soñado? —Paolo no oculta su preocupación por este tema para sorpresa de

Serena quien creía que no era de gran importancia.

—Al principio no era nada, me veía con el bebé en brazos y una figura oscura me miraba desde un lugar y ya. Pero los sueños fueron… creciendo, me empecé a ver en esquinas acorralada por esa imagen, él empezó a acercarse más, comencé a sentir que me iba a agarrar, cada vez parecía que esa vez sí me tocaría, pero siempre despertaba justo antes de que pasara, menos anoche. Anoche, esta figura, este ser no estaba en la habitación… estaba adentro de mí, en mi sueño esa cosa se aferraba de mis piernas para salir, me enterraba sus garras babosas; era monstruoso, no tenía cara, solo un ojo azul saliendo entre una baba negra que lo cubría todo. Estaba muy asustada, podía sentir todo como si fuera real, todo.

Los demás esperan un minuto mientras Serena se calma para continuar.

—¿Sueñas con él todas las noches? —pregunta Paolo muy serio.

—No —El tener que revivir esa sensación, la afecta y su nerviosismo se ve en sus manos—. Algunas noches solamente. ¿Qué es, Paolo? ¿Qué significa esto?

El brujo toma una bocanada de aire, mira a Raquel y responde:

—Puede que no signifique nada que no sepamos ya. Sabemos que los hijos de Zain te quieren y quieren a tu bebé, tal vez ese sea la representación de ellos en tus sueños, ese espectro baboso.

—Esperen —dice Raquel—, en la visión de Delfina, el bebé atacaba a una figura negra que desaparecía, tal vez a eso se refiere ambas figuras, el miedo de Serena a que los hijos de Zain se lleven el bebé.

—Es probable, pero me preocupa que lo estés soñando desde el inicio del embarazo —recalca Paolo.

—¿Sueños proféticos tal vez? —dice Raquel.

—No sé si sea posible, Serena ha usado el collar de piedra fósil desde que llegaron, antes de estar embarazada. Siento que hay algo más —Paolo para de hablar y mira a Serena—. ¿Hay algo más, Serena?

Y lo hay, por alguna razón Serena no había contado todo, tal vez porque siente miedo de lo que podrían llegar a pensar los demás de su salud mental.

—Eh, eh… pero no significa nada, no creo que tenga relación —Cierto nerviosismo se mete en la garganta de Serena.

—¿Qué es? No importa lo pequeño que sea o lo tonto que parezca, llevamos encerrados mucho tiempo esperando nuestra mejor oportunidad, pero no puedo evitar sentir que algo se acerca, que algo va a pasar más pronto de lo que esperamos y no podremos estar listos, mucho menos si no tenemos idea de lo que pasa. Serena, tú eres la persona más importante en el mundo en este momento, cualquier cosa que te afecte o tu embarazo puede significar mucho. Por favor, dinos todo.

Ahora Serena está muy nerviosa:

—Ok, tienes razón, aunque realmente no es nada… eh, eh ok, anoche también fue la primera vez que sentí al bebé moviéndose pero fue muy agresivo, antes de desmayarme sentí como si se moviera por todas partes, como si me arañara por dentro, fue horrible. Solo paró cuando me volvieron a poner el collar y me desmayé. Y… no he dejado de pensar que tal vez el quitarme el collar y hacer magia afectó al bebé de alguna forma.

—Tu barriga se ve más grande —dice Raquel, con la ceja derecha un poco levantada, trata de disimular para no poner más nerviosa a Serena.

—Tu embarazo no es un embarazo normal —Paolo se ve explicando la situación mientras trata de entenderla también—, llevas el que puede convertirse en el ser más poderoso de esta

dimensión, tal vez, no lo sé, pero tal vez, el bebé reaccionó a tu magia, tal vez sintió el poder en su cuerpo y esa fue la reacción que tuvo.

—Mmm, puede ser —responde Serena—, cuando me quitaron el collar sentí una energía caliente en todo mi cuerpo.

—Es probable que el bebé también la haya sentido —concluye Paolo.

—Tiene sentido —aporta la otra bruja—, como dijiste, este es un embarazo diferente, mágico y ¡Muy mágico! Supongo que este tipo de cosas pueden pasar, por lo general los brujos con un llamado de nacimiento desarrollan muchas habilidades después de la iniciación. Si tan solo pudiéramos tener acceso al libro de las sombras podríamos leer algo sobre bebés mágicos.

—Tal vez podamos saber algo —dice Serena, para sorpresa de los demás.

—¿Cómo? —Responde Paolo con duda.

—Creo que Rafael nos puede ayudar.

—¿Crees que se arriesgaría tanto después de lo que pasó a Carlos?

—No tiene que arriesgar nada si solo le contamos lo necesario, estoy segura de que a él también le interesa saber más sobre la magia del bebé —asegura Serena.

—Lo podemos intentar —opina Raquel.

—Está bien.

La joven bruja siente un poco de alivio al ver el apoyo de sus amigos y al ver que lo que pensaba y sentía no solo le generaba preocupación a ella, sino que podría ser algo serio.

En la sala de la mansión, Vasil se pasea de lado a lado con desespero. Un timbrazo en el portón le avisa de la llegada de Jack, quien había salido en medio de la madrugada con la muestra de sangre de Serena para el médico amigo de Vasil. Un momento después y el Sínero entra por la puerta muy agitado.

—¿Y bien? —pregunta Vasil con impaciencia.

—Nada —Jack saca de su morral un papel que entrega a Vasil.

—¿Nada? —Abre el sobre rápido, lo lee y lo bota a un lado—. Algo tuvo que pasarle anoche para que reaccionara así.

—Tal vez nos estaba engañando —insiste Jack.

—No, no creo que Serena tenga esa astucia —contesta Vasil con fastidio.

—¿Notaron que solo se calmó cuando le pusimos de nuevo la piedra fósil? —deduce Rafael caminando desde la cocina.

—Sí, sí lo noté —responde Vasil—. Eres un genio Rafael.

Jack frunce el ceño.

—Tuvo que ser el bebé, él está destinado a ser el brujo más poderoso del mundo, es natural que se manifieste así, incluso estando desde el vientre. Mientras Serena tenga el collar puesto no creo que tengamos problemas.

—¿Y cuando nazca? —pregunta Jack con la mirada ofensiva de siempre.

—Y cuando nazca —dice Vasil en una voz aguda y molesta—, eso es obvio, Jack —gira a mirar a Rafael, pero nota que él tampoco sabe qué es eso tan obvio—. Estoy rodeado de imbéciles. Claramente el bebé tendrá mucho poder, poder que se nos puede salir de las manos, Serena perdió el control del bebé anoche, pero nosotros no permitiremos que eso pase. Necesitamos otro collar de piedra fósil.

—Es solo un bebé, ¿Quieres controlarlo con un collar de esos? —pregunta Rafael un tanto ofendido.

—No es solo un bebé, es una bomba de tiempo y mientras aprende a controlar su poder, es

mejor tenerlo controlado nosotros y enseñarle cómo usar su magia. Jack, necesito que busques el collar para el bebé, ya sabes a dónde ir.

—Vasil, los collares que quedaban los están usando esos brujos, no creo que pueda encontrar más, sabes cómo es de complicado.

—No necesito problemas, Jack, necesito soluciones. No me interesa saber lo que tendrás que hacer, en tres meses un bebé va a nacer en esta casa y debemos tener esa piedra, así sea literalmente lo último que hagas —Vasil camina hacia las escaleras, pero antes de avanzar más dice—: Jack, no vuelvas a la mansión sin esa piedra.

Jack corre al segundo piso y en media hora sale de la casona con una maleta a su espalda, azotando la puerta tras él. Rafael observa cómo sale por el portón principal mientras prepara todo para lleva la cena a los brujos, no puede entender por qué Jack deja que Vasil lo trate así, se detiene a pensar qué pasaría si de un momento a otro Vasil también intentara manipularlo de esa forma, ¿Cómo respondería él? Minutos después, el Sínero baja al sótano, abre la puerta y como ya es costumbre, entrega las cenas: un tazón de avena con galletas de soda y un vaso de jugo para Raquel y Paolo; un tazón de crema de espinaca con una ensalada de atún y papa, la porción de Serena es mucho más generosa que la de los demás. Los dos brujos más experimentados miran a la más joven con la intención de que ponga en acto su plan.

—Rafael… —dice Serena en un dulce tono.

—¿Qué? —responde este, sin darle el frente.

—¿Puedo preguntarte algo?

Una sensación de escalofrío pasa por la espina de Rafael, la última vez que ella había hecho preguntas él no se había sentido muy cómodo, además de que lo puede poner en problemas.

—¿Sobre qué? —pregunta ahora dando una mirada muy seria.

—Sobre mi embarazo —dice Serena sin titubear.

—Ya recibimos los resultados de los exámenes que te hicieron y no aparece nada fuera de lo común. Si eso es lo que quieres saber —Rafael se dirige hacia la puerta.

—No, no es eso. He estado pensando sobre lo diferente que puede ser todo, ¿Sabes? Porque es un bebé mágico y esas cosas —Así logra atraer la atención de Rafael—. No sé si has leído algo en uno de los libros de las sombras sobre bebés mágicos, ¿Qué hacer en estos casos? O si hay alguna recomendación. Solo lo digo por lo que pasó anoche, me asusté mucho.

Rafael se queda pensando por un momento, mirando a los tres brujos con una expresión de sospecha que los pone bastante incómodos.

—No, no he buscado información sobre eso, para ser honesto, pero creo que es muy buena idea, ¿Por qué preguntas?

—Digamos que también quedamos un poco preocupados por lo que le pasó afuera, y si dices que no hay nada en los exámenes… no quedaría de más leer un poco —dice Paolo en un tono muy tranquilo.

—Ok, voy a echar un vistazo en los libros.

El Sínero sale con afán del cuarto, los tres brujos se miran con alegría, son esas pequeñas victorias las que los mantienen positivos después de meses de encierro.

Rafael regresa a la cocina lleno de curiosidad, no tarda mucho en dejar todo listo para ir a dedicarse a los libros de las sombras. En la biblioteca del segundo piso, toma el libro verde y lo recorre por todas las páginas buscando referencias sobre bebés o nacimientos mágicos, después de un rato descarta ese libro y toma el rojo, allí sí encuentra una referencia, un ritual originalmente usado por parteras de un coven español. Por lo que Rafael logra entender, el ritual

atrae bendiciones al niño y sanación para la madre, sin embargo, es bastante parecido al usado para sellar los poderes de un nuevo Deífico. Con este hallazgo en mente, Rafael busca en el libro negro y para su sorpresa encuentra un ritual prácticamente igual al que está en el libro rojo, pero esta vez es más claro con las indicaciones y el propósito del conjuro.

El Sínero llega hasta el cuarto ocupado por Vasil, la puerta está abierta y él se encuentra sentado en un escritorio junto a la ventana, sobre la mesa hay un par de libros que Rafael identifica como los libros de Nabu'at, llenos de profecías muy antiguas escritas en lenguas muertas y códigos. Bajo el marco de la puerta, el Sínero da unos golpes suaves para hacer notar su presencia.

—¿Qué quieres, Rafael? —dice Vasil sin voltear a verlo.

—Encontré algo que puede ser de mucho interés —Da unos pasos adentro del cuarto—. Estaba buscando algo, una explicación para lo que le pasó a Serena hace un par de noches y encontré esto sobre nacimientos de bebés de brujas.

Vasil gira y con un gesto invita a Rafael a seguir, él lo hace y se sienta en la cama descargando los libros negro y rojo.

—Ambos libros señalan un ritual para permitir el nacimiento de un hijo de padres brujos, pero este —Señalando el libro negro—, es muy parecido al ritual del deificado y mira lo que dice acá: «El infante nacería con la energía de sus padres y su llamado será inmediato, por eso este ritual se realiza con el fin de mesurar los impulsos propios del poder mágico y permitir un mejor manejo posterior».

Por un momento Vasil se queda mirando las páginas del libro:

—Aún tenemos tiempo —opina el líder de los Síneros—, ¿Crees que puedes tener todo listo para hacer el ritual el día del parto?

—Sí —responde Rafael emocionado—. Tenemos que conseguir algunas cosas, pero creo que este ritual puede permitir controlar un poco más el poder del niño.

—Okey —Vasil se toma el tiempo para leer ambos conjuros—. Comunícate con Jack, ya que está consiguiendo la piedra fósil, que consiga también las cosas que necesitamos para hacer este ritual. Necesitamos todo, mucho antes del parto.

—Sí, señor.

Rafael se ve emocionado, sale del cuarto y baja directamente al sótano.

El libro negro es bastante claro con las indicaciones del ritual incluso tiene un par de gráficos. Rafael sentado junto a Serena, le enseña los dibujos mientras le explica cómo sería el proceso. Satisfecho con lo que encontró, el Sínero regresa a la sala de la mansión donde se pone en contacto con Jack.

En el sótano los brujos hablan de este descubrimiento.

—La verdad, esperaba que si encontraba alguna información fuera algo así —dice Raquel, arqueando la espalda y estirando las piernas casi desnutridas.

—Pero hay algo raro en ese ritual, mientras Rafael lo contaba, más se me parecía al ritual para los nuevos Deíficos —dice Paolo.

—¿Y eso es malo? —pregunta Serena con la emoción pausada.

—No, solo que… el ritual para una nueva deífica sella los poderes del coven en ella y de cierta forma permite controlar más fácil las emociones, controlar el poder. Es posible que este ritual haga algo parecido.

—El libro decía algo de que el llamado sería inmediato —recuerda Serena.

—Pues tiene sentido, si el llamado es inmediato, sería irresponsable dejar a un niño andar por

ahí con tantos dones —opina Raquel.

—No sé, creo que hay otra razón —dice Paolo—. Creo que hay algo relacionado con el poder.—Señala la barriga de Serena—. Creo que Vasil le tiene miedo.

—Mmm, creo que no es el único —responde Serena, refiriéndose a ella misma.



Fuertes golpes se oyen por todo el piso 31 del edificio donde operan los hijos de Zain, Silas a tan solo pocas horas de haber vuelto de Torryburn está entrando a un salón, cuando el fuerte ruido llama prontamente su atención, el lugar está lleno de brujos y todos forman una especie de corredor que lo conduce al cuarto donde mantiene las conversaciones con Asmodeo. Los golpes son bastante fuertes, los hijos que están más cerca a la puerta dan pequeños brincos con cada uno.

Silas había quedado herido después de su encuentro con Delfina, su rostro tiene cicatrices de cortadas y no puede caminar bien porque no puede apoyar su talón derecho. Al llegar a la puerta, voltea a ver para atrás, al fondo, donde inicia el corredor de personas, una figura encapuchada se asoma por un lado, pero se esconde tan pronto sus ojos encuentran los de Silas. Aún con suaves heridas en el rostro el brujo se ve tan guapo como siempre, toma una larga bocanada de aire e ingresa al cuarto cerrando la puerta tras él.

Al ver a Silas, el carnero se calma y se ubica en la mitad de la habitación sobre el sello dibujado en el centro, las llamas envuelven al animal pero ninguna le hace daño, desde el fondo donde hay un sofá negro de cuero se oye la voz del demonio.

—Finalmente —La voz que se oye es muy gruesa, oscura y muy seria.

—Lo siento, mi señor, eh… —la voz de Silas tiembla.

—Tus heridas me cuentan la historia de tu encuentro. Veo que mis sospechas resultaron verdaderas.

—Así es, señor, tal y como usted dijo, los brujos estaban en Escocia. Pero…

—No lo digas, es obvio lo que pasó. Tienes suerte de estar vivo.

Silas agacha la cabeza y se toma un momento para responder:

—Lo siento, subestimé su magia, no volveré a cometer ese error. Lastimosamente aún no es claro qué estaban haciendo allá —El brujo mantiene su posición frente al carnero en llamas.

—La posibilidad de aceptar errores disminuye cada vez, errar es un lujo que debe quedar en Escocia. Este es el momento más importante de tu vida, Silas, y cada vez está más cerca. Más equivocaciones no se tolerarán.

—Entiendo, señor, no habrá más equivocaciones —dice escondiendo el miedo entre los dientes.

—Esa bruja es muy poderosa. Para tu suerte está muy lejos para intervenir en lo que se viene.

—Mi señor, ellos ya fueron a las tumbas del cuento de las brujas reales, lo que sea que estaban buscando ya lo tienen.

—Tal vez. Pero eso no importa ahora.

—Señor, hay algo más.

Un fuerte sonido, como un suspiro caliente, sale de las llamas en la habitación.

—¿Qué? —responde más frío que nunca.

—La bruja italiana —dice Silas—, está con ellos, los está acompañando en el viaje.

Por un momento hay un silencio mortal, seguido de un gruñido horrible.

—La orden era traer a esa bruja a nuestras filas. Me dices ahora que está acompañando a esos brujos a buscar algo que tampoco sabemos qué es.

—Hemos tratado…

—¿Que no es obvio, Silas? —Un frío helado baja por la espalda del brujo. Asmodeo se exalta —. Las brujas se están preparando, se están organizando porque saben de mí… y ahora saben de ti.

—¿Qué podemos hacer, mi señor?

—Lo mismo que ellas, reunir poder.

—Sí señor, claro, pondré a algunos a buscar hechizos y rituales, todo lo necesario para reunir más poder —Su nerviosismo crece.

—Eso no nos ayudará mucho.

—Pero, señor…

Asmodeo sigue hablando, ignora por completo a Silas.

—En un par de días el cielo llorará luces brillantes, la Deífica no lo sabe porque no conoce la profecía y no estará con la bruja a tiempo. En cuanto al Sínero, no sabrá lo que pasa hasta que sea muy tarde.

—Es muy pronto —Silas alza la mirada al carnero en llamas.

—Lo es, por lo menos en esta dimensión, pero este poder místico no se rige por las leyes… ¿Cómo le dicen?... Físicas. Piénsalo como una semilla que planté hace miles de años y su primer fruto está a punto de florecer.

—Señor, pero qué pasará si…

Asmodeo lo interrumpe de nuevo.

—Silas, este es el momento para dejar de hacer preguntas y empezar a actuar. Cuando la luna cambie, el cielo llorará luces, necesitamos ojos en esa casona y necesitamos ojos vigilando a los brujos en Inglaterra. Ya sabes qué hacer.

La sensación fría y desolada desaparece de repente, las llamas que envuelven al carnero se extinguen exponiendo al animal sin un solo rasguño. Silas queda parado en medio de la habitación, el carnero da unos saltos de felicidad y se recuesta en una esquina. El brujo no está tan tranquilo, su corazón late a toda velocidad, sale de la habitación y camina hacia el salón, detrás de él los demás lo siguen. Por un rato su mirada se pierde en el paisaje de edificios que se ve desde la ventana, uno de los momentos más definitivos de su vida se acerca y la presión empieza a crecer. Finalmente gira dándoles la cara.

—Ustedes tres —Señalando a una bruja rubia, una pelinegra de cabello corto y un hombre extrañamente alto—. Van a liderar el regreso a la casona y vigilar cada uno de sus movimientos.

La bruja rubia levanta la mano con la intención de decir algo:

—Ya no podemos entrar a la casona, es como si hubieran conjurado una barrera o algo, creemos que cuando estuviste en Escocia ellos usaron la magia de los brujos para protegerse.

—Entonces lleven telescopios o binoculares, o algo que les permita tener una idea de lo que pasa allá, pero necesito saber todo lo que sucede en esa mansión desde hoy.

—Sí, señor —responde la bruja de pelo negro.

—Ustedes dos —dice Silas señalando a un par de gemelas al pie de la puerta—. Reúnan a la legión y viajen lo más rápido que puedan a Liverpool, encuentren a las brujas y avísenme. Háganlo rápido.

Ambas brujas salen corriendo de la habitación sin hacer preguntas.

—Tú, mi pequeño amigo —dice a el único joven que queda en el cuarto—, tú los llamarás a

todos, haz que vengan sin importar donde estén, todos debemos reunirnos acá.

Silas voltea a su derecha donde está el personaje encapuchado, dulcemente lo toma por el hombro y recorre su mano por su espalda hasta sujetarlo por el otro hombro, con delicadeza giran dándole el frente a la ventana, el pequeño hombre apenas y le llega a la cintura a Silas, mirando fijamente al horizonte de cemento.

Capítulo 20

El vuelo desde Londres hasta Nairobi duró casi nueve horas, sin embargo, les tomó cuatro días llegar a Kenia gracias a dos escalas bastante largas. Durante el viaje, los brujos estuvieron casi todo el tiempo en silencio, en especial Sara que no tuvo mucho que aportar en las pocas conversaciones que se dieron, eso sí, las horas que pudo dormir estuvieron llenas de pesadillas que su cuerpo inconsciente no pudo disimular.

En el aeropuerto Jomo Kenyatta es muy temprano en la madrugada, muy pocas personas se mueven por ahí, incluso la seguridad del aeropuerto se ve tranquila. Mientras esperan las maletas Delfina siente la mirada de alguien en su nuca, al voltear no logra ver a nadie cerca; la sensación persiste hasta que después de un rato la Deífica ve a una mujer detrás de unas puertas de vidrio, su mirada es fija. Delfina se distrae cuando por fin las maletas llegan y la mujer desaparece. Otto había reservado un hotel cercano para que tan pronto saliera el sol iniciaran la búsqueda de la bruja keniana, tal como lo ordenó Marie Laveau. Mientras avanzan por un pasillo hacía la salida, escuchan un llamado:

—¡Delfina Casal!

El nombre de la Deífica retumba en casi todo el desolado pasillo, los brujos de inmediato voltean a ver y solo encuentran a una mujer, la misma que los miraba desde atrás de las puertas de vidrio. Es una mujer africana alta, mucho más alta que Delfina, con el cabello lleno de muchas trenzas que le llegan hasta las caderas, un rostro delicado contrasta con una nariz gruesa y labios prominentes, usa un vestido negro hasta los tobillos con flores bordadas de colores, un cinturón con un círculo en el medio, un collar de varias líneas de piedras rojas, aretes grandes y dorados en forma de gota, anillos y manillas; con cada paso se pueden oír sus accesorios chocando entre ellos. Con mucha actitud camina hacia los brujos, quienes se ponen alerta.

—¿Por qué diablos tardaron tanto en llegar? —dice la mujer en español con un acento africano muy marcado.

—¿Dis-culpa? —responde Ana en tono de altanería.

—¿Por qué, dia-blos tardaron tanto en llegar? —repite la mujer más despacio.

—¿Quién es usted? —pregunta Otto con imponencia.

—Ella es Kamara —explica Delfina.

—Exacto —La mujer se acerca al grupo—, y los he estado esperando los últimos meses.

—Tuvimos unos inconvenientes en Escocia, cuando estábamos…

Kamara detiene a Delfina con su mano, gira su cabeza en todas las direcciones:

—Aquí no, vamos a mi coven, allá hablaremos más tranquilas —La mujer camina de largo y los demás la siguen.

—¿Estás segura de que ella es la mujer que vinimos a buscar? —Le susurra Ana a Delfina mientras caminan saliendo del aeropuerto.

—Sí, es ella. No me preguntes cómo, pero simplemente lo sé.

—Está bien… pero, esto es muy extraño. Precisamente la persona a la que vinimos a buscar nos esté esperando el día que llegamos —Delfina le lanza una mirada de reproche—. Simplemente, no me gustaría morir otra vez estando en África —Su comentario saca una sonrisa de la Deífica.

—Ella nos estaba esperando con las mismas ansias que teníamos nosotros por llegar. Y

créeme cuando te digo que no vas a morir en África.

—¿Cómo puedes estar segura? —insiste Ana en el mismo tono de juego.

—Oh, pero lo sé, Ana, lo sé, —Sonríe.

—Despertando la clarividencia después de los cuarenta, te admiro tanto.

—Si lo dice la bruja de ochocientos años, estoy halagada —Ambas sonríen.

A una cuadra del aeropuerto, una pequeña camioneta los espera.

—¿A dónde vamos? —pregunta Otto—. Me siento como un niño entrando a una camioneta a ver cachorritos… eso no tiene un buen final.

—No los estamos secuestrando —responde Kamara—, creí que llegarían antes dada la situación —Mira en ellos las caras de extrañeza por su comentario, nadie sabe de qué situación habla, aunque se lo imaginan, sin decir más la bruja africana se mueve a hablar con el conductor, los demás no preguntan.

El coven de Kamara está ubicado en un sector de Nairobi llamado Donholm, las calles están oscuras y vacías, muy pocos autos se mueven a esa hora. Más adelante, la carretera pavimentada cambia por un camino de tierra, parece como si en algún momento hubiese tenido asfalto, pero ahora está cubierto por polvo. Sara va en silencio mirando por la ventana, viendo los edificios que se arman a su lado mientras avanzan, al llegar a un semáforo la joven bruja ve una mujer con una niña de la mano saliendo de un edificio de apartamentos, de repente ambas se encienden en fuego ante los ojos perturbados de Sara; ella da un salto en su puesto, pero al parecer ninguna de las dos transeúntes se da cuenta.

—¿Estás bien? —le dice Otto.

Ella lo mira asustada, y gira hacia la mujer y la niña, pero para su desconcierto, ambas están intactas. Sara sigue mirando mientras el carro avanza de nuevo.

—¿Estás bien? —Insiste Otto.

—Sí, solamente fue una pesadilla —responde sin mirarlo.

—Tus pesadillas… —dice en susurro—, me están preocupando. En el avión no dejabas de moverte y de hablar.

—Es solo cansancio. No hay nada de qué preocuparse, creo que solo necesito dormir.

Otto no continua más con la conversación, él también se siente muy cansado.

La carretera ahora es un camino de tierra, en una calle angosta llena de edificios de no más de seis pisos. La camioneta se estaciona entre dos autos muy lujosos, los brujos se bajan y siguen a Kamara dentro de la construcción, la fachada es igual que las demás de esa cuadra, tiene un color blanco maltratado. Ya en el interior, cada vez que una persona se cruza en su camino al tercer piso, abraza con mucho amor a Kamara y le piden una especie de bendición, la cual ella da en su idioma natal. Desde varios de los cuartos se pueden oír gritos, música, cánticos y otros sonidos que ellos reconocen en un ritual, mucha magia se da en ese lugar.

Una puerta doble se abre en el tercer piso, los cinco ingresan a una habitación con una mesa pequeña en el centro, sobre una alfombra redonda con el borde dorado y arabescos rojos y negros en su interior. Hay dos sillas alrededor de la mesa, una en frente de la otra, a la derecha hay una sala completa, con un sofá grande y unas poltronas a los lados, toda la habitación parece salida del palacio de Versalles, con un estilo tipo Luis XIV. Al frente de la puerta, la pared tiene un gran mural que ocupa toda la superficie y parte de las paredes a los costados, conservando el mismo estilo, la pared muestra un árbol de copa plana, típico en África, en su tronco se ven unos pequeños rostros que se unen por las líneas del mismo árbol y suben hasta la base de la copa donde Delfina nota el retrato de Kamara, y por lo que puede deducir, es la línea de sucesión que

ha dado el coven.

—¡Oh wow! —exclama Otto—, que lindo. Esperaba algo más africano, a decir verdad, pero wow.

—Nuestro coven tiene sus raíces en Francia, estos cuartos permanecen iguales desde hace siglos, cuando nuestros fundadores se instalaron aquí —responde Kamara.

—¿Y tú eres la Deífica de este coven? —dice Ana con suspicacia.

—Digamos que sí, solo que nosotros no le llamamos así, le decimos Malkia y yo soy la malkia de este coven —La bruja africana sonríe, justo en ese momento aparece una mujer mayor que Kamara en la puerta—. Ustedes tres pueden ir a descansar, Delfina y yo necesitamos conversar.

Los tres brujos, incluso la débil Sara, miran a Delfina, esperando una indicación, toda esta situación les parece muy extraña en especial a Ana quien no quiere dejar solas a ambas Deíficas.

—Vayan —dice amablemente Delfina.

—Si necesitas algo, sabes qué hacer —le dice Ana a la Deífica mientras abandonan la habitación siguiendo a la mujer.

La puerta se cierra.

Kamara se sienta en una de las sillas del centro y ofrece la otra a Delfina, quien lenta y cuidadosamente toma su posición.

—¿Por qué han tardado tanto en llegar? —pregunta de inmediato la Malkia.

—¿A qué te refieres con que nos tardamos? —responde Delfina confundida.

—Llevamos meses preparando su llegada, y justo lo hacen la noche anterior a la lluvia de luces.

Delfina está muy confundida, permanece en silencio por un segundo, tiempo para que la Malkia entienda que no sabe nada de lo que está hablando.

—Conoces la profecía, ¿Verdad? —pregunta Kamara, al ver la confusión en la mirada de Delfina, continúa hablando con un poco de preocupación en su voz—. Hace mucho tiempo cinco brujos del mismo aquelarre tuvieron la misma profecía: hablaba de un bebé, un bebé que nacería sin alma, siendo un recipiente vacío, listo para ser poseído por cualquier anfitrión. Ese bebé sería la entrada del bajo de Agus, Asmodeo. Los brujos sellaron su poder en un hechizo generacional para que su magia creciera con cada bruja de la familia, luego se dividieron pero no todos pasaron la historia a sus hijos y la profecía se olvidó, quedó relegada a unos cuantos libros, parece que solo Marie Laveau decidió pasar esta información a sus brujos, o eso creíamos hasta que una de mis videntes tuvo la visión del embarazo de una joven bruja natural.

—¿Serena? —dice Delfina, aún un poco confundida por todo lo que Kamara le está contando —. Serena no está embarazada del bebé de esa profecía, estamos seguros de que el bebé que tendrá Serena será el encargado de acabar con esta amenaza.

—Y dime, Delfina, ¿cómo puedes estar tan segura de eso? —pregunta la Malkia con su mirada muy seria.

—Porque lo vi, con mi coven hicimos un cerculu in posterum y lo vi todo, vi una mujer invocando el poder de las brujas del cuento, que supongo es el poder de las personas que tuvieron la premonición, luego vi a un bebé usar esos poderes para vencer la figura maligna — Delfina se siente extrañamente alterada.

—¿Y por eso dedujiste que el bebé es el salvador de todos? ¿Quién es la mujer que invocaba el poder?

Kamara hace una pausa, mientras la puerta se abre y la misma mujer de hace un rato entra

con una bandeja y dos tazas de café, las sirve en la mesa y deja la habitación lo más pronto que puede.

—Cuando hiciste el ritual para tener esa premonición, ¿Cuánto tiempo llevaba esta tal Serena de iniciada?

—Un par de días, creo —responde Delfina.

—¿Quién crees que es la mujer de la invocación?

—No sé, siempre he creído que es Serena.

—No, esa eres tú, tú hiciste las invocaciones de esos anillos —Kamara se acomoda en su silla y se inclina hacia la Deifica—. Delfina, el bebé de la profecía y el bebé de tu visión no pueden ser los mismos porque el de la profecía no tiene alma. Un ser sin alma jamás se manifiesta en un cerculu in posterum de forma física, tú lo sabes.

—Entonces, ¿Por qué vi a un bebé sosteniendo estos anillos? —Delfina mete su mano dentro de la chaqueta y saca una bolsa de lino que arroja sobre la mesa.

—Porque creo que el bebé que viste representa a otra persona.

—¿Pero a quién? —responde Delfina un poco alterada—. Podría ser cualquiera cercano al coven.

—No. No puede ser cualquiera —responde con el tono alto, pero no agresivo—, hay una conexión en todo esto Delfina, ¿No la ves? La profecía dice al final que solo quién le dio la vida podrá acabar con él, «Solo el que suscitó su existencia tendrá la voluntad para cargar el poder que cerrará la puerta».

Delfina siente como si un montón de agua fría cayera sobre ella, como si algo en su pecho explotara, si Kamara tiene razón, ella nunca debió dejar sola a Serena, ahora sabe lo que significa todo, ahora sabe por qué están allá, por qué habían iniciado un viaje tan peligroso y por qué Serena está destinada a los anillos. La sensación de esta revelación la tiene sin palabras, solamente unas cuantas lágrimas descienden desde sus ojos miel por su rostro blanco hasta tocar el piso.

—No. Es tan injusto, ella ha sufrido mucho —dice con la mirada puesta en el mural del árbol —. No está lista.

—Y no lo va a estar —responde Kamara desde el otro lado de la mesa—, por eso en tu visión tomó la forma de un bebé —Hace una pausa mientras permite que Delfina reaccione a todo—. Si Asmodeo no es detenido a tiempo, entrará a esta dimensión con control completo sobre nuestra magia y la naturaleza, entrará ocupando un cuerpo con un llamado innato, por eso el bebé debió ser concebido por dos brujos con tradiciones bastante antiguas.

Delfina se lleva la mano a la cara, luego bebe su café en tres largos sorbos:

—Yo sé lo que tengo que hacer.

—Sí, tú sabes a lo que viniste, también lo viste.

—Sé por qué tiene que pasar así, pero creo que no lo entiendo.

—No es fácil de hacerlo —dice Kamara mirándola directo a los ojos. Extiende su mano sobre la mesa—. Solo sé que la muerte es el precio de la vida.

La Deífica pone su mano sobre la de Kamara y se dan un suave apretón. La puerta de la habitación se abre de nuevo y la Malkia se levanta.

—Debes descansar, en unas horas viajaremos a Ngorongoro.

Delfina le regresa una pequeña y triste sonrisa, se levanta y juntas dejan el salón.

Tres horas después, un movimiento suave despierta a Delfina quien había caído profundamente dormida tan pronto tocó la cama, Sara está a su lado con una suave sonrisa.

—Nos despertaron, dicen que debemos irnos.

Delfina la mira por un momento y le mueve el cabello para atrás de la oreja, sin responder nada.

—¿A dónde vamos? —pregunta la joven.

—Vamos para un lugar que se llama Ngorongoro —Mientras se sienta en la cama.

—¿Qué hay allá?

—Creo que allá debemos hacer el ritual —Mientras se prepara para salir de las sábanas.

—¿En serio crees que podemos confiar en estas personas? —Un brillo de temor se refleja en los ojos de la joven.

—Sí, Sara, podemos confiar en ellos. Quieren lo mismo que nosotros, pero al parecer sabían más que nosotros mismos sobre la aventura que emprendimos.

—Creo que entiendo —dice la joven—. Vamos, te estamos esperando.

No muchos minutos después, Delfina baja las escaleras de seis pisos junto a Sara, ambas están riendo, recordando una historia de un tiempo atrás, por un momento ninguna de las dos piensa en los problemas que atacan sus mentes. Ana, Otto y Kamara los esperan en el mismo carro que habían llegado, se apresuran a entrar y tan pronto cierran la puerta el conductor arranca.

—Este será un viaje muy largo —dice Kamara—, les sugiero que traten de descansar, esto es belladona africana —Mostrando una botella de agua llena de un líquido amarillento—, tiene un sabor a miel, nos relajará —Abre la botella y da un sorbo, luego la pone sobre una silla a la vista de todos.

Sara es la primera que se avienta a beber de la pócima, toma tres tragos y regresa a su puesto, su mirada se clava en la venta. Otto nota que mientras avanzan, otros carros los siguen.

—Oigan, no quiero asustar a nadie, pero creo que nos están siguiendo, ¡No! No miren al mismo tiempo.

—Nadie nos está siguiendo —dice Kamara desde adelante—, son el coven que también viene con nosotros para el ritual.

Otto no dice nada y ante las risas de los demás, en especial de Ana, su cara se torna rojo escarlata.

Unos quince minutos después, el paisaje cambia de nuevo, las vías son más organizadas, nuevos edificios aparecen a sus lados y de todos los tamaños, el cielo está cubierto por nubes blancas, el clima es muy fresco y, a pesar de que todo va bien, el tráfico se pone un poco pesado. Otto ya cayó bajo la influencia de la belladona y está dormido, los demás van en silencio. Sara tiene la mirada puesta en la ventana sin ver realmente nada, solo cuestionándose una y otra vez sobre su moral y su poder; en sus sueños, ella está frente a los tres hijos de Zain en Torryburn, sus caras son muy claras ahí, y en la parte de adentro de sus párpados cuando está despierta, allí en medio de un claro del bosque, los tres brujos la queman con un hechizo que la enciende lentamente en llamas; cuando despierta de ese sueño no puede evitar sentir que es lo que merece, que es el karma que le espera, nunca pensó llegar a tener que matar a ninguna persona, bajo ninguna circunstancia.

Un rato después el tráfico baja, pasan por una carretera con algunos edificios como colegios y un par de universidades, muchas personas se reúnen en las puertas y por un segundo Sara ve cómo la cara de algunos se deforma, su piel se estira como caucho caliente, sus ojos se derriten dejando dos huecos verdosos; la joven quita la mirada, suspira y la regresa, esta vez no logra ver nada más que los rostros de los estudiantes. Una hora más de camino, el auto se detiene en una

fila larga detrás de un semáforo, Sara voltea a ver en la entrada de la Universidad Técnica de Kenia a un grupo grande de personas, estudiantes y algunos vendedores de comida cercanos, ante los ojos de la joven bruja todas las personas voltean a verla directo, mientras el rededor de sus ojos comienza a volverse negro, la respiración de Sara se agita bastante, pero no quiere llamar de nuevo la atención de sus compañeros, los jóvenes comienzan a gritar al cielo y cada uno empieza a derretirse, como si su piel estuviera siendo calcinada, dando alaridos horribles que llegan hasta el carro, la bruja mira desesperada a los demás dentro del auto, pero ninguno se ve alarmado por eso, ni siquiera notan que algo está pasando, rápidamente regresa la mirada y los cuerpos se prenden en fuego, el auto acelera bruscamente y de repente todo es claro, ya no se oyen los gritos y las personas están bien, nada ha pasado, solo Sara sabe que algo no está bien, no es normal lo que le está pasando, se recuesta en su silla y cierra los ojos, tan pronto tengan el anillo y estén regresando hablará con Delfina y juntas podrán encontrar una solución a sus alucinaciones.

Finalmente llegan a la carretera principal que los sacará de Kenia para meterlos al corazón de Tanzania, van por el carril que conduce al sur, árboles y edificios pequeños acompañan el viaje; a pesar de que hay muchos autos, el flujo es constante, lo que le hace pensar a Kamara que llegarán con bastante tiempo. Varios kilómetros adelante y una hora después ya no se ven edificios, a ambos lados de la carretera se ven valles verdes con árboles y casas a la distancia; pasan junto algunas estructuras que solo pueden ser fábricas o empresas, estaciones de servicio y paradas de buses. Más tarde, lo que se puede ver por las ventanas es solo la carretera y un gran valle a cada lado, así viajan una hora más hasta la frontera con Tanzania, un lugar tranquilo con pocas personas; la carretera se divide para separar el paso entre los que salen de Kenia y los que entran. Se detienen en la caseta, Kamara se acerca a la ventana del conductor y habla con el encargado, varios militares rodean el carro, hasta que la frontera se abre para ellos y cruzan sin inconvenientes. Unos kilómetros más adelante, el paisaje se ve más despejado, los autos avanzan a gran velocidad, la vista es un poco más árida, la tierra y el polvo predominan sobre el verde. Sara por fin pudo conciliar el sueño, Otto no había abierto sus ojos desde que pasaron la frontera y Ana va con sus párpados cerrados, pero con la mente activa, aunque no tan activa como la de Delfina, quien no ha podido sacarse de la mente todo lo que había descubierto; ¿Cómo era posible que ella no sintiera lo que pasaba con su coven? ¿Qué pasará después, cuando salgan de África? ¿Serena podrá comprometerse con su destino? Si tan solo ella hubiese estado con Serena todo este tiempo y Paolo hubiese hecho el viaje, ella misma podría haberle enseñado todo lo que sabe antes de que fuera tarde.

Los volcanes del Ngorongoro se asoman a lo lejos, imponentes. Kamara voltea desde el puesto del copiloto.

—Despierten, ya estamos en el Ngorongoro.

Uno a uno los brujos que estaban dormidos empiezan a despertar, el camino está cercado por árboles y mucha vegetación un poco más alta que la que los acompañó en la carretera, los volcanes dormidos los siguen hasta cruzar una cabaña azul entrando a un camino al borde de una montaña, a su izquierda pueden ver una llanura hermosa, con amplios prados y minúsculos animales muy diferentes, yendo de un lado a otro, a su derecha una pared árida que se alza por varios kilómetros. Después de cierto punto, ya tomando el camino hacia el lago, el carro se siente más suave, la carretera está pavimentada con piedras de forma hexagonal, rodean una parte de una montaña hasta que desciende un poco para meterse en un valle acunado por el monte que se eleva. Varios kilómetros más adelante, la carretera desaparece de nuevo en medio de la amplia llanura, el cielo está oscureciendo y los últimos rayos del sol iluminan el gran lago y su desolado

alrededor. Los autos se detienen frente a la hermosa vista, las personas de los demás carros comienzan a bajar y descargar algunos objetos.

—Llegamos —dice Kamara, abriendo las puertas y haciéndolos bajar.

La vista es completamente abrumadora, todo a su alrededor es naturaleza, el aire se siente suave y frío, pero cómodo, como el abrazo de una sábana limpia. Los brujos del aquelarre de Kamara comienzan a construir varias fogatas a un kilómetro del lago, Sara se acerca a ver desde una piedra este proceso mientras la noche cae, Otto decide acompañarla.

Delfina y la Malkia hablan sobre los detalles del ritual y cómo van a manejar la invocación, las posiciones y los demás detalles. A pesar de todo, la Deífica mantiene la calma y una actitud positiva. Después de la charla, Delfina camina hacia un borde del lago donde Ana está sentada contemplando la vista, se sienta a su lado.

—Siempre creí que iba a tardar más en volver a este continente —dice Ana dejando ir un suspiro de nostalgia—, yo morí acá una vez.

—Sí, lo mencionaste. ¿Cómo fue? —pregunta la Deífica mirando algunas estrellas reflejadas en el agua.

—Estaba embarazada de mi primera hija y creo que algo salió mal. Ella murió en el parto… bueno, ambas morimos en el parto —Delfina no responde nada, solo pone su mano sobre la espalda de la vieja bruja—. Estuve tan asustada por mucho tiempo, que creía que si lo intentaba de nuevo lo iba a perder, que ese era el precio por mi... poder. Años después sin planearlo quedé embarazada de nuevo y pude tener una hija, Ourora, era muy feliz, los tres recorrimos todo África conociendo y aprendiendo magia —Suspira—. Es extraño, volver después de tanto, aunque sea mi primera vez en Ngorongoro, siento como si fuera un fantasma del pasado volviendo a los lugares que amé, recogiendo mis pasos, pensando que todo sigue como los ojos lo recuerdan cuando la verdad es que nada es igual, todo lo que alguna vez vi, los lugares que alguna vez visité, la gente que alguna vez amé, ya están todos muertos —Delfina abre su boca para decir algo, pero Ana la interrumpe—. Lo sé, lo sé, es imposible que en ochocientos años apenas venga a pensar en esto, pero… creo que hay cosas que nunca abandonan tu mente o tu corazón, solo se aprende a vivir con ellas, así sea por ochocientos años o más. Ese es el riesgo de amar: el desamor, el sufrimiento, la soledad. Pero lo volvería a vivir una y otra vez, así signifique tener otros quinientos años de soledad, ser amado de verdad es una bendición —La Deífica no sabe qué responder y justo antes de que diga cualquier tontería, Ana gira hacia ella con los ojos inundados—. ¿Has estado enamorada alguna vez? Pero locamente enamorada —pregunta con una sonrisa.

Delfina toma aire, sonríe y dice:

—Sí, estuve muy enamorada alguna vez.

—Cuéntame todo —Ana se pone en posición para oírla, claramente fingiendo que su asunto ya había pasado.

—Bueno, ¿Por dónde empezar?, ha pasado tanto tiempo —Sonríe—. Ella era muy hermosa, tenía los ojos pequeños, con cejas negras puestas sobre un rostro muy blanco, labios rojos, pequeños pero carnosos —Suspira—. Incluso hoy, después de tantos años, aún puedo verla en mis recuerdos, muy clara.

—¿Qué pasó? —dice Ana con interés.

—Éramos jóvenes e inmaduras, yo tenía 21 años y ella 19, nos enamoramos mucho, muy rápido y muy fuerte, pero era amor verdadero. Ella era una persona complicada, creo que eso fue lo que me atrajo más —Ríe—. Todo estuvo muy bien hasta que el amor creció tanto que se nos

salió de las manos, sentíamos tantas cosas al mismo tiempo que no supimos cómo controlar todo y digamos que las cosas se pusieron… complicadas, tanto amor despertó nuestras más feas inseguridades y claro, éramos muy inmaduras para manejar la situación. Pero, aun así pasamos momentos de infinita felicidad, viajamos, disfrutamos cada tiempo juntas y nos prometimos amor eterno, eso me ayudó a entender el amor como una fuerza tan poderosa que fácilmente se puede salir de nuestro control —Delfina sube su mirada al cielo—. A veces me pregunto qué será de su vida, si cumplió sus sueños, qué clase de persona será ahora.

—¿Qué haces cuando piensas en esas cosas? —pregunta Ana.

—Miro al cielo, deseo que sea muy feliz y que haya cumplido todos sus propósitos.

—Nunca la has dejado de amar ¿Verdad? —Ana mira a Delfina con una luz en los ojos.

—No, nunca la dejé de amar. Uno oye que la gente habla de la función social del amor, o cómo es un producto del cerebro, pero el amor es más que eso y va más allá que cualquier cosa racional. El amor es la fuerza más grande del universo, no reconoce límites, tiempo o espacio, es algo que te puede dejar indefensa, es el poder más grande que existe, sentirlo es un privilegio. Y creo que por eso siempre la recordaré.

—¿Y ahora?

—Ahora mi amor está puesto en ellos, en mis brujos —responde con un leve tono de tristeza.

—Los amas como si fueran tuyos.

—Siento como si lo fueran. Compartimos un vínculo muy fuerte, eso tiene que significar algo.

—Son muy talentosos… me gustaría conocer a los demás —afirma Ana.

Delfina no responde, por un rato ambas se hunden en sus pensamientos mientras contemplan el cielo oscuro, sin una sola nube y muchas estrellas.

—Ana —dice Delfina pasados unos minutos, en un tono muy serio—, debo pedirte algo.

—Claro, ¿Qué? —Ana está muy tranquila.

—Estos brujos son la única familia que he tenido por mucho tiempo, en realidad siento que son mis hijos y no quisiera abandonarlos —Delfina habla en un tono bajo y extraño, Ana nunca la había visto así.

—No lo harás —afirma Ana, mientras Delfina la mira fijamente a los ojos—. ¿Cierto?

—Son jóvenes y les falta mucho por aprender, pero…

—Me estoy asustando —dice Ana, pero la Deífica la ignora.

—Ellos podrán seguir, tienen que seguir. Ana, Serena no está cargando en su vientre ningún salvador, el bebé que lleva no tiene alma, es un recipiente para que Asmodeo entre a este mundo. Hay una profecía que no conocíamos y que ahora creo que los Síneros sí.

Ana se queda atónita, no esperaba esta noticia, antes de decir algo Delfina la interrumpe y continúa.

—La profecía también dice que solo ella o el padre podrán destruir su forma física.

Ana sigue en su asombro:

—Pero aún queda tiempo para que nazca ¿Verdad?

La deífica solo sacude su cabeza en negativa.

—Por eso necesito que me hagas una promesa —Ana asiente con la cabeza, pero su rostro deja ver una preocupación que va creciendo—. Prométeme que sin importar lo que pase, buscarás a Serena, ella es la única esperanza que tenemos. Estos anillos son mi legado para ella, debes ayudarle a cumplir su destino, prométemelo, Ana, prométeme que los cuidarás como si fueran tuyos.

—Lo prometo, Delfina —Ana nunca había sentido tanta incertidumbre, es una mezcla de tristeza, angustia y a la vez nerviosismo—. ¿Estás segura de que esto tiene que pasar? ¿No hay otra forma?

—No hay, yo lo vi hace tiempo, tal vez me lo estuve negando, pero ahora es inevitable. Debemos detener a Asmodeo, no importa nada más.

—Lo haremos.

La Deífica abraza a Ana y ambas se funden con mucha fuerza, Delfina solo dice «Gracias» en el oído de Ana, mientras ambas derraman lágrimas sobre la otra, su conversación continúa mientras en el cielo se comienzan a ver algunas estrellas fugaces.



Durante todo el día Serena ha estado moviéndose por el sótano, cambiando de posición constantemente, cosa que llama la atención de Paolo, más que la de Raquel, pero ambos saben que el encierro los puede estresar lo suficiente para hacer cosas un poco extrañas. Ya la tarde está cayendo y Serena no para de moverse, incluso estando en la cama parece que no tiene control.

—¿Te sientes bien? —pregunta finalmente Paolo.

—Sí, estoy bien, solo un poco incómoda —miente Serena, la verdad es que desde la noche anterior la bruja ha estado sintiendo pequeños dolores en el vientre, pero no quiere alarmar a nadie, cree que en cualquier momento pasarán.

—Sí, te has estado moviendo mucho —opina Raquel.

—No es nada, siento de repente mucha energía, es todo, debe ser la comida —miente de nuevo, pero esta vez el espasmo es más fuerte y le hace soltar un quejido.

—Serena, ¿qué está pasando? Es claro que no estás bien —dice Paolo con una mirada acusadora.

—Bueno, es que no hay nada de qué preocuparse.

—Dilo —dice Raquel en un tono más juguetón que el de Paolo.

—Mmm, es que… eh, he estado sintiendo un dolor pequeño en el vientre, pero no es nada, —dice disimulando el espasmo.

—¿Desde cuándo lo sientes? —pregunta Paolo.

—Desde anoche, pero no es nada serio.

—¿Desde anoche? Serena eso no es normal —dice Paolo.

—¿Qué sientes?

—Siento como una punzada, como un, ahhh —gime la bruja.

—Okey, ahora sí estoy preocupada —dice Raquel—. Esto puede ser algo grave, puede ser un aborto incluso.

—No nos alertemos, ya tengo siete meses y hasta ahora todo está bien, Rafael lo ha dicho él mismo, tal vez sea algo normal sí.

—Creo que deberíamos avisarle a Rafael —opina Raquel.

En el segundo piso de la mansión, Rafael se asoma en el balcón mirando hacia el cielo despejado mientras la noche termina de inundar el firmamento, justo arriba frente a él una estrella fugaz pasa y le saca una pequeña sonrisa, otra estrella pasa un poco más arriba, casi de inmediato otra estrella pasa a la derecha. Rafael se detiene por un momento, agacha la cabeza en un pensamiento serio hasta que sale corriendo con una idea preocupante en la mente.

—¿Cuándo es la lluvia de luces? —Entra Rafael muy agitado a la habitación de Vasil.

—¿Qué?, ¿de qué hablas? —responde Vasil alterado al ver esta intrusión.

—La lluvia de luces, la de profecía, ¿Cuándo es? —Repite Rafael.

—En unos tres meses creo, Serena apenas tiene siete meses —dice Vasil muy tranquilo.

Rafael sacude su cabeza, se acerca a la ventana y le muestra el cielo, un par de luces se ven pasar.

—¿Y? Eso no quiere decir nada —Saca una agenda del cajón de la mesa de noche, la abre y busca una página que le enseña a Rafael—. Mira, ahí está el conteo de las lluvias de luces desde la antigua roma. Haz las matemáticas si quieres.

Rafael mira concentrado los apuntes de Vasil por un momento, sube la mirada súbitamente.

—Está mal.

—¿Qué? —responde Vasil.

—Los romanos cambiaron su calendario de diez a doce meses, ¿Agregaste eso a la suma?

Vasil responde con un no, Rafel toma un lápiz y se sienta en la cama con los apuntes en sus piernas.

En el sótano los tres brujos están discutiendo sobre qué hacer con la situación de Serena, hasta que la joven bruja suelta un quejido y una expresión de terror.

—¿Qué pasa? —dice Raquel.

—Siento como si me hubiese orinado —Se alza el pijama.

—Rompiste fuente —dice Raquel en un tono de desgracia.

Un dolor la toma por sorpresa, es tan intenso que Serena apenas y puede mantenerse de pie, siente como si la estuvieran halando desde adentro. Paolo y Raquel comienzan a gritar llamando a alguno de los Síneros, a cualquiera. La puerta se abre de un solo golpe, son ellos, Rafael tiene en su mano los apuntes de Vasil.

—¡¿Qué pasa?! —grita Vasil.

—¡Serena, Serena! —dice Raquel con su cuerpo temblando.

Un destello de luz entra por la puerta acostada en el fondo del sótano.

—La lluvia de luces comenzó —dice Rafael.

—Algo le pasa a Serena, creemos que rompió fuente.

Vasil le da una mirada a Rafael.

—No puede ser la lluvia de luces, Serena no está en época aún —responde Vasil, pero un poco de miedo se siente en su voz.

—Lo sé, pero… está pasando —dice el otro Sínero.

—Debemos esperar, no puede tener al bebé sin hacer el ritual —dice Vasil muy alterado.

Serena grita de nuevo, esta vez el dolor dura más, ella tiembla.

—No hay tiempo y no sabemos dónde está Jack —dice el Sínero.

—Ok, ¿qué necesitamos?

—Toallas y un poco de agua caliente, también debemos preparar el baño para el bebé.

Vasil asiente con la cabeza y sale corriendo en búsqueda de Bo y las demás cosas, Rafael se acerca a la cama y con cuidado lleva a Serena a recostarse, otra contracción la hace retorcerse del dolor.

—Respira Serena, lentamente —le dice Rafael, pero Serena no escucha nada, el dolor es tan intenso que solo oye un pitido agudo.

Paolo siente toda la impotencia del mundo, voltea a ver a Raquel y ella mira con la misma cara de angustia, abrazando sus manos a la altura del pecho.

—¡Suéltanos! —dice Raquel—, podemos ayudarte.

—¡Cállate! —le grita Rafael.

—¡Por favor, parece que no está bien, mírala, está sufriendo! —grita Paolo en desesperación.

Rafael la mira fijamente, pero decide no hacer nada. En tan solo segundos, la cama de la joven bruja queda empapada, Vasil y Bo llegan con toallas y una olla llena de agua tibia.

—No podemos hacer esto así, o acá. Necesitamos esperar y hacer el ritual —dice Vasil con mucha angustia.

—¿Ritual? Mírala, el bebé ya viene —grita Raquel desde su posición en la pared.

—Es verdad, el bebé ya viene —confirma Rafael acomodando las piernas de Serena y comprobando el inminente parto.

Otro grito de dolor deja ir la joven bruja cuando otra contracción la ataca, esta vez Rafael nota algo, la cabeza del bebé se empieza a ver entre las piernas de Serena.

—Puedo ver la cabeza, mierda —repite Rafael. Pero Serena está tan débil que pierde el conocimiento—. ¡Serena! —Le grita mientras se acerca a su cara—. ¡Serena, reacciona! —Le comienza a dar unas palmadas en la cara hasta que la joven bruja vuelve en sí.

Por las hendijas en la madera de la pequeña puerta inclinada en el rincón del sótano, se ven luces que encienden y apagan partes de la habitación. Serena está recostada contra el espaldar de la cama, Vasil y Bo están a sus lados.

—Bueno, Serena, el bebé ya viene, necesitas pujar con fuerza —le dice Rafael con notorio tono de angustia.

Serena grita, pero por el gesto de Rafael, nada pasa.

—¡Puja más fuerte! —repite el Sínero.

La bruja lo hace, pero no pasa nada, el bebé aún no logra salir lo suficiente como para sacarlo.

—¡Una vez más! —le dice Rafael.

Serena siente un gran dolor, un impulso que la lleva a querer pujar con todas sus fuerzas, el sonido de algo rompiéndose los asusta.

—¡Vamos, sigue pujando, sigue pujando! —le repite Rafael con fuerza, Serena lo hace, pero pronto las sábanas de la cama se tiñen del rojo de la sangre de la joven.

—¿Qué pasa? —dice Raquel, pero nadie le responde.

Serena sigue gritando, al igual que Rafael, por unos minutos más continúa pujando, hasta que con un movimiento Rafael logra sacar el bebé. El llanto del niño llena en todo el sótano, Rafael lo toma con ambas manos mientras Bo corre por las tijeras y corta el cordón umbilical, los tres Síneros lo envuelven en una toalla y corren fuera de la habitación dejando a los brujos solos.

Apenas en ese momento Raquel y Paolo notan que Serena está inconsciente, desde el llanto del niño no habían oído a la joven, la sangre de la sábana sigue bajando por la cama haciendo un charco en el suelo.

—Serena, ¡Serena! —La llama Paolo, pero ella no responde.

—Creo que se desmayó —dice Raquel.

—Está perdiendo mucha sangre, tenemos que hacer algo.

Justo al decir esto, Paolo y Raquel sienten algo en el pecho, una especie de dolor, pero no un dolor físico, es una enorme tristeza que llena sus corazones repentinamente ambos se miran creyendo lo que significa.

El charco de sangre llega hasta sus pies, Serena está inconsciente desangrándose sobre su cama.



—Ya ha iniciado —dice la Malkia, congregando a todo su coven.

Delfina, Ana, Sara y Otto se reúnen con ellos. Varias fogatas se encendieron, forman un gran círculo muy luminoso, Kamara se acerca a los brujos y les entrega unas túnicas de color blanco, negro y gris, mientras se cambian comienzan a escuchar algunos tambores y las pisadas de la gente formando un círculo. Una vez listos, los cuatro se acercan.

—Todo saldrá bien, ¿verdad? pregunta Otto.

—Sí, Otto, no hay nada de qué preocuparse —le responde dulcemente la Deífica.

Tan pronto entran al círculo la ceremonia comienza.

Kamara se para en medio de todos y levanta sus brazos a los lados, las llamas bajan su intensidad y todo se ve más oscuro, luego mira al cielo y los demás la siguen.

—La lluvia de luces ha comenzado, nuestros antepasados reconocían este evento como un presagio, un presagio de muerte. Y por eso estamos acá, vinimos a responder el llamado y a reclamar su promesa —Kamara da una orden y varias personas comienzan a tocar tambores, cada golpe es como un latido del corazón—. Mama unia, baba upepo, dada dada maji na mpenzi wa moto —recita la bruja africana en su idioma, los demás responden y el latido de los tambores crece.

Cuatro mujeres ingresan al centro del círculo y comienzan a bailar siguiendo el ritmo y repitiendo el encantamiento de Kamara. El cielo está lleno de luces que cruzan de este a oeste, todo a su alrededor se ve bajo una luz diferente, como con un filtro sepia. Cuatro hombres se juntan dentro del círculo, cada uno carga un tronco de madera con un rostro anciano, los ubican mirándose entre sí y comienzan a bailar con el ritmo de los tambores que una vez más se vuelve más agitado; mientras bailan pintan con los dedos partes de los tótems de madera. Los tambores aceleran su sonido una vez más y otro grupo de personas se unen, dos hombres y dos mujeres remueven sus túnicas y desnudos siguen el ritmo, se mueven en círculo y cada tanto cambian de dirección, se toman en parejas dan una vuelta y cambian de pareja, lo repiten tres veces hasta quedar de nuevo en círculo, ahora sacan pinturas y brochas con las que repiten la danza mientras se pintan los cuerpos. Otro grupo, también de cuatro personas, entra corriendo al centro, llevan en sus túnicas una gran cantidad de sal, tan pronto el tambor vuelve a acelerar su ritmo, los cuatro lanzan la sal al aire y sobre ellos, repitiendo unas palabras que los turistas no entienden.

Los cuatro brujos están de pie sin moverse, a diferencia del resto que bailan en frenesí; Sara da una mirada hacia su periferia y puede ver la energía que los rodea, están dentro de un círculo de neblina oscura muy tenue, pero claramente reconocible para ella. Los brujos de Kamara han pasado media hora en esa misma actividad, sudorosos, jadeando y gritando. El tambor da tres golpes contundentes y el suelo se mueve, por un momento el corazón de Otto se quiere salir de su cuerpo, el sacudón es muy intenso, la música sigue, hasta que el tambor da de nuevo tres golpes fuertes y el suelo tiembla otra vez, los brujos que están bailando, se abren y se encuentran cerrando un círculo con Delfina y los demás. Kamara permanece en el centro, sube sus manos al aire:

—Mama mwenye nguvu, hii ni kwako —grita y comienza a girar sobre sí misma en sentido de las manecillas del reloj.

Los demás brujos se toman de las manos, también agarran a los cuatro extranjeros y comienzan a caminar en el mismo sentido, casi al instante se ven corriendo a buena velocidad

alrededor de la Malkia, ahora cada vez que termina las palabras del encantamiento todos dan un salto y un grito.

Los brujos visitantes siguen casi todo lo que hacen los demás, cuando Kamara se detiene, también lo hace el resto, los que aún conservaban sus túnicas las dejan caer al suelo, excepto por Delfina y los otros, que no muestran su desnudez. Todos los asistentes permanecen de pie en el círculo, el suelo tiembla de nuevo, el tambor va tan rápido que es imposible seguirle el ritmo.

Kamara mira a Delfina desde el centro de la ceremonia:

—El momento ha llegado —Su voz retumba por todas partes—. Un gran poder se encuentra con otro. Aquí converge el destino.

Delfina infla su pecho y lentamente expulsa el aire, da un paso y queda frente a Otto:

—El bien general está por encima de los deseos —Le dice y lo abraza, dejándolo un poco desconcertado. Luego avanza al frente de Sara, levanta su mano temblorosa y le acaricia el rostro —. Tu poder es mayor a tus inseguridades. Sé valiente —La joven bruja no comprende del todo lo que está pasando. Frente a Ana—: No lo olvides.

—Nunca —responde Ana tomándola en sus brazos con un fuerte apretón.

El sonido de los tambores hace eco entre las montañas secas y el árido llano, el cielo está completamente rayado, con líneas blancas cortas sobre todos ellos.

Delfina toma en sus manos un anillo de ópalo y camina lentamente, con cada paso que da el suelo tiembla un poco. La corta procesión llega a su fin, Kamara la toma por los hombros y ambas comparten una mirada de agradecimiento. Delfina adopta la posición de Kamara.

—¿Qué está pasando? —dice Sara, pero nadie le responde.

—¡Deuti imperium aoren! —grita Delfina con todo su poder, apretando el anillo con mucha fuerza.

Los tambores se detienen en seco, solo se oye la respiración de Delfina lenta y larga. El suelo comienza a temblar. La Deífica empieza a murmurar unas palabras invocando a Marie Laveau. Bajo sus pies, la tierra se ilumina tenuemente. Otto cree al principio que es un efecto por las luces del cielo, pero pronto, el suelo se empieza a quebrar, primero en pequeñas grietas alrededor de la bruja.

—¿¡Qué está pasando!? —grita Sara con angustia, uno de los brujos de Kamara la toma por los brazos—. ¡Suélteme! ¿Qué está pasando? ¡Delfina! ¡Delfina!

Ana no se inmuta, solo observa lo que pasa. El suelo bajo la Deífica se ve como si tuviera una consistencia entre el fango y la lava. Un pequeño cráter se forma rodeándola.

—¿¡Qué es eso!? ¿¡qué es eso!? —Otto también se altera, pero un par de brujos lo toman por la espalda.

Cada segundo que pasa el suelo se abre más, Sara se estremece tratando de liberarse del brujo, Otto trata de hacer lo mismo, pero ninguno lo consigue. Delfina de pie en un pequeño pedazo de tierra, a su alrededor el cráter se hace más profundo y ella se hunde, la tierra se parte, brilla una luz roja, se ve como las ramas de un árbol o un sistema de venas y arterias que sopla aire caliente. La Deífica da una mirada de temor hacia abajo y sube la cara hacia sus brujos, sus labios dicen algo que no alcanzan a leer. Los tambores suenan de nuevo, Otto y Sara patalean, saltan, se empujan hacía atrás, gritan con todas sus fuerzas, pero no logran que alguien ayude a su Deífica. Ana voltea la cara para evitar ver la desesperación de sus acompañantes.

Delfina cierra los ojos y por un momento todo desaparece, se ve a sí misma en medio de ese mismo lugar, solo que el lago tiene más agua, las montañas son verdes, y sus pies pican por el pasto, al frente cree que ve algunas caras familiares caminar hacia ella, pero el reflejo del sol no

la deja ver con claridad; abre los ojos de nuevo, el cráter es tan grande que su mirada casi alcanza el nivel de los pies de la gente del ritual. Suspira una vez, extiende la palma de su mano derecha mostrando el anillo con la piedra de ópalo. El rojo del cráter se hace muy intenso y el suelo bajo sus pies desaparece, se empieza a hundir mientras una energía la envuelve y la arrastra al interior hirviendo del cráter. Otto y Sara gritan con todo lo que tienen, solo pueden ver cómo los hombros y la cabeza de su Deífica desaparecen entre los tambores y los cantos de los brujos africanos, cada centímetro del cuerpo de Delfina es consumido, pero ella no expresa dolor. Ana había quitado la mirada, pero sabiendo que nunca más tendrá esa oportunidad alza la cara y se encuentra con los ojos de su amiga que le sonríen por última vez. El cráter es tan grande que alcanza al círculo, rodeando los pies de los brujos; de pronto, las venas del agujero brotan una luz roja muy brillante, todos se cubren del reflejo, cuando vuelven la mirada y la luz se oscurece solo un anillo con una piedra negra se posa en la superficie donde los pies de Delfina Casal estuvieron.

Capítulo 21

Paolo está inmóvil, no sabe cómo reaccionar, ni qué hacer, ¿Será real lo que sintieron? Pero no tiene sentido, no puede ser, a menos que...

—Tenemos que hacer algo —dice Raquel, haciendo regresar a Paolo a la realidad de ese momento.

El brujo mira a todas partes, Serena está inconsciente sobre su cama desangrándose lentamente. Los Síneros habían corrido al segundo piso con el bebé y la joven madre es la última de sus preocupaciones. Es en ese momento cuando Paolo cae en cuenta de lo que ha sentido en los últimos segundos, un calor acogedor lo está abrazando; aún confundido e incrédulo por lo que siente, sube ambas de sus manos hasta la piedra fósil que cuelga de su cuello, cierra los ojos con fuerza y acto seguido la piedra roja se ilumina con una intensidad repentina hasta que se rompe por la mitad, los ojos incrédulos de Paolo se encuentran con la expresión de sorpresa de Raquel que lo mira con un poco de temor y emoción.

—Apelefthérosi —dice Paolo con ímpetu, las cadenas que amarran sus muñecas y tobillos caen al suelo liberándolo por primera vez en muchos meses; aún con la sensación de incredulidad, se acerca a Raquel, pone sus manos sobre su piedra fósil y la rompe.

—Apelefthérosi —dice de nuevo y Raquel queda libre.

Ambos se ponen de pie y corren donde Serena, Raquel toma una toalla a su lado y cubre la entrepierna de la joven bruja tratando de detener la hemorragia, Paolo se acerca a su rostro y pone su mano alrededor de su cuello.

—No tiene pulso.

—El collar, quítale el collar —dice Raquel con afán.

Raquel libera la cadena del tobillo de Serena, mientras que Paolo posa sus manos sobre la piedra fósil y después de un segundo esta se rompe, luego le quita el collar y lo hace a un lado, por un momento la mira y nada pasa, le toma el rostro con ambas manos y los ojos de Serena se abren lentamente, su expresión es de desconcierto, una suave tos la acompaña.

—Serena, ¿puedes oírme? —Le pregunta Paolo, la joven solo asiente—. Serena, escúchame muy bien. Tenemos que salir de acá ahora mismo, es nuestra única oportunidad, ¿Crees que puedes hacerlo?

Serena no responde nada, después de un segundo asiente. Aún con la toalla entre sus piernas Raquel la ayuda a bajar de la cama.

—No podemos salir por el frente, todo está lleno de amuletos gitanos —dice Raquel, levantando a Serena con su hombro.

Paolo piensa por un momento hasta que un destello de luz le pega el rostro, corre al rincón del sótano y de un movimiento, las puertas se abren con fuerza, pero caen a los lados suavemente, Paolo se devuelve y toma a Serena por el otro costado.

—¿El bebé? —dice la joven con la poca fuerza que tiene.

—Volveremos por él después —responde Paolo.

—No, no podemos dejarlo… —insiste Serena.

—Ellos no le harán daño al bebé pero a nosotros sí, debemos irnos ya, no tendremos más oportunidades.

Serena los mira directamente y acepta, con dificultad trepan la pared y salen por la pequeña

puerta. Caminan por un costado de la casa, esperando que ninguno de los Síneros salga por una ventana, por ahora no hay nadie, los brujos aceleran el paso lo más que pueden mientras arrastran a Serena; logran llegar al auto parqueado a unos metros del portón principal.

—¡Ey! —Se oye desde el balcón de la casa, es Rafael que después de gritar corre adentro.

Paolo pasa sus manos por las puertas del auto y los seguros se disparan, atrás Raquel ayuda a Serena a subirse y la deja tendida sobre la silla.

—Enciende el auto —le dice Paolo a Raquel.

Él corre al portón, en ese momento Vasil, Rafael y Bo salen a la puerta de la mansión con un par de escopetas y un arma más pequeña. Paolo gira a verlos y antes de que hagan algo, el brujo extiende sus manos hacia ellos, murmura unas palabras y hace un gesto trayendo de regreso sus manos a su cuerpo, las armas vuelan de los brazos de los Síneros cayendo varios metros adelante. Paolo hace otro movimiento, esta vez hacia los costados de su cuerpo; los Síneros sienten como un fuerte golpe les pega en el pecho y los manda contra la pared. Ahora el brujo gira a la puerta y pone sus manos sobre el candado, las luces del carro se encienden.

—Apelefthérosi —Paolo abre los brazos y las puertas se comienzan a abrir solas, corre al puesto del copiloto.

Los gritos de Vasil se sienten en el fondo, pero Raquel pisa el acelerador con fuerza, el auto arranca con mucha potencia y gira a la izquierda. Del bosque frente a la casona salen varias personas y se paran sobre la carretera observando el auto mientras huyen.

—¿Cómo pudiste hacer todo eso? —Le pregunta Raquel a Paolo.

—Tú sabes cómo, también lo sentiste —responde Paolo sin mirarla a la cara.

—¿Para dónde vamos? —dice Serena levantándose lentamente.

—¿Cómo te sientes? —pregunta la otra bruja.

—Débil —responde.

Paolo voltea a verla, le da la mano y dice:

—Estás mejor, la hemorragia se detuvo.

—¿Cómo sabes? —pregunta Raquel, pero Paolo no le responde nada, ella entiende su silencio.

—¿Para dónde vamos? —dice de nuevo la joven bruja.

—Vamos para un lugar seguro, una casa secreta del coven, nadie podrá encontrarnos allá —responde Paolo—, trata de descansar, no podemos detenernos hasta llegar.

Serena se recuesta de nuevo en la silla y cierra sus ojos.

Le es difícil saber realmente cuánto tiempo durmió, pudo ser cuatro horas o veinte minutos, Serena abre los párpados, acostada mira hacia la ventana sobre su cabeza, logra ver pocas luces aún cruzando el cielo, también ve árboles y más vegetación; extrañamente no se siente tan mal, ha recuperado fuerza, pero no entiende cómo ni por qué. Para sorpresa de Raquel y Paolo, se levanta del asiento.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—Estamos muy cerca —responde Paolo.

A su alrededor solo se ven árboles entre la oscuridad de la madrugada y una carretera fría.

—¿Quiénes eran esas personas que salieron cuando dejamos la mansión? —pregunta Serena.

Paolo toma aire y responde.

—Creo que son hijos de Zain, seguramente eran los que mencionó Vasil.

—¿Cómo pudimos escapar?

—Serena, creo que deberíamos esperar hasta llegar a la cabaña, por ahora hay muchas cosas

que están en mi cabeza —responde Paolo, nadie refuta esto y los tres guardan silencio.

En retrospectiva las cosas pasaron muy rápido y no han tenido tiempo de entender completamente la situación. Después de un rato se desvían de la carretera, avanzan varios minutos entre la maleza y las rocas hasta que se detienen. Paolo hace un movimiento para bajar del auto, pero Raquel lo para:

—¿Estás seguro de que podemos entrar sin Delfina? —pregunta en susurro.

Paolo no responde inmediatamente, solo la mira a los ojos por un momento y luego retira la mirada.

—En teoría sí, solo hay que conocer la contraseña —El brujo baja del auto y se para frente a un árbol—. Arrayán —dice y la vegetación en frente suyo se abre un poco, dejando ver un pequeño camino de tierra y piedras.

Paolo regresa al auto y Raquel continúa por allí, Serena logra ver por la ventana de atrás cómo los árboles, ramas y hojas se esconden y oscurecen el camino tras ellos y cómo al frente hacen lo contrario, se abren para dejarlos avanzar.

Un kilómetro más adelante los árboles desaparecen, armando un claro en forma de círculo con una cabaña en el centro: una construcción en madera amarillenta tiene una pequeña entrada con unas escaleras en el centro y barandas, al subir hay un recibidor, como un corredor con unas sillas a los lados en frente de un par de ventanas; el techo es bajo, apenas unos centímetros por encima de las ventanas. Paolo y las brujas llegan a la puerta, Serena puede caminar por sí misma, aunque con dificultad.

—¿Qué es este lugar? —pregunta con un poco de temor.

—¿Recuerdas que Delfina mencionó algo sobre una casa de campo? Bueno, es esta. Esta fue la primera casa del coven hace, no sé, cientos de años las brujas fundadoras protegieron este espacio de intrusos y curiosos, cada generación ha consolidado su magia acá y por eso es impenetrable —responde Paolo tratando de abrir la puerta.

Adentro todo se ve oscuro, con un movimiento de Paolo muchas velas gastadas se encienden, claramente la casa no ha sido limpiada por muchos años y el polvo se ha apoderado de ella, su interior es un amplio espacio, al entrar hay una alfombra recta y delgada que va desde la puerta hasta otra puerta en la parte del fondo dividiendo la casa, a la derecha lo primero que se ve es un enorme comedor de madera muy parecido al que está en la cocina de la mansión, a la izquierda hay varias sillas de mimbre puestas en círculo alrededor de una pequeña mesa, esa pared está llena de libros y pergaminos viejos apilados en una biblioteca muy alta y rústica con una capa de polvo sobre ella, más adelante a la derecha está la cocina, amplia y grande, un mesón de mármol recorre todo el espacio hasta la pared del fondo, un fogón de leña en la esquina y muchos estantes bajo el mármol tapados por una cortina verde. Al frente del mesón, en la izquierda de la cabaña, otras cortinas cubren ese fondo, Raquel las abre y se ve una fila con tres camarotes, seis camas en total, junto a ellas hay unos cajones altos, llenos de ropa de cama, cobijas y algo de ropa vieja. Entre las camas y la cocina hay un gran espacio sin muebles, solo una alfombra redonda azul resalta entre el amarillo sucio de la madera.

—Ven, Serena, recuéstate. Necesitamos revisarte —dice Raquel sacudiendo las sábanas de una de las camas—. Calienta un poco de agua.

Paolo se mueve hasta la cocina, descubre la pequeña cortina y saca una olla mediana, abre la llave del agua y después de dos segundos de esfuerzo, la tubería suelta un chorro débil de agua cristalina, pone la olla sobre el fogón y conjura una llama de fuego en un poco de madera que aún quedaba allí.

—¿Qué pasó en la mansión? —pregunta Serena—. ¿Dónde está mi bebé?

Al principio nadie le responde. Paolo sale por la puerta del fondo al lado de la cocina y regresa al minuto con unas hojas verdes y largas, las arroja en la olla y espera un momento, luego retira la olla del fuego. Raquel alcanza varias toallas del closet a su lado, hace que Serena se recueste, le pone una sábana sobre sus piernas y le pide que las abra, la joven bruja lo hace con mucha timidez. Paolo pone la olla caliente a un lado de la cama y se sienta junto a ella dándole la espalda a Raquel.

Con suavidad la bruja moja la toalla en el agua, la escurre y comienza a limpiar a la joven, Serena tiene una sensación de descanso.

—La hemorragia se detuvo —dice Raquel—, se ve… normal, bueno, no normal, pero creí que ibas a estar muy mal por la cantidad de sangre que perdiste, pero no estás tan herida como esperaba, solo un poco lastimada.

La bruja sigue limpiando a Serena, Paolo voltea a ver a Raquel, de nuevo a Serena hasta que habla:

—Creo que en la mansión estará a salvo por ahora, lo Síneros no le harán nada, al contrario, creo que cuidarán muy bien al bebé.

—¿Por qué estás tan seguro? Ellos han mostrado ser muy crueles —dice Serena con apuro.

—Serena, este bebé representa la mitad de su plan. Créeme que lo cuidarán como a nadie —Paolo se levanta y trae más toallas del closet—. Debemos preparar todo para poder rescatarlo.

—¿O sea que sí lo vamos a rescatar? ¿Vamos a volver por él? —dice la joven madre con ilusión.

Paolo moja y escurre una toalla pequeña, luego regresa a su puesto y comienza a limpiar el rostro de Serena.

—¿Cómo pudimos escapar? —pregunta la joven con la toalla en su frente.

Raquel levanta la mirada hacia él, pero sigue en lo suyo. Paolo busca las palabras adecuadas para contarle.

—Tuvimos… algo de ayuda —Las primeras luces de la mañana ya se ven tras la montaña, pero por las ventanas solo entra oscuridad—. Cuando estabas en medio del parto, justo cuando te desmayaste, Raquel y yo sentimos algo, un dolor en el pecho…

—Yo también logré sentir algo así, pero fue muy rápido —dice Serena.

—Claro, todos pudimos sentirlo —sigue Paolo—, esa sensación me dio el poder para romper las piedras fósiles y poder escapar —El brujo baja la toalla por la mejilla de Serena.

Raquel termina de limpiarla, recoge las cosas a un lado y se acomoda mejor sobre la cama.

—Pero no entiendo, de dónde vino este poder —insiste Serena—. ¿Por qué antes no había llegado?

Paolo comparte una vez más una mirada con Raquel y luego agacha la cabeza.

—Anoche esa sensación nos mostraba algo, nos… informó de algo… Eh. Anoche en medio del parto, al otro lado del mundo algo pasó.

—Ok, ¿Qué fue lo que pasó?

—Fue Delfina, anoche, ese dolor en el pecho nos hizo entender que Delfina había muerto.

Por un momento, Serena no dice nada, Raquel agacha su mirada tan pronto una lágrima comienza a salir.

—No puede ser, no tiene sentido —Ni Raquel ni Paolo le dan la cara, la joven se altera, pero Paolo la toma por el pecho y la lleva de nuevo a la cama—. ¡¿Cómo puede ser posible?! No entiendo, no es verdad.

—¡Serena! —Le dice Paolo subiendo el volumen de su voz—. Una de las habilidades que tenemos como coven es poder sentir a nuestra Deífica sin importar la distancia, al igual que ella nos podía sentir a nosotros, en una forma de estar conectados.

—Pero no entiendo, cómo pueden estar tan seguros —responde alterada.

—Pasó, es la única razón para que Paolo pudiera liberarnos de los collares —dice Raquel con la mirada oculta—. Si te concentras solo podrás sentir a Paolo.

Serena se hunde un poco en su cama.

—¿Cómo murió?

—No lo sabemos, tendremos que tratar de comunicarnos con los demás y rápido —dice Paolo.

—¿Sara y Otto están bien? —Esa pregunta también llama la atención de Raquel.

—Sí, por lo menos están vivos. Debemos encontrar la forma de comunicarnos con ellos —Mira a Raquel en búsqueda de ideas.

Serena está concentrada en otro pensamiento.

—O sea que pudimos escapar porque al morir Delfina, Paolo se convirtió en el nuevo Deífico del coven.

Los demás no responden, su silencio lo confirma. Ninguno habla por un largo rato, Raquel mantiene la cabeza agachada claramente hundida en lágrimas mientras termina de limpiar a Serena, Paolo está con la mirada perdida, la joven cierra los ojos mientras se inundan de lágrimas, el Deífico la cobija, se levanta y Raquel tras él.

—¿Crees que va a estar bien? —Le dice Raquel a Paolo en susurro mientras ambos salen al frente de la cabaña.

—Raquel —responde Paolo ignorando la pregunta—, anoche Serena no tenía pulso, no tuvo pulso por mucho rato, justo cuando le quité el collar su cuerpo reaccionó.

—¿Tú la trajiste de regreso? —dice ella con asombro.

—No, no fui yo. Ese no es mi poder.



La tierra aún brota un humo espeso y oscuro que termina de ser absorbido por el anillo, el destello de las luces del cielo se refleja en la piedra de ópalo sobre el suelo, justo en el lugar donde Delfina estuvo de pie. Sara ha estado gritando, pataleando y peleando por varios minutos, Otto por su parte, está en el suelo, con la cara hundida en las manos y lágrimas escurriendo por los brazos; Ana observaba a ambos sin hacer nada, sintiéndose triste y confundida. Kamara se acerca a la vieja bruja y le entrega el anillo.

Después de un rato el horizonte comienza a dejar ver las primeras luces de la mañana. Sara está más calmada al igual que Otto, ambos están sentados cerca al lago mientras los demás preparan todo para el viaje de regreso a Nairobi. Ana se une a ellos y por unos minutos se quedan en silencio, sintiendo cómo el aire se calienta con la llegada del día, hasta que finalmente, cuando el sol ya los ilumina por completo, Sara habla:

—¿Tenía que pasar así? —dirigiéndose a Ana.

—No sé, pero Delfina estaba convencida de que así debía ser.

—Me parece increíble. No entiendo por qué haría esto —Sara mira fijamente al lago—. ¿Por un simple anillo?

—No es un simple anillo —Ana suspira y se sienta junto a ellos, con mucha tranquilidad

sigue hablando—. Es un arma, la pieza de un arma que les ayudará a acabar con Asmodeo.

—¿De qué hablas, Ana? —pregunta Otto con un tono de fastidio en la voz.

—Delfina sabía lo que iba a pasar, sabía lo que debía de hacer, pero no sabía por qué, hasta que llegó acá. Hay una profecía que anuncia la llegada de un ser sin alma, pero con mucho poder, un huésped para que Asmodeo pueda caminar en esta dimensión. Kamara pensó que nosotros sabíamos de la profecía…

—Por eso nos estuvo esperando desde hace varios meses —dice Otto, Ana asiente.

—¿Cómo pudo saber Delfina lo que debía de hacer, lo que iba a pasar? —pegunta Sara con mucha angustia.

—Creo que ella misma lo había visto en una especie de visión.

Un fuerte suspiro y de nuevo silencio.

—¿Y ahora qué? —dice Otto en desilusión.

—No lo sé —responde Ana—. ¿Quién es el nuevo Deífico?

—Creo que es Paolo —responde Otto—, lo siento, lo siento muy fuerte, pero como… inestable.

—Sí, yo siento lo mismo —dice Sara.

—¿Hay algún tipo de ritual de ascenso en el coven?

—¿De ascenso? —pregunta retóricamente Otto—, Delfina habló algo del deificado antes de viajar, hay un ritual que se debe hacer.

—En ese momento ella ya sabía lo que debía hacer, por eso nos preparó sobre ese tema —dice Sara—, aun no entiendo por qué. Con ella acá todo sería más fácil.

—Creo que no están viendo la gravedad de lo que está pasando —dice Ana muy seria, parándose frente a los dos—. Las cosas están peores de lo que todos nos imaginamos, estamos lidiando con profecías, visiones y demonios. Anoche, la bruja más joven de su coven parió un bebé.

—¿Serena tuvo el bebé? ¿el que nos va a salvar de Asmodeo? —Interrumpe Otto.

—No, estábamos mal. El bebé que nació anoche es un bebé sin alma, es una puerta, un recipiente para que el demonio pueda caminar en esta tierra. Pero lo más importante es que según la profecía, Serena o el padre del niño son los únicos que pueden acabar con él.

—Espera, espera, ¿Cómo sabemos que todo esto es cierto? —dice Sara alterada.

Otto no puede disimular su confusión.

—No lo sabemos, pero Delfina dio su vida creyéndolo —Un silencio los inunda, el reflejo del sol se acerca más a ellos con cada corriente del lago—. Debemos comunicarnos con el Deífico y llegar lo más pronto que podamos a su casa, Asmodeo debe ser detenido antes de que pueda actuar.

En medio del dolor, una nueva preocupación se siente crecer en el ambiente, para Sara todo ha pasado tan rápido, esta nueva información la tiene desorientada.

—¡Oigan! —Se oye a Kamara gritar desde atrás, mientras unos pasos se acercan—. Oigan, debemos regresar ya.

Se levantan con calma, Otto y Sara caminan juntos hacia un auto.

—¿Cómo están? —pregunta la Malkia.

—En shock, aunque mejor de lo que esperaba, creo que aún no logramos entender todo esto en realidad —responde Ana.

—Pues espero que lo entiendan rápido, si es cierto que los hijos de Zain saben lo que ustedes están haciendo, no tardarán en querer saber los detalles de lo que pasó acá. Vamos.

Los tres brujos suben al mismo auto que los llevó, nadie habla. Kamara saca de nuevo la botella con belladona y esta vez los tres beben una buena cantidad. El viaje de regreso comienza mientras toman el mismo camino de llegada, Sara no puede calmar su mente, anoche todo parecía un producto de su imaginación o una alucinación como las que ha estado teniendo, pero esta vez es real, todo es real. Por fin habían cumplido su misión, ya tenían los cuatro anillos y es momento de regresar a casa, al parecer Delfina les había dejado una gran responsabilidad.

El movimiento del auto hace que los brujos comiencen a caer dormidos y no es sino hasta un par de horas después que Otto abre los ojos y se sienta. Ana recién había despertado también y Sara está mirando por la ventana, se nota que tampoco había despertado hacía mucho. Hay un silencio incómodo en el auto, Kamara y el brujo que conduce se ven cansados por la ceremonia de anoche. Sara no puede mirar a la Malkia a la cara, siente que ella tiene un poco de responsabilidad de lo que pasó, aunque sabe que Delfina no habría hecho algo así de no ser necesario, su pecho siente un nudo de rabia que no disminuye.

Súbitamente el auto hace un movimiento hacia los lados, tan rápido que todos adentro se mueven bruscamente, en un segundo la velocidad aumenta casi al doble de la que venían.

—¿Qué pasa? —dice Otto desde atrás.

—Nos están siguiendo —dice Kamara en un tono alto.

—¡¿Quién?!

Kamara gira en su puesto para darles la cara, su expresión no anticipa nada bueno.

—Detrás de nosotros viene una camioneta grande —Los tres giran a ver por el vidrio trasero.

Detrás de uno de los carros del coven de la Malkia se ve una camioneta grande, negra, con vidrios polarizados del mismo color.

—Unas motos vienen desde allá —dice el conductor.

El ruido de los motorizados se hace más fuerte mientras avanzan por la llanura.

—¿Por qué nos están siguiendo? —Sara se ajusta el cinturón de seguridad.

—Son cazadores de brujas —responde Kamara con voz firme.

—Es un chiste ¿Verdad? —dice Ana, con los ojos abiertos casi brotados—. ¿Después de todo este maldito tiempo aún nos cazan?

—Nunca han parado de hacerlo —responde Otto, para sorpresa de la bruja más vieja, quien claramente creía que era una amenaza del pasado.

—Quedan muy pocos grupos en el mundo, pero acá en África nunca han parado. En la última década han asesinado a muchísimas personas, brujos y no brujos —dice la Malkia un poco agitada.

—¿Cómo puede sobrevivir un grupo así tanto tiempo? No lo entiendo —responde Ana indignada.

—Tienen grandes patrocinadores que invierten en este tipo de cacería… ustedes saben, multinacionales que ‘contratan’ mano de obra barata.

—No entiendo —dice Sara desde un lado del carro, esta vez a toda velocidad—. ¿Qué tiene que ver eso con la cacería de brujas?

—Pues que somos una raza escondida, y no solo nosotras, prostitutas y mendigos también, nadie va a la policía a denunciar la desaparición de una bruja en extrañas circunstancias, y menos acá. Nadie nos buscaría, solo nosotros mismos nos podemos ayudar y eso nos pone en desventaja.

—¿Qué vamos a hacer? —El rostro de Ana está enrojecido—. No podemos dejar que sigan cazándonos así.

—Oh, créeme. Han encontrado la forma de desviar nuestra magia; la gran mayoría de las brujas que capturan son esa mano de obra barata que trabaja en sus fábricas —dice Kamara con el ceño fruncido.

Al lado de la Malkia se siente un fuerte golpe contra el auto, el conductor hace un pequeño movimiento hacia la izquierda y regresa con fuerza a la derecha, chocando de nuevo el auto contra una moto, todos adentro entran en pánico, Sara se agarra de Otto mientras que Ana abrocha su cinturón y se toma fuerte de la base de su silla.

—¿Hay algo que podamos hacer?

Justo cuando Ana termina de hacer esta pregunta, un gran estruendo se oye debajo de ellos, sienten como si cayeran un escalón abajo, el carro se mueve de un lado para el otro con mucha fuerza, hasta que voltea todo a la izquierda y se balancea, cae con fuerza y gira un par de veces sobre el asfalto, por un momento todo es oscuridad.

Ana abre los ojos y ve todo al revés, pone una mano en el techo del carro y desabrocha el cinturón, cae con su espalda al suelo, Otto ya está afuera y está ayudando a Sara a salir, por las ventanas no se puede ver nada, solo una sombra café que pasa rápidamente.

—¡Ana, dame la mano! —grita Otto.

Ana le obedece y con dificultad Otto la arrastra hasta que logra salir. El auto se ve muy mal, las llantas explotaron y los rines están quemados, a su alrededor hay una pared de arena girando, como si ellos estuvieran en el centro de un tornado de tierra y piedras.

—¡Tenemos que huir de aquí! —grita Kamara en medio del fuerte sonido del viento—. Necesitamos movernos rápido hacia allá —señalando un costado. En ese momento es imposible saber qué hay en esa dirección.

Otto agarra fuerte a Sara de la mano y comienzan a avanzar detrás de Kamara, Ana a su lado. Aceleran el paso cada vez más, el montón de roca y tierra que los rodea ahora se pone en su camino dificultando la carrera, corren sin ver realmente a dónde van. Después de un rato parece que la tormenta se empieza a aclarar y logran ver el valle frente a ellos, solo y libre para correr.

En un parpadeo la tierra, las rocas y la arena se disipan y pueden ver qué está pasando en realidad, detrás de ellos unos hombres con metralletas y revólveres tienen reunidos a algunos de los brujos de Kamara en un círculo, mientras les apuntan de cerca les ponen algo alrededor del cuello y atan sus manos.

Ahora que todo es visible, los brujos ven a un grupo de personas que comienzan a correr hacia ellos, los tres aceleran lo más que pueden, los brujos africanos que vienen con ellos se esparcen en todas las direcciones, mientras Ana y los demás avanzan hacia el corazón del valle, los sonidos de las motos acercándose se comienzan a oír. La bruja de ochocientos años se detiene, gira y agacha sus rodillas, sus manos y el resto de su cuerpo, se pone en cuclillas, una posición como si fuera a levantar algo muy pesado, con fuerza mueve sus brazos y su cuerpo hacia arriba acompañado de un grito, unos metros más adelante la tierra da un brinco, una línea de unos veinte metros de extensión se levanta del suelo haciendo que algunos motociclistas se choquen con el pequeño muro de rocas dándoles más tiempo para correr.

La huida continúa, las pisadas de los brujos se chocan con piedras y ramas secas, Ana va unos metros más adelante de Otto y Sara, quienes comienzan a darse cuenta de que están quedándose atrás, el terreno por el que corren no es estable y ambos no sueltan la mano del otro. Un cazador se acerca por el centro de los dos, ambos se miran, se sueltan y se dividen, el hombre decide seguir tras Sara, Otto lo nota y sin pensarlo grita:

—¡Ignis!

El motor de la moto se enciende en llamas, el hombre se da cuenta y pierde el control, cayendo a unos metros del vehículo que explota, varias partes salen disparadas, un pedazo de la de la silla le da a Otto en la boca del estómago sacándole el aire y haciéndolo caer. Sara sigue corriendo, el hombre ahora la persigue a pie, es más rápido que ella, la bruja siente que se acerca, gira a ver a qué distancia está cuando su pie derecho se tropieza con una roca, la bruja cae de frente sobre sus manos y da una vuelta en el suelo, adolorida levanta un poco la cabeza y ve al cazador viniendo directo hacia ella, súbitamente se queda congelado, Sara se levanta y ve en el suelo un círculo de tierra, el sello de Ana.

—Tenemos que seguir moviéndonos —le dice Ana a Sara con la agitación en la garganta mientras la ayuda a levantarse, en ese momento llega Otto.

—¡Miren! —Señalando el cuello del hombre

Algo se está quemando.

—Es un amuleto, la magia de mi sello está rompiendo ese tipo de protección —Ana mira hacia el cielo donde solo se ve una única nube blanca que en cuestión de un segundo se vuelve gris—. Atrás —advierte.

De aquella nube baja con fuerza un relámpago que impacta el pecho del hombre, enviándolo un par de metros atrás. El trío sale corriendo con el sonido de un trueno tras ellos.

El sol es más inclemente que nunca, la esfera amarilla alumbra un cielo azul claro con una solitaria nube, los brujos siguen avanzando lo más que pueden, han pasado unos veinte minutos desde que Ana durmió a ese hombre. Los brujos del coven de Kamara no se ven por ningún lado en medio de tanto caos, parece que tienen suerte de estar juntos. Caminan en medio de un valle, entre pequeños arbustos y vegetación, pero ningún árbol que les dé sombra, al frente y a muchos kilómetros se ven unas montañas. Los tres brujos están agotados, no llevan nada de comer y nada con qué hidratarse.

—Descansemos un poco —dice Sara, pero nadie le responde, Ana se ve más preocupada—. En serio, creo que no puedo seguir más.

—Shh —dice Ana— ¿Escuchan? —el trío se queda en silencio.

—¡Motos! —dice Otto—, ya vienen.

Con mucha prisa aceleran el paso lo más que pueden, pero desde los costados se empiezan a acercar más motociclistas; Sara se desploma, no puede seguir más.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Otto con mucha impaciencia.

Los tres se paralizan en angustia y miedo.

Los cazadores los alcanzan y los rodean, empiezan a dar vueltas a su alrededor riendo descaradamente. Los tres se miran sin saber qué hacer, Otto traga la poca saliva que tiene, cierra los ojos y esta vez el suelo marca su símbolo.

—No puedo aguantar mucho, tenemos que pensar en algo —dice el brujo, respirando largo y pausado.

Ana invoca de nuevo al rayo, pero con tan solo dos impactos, la única nube en el cielo se disipa. Los motociclistas cada vez son más, hasta que se forman unas tres líneas de motos girando alrededor de los brujos.

—Tengo una idea —dice la bruja de ochocientos años—, juntemos las espaldas e invocamos un Vestibumcre.

—¿Un qué? —dice Sara, con mucha presión en la mirada.

—Es una explosión de energía cinética —responde Otto—, lo que usó Delfina en Piombino, en la cabaña.

Oír el nombre de Delfina hace que el corazón de Sara de un pequeño brinco:

—Nunca lo he podido hacer —declara Sara—. Nunca he podido invocar esa fuerza.

—Bueno, pues este es el momento para hacerlo ¿No crees? —dice Ana, tratando de hacerse oír.

—¿Y si no tenemos el poder para empujarlos a todos? —Otto trata de elevar su voz por encima del ruido de las motocicletas y las risas de los cazadores—. Apenas y puedo mantener el sello activo.

—Pues usen los malditos anillos —dice Ana con angustia.

Otto y Sara comparten miradas y sin pensarlo sacan los cuatro anillos, dos para cada uno.

—¿Ahora qué?

—Espalda con espalda y a la cuenta de tres, atacamos. Sara, necesitas estar concentrada en el objetivo que quieres, llénate de esa sensación.

Los brujos se dan la espalda entre ellos, los cazadores hacen ruidos y ríen, algunos tienen unos collares de una cuerda rústica con un cuadro de tela colgando.

—Uno —dice Ana—, dos… y tres.

El trío de brujos extiende sus brazos a los costados dejando los codos pegados al cuerpo; con mucha fuerza una onda de energía sale expulsada del centro del círculo, empujando a los motociclistas con agresividad varios metros en el aire. Cuando el sonido de partes de motocicleta y cuerpos cayendo se detiene, se dan cuenta de que todos quedaron noqueados por el impacto.

—Denme las manos —pide Ana.

Sara y Otto obedecen.

—Tam-tasú —dice la bruja más antigua en un susurro fuerte.

—Tam-tasú —repiten los brujos.

Los anillos en las manos de los brujos sueltan un resplandor que solo se ve opaco por el intenso sol. La tierra alrededor de los cazadores comienza a trepar por sus cuerpos, hasta dejarlos casi hundidos por completo, aquellos con la cara al sol, tienen suerte de aún poder respirar.

Con un poco de ventaja, los brujos comienzan a avanzar entre los cuerpos y los restos mecánicos tratando de alejarse lo más pronto que pueden, esta vez no se detendrán hasta estar seguros de que les perdieron el rastro.



Hay un silencio extraño en la mansión, un silencio que está por encima del ruido, el viento sopla con paciencia, las paredes de plástico del vivero tiemblan imitando el sonido de una tormenta lejana, el rosal en la esquina izquierda de la casona se ve marchito o triste. Las luces dentro de la casa permanecen bajas y las cortinas cerradas, la única fuente de luz viene desde el patio del centro de la casona, donde las tejas dejan pasar la iluminación natural. Los suaves pasos de Rafael bajan por la escalera y caminan en dirección a la cocina, allí están Vasil dando la espalda y mirando a la ventana, Jack sentado en la cabecera de la larga mesa de madera y Bo de pie a un metro atrás de Jack, quieto como estatua. Rafael se acerca y se sienta en el otro extremo de la mesa.

—Por fin se durmió —susurra con gusto.

Vasil camina y cierra la puerta de la cocina, luego camina de regreso a su posición, con un suspiro que demuestra fatiga comienza a hablar:

—Bueno, por lo menos una cosa es segura, teníamos razón con respecto a Delfina —Los

demás no responden, al contrario, se ven un poco molestos con él—. Sin embargo, subestimamos su poder.

—¡¿Subestimamos su poder?! —pregunta Jack con rabia en la voz.

—Sí, completamente, pensamos que los collares resistirían, pero creo fue todo lo contrario, el impacto de poder que recibió Paolo debió facilitar todo. Además, usaron una salida que no protegimos, todos somos culpables de esto —responde serio, pero tranquilo.

—Tú dijiste que podríamos controlarlos —insiste Jack.

—Sí lo sé...

—Tú nos aseguraste que esto no iba a pasar —Jack se apoya sobre la mesa con sus manos, pero sin darle la cara a Vasil.

—Lo sé, pero…

—No permitiste que los matáramos cuando pudimos y ahora los perdiste —continúa el Sínero—, perdiste nuestra única esperanza, todo por tu arrogancia. Y ahora estamos acá encerrados, con un posible bebé superpoderoso y nada con qué controlarlo.

—¿Y crees que no lo sé? Las cosas se han salido de control, pero ustedes saben que todo pasa por algo, el hecho de ser nosotros cuatro los únicos sobrevivientes de esto, hace todo más valedero. —Vasil comienza a titubear.

—Preferiste dejar morir a los tuyos y salvar a esos brujos, nuestra familia murió para nada, ¡Reconócelo!

—¡Suficiente! —dice Vasil, casi gritando, pero ahogando su voz—. Ellos eran parte esencial de nuestro plan, ninguno esperó que esto pasara —Bo da un paso al frente, Jack siente la presencia de su compañero y se intimida—. Pero pasó y no podemos regresar el tiempo.

La caída de una sola gota de agua, su rebote sobre la lata que forma el lavaplatos, es lo único que se escucha por un rato, eso y la respiración forzada de Bo.

—Supongo que quejarnos no solucionará nada —dice Jack bajando el tono y rompiendo el silencio.

—Supones bien —responde su líder.

—Solo quiero añadir algo —dice finalmente Jack—, la muerte y el dolor que se avecina es tu culpa, y de nadie más.

Vasil no hace caso, pretende que esas palabras no hacen ningún efecto en él y continúa hablando:

—Como estaba diciendo hace un rato, subestimamos su poder, y ahora enfrentamos varios problemas —Levanta una silla y se sienta—. Estamos desprotegidos.

—¿Desprotegidos cómo? —pregunta Rafael—, todas las entradas de la casa tienen amuletos, no pueden ingresar.

—Rafael, ¿De verdad crees que después de destruir completamente tres collares de piedra fósil, unos amuletos los van a detener? —No se oye respuesta—. Esta es su casa, tiene el rastro de su magia por todas partes y… y Serena fue la que conjuró la protección de la mansión, si revierte el hechizo, estaremos desprotegidos de otros intrusos.

—¿Quieres decir que la misma casa puede actuar a favor de ellos? —pregunta Rafael.

—Me temo que sí, ahora que no tienen los collares, los hechizos en el terreno recobran fuerza, más si el Deífico está cerca. La misma mansión obedecerá sus deseos de volver y facilitará todo.

—Tal vez podamos usar eso a nuestro favor, aún podemos hacer que la otra parte del plan funcione. Si lo hacemos bien podríamos estar atrayendo a los brujos de nuevo al encierro —dice

Rafael con un tono bajo.

—Jumm —murmura Vasil—. Tendríamos que estar muy preparados, pero no es mala idea. —Con una expresión de incredulidad—. Bien, ¿Qué podríamos hacer para atraparlos?

—No sé —responde el Sínero.

—¿Tal vez haya una forma de usar la magia del bebé? —dice Jack.

Bo asiente con la cabeza.

Vasil no responde nada, lanza su mirada hacia Rafael.

—No sé, tendríamos que investigarlo —responde Rafael rascándose la barba.

—Bien, si sabemos cómo hacerlo podremos tener una ventaja sobre ellos. Estoy seguro de que Paolo no querrá que tengamos el bebé por mucho tiempo, a la primera oportunidad estará acá —Vasil se mueve hacia adelante y apoya su barbilla en la mano—. Usaremos también su simpatía por el niño, eso los puede mantener al margen.

Todos parecen aceptar esta idea, sin embargo, no solo el coven de Paolo está interesado en el bebé, son vigilados desde hace meses, y precisamente el día del escape de los brujos, Vasil y los demás lograron ver a los espías saliendo de entre los árboles.

—Lo más probables es que los hijos de Zain estén afuera, ideando la forma de entrar en la mansión y matarnos a todos.

—Creí que estaban interesados en Serena —dice Jack.

—Claro que la quieren, pero también quieren algo más —responde el líder.

—¿Cómo puedes estar seguro? —pregunta Rafael.

—Porque siguen afuera, porque siguen vigilándonos, y porque ellos sabían del embarazo de Serena —Vasil se levanta de su puesto y se sirve un vaso de agua, los demás esperan a que beba un poco—. Ellos vieron cuando los brujos escaparon, si siguen acá es porque saben que el bebé continúa con nosotros.

—O sea que también saben de la profecía… —deduce Rafael.

—Es lo más seguro, robaron muchos libros cuando atacaron el clan —Se sirve más agua—. Me pregunto qué tanto saben sobre la profecía, es muy difícil de interpretar, ni siquiera nosotros la logramos descifrar por completo.

—¿Qué quieres decir? —Rafael le lanza una mirada de sospecha.

—Nada, nada —responde Vasil con un poco de nerviosismo—, solo que yo no logré descifrar por completo la profecía, tampoco lo vi muy necesario, después de un rato ya me había dicho lo suficiente.

Vasil siente que la mirada de los tres Síneros se clavan en su cara como agujas. Rafael no puede ni pretende disimular el enojo que esta declaración le hace sentir, su cara se pone roja y sus ojos parece que fueran a salir de sus cuencas, su voz se oye temblorosa:

—Tú nos aseguraste el significado de la profecía, nos dijiste que conocías a la perfección cada una de las palabras escritas en ese libro. ¡Nos mentiste! Nos trajiste hasta acá por un sueño tuyo, por una fantasía que te imaginaste leyendo un puto libro que no entendías.

—No, no, no, —dice Vasil, tratando de detener el discurso de Rafael.

Pero él continúa hablando, ignorando a su líder mientras se pone de pie, los demás observan.

—Nos alejaste muchos kilómetros de nuestra casa y ¿Para qué? ¡Para morir detrás de nada, de ilusiones! —Los gritos de Rafael hacen eco en toda la casa.

—¡Vas a despertar al bebé! —dice Jack.

—¡Mucha gente ha muerto Vasil! —sigue Rafael—, aquí, frente a nuestros ojos vimos morir a nuestra familia, ¡Ah! y tú mataste a otro de los nuestros —Vasil no responde nada, agacha la

cabeza—. ¿Vas a tomar alguna responsabilidad en esto? ¡Responde, maldita sea! ¿Vas a tener los pantalones para aceptar que nos trajiste al matadero? —Rafael se mueve hacia Vasil empujando la silla atrás de él—. Todos vamos a morir por tu culpa, así como lo dijo Jack, por ansiar algo que ya no puedes tener.

—No, no es así —insiste Vasil—, sí podemos…

—¡No, no podemos! ¿Qué vamos a hacer cuando cien hijos de Zain estén parados afuera de la casa? ¡Nos mataste a todos!

—No, Rafael, escúchame. La segunda parte del plan aún puede funcionar —dice Vasil desesperado—, confía en mí. Aún podemos hacer que esto resulte bien.

—Después de las cosas horribles que hemos hecho, no podemos esperar que nada nos resulte bien —Rafael deja la habitación.

Pasan casi dos minutos antes de que alguien hable, los tres Síneros permanecen inmóviles.

—¿Tú me crees verdad, Bo? —pregunta Vasil, con una falsa voz motivante—, tú crees cuando digo que vamos a salir triunfantes de todo esto y que esta parte del plan va a funcionar. No necesitamos a los brujos, nosotros tenemos las habilidades para hacer esto y yo los llevaré a la gloria de nuevo.

Bo no responde nada de inmediato, hasta que después de un momento, asiente, Vasil le devuelve una suave y triste sonrisa, luego baja la mirada hacia Jack con unos ojos llenos de desprecio y rabia, toda su expresión genera desagrado; se impulsa desde su lugar y sale de la cocina sin decir más. Bo pone una mano en el hombro de Jack y sale también, dejándolo solo en medio de la cocina, sintiéndose inútil y miserable consigo mismo.

Capítulo 22

Es de noche, el cielo está despejado, pero no hay ninguna estrella visible, y la luna se esconde entre la oscuridad. El viento sopla constante haciendo bailar las hojas en las copas de los árboles y desprendiendo una suave brisa de láminas verdes y café. En medio de un bosque se percibe una sensación extraña, una atmósfera oscura, como si él mismo estuviera tomando grandes bocanadas de aire y las exhalara muy suave, tanto que el gélido viento recorre por las raíces y las piedras del suelo haciendo que los pocos animales que aún quedan huyan en dirección opuesta a la energía que se concentra. El balido de un carnero se siente pegar en cada tronco, en cada piedra, en cada hoja; cada parte viva del bosque siente el poder que se reúne, y no es de sorpresa pues muchas personas se han encontrado en un pequeño claro en la mitad de ese bosque.

Un gran círculo de antorchas de unos dos metros de altura acordona el lugar, a un costado se abre permitiendo formar una calle de antorchas que se adentra en los árboles. En el interior del círculo se organizan cuatro líneas de personas que rodean las antorchas dejando un círculo más pequeño en el centro, marcado por velones grandes, blancos y robustos que rodean el sello de Asmodeo, dibujado con una especie de arena gris sobre la tierra café. Todos los asistentes visten túnicas negras con una línea roja que se extiende desde la nuca hasta el piso, exceptuando el pedazo de tela que les permite cubrirse la cabeza. La capucha es negra, haciendo muy difícil reconocer algún rostro. Un cabrito muy simpático está posado en el centro de todo, con una mirada alegre viendo en dirección al pasillo de antorchas. Atentos permanecen unos minutos tanto los asistentes como el animal. Una luz comienza a verse entre la oscuridad del profundo pasaje, tenue y azul, pronto se extingue cuando ante las antorchas de la entrada se aparece una figura encapuchada, nadie puede ver quién es, sin embargo se oyen murmullos al verlo pasar, él los escucha, camina lento, arrastrando el pie derecho e ignorándolos. Unos metros atrás viene Silas, él a diferencia de los demás usa una túnica más fina, de lino negro, que se cierra alrededor de su cuello, haciéndolo lucir más apuesto que todos los días, su cabello negro está peinado hacia atrás, las antorchas hacen que su rostro se vea exageradamente pálido en contraste con su oscura barba; al notar su presencia, el carnero se levanta en sus patas traseras, da una venia y regresa a su posición.

—Gracias —le susurra Silas al animal. Gira y camina alrededor del círculo, su acompañante permanece de pie en la pasarela de antorchas—. Esta noche oscura los he llamado a este encuentro… y ustedes han aceptado. Hoy sellaremos nuestro pacto, nuestro pacto de unión, hoy nos convertiremos en un verdadero coven —Hace una pequeña pausa mientras camina mirando fijamente a los ojos escondidos entre las capuchas—. Antes de iniciar, quiero darles una opción que no muchos tuvieron al principio, pero siento que esta nueva era debemos empezarla con el pie derecho. Reiniciaremos como hermanos y hermanas, como una familia. Por eso, aquel que quiera irse, el que no quiera estar acá puede hacerlo, tiene el camino libre y nadie le hará daño o lo detendrá.

Un gran silencio invade el bosque, por un rato solo se oyen las pisadas de Silas.

—Probestú —dice Silas para que todos escuchen. Las antorchas que rodean todo el espacio alzan sus llamas, los demás brujos aplauden con mucha energía—. ¡Seres poderosos del este y del aire aquí los llamamos!

Los demás responden: «Aquí los llamamos».

—¡Seres poderosos del Sur y del fuego, aquí los llamamos! —Los demás responden—. ¡Seres poderosos del Oeste y el agua, aquí los llamamos! —Los demás repiten—. ¡Seres poderosos del Norte y la tierra, aquí los llamamos! —Los brujos repiten por última vez—. ¡Oh, señor de los misterios, ahora te hablamos a ti, bajo de agus, sydonay, chammadai! ¡oh, señor rey de los muertos, te pedimos, manifiesta tu presencia entre nosotros!

El carnero se ubica justo en el centro, de un salto se levanta en sus patas traseras y ante la mirada expectante de todos se enciende en llamas junto con las líneas de polvo gris en el suelo, el símbolo de Asmodeo permanece encendido con un fuego pequeño de color azul tenue, mientras que el carnero sigue envuelto en un fuego alto amarillo, a veces naranja.

Entre los asistentes comienzan a pasar varias copas de metal y varios puñales con los que cada uno debe cortarse y dejar caer la sangre al cáliz.

—A partir de ahora dejaremos de ser simples individuos, a partir de hoy nos convertiremos en uno mismo, nuestro poder estará unido y nuestra magia florecerá, su poder correrá por mis venas y el mío por las suyas, bajo estos testigos sellamos la unión de nuestros destinos y nuestra magia, este es un pacto de lealtad.

Todos aplauden y celebran. Silas tiene una gran sonrisa en su rostro, extiende su mano hacia el camino de antorchas a un costado, un minuto después dos hombres se acercan sujetando a otro más pequeño, delgado, desnudo y con una capucha en su cabeza, es arrojado a los pies de Silas, el brujo se agacha con cuidado y descubre la cabeza del rehén, es un niño de unos trece años, con ojos negros y piel morena, al ver las luces, el niño comienza a temblar y a llorar.

—Shh, Shhh —le dice Silas, acariciándole su rostro—. Calma, todo va a estar bien —Le quita la cinta gris que le cubre los labios, el niño no dice nada, mira a todas partes mientras se encoge y se arrastra a los pies de Silas—. Tranquilo, tranquilo, ¿Cómo te llamas? —El niño no responde nada—. ¿Cómo te llamas? —repite el brujo, pero el niño continúa sin responder—. Mira, yo quiero ayudarte de verdad, pero necesito que me digas tu nombre primero.

El niño sube la mirada a la cara pálida de ese hombre y dice entre los dientes:

—Mateo

—¡Mateo! —dice Silas para que todos oigan—. Mateo, sé que has sufrido mucho estas últimas horas y la verdad me quiebra por dentro verte así, nosotros no estamos aquí para torturar a nadie, no; ese ha sido un doloroso recurso, una alternativa que no preferimos, por eso te pido disculpas. Veo que estás hambriento y cansado, pero todo esto terminará muy pronto —Los ojos del niño se iluminan y se llenan de lágrimas—. Prometo que te dejaremos libre, te liberaremos —Silas dibuja una dulce sonrisa—. Pero antes, debes colaborar con nosotros y te prometo que serás libre. ¿Crees que puedes ayudarnos?

El cuerpo agachado del niño tiembla, con poca fuerza mueve su cabeza, Silas sonríe y se acomoda junto al infante.

—¿Sabes quiénes somos? ¿Por qué estamos acá? —El niño sacude su cabeza—. Pues verás Mateo, estamos acá reunidos porque estamos cansados, estamos exhaustos de ser perseguidos, menospreciados, limitados dentro de nuestra comunidad, tenemos el poder para dominar el mundo, pero no lo hacemos y mientras jugamos con velas y altares, los débiles han reclamado la tierra. Este no debe ser el orden de las cosas, ¿Por qué los que conocemos la verdad debemos permanecer en las sombras? No tiene sentido para nosotros, ¿Tiene sentido para ti? —Mateo sacude su cabeza de nuevo—. Bueno, por eso estamos acá, estas personas y yo estamos decididas a cambiar eso, el poder está acá y nadie está dispuesto a tomarlo, excepto nosotros; el mundo se transformará ante nuestra voluntad y para nuestra voluntad. Somos los hijos de la naturaleza, los

hijos de los espíritus ancestrales, somos el legado de las fuerzas de este planeta, somos los herederos de la verdad y desde hoy seremos los hijos de la oscuridad. Somos el coven elegido para llevar el mundo a su renacer, esta sociedad resurgirá bajo los hijos de Silas. ¡Así es hermanos y hermanas! —Ahora dirigiéndose a los demás brujos—. Hijos e hijas, el mundo será nuestro —Todos celebran, aplauden y gritan—. Mateo, —dice Silas y los demás bajan la voz hasta que desaparece cualquier sonido—. Te voy a pedir un último favor, es muy simple —El niño no responde nada. De varias direcciones aparecen cuatro personas con los cálices, depositan el contenido de todos en un quinto cáliz y lo entregan a Silas, este levanta la cabeza del niño y lo mira fijamente—. Bebe esto y podrás ser libre —Mateo no se mueve, no hace nada, cambia su mirada desesperada de los ojos de Silas al cáliz, una y otra vez—. Bebe esto, y te prometo que te pondré en libertad.

Lentamente el niño extiende su cabeza, Silas baja el cáliz a sus labios y el niño bebe, bebe la espesa mezcla de sangre que reunieron todos los brujos presentes; hace varias arcadas, pero con prontitud termina de beber, luego le devuelve una mirada esperanzada a su captor, este le sonríe de regreso, pero le hace un gesto a las cuatro personas que lo asisten, ellos regresan al círculo, esta vez toman al niño de los brazos y lo levantan, dos lo sostienen fuerte, mientras los otros dos acercan un alto y grueso tronco de madera, entre los cuatro lo atan de pie con fuerza, Mateo grita y trata de liberarse con la poca energía que tiene.

—Usted dijo que me dejaría libre —le dice a Silas con la debilidad en su voz.

—En un momento serás libre, antes necesito que me respondas algo —El tono de voz de Silas es muy fuerte ahora, todos escuchan lo que dice—: Dime, Mateo, ¿Estás dispuesto a dar tu sangre por nosotros, por este coven y por mí?

El niño lo mira con mucha confusión.

—¿Qué? No —dice mientras sacude su cabeza a los lados y se mueve en desesperación.

—¡Perfecto! —dice el brujo mostrando una fila arqueada de dientes blancos—. ¡Perfecto!

En ese momento dos de las cuatro personas que asisten a Silas en la ceremonia, entran dos troncos en forma de «Y» parados sobre una base cuadrada, son ubicados a los lados de Mateo.

—Gracias —les dice Silas.

—¡No, por favor! —dice el niño, pero es atado con más cuerdas, en el pecho, en las rodillas, en la cintura y los tobillos.

—¡Ortumputére! —grita Silas.

Los demás repiten en un solo coro y levantan las manos al aire, una ventisca llega pronto al lugar. El tronco en el que está atado Mateo es recostado, y entre cuatro hombres lo elevan hasta que las esquinas reposan sobre los troncos en forma de «Y», el niño queda colgando de lado mirando al fuego, sus gritos se hacen más fuertes y su cara más roja.

—Esta es nuestra ofrenda —dice Silas al fuego—, y la sangre será el río que arrastre la vida y el poder, ortumputére.

Cautelosamente Silas se posa debajo de los troncos y de Mateo, comienza a abrir los botones de su túnica, la deja caer al piso con gracia exponiendo su cuerpo desnudo, su palidez en reflejo con el fuego marca cada músculo, su imagen es como una revelación divina, como si fuera una aparición celestial. Con los ojos llenos de esperanza, cada uno de los asistentes se agacha en reverencia. Silas se ubica justo bajo la estructura que carga al niño, segundos después todos los brujos alrededor se alzan de nuevo, esta vez sin sus túnicas solo cuerpos desnudos al aire y se toman de las manos.

Uno de los asistentes de Silas se acerca por detrás sosteniendo un pequeño tronco, lo ubica en

el suelo y se sube, desde arriba y con un delicado movimiento corta el cuello de Mateo de un lado al otro, el niño deja escapar un quejido de agonía mientras su cuerpo crepita y muere despacio, la sangre sale disparada a presión y Silas listo de pie bajo la estructura, recibe la sangre del niño que cae sobre su cuerpo como una ducha tibia, los brujos estallan en celebración, ríen, lloran y saltan de alegría mientras la imagen de su líder cubierto en rojo se hace más poderosa a la vez que la vida de Mateo termina, el nuevo Deífico ríe y se regocija mientras la sangre termina de recorrer cada curva de su cuerpo.

Todos los asistentes levantan sus brazos al aire, por un momento no se oye nada, como si el tiempo se detuviera, hasta que desde una esquina se escucha un «Shh» suave, progresivamente más personas se unen al sonido repitiendo un «Shh Jaa». Pronto todos los brujos alrededor producen ese mismo sonido, cada vez más rápido y más fuerte hasta que la atmósfera se siente como una sola, un mismo organismo que respira, que siente y que se conecta entre sí, incluso se puede ver a los cuerpos crecer con cada respiración como una coreografía que se encoge en cada «Shh Jaa». Silas cubierto de sangre respira al unísono con los demás, su cuerpo se comienza a llenar de una especie de calor que sube desde la punta de sus pies hasta el último pelo de su cabeza, un calor que lo abraza y le quita toda preocupación, con sus ojos cerrados y con la cara viendo al cielo, el firmamento expone todas las estrellas que se puedan ver, constelaciones que bailan con el susurro de su hechizo. De pronto, se ve bajar una gota de lluvia que aterriza en medio de la frente de Silas marcando una línea blanca en su cara ensangrentada, segundos después el cielo deja caer miles de gotas que bañan a todos y los llenan de emoción, comienzan a saltar sobre sus túnicas y el barro que se va formando, ríen, se abrazan, algunos lloran de pie, mientras otros lo hacen de rodillas.

El agua apaga las antorchas y por último al carnero, el cual se ve muy complacido con la situación, regresa a cuatro patas y se acerca a Silas. Los hombres que colocaron a Mateo en la estructura lo bajan y ubican su cuerpo en el centro. El carnero mira directamente a Silas y este le devuelve una sonrisa, el animal da un pequeño salto de felicidad y se dirige al cuerpo inerte del niño, se agacha, lo huele y le lanza un mordisco en el abdomen rompiendo su piel y su carne. El nuevo Deífico alza sus manos al cielo y todos enloquecen, comienzan a correr en todas las direcciones, adentrándose en el bosque, entre los árboles y desapareciendo de la vista.

Silas por su parte se queda de pie viendo el espectáculo hasta que una mano café y arrugada lo toca, él gira y se encuentra con un ojo azul brillante escondido entre una capucha, en sus brazos está cargando otra túnica doblada, el brujo la toma y tan pronto lo recibe, el personaje agacha la cabeza en reverencia, Silas se pone la túnica tranquilamente, extiende su mano entre la capucha de su acompañante y le levanta la cara.

—Ya casi está todo listo —le dice con una sonrisa—. Ya no tenemos tiempo para perder.

Ambos caminan hasta que desaparecen entre los árboles y la oscuridad, lo único que se oye en la soledad del bosque son las mordidas del cabrero devorando el cuerpo del niño.



La luz viene desde el amplio horizonte en una pequeña línea naranja expandiéndose por el firmamento con gracia, como un halo sagrado que guarda la última mirada del sol. La noche llega definitivamente sobre Ana, Otto y Sara, quienes han caminado todo el día, adentrándose entre la llanura tratando de perder a los cazadores, varias veces durante su escape han oído sonidos de motos y gritos en la distancia, pero desde hace un par de horas no oyen nada, caminan

despacio por entre arbustos y rocas. Notan que no es común que personas caminen por ahí, el terreno no tiene huellas, o marcas de ningún tipo, las pisadas le son extrañas. Para el alivio de todos, alcanzan lo que parece el inicio de un bosque, los árboles les pueden ayudar como camuflaje y podrían descansar un poco. Unos metros más adelante se sientan en las raíces de un árbol grande.

—Tengo mucha hambre —dice Sara mientras se toma la barriga. Nadie responde de inmediato.

—¿Por qué no encendemos algo de fuego, tal vez buscar algo de comer? —dice Otto en un tono optimista.

—No podemos hacer un fuego ahora, aún nos deben estar buscando —La mirada de Ana está fija en el suelo, mientras agacha la espalda.

—¿En serio crees que aún nos están buscando? No hemos parado de caminar en todo el día. —A Sara le cuesta un poco hablar, su aliento aún está fatigado.

—Definitivamente —responde Ana, levantándose luego mira entre los árboles, hacía el valle —. Los cazadores no están acostumbrados a dejar escapar una presa; ¿Vieron lo que tenían en el cuello? —Ambos asienten—. Creo que son una especie de amuletos gitanos. No podemos jugar con nuestra suerte, por lo menos hasta que lleguemos a las montañas, antes no es buena idea parar. Necesitamos encontrar comida para seguir. ¿Qué clase de animales creen que haya por acá?

Ninguno le responde, solo se oyen los pasos de Ana y los árboles moviéndose con la suave brisa que baja de las montañas, los pasos se acercan a Sara y Otto y los ojos de Ana se posan en sus cabezas, un sonido se oye venir de Sara, como una respiración agitada que crece hasta que no aguanta más y un llanto se deja salir desde lo más profundo, a su pecho le falta el aire y la joven siente cómo el nudo que tiene entre las clavículas le presiona la garganta, su cara es agua y su gritos se ahogan en su consciencia de no hacer mucho ruido. Sara se quiebra frente a los ojos de sus compañeros de viaje quienes solo pueden sentir empatía, todos sienten la misma frustración. Después de un rato más de llanto, Sara se compone un poco:

—Estamos perdidos, estamos hambrientos, no tenemos idea de qué vamos a hacer y Delfina no está, estamos jodidos —dice Sara en un tono completamente entregado a la desgracia.

—No, no, no puedes pensar así —le dice Otto con intención de animarla—. Tenemos una misión, ¿Verdad Ana?

—Sí —responde la bruja, una parte de ella siente mucha molestia por las lágrimas de Sara, pero otra parte entiende muy bien por lo que está pasando—. Necesitamos volver, reunirnos con el resto y entregarle los anillos a Serena.

—¿Por qué a Serena? —pregunta Otto.

Ana toma impulso y les cuenta bien todo lo que había hablado con Delfina antes del ritual, explica cómo la profecía había sido vista por los antepasados de las cinco brujas del cuento, (sus propios antepasados incluidos), como cada uno había impulsado el uso de su legado mágico para que fuera invocado en su momento, con el fin de ayudar a desterrar al demonio; por qué el bebé de la visión de Delfina representa a Serena y no al niño que la joven bruja parió y como ese niño es el recipiente para que Asmodeo camine en este mundo.

—Pero ¿cómo podemos estar 100 % seguros de que ella es la madre del diablo? —pregunta Otto aun procesando lo que acaba de oír.

—Por lo que Delfina me dijo, creo que tiene que ver con el hecho de que sea una bruja natural, es muy raro encontrar un llamado tan fuerte en estos días. Tal vez por eso la querían en

el comienzo, antes de que ustedes la salvaran.

—O sea que Serena es nuestra única opción —resume Sara.

La joven se ve más tranquila, lo que contó Ana le había ayudado a entender y a unir cabos sueltos, muy en el fondo justifica las acciones de Delfina, aunque siente que todo pudo haber sido diferente, o no lo sabe, siente tantas cosas al mismo tiempo, sus pensamientos están revueltos, mezclados entre la tristeza de perder a Delfina, la culpa por los brujos que quemó y la frustración de ese momento.

—Por eso necesitamos llegar donde ellos lo más pronto posible. ¿Pueden sentir a… —Titubea por un momento, recordando el nombre—. Paolo, ¿Pueden sentirlo?

Ambos brujos se quedan un segundo en silencio con la mirada perdida, y confirman casi de inmediato.

—Si lo pueden sentir, quiere decir que debe haber recuperado su magia —dice Ana—, recuerdan que cuando leímos el tabaco vimos que los tenían encerrados y con su magia limitada, por eso Delfina apenas y podía sentir su presencia.

—Es cierto, ¿O sea que nos podemos comunicar con él? —dice Sara con un poco de entusiasmo dentro de su sentimiento de derrota.

—Sí, Delfina no podía usar magia para contactarlos, pero si ustedes sienten la presencia de él con tanta fuerza, podemos hacerlo —Una suave sonrisa se manifiesta en la cara de la bruja, ahora sintiendo la responsabilidad de mantener vivos a esos dos niños.

—Perfecto, ¿Cómo lo podemos hacer? —dice Otto.

—Pensaba que ustedes sabrían —Al ver las expresiones de decepción de ambos, Ana trata de explicarse mejor—. Ustedes saben, esas cosas secretas que solo comparten los coven, los hermanos de magia y esas cosas. ¿No? ¿En serio?

—Pues sí, claro que tenemos cosas así —responde Sara, pero la expresión de incredulidad de Ana no se va—, simplemente no sabríamos cómo comunicarnos estando tan lejos de él, además… es mucho lo que debemos explicarle, los métodos que yo conozco no creo que sirvan para lo que necesitamos.

—¿No conoces algún hechizo o un ritual para comunicarnos con él? —le pregunta Otto a Ana, la cual le devuelve una mirada de ofensa.

—¡Por supuesto que conozco formas de comunicarnos! —Responde energética—. Y Sara tiene toda la razón, necesitamos una forma efectiva, debemos decirle todo lo que sabemos sobre Asmodeo y Serena… y… encontrar la forma para que nos ayude a llegar hasta ellos —Se sienta junto a los dos brujos y baja el tono de su voz—. Conozco varias formas para enviarle un mensaje; para la primera necesitaríamos un animal que pueda viajar hasta allá, y bueno… medio continente y todo un océano nos separa, ningún animal podría hacer ese viaje, y si puede, tardaría mucho en llegar. La otra forma es complicada, es un hechizo simple que haría que Paolo tenga un sueño con nosotros, pero los sueños son muy efímeros, se olvidan fácilmente y no podríamos asegurar que recuerde todo lo que le digamos, tal vez solo recuerde que soñó con uno de ustedes pero no todo —Se acomoda mejor. El viento sopla suave haciéndola estremecer por un momento—. La última opción que tenemos requiere práctica, es magia avanzada: tendrían que aprender a viajar por el plano astral.

Los ojos de Sara y de Otto siguen plantados en el rostro de Ana, ambos saben qué es y qué significa el plano astral, y por lo que han oído y leído no es fácil, al contrario, puede ser peligroso.

—No, no es buena idea, es peligroso —dice Otto—, personas se han quedado atrapadas en

esa dimensión y otros espíritus ocupan su cuerpo.

—¿Qué? —dice Ana con asombro—. ¿Quién les dijo eso? no pudo ser Delfina.

—Yo leí lo mismo en un libro, no recuerdo el nombre, pero decía que hay muchos espíritus esperando esa oportunidad —opina Sara.

—¡Ridículo! Es completamente ridículo —responde Ana con un gesto de burla—. Primero, es imposible que otro espíritu ocupe tu cuerpo, eso sería una posesión y los espíritus no pueden hacer eso. Segundo, tu espíritu solo deja tu cuerpo cuando mueres… bueno, en la mayoría de los casos. Tercero, tú no vas al plano astral con tu espíritu. ¿Qué clase de libros leyeron? Al plano astral se llega con el pensamiento, es como una proyección de la consciencia.

—¿Estás segura de que no es peligroso? —dice Otto dudando.

—Tiene otros riesgos sí, pero no el que te roben el cuerpo, no puede haber dos espíritus en un mismo cuerpo, es imposible —afirma Ana con aires de saberlo todo.

—Ok, ¿Cómo llegamos allá? ¿Cómo contactaríamos a Paolo? ¿Tú has ido al plano astral?

—Sí, ¿Has ido? —pregunta Sara también.

—He viajado por él, de la misma forma que ustedes deben hacerlo para poder hablar con Paolo.

—Pero tú ya has ido, ya sabes qué hacer para contactarlo —asegura el brujo.

—Yo no conozco a este Paolo, no podría llegar a él, incluso si pudiera, él no sabría quién soy, tiene que ser uno de ustedes.

Sara y Otto se miran, por un momento solo se oye el viento chocar con los árboles y el aleteo de algunos animales, Ana alza la mirada imaginándose cómo podrían atrapar un ave para la cena y como la cocinarían sin fuego.

—¿Cómo se hace? ¿cómo se entra al plano astral? —pregunta Sara, aún sentada en la misma posición.

Ana reacciona:

—A través del pensamiento, hay que llevar la consciencia hacia él, yo puedo enseñarles, pero no puede ser acá, debemos seguir moviéndonos, encontrar comida…

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en poder contactar a Paolo? —pregunta Otto.

—Si lo hacemos bien… en unos cuantos días lo lograríamos —Ana mira al cielo, hacia el valle detrás de ellos y hacía el frente, por encima de los árboles se ven unas montañas—. Debemos seguir hacia las montañas, no podemos quedarnos acá —Sin decir más se ponen de pie y comienzan a caminar de nuevo adentrándose más en el oscuro bosque.

Después de un rato Sara le pregunta a Otto:

—¿Tú crees que, si Delfina estuviera acá, esto hubiera pasado? ¿Estaríamos huyendo, o estaríamos rumbo a casa en un avión?

—No lo sé —responde Otto—, tal vez no, o tal vez estaría acá caminando a nuestro lado.

—Hay tantas cosas que hubiera querido decirle —Otto no responde nada. Ana oye la conversación de cerca—. No pude decirle que lo sentía, no le pude pedir disculpas, ni tampoco decirle gracias.

—No creo que ella necesite oírlo, creo que lo sabía y sabe lo que sientes —dice Ana siguiendo a Otto quien lleva la delantera—. Ustedes eran todo para ella, y en otra circunstancia jamás los hubiera dejado. Nosotros conocimos la mujer que era, ustedes más que yo, y por eso estamos en deuda con ella, debemos terminar lo que empezó —Gira para darle la cara a Sara quien escurre lágrimas—. No llores más, estamos deshidratados, no es buena idea —Sonríe.



Una semana ha pasado desde que Paolo, Raquel y Serena pudieron escapar del sótano de su propia casa, donde permanecieron encerrados por ocho meses. Estos días han sido muy extraños para Serena, principalmente se la ha pasado dormida, de vez en cuando recupera la consciencia y ha escuchado a Paolo diciendo que tiene miedo y que debe hacer algo, pero la joven bruja no sabe bien de qué habla, y tampoco ha tenido la cabeza para dedicarle un solo pensamiento. La alimentación ha mejorado, Paolo se ha mostrado como un buen cocinero y gracias a los cultivos de la huerta de atrás, tratados con un toque mágico por Raquel, les han hecho recuperar fuerzas, el aspecto demacrado y cadavérico que tenían ha mejorado; Raquel logró cortarle una melena crespa que se recogía en su cabeza y ahora parece más al Paolo que Serena había conocido, claro, muchos kilos más delgado. Raquel por su parte se ve con más energía, también ha recuperado el semblante y a pesar de conservar las bolsas oscuras bajo los ojos, que son características en ella, se ve mucho mejor; por primera vez en mucho tiempo todo se siente bien, o bueno, desde el punto de vista de Serena, tendida en su cama, viendo cómo Paolo y Raquel cocinan y discuten, su mente se siente tranquila, con más energía, incluso con ánimos de levantarse.

—¿Estás bien? —le dice Raquel a Paolo lanzándole una mirada de preocupación.

—Estoy bien —responde—. Necesitamos hacer algo, los dos sabemos que no puede llevar a algo bueno.

—¿Y qué podemos hacer? —Raquel abre la llave del agua y llena un recipiente—. Ellos tienen el control de la mansión, y tu… no tienes control de esto, tal vez ni siquiera logremos entrar.

Paolo se ve cansado de pensar en el tema y no muy dispuesto a discutirlo.

—¿Qué diablos te pasa? Tú no eres el Paolo que estoy acostumbrada a oír, no podemos actuar sin un plan, no en este momento.

—¡Raquel tú no entiendes! Sigo teniendo estos sueños extraños, de repente me lleno de una sensación rara como sevicia, rabia… es difícil de describir —dice en un tono con un poco de desesperación, algo que asusta a Raquel.

—Con mayor razón, debemos actuar con cuidado. Debe haber una forma en la que podamos por lo menos tener los libros, ahora que tenemos nuestra magia es más fácil —dice la bruja tratando de convencerlo pero él no la escucha, echa al recipiente con agua unas papas que tiene peladas sobre el lavaplatos.

—Estos días he tenido la sensación de que alguien viene y va, como una presencia que trata de llamar mi atención, al principio creí que era Delfina, tratando de decirme algo, pero no es, aunque se siente familiar, es algo diferente. Tal vez no signifique nada realmente.

—O tal vez signifique mucho —dice Serena a unos pasos de su cama, de pie, con un pijama vieja.

Los dos brujos giran con extrañeza, saben que escuchó toda su conversación.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Raquel acercándose a ella y ofreciéndole una silla rápidamente.

—Recuerdan que hace unos meses logré sentir algo en la mansión, y al parecer Vasil lo sintió también, luego nos dimos cuenta de que nos vigilaban los hijos de Zain.

—Sí, pero los hijos de Zain no pueden penetrar hasta acá, y menos ahora que estamos en este terreno —dice Raquel.

—Ellos no, pero alguien que sí pueda —dice la joven bruja.

—Solo los que pertenecemos al coven sabemos de este lugar —dice Raquel—, la magia que hay acá es más fuerte con nosotros en la cabaña, no hay forma.

—Solo los que pertenecemos al coven —repite Paolo—, Otto y Sara, su magia es la única que podría penetrar hasta acá, pero ¿Cómo? —Por un momento se queda en silencio, sumergido en un pensamiento profundo.

Serena mira a ambos sin entender muy bien lo que significa.

—Deben estar buscando la forma de contactarnos —responde Raquel, corriendo a la vieja biblioteca de la cabaña.

—Sí, y yo no he podido recibir el mensaje.

—¿Qué magia crees que están usando? —Raquel comienza a abrir libros—. No recuerdo nada de un hechizo así.

—Soy yo, yo no he podido interceptar su mensaje —dice el brujo—, no tengo el control para saber cómo o entender qué me quieren decir.

—Encontraremos algo acá, alguna referencia o algo que nos diga cómo hacerlo, tranquilo —responde Raquel, pero esto no parece caer bien en Paolo.

—¡¿Tranquilo?! —dice con su rostro un poco enrojecido—. ¡Delfina está muerta, ellos están allá, quién sabe dónde, tratando de comunicarse conmigo y yo no puedo responder, les estoy fallando Raquel, a todos ustedes!

—Nadie dijo que esto iba a ser fácil, nosotros lo sabíamos y ellos lo sabían —responde Raquel acercándose a él—. Esto tiene solución, solo debemos encontrarla y desesperándonos no vamos a lograr mucho, ¿O sí? —Paolo no responde nada, solo sacude su cabeza y mira al piso—. Sabemos qué debemos hacer, pero no tenemos el libro, propongo que nosotros inventemos el ritual del deificado, un nuevo ritual para un nuevo Deífico.

Paolo la mira por un segundo y luego le pone la mano sobre el hombro:

—Necesitamos el ritual del coven, ese es el único que podemos hacer —dice en un tono serio.

—Bueno, pues solo hay una cosa que debemos hacer —dice Raquel—, tenemos que entrar a la mansión.

—¿Cómo? Vasil debe estar haciendo algo para mejorar la seguridad de la casona. Tú y especialmente Serena están muy débiles aún, y yo… estoy muy inestable, no hay forma de que podamos tomarnos la mansión.

—No tenemos que tomarla —dice Serena desde su puesto. Por un momento Paolo y Raquel se olvidaron de ella, ambos voltean a verla—. Solo necesitaríamos los libros ¿No?, podemos esperar para tomarnos la mansión por completo y rescatar al bebé después, ellos no le harán daño.

—Tienes razón, solo necesitamos los libros —Paolo se queda pensando por un rato—. Necesito entrar a la mansión sin ser notado, ¿Cómo?

—Bueno, tenemos donde investigar —dice Raquel señalando los libros—. ¿Por qué no terminas de cocinar mientras Serena y yo comenzamos a buscar en la biblioteca?

Paolo asiente y camina al lavaplatos, Serena se acerca y junto con Raquel comienzan a revisar libro por libro.

Durante todo el día, los tres brujos buscan alguna referencia que los ilumine sobre cómo entrar a la mansión sin ser vistos. La búsqueda se había hecho larga y aún quedan más libros por ver, en un descanso deciden mostrarle a Serena el resto del terreno donde está la cabaña. Todo el

borde que divide el claro del bosque está adornado por varias plantas de laurel y ruda, algunas flores se ven entre los árboles, el canto de las aves, el aire tan fresco, es la primera vez desde que están ahí que toman una bocanada de aire y sienten algo de tranquilidad. Mientras siguen con el recorrido paran en el huerto que queda justo detrás de la cabaña, un rectángulo alargado cubierto por un gran techo de lona que se sostiene de unos troncos de madera, más viejo y gastado que el que está en la casona; en el cultivo hay algunas verduras que Serena reconoce, y otras que no tanto, algunas son solo plantas con frutos muy pequeños.

—¿Todos estos vegetales crecen con magia? —pregunta la joven.

—No, no —responde Raquel un poco alarmada—, lo que hice fue darle un pequeño empujón para que el suelo se recuperara con ayuda de un fertilizante que hice, lo demás es hecho siguiendo las reglas de la agricultura común —Ríe.

Detrás del huerto, hay dos árboles altos, de uno cuelgan unos jugosos mangos y del otro unas guayabas grandes y verdes, pero lo que hay entre el árbol de guayaba y el tronco que sostiene el techo del vivero, llama la atención de Paolo.

—¿Esto es un rosal? —dice el brujo en un tono de increíble sorpresa.

—Sí, que extraño que haya crecido acá, parece que no estuviera sostenido de nada, mira —Apunta Raquel al otro lado de donde Paolo observa—. Solo lo sostienen este árbol y el tronco del huerto.

—Esto es muy inusual. ¿Apareció cuando sanaste el huerto? —pregunta Paolo sin quitar la mirada de las rosas rojas.

—No, cuando llegamos ya estaba acá… Ahora que me fijo bien, parece como si las rosas estuvieran intactas desde que llegamos, todas se ven perfectas —dice Raquel con extrañeza.

—¡Que lindas estas flores! —dice Serena acercando su mano para tocar una—. Se parecen a las que aparecieron en la mansión.

Paolo se detiene congelado, una idea acaba de atacar su cabeza:

—¿Tú hiciste ese rosal, cierto?

—Sí, pues… apareció cuando Sara y yo sanamos el césped —asegura Serena.

—¿Recuerdas el hechizo que usaron? —Paolo se nota muy interesado en esto.

—Mmm… no usamos ninguno conocido, yo inventé uno… juntas lo repetimos varias veces y funcionó.

—¿Qué pasó después? —Los ojos de Paolo puestos en los de Serena.

—El suelo comenzó a brillar —recuerda—, había unos reflejos, como puntos que llenaron todo, Sara dijo que eran espíritus de la naturaleza, cuando desaparecieron el rosal ya estaba en la esquina… Sara dijo que era un regalo.

—¿Un regalo? —repite Raquel.

—Sí, ¿Es por eso por lo que apareció acá también?

Serena mira a Paolo, pero él está hundido en un pensamiento, por un momento hay silencio, Raquel también se ve pensando.

—Esta tierra tiene los mismos encantamientos que la mansión, o incluso más, comparten la misma magia, al igual que nosotros, al igual que los libros… todos estamos conectados —Paolo intenta arrancar una rosa, pero se corta con una espina y retira la mano rápidamente—. Es un regalo —Sin decir más gira con dirección a la casa.

Raquel y Serena comparten una mirada y corren tras él, entran por la puerta de la cocina y llegan a la biblioteca de la pequeña sala, Paolo comienza a mirarla de arriba a abajo hasta que toma un libro delgado, con la cubierta de un verde claro, en la portada se puede leer «Seres que

habitan con nosotros», lo abre y comienza a pasar página por página.

—¡Ajá! —dice con emoción y se sienta, Serena y Raquel hacen lo mismo—. Las pequeñas luces que viste ese día son los elementales de la tierra, pero hace mucho tiempo no eran puntos luminosos, eran más que eso, eran gnomos, hadas, ninfas... Las ninfas usaban plantas muy comunes para transportarse, arbustos de algún tipo y muchas veces cultivos de flores… acá está —enseñándoles el libro a ambas—: La puerta de las ninfas, dice «[...] así mismo seleccionaban tierras que hubiesen conocido magia para establecer accesos que les permitían transportarse grandes distancias o atravesar obstáculos». ¿Entienden lo que significa?

—Sí —responde Raquel—, pero no somos ninfas. No piensas en serio que podemos viajar desde acá hasta allá atravesando el rosal, ¿O sí?

Serena mira a ambos, por fin había entendido de qué se trataban las discusiones que alcanzó a oír.

—Claro que no, pero sí creo que podemos usarlo para… —Baja la mirada al libro—. Atravesar obstáculos —Se queda callado, esperando la reacción de las brujas, cuando ninguna dice nada, él continúa—. Creo que podemos entrar a la casa a través del rosal.

—¡No!, no, es una locura —Raquel se levanta de su puesto exaltada—. Es magia que no entendemos, magia a la que ni siquiera tenemos acceso. Si vamos a ir a la casona, debemos tener un plan bien fundamentado.

—¿Entonces para qué nos dieron ese regalo? Ese rosal apareció allá y acá por una razón, y honestamente creo que es para ayudarnos en este momento —responde el brujo en un todo de voz un poco quebrado.

—¿Qué hay de los Síneros y los hijos de Zain? —insiste Raquel.

—Son un riesgo, pero necesitamos arriesgarnos si queremos ganar algo —Paolo mira fijamente a los ojos negros y hundidos de la bruja—. Raquel, necesitamos los libros de las sombras con urgencia, no sé cuánto más pueda soportar, me siento como una bomba de tiempo. Necesitamos hacer eso o no podremos hacer nada más —El silencio se vuelve tensión—. Lo voy a intentar, te guste o no.

Raquel respira profundo.

—Bueno, pero debes ir protegido.

Al día siguiente, los brujos preparan todo para que Paolo vaya lo más protegido posible, ahora que intentará acercarse a los terrenos de la mansión. En la mañana Raquel le preparó un baño de laurel y ruda; le dibujan en las muñecas una triqueta con una mezcla de carbón y aceites. El plan es llegar a la cerca que rodea el perímetro de la casa, escabullirse hasta la esquina donde está el rosal e intentar cruzar a través de él. El brujo se había armado con un par de hechizos que le pueden ayudar a abrir el portal, pero nada es seguro, además debe hacerlo sin ser visto por los hijos de Zain o los Síneros. Después de rechazar la compañía de Raquel durante toda la mañana, el Deífico está listo:

—Dejaré el auto lo más alejado que pueda —dice Paolo desde afuera de la cabaña. Serena y Raquel están paradas en la primera escalera de la entrada—. Si siento que no hay oportunidad de entrar, regreso de inmediato.

—No mueras allá, Paolo —le dice Raquel con una mirada directa, casi como una orden.

—No lo haré. Nos vemos en la noche.

Paolo camina en dirección al auto, su corazón palpita agitado, la respiración se le hace más pesada y una gota de sudor baja con delicadeza por su espalda, mientras se abrocha el cinturón piensa en las consecuencias que puede enfrentar con esa decisión, al mismo tiempo sabe que es

la única opción que tiene, necesita estar en completo control de su capacidad si quiere enfrentarse con los hijos de Zain o atreverse a rescatar al bebé de Serena, y eso solo se lo puede dar el ritual del deificado en uno de los libros de las sombras, Delfina había sido muy clara con esto.

Después de ver el carro desaparecer entre los árboles, Raquel y Serena comparten un momento en silencio, acompañadas por el viento cálido y el sonido de las hojas chocando entre ellas.

—¿Cómo crees que murió Delfina? —pregunta Serena, aunque era más una pregunta para ella misma.

Raquel siente una pequeña punzada en el corazón al oír ese nombre.

—No lo sé —responde, sacudiendo el polvo de su vestido viejo.

—¿Crees que sufrió?

—No —Raquel observa un pequeño pajarito que vuela tras otro más grande, desde hace un momento viajan de un árbol a otro, como si el más grande estuviera entrenando al pequeño en la técnica de volar—. No creo que alguien la haya derrotado, puede que ella no haya sido la más fuerte, pero sí era la más inteligente, la única forma en que puedo pensar que Delfina murió fue… sacrificándose por algo o por alguien, yéndose porque así debía ser.

Serena no responde nada, se siente mal por no haber tenido la oportunidad de conocer más a Delfina y aprender de ella, aún recuerda la conversación que tuvieron la noche antes de que el coven se separara.

—Tenemos que comunicarnos con Otto y Sara —dice Raquel sin quitar los ojos de los pajaritos.

Un par de horas más tarde, el nuevo Deífico se baja del carro dejando un cuarzo redondo en un bolsillo de la puerta. Se mueve con sigilo entre algunos árboles que rodean la carretera, camina por diez minutos hasta que logra ver la parte alta de la mansión, su pecho se acelera, una sensación de vacío le llena el vientre y por un segundo su cabeza siente un calor que le cruza la frente. Observa el balcón, pero nota que la cortina en su interior está cerrada, todas las ventanas están cerradas. Se acerca más hasta que alcanza la cerca, el metal no se puede ver, está en medio del espeso bloque de arbusto que rodea toda la propiedad; camina hasta que llega a la esquina donde el rosal había crecido, justo al otro lado de la cerca. Hace el intento de asomarse a ver en dirección a la entrada, pero se detiene antes y se arrepiente, el sol está a la altura de sus ojos, necesita entrar antes de que alguien lo vea ahí parado y sospeche. Extiende su mano y se deja llevar por una fuerza que lo conduce a reconocer el centro del rosal, su cabeza hierve súbitamente, pero regresa a la normalidad al instante, él sabe que ese calor que se retuerce por su cuerpo es toda esa energía que no puede domar. Se recupera lo mejor que puede y regresa su mano al centro.

—Hanc aperit in questu muru sigillatu cù u putere —Susurra Paolo con su mente concentrada en el objetivo, pero nada pasa. Abre los ojos, lo intenta de nuevo, esta vez repite el hechizo en su mente muchas veces, abre los ojos y solo ve un muro de hojas verdes, respira profundo y dice—: ¡Apri! —Pero nada pasa.

Después de un rato sin éxito, el brujo se comienza a desesperar, su respiración está agitada y la impotencia la siente como una bola en la base de la garganta, no se puede rendir tan rápido, él sabe que esta es la forma, lo siente pero ¿Cómo abrir el paso? Ninguno de sus hechizos había hecho nada en realidad y ya se quedó sin opciones.

Respira con pausa, desesperar no le ayuda en esta situación, todo lo contrario, ¿Cómo lograba

Delfina manejar todo con tanta facilidad?, se pregunta mientras trata de liberar su mente y concentrarse; una idea le viene, algo que Serena había dicho el día anterior: No usamos ninguno conocido, yo inventé uno… es un regalo. ¡Claro! El Rosal no está a mi servicio, está a mi favor, comprende. Se posa lo más cerca posible al muro de arbusto, por un momento se queda mudo, no sabe qué decir ni por dónde empezar, suspira hasta que las palabras salen:

—No estoy seguro de que esto vaya a funcionar, Delfina decía todo el tiempo que todo es posible si encuentras la forma. Necesito un poco de eso ahora, sé que pueden oírme, por favor, necesito llegar al otro lado, necesito entrar a la mansión, ustedes nos dieron este regalo por alguna razón, por favor, déjenme cruzar —Nada pasa.

Decepcionado agacha la cabeza, unos ruidos se comienzan a oír, alguien se acerca por el otro lado de la cerca, en cualquier momento esa persona se lo iba a encontrar de frente, su corazón late muy fuerte; el brujo se pone de espalda al arbusto y espera con sigilo para atacar tan pronto vea una cara. Algo lo distrae, un dolor suave empieza a subir por sus piernas, atrapa su espalda y hombros, Paolo está siendo engullido, cada parte de su cuerpo está siendo punteada por las filosas espinas del rosal, apenas se da cuenta de lo que está pasando cuando las ramas y las hojas se comienzan a unir frente a sus ojos, a construirse nuevamente mientras su espalda va siendo liberada, sus pies dan un paso hacia atrás huyendo de espinas que lo empujan de frente, un segundo después está adentro de la propiedad, se da media vuelta y ve la casona, corre con mucha prisa hacía la pared de un costado, para y toma una bocanada de aire, se da un momento para respirar y observar a su alrededor; camina con la espalda apoyada en el muro, su rostro tiene unos pequeños puntos de sangre; avanza hacia el patio trasero, girando los ojos en todas las direcciones, esperando que alguien se asome por una ventana y lo vea escurrirse, pero todo se ve desolado, no se oye la voz de nadie ni se siente nadie en la casa, el patio trasero también se ve vacío.

Pasa por la pequeña puerta inclinada por la que escaparon, hasta que alcanza la puerta lateral, justo en el medio cuelga un pedazo de cuero café con un símbolo puntiagudo dibujado, Paolo toma la cuerda de la que cuelga y la estira entre sus manos, cierra los ojos y dos segundos después se comienza a deslizar bajando suavemente por el frente de la puerta hasta el suelo. El brujo extiende su mano y decide entrar de un solo movimiento, cierra sin hacer ruido; camina con cuidado a la pared del frente, muy pegado a ella espera, agudiza su oído, pero no logra escuchar ruido alguno, asoma la cabeza, mira a todas partes y de la misma forma que cruzó la cocina, se mueve para llegar a la sala, sus ojos inspeccionan cada rincón, la última vez que él vio los libros, los tenían sobre la mesa, Serena le había mencionado que cuando hizo el hechizo alrededor de la casa, los tres libros estaban en la cocina pero ahí no había nada, el brujo busca en la habitación de la izquierda, casi todas las plantas que estaban naciendo ahí, están completamente muertas, los utensilios con los que hacían los jabones y pomadas se ven sucios y mohosos, sin embargo, ahí tampoco están los libros, debe subir al segundo piso y buscar en las habitaciones, debe hacerlo rápido, es un lugar donde fácilmente lo pueden descubrir y él sabe que no está en condiciones para atacar o invocar magia fuerte, el resultado de su inestabilidad puede herir al bebé, o peor. Necesita esos libros más que nunca.

El primer cuarto al que entra es el que había sido de Raquel y Sara, las dos camas se conservan en la misma posición, una junto a la otra, con una mesa de noche en el centro, las paredes que recordaba blancas ahora son de un tono beige manchado, busca con prisa entre el clóset, bajo las camas y en cada rincón que puede pensar, no hay nada. Continúa su búsqueda en la que fue su habitación, luego en la de Otto y en la de Serena sin éxito hasta que llega a la del

fondo izquierdo de la casa, a la habitación que había sido de Delfina; los libros descansan sobre un escritorio al lado de la ventana, uno puesto sobre el otro, nadie había intentado esconderlos, y es claro para Paolo que los Síneros no habían podido entender la importancia de su poder. Al lado de la cama hay una cuna vacía de color violeta; Paolo saca de su bolsillo una tula de tela, toma el primer libro, el verde, y lo guarda ahí, cuando agarra el libro negro, lo hace torpemente y este se abre en unas páginas cerca a la mitad, Paolo lo mira y lee: 'Ascensión al Deificado', en la parte superior, entonces lo cierra.

—Lo sé, lo sé, —le dice al libro en susurro—, por eso vine.

Con los tres libros de las sombras en su poder, el brujo comienza su escape de la misma forma que entró, recorre el pasillo de arriba con mucho cuidado de no hacer ruido, baja las escaleras y llega a la cocina, todo esto le toma unos diez minutos, asegurándose de no llamar la atención, la casa está desierta, es realmente increíble que no se haya encontrado a nadie. ¿Qué podrían estar haciendo? Tal vez es una trampa, piensa Paolo, decide que es momento de huir antes de que algo salga mal. Sale por la puerta de la cocina, se mueve pegado al muro de la casa hasta la esquina, mira a su derecha, no ve a nadie, mira hacia atrás y tampoco ve a nadie, arriba las ventanas permanecen cerradas, solo debe cruzar el pasto y encontrarse con el rosal, mira nuevamente a los tres mismos puntos y comienza a caminar un poco más rápido, cuando va por la mitad del camino, escucha algo que lo hace detenerse.

—¡Paolo! —grita Jack desde la puerta de la mansión—. Tiempo sin vernos. ¿Qué llevas ahí?

—Algo que es mío, —responde el brujo parándose derecho.

—No puedo dejar que te lleves los libros, a Vasil no le gustaría.

—Y tú eres el mejor para complacer a Vasil ¿No? Por eso eres su favorito —El tono de sarcasmo que usa Paolo no le sienta bien al Sínero a quien la mirada le cambia de un impulso.

—Tengo esto, —dice Jack, señalando un amuleto que cuelga de su cuello, con la misma figura que estaba en la puerta de la cocina.

—Eso no significa nada, como viste, pude pasearme por toda la casa, tus amuletos no sirven, dile eso a Vasil cuando pregunte por qué fallaste —El brujo hace un movimiento como para salir, esta vez por la puerta principal.

—Te quieres arriesgar a abrir la puerta —Paolo se detiene y voltea a mirarlo fijamente— ¿Viniste solo o trajiste a las brujas? Las he extrañado, no lo puedo negar.

—Yo soy suficiente para encargarme de una rata como tú —La ira de Paolo crece, su cara se siente caliente.

—Recuerdo muy bien esa noche —sigue Jack ignorando la amenaza de Paolo—, estaba muy hermosa, sus pechos, uhh justo en el lugar que deben estar, tetas firmes y delicadas, siento que Vasil no pudo aprovechar ese cuerpecito joven.

—Cállate —dice Paolo con su cara enrojecida de ira.

—Yo no hubiese sido tan amable, yo me la hubiera follado como se debe, y la hubiera dejado escurriendo…

—¡Cállate! —grita Paolo. Una fuerza se siente salir de él, pega en el estómago de Jack haciéndolo retroceder unos pasos, el amuleto en su cuello desprende un calor que rápido desaparece.

—Eres débil, no eres como la perra de Delfina… hablando de ella, era una maldita incluso tú debes reconocerlo.

—¡Cállate! —grita Paolo, la ira le tiene la cabeza nublada, todos los pensamientos se le revuelven, puede sentirlos cruzar su mente a gran velocidad y Jack sigue provocándolo.

—Ella los dejó aquí, a morir…

El brujo avanza tres pasos hacia el Sínero.

—¿Qué vas a hacer Paolo? —Jack lo mira desafiante—. No vas a hacer nada.

—Puedo cumplir una promesa —Paolo lo mira fijamente.

—Puedes matarme sí, pero ya perdiste, el niño es nuestro y no podrán controlarlo, nosotros tenemos el poder ahora —dice orgulloso.

—¿De verdad creen que pueden usar el poder del bebé para su beneficio? Eso es lo más absurdo que he oído.

—Es absurdo hasta que sabes cómo hacerlo —responde—, y tú no podrás hacer nada, tal vez Delfina habría podido, pero… está muerta ¿No? Se murió.

La ira de Paolo estalla, los libros caen al suelo y él se para a unos metros del Sínero, Jack retrocede, en su cara se dibuja un miedo repentino.

—Vete, brujo, ya tienes tus libros, pronto sabremos quién controla más poder.

—Todavía no —La mirada de Paolo cambia por completo, sus pupilas se dilatan, los bordes de sus ojos revelan las líneas llenas de sangre, enrojeciendo la membrana blanca de sus ojos—. ¿Recuerdas la promesa que te hice, recuerdas que dije que mi cara sería lo último que verías antes de morir mientras me rogabas piedad?

—Lo recuerdo —responde el Sínero—, pero eso no va a pasar.

Paolo nota como Jack lanza sus brazos hacia su espalda y saca un arma, pero antes de que la apunte, el brujo estira su mano y el arma sale volando a varios metros lejos del Sínero, ahora sí siente miedo.

—Pensaste que podías dispararme.

Jack no responde nada, los ojos de Paolo se ven rojos casi oscuros, su cuerpo se mueve lentamente hacia Jack, quien lo mira congelado en su puesto.

—No puedo moverme —dice el Sínero, su miedo crece.

—Todos esos meses encerrados en el sótano me dieron tiempo para imaginarme este momento. —Paolo se mueve alrededor de Jack inmovilizado—. Pensé en matarte como tú mataste a Carlos, tal vez hacerte explotar desde adentro. ¿Sabes cómo se llama esa magia? —Jack no responde—. El poder de las cenizas, le decían, pero en realidad es manipulación molecular, yo podría hacerte explotar en mil pedazos, pero la idea de matarte es que sientas el dolor que causaste —Paolo habla como otra persona, muy en su interior es consciente de esto, pero no tiene control, es como si otro Paolo se hubiese apoderado de él y estuviera haciendo eso que se imaginó pero que nunca se habría atrevido a hacer bajo ninguna otra circunstancia—. No, mejor pensé en algo más lento y doloroso, espero que te guste este experimento.

—¡Espera! —Le pide Jack—, no tienes que matarme, dime qué necesitas de acá y te lo puedes llevar.

—¿Ahora me ofreces eso? ¿Después de provocarme? Cometiste un error, otro error en tu mísera vida.

Jack deja ir un grito, su respiración se acelera; un dolor crece en su interior, se manda las manos al estómago y se retuerce, pero Paolo hace que se enderece con un gesto de sus manos. La mirada del Sínero es de pánico, no puede hablar, solo balbucea sonidos mientras fija su mirada en el brujo. Comienza a gritar, llantos de agonía salen de su boca junto con un humo blanco, sus gritos son imparables, el negro de su garganta se ilumina con un naranja fuerte, Jack se está quemando de adentro hacia afuera por obra de Paolo, su cuerpo se estremece, humo como vapor sale por su nariz y boca. Finalmente, el brujo mira cómo la piel clara de Jack hierve en burbujas

rojas, unos segundos después caen al suelo un montón de huesos unidos por un cuero calcinado y pegado a la piel asada, pero su ropa queda intacta.

Paolo observa el cadáver del que una vez fue su captor, sus ojos vuelven a la normalidad, la ira en su cabeza se va y una brisa le devuelve el juicio, se horroriza, no puede creer lo que acaba de hacer, fue despiadado e innecesariamente cruel, no era la forma en la que planeaba su venganza, todo se salió de control dentro de él. El ruido de unos autos en la entrada alerta al brujo quien ha observado al cuerpo quemado de Jack por unos minutos; parece que varias personas se están bajando de unas camionetas. Paolo recoge los libros y corre hasta el rosal, sin mirar atrás cubre su rostro y se presiona contra las espinas. Un hermoso y tranquilizante aroma lo lleva de un lado a otro de la cerca.

—Gracias —le dice al rosal.

Con todas sus fuerzas corre por el lado de la carretera, entre los mismos árboles que lo escondieron de ida hace un par de horas, esos árboles que ahora lo ayudan a camuflarse mientras huye, se detiene por un segundo y gira a ver cómo unos hombres armados corren hacia el bosque en frente de la mansión y se desaparecen entre la maleza; el brujo regresa a su carrera hasta que llega al auto, su corazón late muy rápido, su tórax tiembla con cada palpitar, sus manos se sacuden y sus ojos dejan caer lágrimas de arrepentimiento.

Capítulo 23

Tres camionetas se estacionan en la puerta de la mansión, de la última se bajan Vasil y Rafael por la derecha, Bo baja por el otro lado con el bebé en brazos envuelto en una manta verde. De esta y las demás camionetas se bajan otros diez hombres, cada uno usando un collar de cuero negro con un símbolo puntiagudo. El que parece ser el jefe se acerca a Vasil, es un hombre moreno, casi de la misma altura que Bo; usa unas botas negras de tela y cuero al igual que sus compañeros, su camisa no había sido lavada en muchos días, las manchas de sudor en las axilas, la espalda y el pecho, la hacen ver gastada.

—¿Es por allá? —pregunta el hombre con una voz tosca y fuerte.

—Sí —responde Vasil fingiendo autoridad—. Hacia allá tienen que estar, no creo que sean muchos, pero estando acá les estamos dando ventaja para escapar —El hombre lo mira de arriba a abajo, y se retira.

Armados, los diez cazadores corren al frente de la propiedad entrando en medio de los árboles, su objetivo es cazar a los hijos de Silas que los están espiando. Un minuto más tarde varios disparos se escuchan y muchas aves se ven huir del lugar.

—¿Crees que sea buena idea enviarlos de cacería ya? Lo digo porque acaban de bajarse del avión —dice Rafael mientras avanzan a la puerta.

—Nos estamos gastando lo último que tenemos en ahorros trayéndolos desde Guatemala, cada minuto vale. Además, ellos son profesionales y vinieron a trabajar.

Mientras la cerca se abre, los tres logran ver un bulto en el suelo cerca a la puerta, caminan con miedo de que sea algo peligroso, pero cuando avanzan lo suficiente notan qué es, corren y se detienen observando el cadáver desde arriba.

—Es Jack —dice Rafael atónito, no puede creer lo que sus ojos están observando, no entiende cómo pudo pasar si se aseguraron de tomar todas las medidas para estar protegidos dentro de la casa.

—Su ropa está intacta —dice Vasil, con los ojos puestos en el cuerpo, más asustado por su propia seguridad que por ver directamente a uno de sus Síneros calcinado sin explicación aparente—. No podemos entrar a la casa.

Bo cubre al bebé con mucho cuidado, pero sin retirar los ojos asustados del cuerpo y de Vasil una y otra vez.

—¿Cómo? —Sigue Rafael, sin despegar los ojos del cuerpo—. Está todo quemado, pero… —Lentamente baja su temblorosa mano hasta la cara de Jack y le abre la boca, una bocanada de humo sale y se dispersa con rapidez—. Está quemado de adentro hacia afuera.

—No podemos entrar a la casa ahora —dice Vasil—. Esperemos afuera mientras llegan los cazadores.

Una hora más tarde, dos de los cazadores guatemaltecos regresan, sus caras cubiertas en sudor, los costados de sus camisas escurren; el jefe camina directo hasta Vasil.

—Capturamos a siete, dos escaparon —dice sin dar más detalles.

—Bien, con estos les haremos llegar el mensaje —responde Vasil complacido.

—¿Qué hacemos ahora?

—Estamos lidiando con brujos y demonios, debemos tomar todas las medidas que debamos. Decapítenlos y alejen los cuerpos lo más que puedan —El hombre se queda mirando fijamente a

Vasil por un par de segundos, luego asiente y da la espalda—. ¡Espere! Él puede decirles qué hacer, necesito que usted haga algo importante —El hombre no voltea a verlo, sigue caminando hasta su compañero, le murmura algo en el oído y regresa a Vasil, mientras el otro cazador corre de nuevo hacia el bosque—. Necesito que entre a la casa y se asegure de que esté libre de invasores —dice Vasil con un tono claro, tratando de imponer autoridad.

—Vamos —responde el cazador, y camina hacia la puerta de la mansión, en su espalda lleva un arma de alto calibre la cual desliza hacia el frente; no puede evitar darle una mirada al cadáver de Jack cuando pasa junto a él en su camino a las escaleras de la entrada, los demás se quedan a unos metros de la puerta y del muerto mientras el cazador desaparece en la oscuridad ahora presente en la casa y en el cielo.

Quince minutos de increíble nerviosismo y el jefe de los cazadores regresa triunfante por la puerta de la mansión, baja las escaleras y se para frente a Vasil.

—La casa está vacía.

Vasil lo mira y asiente, da un paso para avanzar hacia la puerta, pero el hombre lo detiene

—Espero que no esté pensando en pedirnos que enterremos eso, porque no va a pasar —Se aleja hacia la entrada principal del terreno.

Vasil sube con rapidez las pocas escaleras y corre hacia adentro, Rafael lo sigue al mismo ritmo y Bo camina más lento cargando al bebé en sus brazos, justo cuando va cruzando por la sala escucha un grito de Vasil que viene desde la habitación; con precaución de no despertar o molestar al niño, el Sínero corre al llamado de su líder.

—Se los llevó —Su corazón late fuerte, la habitación está desordenada, Vasil había arrojado todo por los aires en medio de su ira—. Entró en esta casa y se llevó los libros. ¡Los libros de las sombras no están!

—¿Quién? —pregunta Rafael, esperando escuchar otra respuesta.

—¿Quién crees? —Le dice, recorriendo de nuevo su cuarto, de arriba a abajo y asomándose a las ventanas.

—¿Crees que intenten tomarse la mansión?

—Por ahora no —dice más tranquilo—, tenemos una fuerte vigilancia, los cazadores no los dejarán acercarse.

—Pero tienen los libros —Insiste.

—Lo sé, Rafael —Su cara de decepción es más que notable, todo su cuerpo expresa miedo—. Bo, dame el niño. Ve a incinerar el cuerpo de Jack en el patio trasero —Bo le entrega el bebé, pero no se mueve de su puesto, permanece de pie, mirándolo—. Bo… te estoy diciendo que bajes y quemes el cuerpo de Jack —Pero Bo ignora la orden de su líder y no mueve ninguna parte de su cuerpo—. ¿Qué putas te pasa, Bo? ¿No estás escuchando la orden que te estoy dando? ¡Baja al patio trasero e incinera el cuerpo muerto de Jack! No lo pienso repetir una vez más —La cabeza pelada y las orejas pequeñas de Bo reflejan un rojo intenso; de su cuello musculoso brota una vena verde que quiere explotar.

—Vamos —dice Rafael, poniendo su mano en el hombro de Bo—, yo te acompaño.

Por un segundo, Bo se queda mirando fijo a los ojos de Vasil, quien le regresa una mirada de autoridad, aunque sabe que su súbdito alto y lampiño lo puede destrozar con un solo golpe, espera que aún le quede algo de respeto por su superior y se aleje arrepentido por su ofensa. Sin embargo, Bo no hace ningún gesto de respeto o de arrepentimiento, simplemente da la vuelta y sale con Rafael a sus talones.

Veinte minutos después, los restos del que alguna vez había sido su compañero y hasta su

amigo, están al frente ambos Síneros, los últimos de su clan; un bulto de paja y ramas cubren los restos. Bo comienza a arrojar fósforos de madera encendidos sobre unos trapos envueltos en alcohol y metidos entre la paja, su brazo empuja con tanta fuerza cada fósforo que cuando tocan la tela ya se han apagado, Rafael lo observa por un momento hasta que decide él mismo tomar los fósforos y encender el fuego; Bo está enrojecido, los músculos de su cara están reunidos en el centro, es difícil diferenciar dónde inicia el ceño de su rostro pues su falta de pelo se extiende por todo su cuerpo y, en ese momento, su cabeza está especialmente recogida.

—Sé lo que piensas, Bo —dice Rafael, terminando los fósforos; suaves llamas comienzan a crecer—, y tienes razón… él está dispuesto a dejarnos morir —Bo da un fuerte suspiro por su nariz y empuña sus manos, su mentón cae a su pecho—. No te sientas mal, todos fuimos engañados, todos creímos que lo que nos prometía era cierto y hemos muerto por eso.

La larga y abultada mano de Bo toca el hombro de Rafael, por un momento miran como el fuego crece por toda la paja y las ramas; el olor a cerdo quemado se abre paso entre un humo blanco y lento. Bo empuja suavemente el hombro de Rafael, cuando voltea a verlo, los dos metros de hombre están a su misma altura, mirándolo a la cara.

—¿Qué? ¿Qué me quieres decir? —La rabia en los ojos de Bo es evidente, se nota que quiere hablar y dejar salir toda su frustración, por años la falta de lengua no le había molestado tanto como ahora; despacio mueve la cabeza de un lado a otro—. ¿No? —pregunta Rafael tratando de descifrar la charada—. ¿No más? … Oh, no vas a serle fiel más —Bo agacha un poco la cabeza en afirmación y voltea a ver el fuego.

—Ambos sabemos lo que se viene, ¿Cierto, Bo? —El Sínero lampiño asiente—. ¿Estás listo para traicionarlo?



La risa de un niño se oye pasar entre los árboles, Serena camina despacio hacia el origen del ruido, pero parece que es más lejano de lo que piensa. Después de un rato, a su derecha corren unos pasos, otra persona también está detrás de esa risa; la bruja acelera y entre los troncos lo ve: el hombre pequeño del ojo azul brillante está tomando al niño por los hombros, lo levanta y le da un dulce abrazo, el niño responde cariñosamente, se incorpora y lanza una mirada directa a los ojos de Serena; ella se asusta un poco y ve al hombre monstruoso acariciar el rostro sonriente del niño, este vuelve su mirada incómoda hacia ella. Está soñando y lo sabe; da un par de pasos atrás y se detiene, por un segundo piensa, sabe que está soñando y sospecha que estos sueños le quieren decir algo, aunque le asusta decide ir de frente a ellos; camina con firmeza mientras el niño y el monstruo la miran, se detiene a unos tres pasos de ellos y dice:

—¿Qué quieren decirme?

Los ojos del niño y del espectro se encuentran y ambos ríen en tono de burla, Serena no entiende qué acaba de pasar, esperaba una respuesta diferente.

Siente cómo la mueven desde sus hombros: «Ya llegó», escucha que alguien repite a lo lejos. La bruja comienza a caminar hacia atrás sin dejar de ver las risas maliciosas de ese par.

—Ya llegó Paolo. ¡Despierta, Serena! —Raquel se levanta del borde de la cama de Serena y sale corriendo a la puerta.

La bruja más joven se endereza rápido, se estrega los ojos y sale al encuentro de Paolo, ya tendrá tiempo para pensar en lo que soñó. La noche está sobre ellos, el brujo está pálido y con los ojos rojos, sin decir nada cruza directo por la cabaña hasta el baño, a unos metros atrás de la

casa. Raquel regresa al carro y saca la tula de tela con los libros. Dos minutos después, el brujo regresa con la mirada abajo y se sienta en una de las sillas de la pequeña sala mientras las lágrimas salen despedidas de sus ojos.

—¿Qué pasó? —pregunta Raquel sentándose a su lado.

Las manos de Paolo tiemblan, su cuerpo está recogido. Un rato largo de silencio después y el brujo puede recomponerse. Les cuenta todo lo que pasó en la mansión, la provocación de Jack, y cómo él había perdido el control de sus impulsos, se dejó llevar por sus deseos más primitivos, más básicos, un sentimiento de venganza se alimentó de su magia y no pudo domarlo.

Por unas horas el rechinar de la madera vieja de la casa se apodera de la conversación, el viento sopla con fuerza y la luz de la noche entra por la ventana a pegarle en la nuca a Paolo. Raquel había hecho un té de lavanda y un poquito de belladona; los tres lo habían compartido sin pronunciar palabra. Después de recoger las tazas, la bruja regresa a su puesto en la pequeña sala, toma los libros recuperados y abre el negro; Paolo, más calmado, observa a Raquel con atención.

—No tenemos tiempo que perder —dice Raquel extendiendo el libro negro abierto para que los demás lo vean, en el título de la página a la izquierda se lee: «Ascensión al Deificado»—. Necesitamos hacer esto esta misma noche. Mírame, Paolo: te necesitamos fuerte. Ya todo está en el pasado ahora… voy a alistar las cosas para el ritual —Le da una mirada rápida a la página y se mueve hacia la cocina. Serena se acerca a él y le toma las manos.

—¿Qué diría Delfina en un momento como este? —se pregunta Paolo con su mirada perdida al frente.

—Probablemente diría que todo pasa por algo… —responde Raquel desde la puerta trasera de la cabaña—, que hay una razón para lo que pasó —Cierra la puerta tras ella.

Es medianoche, frente a la casa hay un círculo de velones blancos acordonado por otro círculo de ramas de diferentes tamaños. El cielo sostiene una luna creciente, muy delgada, como la uña de un gato o una sonrisa siniestra bordeada de unas cuantas nubes inmóviles. Raquel lleva puesta una bata larga hasta los tobillos y un collar de flores rojas, fucsia, blancas y azules con hojas verdes y naranja; Serena está vestida igual. En el centro del círculo, junto a un cáliz, las brujas conjuran el fuego en unos maderos y se ubican una a cada lado, Raquel sostiene el libro de las sombras negro, mientras que el rojo y el verde están puestos cada uno sobre una roca afuera de los círculos; Paolo camina tranquilamente desde la casa hacia ellas, también usa una túnica blanca que le llega hasta la canilla, una vez entra al círculo, Raquel lee el Libro de las Sombras negro:

—La muerte es el inicio de la verdad. Estas fueron las palabras con las que Guiomar de Santiago consagró su muerte de una vida normal a una vida donde los secretos del universo se le revelaron. Nos reunimos a consagrar su legado y manifestar nuestro poder.

—Seres poderosos de Este y del aire, aquí los llamamos —dice Serena con fuerza.

—Seres poderosos del Sur y el fuego, aquí los llamamos —continúa Paolo.

—Seres poderosos del Oeste y el agua, aquí los llamamos —dice Raquel

—Seres poderosos del Norte y la tierra, aquí los llamamos —los tres brujos repiten al tiempo —. Probestú.

Las velas que los encierran se exaltan y un ventarrón empieza a dar vueltas alrededor del círculo.

—Invocamos la presencia del legado de Giomar. Ella quien nació de un vientre esclavizado y quien se liberó por medio de su poder, conjuró al destino y hoy nos rendimos ante él. Esta noche, llamamos su presencia y la de todas las que recibieron su legado. Buscamos bendición,

protección y control —dice Paolo leyendo de las páginas del libro que sostiene Raquel—. En medio de este círculo, el aquelarre presenta a tu heredero, aquel que recibió tu poder y el de todos los que han estado antes de mí.

—Giomar, Sarai, Alba, Helena, María, Jacinto… —Lee Raquel.

—Aura, Berta, Pedro, Tulio, Margara… —Lee Serena.

—Sonia, Lucrecia, Eduardo, Diana y… Delfina —lee el brujo—, yo, Paolo Moura, recibo el legado y propago el linaje.

El brujo toma un puñal, estira su brazo y se lo entrega a Serena; luego recoge el cáliz y lo pone frente a la más joven, ella se hunde el athame en su dedo y deja caer las gotas dentro del cáliz, el cual contiene una mezcla de hierbas machacadas y una poción descrita en el libro; Raquel y Paolo dejan también su propia sangre en la copa.

Raquel entrega el libro a Serena para que lo sostenga mientras ella extiende el cáliz hacia Paolo:

—¿Estarías dispuesto a dar tu sangre por nosotras, por tu aquelarre, por tus brujas?

—¡Sí, estaría dispuesto! —responde Paolo con firmeza. Toma el cáliz y comienza a beber de él, luego mastica las hierbas del fondo.

Serena abre el libro negro en la última página donde varias manchas rojas permanecen secas como parte de la tinta y el papel, se lo ofrece al brujo, ante el reflejo de la luna y del fuego, Paolo pone su dedo ensangrentado sobre la hoja de papel, dejando su propia marca:

—Ortumputére.

—Ortumputére —repiten Serena y Raquel con entusiasmo.

Con mucha serenidad el brujo comienza a silbar, deja ir tres sonidos largos que cambian de tono y los repite; Raquel y Serena se unen a su sonido y juntos continúan silbando por unos minutos más hasta que el viento empieza a traer pequeñas hojas que giran y flotan a su alrededor.

—Probéstipu —dice Paolo. Las hojas caen al suelo, las velas regresan a la normalidad. El nuevo Deífico se siente más tranquilo, su corazón ya no palpita con afán, el calor que le recorría todo el cuerpo desaparece, después de varios días siente paz en su mente. El ritual se da por terminado, con una sensación esperanzadora, el coven recoge los elementos y regresa a la cabaña.

Paolo se detiene súbitamente en medio de la sala, siente como si alguien le diera una palmada en la frente, solo que no hay nadie delante de él. Comienza a oír su nombre por todas partes, no identifica de dónde viene o quién lo llama.

—¿Estás bien? —Le pregunta Serena cuando lo ve con la mirada confundida.

—Alguien me llama, escucho que alguien llama mi nombre —Cae en la silla más grande de la sala y cierra los ojos.

Su cuerpo se hunde en su puesto y siente cómo se hace pequeño mientras a su alrededor, todo se oscurece y amplía.

—¡Paolo! —dice Raquel sacudiéndolo—, ¿Estás bien?

—Creo que Otto me llama —Se pone de pie, camina hasta las camas y se recuesta en la primera, donde por lo general duerme Serena—. Necesito concentrarme y seguirlo.

Raquel se agacha a su lado, se ve muy confundida, pero antes de que pueda decir algo, Paolo le lanza una mirada en negativa, ella se ahorra las preguntas. Sin dar más explicaciones, cierra los ojos y se recuesta. Las brujas se miran entre ellas, el ritual había funcionado bastante bien al parecer, Paolo se ve en control por primera vez en varios días. Raquel enciende un incienso y lleva un par de sillas para que ella y Serena puedan cuidar a su Deífico de cerca.

La sensación de ser absorbido se repite, a su alrededor no ve nada, todo está oscuro, pero siente que cae en un abismo muy profundo. Intenta hablar, pero se arrepiente antes de hacerlo, no sabe exactamente dónde está navegando su conciencia, tiene sospechas, pero no está seguro, llamar la atención puede no ser la mejor idea. «Paolo», escucha el Deífico, intenta voltear a mirar en dirección al sonido, pero su cuerpo físico no lo acompañó al viaje. «Paolo, soy yo. Sigue mi voz». Se concentra con fuerza en las palabras de aquella voz familiar que al instante se hacen más claras, es Otto que llama por él.

—¿Otto, eres tú? —susurra Paolo

—Sí. No tenemos que susurrar, nadie nos puede oír —responde la voz de Otto.

—¿Dónde estamos?

—Estamos moviéndonos por el plano astral. Es la única forma que encontramos para comunicarnos contigo —La voz de Otto se oye con eco y distante, sin embargo, Paolo puede sentir su presencia chocando lo que él cree que es él.

—¿El plano astral? ¿Cómo?

—No importa cómo. Paolo escúchame muy bien, no tenemos mucho tiempo acá —Se apresura a seguir hablando sin dejar que el Deífico lo interrumpa—. Estamos en África, en Kenia. Salimos para el cráter del Ngorongoro a una ceremonia con el coven de Kamara, ella es la deífica, la Malkia. Estamos huyendo de cazadores de brujas —Paolo intenta decir algo, pero Otto lo corta y sigue hablando—. ¡Escúchame! Delfina dio su vida para obtener el último poder, el de Marie Laveau. El niño que tuvo Serena no es lo que piensan, es un bebé sin alma, un recipiente vacío para Asmodeo. Es la única forma de que pueda estar en nuestra dimensión.

—Otto espera, no entiendo…

—Paolo, solo los padres del bebé podrán detenerlo.

—¿Qué significa eso Otto?

—Paolo, necesitamos tu ayuda, necesitamos regresar, debemos estar juntos; no sabemos si nos están buscando —La voz de Otto se oye lejos, como los radios viejos cuando perdían la señal —, no puedo aguantar más, búscanos…

Los ojos del Deífico se abren con fuerza y se levanta con violencia, Raquel y Serena se paran asustadas de las sillas y observan como él va a la cocina y se sirve un vaso de agua el cual bebe con mucha energía.

—Era Otto —dice al fin.

—¿Cómo? —responde Raquel acercándose a él.

—No sé, dijo que nos estábamos moviendo por el plano astral… ¿Dónde están los libros? —Desesperado sale de la cabaña por los libros, una vez de regreso los pone sobre el suelo de la pequeña sala.

—Paolo, por favor. ¿Qué pasó, qué está pasando? —Raquel cae a su lado, junto con Serena que, aunque permanece callada, tiene un nudo de miedo en la garganta.

—Otto encontró la forma de trasladar su conciencia por el plano astral. Tal vez llevaba días intentando comunicarse, pero solo después del ritual lo pude oír.

—¿El plano astral? Paolo esa es magia avanzada, tuvo que aprenderlo de alguien —La voz de Raquel disimula su temor.

—No importa. Me dijo varias cosas importantes —Sigue moviendo las páginas de los tres libros al mismo tiempo.

—¿Qué cosas importantes? —La angustia de Raquel se ve en sus manos temblorosas, no quiere oír más malas noticias.

Paolo les cuenta lo que Otto les dijo sobre África y sobre Delfina; ambas quedan congeladas en sorpresa. Muchas preguntas se sienten en el ambiente, pero nadie las pronuncia, tal vez el miedo a las respuestas los hace estar en silencio un buen rato, solo se oye el movimiento de las hojas de los libros de las sombras que Paolo pasa.

—¿Qué estás buscando? —dice finalmente Raquel, rompiendo la triste concentración que hay en el ambiente.

—Información sobre el plano astral, sí Otto puede hacerlo también yo. Necesitamos saber dónde están y traerlos lo más rápido que podamos.

Serena ha estado callada todo este tiempo sintiéndose impotente, sin embargo, tiene una pregunta que no sabe si es imprudente hacerla; se muerde los labios por un rato hasta que no aguanta más:

—¿Era necesario que se sacrificara? Solo por un simple anillo.

Paolo se detiene, sin dejar que el libro se cierre y voltea a ver a Serena, las pupilas de sus ojos claros están muy dilatadas:

—Serena, lo que está pasando es muy grave —Titubea y duda de seguir hablando; toma una bocanada de aire y decide continuar—, Otto dijo algo sobre el bebé… dijo que no es lo que pensábamos. Dijo que el bebé no tiene alma y que es una especie de contenedor para que… Asmodeo pueda caminar en esta dimensión.

La joven bruja se queda fría, esas palabras le pasan como un chorro de agua directo a la frente, el bebé que había parido hace unos días tenía que ver con Asmodeo. Sus sueños, los sueños que la han molestado estos meses ahora tienen sentido, sabe que es verdad, que lo que dice Paolo es cierto. Ella es la culpable de todo esto, de todo lo que ha pasado.

Por su parte, Raquel tiene la boca abierta; ni en sus sospechas más locas pudo imaginar que esa es la razón del interés de los hijos de Zain con Serena.

—Por eso la han estado buscando desde hace tanto tiempo —dice Raquel, señalando a Serena.

—Sí —La voz de Paolo tiene mucho desconsuelo—, por eso la querían desde el principio, supieron que tenía un llamado muy fuerte. No tiene nada que ver con su abuela, su intención siempre fue reclutarla…

—O sea que es cierto —interrumpe Serena—, Vasil tenía razón, yo soy la elegida.

—Vasil no tenía razón en nada, malinterpretó todo y facilitó las cosas —Paolo nota la tristeza y la derrota de Serena en sus ojos aguados—. Esto no está pasando porque seas tú, pudo ser cualquier otra mujer con un llamado tan fuerte como el tuyo, lo malo es que no ha habido una mujer como tú en mucho tiempo. La última persona en tener la culpa de lo que está pasando eres tú.

Serena no responde nada, limpia sus lágrimas antes de que salgan de sus ojos y agacha la cabeza.

—¿Es cierto? Otto se puede equivocar —Asegura Raquel con intención de calmar a Serena.

—Pero no creo que se equivoque —Paolo se mueve para quedar junto a Serena, su tono de voz cambia, es más suave y tranquilo—. Lo que dijo Otto tiene mucho sentido con la visión de Delfina… Ella sabía la importancia de los poderes de las brujas, y murió para conseguir el último.

—Esa es la forma de acabar con él, los anillos —concluye Raquel.

—¿Acabar con él? Es solo un bebé —dice la joven con tristeza en la voz, aun limpiándose los ojos.

—Serena, no es solo un bebé, es la entrada a este mundo de un ser muy peligroso y creo que los anillos son la respuesta. Los hijos de Zain no tardarán en tomar la mansión y capturar al bebé si es que ya no lo hicieron…

—Podemos entrar a la mansión por la puerta de las Ninfas, tenemos los libros —dice Raquel apurada.

—No, no es tan fácil —responde Paolo—. Podemos entrar a la mansión y sacar a los Síneros, pero no podemos protegerla de los hijos de Zain por mucho, solo somos nosotros dos...

—¡Tres! —corrige Serena.

—Dos —corrige Paolo—, tú diste a luz a ese bebé. Hay una razón por la que ellos te quieren a ti, no podemos arriesgarte, debes seguir escondida en esta cabaña.

—¿Qué más pueden querer ellos de mí? Ya tuve el bebé —Serena se altera, no entiende de qué la quieren proteger, no es como si le pudiese pasar algo peor.

—No lo sabemos —dice Raquel.

Aunque Paolo sí sabe por qué aún la quieren, decide no contarles la otra parte, no aún.

—Todo lo que creíamos saber sobre esta profecía no es cierto; y yo siento que tú tienes un papel más grande en todo esto —Paolo nota la decepción en Serena pero continua—. Por eso los anillos son tan importantes, creo que son el arma que necesitamos.

—¿Estás seguro? —pregunta Raquel, Serena levanta la mirada al Deífico, ambas esperando que esto que acaba de descubrir sea solo una probabilidad.

—No, no estoy seguro. Pero no creo que Delfina nos haya abandonado si no fuera por algo así —Por primera vez las brujas ven en los ojos de Paolo el verdadero dolor que está sintiendo—. Necesitamos comunicarnos con Otto y Sara, y traerlos.

Los tres toman cada uno un libro y comienzan a pasar página por página, buscando toda la información que puedan sobre el plano astral.



Otto, Sara y Ana huyeron hacia el occidente de la carretera donde fueron atacados, la fuerte persecución por parte de los famosos cazadores de brujas africanos los llevó hasta las montañas. Siete días han tardado en atravesarlas, en cruzar de un lado al otro, se han alimentado con algunas frutas, pero principalmente su dieta se basa en pequeños roedores que han logrado cazar, el hechizo que les enseñó Delfina en Yazoo les ayuda a conseguir agua fresca del suelo y de los árboles.

La muerte de Delfina está muy reciente y su ausencia ha hecho de esta experiencia algo mucho peor, Sara es la más intranquila de todos; sus visiones y pesadillas han sido más frecuentes, personas quemándose y el inminente cuerpo de su Deífica siendo engullida por la tierra la persiguen cada vez que cierra los ojos; físicamente se ve agotada, su cara muestra como si llevara meses perdida entre las montañas, alrededor de sus ojos unas largas manchas oscuras le dan un aspecto cadavérico; su cabello no ha sido tinturado en meses así que la raíz negra se ha apoderado de gran parte de su pelo, generalmente rojo.

El día anterior lograron ver lo que hay al otro lado de la montaña: a lo lejos se ve un lago inmenso, es tan grande y amplio que desde la altura en la que están no logran ver la orilla del otro lado, desde su insignificancia miran a un pequeño océano. Hoy caminan por la orilla de la montaña, por primera vez desde el lado occidental; los árboles les permiten ocultarse un poco del inclemente sol. Una hora de camino y logran ver en la distancia, en la llanura que se extiende al

caer la montaña, unas cuantas casas pequeñas al lado de una carretera.

—¿Crees que podamos llegar hoy? No quiero pasar otra noche durmiendo en la tierra dura. —dice Otto observando bien el terreno y buscando la mejor forma para bajar hasta la primera de las casas que se ven al pie de la montaña.

—Si empezamos a caminar ya, tal vez lleguemos antes de que oscurezca —responde Ana, también luciendo cansada, desaliñada y sucia.

—¡Vamos! —dice Sara, con una determinación un poco triste, pero su urgencia por estar en movimiento y distraída de ella misma es mayor a su cansancio.

—¡Esa es la actitud, niña! —Ana la sigue.

Varios metros adelante, Ana toma la delantera con la intención de guiar a los otros por el mejor camino y el más fácil. Una vez lleguen a esa casa, pedirán ayuda o si es necesario harán Concilio con los que vivan ahí, necesitan un lugar con techo donde refugiarse; ahora que lograron comunicarse con Paolo es cuestión de tiempo para que puedan estar juntos de nuevo.

—¿Tienes hambre? —le pregunta Otto a Sara, Ana está a unos metros de ellos, no logra oír lo que dicen.

—No.

—Perdón por preguntar, sé que comimos hace poco —El tono de Otto es casi cuidadoso, como si no quisiera decir algo que la enoje.

—Gracias por preguntar —dice Sara, con una suave mirada a él—, a veces soy muy grosera. Y tú siempre eres muy amable… es solo que yo…

—Yo sé, no tienes que justificarte, yo lo entiendo —Otto se queda callado por un rato, caminando al lado de Sara viéndola cuando ella no lo está viendo a él—. Tú sabes lo que siento por ti.

—Sí —responde la bruja con poco entusiasmo—, Y yo siento lo mismo, pero… no estoy… bien.

—Claro que no, todo lo que hemos pasado en estos días nos tiene muy alterados —dice Otto en un tono más optimista.

—No entiendes, Otto, no estoy bien. Algo en mi se dañó, se descompuso; incluso antes de que Delfina muriera sentía como si me fuera a quebrar, como si todas las paredes a mi alrededor se derrumbaran y yo quedara desnuda en medio de escombros y cuerpos quemados —La bruja está al borde del llanto.

—Esto que estamos viviendo nos está haciendo eso en la cabeza. Solo necesitamos regresar a casa, te prometo que cuando estemos allá todo va a volver a la normalidad. Recuerda lo que Delfina nos dijo —Otto para frente a ella y le toma las manos—. Debemos ser valientes, aguantar un poco más, por lo menos mientras llegamos a la mansión, luego estaremos bien.

Sara solo asiente con suavidad y dibuja una pequeña e incómoda sonrisa, Otto le da un beso en la mejilla.

—¡Oigan! —dice Ana entre los árboles—. Si se quedan atrás no vamos a llegar hoy.

—¡Aquí vamos! —responde Otto.

Caminan por un par de horas haciendo pausas de vez en vez, las pequeñas casas están más alejadas de lo que ellos creían. Cuando por fin llegan al final de la montaña salen a un extenso valle, sin árboles que los camuflen, la casa se ve a varios kilómetros adelante, así que estarían expuestos. Deciden ir directo hacia la primera casa, con la intención de que los vean desde las ventanas, así podrán notar que no son una amenaza.

Mientras avanzan varios ojos los ven desde las dos ventanas visibles. La casa es pequeña con

paredes y techo de madera amarilla, y una muy delgada chimenea de metal. Antes de llegar, una mujer mayor se asoma por un lado de la casa y se esconde, un minuto después, la mujer regresa, pero esta vez sale y camina en dirección a ellos; en sus manos carga una bandeja con tres vasos llenos de líquido que parece limonada. Los tres brujos se iluminan en alegría, por un momento el cansancio desaparece, encontraron una persona que los va a ayudar. Caminan a su encuentro, hasta quedar a tan solo dos pasos de distancia; la mujer los saluda y con una gran sonrisa los invita a beber, ellos reciben los vasos con gusto, cuando terminan la mujer los invita a la casa.

A diferencia del exterior, adentro la madera de las paredes se ve vieja, gastada y sucia. La mujer los dirige hacia una mesa redonda a un lado de la casa, los tres se sientan. En el lado opuesto de la habitación hay un horno de metal con un escape largo que sale por el techo, a la izquierda del horno se ven un montón de baúles y cajas de madera; al lado derecho, se extiende un mesón de cemento con un hueco en una esquina que hace de lavaplatos. Al lado de los brujos, una cama simple con una cobija roja.

La anciana se acerca con tres platos llenos de comida, una especie de puré de arroz con algunos pedazos verdes que parecen ser plantas de especias y, algo que creen, es una verdura. Sin dudarlo Ana comienza a comer con los dedos, la señora no les dio ningún cubierto y no tiene la intención de hacerlo.

Con una sonrisa en su rostro arrugado la mujer recoge los platos, es más pequeña en estatura que Sara, de unos setenta años, o incluso ochenta muy bien llevados, tiene la espalda un poco encorvada y el cabello blanco recogido; usa un vestido blanco, largo y muy gastado que le alcanza a cubrir las rodillas, camina en unas chanclas simples.

—Gracias —dice Ana en inglés.

La mujer le responde con una sonrisa y vuelve a lo suyo en la cocina. Cuando terminan de comer un silencio se apodera de la pequeña casa; Ana lo intenta una vez más, pero la mujer parece ignorarlos, por un minuto sale de la casa, los brujos se asustan y se ponen alerta, pero la dulce anciana regresa sonriendo y se para frente a ellos.

—Asante —dice Ana y por fin la mujer habla.

—Karibu —responde, luego señala a Sara—, pata bafu.

Los tres se miran en confusión, Ana le pregunta en inglés sobre lo que acaba de decir, pero la anciana no responde, solo repite lo mismo: «pata bafu, pata bafu», al ver que ninguno le entiende, la mujer abre la puerta y los empieza a llamar; sus caras se encuentran y saben que están pensando los mismo, creen que la dulce señora los está echando de su casa. Cuando se disponen a salir la mujer los sigue llamando a la parte trasera, allí hay una letrina de madera, más alta que una persona, pero angosta por lo que se ve, al lado un espacio cuadrado también hecho de madera, de la mitad de alto que la letrina. La mujer se acerca, abre la puerta y dice de nuevo «pata bafu», ellos miran dentro de ese espacio y ven dos baldes llenos de agua.

—Creo que quiere que nos demos un baño —dice Ana.

La mujer señala de nuevo a Sara y repite las mismas dos palabras; Sara asiente, ella le entrega una toalla vieja y gastada, de un empujón la mete a la ducha y cierra la puerta. Cinco minutos después, Sara sale vestida nuevamente, con el cabello mojado y un mejor semblante en los ojos; la anciana toma los baldes y camina alejándose de la casa unos metros, los demás la siguen hasta un tanque grande que hay al costado de la casa que no se alcanza a ver, lo abre y llena los baldes de nuevo, esta vez Otto y Ana son los que cargan el agua de regreso. Cada uno disfruta de un baño ofrecido por la amable señora. De vuelta en la casa, la mujer les tiene servido tres vasos de leche y algo que parece un pequeño pedazo de pastel; los brujos se sientan y comen con prisa.

La noche por fin llega con un viento suave y caliente; la anciana saca de debajo de su cama una especie de tapete hecho con madera, lo extiende en el suelo y los brujos notan que la madera es bambú, atada con cáñamo; las luces se apagan en la pequeña casa, aún es temprano, pero se nota que es el momento de la anciana para dormir; se acuesta en su cama y un par de minutos más tarde cae dormida con una respiración pesada. Los brujos se sorprenden por el nivel de confianza de la señora con ellos, de igual forma aprovechan este tiempo para descansar, tienen un techo sobre sus ojos y una tranquilidad acogedora, Sara cae profunda al poco rato, el baño y la comida le habían ayudado a recuperar el ánimo, Ana sigue despierta, pero en silencio. Solo se escucha la respiración fuerte de la señora y la suave de Sara, Otto se empieza a dormir cuando siente que llaman su nombre, se pone alerta, pero nota que no es ninguna de ellas, debe ser Paolo, cierra los ojos y se concentra en la voz, al instante comienza a oírlo mejor.

En medio de esa sensación de soledad, de un cuerpo físico que no está, Otto ve el rostro de Paolo en su consciencia, sabe que no está ahí, que es su mente la que está creando esa imagen del Deífico.

—¿Cómo han estado? —pregunta Paolo.

—Mejor, encontramos refugio con una anciana.

—Perfecto; nosotros estamos buscando la forma para traerlos a casa, pero creemos que es más fácil si ustedes están en una ciudad, tal vez la anciana los pueda ayudar —La voz de Paolo se siente fuerte y Otto la oye en todas las direcciones.

—Sí, ha sido muy amable, aunque no hemos hablado bien con ella, no entendemos su idioma, —responde Otto—. ¿Cómo está Serena? ¿Les contaste acerca de la profecía?

—Sí y no, solo le dije una parte, creo que es mejor que no sepa que ella… bueno, debe matarlo, no reaccionaría bien; aunque siento que en el fondo intuye algo. Raquel y yo empezamos a entrenarla en magia ofensiva y todo lo que no pudo hacer Delfina —Su voz se quiebra.

—Paolo, estoy preocupado por Sara; desde que tuvimos un encuentro con los hijos de Zain en Escocia no es la misma, no puede dormir, tiene pesadillas y a veces su mirada se pierde y se asusta. —La voz de Otto se oye temblorosa, y aun sabiendo que su cuerpo y su consciencia no están en el mismo lugar, puede sentir un nudo en la garganta.

—Esto ha sido muy difícil para todos —responde Paolo—, necesitamos estar juntos; ustedes ya tienen los anillos, solo necesitan volver y juntos podemos terminar esto… todo volverá a la normalidad. Igual que Sara.

—Gracias, Paolo, mañana buscaremos el pueblo más cercano… —Otto se queda en silencio súbitamente.

—Otto, ¿qué pasa?, sé que estás acá —La voz de Paolo hace eco en medio del vacío por el que se mueven—. ¿Otto?

—Escucho unos ruidos. Algo está pasando.

Ruidos de disparos y gritos llegan hasta Paolo, los sonidos envuelven todo el espacio por el que las conciencias de los brujos se mueven en el plano astral.

—¿Qué pasa? —dice Paolo, pero no recibe respuesta. Empieza a llamar a Otto con afán.

—Debo irme. Te buscaré mañana con la información que tengamos —La presencia de Paolo se aleja de Otto mientras experimenta esa sensación retorcida de regreso a su cuerpo.

Otto toma un momento en volver a sus sentidos; primero escucha unos gritos que no se identifican, sus manos recobran el tacto y las siente atadas sobre su espalda, está tendido boca abajo sin la posibilidad de moverse; cuando abre los ojos logra ver a Sara sentada a su lado,

atada de manos y pies, con los ojos hundidos en su cabeza y la boca amordazada, al lado de la joven, está Ana atada pero con una mirada de odio intensa, sangre sale de su boca mientras sus labios se mueven de forma casi imperceptible.

Los hombres de pie frente a ellos hablan en un idioma que ninguno entiende, Otto es levantado con fuerza y sentado al lado de las brujas; la anciana reposa en el borde de su cama, mirándolos con una expresión de satisfacción. Afuera suena la bocina de un carro, y luego un trueno que ilumina la calle, los tres cazadores se miran, uno de ellos muestra la bolsa donde cargan los anillos y habla con temor, los brujos no entienden una palabra, pero pueden notar que tienen miedo de tocarlos o verlos de cerca, discuten, parece que no saben qué hacer, hasta que de nuevo el carro suena y otro cazador sale con los anillos en la mano.

Varios truenos se sienten al mismo tiempo y la casa de madera comienza a crepitar con el golpe fuerte del viento. Los brujos saben que un hechizo directo contra ellos no funcionaría, los tres tienen amuletos gitanos amarrados del cuello. La puerta se abre de un solo golpe y el tercer hombre regresa cargando algo muy apurado, unos collares que ni Sara ni Otto habían visto antes, pero por la mirada de Ana no es algo bueno, la bruja más vieja alza la voz, un ventarrón abre las ventanas y la puerta como si el mismo viento viniera de adentro, afuera varios rayos comienzan a caer, chocan contra el piso encerrando la casa en un círculo; los cazadores luchan contra el viento para alcanzar a Ana, un rayo atraviesa el techo e impacta contra el pequeño horno y la pared se enciende en llamas, la señora grita asustada. Otto trata de concentrarse en el hechizo para liberarse de las ataduras, pero es agarrado por el tobillo y arrastrado hasta uno de los cazadores, Ana lanza un ataque de energía contra el hombre, pero él usa a Otto como escudo y ambos caen al suelo, allí el cazador con rapidez desenfunda un puñal y lo pone en el cuello del brujo, Sara grita, el viento baja su intensidad; el cazador le grita algo a Ana, pero ella solo lo observa con ira, los rayos dejan de caer afuera; otro de los hombres toma un collar y lo abre, dos cuerdas blancas y gruesas bajan por cada lado hasta el centro, donde sus cabos se separan y cargan tres piedras rojas opacas; Otto lo recibe en su pecho, justo cuando las piedras lo tocan dejan ir un destello y un viento frío sube por todo su cuerpo haciéndolo perder un poco de color en la piel, el puñal sigue punteando la piel del brujo y unas gotas de sangre bajan por su cuello. Ana mira los ojos llorosos de Sara y la sangre de Otto mojándole la camisa sucia, la expresión en la mirada de la bruja es de derrota y agonía, no se atreve a arriesgar la vida de Otto. El ventarrón se detiene y los truenos ya no se oyen.

Los cazadores le ponen el collar a Sara con mucha velocidad. Ana es la siguiente, no puede arriesgar las vidas de esos brujos, no después de la promesa que le hizo a Delfina, así que se deja capturar, luego pensará un plan para escapar; el cazador que no está amenazando a ninguno de los jóvenes avanza hacia Ana diciéndole algo que ella no entiende, la bruja mira a la anciana quien le devuelve la mirada con una suave sonrisa en sus arrugados labios, Ana ve la pequeña llama en la pared donde está el horno de piedra y antes de recibir el collar dice: Ignis, la pared se enciende en llamas; la mujer anciana se levanta de un solo brinco, comienza a gritarle en su idioma a los otros hombres y a correr de un lado para el otro. El collar se apresura y justo cuando toca los hombros de Ana, la llamas bajan, pero no desaparecen, la madera se está quemando por sí sola; la mujer sigue gritando pero los cazadores no le ponen atención, cada hombre toma a uno de los brujos y los arrastran fuera de la casa que se encuentra envuelta en llamas cada vez más altas; Ana, Otto y Sara son arrojados en la parte de atrás de un camión; la mujer corre hasta los hombres y comienza a golpearles la espalda y el pecho, uno de los cazadores le da un golpe y ella cae al suelo, una vez todos están en el auto, arrancan con un destino desconocido, dejando a

la dulce ancianita tendida en el piso con las llamas de un gran incendio como fondo.

Capítulo 24

Las luces de la carretera alcanzan a entrar por las pequeñas hendijas del camión, no hay nadie más encerrado con ellos, solo se oye el camino y el murmullo de sus captores en la parte de adelante. La sensación es abrumadora, Sara tiene la mirada perdida en el punto más oscuro del carro, su párpado late incontrolablemente, siente como si estuviera hundida en una piscina que se está calentando, apenas y puede asomar su cabeza para entender lo que pasa. Otto solo puede pensar en Delfina y cómo, tal vez, esto no habría pasado si ella no se hubiese sacrificado. Ana no se atreve a decir nada, su mente trata de descifrar un plan o una salida, sin embargo, todas las ideas que vienen a ella son inútiles.

Las luces de la carretera cambian y el rebotar de las llantas se convierte en un suave recorrido.

—¿Ana? —dice finalmente Sara— ¿Sabes qué es esto que nos pusieron?

—Se llaman piedras fósiles, es magia gitana —La decepción se nota en su voz y en su cuerpo adolorido—, son una mezcla de minerales con hechizos gitanos, es magia muy vieja, actualmente nadie puede hacer de estos.

—¿Cómo se pueden destruir? —pregunta Otto moviendo los dedos de sus manos con frenesí.

—Con mucha energía. Si la piedra se expone a un poder muy fuerte, puede ceder y romperse. —Ana recoge sus piernas y pasa los brazos atados por la espalda y los glúteos, para finalmente sacarlos adelante, su cuerpo descansa.

—¡Tú podrías hacerlo! —le dice Otto a Ana con emoción.

—¿Estás viendo el tamaño de estas piedras? Mi collar es mucho más grande que el de ustedes. —Efectivamente, las piedras que cuelgan del cuello de Ana son más grandes que las de los otros, tienen forma de gota de unos 13 centímetros cada una—. No puedo sentir nada de magia o energía, nada.

—¿Qué hay de los anillos? —dice Sara—, yo creo que tienen el poder suficiente para destruir estas piedras.

—¡Sí! Los anillos pueden romper esto, pero ellos los tienen ¿No? —Otto se acerca a ellas y baja el tono de su voz—. ¿Cómo vamos a quitárselos de nuevo?

—Les temen, ¿Vieron cómo los observaban? No creo que se atrevan a hacer nada con ellos, —asegura Ana, también bajando su tono de voz.

—¿Cómo podemos estar seguros de eso? ¿Qué tal que los vendan? —Su mirada en la oscuridad es de pánico y sus dedos siguen moviéndose.

—Les temen, son objetos de brujas, era un temor común en la Edad Media, se decía que las joyas de brujas cargaban maldiciones.

—¿Qué podemos hacer? —El sonido del roce de sus dedos desespera a Sara.

—Nada —dice la más joven poniendo sus manos atadas sobre las de Otto, cesando el movimiento.

—No podemos hacer nada por ahora —interrumpe Ana—, hasta que sepamos a dónde vamos o qué quieren hacer con nosotros. ¿Recuerdan lo que dijo Kamara? Tal vez si nos llevan a uno de esos lugares tengamos una oportunidad de escapar.

El auto comienza a saltar gracias a algunas rocas en el camino, después de un rato, notan que las luces que alcanzaron a entrar por pequeñas partes de la camioneta se alejan y titilan en la

distancia, han pasado un pueblo y ahora van por carretera abierta en medio del continente africano.



Un silencio atemorizado se siente recorrer la mansión, se desliza por las habitaciones al nivel de los tobillos, como una serpiente venenosa escurriendo el pánico entre los tres Síneros que quedan. Rafael está de pie frente a la pantalla donde se ve el portón del predio, inmóvil mira con detalle lo que pasa; un grupo de siete personas muy cerca de la reja canta un annularis; Silas y otras personas se alcanzan a ver discutiendo un poco más alejados. Bo llega y por un momento ambos observan lo que pasa, hasta que el Sínero alto, grande y lampiño, toca el brazo de Rafael y se miran directo a los ojos, hablando sin palabras. Un ruido los interrumpe.

—¿Qué está pasando? —pregunta Vasil, mientras entra a la habitación exaltado, sin embargo, nadie le responde, con fuerza mueve a los demás mientras se asoma a la pantalla, su expresión es fatal—. ¿Dónde están los cazadores? Se supone que deberían estar en la entrada.

Vasil sale a la puerta de la mansión y logra ver a los brujos tras el portón con los ojos cerrados, murmurando el conjuro. Afuera Silas nota la presencia de Vasil y se apura a dar una orden, un minuto después las cabezas de los cazadores caen rodando por el jardín. Vasil se recoge con horror y cierra la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —les dice a Rafael y Bo, ninguno responde—. Reunamos todos los amuletos que hay en la casa y los cristales que Delfina usó antes —Sale corriendo hacia el sótano.

El annularis cumple su efecto y la casa pierde una de sus protecciones, ahora Silas se para frente al portón de metal y cierra los ojos, luego extiende las palmas de sus manos al frente; su concentración se centra en el hechizo que usó Serena alrededor del predio, después de unos segundos dice:

—Ashen nuntiat mortem destruere —Sus manos tiemblan de forma progresiva—. Ashen nuntiat mortem destruere.

Las manzanas que Serena y los Síneros enterraron en los límites de la mansión están volviendo a la superficie, con dificultad la tierra los expulsa y de su centro sale un líquido espeso y gris.

Silas abre los ojos, da un paso atrás y con una apuesta sonrisa dibujada en la cara patea el portón y este se abre por completo; sin dudarlo avanza por el camino de piedra que conduce a la puerta de la casa, justo antes de subir las cuatro escaleras al recibidor, Vasil abre la puerta y se encuentra de frente con la presencia de Silas, mucho más alto que él y con una energía poderosa emanando de su mirada. El Sínero le apunta al rostro con un arma, pero el brujo no se inmuta, su sonrisa crece; la muñeca de Vasil comienza a arder como si unas esposas de hierro caliente se cerraran y lo apretaran, el dolor crece rápido, de forma incontrolable, hasta que bota el arma al suelo y cae de rodillas. Silas lo mira desde arriba con desdén, da la orden para que lo levanten mientras él camina por un lado y entra a la casa.

Dos de los hijos de Silas arrastran el cuerpo enojado de Vasil y lo sientan en el sofá blanco de la sala, los demás intrusos se reúnen dando la espalda a las paredes ocupando cada esquina de la habitación, el brujo observa la decoración con curiosidad.

—¿Por qué creíste que esta casa te protegería? —El tono de Silas es plácido, de satisfacción, muy irritante para Vasil—. Pensé que vivías en una biblioteca y sabías de estas cosas, cómo

puedes esperar protección de esta casa sin ninguno de sus brujos adentro.

Los demás brujos ríen a carcajadas hasta que unos pasos que vienen de la cocina llaman su atención, todos se quedan en silencio. Lentamente las figuras de Rafael y Bo salen de su escondite, los ojos del Sínero más alto están clavados en el piso de madera, pero el otro mira con curiosidad y temor a los nuevos intrusos.

—Gracias por unirse —les dice Silas a lo síneros y con un gesto de su brazo los invita a seguir hasta la sala, su mirada se detiene fija en Bo y lentamente avanza hacia él.

—¿Quién te maldijo así?

Bo no hace ningún gesto.

—¿Hace cuánto vives así?

Bo no alza la mirada, pero con sus manos levanta siete dedos.

—Pobre alma —Vuelve a su posición frente a Vasil—. Bueno, antes de comenzar quiero saber, ¿Dónde está el bebé? —Sus ojos van desde Vasil a Rafael.

—Arriba en la última habitación —responde Rafael con la voz firme, pero con un temor indiscutible.

—¿Me puedes enseñar dónde es? —A pesar de la amable petición, los ojos grandes de Silas muestran sus ansias por ver al niño.

Rafael solo asiente y camina hacia las escaleras, el brujo lo sigue. El palpitar del corazón del Sínero se puede escuchar al igual que sus pisadas en la madera. En silencio entran hasta el cuarto que alguna vez fue de Delfina, Silas se acerca a la cuna al lado de la cama y observa al bebé con mucha curiosidad, le toma los brazos y los levanta, le abre la boca y le revisa las encías, hace lo mismo con los ojos y las orejas, el bebé solo sonríe.

—Se ve sano. ¿Tú lo cuidas? —El tono que usa Silas es muy amable, tanto que intimida a Rafael más de lo que Vasil alguna vez pudo.

—Sí, aunque… —Duda en seguir hablando.

—¿Aunque?

—Se ve más grande. Mire —Mueve las mantas que lo arropan—. Un bebé de un mes no podría ser de este tamaño, parece de por lo menos cinco.

Silas se ríe:

—Este no es un bebé ordinario —El brujo toma el hombro del Sínero.

—Lo sé —responde con afán, sus manos sudan entre sus bolsillos—, queríamos que el parto fuera en un ritual, pero…

—¿Cuál es tu nombre?

—Rafael —Tragando saliva, él sabe quién es este hombre y más importante, sabe lo que puede hacer.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, señor —responde con afán.

—¿Por qué estás aquí?

Después de un momento de silencio, en el que pensó no solo la respuesta, pero la conveniencia de confiar en este brujo, dice:

—Poder —La mirada del Sínero toca el suelo—. Él nos prometió muchas cosas. Vasil nunca entendió lo que este niño es, en realidad.

—¿Y tú sí? —Con la mano le levanta el rostro para quedar viéndose directo a los ojos.

—Sí.

—Tú has sido una víctima, no solo de Vasil, sino de esos que se atrevieron a quitarte el

derecho a esta naturaleza, tu derecho a la magia. ¿Sabes quién soy, Rafael? ¿Quiénes somos?

—Sí.

—Nosotros queremos lo mismo que tú, poder —Silas se mueve hacia la ventana, la vista muestra la parte trasera de la casa—. Yo puedo darte lo que perdiste, solo pido algo en retorno.

—¿Qué? —Un nudo palpitante se acomoda en su garganta, teme lo que el brujo pueda responder.

—Lealtad, solo eso —Regresa frente a Rafael y lo toma suavemente por los hombros—. Seguirás cuidando del niño, si te parece bien.

—Sí, me parece bien. Gracias.

Silas estira su mano al Sínero, este la toma y la aprieta; Rafael acaba de firmar un contrato, acaba de ceder su lealtad por poder, sin embargo, siente una culpa que crece en su pecho, algo le dice que no debió apretar la mano de ese hombre.

En la sala, Vasil no puede evitar mirar de vez en vez a la persona encapuchada que permanece de pie en la esquina, lo altera aún más. No tiene la fuerza para imaginar qué harán con él, así que se aferra al pensamiento de que tal vez por ser el padre de la criatura tengan compasión y lo mantengan vivo por un tiempo, solo el necesario para planear un escape.

Silas y Rafael regresan, ambos con una sonrisa. El brujo toma una poltrona y la ubica frente a Vasil, cruza la pierna y pone sus manos juntas sobre ella.

—¿Vasil, no? —dice el brujo sin cambiar su expresión de conquista—, tenía muchas ganas de conocerte. Sabes, fue de muy mal gusto lo que pasó con esos cazadores.

Vasil traga saliva con dificultad, su nerviosismo aumenta, grandes cantidades de sudor bajan por el poco pelo que le queda, su camisa se llena de manchas mojadas.

—Pero vamos a dejar eso atrás. Por ahora. Vasil, ¿sabes dónde está Serena?

—No, no sabemos a dónde escaparon —Vasil titubea, mira a Rafael y a Bo, pero ambos lo ignoran.

—Te creo —Voltea a ver al grupo de súbditos a su derecha—. Necesitamos monitorear la ciudad, quiero saber cuándo se haga magia, dónde y quién.

Cuatro de los brujos asienten y se retiran de la casa con rapidez. Vasil no puede evitar sentir envidia por esa clase de obediencia, algo que nunca pudo tener de los suyos. Silas regresa su atención al sínero, lo observa por casi un minuto, hasta que voltea hacia Rafael.

—¿Puedo pedirte un favor? Tú conoces más la casa.

—Sí, señor, claro —Responde Rafael con entusiasmo.

—¿Podrías hacer un poco de té? Vasil y algunos de nosotros estaremos aquí un buen rato —Sonríe tranquilo.

Vasil puede ver en el afán de Rafael más que una urgencia por sobrevivir, una admiración que nunca sintió por él, de verdad quiere servirle y sabe que Silas no perderá esta oportunidad, ahora mismo lo tiene atrapado en su magnetismo. Con una sola mirada a sus brujos, Silas despeja el lugar, solo quedan tres de sus hijos, uno en cada entrada y la figura encapuchada aún en la esquina del cuarto, inmóvil.

—Vasil… voy a necesitar que me cuentes todo lo que sabes sobre Serena y los brujos que están con ella. Y… lo que están haciendo realmente los otros tres en sus viajes por el mundo.



—No están muertos. Yo sé que no lo están.

—Lo sé, lo sé —dice Raquel—, pero sabemos que los perseguían cazadores de brujas...

—Si los hubieran atrapado, ya estarían muertos —Paolo recibe unas ramas de caléndula y un diente león que Raquel le entrega—. Han pasado dos días, los cazadores no secuestran brujas, las matan a la primera oportunidad. Yo los siento, débiles, pero los siento. Debemos hacer algo rápido.

—No han muerto, eso es seguro. Pero… —Raquel se toma un momento para entender la idea que se le acaba de ocurrir—. Su magia es la que no puedes sentir... tal y como estábamos nosotros en la mansión.

—No pensarás que…

—Es exactamente lo que estoy pensando —Las plantas que recoge sienten su exaltación—. Tienen que estar usando collares de piedra fósil o un amuleto parecido. Están en África ¿No?

—¡Claro! Eso debe ser —Lo que dijo Raquel abrió muchas posibilidades para la imaginación de Paolo, tiene muchas dudas que deberá resolver pronto—. Tenemos que rescatarlos.

Con una pequeña cosecha de productos regresan a la cabaña, en la cocina tienen una olla con agua que se calienta sobre una pequeña flama. Serena está en la sala con algunos libros abiertos; los libros de las sombras tienen pedazos de papel entre sus páginas, separando ideas. Los brujos dejan la caléndula y el diente de león en el agua y se unen a la más joven.

—Muchos de estos libros son los mismos que están, o … estaban en la mansión. —Paolo se sienta y toma un libro pequeño con la portada muy frágil.

—Pero lo más importante está en estos tres ¿Verdad? —Serena señala los libros de las sombras.

—Lo más importante para nosotros, pero hay mucha información sobre magias que no están en los libros de las sombras —El Deífico ahora toma un libro de las sombras y lo abre en una de las marcas, ya perdió la cuenta de cuántas veces ha leído el mismo hechizo, pero la verdad es que le teme.

Las burbujas en el agua hirviendo sobre el fogón son el único sonido que se escucha en la cabaña; por unos minutos cada uno ha retomado a un silencio cómodo que se ha apoderado de su dinámica los últimos días. Serena tiene una idea, le parece un poco obvia así que no la dice de inmediato, después de meditarla, decide preguntar:

—Tengo una duda.

Los ojos oscuros de Raquel se clavan en ella, Paolo se une y sin decir nada ambos brujos esperan que continúe con la pregunta.

—¿Por qué… estamos buscando hechizos o magia para traerlos de regreso? —Serena puede notar la confusión en la mirada de ambos.

—Eh, ¿a qué te refieres? —responde Raquel.

—No, lo que quiero decir es que recordé lo que Delfina me explicó… sobre el dinero del coven y las propiedades. Tal vez sea más fácil hacer las cosas de forma tradicional, más normal.

—¿Te refieres a ir a un banco, viajar en un avión hasta África y traerlos? —responde Paolo en un tono muy calmado, casi reflexivo—, esa sería la forma… más fácil de hacerlo en este momento sí, pero es justamente la última forma que podemos usar.

—Serena, es muy riesgoso —dice Raquel—. Para que Paolo pueda tener el poder de las propiedades o el dinero primero tendría que tomar estos papeles —La bruja abre el libro de las sombras verde, la última página es un sobre con algunos documentos adentro—. Luego tendría que exponerse en la ciudad, hacer las diligencias legales como cualquier persona y, lo más importante, recibir a un delegado del banco en la mansión y muchos otros documentos que

pueden tardar meses. Eso, sin contar con que los hijos de Zaín ya tendrán la ciudad vigilada.

—Mm, entiendo —responde aún con la mente envuelta en varios pensamientos, tal vez había leído tanto sobre hechizos y magia que su imaginación había comenzado a divagar entre las posibilidades.

Paolo se levanta y observa la olla, con cuidado la mueve a un lado, donde el fuego ya no la toca y sirve tres tazas del líquido; las comparte con sus brujas y retoman la búsqueda.

—¿Qué es una Tolvanera de Fuego? —pregunta Serena, mostrándoles una ilustración en un libro—. No explica nada aquí, solo esta imagen.

—Es como una especie de tornado de fuego —responde Paolo—, que se puede invocar en nuestra ayuda.

—¿Invocar? ¿Cómo un hechizo?

—No, un hechizo crea el cambio, la magia. Una Tolvanera de Fuego es más como una fuerza, como un espíritu del fuego por así decirlo; tú lo puedes llamar y si eres lo suficientemente fuerte, puede actuar bajo tu comando.

—Pero dicen que es muy difícil de controlar —aporta Raquel—, ese tipo de magia tiene su propio temperamento.

Paolo agacha la mirada y retoma al libro de las sombras donde tiene la página marcada, la observa con curiosidad, como si quisiera leer más allá de las palabras escritas.

—¿Qué quieres decir con ese tipo de magia? —pregunta Serena.

—A ese tipo de magia le decimos magia de invocaciones, hay muchas fuerzas en el mundo y en la naturaleza que no puedes hechizar, solo puedes invocar, como la Tolvanera de Fuego, por ejemplo, comandar los truenos, la necromancia e incluso levitar —Raquel no puede evitar sonreír al ver la emoción en los ojos de Serena.

—¿Ustedes han levitado? —pregunta ansiosa.

—Una vez —sonríe Raquel, dejando ver los meses de descuido con un tono amarillento en su dentadura—. Pero fue muy difícil, no he vuelto a practicar mis invocaciones.

—Podríamos hacerlo juntas —dice la joven con mucha emoción.

Por un momento las dos ríen, Paolo permanece con su mirada en el libro, pero atento a la conversación.

—Se necesita poder y un nivel de control —Paolo se levanta y se sirve más té—. Fue buena idea dejar hervir el jengibre primero —Le dice a Raquel.

Cuando el Deífico regresa a su puesto, Serena tiene el libro de las sombras rojo y la página que mira con emoción es la misma que Paolo ha estado analizando por días.

—Oh, este es el hechizo que Delfina me mencionó hace tiempo —La bruja enseña el libro; al inicio de la página se lee: «Para las distancias», con una tinta roja y caligrafía diferente, se lee más abajo: «Viaje tiempo-espacial»—. Ella dijo que había hechizos que te ayudan a viajar o algo así.

Paolo no responde nada, pero mantiene una expresión amable. Raquel se interesa y rápidamente lee las páginas del ritual.

—No lo sé, intentar esta magia puede ser peligroso. ¿Qué tal que funcione, pero llegues a otro destino?

—Ese es el riesgo —aporta Paolo, con sus ojos puestos en el libro que ahora Raquel sostiene.

—Toda magia es riesgosa ¿No? —dice sorpresivamente Serena—, eso fue lo primero que tú me dijiste cuando empezamos a practicar de nuevo.

Raquel ríe. Paolo mira con fuerza a Serena, parece que sus últimas palabras lo han impulsado

a tomar una decisión.

—Vamos a intentar esa invocación —Sube la mirada para ver la reacción de sus brujas, Serena expresa emoción, pero Raquel le regresa la mirada con preocupación.

—Aún no estamos tan desesperados —dice muy seria, moviendo su cabello negro hacia atrás y dejando ver su rostro pálido.

—Sí lo estamos. Llevo meditando esta idea desde que los capturaron, siento que es la única forma de rescatarlos —El Deífico se ve muy serio, sus ojos claros se llenan de lágrimas que no salen.

—¡No lo estamos! —Insiste Raquel— Aún tenemos tiempo para decidir qué hacer, no podemos apresurarnos.

—¡¿Tiempo?! —Paolo se levanta, su rostro se enrojece—. ¡Tiempo es todo lo que no tenemos! Sara y Otto en cualquier momento pueden estar muertos, ¡en cualquier momento! Y lo más triste es que su muerte no es lo peor que puede pasar.

—¿Qué quieres decir? —Raquel se levanta de su posición también, la reacción de Paolo la asusta.

—¡Los anillos! Si perdemos los anillos, todo habrá sido en vano, la muerte de Delfina no significaría nada, y el sacrificio de Sara y Otto sería inútil. El destino de este coven es acabar con Asmodeo, por eso necesitamos reunirnos porque somos más fuertes juntos —Paolo respira profundo, la calma llega lentamente a él—. No tenemos opciones y, sobre todo, no tenemos tiempo.

Unos minutos de silencio se dejan pasar en la cabaña, Serena siente una mezcla de emoción y miedo. Raquel se queda sumergida en un pensamiento, el borde de sus ojos siempre se oscurece cuando parece estar pensando algo serio.

—Tenemos que confiar —dice Paolo, mirando fijo a Raquel.

—Tengo miedo, temo perderte y temo perder a Otto y Sara.

—Yo también tengo miedo —responde el Deífico en un tono muy suave.

Raquel suspira, traga saliva y dice:

—Yo confío en ti, creo en ti. Tú eres nuestro Deífico. ¡Intentémoslo!



****

La puerta se abre, una línea de luz entra con fuerza y se clava en la pared junto a Vasil, nunca había visto ese efecto desde la perspectiva en la que está ahora. Las manos y pies del líder de los Síneros están atados a unas cadenas que a su vez están atadas a la pared del sótano; su cuerpo reposa sobre el mismo colchón en el que Raquel y Paolo vivieron por meses.

Durante estos días encerrado ha oído mucho movimiento en la casa, charlas y risas, sonidos que lo ponen muy incómodo y lo perturban demasiado. ¿Qué será de él? Nadie le dice nada; Rafael es el único que ha bajado a darle un poco de comida, pero no se atreve a mirarlo a los ojos o dirigirle palabra, solo pone la bandeja cerca y se va.

Hoy hay más ruido que los últimos tres días y ahora que Rafael abre la puerta el sonido es más claro. El Sínero entra, su rostro ha cambiado desde la primera vez que llegó a la mansión, se dejó la barba y un pequeño afro; pone la bandeja en el suelo, con una taza de sopa y un pan, se levanta y camina directo a la salida.

—Perdón… —dice Vasil con la voz quebrada.

Rafael voltea a verlo.

—Perdón —repite Vasil—, yo no quería que nada de esto pasara.

—Si la situación fuera al revés y yo estuviera en tu posición, me habrías quemado vivo sin dudarlo —El rostro de Rafael se enciende en un rojo oculto por la sombra del cuarto—. Incluso en este momento puedo ver en tus ojos que lo único que te importa eres tú mismo; y está bien, no hay nada de malo en eso. No hay nada de malo en eso hasta que otros empiezan a morir por tu culpa, por tu… desinterés.

—Lo sé, todo esto es mi culpa, y tengo que vivir con eso cada minuto de encierro. Por eso lo único que te pido es perdón, necesito que me perdones.

—¿Necesitas? —Rafael se acerca un par de pasos y se agacha al nivel de Vasil—. Ya no se trata de lo que necesites. Tu estupidez mató a casi todos mis compañeros, mi… familia; ahora yo salvaré lo que queda del clan.

—¡Por favor, Rafael! Perdóname —insiste Vasil.

—No me importa, no me interesa perdonarte, Vasil —Se levanta y camina hacia la puerta—. En este momento solo me interesa lo de esta noche. Quiero que sepas que todo lo que te va a pasar hoy, te lo mereces.

—Por favor, Rafael —insiste el Sínero—, por lo menos dile a Bo que venga a verme.

—Ahórrate el drama. Bo no vendrá.

—Claro que vendrá, Bo siempre me ha sido leal, él vendrá. Dile.

—Tienes razón en algo —Una suave e inconsciente sonrisa se le ve mientras habla—. Bo es leal, es muy leal; así lo entrenaste, para que obedeciera sin preguntar, pero no es idiota, él sabe lo que eres… ahora encontró a alguien que apreció su lealtad. Y yo también.

Vasil muestra la intención de hablar, pero Rafael es más rápido y sale de la habitación antes de que diga algo.

La mansión ha cambiado mucho en los últimos días, desde que Silas tomó el poder, sus brujos han dedicado cada hora del día a modificar la casa; el color blanco de las paredes ahora es un verde oscuro y los muebles fueron reemplazados por unos negros de cuero que forman un gran círculo en el centro de la sala; la mesa de madera de la cocina fue sustituida por una de mármol café.

—¡Hoy es el día! —dice Silas con mucha energía, mientras Rafael termina de subir las escaleras del sótano—. Yo estoy muy emocionado, cada vez que hay una iniciación siento que estamos más cerca de alcanzar nuestro propósito.

El bebé luce cómodo en los brazos del brujo; en el tiempo que Rafael ha atendido al niño, nunca lo había visto tan tranquilo con alguien.

—Caminemos —dice Silas liderando el paso entre la cocina, hacia el patio trasero—. Como sabrás, lo que esas horribles brujas te hicieron cuando te echaron de su coven fue maldecirte; nuestro ritual te devolverá todo lo que una vez pudiste hacer, tu conexión con este mundo y todo lo que te quitaron será tuyo de nuevo… pero, debido a la maldición, tus habilidades volverán progresivamente, mientras la influencia de Asmodeo… —Le hace una mueca al bebé y este sonríe tiernamente—, crece en ti, hasta que seas libre del todo. Paciencia.

La parte de «la influencia de Asmodeo crece en ti» no le gusta mucho a Rafael, por un momento se pregunta si está tomando una mala decisión otra vez.

—Aquí será la ceremonia esta noche.

Varios brujos se ven apilando madera en distintos puntos del patio.

—Estoy emocionado —dice Rafael, pero en realidad lo correcto sería decir que está asustado.

—Lo sé, yo también. ¿Por qué no vas a prepararte para el ritual?, las ramas para el baño ya están listas —El brujo se ubica para que ambos queden frente al otro y con una grande y hermosa sonrisa le dice—: Esta noche, Bo y tú deberán probar su lealtad al aquelarre, a mí y a Asmodeo cuando esté dentro de este pequeño cachetón —El bebé ríe dulcemente y apoya su cabeza en el pecho del brujo—. Ve y alístate.

Un par de horas después, cuando la noche ya está sobre ellos, los brujos salen uno a uno de la mansión al patio trasero; en total unas veinte personas forman un círculo con una fogata en el centro. Rafael, Bo y una bruja de cabello corto son los últimos en entrar. En el centro, casi de la misma altura del fuego, está Silas, su sonrisa recibe a los tres próximos integrantes de su coven; el carnero que siempre los acompaña permanece al borde del círculo con los demás miembros.

Antes de iniciar, un par de brujos arrastran a Vasil por el patio hasta que llega a los pies de Silas, lo sientan en el suelo y se aseguran de que sus manos y pies estén bien atados, luego se unen al resto.

—Vasil, qué bueno que nos pudiste acompañar, tu presencia esta noche es de mucha importancia —Silas se agacha a la altura del Sínero y lo mira a los ojos—. Hoy serás testigo de la verdadera magia, el poder real. Sé que lo extrañas.

Se levanta con una sonrisa y hace una seña a los tres próximos brujos, cada uno se para dándole la espalda al fuego mirando a diferentes puntos del círculo. Silas conjura la protección del círculo y continua con el ritual.

—Nuestro coven recibe esta noche tres nuevos brujos, brujos quienes consagrarán su vida a nuestro propósito. Hoy sus vidas serán nuestras vidas y las nuestras las de ellos. ¿Están listos?

—¡Sí! —responden la mujer y Rafael, Bo asiente con la cabeza.

—Bien —Silas se ubica frente al carnero y en un bajo tono le dice—: ¡Oh, señor de los misterios, te hablo a ti bajo de agus, sydonay, chammadai, señor rey de los muertos, te pido, manifiesta tu presencia entre nosotros! ¡Epikielo vex dimoniorum!

El carnero agacha su cabeza y bala con fuerza, mientras las pupilas de sus ojos se dilatan por completo; Silas sonríe y vuelve a su posición. Los demás celebran la visita del demonio. Vasil a unos metros del animal respira con dificultad, la presencia de Asmodeo lo hace estremecer, mientras la preocupación por su vida crece, no entiende para qué lo tienen ahí.

—Este coven solo pide en retorno lealtad, la capacidad para defender nuestra causa y a nosotros mismos —El brujo llama a tres de sus seguidores del círculo, cada uno se pone frente a uno de los aspirantes al coven, de su túnica sacan un puñal y se los apuntan justo en el pecho—. Que mi pulso no sea firme si lo que sale de tu boca no es verdad —Rafael siente la punta del puñal punzando su pecho—. ¿Te unirás a nosotros, dejando tu vida antigua y aceptando la influencia del bajo de agus llenándote de libertad?

—¡Sí! —responde Rafael.

—¿Qué le entregarás al coven, Rafael?

—Toda mi lealtad —De reojo alcanza a ver a Vasil viéndolo con una cara de terror.

El puñal en la mano del hijo de Silas se pone firme, como si se empujara contra el pecho de Rafael, pero sin hacerle daño.

La joven responde lo mismo que Rafael cuando es su turno, mientras que Bo, simplemente asiente con la cabeza y siempre mira directo a los ojos de Silas.

—Rey de los muertos, bajo de agus; toma estas almas y regrésalas ungidas con tu don.

Tan pronto Silas termina de hablar, los brujos hunden el puñal en el abdomen de los aspirantes, los tres caen al suelo en el acto.

—¡¿Qué hacen?! —grita Vasil, no entiende qué está pasando, el ritual iba muy bien según como lo recuerda, pero les clavaron el puñal—. ¡Los mataste, les prometiste algo y los mataste!

—Tranquilo, Vasil, yo no soy como tú, yo sí cumplo mis promesas, ellos volverán como brujos con dominio y poder; esto es solo… una ofrenda por tan preciado regalo —Silas recibe un cáliz, de su propia túnica saca un puñal curvo y corta su dedo; la sangre se desliza suavemente por los bordes dorados de la copa. Los tres brujos que lo acompañan en el ritual rompen la ropa de los aspirantes—. Ahora hacen parte de nosotros —Silas pasa por cada uno aplicando un ungüento que saca de la copa dorada. La herida ensangrentada de los aspirantes, junto con la pomada hacen una pasta que les cubre el abdomen. Un minuto después, los nuevos brujos se levantan con facilidad, como si nada hubiera pasado.

Vasil ve con sus ojos estremecidos como Bo y Rafael se sacuden el abdomen y regresan a su posición frente al fuego.

—Esto no es natural, no es magia. Te estás metiendo con cosas que no entiendes —El carnero sopla haciendo que Vasil salte a un lado.

Silas camina ceremonialmente hasta el Sínero y lo mira desde su altura.

—¿Qué sabes tú sobre entender la magia? Tú precisamente, quien malinterpretó la profecía, tú, el mismo que se hizo expulsar de su coven. Tú opinión no vale nada porque no sabes nada sobre el verdadero poder —Llama a Rafael y a Bo, ambos se acercan—. El caso de ustedes es uno particular. Su lealtad está puesta a prueba y no solo por mí, por Asmodeo y por todos ellos. Para ser miembros completos deben demostrar una lealtad absoluta, solo cuando no haya duda, serán realmente bienvenidos.

Silas los mira a cada uno directo a los ojos, luego le entrega a Rafael el puñal curvo que lleva bajo su túnica, el nuevo brujo lo recibe con firmeza y da un paso al lado.

—Tú eres más que esto, Rafael —dice Vasil con la voz temblorosa y cortada.

El nuevo brujo se acerca a su exlíder y agacha la cara a la mirada hundida de Vasil. Por un segundo hay un pensamiento de arrepentimiento en la cabeza de Rafael, pero decide continuar con su deber.

—No hagas esto —dice Vasil, esta vez con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias por todo, Vasil. Espero que ardas en el infierno —De un solo movimiento Rafael clava el puñal en el abdomen de Vasil, el Sínero reacciona con un sonido de angustia, con un llanto ahogado. El nuevo brujo regresa a su posición observando agonizar al que una vez fue su mentor.

—¡Maravilloso! —dice Silas, felicitando a Rafael con un suave abrazo y un beso en la mejilla —. ¡Observen todos! Este hombre muere hoy en presencia de Asmodeo, Rafael ha mostrado su lealtad a nuestro coven —Todos celebran—. Bo, es tu turno. Puedo ver en ti una enorme fuerza y coraje, muéstranos tu lealtad, Bo, muéstranos la compasión que tenemos con esos que nos han dañado.

Vasil está cubierto de sangre, casi no puede mantenerse sentado; Bo llega a él despacio y lo ayuda a mantener el equilibrio, nadie habla, no se oye más que el ruido de la madera quemándose. El Sínero llora mientras su boca bota sangre, Bo le toma el rostro dulcemente.

—Bo, quiero que …

Antes de que Vasil termine de hablar, Bo mueve sus manos por el rostro y la cabeza de su exlíder, de un solo movimiento le rompe el cuello. Después del crujido, el nuevo brujo suelta su cabeza con delicadeza mientras el cuerpo cae en el césped, por un rápido momento siente algo de pena, ver reducido al que alguna vez fue su protegido lo desconcierta, sin embargo, la

satisfacción del poder que le recorre por su cuerpo es más grande.

Finalmente, el carnero bala con fuerza, todos comienzan a gritar, la celebración comienza, se forman en una fila para saludar a los nuevos brujos con alegría. Rafel es rodeado por su nueva familia, todos lo abrazan y lo besan, pero, entre la gente aún se asoma la cara sin vida de Vasil, mirándolo con ojos sin luz que juzgan su hipocresía.

Capítulo 25

El calor es insoportable, la lona negra que cubre el camión escurre goteras calientes, incluso el aire que entra por la puerta trasera y entre la lona que cuelga se siente hervir. Sara nunca había sentido tanto sofoco en su vida, sus labios están pálidos y partidos, su mirada fija en un punto al frente mientras su cuerpo baila al ritmo de la carretera. Lo que más les preocupa a Otto y Ana sobre Sara, es su estado mental, ¿Dónde está su mente? Su actitud aislada y las reacciones que ha tenido dormida los llevan a pensar que ella está más afectada de lo que ellos creen.

En total han pasado casi seis días desde que fueron capturados.

El primer día en la mañana, el camión se detuvo tan pronto salió el sol, estaban a las afueras de una ciudad que ninguno logró reconocer; allí las condiciones cambiaron, cada uno fue liberado de sus ataduras y esposado a la estructura de metal del camión; las puertas fueron abiertas y ajustadas desde adentro, la lona que cubre todo el camión fue soltada atrás para que permitiera entrar el aire y no sofocara a los brujos, quienes a su vez recibieron dos botellones llenos de agua, un botellón vacío y una bacinilla junto con la instrucción de reunir en el botellón vacío todo lo que llegue a la bacinilla. Su única alimentación eran pedazos de pan que los cazadores les entregaban en una bolsa blanca varias veces al día.

—Lo bueno es que nos quieren mantener vivos —dijo Ana ese día después del atardecer.

—¿Lo dices por el agua y el pan? —respondió Otto—. ¿Crees que nos den más agua cuando esta se acabe?

—Tal vez. Creo que nos llevan a uno de esos lugares que mencionó Kamara.

—Yo también creo lo mismo, desde hace horas solo veo tierra y arena detrás de nosotros —El brujo se siente bastante preocupado, algo le dice que su destino puede llegar a ser peor que la muerte.

El segundo día de carretera no fue muy diferente, esta vez pasaron por una pequeña aldea con casas rústicas de madera y roca.

—Tu dijiste que una gran cantidad de energía podía romper las piedras ¿Verdad? —Le preguntó nuevamente Otto a Ana esa tarde, mientras el recorrido los llevaba por el medio de un ventarrón.

—Sí… O bueno, eso es lo que tenía entendido —respondió la bruja.

—Eso quiere decir que la magia gitana no es indestructible —asumió Otto.

—No, para nada. La magia gitana viene de la misma fuente que la nuestra, solo que ellas encontraron la forma de bloquear nuestra conexión, por eso nuestros hechizos no funcionan.

Sara no participó en la conversación, estuvo de espaldas, acurrucada, cubriéndose los oídos para no oír nada sobre el tema.

—¿Podríamos hacer un ritual con esto puesto? —continuó Otto.

—Mm no sé —le respondió Ana comiendo un poco del pan seco—, yo creo que sí, un ritual no es un hechizo o un conjuro, es más una invocación.

—¿O sea que se pueden hacer invocaciones?

Ana estuvo callada por un momento, recordando lo que tal vez había leído, o lo que sus siglos de experiencia le enseñaron.

—Sí, creo que sí se puede —respondió finalmente.

—¡Tú puedes hacerlo! Lo has hecho antes —insiste el brujo extrañamente exaltado—.

¿Recuerdas la tolvanera de fuego en Italia o la necromancia?, tú nos puedes sacar de esto.

—¿Y tú crees que es fácil hacerlo con esto puesto? —responde la bruja en voz baja pero muy cerca de Otto—, esas invocaciones requieren poder, poder al que como ves por el momento tengo acceso limitado; necesitaría tiempo para lograr algo con estos collares puestos, sin mencionar que necesitaríamos por lo menos uno de esos dos muertos, o al menos más elementos, solo decir las palabras no hará nada de forma inmediata.

—Entiendo —dice Otto con la emoción de nuevo abajo—, por lo menos tenemos opciones, yo confío en que algo va a pasar a nuestro favor, confío en que Delfina nos está cuidando.

Ana quiso aferrarse a ese mismo pensamiento, pero se le hizo más difícil, sentía que cada vez estaban peor y que su camino sin duda iba hacia una muerte más.

El tercer día Sara no se movió de su posición, por mucho que los demás le insistieron para que comiera un poco o bebiera agua, ella no se inmutó, decía que no tenía hambre o simplemente sacudía su cabeza; las palabras de Otto y Ana pasaron desapercibidas para ella, era como si se obligara a estar en otra parte, en un lugar donde no podía sufrir.

El cuarto día, cuando el sol estaba más intenso y justo sobre ellos, la joven bruja comenzó a temblar, su cuerpo crepitaba en todas sus articulaciones; Otto y Ana lograron llamar la atención de los cazadores golpeando la parte que da a la cabina del camión. Después de una rápida revisión, uno de sus captores movió a la joven bruja cerca a Ana para que pudiera darle agua, no dijo nada más, solo les hizo entender con gestos que le debían dar mucha agua, por lo que dedujeron que estaba deshidratada; el día anterior no había comido ni bebido nada y el calor era inclemente.

En el quinto día en la carretera Sara ya había recuperado fuerza, entre Otto y Ana la obligaron a tomar agua todo el tiempo, incluso ellos también comenzaron a hacerlo; se dieron cuenta que debían mantenerse hidratados y alimentados con lo poco que les daban, era la única forma de soportar un viaje tan extremo.

—Estamos en el desierto ¿Verdad? —preguntó Otto iluminado por un destello naranja que entraba y salía por la lona negra.

—Eso creo —respondió Ana—, creí que estábamos viajando por alguna carretera, entre ciudades, pero no hemos parado en ningún pueblo en días.

Horas después, en medio del silencio nocturno, Sara levanta su mano.

—Hay una línea blanca en el cielo —dijo repentinamente con los ojos puestos en el espacio que se abría entre la lona oscura.

—Es la vía láctea —dijo Ana acercándose y tratando de ver a los lados—, definitivamente estamos en el desierto.

Es la mañana del sexto día. El sol salió hace poco así que el calor aún no es tan intenso, sin embargo, se siente el viento soplando fuerte contra ellos. El repentino movimiento brusco del camión despierta a Ana, quien momentos después, nota que la carretera se ha puesto más rocosa. Entre la lona no logra ver mayor cosa, el suelo es diferente, menos arenoso y más firme, a lo lejos la bruja alcanza a identificar un muro de rocas, con varios escombros a su alrededor, como el rastro de unas paredes que se construyeron ahí.

El auto continúa avanzando por varios minutos más, pero a una velocidad mucho menor; Sara y Otto se despiertan y se unen a Ana para tratar de descifrar dónde están.

—¿Por qué vamos tan lento? —pregunta Otto.

—Creo que llegamos a algún lugar —Justo cuando Ana responde, el camión se detiene.

—Estamos en medio de la nada —dice Sara.

—Escuchemos —sugiere Ana, tratando de identificar algo de la conversación de afuera.

La charla es incomprensible para ellos, pero logran identificar las voces de los dos hombres que los han transportado y una tercera que habla con mucha seriedad. De repente el nuevo hombre grita, un segundo después alguien desde la distancia le responde.

La lona del camión se abre súbitamente y un viento suave pero caliente golpea a los brujos; uno de los cazadores sube a desatar la cadena del brazo de Ana, tan pronto la libera, el otro cazador le apunta con un rifle. Uno a uno los tres brujos son desatados y arrojados fuera del camión al suelo caliente y lleno de arena. Es solo cuando los ponen de pie que se dan cuenta dónde están y pueden dimensionar el problema en el que están metidos. Sara, Ana y Otto están parados a unos metros de lo que alguna vez fue un edificio o un templo no muy alto, pero sí extenso; de pie solo quedan algunos muros, esquinas y pilares, construidas con ladrillos y tierra, escombros que ahora pasan los días caídos en el suelo hirviente del desierto.

Por un costado de las ruinas se logra ver otro edificio más pequeño que el que tienen en frente, pero más destruido, sus ladrillos gastados muestran que ha estado ahí por mucho más tiempo. Bajo otro contexto este lugar sería algo hermoso de ver; la historia que puede haber bajo esos ladrillos derrumbados; los deslumbrantes horizontes naranjas, lejanos hasta donde alcanza la vista y el clima exótico; pero para la desgracia de los tres brujos, su realidad es desoladora.

Aparte de las ruinas no hay nada más a su alrededor. Nada. Hacia cualquier dirección a la que lleven los ojos solo se ve desierto, tierra y polvo que se extiende por todas partes.

Ninguno de los brujos es capaz de decir algo, están tan abrumados por el lugar que sus palabras se quedan ahogadas. Uno de los cazadores regresa al carro y con mucho cuidado saca la bolsa donde llevan los cuatro anillos de las brujas; Otto se propone tratar de mantener siempre a la vista los anillos y fijarse bien qué harán con ellos; por su actitud, parece que ninguno quiere cargarlos.

Nubes cubren el sol, pero el calor se mantiene; comienzan a caminar junto con los tres hombres rodeando las ruinas más cercanas; no pasa mucho tiempo para que los tres estén sudando por cantidades. Unos metros adelante de las ruinas más pequeñas y viejas, se empiezan a ver unos objetos, al principio el efecto del sol contra la piedra hace que un techo de tela se vea deformado, pero con cada paso todo se hace más claro; frente a ellos se forma una tienda de tela verde y blanca, redonda y bastante amplia; a la izquierda hay otras dos tiendas de tela, cuadrados que tiemblan con el viento, una más grande que la otra, de colores azul y café. De la tienda cuadrada más grande sale un hombre alto y barrigón vestido con una túnica azul, un turbante blanco y un largo collar dorado, parece arrastrar algo con él, pero no es claro hasta que da unos pasos hacia ellos; para sorpresa de los brujos, el hombre está arrastrando por el cuello a un tigre grande y viejo, de movimientos lentos y pesados. Los cuatro hombres comienzan a hablar en su idioma, el personaje del tigre ríe a carcajadas y habla muy fuerte mientras mantiene su animal viejo controlado, después de un momento de risas, uno de los dos cazadores de brujas le enseña la bolsa donde cargan los anillos, el hombre da un paso atrás y su semblante cambia; le ordena al hombre llevarla a la tienda cuadrada más lejana, la pequeña; el cazador obedece y cuando se une a los demás, caminan hacia los tres brujos, el hombre del turbante y su bestia se paran justo frente a ellos. Después de mirarlos bien, les dice unas cosas en su idioma, indicaciones, pero ninguno entiende nada, solo pueden mirarse entre ellos.

—Vayan a la tienda más grande —dice el hombre en francés, pero con un acento difícil de entender—. ¡Vayan a la tienda más grande! —repite, esta vez impulsa su tigre al frente, haciéndolos saltar.

Ana entiende lo que dice y les explica a los otros; con miedo caminan hasta la tienda más grande, unas manos los entran con fuerza y por un par de segundos el fuerte cambio de luz no los deja ver nada; cuando pasa la desorientación pueden observar a dónde han llegado; unas cincuenta personas se encuentran sentadas en el suelo de la tienda, sobre alfombras o telas, con un plato de comida en las manos; más de cien ojos en ese lugar están puestos en los tres nuevos condenados, observando con temor los collares que llevan puestos.



El sol se empieza a ocultar tras los árboles en el occidente y el cielo se tiñe de un naranja pálido.

—No me gusta que tengamos que hacer esto en la noche —dice Raquel.

—Nada de este plan te gusta —responde Paolo—. Necesitamos que haya luna llena, más poder logrará un mejor resultado.

—No lo sé —insiste la bruja.

—Raquel, creí que ya habíamos aclarado tus preocupaciones; si esta noche entramos con dudas a la cascada, si no confiamos en lo que vamos a hacer, entonces algo sí saldrá mal. Necesitamos tener fe.

La bruja no puede responderle nada, él tiene razón, su actitud y su miedo no están aportando mucho a la situación; si en verdad quiere que las cosas salgan bien, debe confiar.

Serena sale por la puerta delantera, lleva un vestido azul claro y unas sandalias café de cuero gastado; en sus brazos carga una canasta de mimbre. El vestido de Raquel es blanco, pero es tan viejo que la tela ahora se ve amarillenta. Por su parte el Deífico va vestido como si fuera a dar un paseo, lleva puesto un pantalón de carga verde con muchos bolsillos a los lados, cada uno lleno de varios elementos y conjuros; una camisa café también con varios bolsillos y unas botas.

—Apenas dejemos la protección de la cabaña, vamos a estar más vulnerables —les advierte Paolo—, por eso debemos estar atentos a cualquier cosa extraña que sintamos. ¿Ok?

Ambas aceptan y comienzan el camino hasta el lugar donde se va a realizar el ritual. Según el libro de las sombras, es indispensable que la persona que va a hacer el viaje este sumergido en agua que corre; por eso el lugar más cercano y en el que menos pueden levantar sospechas es la pequeña cascada, el lugar donde rescataron a Serena y donde su hermano murió. Al principio la idea no le cayó muy bien a la joven bruja, pero al ver que no tenían más ríos cerca o que les implicaría alejarse bastante de su escondite, decidió acceder. Paolo y Raquel fueron muy delicados con esta decisión, a pesar de que el tiempo es poco, no querían que Serena se sintiera mal, por su bienestar y por el del ritual.

Salen de la propiedad dejando su antigua protección atrás, deben caminar entre un bosque bastante tupido por un par de kilómetros. Mientras avanzan, el sol termina su recorrido en el occidente y una noche estrellada se alza en el cielo; las condiciones climáticas son perfectas para el ritual y el poder que van a invocar, la noche estará despejada con la luna y varios planetas observándolos.

—¿Crees que podamos controlar este ritual a la perfección? —Le dice Serena a Paolo mientras caminan entre los árboles—. Podríamos ir a cualquier parte solo tomando un baño.

Paolo ríe.

—Ojalá lo hagamos. Veamos cómo resulta este y luego nos concentramos en controlarlo, así como dices —responde el Deífico, una sonrisa torcida se queda en su rostro.

—¿Tienes miedo? —pregunta Serena después de un par de minutos.

—Delfina decía algo muy cierto acerca del miedo —los ojos del brujo están puestos fijamente en el camino—, decía que es el arma peor usada.

—¿Un arma?

—Sí… yo pregunté lo mismo la primera vez que me lo dijo. Decía que era un arma porque puede herir gravemente, pero también puede empoderar, puede impulsarte a hacer, a reaccionar, a entender; el miedo es un impulso, es de las primeras cosas que sentimos después de nacer, y muchas veces nos puede dar lo necesario para salvarnos la vida. ¿Alguna vez has sostenido un arma real?

—No —responde la joven con una expresión de confusión, ya característico en ella.

—Bueno, pues la primera vez que lo haces, sientes una especie de poder, de fuerza; después de todo un arma puede matar. O no. Depende de cómo la uses. Así funciona el miedo, te da algo, un impulso, tal vez una idea, una reacción, y lo que hagas con eso depende de ti.

—¿Qué pasa cuando te paralizas de miedo, por ejemplo?

—Paralizarse también es una reacción —Acerca su mirada a la joven—. No todo pasa afuera, los mayores descubrimientos pasan dentro de nosotros.

Serena ríe y dice:

—Entonces, ¿Cómo podemos dominar esa arma y dispararla en el momento que queramos?

—Es algo complicado —El Deífico toma aire un par de veces antes de continuar, luego comienza a caminar muy despacio y más cerca a Serena—. Supongo que después de haber temido mucho. Después de aceptar que el miedo es tan importante como el amor empezarás a conquistar el miedo mismo —Tal vez él le está hablando de un concepto que cree que ella aún no logra comprender; sin embargo, la curiosidad de Serena le demuestra que va por el camino adecuado o por lo menos que se hace las preguntas indicadas.

—Pero, después de todo eso, ¿Cómo sabes cuándo terminas de conquistar el miedo?

Paolo sonríe y la mira a los ojos:

—Cuando ya no te asuste tener miedo. Nada te podrá detener.

—¡Paolo! —dice Raquel, a unos pasos más adelante.

El brujo acelera el paso para alcanzarla dejando a Serena un poco atrás, sumida en una extraña sensación de descubrimiento, su cabeza se hace muchas preguntas, pero se sienten como preguntas sin forma, mal formuladas, diferentes, preguntas reales.

Raquel se detiene unos metros antes de llegar a la cascada, quiere asegurarse de que el lugar esté completamente vacío. Junto con Paolo, que llega a su lado, caminan rodeando el lugar, tratando de hacer el mínimo ruido, cuando se dan cuenta que están solos regresan por Serena.

—Lo siento —susurra Raquel.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Quiero que me perdones por haber dudado de ti...

Paolo intenta decir algo, pero Raquel lo calla y continúa:

—Perdóname por dudar de este plan. Entiendo que necesitamos hacer esto porque debemos estar juntos.

—Raquel —dice Paolo, mientras la toma suavemente por los hombros—, esto se convirtió en algo más grande el día que el coven se dividió; Delfina lo entendió antes que nosotros, lo que está pasando puede cambiar todo lo que conocemos... y nosotros tenemos la responsabilidad de enfrentarlo.

—Paolo yo …

—No hay nada qué perdonar —la interrumpe—. No sé cuánto tiempo vaya a estar lejos, pero recuerda lo que hablamos sobre Serena, es mejor que no se entere por ahora, creo que sería mucha presión.

—Está bien —dice Raquel—, contáctanos tan pronto puedas, nosotras practicaremos como lo hablamos.

—Esta es la mejor opción que tenemos por ahora, por lo menos debemos intentarlo, se lo debemos.

—Sí… Por Delfina.

—Por Delfina.

La pequeña cascada no se parece en nada a lo que Serena recordaba, para ella era un lugar oscuro, con árboles en todas partes, el agua sucia y el suelo lleno de barro; pero hoy todo el lugar se ve muy diferente, el agua es cristalina y cae con suavidad por las rocas que forman la cascada; el suelo es firme y lleno de hierba. Sin duda en los meses que han pasado ese lugar ha cambiado por completo; al igual que ella, ella también ha cambiado por completo, aunque no en tan buen sentido, todo en ella también se siente diferente.

—Recuerden lo que hablamos —dice Paolo mientras descargan la canasta—, no salgan de la cabaña por ningún motivo; tan pronto pueda me pondré en contacto con ustedes; sigan practicando las invocaciones y los hechizos que revisamos. Hagamos esto rápido, no quiero una visita inesperada.

Sacan tres barras gruesas de incienso y las clavan en la orilla del río, lo más cerca al agua que pueden. Toman las ofrendas, una hoja de plátano envuelve un mango cubierto con una pasta hecha de varios hongos e insectos, atado con cabuya, la ofrenda tiene los hechizos del ritual grabados en la superficie. Serena lo acerca a su rostro, lo sopla suavemente y lo toca con su frente, luego lo pasa a Raquel quien hace lo mismo y por último a Paolo; lo repiten con otros tres mangos. La bruja más joven arroja el primero hacia el Este sobre el río, el Deífico arroja un mango al Sur y otro hacia el Oeste, y finalmente Raquel lo hace hacia el Norte, así las ofrendas se encuentren en la corriente del agua, la dirección en la que caen es importante para el ritual.

—Que el poder de la noche se reúna acá —llama Paolo—, invocamos el poder supremo, invocamos el poder que mueve los planetas y trasciende las dimensiones del espacio y el tiempo.

Una suave brisa llega al lugar, el incienso se enciende y rápidamente su humo comienza a bailar frente al reflejo de la luna. Las brujas toman cada una un ramo hecho con diferentes plantas de albahaca, lavanda, tomillo y menta, adornado con flores blancas y púrpuras.

Los tres brujos entran cuidadosamente a la cascada, el humo del incienso los rodea.

El agua es tan cristalina y la noche está tan iluminada que fácilmente pueden ver en qué piedra poner el pie en cada paso. Raquel y Serena caminan en círculos en sentido del reloj, arrastrando el ramo por su camino, Paolo permanece en el centro sumergido hasta los hombros.

—Alhua jolmani —dice el Deífico, mientras se levanta; las brujas repiten y se reúnen a su lado.

—Yaljarol-iaeti.

Las brujas repiten.

—Atajad ma quaa.

Las brujas repiten y dejan ir los ramos con la corriente.

—Azamanii ualmakani.

Las brujas se toman de las manos dejando a Paolo en el centro, él se recuesta un poco en sus brazos y se deja flotar.

—Ojám-melojum —comienzan a decir Raquel y Serena en una especie de coro—, Ojám-melojum, Ojám-melojum.

Paolo cierra los ojos con fuerza, su concentración se enfoca en la presencia de Otto y Sara.

—Ojám-melojum —siguen diciendo ambas brujas, sus manos se intentan deslizar por la corriente del agua que empuja con más fuerza.

—Llévame a donde necesito estar —susurra Paolo entre el cántico de sus brujas.

El agua comienza a actuar diferente, la corriente no solo es más fuerte sino que pequeñas burbujas comienzan a subir a la superficie, cada vez más y con mayor velocidad; en menos de un minuto los tres brujos quedan sumergidos entre espuma blanca que se mueve y burbujas que explotan, como si el agua de la cascada estuviese hirviendo; mientras el cántico de Raquel y Serena continúa más fuerte y más intenso, una poderosa energía llena todo el lugar y por un momento ellos son una singularidad, un centro de atracción; los árboles, el agua, las rocas y todo a su alrededor se inclinan hacia ellos. Paolo lanza una mirada a sus brujas, toma una bocanada de aire y se sumerge por completo.

El cántico continúa con la misma intensidad, ambas brujas aprietan los ojos y sus manos entrelazadas. Después de un minuto, la única que continúa con el hechizo es Serena.

—¡Serena! —Llama Raquel con un tono de impresión en su voz.

La joven abre los ojos y ve a Raquel mirando hacia abajo.

El agua ya no burbujea, la corriente ya no empuja y Paolo ya no está.

Es algo que nunca había sentido antes, como si retorcieran su cuerpo desde la cabeza, centímetro a centímetro, su ser físico se comprime en una delgada línea, frágil y vulnerable, moviéndose a una velocidad increíble que no le deja ver nada, que no le deja respirar, todo en él se ha estirado, incluso su mente; por un momento siente que se va a romper, que la línea que es su cuerpo se ha tensado tanto que se separará, puede sentir cómo se va rompiendo más y más. De repente todo comienza a ser más lento, ya no se está desintegrando, al contrario, siente que comienza a desenrollarse, entonces percibe un vacío en el estómago que le sube hasta la garganta, seguido de un golpe en la parte de atrás de la cabeza. Ya está completo otra vez.

Con mucho cuidado abre los ojos y lo primero que ve es la sombra de un árbol, alto, verde y con un fruto colgando; las manos a sus costados tocan el suelo, es pasto cortado. Se levanta y da un mejor vistazo a su alrededor; está en un prado, el sol se siente directo sobre su cabeza; a su izquierda hay una casa grande, amarilla en la mitad de abajo y gris en la mitad de arriba, Paolo la reconoce inmediatamente, pero … no puede ser, ese lugar dejó de existir hace unos treinta años, se dice a sí mismo. Con un poco de temor se da media vuelta y ve una montaña llena de cuadros de colores, techos, ventanas y puertas que descienden por muchos kilómetros hasta que la vista se encuentra con un valle colmado de edificios. Paolo no ha llegado donde Sara y Otto, ha llegado a un lugar que una vez conoció.

Capítulo 26

Los ojos de personas muy diversas entre sí están clavados en los tres nuevos integrantes de la tienda y en sus collares. Muy pocos han seguido con sus cosas como si nada pasara; pero la mayoría no puede disimular el miedo o el rechazo que sienten al verlos. Entre las personas hay tres niños, dos muy pequeños para caminar y una bebé que apenas se mantiene de pie, los demás son gente muy variada de distintas razas y edades, pero todos adultos o por lo menos con la estatura para parecer uno.

Desde el otro lado de la carpa se acerca una mujer de gran tamaño, camina directo a ellos y con gestos les indica que se sienten; los brujos siguen las indicaciones; cuando apenas están sentados en el suelo de tierra, la mujer pone un plato grande entre ellos y les ordena comer, los demás también comparten platos de los que comen tres o cuatro personas, todos meten la mano al plato hondo y toman un poco de ese alimento blanco con puntos verdes, parece arroz, pero su textura es diferente. Otto coge el primer bocado, no está particularmente delicioso, pero se puede comer, Ana se une al brujo y comienzan a comer ante la mirada de los demás.

—¡Come! —le dice Otto a Sara, al ver que solo los observa.

—¿Qué es?

—Comida —responde Ana mirándola con ojos de regaño—. Come, necesitamos mantenernos vivos.

La joven obedece y se sienta a comer con su mano. Está más delgada de lo que alguna vez había estado, en cuestión de unos días, su piel se volvió reseca y en algunas partes se quebró; pasó de tener un suave bronceado a llevar un pálido color amarillento; su grueso cabello, ahora es un conjunto de delgados hilos, y el color rojo encendido con el que salió de la mansión solo ocupa la base de su débil pelo.

Entre susurros y miradas, comen y beben lo que la mujer grande les ofrece. Un hombre entra a la tienda, tiene una túnica azul clara y un turbante del mismo color, en su espalda cuelga una metralleta y a su costado tiene un revolver dentro de una especie de chaleco especial para el arma. El hombre grita unas palabras y todos se ponen de pie, excepto los brujos que ven confundidos lo que pasa; uno a uno sus compañeros de tienda salen, solo quedan ellos, un par de mujeres que al parecer se encargan de cuidar a los niños, la mujer grande y el hombre de túnica que se acerca mirándolos fijamente.

Dice algo en un francés con un acento desconocido, especialmente para Ana que solo logra entender lo básico de lo que habla.

—Dice que no nos tiene miedo —Traduce Ana.

El hombre hace otra pregunta.

—Solo yo, ellos no lo hablan —le responde Ana en un francés tradicional que el hombre entiende a la perfección—. Dice que nos paremos y lo sigamos.

El hombre les arroja tres trapos y comienza a empujarlos para que caminen; los brujos se cubren la cabeza y avanzan al ritmo que son comandados. Unos metros atrás de la carpa redonda, está el baño de todos, en realidad se trata de un hueco en la tierra que se extiende por varios metros, una estructura de madera le permite tener dos palos largos a cada lado que sirven como apoyo; el olor es asqueroso y la cantidad de mosquitos es alarmante, los tres se miran entre ellos pero no se atreven a decir nada. Continúan caminando, el sonido de algunos animales les llama la

atención, hacía la otra dirección, detrás de la tienda cuadrada más grande, se extiende una cerca de palos y alambre, por lo que se alcanza a ver hay algunos animales encerrados, Otto le señala a Sara con su cara, pero ella no le pone atención, apenas y lo mira para agachar los ojos de nuevo.

—¡Pss! —dice Ana susurrando—, animales, pueden ser de ayuda.

—Tal vez maten a uno para el tigre —responde Otto, sin perder la mirada de Sara—, tú sabes… necro…

—No lo digas. Shh.

El hombre da una mirada hacia atrás, pero el trío de brujos mira el suelo.

Quince minutos más bajo el sol hasta que se detienen; el hombre bebe agua de una bota de cuero y se la pasa a los brujos, todos beben también. Por un momento se quedan ahí, sin hacer nada, hasta que a lo lejos ven a una persona salir de la tierra, en otro lugar, a varios metros de distancia otra persona se asoma, la gente comienza a salir del suelo. Siguen avanzando y se dan cuenta que las caras de esa gente son las mismas que vieron en la tienda.

—¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos? —pregunta Ana.

El hombre la mira y le dice:

—En el fin del mundo, bruja —Muestra una sonrisa burlona bastante desagradable. No es la primera vez que Ana recibe una sonrisa así, o un trato como ese—. Esto es Taoudeni, y esas son las minas.

El terreno cambia, ahora es como si caminaran por pasillos elevados, donde al mirar hacia abajo, ven círculos en el suelo, con seis o siete personas adentro, escarbando la tierra con unas herramientas pequeñas; algunos de los círculos son más bien cuadrados o rectángulos, pero de todos extraen unas láminas blancas y delgadas de un metro de largo y de ancho unos 70 centímetros según el cálculo mental de Ana.

—Esto es lo que van a sacar de acá —les grita el hombre, mientras les muestra una de esas láminas y saluda a otros de sus compañeros, todos usando túnicas de varios colores, la funda de un arma al costado y con un fusil a la espalda.

—¿Qué es esto? —pregunta Sara refiriéndose a las láminas blancas.

—Sal —responde Ana con desilusión.

Ese mismo día los tres brujos son divididos, Otto es enviado a las minas más lejanas, unos huecos que apenas les llegan a los hombros. Sara y Ana se quedan en las minas más viejas, las primeras a las que llegaron, allí el agujero se extiende por varios metros hacia abajo, en los costados hay una escalera tallada en la misma piedra que crea la única forma de entrada y salida. Después de bajar el equivalente a dos pisos, las brujas se encuentran con dos mujeres, ambas miran sus collares por unos segundos antes de hacer cualquier cosa.

Su nuevo trabajo consiste en la minería de sal a cielo abierto en medio del Sahara. La labor de Otto es la misma que todos los hombres esclavizados, deben extraer grandes bloques de piedra e irlos apilando en el centro del lugar. Su primer día de trabajo lo vive en la mina 53, tiene casi dos metros en la parte más profunda y cuatro pequeñas puertas en cada muro del cuadrado rocoso. Los rajis, como les dicen los demás esclavos a los hombres armados, le entregan una herramienta a cada uno, es una especie de pica pequeña, pero con punta plana y horizontal; uno a uno los hombres comienzan a desaparecer entre las pequeñas puertas en la piedra. Otto se encuentra en un estado de sorpresa, un shock que se niega a aceptar, la percepción de su realidad se mueve como una película, él siendo el espectador de una situación en la que nunca pensó que podría estar.

Un señor delgado, moreno y con todo el pelo de su cabeza blanco, es el encargado de

mostrarle qué hacer; lo sigue por una de las pequeñas puertas, el techo es muy bajo, deben caminar agachados para no pegarse en la cabeza; después de menos de un minuto, el señor se detiene, da un paso al frente y se sienta en el suelo, Otto logra ver a otros hombres sentados a lo largo de ese pasillo, lastimando la piedra con sus herramientas. El señor lo mira y le ordena que se siente, el brujo obedece, luego toma la herramienta con su mano, con la otra le señala cómo lo debe sostener, dibuja una línea en la roca sobre la que el brujo debe golpear para ir marcando el bloque.

Por su parte las brujas tienen participación en otra parte indispensable del proceso de producción. Las mujeres que las acompañan no se atreven a mirarlas, mantienen sus ojos puestos en el suelo o en su propio bloque, así que es más difícil entender lo que deben hacer. Armadas con una herramienta parecida a la de los hombres, pero con una punta curva e inclinada, las mujeres deben golpear los bloques de roca de forma que puedan pulirla para extraer solo el mineral puro, las delgadas láminas de sal.

Las horas de ese primer día en el desierto pasan muy lentas, como si el tiempo se hubiese aliado a la intención de hacerlos sufrir. Llegan a la tienda redonda después de las cinco de la tarde cuando el sol se alista para ocultarse; por primera vez desde que bajaron del camión pueden sentir una pequeña brisa que los refresca en el camino de regreso de las minas.

Las personas les tienen miedo, durante la noche Ana puede notar cómo algunos compañeros de tienda interrogan a las mujeres que habían estado con ella y con Sara en la mina; es una sensación desagradable, todos esos ojos temiéndoles y al mismo tiempo odiándolos, la bruja conoce muy bien ese sentimiento.

Su primera semana como esclavos se resume en una rutina insufrible: tan pronto sale el sol en la mañana uno de los rajis llega a despertarlos con gritos y mucho ruido. Hace un par de días el sonido de unos tiros afuera de la carpa fue su despertador. Por la actitud de los demás, los brujos entienden que esas intimidaciones son para ellos. El desayuno se sirve a los pocos minutos de la alarma matutina, el menú no cambia, la mujer grande sirve una especie de pan plano y blando, con una pasta como puré blanco con puntos verdes y té de un sabor que ninguno de los brujos ha podido identificar. Salen para las minas y regresan a mediodía cuando el sol está en el punto más alto; su almuerzo también es el mismo que comieron el primer día, y su cena es una versión nocturna del desayuno; cuando están trabajando abunda el agua y se pueden hidratar libremente, pero cuando llegan a descansar no hay nada que puedan beber.

Para ir a la letrina deben pararse en la puerta de la carpa y esperar a que uno de los rajis decida escoltarlos, y por lo general ellos esperan a que se formen grupos para hacer excursiones. Ana parece no tener problema con el baño ni su sistema, o por lo menos no se ha quejado, Otto ha tratado de aguantar lo más que puede y usar el baño lo menos posible, mientras que Sara tan solo ha ido una vez. Las noches han sido calurosas, llenas de ronquidos y pesadillas, así que es poco lo que han descansado, los últimos días Otto ha despertado a Ana en medio de la noche para mostrarle a Sara, temblando y sudando; pero lo único que pueden hacer es despertarla, por eso desde la cuarta noche, cada vez que la ven así, la mueven hasta que abre los ojos y luego llora hasta quedarse dormida de nuevo.

La bruja italiana ha decidido dejar de contar los días, ya no sabe si es lunes o miércoles, y eso está bien con ella, dice que tener certeza del calendario genera más tristeza de la que debería. Otto piensa que algo de razón debe tener en esas palabras, al fin y al cabo, Ana ha vivido por 800 años y por lo que a él concierne sigue muy bien de la cabeza.

En la mina de hoy, las brujas solo están acompañadas por una mujer joven que les sonríe al

verlas llegar, ambas le devuelven una suave sonrisa y luego se miran entre sí, nadie en los quince días que llevan, había mostrado la más mínima cordialidad. Después de estar puliendo la piedra por un rato un raji se asoma y habla algo en un idioma que ninguna entiende, la joven responde y con una sonrisa hacia ellas se pone de pie, a los pocos segundos regresa con una botella de plástico llena de agua, sirve tres vasos; las tres mujeres dejan a un lado sus herramientas y descansan.

—Mi nombre es Niara —dice la mujer en un francés rústico, mientras saca tres trozos de pan de una bolsa y los reparte—. Significa: la que tiene grandes propósitos.

—¡Qué bonito nombre! —responde la bruja mayor—. Mi nombre es Ana y ella es Sara. No estamos seguras de lo que significan nuestros nombres.

Las dos mujeres ríen. Ana le traduce a Sara y Niara las mira con sorpresa.

—También yo hablo español —dice la mujer africana; su piel es de un color café claro hermoso y uniforme, con un brillo natural que la hace ver muy suave, sus pómulos grandes adornan su bello rostro y sus dientes separados muestran una sonrisa inocente; es imposible no notar su hermosura.

—¿Qué idioma es el que hablaste hace un momento con el raji? —pregunta Ana.

—Una forma de árabe, aprendí acá.

—¿Cómo alguien que habla tantos idiomas terminó acá? —continúa la bruja.

—Tú hablas también varios idiomas ¿ah? —responde con una dulce mirada, luego sus ojos bajan a los collares que cargan—. ¿Ustedes de verdad son brujas?

Ambas se miran, Sara no sabe qué responder, siente que puede empeorar las cosas, pero Ana se adelanta.

—Sí, pero no somos malas ni nada de eso —Ana no pretende ocultar la verdad a nadie, ya estaban ahí sometidas, ya tenían un enorme amuleto sobre sus pechos, y no hay nada más que les pudieran quitar, solo sus vidas y han probado que los necesitan. La mujer no se ve alarmada, al contrario, se ve emocionada.

En ese momento uno de los rajis asoma su cabeza, el trío de mujeres se queda callado hasta que el raji se retira, continúan hablando entre susurros.

—Siempre quise conocer una bruja. Cuando llegué conocí una, pero murió a los pocos días, ella usaba ese collar —Señalando al pecho de Ana—, ya estaba vieja y una mañana ya no pudo levantarse. Ustedes se ven buenas personas.

—Gracias —responde Sara—, eres la única persona que se ha atrevido a hablarnos.

—Gente teme lo que le dicen que teman —dice Niara—, gente de acá no conoce más nada, crecieron acá. No conocen nada más.

—¿Y tú? ¿Conoces más que este desierto?

Niara sonríe y asiente con la cabeza.

—Yo vendida a los douze, antes vivía en Marruecos, muchos turistas.

—¿Quién te vendió? —pregunta Sara, hasta ese momento creía que todos allí habían sido capturados como ellos.

—Mi esposo —responde Niara con tranquilidad, mientras caminan de regreso a su labor—. Mi papá vendió mí, a mi esposo, pero yo no… serví, no puede tener bebés, no puede ser mamá. Por eso mejor de esclava —Suspira y agacha la mirada aun sonriendo, sin embargo, su inocente risa no alcanza a ocultar su tristeza crónica.

—Lo siento mucho —dice la bruja más joven—. Este lugar no debería existir.

Niara asiente y sonríe de nuevo.

—Niara, ¿Sabes dónde estamos exactamente? —pregunta Ana.

—Sí, estamos en Taoudeni, en Mali. En la mitad del desert du Sahara —dice mientras pule la piedra—. Las ruinas, una prisión antes, hace mucho mucho tiempo.

Nuevamente el raji se asoma, las vigila por un rato, cuando se va Sara continúa con la conversación.

—¿Hace cuánto estás acá?

—No sé bien.

Ana puede entender por qué no sabe, los días y las noches son iguales, y su rutina no cambia, no logran diferenciar qué día es.

—Creo que treize ou quinze años —continúa Niara—, difícil es saber el tiempo.

—Dímelo a mí —aporta Ana, pero Niara no entiende realmente, igual ríe con ellas.

—Gente dice que ustedes traen cosas malvadas, objetos. Maman —hablando de la mujer grande—, vio a los rajis muy asustados hablando de malédictions, cosas que debían enterrar.

Antes de que las brujas puedan averiguar dónde habían enterrado los anillos, el raji llega junto a ellas y se queda vigilándolas el resto del día.

De regreso a la tienda, las brujas caminan en la línea que forman los rajis, como ya es costumbre hay mucho espacio entre ellas y cualquier otra persona.

—Debimos decirle que nos quitara los collares —dice Sara entre los dientes, con la cabeza abajo.

—¿Y luego qué? —responde Ana adoptando la misma posición de Sara—. En este momento ninguna de las dos podría con todos ellos. Necesitamos un plan, ahora sabemos que tenemos una amiga. Cultivemos esa amistad, pero sin ser obvias, no queremos que Niara se meta en problemas con los demás.

Durante los días que siguen, las brujas no tienen más contacto con Niara, solo la ven en las noches al regresar a la tienda y en las mañanas al despertar. Ana piensa que mientras esperan la oportunidad deben recuperar su fuerza mágica, así que todas las noches les habla de diferentes invocaciones que tratan de entender, además han estado meditando cuando todos duermen, así no pueden ver el brillo que emiten sus collares.

Las pesadillas de Sara han empeorado, no deja de ver a las personas que incineró en Torryburn, sueña con que todo se quema a su alrededor y las llamas tienen sus rostros, ojos en el fuego que la acusan y la maldicen; a veces despierta tosiendo, con la respiración ahogada y un sabor a ceniza en la boca. Durante el día trata de no pensar en nada o de repetirse las lecciones que Ana les da antes de dormir, eso la mantiene distraída, hasta que la piedra dibuja el rostro de la bruja que ella quemó, o hasta que por su hombro ve cómo el fuego se acerca y la hace saltar de susto. Sara intenta estar tranquila, pensar en otras cosas, enfocar su energía en el problema del ahora; intenta corresponderle a Otto y acompañarlo, pero no puede, sabe que lo ama pero no puede sentirlo, no puede sentir nada aparte de una terrible culpa; ya no recuerda la última vez que fue feliz y cuando lo intenta lo único que puede ver es fuego, solo hay fuego en su mente.

Hoy es el día número 48 desde que llegaron a Taoudeni. Otto no siguió el consejo de Ana y continuó contando cada amanecer, así que tiene muy claro cuánto tiempo han pasado ahí. El trabajo en las minas se da como siempre, solo que esta vez, algunos hombres han tenido que llevar todos los bloques de sal del mes hasta los corrales de los camellos, para que uno a uno los animales vayan dejando Taoudeni y emprender un largo camino de carga hasta Tombuctú.

Aún queda mucho sol, pero todos los esclavos son ordenados para caminar hacia la tienda. El raji mayor y su tigre comienzan a moverse entre la fila de personas, el hombre se pavonea de un

lado a otro arrastrando su túnica roja y blanca, los collares dorados en su cuello suenan al chocar entre sí con cada enorme y pesado paso. El tigre, por su parte, tiene sus viejos ojos puestos en un hombre alto, moreno, de unos treinta años, y arrastra a su gordo amo mientras lo circula como si pretendiera cazarlo; Otto observa con atención lo que pasa, no por nada en especial, simplemente le gusta mantener al tigre siempre en su radar. El raji mayor pronto se da cuenta del interés del animal por el esclavo, pero no se fija en que el esclavo también nota lo mismo; suavemente desliza su mano por el cuello del tigre y fingiendo caricias lo libera de su lazo, el felino emite un suave y pequeño rugido, acompañado de una sacudida, luego el animal lanza sus patas delanteras con fuerza mirando fijamente a su objetivo; todos alrededor del hombre se alejan corriendo, el esclavo se tropieza y cae sentado, pero se levanta rápido, esconde algo en sus manos y da unos pasos para atrás; el viejo felino salta hacía él con torpeza, pero el humano se mueve con mucha agilidad: da un paso al lado y con ayuda de una roca recibe al tigre con un golpe en el cráneo, tan fuerte, que se alcanza a oír un crujido en la cabeza del viejo animal. El cuerpo cae a un lado y por su oreja peluda comienza a salir una gran cantidad de sangre, el raji mayor grita sorprendido. El esclavo se paraliza por un segundo, mira al raji, aprieta la roca y se lanza sobre el cuerpo del animal propinándole golpes en la cabeza sin parar, los gritos del raji retumban en todas partes hasta que un disparo en la pierna hace que el hombre se detenga.

Sara y Ana recién entran a la tienda cuando muchos esclavos comienzan a llegar corriendo; tres disparos se oyen a lo lejos, luego gritos y algarabía se sienten venir hacia ellas, un esclavo entra llorando de forma desconsolada, busca a la mujer grande, detrás de él entra Otto también muy agitado, lleva su camisa en la mano y en la cabeza un turbante improvisado con un pedazo de tela.

—¿Qué pasó? —dice Sara tan pronto él se logra acercar.

—El tigre atacó a un esclavo —responde el brujo muy agitado—, pero el esclavo lo esquivó y lo mató a golpes con una piedra.

—¿Lo mató? —pregunta Ana con mucho interés.

—Sí, y ahora lo van a ejecutar delante de todos.

En ese momento, una gran cantidad de personas entran a la tienda, seguidas por tres rajis apuntando sus metralletas. La mujer grande o Maman como le dicen todos, sale al frente de los hombres y cae de rodillas llorando; ninguno de los brujos entiende lo que dice.

—Suyo hijo —dice la tierna voz de Niara detrás de Ana.

—¿Quién? —pregunta Sara consternada.

—Ella mamá del que el tigre atacó y él, hermano —refiriéndose al hombre al lado de Maman.

Uno de los rajis, el más viejo, patea a la mujer y comienza a gritar órdenes; con temor las personas comienzan a salir de la tienda afanadas. El otro raji de turbante rosa gira a ver a los brujos directamente y dice algo en francés:

—Dice que nosotros no, que nosotros nos quedamos —traduce Ana.

El hombre ve a Niara y le da otras instrucciones en árabe, la chica corre hacia la anciana ciega. Nadie más queda en la tienda.

Por un momento ninguno de los tres brujos reacciona a lo que pasa, están solos, es la oportunidad que estaban esperando.

—Niara, no nos podemos quedar acá. Necesitamos escapar —dice Ana acercándose rápidamente a la joven esclava.

Ella no responde nada, toma a uno de los bebés en brazos y mira a la mujer ciega, como buscando un consejo o una señal.

—¡Te podemos llevar con nosotros, podemos liberar a todos! —dice Sara cayendo de rodillas junto a Niara.

—¿Todos? —pregunta con nerviosismo.

—Sí —continúa Ana—, pero necesitamos los objetos que Maman vio esconder, con eso podremos salir de acá, todos.

Otto observaba con atención la mirada de Niara confundida, su pecho agitado solo muestra la desesperación que por un momento siente. Los ojos de los tres brujos están puestos en ella, Niara mira a Sara y ve sus ojos aguados brillar.

—Al otro lado de los animales, prohibido ir —dice finalmente, con la voz ahogada y temblorosa.

—Este es el momento —Otto se exalta—. Hay mucho caos afuera, puedo aprovechar y escabullirme hasta allá.

—Bien, creo que puedo hacer algo con un tigre muerto —dice Ana.

—Necesitamos que hagas algo más. Quítanos los collares rápido —Le pide Otto a la esclava.

Por un segundo la joven duda, pero extiende sus brazos y toma el collar de piedra fósil de Otto por las cuerdas y lo comienza a levantar.

Un grito los estremece, viene de la puerta de la tienda, los dos rajis regresaron, los demás se quedan inmóviles, incluso la anciana ciega nota el peligro y huye a un rincón; los hombres empujan a Otto y a Niara, Ana reacciona, pero recibe un golpe con una de las armas del raji viejo, mientras que el otro agarra a Niara por el cuello y la arrastra con dirección a la puerta, Sara grita y se lanza hacia el hombre, tratando de liberar a la joven, pero este le lanza un puño en la sien y ella cae inconsciente, la esclava grita y patalea mientras se la llevan; el raji viejo que queda con ellos dice algo y se posa en la puerta de la tienda.

Otto corre a ayudar a Sara tendida en el suelo, respira como si se hubiera quedado dormida. Ana, aun desorientada, se sienta dando la espalda a la puerta y al raji.

—Ibdinabis tu catu kosmou muanigun —comienza a decir Ana en un susurro muy suave—. Iofisi shuin a dikimu…

Los niños que hay con ellos en la tienda comienzan a llorar y una suave brisa llena el lugar. Otto acomoda a Sara y vigila que el raji no note a Ana y su collar brillando fuerte. La bruja de ochocientos años concentra su mente y su espíritu en las palabras que recita, en el centro de su cabeza comienza a percibir olores y sonidos que no están con ella ahí. Su cuerpo está tendido en el árido suelo bajo un cielo naranja y rojo; los gritos de una mujer la hacen reaccionar mejor, suavemente abre los ojos y ve tobillos, tobillos de pies que se mueven siguiendo los gritos, sin mucha dificultad se pone de pie y ve cómo, adelante de donde está, arrastran a Niara, la arrojan al suelo y le apuntan con un arma.

—Proteggila —ordena Ana en medio de su trance desde la tienda.

El cuerpo del esclavo ejecutado comienza a correr con gran velocidad desde atrás de la multitud, los demás corren horrorizados al verlo acercarse, tiene un agujero en un costado de la cabeza y despide sangre en cada zancada. El cuerpo revivido derriba al raji de turbante rosa que apuntaba a Niara y comienza a golpearle la cabeza contra el suelo.

Unos gritos se sienten afuera de la tienda, Sara sigue inconsciente y Otto no entiende bien lo que puede estar pasando. El hombre en la puerta nota a Ana en una posición extraña y camina a revisarla, pero Otto se pone en el medio, forcejean, en ese momento, otro hombre armado llega, analiza rápidamente la situación y corre hasta donde la bruja, observa su collar encendido en una fuerte luz caliente, más roja que cualquier cosa que ese hombre antes haya visto; da un paso atrás

y sin dudarlo le dispara a Ana a la cara, pero la bala pasa por un costado de su cuello. El cuerpo de la bruja cae de lado. Otto deja ir un grito, más que de dolor, de frustración.

Afuera de la tienda, el cuerpo del esclavo asesinado yace sobre la espalda del raji de turbante rosa, con la cara esparcida sobre la tierra. Niara no deja de gritar, grandes lágrimas le bajan por las mejillas mientras gatea alejándose de los muertos; el raji mayor se para frente a ella y le da una patada en la cabeza que la hace caer de espalda, cuando la joven trata de incorporarse, dos balas le atraviesan la cabeza.

Los cuatro cuerpos son llevados a la parte de atrás de una de las tiendas cuadradas de los rajis, junto a la cerca de los animales. Sara y Otto tienen un par de horas sentados en un borde de la tienda, mientras el resto de los esclavos están amontonados al otro lado. Sara recupera la consciencia, justo en el momento en el que los tres rajis que quedan entran a la tienda y se posan frente a los brujos, el viejo les dice algo, pero ninguno de los dos entiende, el de turbante azul cubre los ojos de Sara con un trapo y luego la amordaza; Otto reclama, pero el de turbante vino le pone la ametralladora en el cachete. El brujo se imagina lo peor.

Con cuidado el raji viejo, saca el collar de piedra fósil que tenía puesto Ana.

¡Le quitaron el collar!, piensa Otto con emoción mientras ve cómo le levantan el collar que tiene Sara y le ponen el nuevo, aún con manchas de sangre de la vieja bruja. La piedra que le quitaron a Sara se la suman a Otto, luego los sueltan.

Los demás los ven con desagrado, los que están más cerca a ellos se giran para darles la espalda y rápidamente todos los siguen.

—Le quitaron el collar a Ana —dice Sara en voz baja, su sien tiene un tono verde por el golpe—. ¿Crees que pueda…?

—Estoy contando con eso —responde mirando al raji en la puerta.

—Otto —dice la bruja dejando ir un triste suspiro—. Yo te amo. Te amo mucho, pero no creo que logre escapar.

—¿Qué? —dice, pero no entiende qué acaba de pasar dentro de él, no entiende lo que está sintiendo, es la primera vez que ella le dice que lo ama, pero al mismo tiempo se está dando por vencida.

—Yo no estoy bien, hay algo en mi cabeza y me está quitando todo. Tú tienes que salir de acá y entregarle los anillos a Serena, como quería Delfina.

—No entiendo por qué dices eso, ambos tenemos que llevar los anillos.

—No, ellos no me dejarán.

—¿Los rajis? Cuando estemos lejos, ellos no importarán —Otto se siente exaltado, con ganas de sacudirla fuerte para que entre en razón.

—No ellos. Los brujos, los hijos de Zain que quemé en Torryburn —Lágrimas desesperadas le brotan por los ojos—. Me siguen a todas partes, me hablan cuando duermo, los veo cuando miro las caras de otras personas.

Su rostro se contrae con cada lágrima, sus ojos se mueven rápido como si escanearan cada parte de la cara de Otto, su cuerpo tiembla, incluso sus dientes chocan entre ellos.

—Respira, respira despacio. Puede ser una clase de maldición, ya sabes, como la que tuvo Raquel —Otto solo la había visto así mientras ella dormía: temblando, llorando y balbuceando palabras; ahora que está consciente, le preocupa más—. Estoy seguro de que Ana sabrá algo, un hechizo, o un ritual. Puedes volver a estar bien, pero necesitamos salir de aquí.

Detrás de las tiendas cuadradas donde se alojan los rajis, los cuatro cuerpos fueron apilados y cubiertos con un plástico manchado. Entre el tigre y el cuerpo de la dulce Niara, Ana siente

oscuridad de nuevo, su conciencia navega a través de un ciego lugar, inmenso; por un momento piensa, se da cuenta que puede pensar otra vez, el proceso ha empezado de nuevo. No recuerda bien si es la primera vez que recibe un disparo, pero sin duda, es la primera vez que lo recibe en el desierto. Una sensación caliente comienza a llenarla, empieza a sentir de nuevo, lo caliente es aire que está siendo inhalado, llena sus pulmones; hay un dolor, normal en esta etapa, siempre ha creído que es algo quebrado que se arregla, porque después de cada dolor, se siente aliviada. ¿Cuánto tiempo tardará esta vez? Se pregunta con impaciencia, en este estado no es consciente del tiempo. Las puntas de sus dedos comienzan a cosquillear, su piel siente la ropa y otras pieles, ya está aquí, regresó, pero no puede moverse, el peso de dos personas sobre ella la aplastan; con todas sus fuerzas, que en realidad son muy pocas, logra zafarse y cae tendida a un lado, sobre las piernas del tigre muerto. Su brazo aún entre el animal y la única persona que les mostró compasión o ayuda. «Pobre Niara» se dice Ana al abrir los ojos de esta nueva vida y ver la muerte hecha hueso roto y sangre. Muchos minutos después logra sacar su brazo, espera con calma hasta que obtiene el control completo de su cuerpo; la noche muestra cada estrella posible en el firmamento. Unos tanques de agua dentro del corral donde guardan a los animales la esconden mientras pone en marcha su plan, con la cabeza resonando de dolor, la vieja bruja trata de concentrarse, sus pensamientos llaman a los espíritus de la muerte y diciéndole un susurro al viento comienza a recitar su hechizo de necromancia.

Tengo frío, piensa Otto, confirmando su sensación al ver la piel de gallina de Sara. Es extraño, los demás también lo notan. A lo lejos se oye un rugido, luego unos disparos y unos gritos.

—Empezó —dice Sara.

El raji viejo está en la puerta de la tienda de los esclavos, sus ojos puestos en la oscuridad frente a él; un minuto de silencio hasta que el raji con el turbante vino llega a las piernas de su compañero arrastrándose, sin un brazo y sus piernas claramente fracturadas en varias partes; dice algo y cae inconsciente. La voz del raji mayor se escucha y el viejo en la puerta sale corriendo hacia él.

—Esta es tu oportunidad —le dice Sara a Otto, agarrándolo fuertemente del rostro.

—No pienso dejarte —responde con la mirada seria.

—No lo hagas. Ve por Ana y los anillos y regresa por mí. Aún estoy débil por el golpe.

Otto duda por un momento, la besa rápidamente y se aleja. Afuera de la tienda, la extraña oscuridad no lo deja ver bien pero igual sale, corre hacia la izquierda tratando de rodear las tiendas de los rajis hasta encontrar el corral de los animales. A medio camino ve a Niara dando pesados pasos hacia el raji mayor mientras recibe una ráfaga de balas; los rugidos del tigre le estremecen la espina, así que acelera el paso.

—¡Ey! —escucha en la dirección a la que camina.

De repente todo se hace más claro, como si Otto cruzara una puerta y dejara las sombras atrás, justo en frente de él ve a Ana parada junto a unos tanques de agua, ambos corren a encontrarse, la bruja cruza la cerca y se ven cara a cara, el agujero en su cuello aún gotea sangre fresca.

—Tu cuello —dice Otto asqueado, sin retirar los ojos de la herida abierta.

—Ya sanará, acostúmbrate —responde la bruja—, acércate.

Pone sus manos sobre el collar de Otto, cierra los ojos y se concentra, después de un momento, una luz intensa brota del collar, pero Ana la cubre con sus manos hasta que la piedra se rompe, hace lo mismo con la otra, las cuerdas que sostienen la piedra fósil del cuello de Otto

se deslizan y se abren, dejando la roca en el suelo, el brujo la patea con fuerza.

—¡Vamos! —Con la energía renovada, ambos brujos comienzan a correr agachados siguiendo la cerca, deben llegar a la parte más alejada donde Niara les dijo que podrían estar los anillos, aunque existe la posibilidad de que no estén ahí.

El cuerpo revivido del raji de turbante rosa, ha logrado lanzarse sobre el pecho del de turbante azul y asfixiarlo hasta la muerte. El tigre y Niara rodean al raji mayor y al viejo, ambos hombres están muy asustados, las armas que cargan suenan como hojas pisoteadas por sus manos temblorosas; las balas han demostrado ser inútiles, la esclava ya tiene varios agujeros en el pecho y sigue caminando. De repente, el tigre da un rugido impresionante y la mujer un grito muy agudo, los hombres saltan y el animal clava su desajustada quijada en el gordo cuello del raji mayor; el otro hombre a pesar de su edad esquiva el ataque de Niara y corre hacia la tienda.

Los demás esclavos se amontonan en una esquina, lejos de la puerta y lejos de Sara. La joven bruja recibe un golpe en la cara, el único raji que queda está frente a ella, gritándole palabras que ella no puede entender, su cabeza comienza a calentarse y un fuerte dolor la invade.

El tigre entra a la tienda goteando sangre de la boca, golpea una lámpara de gasolina con su torpe cola y posa sus ojos sobre el viejo, los esclavos gritan y se mueven alejándose del tigre, pero el animal no muestra interés en ellos. El raji toma a Sara por el pelo y le apunta con la ametralladora en la cabeza, mirando fijamente al tigre. El cuerpo de Niara se asoma por la puerta y la bruja deja ir lágrimas de tristeza, «otra persona que muere por mi culpa» piensa, su cabeza está hirviendo y sus ojos comienzan a desorbitarse, trata de recuperar la visión, pero cuando enfoca la pobre Naira se enciende en llamas, sabe que es su imaginación. El hombre aprieta su mano en el cabello de Sara y le grita cosas, por sus gestos parece que él quiere que ella les ordene a los muertos detenerse, pero no entiende que ella no los controla, el aire comienza a faltarle, todo el lugar se llena de un calor insoportable y los gritos de los esclavos solo la alteran más, quiere liberarse y correr hasta donde Otto, pero siente que no tiene fuerza, siente que se está quemando de adentro hacia afuera, siente que va a explotar.

Mientras tanto, Ana y Otto llegan al lugar donde creen que están enterrados los anillos.

—Tú puedes sentirlos… —dice Ana—, bueno, siéntelos.

Otto cierra los ojos y extiende sus manos, un suave latido le corre por las palmas, un pálpito que puede sentir con los dedos; pone sus manos sobre el suelo y se mueve un par de metros atrás de la cerca.

—Aquí están —confirma con entusiasmo.

Tan rápido como pueden, logran cavar entre la arena y la tierra hasta encontrar un plástico, lo sacan y abren; los anillos están envueltos en varios trapos de tela y finalmente en la bolsa de lino que trajeron desde la mansión.

—Póntelos —dice Ana— vamos por Sara, y larguémonos de acá.

Otto obedece y se pone los cuatro anillos, en su mano izquierda lleva el verde y el naranja, mientras que en la derecha el azul y el negro, el anillo por el que Delfina dio la vida. Juntos avanzan corriendo por el plano desierto con dirección a la tienda, pero Otto se detiene súbitamente.

—¡¿Qué pasa?! —Le grita Ana.

—No sé —responde, poniéndose la mano en el pecho, una sensación desagradable está creciendo.

Capítulo 27

Paolo está de pie bajo el árbol que él mismo vio ser consumido por el fuego hace unos treinta años. Sabe que no está soñando, el ritual lo llevó a un lugar, solo que no es el lugar al que quería ir. Todo a su alrededor está casi como lo recuerda, las casas vecinas tienen los mismos colores en las paredes, aunque el tiempo las ha opacado; al fondo nuevos edificios han formado otro horizonte, a su espalda también, la ladera ahora está llena de pequeñas casas, cuadros coloridos que se unen al paisaje. Con cuidado se acerca a la casa al lado del árbol, pasa su mano sobre la pared, la pintura es nueva, no reciente, pero tiene pocos años; recuerda la sensación en sus dedos mientras recorre el muro hasta llegar a una ventana, asoma su cabeza con sigilo: una mujer está sentada frente a una pequeña mesa redonda, donde se alcanzan a ver unas piedras esparcidas y un tazón de agua. La mujer nota una presencia y voltea a su derecha, a la ventana, pero no ve nada, el brujo logra agacharse.

Es una bruja, piensa el Deífico. Necesito ayuda ¿Si toco la puerta?

—Você está procurando por algo?

Escucha Paolo desde su espalda, lo descubrieron, un frío le pasa por la espina, sin embargo, la sensación no es de miedo, al menos no por completo, curioso. Muy lento se gira para dar la cara.

Cuatro mujeres y dos hombres le apuntan con armas. El sol está a sus espaldas haciendo que sus rostros se oculten.

—Estoy perdido —dice el brujo en portugués, su acento se siente viejo y mediocre en sus propios labios, lleva tantos años hablando solo español que incluso a veces le cuesta pensar en su propio idioma—. No sé cómo llegué hasta aquí.

—Nadie se pierde. Este lugar está protegido, si usted está aquí es porque sabe de este lugar, porque quiso estar acá —dice en forma intimidante el hombre más alto del grupo.

—No estoy mintiendo —responde el brujo en un tono pasivo—. No quiero estar aquí. Debería estar en otro lugar —Esa última parte la dijo más para sí mismo que para los demás.

—¿Cómo llegó hasta acá? —pregunta una mujer, su cabello está trenzado en su lado derecho.

Paolo suspira, no sabe realmente por dónde empezar. Piensa por un momento hasta que cambia su mirada, su voz es fuerte y confiada.

—Es complicado —dice muy serio—. Llévenme con su Deífica, le explicaré todo a ella.

—¿Qué? Claro que no —dice el otro hombre, el más joven de todos—. Yo digo que le metamos una bala en la cabeza y ya, problema solucionado, volvemos a hacer lo que estábamos haciendo. ¿Qué dicen?

Las cuatro mujeres se miran entre ellas, se ven pensativas. El más joven comienza a decir algo, pero es interrumpido por una mujer con voz suave y cabello crespo abundante.

—¡Calla! Yo creo que ella querrá verlo.

—¿Por qué? —pregunta el hombre alto.

—¡No te interesa! Tú sabes cómo es.

—Yo no confío en este —alega el alto—. Se aparece dentro de la barrera. ¿Cómo? y ahora ma…

—¡Tráiganlo! —Se escucha un grito desde dentro de la casa.

Paolo es obligado a caminar hacia la casa, la puerta principal es diferente, más alta de lo que

recuerda, un poco parecida a la de la mansión, pero de una madera clara y con un tallado de un árbol en llamas y un cielo estrellado.

Al entrar hay un pasillo circular que se extiende hacia la derecha y hacia la izquierda para encontrarse de nuevo en el fondo, dejando el centro libre; el pasillo está rodeado de columnas y varias puertas cerradas en ambas direcciones. Con una calma fingida, Paolo baja unas cortas escaleras al frente de la puerta, al lado opuesto hay unas escaleras iguales que llevan a otra puerta. En total hay seis columnas que sostienen un techo en forma de domo; en el suelo del centro está dibujado un gran pentáculo bajo una rosa de los vientos; el brujo no lo puede evitar y se agacha a tocarlo, las líneas negras y el fondo blanco son de un mineral que Paolo no logra identificar, brilla con el paso de la luz, parece sal, pero no podría ser.

Quince minutos después, el Deífico escucha pasos que vienen hacia él, la puerta donde los pasillos se encuentran se abre y una silueta emerge.

—Te vi venir, pero no lo creí. O bueno, no lo supe interpretar.

Su voz no es particularmente suave, pero hay una dulzura en ella que hace que Paolo se sienta muy cómodo. El Deífico no responde nada y ella tampoco dice otra palabra, simplemente se acerca hasta el inicio de las escaleras.

—¿Mamá? —dice el brujo en medio de un suspiro incrédulo.

—Estaba lista para no ver tu cara nunca más. Mi hijo, ¿Cómo es esto posible?

Paolo no puede emitir palabra alguna, sus ojos claros sostienen un charco de lágrimas, sus piernas tiemblan hasta que cae de rodillas y mete la cara en sus manos. La mujer corre por las escaleras y cae al lado de él, luego el Deífico levanta la cara, sus ojos se miran y él ve en su pupila quién es ella con seguridad, la mujer tuvo que ver algo parecido porque al momento se lanza abrazándolo con fuerza, él la abraza de regreso.

Los seis brujos armados se quedan perplejos, la escena que ven no era lo que se imaginaban iba a pasar. El más joven camina hacia ellos mientras ambos se levantan, Paolo llora como un niño.

—Ma… —intenta decir el más joven, pero es interrumpido.

—¡Calla! —dice la mujer, tomando la mano de Paolo—, tráigannos comida, café y mucha limonada.

Entran en la misma habitación a la que Paolo se había asomado, toman asiento en un sofá del fondo. Uno frente al otro, el brujo recorre cada parte de la cara de su mamá, las arrugas de la esquina de sus ojos, sus cejas se ven más caídas y sus labios agrietados; puede notar que continuó sonriendo, pues las líneas alrededor de su boca lo delatan.

—Dime, hijo, ¿por qué estás aquí? —La bruja posa sus manos suavemente sobre las de él.

El Deífico piensa muy rápido, aún duda de que todo lo que está viviendo sea real, no puede dar toda la información a la primera, todo esto puede ser una cruel ilusión.

—No sé. Se supone que debía aparecer en otra parte. Hicimos un hechizo para ir de un lugar a otro —Ella toma aire para decir algo, pero Paolo continúa hablando— ¿Cómo es que estás viva? Te vi morir hace treinta años, en esta casa, allá en ese salón.

Su mamá no dice nada en ese momento, respira y mira hacia el salón donde Paolo señala.

—Tú fuiste el que murió hace treinta años —Su voz se pone oscura, triste—. Desde hace un par de semanas he estado teniendo un sueño. Te veía sentado al pie del árbol, justo desde esta ventana; tú me mirabas y yo veía cómo crecías, siempre empezabas así, siendo el Paolo que recuerdo, de ocho años; luego crecías y envejecías hasta el hombre que eres ahora.

—No entiendo por qué estoy aquí —Su cara siente una suave caricia, fría pero muy suave,

una caricia de mamá.

—¿A dónde querías ir?

—No estoy seguro —responde mientras repasa en su mente todo lo que hicieron. Algo salió mal—. Quería llegar hasta donde uno de mis brujos, pero no sé su ubicación exacta.

—¿Eres Deífico? —pregunta emocionada.

Él asiente con la cabeza.

—Bueno, doblar el espacio así requiere mucho poder —Hay un tono de orgullo en su voz—. Si no tenías la ubicación ¿Cómo pensabas encontrarlo?

—Esperaba que mi conexión con ellos fuera suficiente —Su voz, por el contrario, tiene un tono de derrota.

—No sabías hacia dónde ibas, yo creo que ese fue el primer error del hechizo —Ríe echando la cabeza hacia atrás, tal y como Paolo recordaba su risa—. Debes estar muy desesperado para intentar un hechizo así.

—Lo estoy —La alegría que le da la risa de su madre se oculta al pensar en su fracaso—. Mi Deífica advirtió una vez que esto podría pasar. No sé si en… esta realidad existen los hijos de Zain.

—Existieron —le informa mamá.

—En mi realidad habían desaparecido, pero se reunieron de nuevo y… creo que en este momento ya debieron haber traído a Asmodeo.

Al oír ese nombre, la bruja cambia de aspecto, su cara dibuja una pequeña preocupación. La puerta se abre y una de las chicas del coven de mamá entra, en una mano trae una jarra de plástico llena de limonada, en la otra carga una bandeja con varios sánduches, los pone al frente de ellos en una pequeña mesa y luego se sienta junto a mamá, lentamente sirve un vaso de limonada; la bruja voltea a verla, por un segundo nadie dice nada.

—Gracias —dice mamá—, ya vete.

—¿Por qué? ¿Es un secreto lo que estás hablando con este señor? —Su cabello crespo brinca con la furia de cada palabra.

—¡No te importa! —Mamá da un aplauso que asusta también a Paolo.

La chica se levanta y camina hacia la puerta, pero antes de salir se arrepiente y gira a verlos:

—Nosotros creemos que merecemos saber…

—¡Fuera! —le grita mamá extendiendo su brazo hacia ella.

La chica sale corriendo y la puerta se cierra tras ella con fuerza.

—Come. ¿Te estás enfrentando a Asmodeo? ¿Por qué?

Paolo respira profundo y comienza a contarle a grandes rasgos la llegada de Serena, el ataque de los Síneros y la profecía, no menciona a los anillos en su relato de forma intencional. Ella solo lo observa mientras él habla y come.

—Todo lo que sé es que la profecía de la que hablas se cumplió hace años —dice la mamá después de que Paolo terminara de hablar.

—¿Qué pasó con Asmodeo?

—Murió. Dicen que la bruja que lo mató, lo borró de toda existencia.

—¿De toda existencia? ¿Cómo? —Por su cabeza pasa un pensamiento: Tal vez sí viajé después de todo al lugar que debía.

—Le voy a decir a Verónica que investigue bien la historia.

Salen de la habitación y Rosa, la mamá de Paolo, le enseña la casa: Después de la puerta del final de los pasillos, hay un gran salón con escaleras a cada lado, a la izquierda una cocina

abierta, con un gran mesón que abarca casi todo el ancho del lugar; el resto está ocupado por dos grandes mesas y muchas sillas. Al subir las escaleras están las habitaciones, diez en total. En el patio trasero está instalada una huerta con cada tipo de planta mágica que Paolo puede identificar, algunas que no recuerda haber visto, piensa en Raquel, se la imagina recorriendo la huerta, oliendo cada hoja, cada flor, dejando que las plantas le hablen. Necesitaba volver a su realidad rápido.

—¿Cómo morí? —pregunta el Deífico tan pronto salen del huerto, al ver su cara añade—: yo también lo viví, no hay mucho que me impresione de esa historia.

Rosa suspira, no es por él que ella frunce el ceño, es por ella misma, a continuación, debe revivir ese día otra vez.

—Cuando ese aquelarre nos invadió, en medio de la matanza, tu tía empezó a pelear con varios de los brujos que entraron mientras yo te llevaba hasta el sótano. No podía dejar a mi hermana o al resto del aquelarre pelear solos. Te escondí y regresé, aquí afuera en este árbol, estaban colgando a otra de nosotras, a mí hermana la habían cegado y le estaban cortando la lengua, ahí junto a esa piedra. Acabé con ellos, todos cayeron muertos y regresé a la casa; nunca voy a olvidar ese día... en el centro del salón estaba tu cuerpo, tu cabeza estaba rodando a unos metros y dos brujos estaban agachados sobre ti, bebiendo tu sangre, la sacaban de tu pecho con una copa de plata; cuando voltearon a verme, sus ojos eran completamente negros, no había parte blanca y la sangre les escurría por el mentón. Mi mente se desconectó, sentí una gran ira, miré a esos brujos con todo mi odio hasta que sus cabezas explotaron, lo único que quedó fue tu cuerpo, tu cabeza terminó de girar y tus… tus ojos miraron a los míos —Sus ojos están hechos agua, sin embargo, no permite que su hijo la vea llorar—. Creí que mi vida había acabado, y por un tiempo creí que debí haber sido yo. No sabes cuánto me alegra ver que en algún lugar del universo mi hijo pudo vivir y crecer.

Paolo no dice nada, solo la mira fijamente, como si en su cara estuvieran las montañas más verdes, el cielo más estrellado o la imponencia infinita del mismo mar. Por un rato ambos se funden en un abrazo.

¿Es real?

—Debes volver —dice Rosa caminando de regreso a la casa.

—Sí, debo. Tengo que encontrar la manera de arreglar esto.

—Te ayudaremos.

Esa noche después de cenar, Paolo conoce a sus hermanos: Adriana, Luciana y José; los tres son jóvenes, José, el menor tiene 18 años, Adriana y Luciana son mellizas, tienen 23 años, una estudia enfermería y la otra docencia. Los otros tres brujos que están con ellos son Sonia, Luiz y Veronica; Sonia y Luiz son pareja y ella está esperando un bebé, son los mayores de ese grupo, mientras que Verónica tiene solo 17 años y es la más nueva, parece que su vida no ha sido más fácil que la del resto, llegó huyendo de su familia que la maltrataba. Hablaron sobre el coven, cómo después de lo que pasó hace treinta años, Rosa reconstruyó la casa y comenzó a iniciar nuevos brujos; ahora tiene unas veinte personas que se reúnen ahí mínimo una vez por semana. El aquelarre de Paolo nunca ha sido tan numeroso, cuando Delfina lo encontró, tan solo eran ellos dos y dos hermanas que iban a practicar sus hechizos, pero no vivían en la mansión; por alguna razón las hermanas se fueron del país, al mismo tiempo que Raquel empezó a visitarlos.

—¿Dónde te encontró tu Deifica? —pregunta Luciana, sus crespos saltan cuando habla.

—En Perú —responde Paolo—, yo era… bueno, para sobrevivir tuve que robar a personas, robar comida de supermercados, carteras… Ella me vio y me invitó a comer, sabía que yo había

conocido magia antes y fue muy directa.

—Pero tú no eres un brujo natural, ¿cierto? ¿Cómo supo que conocías magia? —pregunta José.

—Delfina decía que era «la magia de la protección de mi madre» —Traga saliva despacio—. Ella era muy poderosa y una muy buena persona. Me enseñó todo lo que sé; ella… fue mi madre.

Por un momento se siente mal por haber dicho eso delante de su propia madre, pero ella le toma la mano y dice:

—Y lo fue. Creo que puedo sentir su magia protegiéndote.

Más tarde, cuando todos están en sus habitaciones, Paolo se sienta en el borde de la cama de ese cuarto blanco, la ventana le muestra el cielo dividido cubierto de nubes a la derecha y lleno de estrellas a la izquierda. Se pregunta por qué no pudo contarles más detalles de cuando conoció a Delfina, por qué no les dijo que no pudo hablar por un par de años después de la muerte de su mamá; vergüenza, en el fondo siempre ha sentido vergüenza de eso, de haber sentido tanto miedo; recuerda lo que decía Delfina sobre el miedo, lo que él mismo le dijo a Serena antes del ritual, «¿Aun le temeré al miedo?».

Esa noche pudo descansar, incluso durmió hasta casi el mediodía; el esfuerzo del ritual para llegar ahí lo había dejado sin energía.

En los comedores, su mamá, sus hermanos y los otros brujos lo reciben con comida, Paolo usa la ropa que encontró en su cuarto en la mañana.

—Gracias por la ropa, Luiz —dice el Deífico. Nadie más podría compartir su talla o altura excepto por Luiz.

En medio de su almuerzo, Verónica saca unas hojas en las que ella misma escribió, tímidamente comienza a contar lo que encontró investigando.

—Aquí anoté lo más importante de la muerte de Asmodeo —dice Verónica sacudiendo su cabello corto y mojado con una mano, algunas gotas de agua salen disparadas en todas direcciones.

—¿Dónde encontraste la información? —pregunta Paolo mirando las hojas.

—Encontré en internet el correo actual del coven y les escribí. Esta mañana me respondieron con mucha información, están haciendo un libro de lo que pasó. Tranquilo que no les dije nada de ti.

Todos se quedan en silencio mirándola, esperando a que empiece a narrar.

—Bueno ¿Y? —dice Rosa mirándola con disgusto.

—Ah, ok. La primera parte habla de la profecía, pero creo que tú ya debes saber mucho de eso.

—Pero nosotros no —alegan José y Adriana.

—Una profecía anunciaba la llegada de un bebé sin alma para que Asmodeo pudiera ocuparlo —responde Rosa, lanzándoles una mirada fulminante, no le gusta que interrumpan con tonterías —. Sigue, Vero.

—El niño nació de la bruja Margarita Vega, hija de otra bruja llamada Marta Vega y un brujo de familia irlandés, justo después de que el niño naciera, los hijos de Zain les robaron el bebé…

—Serena es la nieta de Marta Vega —dice Paolo.

—Oh no —responde Verónica—, Serena debe ser la hija mayor, pero no nació bruja natural como su madre o su abuela. Fue el hijo menor el que fue raptado recién nacido.

En la realidad de Paolo, la mamá de Serena fue la que no nació con el llamado. El Deífico no hace más interrupciones, habría muchas diferencias de ese tipo en lo que Verónica les está

contando.

—Los hijos de Zain —continúa Verónica—, lograron traer a Asmodeo al cuerpo del niño y parece que creció mucho en poco tiempo, porque cuando Marta y su coven fueron por él, parecía un adolescente, y solo habían pasado un par de meses. En total se enfrentaron dos veces antes de que Margarita y Tomas, los papás del niño, acabaran con él.

—¿Cómo lo mataron? —pregunta José.

—¡Ja! Aquí se pone interesante —Las manos de Verónica sujetan con emoción las hojas—. Resulta que el poder de Asmodeo era muy grande y había puesto a toda la ciudad bajo su influencia.

—No entiendo —dice Sonia retocando el nudo en su trenza—, si reencarnó en esta dimensión, ¿Cómo podría tener influencia sobre toda una ciudad?

—No fueron muy claros, por lo que leí en otros sitios, tiene algo que ver con magia muy antigua y su conexión con la dimensión de los demonios.

—¿Cómo lo mataron? —insiste José—. Eso es lo que queremos saber.

Verónica le lanza una mirada de fastidio:

—Después de la primera vez que se enfrentaron con él, se dieron cuenta de que su poder iba más allá de lo que imaginaron y, ni Margarita o su esposo, podían igualarlo. Por eso antes de enfrentarse nuevamente con él, el coven buscó… algo, no cuentan qué es, pero dicen que fue un gran poder para igualar el de Asmodeo. Luego el aquelarre de Marta atacó a los hijos de Zain, mientras que la misma Marta, su hija y el esposo se enfrentaron directamente a Asmodeo. Al final, Margarita lo venció con un hechizo moderno, suena más fácil de lo que pudo haber sido.

—Sí, sí. Claro —dice Rosa—, si era un alma vieja, no supo qué hacer con un hechizo actual, es un poder que no entiende.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? —pregunta Paolo frunciendo el ceño con mucha curiosidad.

—Por lo que dijo Verónica, la naturaleza ha cambiado, Asmodeo pudo haber vivido en esta dimensión hace millones y millones de años, nada es como él lo recuerda. Si todo pasó en cuestión de meses como dijo Vero, no creo que haya tenido el tiempo necesario para conectarse con esta nueva naturaleza, no realmente.

La imagen de Serena aparece en la mente de Paolo, ella también lleva solo unos meses trabajando en su conexión, en su voluntad, y aunque no tenga la experiencia que allí pudo tener Margarita, ella lo tiene a él y él le va a ayudar a acabar con Asmodeo, así como Marta ayudó a su hija. Él lo hará, ahora, solo debe encontrar la forma de volver pronto.

—La historia no termina ahí —dice Verónica sacando a Paolo de sus propios pensamientos —. Cuando Asmodeo murió regresó a su infierno, pero Marta Vega previno que intentara volver de nuevo y eliminó su existencia de una vez por todas.

—¿Qué? Ya estás delirando —dice Adriana.

—Ya me perdiste, estaba buena la historia —dice Luciana entre risas.

Rosa les da una mirada como un golpe seco y todos guardan silencio. Verónica sigue hablando.

—Pues acá dice que, supuestamente, Marta atrajo a Asmodeo a una dimensión donde ambos podían existir, y allí lo eliminó.

—¿Qué dimensión? —pregunta Luiz.

—No dicen, solo mencionan otra dimensión.

—Podemos investigar —dice Rosa, mirando a Paolo, como si leyera su mente—, tenemos algunos libros que hemos comprado, esperamos tener una gran biblioteca, también tenemos

internet y como ves, es fácil comunicarse con otros aquelarres.

—Gracias —atina a decir Paolo, pero su mente ya está en otra parte, está en la cabaña. Necesita comunicarse con Raquel y contarle todo lo que ha descubierto sobre Asmodeo.

—Hay algo más —dice Vero muy seria—, hubo un precio para obtener el poder que los ayudó contra Asmodeo, aquí dice: «… Y cuando la desgracia cayó sobre el coven, supieron que la deuda por aquel poder estaba saldada».

Tiene sentido para él, un poder para igualar el de un ser milenario, definitivamente tenían que ser los anillos, y el precio a pagar, tal vez la muerte de Delfina.

El primer impulso de Paolo después de saber lo que pasó con Asmodeo allá, es contactar al coven de Delfina, pero después de mucho buscar, no encuentran nada, tal vez Delfina nunca se hizo bruja, tal vez los demás tampoco. Ahora que su idea de revertir el hechizo con sus propios brujos en esta dimensión está descartada, debe trabajar con lo que tiene, su madre es una deifica poderosa, pero su coven es nuevo, ¿Será suficiente el poder para llevarlo de regreso?

Los días con su familia parecen un sueño, todo se siente tan irreal algunas veces que Paolo debe acordarse de su situación constantemente. En algunas formas es como si él y su mamá nunca se hubiesen separado. Siempre fue un niño amante del café y Rosa lo permitía solo de vez en cuando y cuando estaban juntos, ella le entregaba una taza después de almorzar, se sentaban en la puerta de la casa y él escuchaba historias que ella misma había escuchado. Esta vez caminan alrededor de la casa, o entre la huerta, siempre con un café en sus manos, ahora las historias son de la propia Rosa, su vida y su magia; también hay historias de Paolo; ella le contó la razón por la que siempre están armados, y el por qué no puede dejar la propiedad; conociendo el ritual perfecto, Paolo se compromete a reforzar su seguridad antes de irse. Hay tanto que se pueden enseñar el uno al otro, pero… Necesito volver. Debo encontrar la forma de comunicarme con Raquel.

Al finalizar la primera semana, el Deífico ya había conocido a casi la mitad del coven de Rosa, y hablando con una de las señoras mayores recordó a Otto y el plano astral. Los días que siguen se concentra en saber más, se da cuenta que el plano astral no es una dimensión o una realidad, es un espacio transversal a toda existencia. Su tiempo se divide en investigar cómo revertir el hechizo y regresar a su realidad, y elevar su conciencia al máximo en el plano astral, no es igual hacerlo en la misma realidad que en una diferente; hasta ahora ha logrado sentir a Raquel y a Serena, pero con Sara y Otto no ha sido tan claro, como si solo pudiera sentir fragmentos de su conciencia.

Hoy Paolo y el coven de Rosa van a practicar un hechizo. Él, junto a varios brujos van a elevarse hasta el plano astral usando la energía de todos. Su hermana Luciana es una de las voluntarias, ella va a entregar un mensaje a un recién muerto; José el otro voluntario, no tiene una razón en particular, solo quiere saber qué se siente; una mujer llamada María completa el cuarteto, su misión es probar el nivel de intuición y ver qué tanta magia se puede hacer ahí, en ese plano.

En medio de la noche, los cuatro brujos se recuestan en el salón de la casa, cada uno en una punta de la estrella dibujada en el suelo, mientras que los demás se ubican alrededor, formando un círculo. Sentados, se toman de las manos y comienzan a producir un sonido, una especie de ‘Mhah’ alargado al final. Rosa enciende las velas que los rodean a todos, montadas en el pasillo, Paolo y los demás cierran los ojos.

Lentamente un punto rojizo se dibuja y se expande frente a sus ojos cerrados, crece hasta que lo cubre todo de un extraño tono, parecido al de los párpados cerrados contra el sol. Su

concentración divaga, varias imágenes vienen a él, personas que necesita, conversaciones pasadas, recuerdos; no… es Raquel con quien debe hablar… puede sentirla, su voz, su pálido rostro; necesita concentrarse en ella. Se le ocurre llamarla, gritar su nombre a la oscuridad, después de muchos intentos, una silueta se posa frente a él, es Raquel, pero está de espaldas; puede sentir cómo él mismo empieza a aparecer en medio de la penumbra, su piel morena, el centímetro de cabello que tiene, sus ojos claros y sus labios gruesos van apareciendo hasta que queda de pie, mirando la nuca de su amiga. Recuerda lo mucho que le costó identificar a Otto cuando lo estuvo llamando. Parece como si el tiempo aquí funcionara diferente, según los cálculos de Paolo el hechizo ya debió terminar y ellos debieron haber sido despertados.

—¿Paolo?

Se oye por fin entre las sombras, es Raquel que se da media vuelta y se acerca a él.

—Me escuchaste —dice Paolo en alivio.

—He estado esperando a que me llamaras. ¿Dónde estás? —Su voz es de preocupación, pero también se oye aliviada.

—Delfina tenía razón, como siempre. Estoy en otra realidad —Algo en su estómago le dice que es hora de irse—. Tenemos que revertir el hechizo, averigüé algunas cosas sobre Asmodeo y los anillos —La presión en su centro es más fuerte, siente que su abdomen lo comprime—. Debes estar atenta a mi llamado, te lo contaré todo con más detalle.

—¡Paolo! Lo siento mucho...

Pero Paolo ya no puede responderle, siente un fuerte tirón que lo saca de la oscuridad y lo lleva al suelo frío de la casa del coven de Rosa.

—¡Ya estaba con ella! La perdí —dice Paolo muy exaltado, mientras se levanta.

—Tranquilo —le dice mamá—, si ya la encontraste, será más fácil hacerlo de ahora en adelante.

Rosa tiene razón, Paolo puede comunicarse con Raquel en los días que vienen, le cuenta todo lo que ha descubierto, la historia de Asmodeo en esa realidad y la importancia de los anillos. En su segunda conversación, Raquel asume la culpa de la falla del hechizo, entre lágrimas admite que sus dudas y la falta de confianza fueron las razones por las cuales todo salió mal, pero no es así, y Paolo tarda varios encuentros en convencerla de que fue la incertidumbre del destino al que iba lo que hizo que él resultara allí.

Después de semanas todo está listo, Raquel y Serena van a hacer el mismo hechizo que Paolo y el coven de Rosa, al mismo tiempo. Pero antes, Paolo debe cumplir una promesa: Es la última noche y el Deífico hace el mismo ritual que hizo Serena alrededor de la mansión, dándole más protección a la casa de su mamá. Una gran parte de Paolo quisiera quedarse, conocer mejor a sus hermanos, vivir las cosas que no pudo vivir con su mamá, tener una mamá, su mamá; pero sabe que su responsabilidad es mayor, incluso si decide quedarse, no podría vivir sabiendo que dejó morir a sus brujos, muchos dependen de él, así el amable rostro de la cara de Rosa lo invite a estar ahí.

Después de cenar y cuando ya todos están en sus habitaciones, tres golpes se oyen desde la puerta del cuarto de Paolo, es su mamá, con una simple sonrisa entra y se sienta junto a él en la cama, por un par de minutos solo se observan el uno al otro.

—En verdad espero que todo salga bien mañana —dice Rosa con la voz agria.

—Yo también. Ellos me necesitan más que nunca.

—Tu responsabilidad es con tu coven —afirma Rosa, su voz tiembla—. Siempre pensé que te vería de nuevo, tal vez cuando muriera o en mis últimos minutos, pero nunca me imaginé que

tendría que despedirte otra vez.

Paolo no responde, le retira la mirada y la clava en el piso.

—Pero tenerte aquí, me da la satisfacción de saber que, en algún lugar del universo, en alguna realidad posible, ambos vivimos, ambos crecimos juntos, fuimos la familia del otro y nunca nada nos hizo falta… Y estoy segura, que la parte de mí que fue tu mamá real está mirándote con orgullo… —Sus lágrimas dejan pequeñas gotas oscuras sobre su pantalón azul.

Paolo no aguanta más y se cubre la cara con las manos, las lágrimas se le escurren entre los dedos, Rosa lo toma con fuerza, apenas y puede rodearlo con los brazos, pero aun así lo sujeta con todas sus fuerzas; él llora como nunca ha llorado en su vida, quiere parar, pero simplemente no puede, su dolor había sido contenido por mucho tiempo como agua entre una montaña y finalmente había explotado.

Después de un buen rato de llanto se quedan en silencio, abrazados, hasta que la primera luz del día cambia el cielo de un azul oscuro, a un azul claro.

—Te voy a extrañar, más de lo que lo hacía antes —dice Paolo.

—Ya sabes moverte por el plano astral. Siempre estaré cuando me llames.

El cielo tiene una pincelada naranja que cubre todo el Este, en la otra dirección se ve la luna, redonda y brillante. Paolo observa el árbol afuera de su cuarto, trata de aclarar sus pensamientos, pero en su pecho hay una lucha, debe irse, quiere irse, pero también quiere quedarse, recuperar todo lo que perdió, ¿y qué hay de lo que gané?, la familia que eligió, sus brujos, sus amigos dependen de él, solo le queda agradecer por la oportunidad y continuar con su destino.

El salón principal de la casa está lleno de agua, todo el coven está de pie en los pasillos, usando túnicas blancas, Paolo lleva la misma ropa con la que llegó. Ingresa con mucho cuidado al agua y se para en el centro, espero que Raquel y Serena estén haciendo esto mismo, los demás brujos lo siguen y se acomodan alrededor, comienzan a caminar arrastrando las hierbas por el agua, Rosa se acerca y le da el último abrazo.

—Gracias.

Él la aprieta fuerte con sus brazos, cuando la suelta, ella toma posición y empieza a decir las palabras del hechizo, los demás repiten y entonan el coro. Paolo se concentra, en el centro de su mente ubica la pequeña cascada, ubica a Raquel y a Serena, y con toda su fe dice:

—Llévenme de regreso.

Del suelo pequeñas burbujas comienzan a subir, una señal de que el hechizo está funcionando, él se concentra con más fuerza. La pequeña cascada, la pequeña cascada, la pequeña cascada.

—Ojám-melojum.

Se oye retumbar por toda la casa. Las burbujas crecen, mueven el agua en todas las direcciones, tan rápido, que pasa de ser cristalina a ser completamente blanca y espumosa. Paolo voltea a ver a su mamá, ella le da una sonrisa triste, él se la regresa y antes de que sus ojos se llenen de lágrimas, se sumerge por completo.

Raquel y Serena están tomadas de las manos, el agua de la pequeña cascada brilla con cada burbujear, la energía es intensa. De repente Raquel siente que le tocan el tobillo, abre los ojos pero no alcanza a ver nada, se suelta de la mano de Serena y la mete al agua, siente la cabeza y el rostro de Paolo, mete ambos brazos y empieza a jalarlo, es pesado, tambalea; cuando su torso se asoma, Serena se mueve y lo ayuda a ponerse en pie.

Más de un mes después se vuelven a reunir. Cuando Paolo termina de toser agua, Raquel lo abraza.

—Estábamos seguras de que regresarías —dice Serena acercándose a su Deífico, es su turno de abrazarlo.

—Gracias, su fe fue la que me trajo de regreso —responde el brujo caminando a la orilla del río.

—Descansa un poco, trajimos unas frutas por si quieres recargar energía antes de volver a la cabaña —dice Raquel—. Qué bueno tenerte de regreso.

—Te extrañamos mucho —La emoción de la joven bruja se puede ver en todo su rostro lleno de alegría—. Estudiamos como nos dijiste, ya tengo un buen control de los elementos y he practicado muchos hechizos. ¿Cierto, Raquel?

—Cierto. Es muy talentosa para los hechizos, pero para las pociones…

—Bueno, yo tampoco soy muy talentoso para las pociones —dice el Deífico—, ese es más tu poder.

Raquel sonríe.

—Vamos, es mejor que volvamos pronto —dice Paolo, pero de inmediato siente una presencia con ellos… y no es solo una.

Raquel también siente algo extraño y se apresura a salir del agua, toma a Serena por el brazo y la lleva detrás de Paolo, ahora de pie mirando el bosque. La joven bruja no sabe lo que pasa.

—Váyanse ahora y nadie saldrá lastimado —dice Paolo con fuerza para que el bosque lo escuche.

Varias siluetas empiezan a emerger de entre los árboles. Serena se paraliza por un momento, un punto luminoso azul entre la penumbra se ve avanzar con el resto de las sombras, la bruja está convencida de que es el espectro que ve en sus pesadillas y ha venido por ella.

—Nadie va a salir lastimado, tienes mi palabra —La voz que se oye es fuerte y masculina—. Asmodeo solo quiere tener a su mamá con él. Si la bruja viene a nosotros, nos iremos tranquilamente. No hay necesidad de ninguna confrontación.

Paolo le da una mirada suave a Raquel, ella aprieta a Serena quien reacciona fuera de sus pensamientos.

—Yo no veo a Asmodeo acá. Si tanto quiere a su madre…

—Asmodeo no está disponible.

—Yo no hablo con mensajeros —interrumpe Paolo—. Si su jefe no está acá, imagino que no es tan importante.

—Solo queremos a la bruja —dice el hombre en un tono casi amistoso. Su cuerpo no avanza, no se mueve por completo, pero sus ojos se sienten de arriba a abajo sobre Paolo.

—Ella no va a ir con ustedes —responde Paolo en el mismo tono—. Regresen a sus casas, niños, háganlo ya, o me temo que esto no va a terminar bien esta noche y es una noche muy linda para morir.

Un hombre casi tan alto como Paolo se muestra a la luz de la luna, su rostro blanco se ilumina con el reflejo del cielo, sus ojos cafés se ven más claros con esa luz. Desde el cuello hasta los pies, está vestido de negro.

Capítulo 28

Es Paolo. ¿Cierto? —dice Silas con una sonrisa amplia, sus dientes son grandes y blancos.

—Sí, ¿Y usted?

—Me llamo Silas, tal vez hayas oído mi nombre por ahí —Su mirada es fuerte y su sonrisa muy confiada.

—No, nunca he oído ese nombre, y es un nombre muy raro, creo que lo recordaría —Paolo no se siente intimidado, pero siente temor por Serena—. Supongo que son los hijos de Zain.

—Bueno, ahora somos los hijos de Silas.

Paolo ríe.

—Ya veo. Silas, esto claramente es algo de ego —dice el Deífico moviéndose hacia su derecha, llevando a sus brujas hacia la dirección que conduce a la cabaña—. Propongo que usted se enfrente conmigo, así los niños en los árboles podrán vivir un día más.

—Creo que no estás entendiendo.

—No, creo que usted es el que no está entendiendo —La voz de Paolo es más fuerte, más gruesa de lo normal—. Serena no va a ir con nadie, así que: o se van, o se quedan y se mueren.

—No vamos a regresar sin la bruja, en…

Una fuerza empuja a Silas desde el abdomen hacia atrás, los que están detrás de él también caen al suelo.

Los tres brujos comienzan a correr entre los árboles, las raíces en el suelo hacen que sea difícil avanzar rápido y las ramas ocultan la luz de la luna.

Pasos y jadeos se acercan tras ellos, Paolo se para tras un árbol, Raquel se detiene.

—Sigan —les dice el Deífico.

—No —responde Raquel.

—¡Sigan!

Ambas brujas continúan corriendo. Paolo respira profundo, y espera, quiere que estén más cerca para atacar y las chicas más lejos. Se agacha y mete sus dedos entre la tierra:

—A la tierra le pido, komandoa. A los árboles les pido, komandoa.

Todo el bosque comienza a hacer un ruido extraño, hojas secas quebrándose, ramas partiéndose, las aves dejan sus nidos y llenan el ambiente de gritos, y un olor a madera recién cortada se toma todo el lugar. Paolo mira al cielo, respira profundo y sopla con fuerza, después de la tercera vez varias nubes ocultan a la luna; el bosque queda oscuro.

Los hijos de Zain se acercan, uno es atrapado por una raíz que lo hala y lo empuja contra la base de un árbol grueso, del otro se oye un fuerte ruido cuando se golpea con un tronco que originalmente no estaba frente a él y el tercero de ellos da un paso a un agujero que se cierra en su cintura.

Silas comienza a avanzar despacio murmurando un cántico para anular la magia de Paolo mientras camina, con cada paso la tierra y los árboles a su alrededor se detienen, otros de sus brujos comienzan a hacer lo mismo y a avanzar.

Paolo deja que su hechizo continúe y sigue corriendo lo más rápido que puede.

Varios metros adelante Raquel siente el deseo de regresar y ayudar a Paolo, pero sabe que, si lo hace, Serena también querrá volver y es a ella a quien quieren. Apenas deje a Serena protegida en la cabaña, regreso a ayudar a Paolo, piensa entre jadeos y torpes pasos, agarrada de su mano

la joven bruja suda de cansancio, pero principalmente de miedo.

—¿¡Por qué me quieren!? ¿¡Qué más pueden querer de mí!? —Su voz se corta entre el viento que va contrario a ellas.

—No importa —responde Raquel con la voz agitada. Ella sabe muy bien por qué la necesitan, pero no es el momento, ni es ella la persona que se lo tiene que decir—, cualquiera que sea la razón, no pueden tenerte, debemos llegar rápido a la cabaña, ahí no podrán encontrar nuestro rastro.

Silas logra salir del terreno encantado, se para con firmeza, sube sus manos al cielo, abre los dedos y cierra los ojos, un par de segundos después engancha los dedos como si los envolviera en un objeto, después empieza a traer los brazos hacia él mismo.

—Cae sobre los árboles y toca la tierra. Álzate sobre los suelos y entre los troncos. Oculta mis pasos de mi enemigo.

En forma de espiral traslúcido, algunas nubes se reúnen y descienden con el movimiento de las manos del brujo, cubriendo todo el suelo con una densa niebla, varios de sus acompañantes llegan a su lado; Silas les hace una seña para que se dividan y avancen en diferentes direcciones.

El Deífico avanza, pero tan pronto la extraña niebla lo empieza a cubrir, se da cuenta que se trata de una nube bajada a la superficie. Camina un poco hasta que encuentra un árbol fuerte y alto para trepar, con mucha agilidad lo escala hasta que sus pies quedan por encima de la nube, no logra ver nada a su alrededor, su propia magia es la que oculta a la luz de la luna.

—Invoco al trueno y al relámpago —susurra Paolo— denme su fuerza.

A sus pies, la nube empieza a dar pequeños destellos, choques eléctricos como luciérnagas amándose bajo la neblina, Paolo se concentra en las luces y en lo que quiere que hagan.

Silas y su grupo caminan rápido con confianza entre la nube, él sabe que Paolo no está lejos. Súbitamente se detiene al escuchar un estruendo tenebroso que viene hacia ellos de frente, la onda de sonido los empuja un poco, pero Silas sabe bien lo que sigue así que corre hacia un árbol y torpemente trepa. Unas luces se empiezan a acercar y mientras lidia con la dificultad por apoyar su pie en una rama, ve cómo varios de sus brujos que van delante él, son envueltos por los relámpagos azules a la altura de su cintura, el choque es tan fuerte que los tumba al suelo. El pie de Silas aún está metido en la nube, el relámpago lo alcanza y la sensación de un zumbido caliente empieza a subir por su cuerpo, hasta que logra escalar a una rama más alta. Paolo había usado el propio hechizo de Silas en su contra. Con un movimiento de sus brazos, Silas hace que la nube se disipe y se confunda con el manto de nubes que cubre todo el bosque.

El Deífico continua desde la copa de un árbol mirando los movimientos de los hijos de Silas, cuando la nube empieza a subir él comienza a bajar, pero se detiene a la mitad. Yo puedo terminar esto acá, de una vez por todas, decide esperar.

—Ignis —dice Silas apuntando su poder hacía unos árboles que sin mucha espera se encienden en llamas—. ¡Quemaré todo este bosque si es necesario! ¡Entreguen a la bruja!

Los árboles que ya se están encendiendo con violencia se ven apagados cuando una fuerte lluvia cae sobre todos. ¡Lo hizo de nuevo!

—¡Sigan! —les grita Silas, pero sus compañeros de ataque están heridos y confundidos por los relámpagos. Avanza solo lo más rápido que puede, no puede llegar donde Asmodeo sin Serena.

Los truenos y la lluvia se sienten lejos de ellas, las gotas no logran tocarlas, por el contrario, cuando miran atrás ven la cortina de agua que cae solo en una parte del bosque. Ya estamos cerca, piensa Serena, sus pies están heridos y en uno de sus tobillos siente un dolor agudo. Yo

creo que Paolo se quedó a enfrentarlos solo, no se atreve a decirle eso a Raquel, ella le dijo que otros hijos de Silas podrían estar rodeándolas, fuera de la protección de Paolo. Es mejor continuar hasta la cabaña.

Desde lo alto de un árbol, Paolo se arroja con fuerza sobre Silas, ambos caen al suelo. El Deífico sobre su enemigo, comienza a darle una ráfaga de puños en el rostro y la cabeza; con las piernas Silas logra empujarlo y trata de ponerse de pie, pero cuando logra su posición, Paolo lo tumba al piso de nuevo, ambos ruedan abrazados mientras tratan de herirse de alguna forma, un árbol los detiene y los separa, los dos brujos se paran frente a frente; Paolo lanza un puño por la derecha, pero Silas lo esquiva y toma el brazo extendido, hala el cuerpo de Paolo hacia él y lo recibe con su rodilla, sacándole el aire.

Silas mira al cielo y luego a Paolo a unos metros enfrente, un trueno se escucha y un rayo baja desde las nubes sobre ellos, el Deífico lo ve y salta a un lado justo a tiempo, el rayo impacta contra un árbol volando la parte superior y dejando solo una brillante punta de madera.

Paolo se recupera y con un solo movimiento pega sus codos al cuerpo y extiende los brazos a los lados, la energía cinética que provoca su hechizo empuja a Silas contra un árbol. Allí retenido Paolo lo mira y dice:

—Tamtasú.

La corteza del árbol comienza a atrapar el cuerpo de Silas, tal como lo hizo Delfina en Torryburn.

—No, ¡Otra vez no! —susurra Silas. Después de su experiencia con Delfina investigó y aprendió el contrahechizo para el Tamtasú—. Su apeleftamta —dice con fuerza. De inmediato la corteza que lo aprisiona se quiebra—. Ignis —Algunos troncos partidos y un par de árboles se encienden—. Komandoa.

El fuego comienza a atacar a Paolo, él lo esquiva rodando por el suelo y ocultándose detrás de otros árboles. Con un movimiento circular de sus brazos y unas palabras de poder, un tremendo aguacero cae de nuevo luchando contra el fuego.

Silas logra liberarse del todo y corre hacia adelante, pero Paolo lo intercepta por un lado y ambos caen; el Deífico se levanta, apoya una rodilla en el pecho de Silas y otra en el suelo, su mano izquierda en el cuello de su enemigo y su puño derecho directo a la cara, después del segundo golpe, Silas logra elevar a Paolo lo suficiente para quitárselo de encima, pero tan pronto se pone de pie, el Deífico le devuelve la misma energía que lo hace volar varios metros hasta que cae de frente sobre el tronco de un árbol caído, se escucha algo que se rompe, pero no es el tronco, Silas grita de dolor. Paolo, también herido, viene acercándose hacia él.

—Se lo advertí —Las palabras del Deífico son difíciles de escuchar en medio de la tormenta —. No escucharon. No puedo dejar que se la lleven.

Silas levanta la cabeza y con un grito de dolor intenso alza su brazo izquierdo; el golpe de energía le pega a Paolo en el centro del pecho y lo envía con fuerza hacia atrás. La lluvia se detiene y el cielo se despeja en cuestión de un segundo.

Raquel y Serena logran entrar al perímetro de la cabaña cuando sienten una punzada en el corazón que las hace caer de rodillas.

—¡No! ¡No! —grita Raquel con rabia mientras golpea su pecho con sus puños.

Serena está completamente desorientada.

Silas comienza a huir del lugar arrastrándose con su brazo izquierdo, su espalda y sus piernas duelen, pero es su brazo derecho el que lo hace gritar. Unos metros al frente de donde Silas se retuerce de dolor, Paolo yace sin vida, la fuerza del último ataque de Silas lo envió directo contra

el árbol que había sido partido por el rayo, la punta del tronco le atravesó el pecho.



El tigre revivido con necromancía sigue rodeando al raji viejo sin despegar los ojos de su presa, el cuerpo zombi de Niara logra entrar a la tienda, todos los esclavos se amontonan en una esquina haciendo presión en la tela de la carpa que a su vez se inclina. La mejilla de Sara se ve tan roja como las puntas de su cabello entrelazado en los dedos del raji. Los gritos son cada vez más fuertes, el hombre le sacude la cabeza mientras la patea; la bruja siente que sus ojos quieren escapar de su cara, puede saborear un calor intenso subiendo por su garganta. Justo cuando el hombre le grita al oído ella siente un fuerte dolor en el pecho, su collar da un destello que por un segundo ilumina todo a su alrededor, la piedra fósil cae al suelo; el hombre abre los ojos, aterrado y atina a darle una patada en la cabeza a Sara, luego le dispara pero ya no tiene más balas; ella cae a un lado, todo su cuerpo está hirviendo, pero entiende lo que significa el dolor que acaba de sentir en el pecho; su piel canela va tomando un color rojizo, antes de recibir otro golpe voltea a ver al único raji sobreviviente y este se enciende en llamas instantáneamente, los esclavos comienzan a gritar horrorizados, el hombre desesperado corre por toda la carpa mientras su piel se escurre a cada paso que da; las llamas se empiezan a esparcir, la lámpara quebrada en el suelo se enciende y lleva el fuego hasta los muros de tela.

Sara logra ponerse de pie, apenas y puede soportar el calor de su cabeza, en sus oídos solo suena un fuerte zumbido. Alza la mirada y ve al raji en el suelo dando vueltas, cierra los ojos e intenta desaparecer la horrible imagen, pero no puede, lo intenta de nuevo, hasta que se da cuenta que el fuego que está viendo frente a ella es real, los rostros asustados de los prisioneros la aterran más, algunos están llorando y gritando; por un momento el tiempo se detiene para la bruja, todas esas personas están asustadas de ella. Las llamas van escalando por las paredes de tela dejándolos encerrados en un círculo de fuego, Sara no puede reaccionar, con violencia el sonido a su alrededor llega a sus oídos, los gritos de desesperación vienen de todas partes, los esclavos corren de un lado a otro dentro del círculo de fuego, evitando ser quemados por los pedazos de tela en llamas que caen del techo, el olor a plástico quemado es cada vez más fuerte; tanto movimiento y ruido no dejan que Sara pueda concentrarse para calmar todo, al contrario, ella se siente peor.

La bruja extiende sus brazos con la intención de controlar las llamas, pero al intentarlo tiene un efecto contrario, las llamas y ella misma se ponen más calientes, cae de rodillas y agacha la cabeza entre sus brazos.

Otto logra ponerse de pie, el dolor en el pecho que acaba de sentir lo hizo caer al suelo, se apoya en Ana para seguir caminando; al frente una luz les llama la atención, avanzan más rápido hasta que logran ver el fuego por encima y detrás de las tiendas más pequeñas, corren rodeándolas y se encuentran con la imagen de la tienda más grande quemándose, el fuego trepa por las paredes de tela iluminando el desierto y ahumando la noche.

—¡Mira! Tenemos que sacar a Sara antes de que el fuego crezca más —dice Otto deteniéndose y parándose firmemente, alza sus manos y con un movimiento hacia la tienda dice:

—¡Invoco al viento!

—¡No! —grita Ana.

Una ráfaga de viento llega con mucha fuerza desde atrás de ellos y ataca la tienda.

Adentro, Sara siente que el viento la estremece, los gritos aumentan, cuando levanta la cabeza

ve todo a su alrededor en llamas más altas, empujadas por el viento, ya no hay techo ni paredes de tela, ella y los esclavos están encerrados en un círculo de fuego más alto que cualquiera de los muros en las ruinas de Taoudeni, Sara trata de pensar en algo, pero el calor que siente no la deja reaccionar. Todo está en mi imaginación, esto no está pasando, se repite. A su lado las personas empiezan a juntarse, varios se están quemando y los gritos son puñales en el cuello para Sara, su respiración se agita, las lágrimas que salen de sus ojos se evaporan al tocar sus mejillas, su cabeza late apretándole el cerebro, los gritos, el llanto, el dolor, el dolor, no puede aguantarlo.

Un lamento desgarrador se escucha desde el círculo incendiado, justo en ese momento una columna de fuego en espiral se levanta varios metros al cielo, el brujo corre con todas sus fuerzas acercándose lo más que puede a las llamas.

—¡Sara! —grita con desesperación—. ¡Sara! ¡Por favor, Sara! ¡Puedes parar esto!

Entre los espacios que dejan las llamas de fuego subiendo en círculos, Otto cree ver a Sara sola, con el fuego a sus pies, mirándolo y sonriéndole; el tornado de fuego se expande enviando al brujo unos metros hacia atrás, luego, en cuestión de un segundo, su base se torna de un color azul claro y como una onda de energía el fuego se dispara y se disipa hacía los lados, dejando una oscuridad cegadora que llena todo Taoudeni.

Otto siente unos brazos que lo mueven, la voz de una mujer se escucha cada vez más cerca, de repente recuerda dónde está y abre los ojos; el agujero en el lado izquierdo del cuello de la vieja bruja lo hace cambiar la mirada, hay un silencio perturbador.

—¿Estás bien? —pregunta Ana ayudándolo a ponerse de pie.

—¿Dónde está Sara?

La bruja no responde nada.

—Ana, ¿dónde está Sara?

—No sé, yo creo que…

Otto ya está corriendo por el lugar, todo huele a ceniza y plástico quemado; una gran marca negra se extiende en el sitio donde estaban las tres tiendas, donde estaban los demás esclavos y donde estaba Sara, ahora solo queda una ceniza que el viento sopla, que vuela y se le pega en la cara, sus lágrimas se vuelven negras. Cierra sus ojos claros y busca adentro de sí, pero no la encuentra, ya no está en este mundo, Sara se fue a donde él no puede seguirla, a donde no la puede acompañar, ella se fue al igual que Paolo, al igual que Delfina.

Varias horas pasan, Otto ha estado sentado en medio del círculo quemado, Ana no ha querido acosarlo con preguntas o ideas, pero ya ha pasado mucho tiempo y deben salir de Taoudeni lo más rápido posible.

—Otto —dice la bruja suavemente—, nos tenemos que ir.

Él levanta su mirada hacia ella.

—No nos podemos quedar acá —insiste Ana.

El brujo no responde nada por unos segundos, hasta que toma una bocanada de aire, como si fueran las fuerzas que ha perdido y dice:

—¿A dónde? ¿Cómo?

Ana de pie frente a él, observa en dirección a la cerca para los animales.

—Hacia allá siempre van los camellos cuando llevan las placas de sal, a Tombuctú —Mira hacia la dirección opuesta—, si estamos en medio del desierto… —cierra los ojos—. Tombuctú está hacia el Sur, o sea que ese es el Norte. Debemos ir hacia el norte.

Otto se pone de pie, su mirada está medio perdida, medio presente, no caen lágrimas de sus ojos, no hay un solo gesto en su cara.

—No vamos a llegar lejos —dice mirando al norte—, deberíamos quedarnos acá y… morir.

—Yo no puedo morir —responde Ana en un tono de reproche—, y tú tampoco. Tenemos asuntos que terminar.

—¿No ves donde estamos? Ya estamos muertos de todas formas.

—Tenemos una responsabilidad. Lamento decirte esto en este momento, pero tú sabías muy bien los peligros de este viaje, Delfina lo dejó muy claro.

Otto se empieza a reír a carcajadas:

—Estamos en medio del desierto, estamos condenados a morir. Nos condenamos el día que nos dividimos, nunca debimos dejar la mansión.

Ana lo mira con cuidado. El viento está soplando con fuerza. Ella rompe un pedazo de su vestido y se cubre el cuello.

—Tal vez tienes razón, tal vez eso es lo que debe pasar, morir fuera de la mansión. Tal vez todos tienen que morir, tal vez todos tengamos que morir, no lo sé, ni siquiera Delfina lo sabía. Lo único que todos sabemos hasta ahora es que alguien tiene que sobrevivir; tienes que volver al otro lado del mundo y entregarle esos anillos a esa niña, y después puedes morir si quieres —La bruja toma aire, la ceniza se siente seca en su garganta herida—. Los carros de los rajis aún están atrás, cerca de las ruinas. Tomaremos toda el agua y toda la gasolina que podamos e iremos hacia el norte. No me importa cuántas personas tengamos que hechizar, pero vamos de regreso con tus brujas, no más paradas.

El sol está comenzando a salir a su derecha, en silencio Otto sigue todas las indicaciones que Ana le da y ahora están listos para arrancar camino hacia el norte. Llevan toda la gasolina que pueden en un par de botes de plástico, varias botellas de agua y un balde a rebosar; aún hay mucha agua en los tanques de los animales, pero no tienen en qué cargarla.

Ana toma su lugar en el auto, pero Otto sigue de pie mirando la mancha negra que dejó la tolvanera de fuego, muchos pensamientos atacan su cabeza, ideas, conversaciones, palabras que pudo decir. ¿Es real? ¿En serio esto pasó? Se ve a sí mismo cuestionando la realidad, ¿Qué le habrá pasado a Paolo? Raquel ya debe saber que Sara tampoco está, debe estar muy confundida. Mira el carro y camina lentamente hacia él, todo lo que le dijo Ana es cierto, deben llegar donde Serena y no pueden tener más contratiempos, solo espera ser capaz de aguantar lo suficiente, él es el nuevo Deífico y sin el ritual de ascenso su magia puede estar muy inestable, como su corazón. Se sube al auto, mira a Ana y le pone una mano sobre el hombro, intenta decir algo, pero no puede, mejor enciende el motor y arranca, ninguno sabe exactamente a dónde van, solo se dirigen hacia el norte, con la esperanza de encontrar a alguien.

No mucho después de haber salido ven cómo crece una montaña de tierra en frente de ellos, lo más sabio es rodearla, no se atreven a exigirle tanto al auto como para subirla, la tierra y el polvo ya hacen difícil poder avanzar a velocidad, o tal vez es la inexperiencia de Otto con el terreno. Deciden girar a la derecha y no alejarse mucho de la montaña. El viento caliente los embiste mientras avanzan, entra por las ventanas y genera el efecto contrario a refrescar. Ana no se ha atrevido a hablar, sabe lo que le debe estar pasando por la cabeza a Otto, ella también se siente triste, estimaba a Sara y siente mucha pena que haya tenido que pasar por algo así; por un momento agradece que, en su larga vida, sus tormentos no la persigan todo el tiempo, aunque sepan aparecer de vez en cuando.

El agua que llevan para el viaje empieza a reducirse considerablemente, no tienen comida, el calor es insoportable y Otto empieza a temer por el carro.

Llevan cinco horas rodeando la montaña, pero parece interminable. A lo lejos se nota que la

densidad del terreno cambia, si quieren seguir a la misma distancia del morro de tierra el carro tendrá que esforzarse y tal vez deban ir más lento, a su derecha en cambio, el terreno sigue siendo igual, pero en esa dirección algo se logra asomar entre el horizonte distorsionado por el calor, más adelante es un poco más visible, Otto y Ana comparten miradas y sin hablarlo, se desvían entre el polvo y la arena. Tan solo veinte minutos en la nueva dirección y logran ver pequeños árboles, vegetación y postes erguidos apuntando hacia abajo, una carretera.



Tenemos que limpiar el techo, piensa Serena cuando abre los ojos. Tiene unos segundos de confusión hasta que todo regresa a su mente, se manda la mano al pecho y recuerda esa horrible sensación, un dolor profundo, pero diferente a algo que haya sentido antes, no recuerda haber sentido nada parecido cuando Delfina murió, o tal vez confundió la sensación, en ese momento estaban pasando muchas cosas.

Toma la cobija que la cubre y gira a un lado dando su cara a la pared, no está lista para levantarse aún. Comienza a hacer memoria hasta que recuerda que anoche al rato de que sintieran a Paolo, también sintieron a otra persona, a Sara, ella le enseñó a hacer su primer hechizo y le caía muy bien, siempre pensó que pudieron ser buenas amigas, apenas y puede recordar bien su cara, debe haber detalles de ella que ya olvidó. Se siente triste por Sara, pero no como por Paolo, lágrimas bajan hacia un costado de su rostro, él la protegió y la pudo haber protegido siempre. Él pudo haber matado a Asmodeo, piensa, era muy fuerte. Era la persona más fuerte que he conocido, eso la pone aún más triste, verlo le daba fuerza a ella también; sabe lo que Paolo le diría si la viera sintiéndose tan derrotada, seguro una de sus confusas metáforas que al final siempre terminan teniendo sentido, algo sobre la fuerza como una herramienta, tal vez es justo lo que necesitan todos, fuerza para levantarse, Serena lo hará, así como se prometió levantarse de todo lo demás; ella va a honrar a Paolo de la forma que él hubiese querido: siendo muy fuerte. La imagen de sus padres y de su hermano se forma en su cabeza, no le gusta pensar en ellos, de cierta forma, desde que se enteró de su llamado ha sentido un poco de rabia con sus papás, ¿Por qué no le dijeron nada sobre el pasado de sus familias? ¿Por qué no le dijeron nada sobre su abuela? Una voz se escucha desde atrás de su conciencia, «Todo pasa por algo» oye en la voz de Paolo, incluso cree oír la voz de Delfina, como si lo dijeran juntos. Piensa en su hermano y más lágrimas corren por la almohada. Finalmente se levanta y ve que la cama de Raquel está intacta, no sabe en qué momento se quedó dormida. Revisa el huerto con la esperanza de encontrarla ahí, cruza de nuevo la casa y sale por la puerta principal, pero su compañera tampoco está en ese lugar, solo ve dos líneas marcadas en la tierra que van de un costado al otro; la bruja sigue el rastro y nota que las marcas vienen desde el bosque, camina hacia el otro lado por un par de minutos, hasta que ve dos troncos de guadua, amarillos y verdes, al lado hay una cuerda larga, envuelta y tirada junto a un montón de tela blanca, al fijarse mejor, Serena nota que lo que está debajo de la tela es el cuerpo de Paolo, quiere correr sobre él y ver con sus propios ojos, pero se contiene. Raquel está a unos metros de ahí, agachada removiendo tierra con una pequeña pala de jardinería.

—¿Por qué no usas una pala grande? —pregunta la joven, agachándose al lado de su amiga.

—Lo hice por un rato, pero me cansé muy rápido —El rostro de Raquel se ve más pálido que nunca, su cara no puede expresar sino tristeza.

Serena toma la pala más grande y con dificultad comienza a sacar tierra.

—No recuerdo en qué momento me quedé dormida —dice la joven bruja. El sol está justo sobre ellas.

—Anoche tomamos un poco de belladona para dormir, aunque yo no pude dormir nada.

Serena toma impulso para preguntarle, pero Raquel la interrumpe.

—Regresé, un par de horas después de que te dormiste regresé. Tomé esas guaduas y otras cosas… —Raquel habla suave, sus manos siguen escarbando la tierra y su mirada sigue el ritmo de su trabajo—. Él estaba contra un árbol que le atravesó el pecho… el lugar estaba muy destruido y a unos metros había una marca en el suelo, como si alguien se hubiera arrastrado huyendo de ahí.

—Te tuviste que tardar mucho para traerlo —dice Serena, observando la expresión de Raquel, ellos eran como hermanos.

—Cuando llegué el sol ya había salido.

—Deberías comer algo.

—No tengo hambre. Quiero terminar esto primero.

Serena no sabe qué más decir, decide concentrarse en abrir la tierra, pero Paolo era un hombre alto lo cual requería un agujero largo y ancho.

Después de un rato, la forma del hueco está terminada. Raquel dice un hechizo sobre un poco de agua y lo arroja, la tierra del agujero desciende unos metros más dejando una profundidad perfecta. Ambas toman el cuerpo de su Deífico y lo acomodan con dificultad; mientras le quitan la sábana que lo envuelve, las marcas de sus heridas se muestran, la sangre seca en la ropa y en su piel, la mancha oscura en el centro del pecho, solo que no es una mancha, es una herida. Serena se pregunta si Raquel está pensando lo mismo que ella, Paolo ya no está, él ya no puede sentir dolor, a diferencia de ellas que sienten esa herida como propia.

Raquel toma un balde con agua amarilla, algunas hierbas reposan en el fondo. Le entrega una toalla a su hermana bruja y juntas comienzan a limpiar el cuerpo de su amigo, remojando y escurriendo el trapo le limpian la sangre seca y las heridas.

—No fue muy risueño —dice Raquel acariciándole el rostro—. Siempre tenía esta misma expresión, con el ceño tensionado. Cuando se enojaba entrecerraba los ojos un poco y la nariz se le hinchaba… Me pregunto si se encontró con Delfina.

—Yo creo que sí —responde Serena con esperanza.

Raquel la observa por un momento y vuelve la cara hacia Paolo.

—Hay algo que me da vueltas en la cabeza —Serena voltea a verla—. En la realidad a la que Paolo fue, el coven que peleó con Asmodeo tuvo una penitencia, como un pago por el poder que tuvieron que buscar. ¿Será este el pago? ¿Delfina, Paolo y Sara? ¿Ellos son el pago por esos putos anillos? —Su voz se quiebra.

—No creo, no le encuentro relación —aporta Serena con inocencia—. ¿Qué tiene que ver la vida de ellos con los anillos?

—Nosotros fuimos a reclamarlos. Este no es un poder ordinario, yo creo que no nos hemos dado cuenta de lo que realmente significan.

La cara de Serena delata su confusión, Raquel decide no hablar más del tema de los anillos, no hay mucho que pueda explicar sin tener que decirle sobre su rol en todo esto.

Media hora después, el cuerpo de Paolo está completamente limpio y envuelto en otra manta blanca. Con la ayuda de las cuerdas bajan a su amigo y comienzan a vaciar la tierra sobre él.

—Todavía te puedo sentir, no importa donde estés, te puedo sentir y te voy a sentir siempre. Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes, pero… supongo que todo pasa por algo. Nos

encontraremos de nuevo.

Raquel se levanta y le pide a Serena traer el libro de las sombras negro. Cuando la joven regresa hay varias piedras junto a Raquel; sin decir una palabra, ubican las piedras, una a una en la parte superior de la tumba, como una especie de lápida, una montaña de piedras de no más de 50 centímetros de alto. Al lado derecho de Paolo, Raquel construye otra montaña en nombre de Delfina, a la izquierda Serena hace lo mismo en nombre de Sara.

Cuando todo está listo se arrodillan frente a las tumbas, Raquel le entrega a Serena un mortero con sal, unas hojas de laurel y flores de caléndula, la joven bruja comienza a machacar los elementos mientras la otra abre el libro y ubica una página.

—Repite después de mí, pero no pares de triturar —le dice Raquel a su hermana bruja—. Invocamos la fuerza de nuestro legado.

Serena repite.

—Tomen a sus hijos y llévenlos con cuidado. Con estas palabras de duelo y dolor consagramos y despedimos a Paolo —La bruja toma una pequeña botella, la abre y deja caer un poco de aceite traslúcido en el mortero—. Despedimos a Delfina —Ahora vierte un poco de aceite rojo—. Y a Sara —Su aceite es amarillo—. Dejen que su poder nos nutra y nos guíe.

Ambas se levantan de su posición, Serena le entrega el mortero a Raquel y esta vierte siete pequeñas porciones a lo largo de la tumba de Paolo, también lo hace sobre las montañas de piedras de Sara y Delfina. Finalmente regresa al lado de Serena, levanta sus brazos al mismo tiempo que unas hermosas llamas se levantan de los lugares donde ella derramó la poción, el fuego tiene un color verde y naranja que baila con gracia, algo hermoso de ver.

—Anoche… —dice Serena después de un largo rato, cuando las llamas de colores se extinguen—. Sentí algo, algo que no había sentido desde que estaba embarazada. Era como si alguien de mis sueños estuviera ahí, el monstruo con la luz brillante en su cara —Cuando sube la mirada, los ojos preocupados de Raquel están clavados en ella.

—¿Lo puedes sentir ahora?

—No.

—Tal vez sí estaba ahí —dice Raquel—, todo esto es más grande de lo que alguna vez me imaginé. Vamos a la casa, tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 29

El dolor ha bajado un poco. El cuarto que tomó es muy oscuro y se pregunta por qué no dejaron las paredes blancas, le daba un sentido de limpieza a la vieja casona. Trata de sentarse, pero no puede, su única mano libre también duele y no tiene la fuerza para apoyarse, apenas y puede moverse sin que algo más le moleste. Quiere llamar a alguien, pero no cree ser capaz, decide esperar a que la fuerza llegue a él.

Da vueltas una y otra vez sobre lo que pasó anoche, lo último que recuerda es caer al suelo, el olor a tierra mojada y la sensación de piedras raspándole el costado. Alguien abre la puerta con cuidado, Rafael entra al cuarto cargando una bandeja con un plato hondo, algodón y otras botellas pequeñas, las pone en una mesa al lado de la cama.

—¿Hace cuánto te despertaste? —Le pregunta el nuevo brujo.

—Hace un rato —responde Silas con dificultad—. ¿Qué pasó?

—¿No lo recuerdas? —Rafael levanta las cobijas de Silas y le sube la camiseta exponiendo su abdomen, en su costado izquierdo hay un raspón en forma de línea que le dibuja todo el lado, tiene un aspecto rojo y amarillo.

—No, recuerdo cuando la lluvia paró, creo que el brujo está muerto.

—Tuviste suerte, te encontramos a tiempo. Los demás no sobrevivieron —Unge un poco de algodón en el líquido de una de las botellas pequeñas y lo presiona sobre la piel de Silas, este se estremece y aguanta el aliento.

—¿Por qué me duele todo? —dice mientras gruñe de ardor.

—Casi mueres, respirabas muy lento cuando te encontraron —Descubre por completo a Silas y le enseña sus heridas en las piernas, comienza a aplicarle el líquido en cada raspón—. Tienes por lo menos dos costillas rotas a ese lado, ese brazo también está roto. No sé si te sientes el rostro, pero tienes el labio roto, los morados van a desaparecer sin marca, pero la cortada que tienes en la ceja va a dejar cicatriz, yo puedo hacer un buen ungüento, pero esa herida es profunda.

—Bueno, por lo menos tengo mis dientes completos —dice resignado, pasándose la lengua por los dientes.

—Tienes que beber esto.

—¿Qué es?

—Sopa —responde Rafael y sin esperar más, le empieza a dar cucharadas directo en la boca.

Silas recibe el líquido con calma, aunque tragar sea otro dolor que deba añadirse a la lista.

—¿Dónde está Asmodeo? —pregunta después de un incómodo trago.

— Salió.

—¿Qué?

—Sí —dice Rafael sin intentar disimular la preocupación—, habló esta mañana, bueno, balbuceó unas palabras. Pidió ir a la ciudad, quiere ver a la gente.

—¿Habló? —Incluso con los moretones y las heridas en su rostro es evidente su cara de asombro, no tan positiva.

—Sí —Rafael duda un momento, pero aprovecha la cercanía de la situación para preguntar —. ¿Es normal que crezca tan rápido? Es solo que… es un poco… miedoso.

Silas mira con detenimiento a Rafael.

—No me había preguntado eso —dice finalmente—. Asmodeo es un demonio bastante viejo, algunos textos dicen que fue de los primeros demonios en existir, su conexión con el Orco, la dimensión de donde viene, es muy grande, se dice que allá el tiempo no sigue una linealidad como en esta dimensión. Además, él conoce magia muy antigua, magia que tal vez nunca hemos escuchado.

—¿Y nosotros? —pregunta Rafael—. ¿Conocemos magia de la que él nunca haya escuchado? —Tan pronto estas palabras salen de su boca, Rafael sabe que sobrepasó los límites con su nuevo líder.

Silas lo mira con detenimiento, como si sospechara algo, luego responde muy serio:

—Sí. Tengo una teoría —Sus ojos cafés claros, oscurecidos por los golpes que le adornan la cara, se fijan directo en los de su brujo—. Este mundo no es el mismo que era cuando él vivió, por eso pidió salir, para ver cómo es ahora, para sentirlo, para sentir a la gente. Tal vez tenga poderes y conozca hechizos que nosotros no, pero los que sí conocemos los tendrá que aprender desde cero, como todos lo hicimos.

Rafael no responde nada, inclina la cabeza y recoge los utensilios que había llevado.

—Esto tiene un poco de belladona, te ayudará a dormir —Le entrega una botella con un líquido amarillo.

—Gracias —responde Silas—. Despiértame cuando llegue Asmodeo y Rafael… Esta conversación… podría ser mal interpretada, alguien podría pensar que dudamos o cuestionamos.

—Entiendo, sí —dice Rafael sonriendo—. Nuestras conversaciones son solo nuestras —Sale.

No pasa mucho para que el efecto de la belladona lo haga dormir.

En medio de la oscuridad de su sueño, un ruido que crece le llama la atención, es como un golpe que se repite creando un ritmo. Al frente de Silas una luz dibuja el borde de una puerta, la música va creciendo mientras él avanza, la puerta se ilumina y lo invita a entrar; la música llena sus oídos, es un ritmo sencillo, un poco más rápido que las manecillas de un reloj. Un destello lo ciega por un segundo, cuando alza la mirada se encuentra en medio de un corredor de personas que mantienen la cabeza abajo, todos saludan a Silas con mucho respeto, los brujos visten pantalones y camisas largas de colores oscuros: negro, rojo y purpura. Por fin reconoce con qué sueña, el ritual de reencarnación de Asmodeo. Avanza hasta el centro donde se expande un gran círculo con el símbolo de Asmodeo dibujado en el suelo, en la mitad se eleva un fuego azul en la base y de los colores de la sangre en las llamas. Una algarabía lo hace voltear a ver el pasillo por el que llegó, los brujos se exaltan y aplauden su entrada, ahora Silas se puede ver a sí mismo entrando de nuevo, pero el otro Silas está vestido todo de negro y lleva un libro en sus manos, su rostro no tiene heridas ni golpes, luce tan guapo como siempre. Todos aplauden al Silas de negro y lo llaman como si fuera una estrella de cine, cuando llega al centro hace un gesto con la mano y por el mismo camino entra un niño de unos quince años, arrastra con una cuerda un carnero albino con cuernos café claro, el niño mira al Silas espectador y le guiña uno de sus heterocromáticos ojos, uno azul y el otro café. Los demás brujos entran en un frenesí cuando Bo ingresa con el bebé en sus brazos, sus rostros sudan y brillan con la luz que emana el infante, sonríen y se arrodillan a su paso. El ritmo del tambor que suena se acelera, el bebé llega al centro y el Silas de negro comienza a hablar, su voz es fuerte y poderosa, pero el Silas que sueña no identifica ninguna palabra, solo puede interpretar los gestos que hace. El fuego azul cielo y rojo sangre llena el espacio con un prisma hermoso. Rafael llega con una pequeña tina de cobre y ponen al bebé en ella, luego acercan al carnero, todos repiten lo que canta el Silas de negro y se arrodillan con la cara contra el suelo. El carnero bala con fuerza y un sonido, aunque placentero,

estremece tocando a cada uno de los brujos presentes. El animal tiene una expresión plácida, lo acomodan y Silas le corta la garganta con un solo movimiento, el bebé comienza a reír muy fuerte, sus piecitos y manitas se mueven de felicidad mientras un líquido del color del fuego lo baña por completo, la sangre se llena en su bañera y el niño se regocija y balbucea tranquilo. El Silas de negro toma al bebé por los costados y lo levanta para que todos lo vean, la música se detiene, todos observan hipnotizados a la luz que emana Asmodeo reencarnado, con un destello pálido que le chorrea por el cuerpo. Todos celebran la reencarnación de Asmodeo y caminan tras él en una procesión, el centro del ritual queda vacío en cuestión de segundos, excepto el adolescente que se detiene al frente del Silas que sueña, sus ojos de colores disparejos clavados en el brujo.

—¡Despierta! —dice el jovencito.

Silas abre los ojos con susto, ese ha sido el sueño más loco que ha tenido en mucho tiempo, tal vez exageró con la belladona. Respira y con dolor se acomoda mejor en la cama, recuerda claramente el sueño que acaba de tener, el reintegro de Asmodeo a su cuerpo, claro que los colores y las luces eran más bien sangre y fuego; la música no la reconoce por más que intenta. La puerta se abre haciéndolo saltar con dolor.

—Qué bueno que estás despierto —dice Rafael, su voz se siente agitada—. Asmodeo ya regresó.

Diez minutos después, de pie en el marco de la puerta está Bo, en sus brazos lleva al bebé Asmodeo quien mira a Silas con ojos que el brujo no logra descifrar, no sabe si es decepción o lástima. Bo descarga al niño sobre la cama y este se acomoda tiernamente en la esquina.

—¿Estás sintiéndote mejor? —pregunta el bebé.

Silas se siente bastante incómodo, su cabeza gira con la extrañeza de la situación:

—Un poco la verdad, no mucho —Admite ahogando su incomodidad.

—Casi te mata —dice el niño, su voz es tierna, lenta y dulce.

—Casi. Afortunadamente lo maté primero.

Asmodeo lo mira desde el rostro hasta los pies.

—¿Por qué pasó esto? —dice el demonio.

—¿A qué se refiere, señor? —Piensa en lo extraño que es decirle «señor» a un bebé.

—Nosotros fuimos los que emboscamos a los brujos. ¿Por qué fallamos?

—Si pudiera darle una respuesta para su pregunta, no habríamos fallado, señor.

—Es la segunda vez que fallas contra ellos —Asmodeo no toma bien el último comentario de Silas.

—Bueno su Deífico está muerto. Ahora que usted está entre nosotros no habrá una tercera vez —Silas termina esta frase con una sonrisa encantadora y dolorosa.

Hay un silencio incómodo.

—Así es —dice finalmente el bebé.

—¿Cómo estuvo su primer contacto con el mundo actual?

—Sabes —dice el demonio con la voz suave—, es exactamente como me lo imaginaba. Demonios leseros cuentan muchas cosas de sus posesiones, pero verlo en persona es… magnífico, tan fácil para tomarlo; hay tanta desesperanza y corrupción que no será difícil tenerlos bajo… nuestra influencia.

—Me alegra oír eso, señor. Eso significa que pondremos en marcha el Tathir pronto, ¿verdad?

—Sí —El niño gatea por la cama y se acerca a Silas—, y mientras no esté listo, no podemos

iniciar más brujos, lo primero que debemos hacer es poner toda esta ciudad de nuestra parte.

—¿Qué necesitamos?

—Miedo —responde el bebé—. Necesitamos que la gente tenga miedo, necesitamos que cosas inexplicables comiencen a pasar, necesitamos que la gente sienta que el diablo llegó a la ciudad.

—Me encanta como suena eso —admite Silas sintiéndose bastante bien, hasta el momento había tenido dudas sobre traer a Asmodeo a esta dimensión, ha pasado tanto tiempo fuera de su forma humana que el brujo teme que se distraiga con lo que había olvidado sentir, pero las palabras que acaba de oír lo tranquilizan un poco.

—Cuando haya cierta paranoia entre la gente, será el momento para invocar el Tathir, uniremos a esta ciudad bajo nuestra influencia y cuando todos sean míos, nos expandiremos a más ciudades, el país, el continente. Por eso, hasta que no tengamos ese poder sobre la ciudad, no podemos iniciar más brujos; después podremos tener tu preciada legión de regreso.

Silas siente una emoción que le alivia el dolor de sus heridas, pero trata de disimularlo.

—Entiendo —dice el brujo—. No más iniciaciones. Tengo una idea de dónde podríamos tener los cinco puntos —En ese momento Silas siente unas inmensas ganas de dormir, de descansar, la tensión con Asmodeo lo tiene exhausto.

—¡Perfecto! —responde el demonio—. ¿Qué fue lo último que supiste sobre los compañeros de mi madre? Los que están viajando.

Silas estaba esperando esa pregunta desde que lo vio sobre los brazos de Bo.

—Supe que habían llegado a Kenia y que fueron interceptados por cazadores de brujas. Probablemente estén muertos o sin magia.

—¿Nada nuevo sobre esos… poderes? —Un pequeño rasgo de temor se le dibuja velozmente en el rostro.

—No, es probable que si los capturaron les hayan quitado todo.

—Tenemos que estar seguros de eso, las suposiciones son peligrosas y no quiero llevarme sorpresas —El tono de Asmodeo se escucha bastante serio.

—Sí señor, estamos tratan…

El demonio lo interrumpe.

—Esta noche sale otro grupo de brujos para África. Tenemos que saber qué pasó con ellos y qué pasó con los supuestos poderes que invocaron —La mirada tierna y los ojos grandes se vuelven muy tensos, la imagen de un bebé con esa expresión, incomoda bastante a Silas—. Lo que sea que encontraron no puede llegar a esta ciudad, o a este país, y como bajo tu mando solo ha habido negligencia, le di otras instrucciones a los brujos que viajan hoy; conozco África muy bien.

Silas no responde nada, solo asiente con la cabeza.

—Te necesito fuerte Silas, ya estoy acá y no podemos detenernos por nada, nuestro destino es dominar a los inmerecidos, recuérdalo —Con dificultad gatea hasta el final de la cama, Bo lo toma entre sus brazos y lo levanta—. Recupérate.

—Sí, señor, gracias —dice Silas antes de que Asmodeo cierre la puerta y lo deje listo para sumirse en un largo sueño.



Es un alivio por fin estar fuera de la arena y la tierra, la carretera se siente suave bajo las

llantas del carro en el que van, aunque el camino esté lleno de baches. Después de dos horas conduciendo recto, comienzan a ver unas pequeñas casas, el sol está alumbrando a su izquierda, con la misma intensidad del mediodía. Del agua que llevaban solo quedan un par de botellas pequeñas y en la última parada que hicieron, hace una hora, gastaron lo que les quedaba de combustible.

Una gasolinería se asoma a la izquierda de la carretera.

—Paremos ahí —sugiere Ana, dándole final al silencio que compartieron varias horas.

Otto se desvía y estaciona el auto cerca de una de las dos bombas que hay, ambos bajan del carro y caminan hacia una ventana adornada con paquetes de dulces y avisos de comida, una mujer detrás de una reja de metal los mira con desconfianza.

—Buenas tardes —dice Ana en francés.

La mujer cambia de semblante y se acerca un poco a la ventana.

—¡Extranjeros! —Su francés es muy difícil de entender—. Si están buscando el aeropuerto, tienen que seguir derecho y desviarse hacia allá —Señala con su brazo.

Otto, sin entender lo que hablan las mujeres, voltea a ver hacia donde apunta la señora, pero no diferencia nada en medio del valle desértico; cuando regresa la mirada, Ana y la señora se están mirando fijamente.

—Está sola —le dice Ana a Otto—, llevemos el carro para atrás y hablemos con ella.

Otto hace lo que le indican y más pronto de lo que creían están sentados en una pequeña mesa comiendo un plato de arroz con algunas verduras, acompañado de una bebida gaseosa. Ana come con mucho agrado, siente que cada bocado le devuelve un poco de fuerza y energía; Otto en cambio, come con lentitud, sin ánimo, no hay disfrute o gozo al masticar, a pesar de que la comida tiene muy buen sabor y que lleva horas sin probar nada.

La mujer tiene más de sesenta años, su casa es simple pero grande, con pisos y paredes de madera. La tendera los acoge por una hora donde ambos descansan y se refrescan. Les cuenta que vive con su marido y con su hijo menor, pero no llegarían hasta caer la noche. También les cuenta que están en Argelia, cerca de la ciudad de Reggane y que están a un día o más por carretera hasta Argel, la ciudad capital.

Salen de allí con un tanque lleno de gasolina, agua y comida que amablemente la mujer les empaca.

—Si no hubiera estado hechizada, tal vez no sería tan amable —dice Otto en un tono agrio cuando lo comentan de nuevo en el carro.

—Necesitamos descansar —dice Ana—, propongo que entremos a Reggane, busquemos donde pasar la noche y mañana retomemos.

—¿Retomar hacia dónde? —El tono de Otto es algo que Ana nunca había escuchado en su voz, es bajo, suave y cargado de melancolía.

—Retomar el camino, podemos ir a Argel o a Marruecos y desde ahí tratar de volar a Europa.

Otto se queda observando a la carretera, después de un suspiro largo dice:

—Tal vez en Marruecos podamos viajar a España más rápido.

Esa gota de optimismo alegra mucho a Ana, a veces siente que el muchacho perdió cualquier motivación.

—Muy bien, entonces mañana temprano estaremos camino a Marruecos.

—No creo que debamos parar —advierte Otto.

—¿Por qué no? Llevas horas conduciendo y necesitas un buen descanso. Además, no nos están persiguiendo.

—¿Cómo sabes? Nos llevamos su auto.

—Bueno… en eso tienes razón —dice la bruja, no porque crea que realmente tiene razón, solo quiere darle tranquilidad—. Podemos cambiar de auto…

—Robar otro auto, querrás decir.

—No es robar, les vamos a dejar este, es un intercambio, un trueque, ya sabes, la economía tradicional.

Otto no dice nada y Ana nota que no está del todo seguro, sin embargo, ella sabe que realmente necesitan descansar.

—Ahora ya nos podemos proteger —continúa la bruja—, vamos a estar seguros, por lo menos esta noche.

—Proteger —susurra Otto—, ni siquiera la pudimos proteger a ella.

—Tú lo dijiste, no pudimos.

—Sigo pensando en lo que pudimos haber hecho, sigo repasando hechizos en mi cabeza, reviviendo ese momento una y otra vez, buscando lo que hice mal, un encantamiento que pude haber dicho. ¿Qué podíamos hacer? Si tal vez yo no hubiera invocado al viento… —El brujo voltea a ver a Ana con los ojos llenos de lágrimas.

Ana le sujeta la mano y lo mira con compasión.

—Esto no fue tu culpa, no había nada que pudiéramos hacer. Para el momento en el que llegamos ya era tarde, el poder era muy grande, incontrolable y todo pasó muy rápido.

Otto no vuelve a hablar y Ana no lo presiona más. No es sino hasta que se encuentran con el peaje de la entrada a la ciudad de Reggane, que Otto dice algo:

—¿Ahora qué? Yo no hablo francés como tú.

Ana le hace un gesto con la mano que le indica que ella se encargaría. Al llegar a la pequeña cabina de madera, la bruja se asoma por la ventana llamando la atención del encargado del peaje, se miran fijamente por un momento hasta que el paso se abre.

La noche está sobre ellos, aunque bien saben que deben ser las seis o siete. Bajo la complicidad de la luna los brujos buscan refugio y transporte, después de una hora encuentran un hotel pequeño con varios carros parqueados afuera. El lugar es una pequeña construcción en medio de una carretera donde las casas están alejadas, aún les queda camino por recorrer antes de llegar al centro de Reggane, pero no pueden arriesgarse a hacer lo que planean con tantos ojos viendo.

En una pequeña recepción que parece más una pequeña sala con una reja en medio, Ana hechiza al encargado quien los conduce a una habitación con dos camas pequeñas. La bruja se da un baño y limpia su herida en el cuello con un poco de agua que el encargado le entrega. Otto rechaza el baño y se recuesta en la cama; cada vez que cierra los ojos ve la sonrisa de Sara entre las llamas. Cuando Ana regresa al cuarto, Otto escucha que recita un encantamiento, pero no lo reconoce; busca descansar un poco, cierra los ojos con fuerza tratando de aguantar las lágrimas, parece imposible. Ana suspira mirando al techo, puede oír la tristeza del hombre al lado de su cama, no hay mucho que pueda decir ahora, tal vez acercarse a consolarlo, pero su cuerpo está hundido en el pequeño colchón, es duro y pesado, sin embargo para ella es una cama de plumas y pronto se queda dormida.

—No estoy seguro de que hicimos lo correcto —dice Otto al otro día, mientras avanzan en otro auto diferente y ven el sol terminar de asomarse.

—Si pensamos en lo correcto ahora, no vamos a llegar muy lejos —Ana siente la mirada acusadora de Otto, pero lo ignora—. Lo que quiero decir es que no hay forma de volver con tus

brujas si no tomamos ventaja de algunas personas. No es algo que quiera hacer tampoco, pero no tenemos alternativa. Igual estamos buscando… disminuir el daño, ya sabes, a la larga es como una ayuda al universo…

—Sí, ya entiendo —dice Otto con la intención de callarla, sabe que si insiste, ella no parará de hablar y de buscar razones para justificar todo. Sin embargo, la culpa es inevitable. Otra cosa por la que sentir culpa.

El auto que ahora conducen es un modelo de hace unos veinte años, pero que se desplaza suave por el árido asfalto; lo eligieron de color blanco para que no se caliente tanto, según Ana, pero resultó ser mentira, el carro es un horno andante.

La noche anterior mientras Ana dormía, Otto entró en trance, caminó por el plano astral hasta que se encontró con Raquel, por un momento solo probaron lo que podían ver de sus rostros, como queriéndose dar un abrazo intangible, es la primera vez que tienen contacto en más de dos meses. Otto le contó sin muchos detalles todo lo que habían vivido en Taoudeni, cómo fueron esclavizados y obligados a usar los collares de piedra fósil. Cuando llegó el momento de hablar de Sara, el brujo pasó por el tema con rapidez, o por lo menos eso creyó él, realmente no sabe los detalles de lo que pasó por la cabeza de Sara en ese momento.

Raquel, por el contrario, contó con muchos detalles todo lo que sabe de la emboscada de los hijos de Silas y de la muerte de Paolo.

La tristeza se siente diferente acá, piensa Otto, se siente ajena, como si no estuviera adentro.

—Deben tener todos nuestros movimientos oficiales vigilados, creo que así supieron a dónde estaban viajando ustedes —asegura Raquel—, también deben tener hechizos en todas partes, ellos sabían que habíamos hecho ese ritual en la pequeña cascada, nos estuvieron esperando.

El centro de Reggane le trae recuerdos a Ana de la última vez que visitó Egipto, hace probablemente unos ochenta o cien años. Las cuadras son pequeñas y arenosas, las casas son de máximo dos pisos y todo parece estar pintado con la misma paleta de colores, a donde quiera que miren hay café en infinidades de tonos, amarillo, rojo, naranja y de vez en cuando algo pequeño de verde o azul. Cruzan por una calle y encuentran un supermercado, toman un carrito gastado y lo llevan entre los cuatro pasillos recogiendo víveres. Los ojos de los encargados están puestos en ellos, Otto usa la ropa de uno de los hijos de la mujer de la gasolinería, pero Ana aún tiene la túnica sucia con la que fue esclavizada, apenas y tiene algo en sus pies.

—No podemos llegar a Marruecos viéndonos así.

—¿Por qué no? —responde Ana con una pequeña ironía en la voz, examinado una conserva de algo que no logra descifrar.

—Porque no podemos hechizar a todos a nuestro alrededor, y creo que llamamos un poco la atención.

—¿Qué? Somos turistas —asegura Ana, tomando otra conserva—, los turistas son así, se visten raro, son excéntricos.

—Solo digo que creo que es mejor pasar desapercibidos —insiste el brujo—. Puede haber cazadores de brujas en cualquier parte.

—Está bien —dice Ana, poniendo cuatro conservas en el carro—. Si lo que quieres es robar ropa…

—No, yo… yo no quiero robar —Otto se exalta un poco hasta que nota la sonrisa burlona de Ana—. Si vamos a cambiar de carro…

—Entonces sí vamos a Marruecos.

—Sí, si queremos salir rápido de África, estuve una vez en Marruecos y creo que hay más

viajeros.

Una hora después están de regreso en la carretera, esta vez conducen un auto más moderno, de llantas grandes y con aire acondicionado, deciden que los hoteles son los mejores lugares para encontrar autos. El hombre que hechizaron es de Argelia y por lo que pueden notar tiene buena economía. En la parte de atrás llevan mucha comida, agua, gasolina y dos mudas de ropa.

El paisaje oculta las casas y las cuadras de Reggane para convertirlas en desierto, de vez en cuando ven algo construido con piedras al lado de la carretera. Ana abre un mapa que encontraron en el auto e identifica la ruta por la que van, si no se desvían de la autopista podrán llegar a la frontera con Marruecos y buscar otro mapa.

—Hay unos cuantos pueblos en el camino —dice Ana con la mirada fija en el mapa—, pero nos tendríamos que desviar… Hay muchos pueblos pequeños cerca de la carretera hasta la frontera, así que podemos pasar la noche en una posada o algo. Podemos pagar, hay dinero aquí, no mucho, pero podemos pagar algo, un peaje tal vez.

Otto no responde nada, pero una suave sonrisa se le marca por un breve momento.

—Ana, ¿te puedo preguntar algo?

—Lo que sea —responde la bruja, una breve sensación de nervios le caen al estómago.

—No quiero ser… cruel.

—No vas a lastimar mis sentimientos, si es lo que te preocupa. Dispara.

—Tú has vivido tanto que me imagino que toda la gente que has amado… murió —Hay mucha pena en la voz de Otto.

—Eh, sí. Todos murieron. Es una de las consecuencias del… don del resurgimiento —Don, piensa la bruja de ochocientos años, cuando lo que en realidad quiso decir es: maldición.

—¿Cómo pudiste seguir viviendo? ¿Cómo… cómo puedes seguir haciendo cualquier cosa? Quisiera quedarme dormido, quedarme en ese lugar donde no se siente nada, donde no hay tristeza o hambre, solo descansas y ya.

—No hay más opción que vivir, nuevas motivaciones vendrán o tal vez no. Yo no tengo otra opción. He notado que a veces la gente muere vieja, pero sabiendo muy poco y otras veces muere joven, pero sabiendo mucho, y lo único que pueden tener en común es que ambos mueren sabiendo algo. Yo creo que he vivido por ochocientos años porque aún tengo algo que aprender, un papel que cumplir, y creo que los que he dejado atrás simplemente ya han cumplido el papel que tenían.

—¿Cómo sabemos cuál es nuestro papel? ¿Por qué las cosas pasan así? —La tristeza de Otto se mezcla en su voz con curiosidad y un poco de rabia.

—Solo algunos suertudos lo saben. Tal vez al final miraremos atrás y será obvio por qué estuvimos aquí y por qué las cosas pasaron como pasaron.

—¿Importa lo que estamos haciendo ahora, si como tú dices, solo muertos vamos a saber para qué éramos buenos?

—Parte del viaje es el final —La voz de Ana es muy tranquila—. Si cada persona tuviera un planeta para sí mismo, tal vez no, no importaría. Pero aquí cada decisión que tomamos afecta a otros, a más personas de las que nos podemos dar cuenta. Y no es algo de brujas y aventuras, no. Unos, por ejemplo, estamos llevando cuatro anillos mágicos al otro lado del mundo, para otros su aventura es levantarse temprano para ir a trabajar. ¿Quién dice que una es más importante que la otra? Ambas pueden salvar el mundo.

Comparten un momento de silencio mientras las estrellas aparecen titilantes sobre ellos. Ana saca de nuevo el mapa y señala un pueblo donde se pueden desviar y con suerte pasar la noche;

Otto baja la velocidad para encontrar señalizaciones o algo parecido.

—La extraño —dice Otto, rompiendo el silencio una vez más—, y a mis papás. Y a Delfina. Siento que las manos me tiemblan todo el tiempo y me falta el aire.

—Tengo tanta gente para extrañar —Ana le pone una mano sobre el hombro—. Me imagino a mis amados donde nada los puede tocar, donde solo conocen tranquilidad, en un lugar tan diferente a este, donde simplemente no hay sufrimiento. El sufrimiento se queda aquí. Necesitas descansar más, dormir un poco. Creo que mañana ambos nos sentiremos mejor.

Esa noche descansan en el auto; después de recorrer el pequeño pueblo sin encontrar una posada, se estacionan a un lado de la carretera principal, ocultos por una vieja construcción de piedra.

Diez horas de camino con solo dos paradas y se ven entrando a una ciudad cuyo nombre no saben leer. Es tal vez el pueblo más grande que han visto desde Reggane, y se expande al pie de unas cuantas montañas arenosas. Deciden que es mejor cambiar de carro y pasar la frontera con un auto de ese pueblo, sin duda podrían encontrar algo bueno, es un gran lugar con tiendas, restaurantes y hoteles. Usando su estrategia de cambiar el auto en hoteles, encuentran una camioneta pequeña en una posada a las afueras de la ciudad, aunque no es tan fácil, no solo tienen que hechizar al dueño, también a un recepcionista y a dos camareras.

Dos pequeñas montañas forman un pasaje donde los brujos alcanzan a ver una caseta de madera y un letrero en árabe, están en la frontera con Marruecos. No hay nadie en el peaje y pasan sin problema. Dos horas después, tan pronto el abrazo de las montañas los deja seguir, el paisaje les ilumina el rostro, el verde que se presenta frente a ellos contrasta con el naranja del cielo, ninguno puede recordar hace cuánto no veían tantos árboles.

Ana solo espera que su paso por Marruecos sea tan fácil como lo fue llegar aquí.

Capítulo 30

Está muy feliz hoy, tiene un vestido azul hasta las rodillas, ¿O es rosado? y unos tenis blancos. Unas manos suaves y frías le tocan los hombros y la llevan despacio con pequeños pasos de emoción hasta el comedor. ¿Es hoy? Todos son muy amables con ella, siempre que llega este día la tratan muy bien, incluso su hermano menor. ¿Qué día es hoy? Sus cumpleaños nunca han sido muy festejados, siempre fue una reunión muy familiar, al lado de un pastel. Un pastel sería algo lindo. Su papá le había dado una torta de chocolate con una placa redonda en la cubierta, también de chocolate. Ellos sabían lo mucho que a Serena le gustan las tortas y en su cumpleaños siempre la consienten. Sí, es mi cumpleaños. Su mamá tiene el uniforme de su trabajo y está casi lista para irse, su papá puede esperar un rato más antes de volver, así que decide dejarle grandes pedazos de pastel partido en porciones. No. Mi papá no estaba aquí, él trabajaba hasta la noche, nunca estaba a esta hora. Su mamá se sienta y le sirve un poco de pastel, mientras la observa se acomoda el vestido, dice algo sobre el hermano de Serena, pero las palabras no se entienden, nota que ya no lleva el uniforme del trabajo. ¿Qué? Cuando gira su cabeza a la izquierda, ve a su pequeño hermano acercándose con un regalo en sus manos. Recuerdo eso, él ahorró mucho para darme ese regalo, le costó mucho tiempo. A su derecha sus padres la observan sonriendo, uno sentado al lado del otro, y eso la hace sonreír también. Una fuerza empuja a los padres de Serena a un lado de la casa, todo a su alrededor se mueve y choca con la pared, la bruja se cubre la cara con sus manos, voltea a ver a su hermano, pero él parece no haber visto nada, sigue en la misma posición, con los brazos estirados ofreciendo su regalo. Cambia de mirada otra vez y ahí siguen sus padres, él con medio cuerpo saliendo de la ventana rota del auto azul oscuro, y ella colgando del cinturón de seguridad ¿Así los encontraron? Serena huye de la escena, trata de tomar a su hermano para salir de ahí, pero al verlo, está encendido en llamas y en su pecho hay un puñal clavado. Los ojos de sus familiares se fijan en ella y comienzan a decir algo. No entiendo lo que dicen, el temor de la bruja crece, sabe muy bien que no pueden herirla físicamente, pero saber eso no impide que se llene de miedo.

Serena puede abrir los ojos. No sabe bien lo que pasó en su sueño, pero lo recuerda con claridad. Un frío le recorre la espalda y piensa en cuánto tiempo ha pasado en realidad, eso fue una batalla perdida consigo misma, se había prometido no olvidar los días, si es lunes o sábado, si es el primero o el 15 de mes, si es octubre o febrero, lo único que sabe ahora es que están en medio de la luna creciente, un momento para los hechizos de fertilidad, de cultivos, trabajo, amor y pedir por justicia divina. Paolo estaría decepcionado y a la vez orgulloso. Se siente como si hubiera pasado un año, ella lo siente, tal vez no sea hoy, o mañana, pero es cerca a este día. Ese es uno de esos recuerdos que se quedan tallados en la mente, ni siquiera los detalles se olvidan, todo lo contrario, con el tiempo los detalles pesan más. Raquel aún duerme, es raro que Serena se levante primero que ella, eso le hace creer aún más que es el aniversario. Sale por la puerta trasera y observa que el sol se asoma tras un par de montañas. Una sensación de soledad la abraza, pero no es una sensación ajena, de cierta forma siempre se ha sentido sola, incluso cuando más ha estado rodeada de gente. Sale a caminar entre los árboles que encierran la cabaña, sin dejar la protección del terreno. Repasa en su mente el sueño que tuvo hace unos momentos, buscándole significado.

—Ya pasó un año —le susurra al viento, finalmente aceptándolo.

Regresa a la cabaña y ve a Raquel con dos libros, sentada en el suelo de la entrada.

—A veces hago lo mismo —dice Raquel cuando Serena se acerca lo suficiente—, camino en círculos, entre los árboles. Me dan una sensación de… protección. Debe ser por las ramas, o tal vez la sombra, pero siempre los árboles me dan seguridad.

—Tal vez eres una ninfa y no lo sabes.

—¿Tú crees? Yo creo que soy un poco fea para ser una ninfa.

—¿Qué? Yo creo que eres linda —Serena la mira fijamente para que sepa que lo dice en serio.

—No como una ninfa. A menos que la mitad de lo que he leído de su aspecto sea mentira.

—¿Nunca has visto una ninfa? —Serena creía que era la única que no había visto a estos seres.

—Claro que no —Raquel ríe—. No es nada fácil encontrar una ninfa en esta época, por lo que he leído viven en bosques muy alejados, algunas especies ya no existen, ninfas que vivían en lugares donde ya no hay naturaleza.

—Qué triste.

—Lo es… Hablando de tristeza —Raquel cierra los libros—, ¿Me vas a decir por qué estás triste?

—Tuve un sueño anoche. Bueno, esta mañana.

—¿Una pesadilla?

—No, no sé —Serena suspira buscando las palabras—. Estaba con mi familia celebrando mi cumpleaños, al principio fue bueno estar de nuevo juntos. Pero luego las cosas empezaron a cambiar, la ropa que teníamos, sus rostros, la casa donde estábamos, vi cómo se estrellaron, estaban sentados frente a mí y de repente un auto estaba dando vueltas en una calle, vi sus cuerpos muriendo en el carro. Cuando volteé a ver a mi hermano estaba en llamas con un puñal clavado en el corazón.

—¿Crees que tenga algún significado? Tal vez sea solo un triste recuerdo que se presentó cuando dormías.

—Creo que hoy hace un año murió mi hermano —dice Serena con la mirada puesta en un pequeño insecto que avanza con dificultad frente a ella—. Es tan raro pensar que tan solo ha pasado un año.

—Lo sé —dice Raquel—, es poco tiempo para haber perdido tanto. Pero creo que ambas sabemos que la muerte no es un castigo, al contrario. A veces pienso que el castigo es este, está aquí, bajo nuestros pies, lo vivimos y lo caminamos a diario.

—¿Puede ser mejor? —Se siente tonta al hacer esa pregunta.

—Yo creo que sí —responde Raquel, agarrando las puntas del cabello de Serena—. Hay gente que realmente es feliz… o por lo menos la mayoría del tiempo.

—¿Crees que podríamos llegar a ser como ellos? —Su mirada fija en el insecto.

—No. No como ellos, pero podemos ser felices como nosotras —Acomoda el cabello de la joven bruja detrás de sus orejas—. Serena, no siempre va a ser así, no nos vamos a quedar aquí escondidas toda la vida.

La joven levanta la mirada y ambas brujas comparten un abrazo.

El día pasa sin más preocupaciones, de vez en vez Raquel se queda observando el actuar de Serena, queriendo entender lo que siente, lo que no le cuenta y la hace sufrir. Cuando el atardecer llega, una sensación fría pasa por la piel de las dos, por instinto se levantan de las escaleras de la entrada, es como si sintieran una amenaza.

—¿Qué es eso? —pregunta Serena mirando a todas partes.

—No sé, es una energía muy fuerte… es magia —Raquel corre a los límites de la cabaña, donde termina el hechizo protector. Agitada, respira profundo, cierra sus ojos y se concentra en la energía—. No es aquí, estamos seguras.

—¿De dónde viene? ¿Es normal que sintamos una energía así?

—No, por lo menos no la magia que yo conozco. Volvamos a la casa.

—No entiendo qué puede estar pasando. ¿Qué tipo de magia es? —Serena se siente muy asustada, aunque el sol está mirándolas y el cielo está despejado, hay algo en el ambiente, algo que la joven no puede descifrar.

—Una muy vieja…

Los libros que estaban leyendo las brujas en la entrada comienzan a mover sus hojas a pesar de que no sopla el viento. Ambas se acercan a ver, pero los libros no se detienen, las páginas pasan y pasan en ambos sentidos. Adentro, en la pequeña biblioteca, los demás libros hacen lo mismo, algunos caen y vuelan por todas partes. Ninguna se atreve a hacer nada, hay tanto movimiento que sería arriesgado tratar algo; un momento después, todos los libros se cierran de un solo golpe, menos uno cerca a la puerta, se mantiene abierto casi por la mitad, como si una fuerza lo sostuvieran de ambos lados. En las páginas se ve un pentáculo dibujado sobre un mapa, el título está escrito en un idioma que ninguna de las dos reconoce. Se miran, pero es Raquel la que recoge el libro y lo observa.

—¿Qué dice? —pregunta Serena, con temor en la voz.

—No sé. No reconozco nada de lo que está aquí.

Un impulso lleva a Raquel de nuevo al jardín, Serena la sigue sin decir más. Las brujas logran sentir que esa extraña energía proviene desde el noreste de la cabaña, más allá del bosque donde murió Paolo, más allá de la pequeña cascada, una oscuridad se ve crecer, como una tormenta que se acerca, un acto mágico se está concentrando.



Asmodeo y sus seguidores terminan de cerrar un círculo protector, ahora comienzan a cambiar de posición preparándose para un ritual. Rafael se acerca rápido al demonio quien camina con dificultad agarrado del dedo meñique de Bo.

—Asmodeo, señor. Acabo de enterarme.

—Espero que no haya ningún problema —dice el bebé. Su tono es perturbador para cualquiera que lo escucha, esa forma de hablar saliendo de un cuerpo tan pequeño no le resulta cómodo a todos.

—No, no, señor, para nada —responde con afán—, para mí es un honor.

—Bien. Silas no está fuerte para subir a esta montaña, menos para hacer este ritual —Asmodeo camina llevando a Bo y a Rafael por el espacio donde se están apilando grandes troncos de madera, formando una estructura—. Tú eres de los pocos que realmente entienden este ritual. ¿Cierto Rafael?

—Eso creo, señor —responde el brujo tratando de verse tranquilo.

—Algunos se han atrevido a cuestionar mi decisión. ¿Te imaginas por qué?

—Porque fui un Sínero —afirma sin dudarlo.

—Exacto, creen que careces del poder. ¿Sabes lo que les respondí? Les dije que tu poder, tu magia, la recuperaste gracias a mí, a mi influencia, a mi control en lo que está perdido y

olvidado, todo lo que aprendí este tiempo encerrado en el Orco. Les dije también que yo estaba completamente seguro de que tú entiendes que esta… oportunidad de ser una criatura poderosa viene con la responsabilidad de servir… al aquelarre, tal como cualquier otra hermandad. ¿Crees que hice bien en responderles así?

Rafael trata de mantenerse tranquilo, o por lo menos de parecerlo. Asmodeo lo mira fijamente con dulces ojos de bebé, él piensa rápido en algo que decir, algo que aleje las dudas que el demonio pueda tener de él o las que él mismo pueda tener de todo esto.

—Claro que sí, señor, yo conozco muy bien mi papel dentro del coven. Yo estoy aquí para servir, servirle a usted y a nuestra causa.

—Lo sé, Rafael —el bebé parece complacido—. Tú eres un gran brujo, demuéstranos de lo que eres capaz.

Asmodeo jala del dedo a Bo y este lo levanta en brazos alejándose del lugar. Rafael voltea a ver hacia arriba a toda la estructura que se termina de construir, es la figura de una persona de diez metros, hecha de troncos y bloques de diferentes tipos de madera, en el centro está atada una joven de piel morena, desnuda y con los ojos y la boca cubiertos. Rafael, vuelve la mirada y acelera el paso tras de Bo.

—Este es un ritual muy viejo —dice Asmodeo. Bo asiente—. Necesitará más que tu fuerza, tu concentración total. Si tan solo uno de los cinco rituales falla, perdemos todo.

—Entiendo —responde Rafael.

Varios brujos que pasan al lado de ellos hacen una venia frente al demonio encarnado, pero él apenas y los observa. Se nota que no es un gesto que le agrade mucho, piensa Rafael fijándose en la escena.

—¿Puedo ser honesto contigo, Rafael?

—Sí, señor —responde en automático, la pregunta lo deja paralizado por un momento, no esperaba algo así.

—Tú tienes algo que ellos no —Señala a los que se agachan frente a él y a los que lo saludan desde lejos—. Ellos ven el poder y se lanzan al suelo, solo quieren adorarlo, y no me mal entiendas, son necesarios, pero no son como tú: tú eres más inteligente, tú entiendes el poder; y solo se puede controlar aquello que se puede entender —Se detiene y con su mano regordeta le ordena agacharse a su nivel, Rafael obedece—. Eso es lo que necesito hoy, control. Este ritual va a entrar en las raíces de esta ciudad, es magia que ha estado fuera del alcance de muchos por millones de años y la estoy compartiendo contigo. No me decepciones.

—No lo haré, señor —La idea de la magia antigua emociona tanto a Rafael que de alguna forma olvida todas sus dudas.

—Recuerda decir muy bien las palabras —dice el niño Asmodeo—. El poder que vamos a invocar no es muy familiar a los idiomas de ahora.

El sol llega a la posición indicada por el demonio, todos los brujos adoptan sus lugares y se toman de las manos. La gran estructura de madera está al borde del círculo, dándole la espalda al Oeste, mientras Rafael se encuentra en el centro desplazándose entre unas líneas de sal y azufre que forman el símbolo de Asmodeo. El bebé observa sobre los hombros de Bo, sus pequeñas manos levantadas a los lados.

Rafael lee del libro que carga en su mano derecha, la izquierda la levanta hacia el cielo:

—’Arwah alzalam tasmae surakhi.

Todos los brujos repiten en una misma voz, llevando su mano arriba. Luego Rafael lleva la misma mano hasta el suelo y lee:

—’Arwah muhasarat bayn huna wahunak.

Los demás repiten lo que dice y hace Rafael.

—Aistadeaa quat alshayatin almunkhafida —Se para frente a la persona gigante de madera —. Aijtamaeuu fi algharb.

Una fuerte energía sube por los brazos de Rafael, su corazón comienza a palpitar muy rápido y un extraño calor le recorre todo el cuerpo. Lleva su brazo izquierdo al frente, apuntando a la chica amarrada en el centro de la estructura, sus dedos tensos y abiertos.

—¡Waijeal alnahar lylaan! —grita con fuerza.

La poca luz del sol que aún se ve en el horizonte, queda cubierta de la nada, mientras las piernas del gigante de madera comienzan a encenderse en llamas azules y naranjas.

—¡Jalab ‘iiradat ‘Asmudus!

La sal y el azufre en el suelo también se encienden, quemando las líneas del piso, las letras A, S, M, O, D, A, Y son las primeras en encenderse, luego un círculo, adentro, una línea recta aparece, mientras otra se forma serpenteando, haciendo una curva delante de la recta en una especie de letra D, llena de curvas y arabescos; en todo el centro dos rayas horizontales cortan la línea recta, justo donde Rafael está parado.

—Kulu ma dae wanusiy —El fuego se agita—. Mrhban bih taht saytaratik —Todas las llamas cambian de color, su fuego ahora es azul oscuro, casi negro.

El gigante de madera se consume con velocidad, pero sus llamas son tan oscuras que apenas se ve algún reflejo de luz. La mordaza de la joven se cae, sus gritos se escuchan en todas direcciones, pero los brujos la ignoran.

—¡Sellamos este trato con un sacrificio! —grita Rafael, su mirada se transforma, incluso la parte blanca de sus ojos está oscurecida, parece como si él también estuviera rodeado de llamas oscuras que se confunden en su piel morena.

Asmodeo observa emocionado, el primero de cinco rituales está a punto de completarse, aunque sabe de la empatía de Rafael hacia otros y por eso teme que su voluntad sea débil.

—¡Tomen esta alma y conviértanla en poder!

Por un pequeño momento Rafael duda, pero deja el pensamiento a un lado, concentra toda su energía en la mano libre que apunta a la joven amarrada, puede sentir cómo esa fuerza le recorre por el cuerpo y se acomoda para ser expulsada, como un arma Rafael aprieta el gatillo y todo el poder en él comienza a salir, logra sentir que golpea el cuerpo de la chica en el centro del gigante de madera; todo su cuerpo se calienta, él trata de mantenerse en control, pero le cuesta. De repente la joven da un grito de agonía y el gigante de madera se enciende por completo en llamas oscuras, del centro crecen unos destellos violetas y rojos que se comienzan a esparcir con el humo de la madera, chocando con el cielo como una gota de tinta que cae a un lienzo y todo el firmamento se pone negro, como una medianoche con luna nueva.



—¿Segura que no podemos entrar a la mezquita? —pregunta Otto, con los ojos puestos en la punta de la torre de la Mezquita Hassan II.

—Podríamos si quisiéramos —responde Ana, con su mirada llamada por los arcos de diferentes tamaños que recorren la base—, pero fuiste tú quien eligió Casablanca, esta es una ciudad más grande, y tú dijiste que la idea es pasar desapercibidos.

—Ya sé, ya sé. Solo me gustaría verla por dentro.

—Por grande que sea, es un espacio cerrado. Afuera hay más distracciones, no queremos que nadie recuerde nuestras caras.

—Tu cara ni siquiera se ve bajo ese velo. ¿Qué color es ese? ¿Eso es un mandala? —dice refiriéndose a las decoraciones que rodean la torre.

—Creo que es un tono de azul. ¿Turquesa tal vez? Lo otro, no sé cómo se llama. Es mejor que sigamos caminando por esta costa, hacia allá hay un centro comercial.

Otto se levanta de su puesto aceptando la propuesta de Ana. Caminan por un par de minutos:

—Esto está mal.

—Siempre dices lo mismo —refuta Ana mientras caminan.

—Lo sé, y sigue estando mal.

—Otto, estoy cansada de esto, todos los días te quejas. Esta fue tu idea.

—Sí y sigo pensando igual, no podemos robar…

—Prestar —interrumpe la bruja.

—Robar toda esa cantidad a una sola persona —Otto siente la mirada de Ana y se da cuenta de su incoherencia—. Solo quiero disminuir el daño.

De los cinco días que llevan en Casablanca, es la primera vez que salen para poner en marcha la primera parte de su plan, reunir el dinero para viajar a España, allí repetirán la estrategia para viajar a Sudamérica.

—Se me ocurre algo —dice Ana, retocándose el velo que le cubre la cabeza, el cuello y la cara—, podemos usar un poco del dinero que aún nos queda y mezclar una poción de prosperidad, se la damos a cada persona que le… tomemos prestado y podemos vivir felices con nuestras conciencias limpias —Sonríe.

—¿Qué va a hacer la poción? —Duda el brujo.

—Darles prosperidad, obvio —responde con mucha confianza—. Van a recuperar lo que nos prestaron más rápido y… van a tener un futuro muy próspero.

—¿Solo con una poción?

—¿Estás dudando de mi magia?

—No, no, no, no. Claro que no —dice Otto evitando los ojos acusadores de Ana.

—Si lo que te preocupa es la efectividad, tú y tus anillos deberían hacerla entonces.

—No estoy dudando de tu magia —asegura el brujo, con la intención de disculparse.

—No importa, tú la haces —La bruja sonríe.

Después de un lento recorrido entre el tráfico de la tarde, llegan al mercado de Al qurayaa, en el centro de la ciudad marroquí.

Por donde se le vea, personas de todas partes del mundo están comprando o vendiendo algo, incluso antes de entrar al mercado como tal, hay largas filas para comprar en los puestos informales. Los brujos llegan a la entrada principal donde un letrero en árabe los recibe, cuando lo cruzan y la luz cambia, logran ver un camino de baldosa color hueso con detalles azules que parece no tener final, a ambos lados solo se ven tiendas llenas de objetos, colores y muchas personas. Otto se siente abrumado por un momento, tantas imágenes al mismo tiempo lo ponen un poco mareado y nervioso.

—La chica del hotel dijo que debemos ir hasta el centro, ahí están las tiendas que necesitamos. —dice Ana acomodándose el velo, es claro que le estorba mucho, pero debe ocultar su cicatriz si quiere pasar sin llamar la atención.

Cuando llegaron a Casablanca, la bruja tomó prestado algunos velos de unas mujeres que se quedaban en la primera posada en la que estuvieron, ahora cada vez que salen los usa al estilo

Niqab, donde solo sus ojos quedan expuestos, siempre acompañada de un vestido largo. Otto por su parte, usa el atuendo del ‘típico turista’ según Ana, lleva un pantalón corto de jean, una camisa suelta y unas chanclas.

Las tiendas a sus lados son impresionantes, Otto se fija en las telas y los bordados de un lugar en particular, con cojines en todas partes y de todas las formas. Al otro lado ve una lámpara del tamaño de su cabeza, con vidrios de diferentes tonos de verde, azul y amarillo, solo opacada por un gran candelabro en la mitad de la tienda. Por un momento imagina a Sara recorriendo esos mismos pasillos, deslumbrada por los colores, por los olores; siempre con esa actitud de sorpresa, sin miedo de asombrarse por lo que no conoce. Ya han pasado un par de días desde que él no la menciona, Ana tampoco lo hace, Otto cree que ella evita hacerlo para no echarle sal a la herida y lo hace bien, el brujo aún no sabe qué va a sentir la próxima vez que diga su nombre, por lo menos ya no tiene esa rabia que lo mantenía despierto mientras cruzaban Argelia, es la tristeza la que sigue ahí.

Caminan por un sector donde solo hay tiendas de alfombras y tapetes; algunos hombres los llaman atrayéndolos a sus puestos, pero ellos siguen caminando de largo sin detenerse, buscan en las paredes alguna señal que les diga hacia dónde es el centro o en qué dirección ir, pero no hay señales por ningún lado.

Quince minutos después, terminan de pasar por el sector de ropa: chaquetas, pantalones y zapatos de todo tipo, aunque Ana no dejó de quejarse porque casi todas las prendas son para hombres. Giran por un pasillo y de inmediato saben que llegaron al lugar que les habían dicho, el aire está lleno de muchos aromas, especias que se sienten amargas en la garganta e incienso por todo el aire; hay frutas de muchos colores, pescados y carnes colgando de grandes ganchos, granos en bultos y en bolsas. Los brujos pasan por un par de tiendas cerradas hasta que llegan al final del pasillo, donde solo quedan tres puestos abiertos que en realidad son una misma tienda, del techo cuelgan una gran cantidad de ramas, a la izquierda hay una especie de vivero, con diferentes variedades de plantas sembradas y listas para llevar; a la derecha hay una vitrina vieja, con velas, libros, ungüentos y muchas otras cosas que no logran identificar y en el centro, atrás de las plantas colgantes, está sentada una mujer, su falda larga y roja cubre toda su parte de abajo, haciéndola ver como si estuviera flotando, lleva un velo puesto sobre la cabeza, abierto, mostrando su rostro, aunque lo único que se ve por la luz, es su nariz grande.

La mujer dice algo en árabe, y Ana responde.

—Creo que dice que nos ve o vio —le traduce Ana a Otto—, no le entiendo muy bien.

La mujer se levanta y comienza a caminar hacia el frente muy lentamente, ellos también se acercan a ella.

—Los vi venir —dice la mujer en inglés, un idioma que ambos brujos pueden entender.

—¿Cómo? —pregunta Otto, pero la mujer solo lleva su dedo a la cara y se apunta al ojo.

—Es una gitana —dice Ana al ver un poco más la tienda.

La mujer sonríe y les indica que la sigan, ambos se miran y deciden ir tras de ella. Llegan hasta el fondo de la tienda, aún rodeados de plantas, se sientan en un sofá viejo y un poco húmedo, la mujer los mira con cuidado.

—Los vi venir —dice la mujer de nuevo.

—No muchas gitanas tienen ese poder —responde Ana.

—Eso es lo único que puedo tener de esa herencia, por lo demás mi bisabuela decidió mezclarse y ahora lo único que me queda son un par de premoniciones al año. Gracias a los dioses por la brujería.

—Entonces, una gitana hecha bruja —afirma Ana, a lo que la gitana solo asiente con la cabeza.

—¿Sabe por qué vinimos? —Otto no sabe si confiar en ella, pero quiere escuchar lo que tiene que decir.

—No —Sus manos se ven más viejas que su rostro—. Solo los vi llegar hasta acá en mi premonición. Ahora veo que todo está conectado.

—¿Conectado? —pregunta Ana, con sus ojos puestos en cada movimiento de la gitana.

—Hace unas tres semanas tal vez, desperté en medio de la noche, sentía una molestia, pero no sabía qué; era algo que me rondaba por la cabeza y no sabía descifrarlo. Leí el tarot toda la noche, hasta que me di cuenta de que no tenía que ver directamente conmigo, aun así la sensación de malestar no se iba, algo no estaba bien. Hice un hechizo para provocar una premonición, no sé si alguno de ustedes ha tenido una antes —Ana y Otto giran la cabeza en negativa—. Bueno, lo que yo veo son fragmentos, pedazos de momentos que luego interpreto. Lo que vi pasó hace muchos años, no sé dónde, pero era un ritual al principio, luego un hombre fue coronado como rey, nubes oscuras cubriendo una vieja ciudad que se transforma en una diferente, más moderna, una ciudad que nunca he visto. Y ahí estaban ustedes caminando hacia mí, como lo hicieron hace unos minutos.

—Sigo sin entender —dice el joven.

—Las premoniciones pueden ser… engañosas, difíciles de interpretar —asegura la gitana-bruja—. Tantos pedazos que parecen no estar unidos, pero creo que ustedes conectan todas esas partes. ¿Por qué vinieron acá?

—Vinimos porque necesitamos algunas provisiones para una poción —Ana no confía en ella, y su forma de hablar lo demuestra.

—¿Por qué vinieron a Marruecos?

Ambos brujos comparten una mirada rápida.

—Estamos de paso, es una escala para llegar a mi país —Otto trata de no decir mucho.

—Yo sé que no confían en mí, y debe haber buenas razones. Pero yo quiero ayudarlos, debo ayudarlos.

—¿Por qué? —pregunta Ana sin titubear.

—No estoy segura. Pero creo que algo pasó, algo muy lejos de aquí, algo similar a lo que vi en mi premonición. No lo puedo explicar, pero sé que tiene que ver con ustedes.

—Un demonio muy antiguo reencarnó y está caminando por la tierra —Los ojos de Ana están puestos en la expresión de la gitana, su nariz se empieza a ver más grande mientras abre la boca en sorpresa.

—¿Cuál demonio?

—Asmodeo.

—Asmudus —repite la mujer atónita—. ¿Cómo?

—Sus seguidores encontraron la manera —Ahora es Otto el que examina la expresión de la mujer—. ¿Sabe algo de él?

La mujer los mira en silencio, aún sorprendida por la noticia.

—No más que todo el mundo —atina a decir—. Tiene muchos admiradores en estos países, cultos que lo adoran principalmente por sus poderes sexuales, dicen que cuando vivió fue árabe, otros dicen que solo egipcio, tal vez es mucho más antiguo que los árabes o los egipcios, pero todos coinciden en que fue venerado como un… rey —La mujer se queda callada y espera unos segundos en medio de los ojos de confusión de Ana y Otto—. Lo está haciendo de nuevo.

—¿Qué? —dicen los brujos al tiempo.

—Lo que sea que hizo hace miles de años para ser venerado.

El silencio sopla junto con el viento, las ramas que cuelgan del techo desprenden un suave aroma a lavanda y hierbabuena.

—¿Cómo lo van a detener? —pregunta la gitana.

Otto toma impulso para decir algo, pero Ana lo interrumpe:

—Tenemos una idea.

—¿Qué necesitan?

—Llegar hasta el otro lado del mundo.

La gitana lleva más de treinta años en Casablanca y, según ella, conoce lo legal y lo ilegal así que se compromete en ayudarlos a conseguir los documentos para que puedan salir del país, pero no es algo fácil o barato y los ahorros que ella está dispuesta a darles no alcanzan, deben seguir en marcha con el plan que tenían para conseguir dinero.

Inician una especie de recorrido, van hasta la parte más baja de la costa donde se expanden varios centros comerciales y algunas playas. Su estrategia es casi siempre la misma: llegan hasta el lugar, identifican a su próximo benefactor, una persona es lo ideal, pero las parejas también funcionan, de alguna forma se acercan a ellos, en una tienda tal vez, les preguntan la hora, cualquier simple interacción y quedan hechizados, se aseguran de que tengan buenos ingresos y salen caminando hasta el próximo centro comercial, donde muy amablemente las personas les entregan una buena cantidad de dinero a cambio de una pócima para la prosperidad.

—Pronto recuperarán ese dinero —dice Ana cada vez que despiden a un benefactor.

Una semana después ya han recogido el dinero para la segunda parte del plan.

Por su parte, la gitana ha acordado un encuentro entre ellos y los falsificadores, como les ha dicho Otto, sus préstamos solo alcanzaron para pagar la mitad de los papeles, la otra mitad es el aporte de la gitana, y hoy es el día en el que podrán cerrar el negocio.

En el sector de Azhar, los brujos y la gitana esperan en medio de un parque a que alguien los recoja. Todo es tan sospechoso en la mente de la bruja más vieja, ochocientos años no le enseñaron a confiar en la gente y este escenario es propicio para una trampa.

—¿Qué tal si nos pasa algo como en Kenia? ¿Recuerdas esa anciana que nos vendió a los cazadores? —Le dijo Ana a Otto hace un par de días.

Sin embargo, ahí están, arriesgándose a ser capturados de nuevo, aunque esta vez Otto lleve los cuatro anillos listos para usar. Al otro lado de la calle, una mujer embarazada mueve su brazo de un lado al otro, su velo negro se mueve junto a ella haciéndola ver más grande, la gitana la señala con disimulo y comienzan a caminar hacia ella, al acercarse, la embarazada camina por la calle alejándose del parque y cruza para entrar a un callejón, los demás la siguen. A su derecha hay un mural con distintos paisajes y atardeceres, al otro lado hay una pared de vidrio desde donde se ve el interior de un restaurante. Los brujos y la gitana siguen a la embarazada por una pequeña puerta que no parece puerta al principio, solo otro mural. Avanzan en fila por un pequeño pasillo, bajan unas escaleras, giran a la izquierda, caminan otro pasillo recto, giran a la derecha y bajan a un gran salón: hay varios muebles y un gran televisor en el centro de la pared, al fondo alguien los llama con la mano.

Contra la pared de la izquierda hay un sofá con dos personas en él, uno claramente marroquí, y el otro con rasgos más europeos, al fondo otro hombre está sentado sobre un escritorio, su rostro es el de un europeo que ha pasado años bajo el sol y su piel ha adquirido un brillo rojizo. El hombre los saluda amablemente en inglés mientras se acercan, le dice algo en árabe a la gitana

y ella responde, luego gira a ver a los brujos.

—Bienvenidos, sigan, sigan —dice el hombre en español fluido, su acento es de España—. Bueno, siéntense. Qué bueno que por fin nos podamos conocer, Khadija nos habló mucho de ustedes.

—Gracias —responde Otto—. Es bueno poder hablar español con alguien más después de tanto tiempo.

—Venga, que te entiendo perfectamente. Que lo de uno siempre hace falta —El hombre se acerca y les extiende una mano—. Yo soy el Mote, así me dicen desde que vivía en Valencia, ese es Pablo y el otro es Ahmed.

Los brujos y la gitana están sentados en un sofá justo en frente a los otros dos hombres.

—Esperamos que nos pueda ayudar —dice Ana, queriendo ir al grano.

—¡Pero claro! Que esto es lo que yo hago, ayudar. ¿Y cómo no os voy a ayudar? Si sois amigos de mi brujita —Muestra una larga fila de dientes.

—Gracias —responde Otto.

—Bueno, ¿Cómo funcionan las cosas? —dice Ana ocultando su impaciencia.

—Bueno —Comienza el Mote recostándose en la mesa atrás de él— ¿Vosotros no habláis árabe cierto?

Ambos brujos niegan con la cabeza.

—Para que logremos sacar a alguien de Marruecos o de África en general, nosotros debemos hacer una pequeña maniobra cibernética —Sus manos hablan al mismo ritmo que su boca—. Tomamos la identidad de un marroquí que ya haya salido del país antes, cambiamos unos datos aquí, unos datos allá, chin chin, chan chan, y la persona sale del país con una identidad real. Pero… con ustedes la cosa es más difícil, tú eres hispano y tú italiana.

—¿Por qué eso lo hace más difícil? —pregunta Otto con sospecha.

El Mote lo mira como si la respuesta fuera muy obvia.

—Coño, ¿Pues qué te explicao'? Necesitaríamos un turista hispano y una italiana o europea, y que además sepamos con seguridad que van a estar acá, en Marruecos, las 36 horas que ustedes tienen para salir de España de nuevo.

—¿Por qué solo 36 horas?

—Ah, ese es el éxito de estos tres años de operaciones. Después de 36 horas es como si los ustedes reales, no hubiesen salido del país. Que por eso los precios son como son —El hombre suelta una carcajada que solo su compañero árabe le sigue—. Lo que vosotros pagáis hoy son los papeles, los documentos físicos y los que van en la red, pero antes de hacer la magia digital, debemos asegurar el dinero de los pasajes.

—¿Por qué? —Aunque solo se vean los ojos de Ana, es fácil identificar su sospecha.

El Mote sonríe.

—El tiempo es oro, tesoro. Para que esto funcione, todo debe pasar muy rápido. Todo ha de estar listo para cuando encontremos las personas que vosotros van a suplantar, por eso la brecha de 36 horas.

Tardaron dos semanas más en conseguir el resto del dinero. La llamada del Mote llegó el segundo día de la tercera semana después de su reunión. Se estuvieron quedando en la casa de la gitana, Khadija ha probado su lealtad con su ayuda y consejo, además su casa queda más cerca al aeropuerto que la posada donde estaban. Ocho días atrás, Khadija los despertó en medio de la noche, dijo que había tenido una premonición, al parecer vio lo mismo que viene viendo cada mes. Asmodeo está moviéndose.

—¿Tienen alguna idea de cómo lo van a detener? —preguntó la gitana dos días antes de recibir la llamada del Mote. Realmente era la primera vez que Otto pensaba en algo así, en la necesidad de tener un plan, tal vez los anillos y Serena no serán suficientes por sí solos.

—Su madre biológica vive —respondió Ana—, debemos llegar a ella y entrenarla en cómo… cumplir su parte de la profecía.

Otto pudo ver que ella sí había estado pensando sobre esto.

—He hablado con Raquel —dijo el brujo, él es el nuevo Deífico y tenía que empezar a asumir su responsabilidad. Dependerá de él liderar cualquiera que sea el ataque a Asmodeo—. Ella dice que Paolo descubrió algo que nos puede ayudar, algo relacionado con la magia antigua y no poder hacerla en esta época, porque la naturaleza no es la que era antes.

—En ese caso —dijo Khadija—, van a necesitar toda la ayuda que puedan.

Se levantó de su silla, les pidió que la siguieran hasta su cuarto de donde descolgó un cuadro de unas montañas azules cubiertas por la nieve, atrás tenía una pequeña bolsa de tela similar a la que usan para cargar los anillos; la mujer sacó de ella dos collares con una delicada cuerda café y un típico amuleto gitano, ni Ana ni Otto pudieron reconocer las figuras que estaban dibujadas en él.

—¿Para qué es? —le preguntó Ana.

—Es un amuleto protector para brujas —respondió, entregándoles los collares para que los observaran—, yo no soy la única híbrida, antes que yo, han existido muchas gitanas que se hacen brujas, y como se podrán imaginar no eran muy queridas. Ellas inventaron esto, te protege de la magia de los otros, cualquier tipo de magia, pero no bloquea la tuya.

—Es una mezcla de los dos amuletos gitanos que quedan —dijo Ana—, eso es muy inteligente y difícil.

No es fácil identificar las formas que se ven en los amuletos, cada vez que lo mueven la luz le pega diferente y algo nuevo resalta.

—Un lado para debilitar el enemigo, otro para protegerte —apuntó la gitana.

Son las 10:00 a. m. Su vuelo sale a la 1;00 p. m., viajarán por dos horas hasta España donde harán una escala de seis horas hasta que tomen el avión a Sudamérica. Viajarán como Beatrice Leone y Alessandro Gómez Leone, madre e hijo colombo-italianos.

A cinco cuadras del aeropuerto, Khadija, la bruja gitana, los despide.

—Gracias —les dice, toma la mano de cada uno—, hace un mes podría jurar que ya no había propósito para mí, pero ustedes me mostraron lo contrario.

—Gracias por todo, Khadija. Nunca te olvidaremos, ni lo que hiciste por nosotros —Ana aprieta la mano de la bruja.

La mujer voltea a ver a Otto, pero antes de decir algo, él la abraza rápidamente antes de recibir miradas ajenas.

—Yo sé que ustedes van a acabar con él. Lo sé. Les enviaré mis mejores intenciones.

Ellos también le enviarán sus mejores intenciones. Después de todo el dolor que vivieron en África, la amabilidad de Khadija los hizo sentir en la compañía de los que dejaron allí, sin ella no estarían volando a casa, y eso nunca lo olvidarán.

Capítulo 31

El avión aterrizó a las 10:46 a. m. Si lo que Raquel les había advertido es cierto, es posible que haya hijos de Silas por toda la ciudad, así que deben tener mucho cuidado con lo que dicen y con lo que hacen. La energía se siente diferente, ambos lo notan, hay cierta pesadez en el ambiente. Otto ha ganado un poco más de peso desde que salieron de Taoudeni, y se ve más como el Otto de antes, algo que lo preocupa. Por su lado, Ana es una completa desconocida para cualquiera en el país, y eso les da una ventaja, ambos usan el amuleto que les regaló Khadija.

A la salida del aeropuerto logran hechizar a una mujer que les 'renta' un auto. Otto lo conduce solo unos kilómetros hasta la terminal de transportes, allí toman un bus que pasa justo por la vía que necesitan. Cincuenta minutos después se bajan en medio de la carretera y se abren camino hacia la montaña, cruzan por una puerta improvisada con alambre de púas y avanzan por un camino ancho. El día es gris, el sol se esconde entre las nubes y las altas montañas que tienen al frente.

—Nunca pensé que podría extrañar tanto algo como un paisaje —dice Otto, cuando hacen una pausa.

—¿Por qué? Son iguales a las que escalamos de África —responde Ana en ese tono sarcástico de ella.

—Claro.

Ambos ríen.

Media hora de camino más adelante, los brujos se desvían por un espacio entre dos árboles, es un camino de pasto corto por el que nadie había pasado durante mucho tiempo. Por un segundo Ana siente algo, una energía que pasa por ella, pero pierde la sensación con rapidez.

—Estamos cerca ¿Cierto? —dice la bruja.

—¿Cómo sabes?

—Creo que sentí algo.

—No deberías —Otto la mira con duda—, se supone que los hechizos que protegen la casa no se pueden sentir.

—Bueno… pues sentí algo.

Una pared de árboles aparece frente a ellos. Otto se ubica al frente y pasa su mano por las hojas, nunca pensó llegar aquí de la forma en la que está llegando, él es el Deífico, pero eso se siente tan alejado de él.

—Arrayán —dice el brujo.

Los árboles se abren hacia los lados, como si del suelo saliera un camino solo para ellos. Otto toma a Ana de la mano y entran, detrás, los árboles vuelven a su posición inicial, y ellos se encuentran caminando entre un amplio bosque. En la distancia, notan un auto negro, lleno de polvo y tierra, Otto reconoce que es unos de los autos del coven, se ve que nadie lo ha encendido en mucho tiempo. Siguen caminando entre raíces y piedras. Ana aún no puede ver la casa, pero sabe que está ahí, se sorprende de lo fuerte que es la magia que rodea la cabaña, incluso estando dentro de la barrera, el refugio no se muestra a sí mismo.

Raquel es la primera en aparecer ante ellos, está de espalda, y aunque sabe que es Otto el que se acerca, decide esperar hasta que esté a tan solo unos pasos. Por un segundo se quedan viendo, lucen tan diferentes en los ojos del otro que es difícil reconocerse, hasta que se unen en un

abrazo que dura varios suspiros, cuando se separan, Otto comienza a negar con la cabeza repetidamente.

—No —le dice Raquel.

—No pude —le dice Otto evadiendo sus ojos—. No pude salvarlas.

—No fue tu culpa. Mírame, mírame. No fue tu culpa, ¿Recuerdas lo que siempre repetía Delfina? Todo pasa por una razón. Ya estás aquí, y es lo único que importa ahora.

El brujo se repone y presenta a Ana, quien ha estado mirando por todas partes, cada rincón visible desde su posición ya está escaneado por la antigua bruja, Raquel nota esto y no le cae en gracia; Otto le contó todo lo que esa mujer había hecho por ellos desde que la conocieron, pero eso no significa que Raquel vaya a confiar en ella así como así.

Entran a la cabaña por la puerta del frente, tanto Otto como Ana se dejan caer sobre el sofá de la pequeña sala, exhaustos por el viaje. Raquel llama a Serena y la joven llega al minuto con unas hojas de laurel en la mano, pero tan pronto ve a Otto las deja sobre la mesa de la cocina y camina hacia él, no fue mucho el tiempo que habían compartido antes de que el coven se dividiera, eso hace que de cierta forma Otto se sienta como un extraño para Serena, sin embargo, ambos se abrazan con fuerza.

Ana no puede dejar de mirar a Serena, desde que entra a la cabaña llama su atención, hay algo en ella que se le hace muy familiar. Por su parte, Serena nota la mirada de Ana y solo sonríe con amabilidad, las cicatrices en la boca y en el cuello de esa bruja la ponen un poco incómoda.

Raquel sirve té de laurel con limón y miel. El cielo se tiñe de un naranja luminoso, pero hay algo en el ambiente que no deja disfrutar la belleza del evento, sin importar el brillo de los colores, aún se ve gris.

Después de un rato de charla sobre el viaje de regreso, Otto decide ir al grano con un tema importante:

—Su nombre era Sophia Kedward, o eso creíamos —El Deífico muestra los anillos frente a Raquel y Serena—. Lo que investigamos nos llevó a una suposición, que ella era la última descendiente de dos familias mágicas de hace muchos años, muchos, no recuerdo cuántos, luego nos lo aclararon en Kenia.

—¿Qué significa eso? —Serena nota que el naranja del anillo es el mismo que está en el cielo, pero este sí brilla.

—Cada anillo tiene el poder de una o dos generaciones de magia reunida, y por generaciones hablo de cientos de años —Ana recuerda bien lo que le dijo Delfina de su conversación con Kamara—. Los anillos están directamente relacionados con la reencarnación de Asmodeo y con la profecía —No puede evitar lanzarle una mirada a Serena, pero la quita rápidamente cuando recuerda que ella aún no sabe sobre su parte en esto—. Cinco brujas del mismo aquelarre tuvieron la misma visión: Asmodeo reencarnado; decidieron hacer un pacto y un hechizo para que su magia creciera de generación en generación, y así cuando el demonio llegara tendrían cómo acabar con él, pero solo los descendientes de Marie Laveau pasaron esa información.

—¿Por qué tienen estos colores? —pregunta Raquel— las piedras de ópalo eran blancas.

—Después de la invocación tomaron esos colores, Ana cree que tiene algo que ver con el poder que guardan en específico —Otto levanta el anillo naranja—. Este es el de Yazoo, liberamos una maldición y por poco se quema todo el pueblo. Pero fue el poder del anillo lo que nos ayudó a que eso no pasara. El segundo anillo lo obtuvimos en Wood, Woodplo…

—Woodplumpton —interrumpe Ana.

—Allá. Eso fue después de ir a Nueva Orleans y a la Toscana donde la conocimos a ella.

—Yo iba a ser el segundo anillo, pero…

—Ana y yo estábamos haciendo un exorcismo —Hace un gesto de desagrado al ver la cara de horror de Serena—. Fueron Sara y Delfina las que hicieron el ritual —Su voz se corta—. Y nos quedó el anillo verde de Meg Shelton.

—El anillo azul, que no es tan azul —En realidad el color es un azul opaco, casi metálico—. Lo obtuvimos en Escocia. Allá fuimos atacados por los hijos de Silas o Zain. Pudimos tener el anillo, pero fue allá donde empezamos a perder otras cosas.

—¿Y el anillo negro? —pregunta Serena.

—Este fue todo lo que nos quedó cuando Delfina se fue.

—Paolo dijo algo sobre los anillos en esa dimensión —Raquel los toma en sus manos—. Dijo que allá una desgracia cayó sobre el coven y supieron que la deuda estaba saldada.

—¿Qué deuda? —dice el brujo.

—La que tuvieron con el poder que les ayudó a acabar con Asmodeo.

Nadie dice nada por unos minutos, todos piensan lo mismo, pero nadie dice nada.

—Esperen, Paolo dijo algo sobre la influencia de Asmodeo en la ciudad ¿Cierto? —dice Otto.

—Sí —continúa Raquel—, él dijo que la investigación decía que Asmodeo logró poner a todos en la ciudad bajo su influencia. También dijo algo sobre su poder.

—Él encontrará la forma de hacer sus antiguos hechizos con la magia de este siglo —Opina Ana.

—¿Por qué sabes? —Raquel no disimula su desconfianza por la bruja.

—Porque yo misma lo he hecho, reemplazar hierbas, piedras o invocaciones, deberá reconectarse con este mundo.

—Debemos detenerlo rápido —insiste Otto.

—Pero… ¿cómo? —dice Serena.

Nadie responde en ese momento, no porque no tuvieran nada que decir, más bien porque todos tienen la idea clara de cómo debe detenerse.

—Primero, no podemos dejar que ponga esta ciudad bajo su influencia —dice Ana, rompiendo el silencio incómodo.

—Diles sobre los libros —Serena se levanta y toma un libro de la pequeña biblioteca en la pared.

—En las últimas tres lunas nuevas, hemos sentido una gran presencia, una energía. No estamos seguras de lo que es, pensamos que por estar dentro de la protección de la cabaña no podemos descifrar qué está pasando. Pero, cada vez que inicia, los libros vuelan y caen por todas partes, y este libro en particular siempre muestra la misma página —Raquel enseña la página donde se ve un pentáculo y letras escritas.

Otto lo recibe y examina por un momento.

—¿Crees que puedes leer esto? —Ante la mirada de desconfianza de Raquel, Otto le entrega el libro a Ana y ella lo revisa con cuidado.

—Es árabe, pero creo que es muy viejo —Ana acerca el libro y se concentra en las líneas que forman las palabras, buscando sentido con lo que sí reconoce—. La primera parte es una invocación, almas atrapadas entre el aquí y el allá, invoca el poder de un demonio, no, el poder de varios, de demonios bajos. Los invita a reunirse en un punto cardinal para que entren a la voluntad de Asmodeo. Al final llaman a todo lo perdido y olvidado a estar bajo su control —Las palabras de Ana retumban en la mente de todos por unos minutos—. No entiendo cómo Asmodeo puede estar usando su influencia demoníaca en esta dimensión.

—¿Por qué solo los demonios Lesseros pueden poseer personas? —Otto recuerda la conversación que tuvo con Ana el día del exorcismo.

—Porque los demonios más antiguos ya perdieron toda conexión espiritual con esta dimensión.

—¿Es posible que Asmodeo esté usando esa energía, el poder de los demonios bajos, los Lesseros, para entrar su influencia demoníaca hasta acá?

—Sí… —Ana cierra el libro sobre sus piernas, pero separa las páginas con su dedo—. Creo que así es exactamente cómo funciona este ritual. Tú habías dicho que, en el ritual de iniciación de esos brujos, recibían una herida que casi los mataba…

—Es lo que trataron de hacer con Serena.

—Es la misma estrategia, los llevan hasta ese punto entre la vida y la muerte, y los regresan poseídos por el mismo poder que llaman acá. Por eso la necromancia solo puede controlarlos parcialmente, no mueren por completo.

—¿Podemos revertir ese ritual?

—Tal vez —responde Ana.

El hecho de que Otto esté consultando este descubrimiento con Ana y no con Raquel, la molesta un poco, ella no hace parte del coven y técnicamente la profecía no la involucra en ningún aspecto.

—Umm, este ritual es complejo, involucra muchas cosas —La bruja más vieja pasa su dedo por las palabras del libro—. Oh no… El ritual también toma un sacrificio.

—¿Humano?

Ana asiente con la cabeza:

—De una mujer y… y su hijo no nato.

—¡¿Qué?! —grita Raquel—. ¿Sacrificaron a una mujer embarazada?

—Creo que ya han sacrificado tres —responde Ana, cerrando el libro.

—¿Cómo vamos a revertir un ritual como ese? —La voz de Serena deja oír su miedo.

—Los anillos están acá ¿No? Es hora de que muestren su verdadero poder —contesta Ana con los ojos puestos en Otto.

—Antes que nada, debemos hacer el ritual de ascenso, el ritual del nuevo Deífico —Interrumpe Raquel.

—Sí, tienes razón —admite Otto—, es el último día de luna creciente, hagámoslo esta noche.

Mientras se preparan para el ritual de ascenso, Raquel lleva a Otto hasta las tumbas que ella y Serena hicieron, él se arrodilla frente a ellas y las observa en silencio.

—¿Tú crees que sabía? —dice Raquel agachándose al lado de Otto—, Paolo creía que ella lo sabía desde antes de salir de la mansión.

—Yo creo que sabía —La mirada del brujo está perdida entre las rocas que adornan las tumbas—. Yo creo que ella misma vio su muerte el día que hicimos el cerculu in posterum, pero no lo compartió con los demás, estuvo viajando y peleando, sabiendo que en cualquier momento tendría que sacrificarse y lo mantuvo en secreto.

—¿Por qué no nos dijo?

—Creo que por la misma razón por la que nosotros no le hemos dicho a Serena la última parte de la profecía.

Raquel agacha sus ojos negros, luego de un minuto retoma la conversación.

—¿A qué te referías hace un rato cuando dijiste que en Escocia empezaron a perder muchas cosas?

—Cuando los hijos de Zain nos atacaron, Delfina corrió tras Silas, Ana estaba inconsciente y yo estaba protegiéndonos de los ataques de tres brujos —Suspira profundo y sigue con su voz firme—. Sara era la única que podía hacer algo. Ella quemó los brujos, no creo que esa fuera su intención.

—Pero los estaban atacando.

—Ella no lo vio así. Eso le afectó mucho, las cosas empeoraron cuando Delfina murió y fuimos capturados. Su mente no pudo con tanto, así que cuando sintió este poder —Se lleva la mano al pecho—. No pudo controlarlo, fue la enfermedad en su cabeza la que tomó control.

Raquel nota que Otto está llorando, no con sus lágrimas, llora en su garganta cuando habla, en su corazón cuando se toca el pecho al mencionarla, en su estómago cuando se infla al suspirar y en sus manos con una impaciencia que no deja que las tenga quietas.

—¿Cómo fue que tú no perdiste el control? —Raquel trata de desviar el tema.

—Tuve que oír a Ana por muchas horas. No dejó que me perdiera en mí mismo.

—Hay algo en ella que no me convence. Creo que confías mucho en ella, eso puede ser peligroso. Solo podemos confiar en nosotros. Después de lo que pasó en la mansión, no podemos dejar que nos traicionen de nuevo.

—Eso no va a pasar, te lo aseguro —Otto sonríe, lo cual disgusta a Raquel.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Raquel, ella recibió una bala en el cuello por nosotros —Otto responde mirándola fijamente—. Viajó al otro lado del mundo porque le prometió a Delfina que le ayudaría a Serena a… Sin ella, yo estaría muerto hace mucho.

Raquel toma impulso para decir algo, pero Otto se adelanta con la respuesta:

—Tiene ochocientos años de vida, tiene el poder del resurgimiento.

Raquel no refuta más, solo asiente con la cabeza.

En la cabaña, Ana abre los ojos después de una pequeña siesta, Serena está leyendo al lado del fuego en la pequeña chimenea.

—¿Qué lees? —pregunta Ana acercándose al fuego.

—Una novela —responde la joven, mostrándole la portada—. Es sobre una investigadora privada que termina metiéndose con personas muy peligrosas.

—Suena interesante.

—Me gusta porque la investigadora privada es mujer. Además, creo que la forma en la que llegó a meterse en problemas fue una casualidad, o sea, es muy creíble para mí. Pero apenas voy por la mitad.

Ana la estudia mientras habla, tenía la impresión de que sería más tímida.

—Creo que también quiero leerlo —Despliega una afable sonrisa.

—¿Tú eres italiana?

—Sí, de La Toscana. ¿Conoces Italia?

—No, algún día espero ir —Serena se siente muy cómoda junto a Ana, así que decide ser directa con una duda—. ¿Puedo preguntarte algo que se supone no se debería preguntar?

La pregunta le entra en gracia a la bruja más vieja y con una sonrisa asiente.

—¿Cómo te hiciste esas cicatrices en los labios?

—Es una vieja historia —dice Ana en un tono calmado—. Unas personas terribles capturaron a todo mi coven y nos torturaron. Al final pusieron siete puntillas en mi boca para que no pudiera decir ningún hechizo.

—Oh, lo siento —responde Serena claramente horrorizada—. Qué horrible ¿Cómo pudiste

sobrevivir a todo eso?

—No lo hice.

—No entiendo. ¿No hiciste qué?

—Sobrevivir. Morí, pero regresé, solo que esta vez me quedaron las cicatrices.

—Creo que leí sobre eso… —La joven no puede disimular su reacción, una mezcla de miedo y emoción.

—Sí, no puedo morir. O bueno, sí puedo morir claro, pero siempre regreso.

—Lo siento. Debe haber sido una vida muy solitaria.

—¿Sabes? —Ana gira a ver a Serena, hay algo en ella que la hace especial, la hace familiar —. Pocas personas en mis 800 años han visto esa soledad en este... don.

—¡¿800 años?!

A medianoche, Raquel, Otto y Serena hacen el ritual de ascenso en medio de la luna creciente, mientras Ana duerme tranquila por primera vez en muchos meses. Su próximo paso será anular cada uno de los rituales que ya ha hecho Asmodeo, claro que eso implica dejar la protección de la cabaña una vez más.



La silla alta era un lugar cómodo para disfrutar del espectáculo. El gran templo solar Nejen-Ra olía a incienso, sudor y semen, no había esquina que escapara a ese aroma. La única prohibición era usar ropa o algo que los cubriera. Los cuerpos desnudos se rozaban al ritmo de las flautas, del cántico de las más jóvenes, y los gemidos, que producían una melodía hermosa para los que estaban adentro del templo. Era la libertad absoluta y todo gracias a él, él les había dado el poder de cumplir con sus deseos y ahora los observaba desde la silla alta, viendo a la lujuria a la cara. Unas cien personas palpitaban y se retorcían de placer en medio de una orgía insaciable.

El hombre en la silla alta daba órdenes a los asistentes: penetrar o dejarse penetrar, lamer, chupar, morder, golpear, halar, escupir, comer, vomitar, todo lo que pasara por su cabeza. Desde que hizo el quinto ritual de los cinco puntos, todo el reino de Per Usir estaba a sus pies y esa era la satisfacción más grande que había sentido en sus casi cincuenta años. Toda clase de perversiones pasaban al mismo tiempo. A su derecha un grupo de hombres fornicaba con una mujer cubierta en la sangre de su regla, a su izquierda había una fila de hombres, todos siendo penetrados por el que está atrás, y cerca a ellos una mujer muy grande y bastante embarazada se sentaba en el hombre más dotado del templo, mientras otro hombre y una joven succionaban leche de sus senos; a sus pies había una joven que tenía la cabeza entre las piernas de otra, que a la vez hacía lo mismo con otra, en total eran seis mujeres en círculo con la cabeza en la entrepierna de su compañera. Desde su posición disfrutaba todo lo que veía y a donde mirara, a veces participaba por un rato y observaba el resto de la orgía, otras veces solo observaba. Siempre debía haber alguien fornicando en el templo, esa era otra de sus reglas.

Dos hombres se asomaron por la puerta del templo, estaban vestidos con una túnica blanca hasta las rodillas y con un cinturón donde cargaban dos espadas cada uno.

—¡Azmonden! —gritó uno de los hombres—. El rey Sahura exige su presencia.

—¿Exige? —respondió el hombre en la silla alta. La música se detuvo— ¿Dónde se encuentra este rey Sahura?

—Exige su presencia fuera del templo de Nejen-Ra.

Azmonden los observó con cuidado, no pudo sentirlos, estaban dentro de la ciudad, pero no dentro de su hechizo. Con tranquilidad se levantó, bajó las escaleras que elevaban su trono, caminó entre las masas de sexo palpitante y cruzó las altas puertas. Algo no estaba bien. Un grupo de personas se esparcían alrededor del templo, estaban armados al igual que los primeros dos, el rey Sahura estaba en el centro junto a dos de sus sacerdotes de confianza.

—Rey Sahura, me complace darle la bienvenida. Pero les recuerdo que en este templo la desnudez es la mejor forma de adorar —dijo Azmonden.

—No fue fácil liberarme de tu hechizo, sucio lagarto. Osiris nos mostró lo que eres.

—Mi señor Sahura, todo lo que he hecho es por el bien del reino.

—¡Miente! —dijo uno de los sacerdotes al lado del rey—. Osiris mira sobre Per Usir, el mayor reino que ha existido, y nos ordena acabar con la plaga que envenenó a nuestra gente.

—Sabemos lo que hiciste —dijo el otro sacerdote—. Tu poder no pudo contra el poder de Osiris en las pirámides de Kakai.

—¡Esta es mi gente, mi pueblo! —dijo el rey Sahura.

—Ahora son mi pueblo —Azmonden abrió sus manos a los lados y miró el cielo.

Nubes oscuras comenzaron a acumularse, truenos llenaron el ambiente. El día se volvió noche alrededor del templo, Azmonden estaba seguro de que ese despliegue de poder sería suficiente para ahuyentarlos, pero cuando bajó la mirada, notó a los sacerdotes con una posición similar a la de él, volvió a mirar arriba pero solo vio la luz de un rayo en su cara.

Abrió los ojos y no era mucho lo que podía ver, sus manos y pies estaban atados alrededor de un tronco de madera del que no podía despegar su mejilla derecha.

—No pueden detenerme —dijo Azmonden al ver a uno de los sacerdotes parado cerca de él.

—Ya lo hicimos. De tu cuello cuelga una piedra muy valiosa, viene de lo más profundo de la tierra. La llamamos sangre de Osiris, no solo por el color, sino porque es el regalo de Osiris para controlar amenazas como tú.

—Yo no soy una amenaza, yo solo traigo libertad.

—¿Es esa la mentira que te dices?

—Mis súbditos me buscarán.

—No tienes poder en la pirámide de Sahura —le dijo el sacerdote, con una mirada de desagrado, se alejó dejando al hombre en medio de penumbras.

Fue incierto el número de días o lunas que Azmonden estuvo en el rincón más profundo de la pirámide del rey Sahura. Apenas y podía caminar el día que lo sacaron de su prisión, el collar en su cuello brillaba con un intenso rojo cada vez que intentaba usar su poder, y la fuerza de su cuerpo se había quedado en el fondo de esa tumba de piedra y arena. Los guardias lo arrastraron hasta la puerta del cementerio y lo arrojaron al suelo. El sol lo cegó por un momento hasta que el rey se posó frente a él, detrás estaban sus sacerdotes y todas las personas que alguna vez estuvieron en el templo de Ra, ahora libres del hechizo.

—Liberamos a la gente de tu veneno —dijo el rey Sahura—. Ahora que estamos por fuera de tu poder, solo nos queda liberarnos de ti.

Los guardias arrastraron a Azmonden muchos metros adelante de la pirámide donde se dispuso un sarcófago. Los dos sacerdotes estaban acompañados por tres embalsamadores. El sumo sacerdote se acercó a él.

—Bebe esto —le dijo llevándole un recipiente a la boca.

Azmonden no respondió nada, solo apretó sus labios. El sumo sacerdote lanzó una mirada a los guardias y ellos tomaron al hombre con fuerza, le abrieron la boca y le cerraron la nariz, el

collar en su pecho brillaba con fuerza. Todo el líquido fue vertido en su garganta sin más opción que tragarlo, al instante comenzó a sentirse extraño, fue perdiendo la fuerza para moverse, primero las piernas, luego la cadera, el pecho, los brazos y por último la cabeza, cayó tendido sobre el árido suelo. Los embalsamadores abrieron el sarcófago, los guardias tomaron el cuerpo de Azmonden y lo metieron allí, sobre una cama de sal.

Los sacerdotes empezaron a murmurar un suave cántico a la vez que lo desnudaban y vertían más sal sobre el cuerpo inmóvil de Azmonden. Él aún podía ver y escuchar todo a su alrededor. El sarcófago fue dejado abierto en medio del sol y la luna, solo la cara del condenado se asomaba entre la sal que lo cubría.

En el día número cincuenta, Azmonden vio las cabezas de los sacerdotes asomándose sobre el sarcófago, el hombre había sobrevivido sin agua y sin comida gracias a la pócima que lo obligaron a beber, pero sabía que lo peor estaba por llegar. Cuando toda la sal sobre él fue retirada, los guardias empezaron a moverlo y pudo ver su cuerpo, no había músculo en él, su piel estaba completamente seca y pegada al hueso de una forma extrema como un esqueleto forrado en cuero. Los guardias lo sacaron y lo ubicaron sobre un bloque de piedra, todo el reino estaba reunido alrededor. El rey estaba ubicado en una silla alta, mirando fijo a Azmonden.

—Tu alma y tu cuerpo nunca se encontrarán en la tierra de Osiris —le dijo el sumo sacerdote —, no vivirás para siempre, estarás perdido en las tinieblas porque nunca encontrarás el camino al inframundo.

Los embalsamadores comenzaron a ungirlo con más sal y varias sustancias que desprendían distintos aromas. Cuando terminaron, pasaron a vendar cada parte de su cuerpo junto con el collar de sangre de Osiris, dejando solo la cara expuesta. Aún vivo, los embalsamadores le metieron tela en la boca y en los oídos, luego cosieron sus labios, sus orejas y sus párpados para que nunca tuviera sus sentidos en el más allá. Finalmente, Azmonden fue llevado a la parte más alejada de la ciudad y enterrado sin sarcófago en medio del desierto, lo último que sintió fue la arena entrando por su nariz y raspando su garganta.

Está recostado en una silla negra de terciopelo en el fondo del sótano. Esta parte de la mansión no tuvo tantas modificaciones como el resto de la casa. Sus adolescentes manos acarician la tela del sillón, observa su brazo y sigue admirando su cuerpo juvenil, atrás quedó su cuerpo de bebé y ahora se siente como un hombre; reposa desnudo mientras pasa las yemas de los dedos por su piel, no recordaba esa sensación que se da en una parte del cuerpo en respuesta a una caricia en otra parte. De verdad nunca creyó que podría regresar, que podría volver a respirar, a saborear, a fornicar en esta dimensión.

Varios golpes a la puerta lo traen de regreso a la realidad, pero lo ignora, trata de concentrarse en el espectáculo que tiene al frente. Una vez más se sienten golpes, luego un silencio hasta que la puerta se abre por completo, Silas y Rafael entran al sótano, Bo se queda afuera en el marco de la puerta con la mirada abajo.

—¡¿Qué está haciendo?! —le dice Silas acercándose a la silla de terciopelo.

—¿Qué parece que estoy haciendo? —responde Asmodeo con una dulce sonrisa—. Deberías unirte. Sé que aún estás un poco golpeado, pero te podemos tratar con cuidado, eres muy bonito para tener toda la ropa puesta.

—Gracias, pero no tengo tiempo para orgías y tampoco usted, señor. Esto no es lo que debería estar haciendo, ni tampoco ellos —Señala el grupo de personas que continúan teniendo sexo sin importar que ellos hayan llegado.

—¿Qué debería estar haciendo según tú? —Asmodeo mira a Silas con sus cejas arqueadas.

—Entrenando, estudiando —dice Silas, pero Asmodeo gira los ojos y la cabeza a un lado—. Ve, ese es el adolescente hablando —El brujo deja ir un suspiro—. No podemos perder tiempo, usted necesita estar fuerte.

—Yo estoy fuerte. Míralos, mira la libertad de sus cuerpos. Eso es hecho por mí, mi poder.

—Señor, ayer no pudo mover un lápiz de una mesa, y nos dijo que su dominio en la telekinesis era prominente.

—Telekinesis —interrumpe Asmodeo—, es una palabra extraña, ahora todo tiene palabras extrañas, no me gusta.

—Bueno, pues así es como se explica el mundo ahora, y necesita aprenderlo si queremos ganar.

—Ya estamos ganando ¿No lo ves, Silas?

—Esto no es ganar, es exceso de confianza y este no es el momento para disfrutar del esfuerzo del trabajo que no hemos hecho.

—Trabajo, trabajo. ¿Dónde queda la diversión?

—Rafael, dile a Asmodeo lo que pasó ayer.

Rafael sale de atrás de Silas y se ubica a su lado, titubea un poco al ver a Asmodeo adolescente desnudo frente a él.

—Las gemelas sintieron algo ayer en la noche —Rafael contiene sus palabras para no titubear delante de sus jefes—. Y toda la noche han tenido pequeñas… percepciones de un poder en la ciudad.

—¿Y?

El tono cínico de Asmodeo altera a Silas:

—Su madre, la única persona que puede matarlo está libre, y estoy muy seguro de que están pensando en un plan para acabar con usted, mientras usted está acá, forzando a mis brujos a hacer orgías.

Por un momento solo se oyen los gemidos del fondo, Silas toma aire y se recompone, teme por las repercusiones al ser más que franco. Asmodeo mira a Silas con cuidado, aunque no a los ojos, observa detenidamente la cicatriz que se le marca en la ceja.

—Cuando fui traicionado, los sacerdotes hicieron hechizos y rituales para que mi alma nunca entrara al inframundo. Se equivocaron, no solo entré, sino que lo regí. Tuve mi venganza con los sacerdotes, el rey y con todos en Per Usir. Susurré en los oídos de los guerreros que masacraron ese reino, y desde ese momento he estado moviendo hilos, haciendo que cosas pasen durante miles… y miles de años. Ya no existe Per Usir, o el rey Sahura, no existen faraones ni sacerdotes, y las pirámides perdieron su poder. Pero yo he durado, he seguido en esta existencia ayudando, liberando almas como las de ellos. Yo sé muy bien lo que estoy haciendo, Silas. No dudes de mí.

—Yo confío en eso, señor —El tono de Silas es más tranquilo—. Solo temo porque la madre de su cuerpo sigue viva.

—Creo que pronto se revelará.

Un repentino llanto se siente del fondo del sótano, una joven bruja sale corriendo por la puerta cubriéndose el cuerpo con sus manos. Silas observa cómo las personas envueltas en la orgía se empiezan a detener, a cubrir y a escapar de ahí.

—Creí que los había liberado —le dice Silas al demonio.

—Shh —La mirada de Asmodeo está perdida en el espacio, una preocupación crece en él—. ¿Sienten eso?

—Sí —responde Rafael— ¿Qué está pasando?

El resto de las personas dentro del sótano salen corriendo, el ambiente se llena de una energía diferente, como si una ventana se hubiese abierto en un cuarto lleno de humo.

—¡No, no, no! —Asmodeo se levanta y desnudo corre por la mansión hasta que logra salir al patio a través de la cocina, Silas, Rafael y Bo llegan tras él—. ¡NO! ¿Cómo?

—¿Qué pasa? —pregunta Rafael.

Silas no responde, siente lo que está pasando, pero se interesa más por ver la reacción de Asmodeo que en explicar la situación.

El demonio encarnado cierra sus ojos y se concentra por un momento, luego los abre y camina hacia Silas y Rafael con el enojo en la sangre.

—Uno de los rituales de los cinco puntos acaba de ser revertido.

—¿Qué? ¿Cómo? —dice Rafael.

—Mamá —responde Asmodeo mirando a Silas—, tenemos que matarla.

—No sabemos dónde están —dice Rafael.

—Pero sabemos dónde van a estar —Afirma Silas con mucha seguridad.

Capítulo 32

Raquel está de pie en un círculo de pasto en medio del bosque que rodea la cabaña del coven. Percibe que el viento es más frío que de costumbre. ¿Por qué estaría sola?, piensa. Una pequeña gota de agua cae delante de ella, gira a ver el cielo y nota que no hay ninguna nube, otra gota más grande baja directo hacía ella, pero la esquiva, luego otra gota aún más grande repite lo mismo, un suave aguacero se desprende desde un cielo despejado, hasta que la bruja observa caer una gota tan grande como el tamaño de un carro.

—Esto no es creíble —dice Raquel.

—De acuerdo —apoya Ana—. Es un buen intento, pero la gota en esteroides no es creíble como dice Raquel. Intentemos algo nuevo.

—Sin mencionar, que no hay ninguna nube en el cielo —aporta Raquel.

El aire se clarifica y el viento regresa a tener un suave calor, tal como Raquel lo recuerda. Las hojas de los árboles se mueven con el viento y producen un sonido placentero. Junto a los pies de la bruja hay una pequeña planta que le llama la atención, se agacha y la mira de cerca: tres muy pequeñas flores se desenvuelven despacio, dejan ver pétalos azules y violeta; con suavidad, Raquel acerca su mano y acaricia un pétalo, al tacto el color azul se convierte en un amarillo, luego café y luego gris, lo mismo le empieza a pasar a los demás pétalos, luego a las ramas y al tallo, la planta queda completamente muerta, doblada hacia el suelo. Raquel se levanta mirando su propia mano y al suelo, algo atrae su mirada, el prado que pisa está teniendo la misma reacción que la planta, todo el círculo en el que está parada empieza a morir con rapidez, el cambio de colores a su alrededor se expande, como si ella fuera una gota de agua sucia que cae en un manantial; ahora los árboles a su alrededor comienzan a marchitarse, los troncos pesados se parten y golpean el suelo quebrando el bosque como ceniza vieja. El cielo reúne nubes oscuras que atraen una tormenta, el viento sopla con fuerza, los truenos la hacen saltar en su puesto. Un ruido le llama la atención, el crujido de la madera y las hojas muertas la hacen ver hacia una gran sombra que se acerca a ella, es un animal grande y pesado, oculto por la oscuridad del día; Raquel mira a sus lados y nota que otros animales iguales se acercan por sus costados, y en su nuca comienza a sentir una respiración caliente.

—No más. ¡Detente! —grita Raquel.

—Perdón, perdón —dice Serena.

—Estuvo bien, estuvo muy bien —dice Ana al lado de Raquel de nuevo consciente—. Al final te estabas asustando de verdad. ¿No?

—Sí, el sonido de las pisadas de ese animal fue muy real, y la respiración en la nuca.

—Perdón —insiste Serena sentada al frente de Raquel.

—Me parece que estuvo muy bien para ser tu primera ilusión de este tipo; meter una mente ajena en una situación creíble requiere concentración y conocer a la persona, entre más sepas de ella, más adentro puedes ir y más daño pueden causar. Otras ilusiones requieren conjuros y velas, pero eso solo apela a los sentidos de las personas, a veces es más fácil hacer que sus mentes se engañen a sí mismas que hechizar los sentidos. ¿Qué te pareció, Otto?

—Estuvo más que bien —responde sentado al frente de ella.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo… nada, estuvo muy bien.

—Dilo —apunta Raquel.

—Me pregunto por qué Delfina no nos enseñó algunas de estas cosas.

Raquel agacha la mirada, pero es Ana quien responde:

—Hubo un tiempo en el que todo esto era básico y necesario para sobrevivir, las brujas vivíamos en una constante lucha contra la muerte. Pero, hace un par de siglos ya no estamos en guerra, por lo menos no como lo estuvimos. Estas cosas se quedan perdidas con la gente que no lo pasa a otros.

—Delfina siempre dijo que encontraríamos la manera de aprender juntos si algún tema en particular nos interesaba —dice Raquel poniéndose de pie.

—Estoy segura de que nunca esperó que las cosas llegaran a esto —Ana finaliza el tema con un movimiento de los brazos que les indica que se levanten y abran un poco el círculo—. Volviendo a lo que nos reúne acá: Está vez debemos estar más preparados, hace un mes tuvimos suerte, ahora nos estarán esperando.

—Nos van a estar esperando en el segundo punto, eso es seguro —Desde que se hizo el ritual de ascenso, Otto ha estado tratando de tomar el liderazgo del coven, investigando y planeando, cosas que le ocupan la mente y evita divagar en fantasías con Sara.

—Creo que con lo que hemos aprendido podríamos hacer un buen plan —dice Raquel.

—Es un punto de inicio —responde la bruja más vieja—. Terminemos la lección de hoy y preparemos todo para mañana.

—¿Por fin vamos a aprender a volar en una escoba? —dice Serena.

—Algo mejor —asegura Ana, dando dos pasos atrás—. ¿Saben lo que es la gravedad?

—Obvio —dice Serena con mucha seguridad—. ¿Qué tiene que ver con la magia?

—Todo, la gravedad es una de las fuerzas más fuertes del universo y está a nuestro alrededor. Ahora, me imagino que saben lo que es la energía oscura.

—No, pero suena siniestro —dice Serena.

—Tiene algo que ver con el espacio —asegura el Deífico.

—Más que con el espacio, con la naturaleza. No puedo creer que no sepan, esto lo deberían enseñar en los colegios —continúa Ana—. La energía oscura es, en teoría, el opuesto a la gravedad, es el poder cósmico que está empujando la expansión del universo. Hay documentales y programas de televisión sobre este tema.

—Aun no entiendo qué tiene que ver con la magia —Serena busca los ojos de Otto y Raquel, por un momento se siente tonta, de seguro los demás lo saben.

—Yo tampoco entiendo a dónde quieres llegar —dice Raquel, para el alivio de Serena.

—La naturaleza no es solo lo que vemos en este planeta, o los cuatro elementos naturales, es más grande que eso, es todo lo que nos rodea, todo lo que rodea al planeta. Las fuerzas del universo permiten esta existencia y eso es naturaleza —La atención de los tres brujos está puesta en Ana y eso le encanta—. Estamos gobernados por la gravedad, aunque la energía oscura ocupa la mayoría del universo, vivimos atados a este planeta, que está atado a esta estrella, que está atada a esta galaxia… En conclusión, nuestro poder como brujas nos conecta con la naturaleza, toda la naturaleza, si aprenden a trabajar con la gravedad o a extraer poder de la energía oscura, tendrán una ventaja en esta realidad tridimensional.

—¿Como qué? —pregunta Raquel.

—Levitar, o manipulación molecular…

—¡¿Puedes hacer eso?! —Otto se emociona.

—En el mejor de mis días, pero solo pude hacer explotar algo una sola vez.

—¿Qué es la manipulación… eh? no entiendo —Los ojos grandes de Serena van de persona en persona mientras los tres buscan las palabras para explicar.

—Todo está compuesto por moléculas —dice Ana en el mismo tono explicativo—, lo estudiaste en el colegio. Bueno, la manipulación molecular te permite romper los enlaces iónicos que unen las moléculas y en teoría controlarlas.

—Creo que no entendí muchas de las palabras que dijiste —dice Serena.

—¿Cómo sabes todas estas cosas? Esto del espacio es información muy moderna —dice Otto sosteniendo su cara de sorpresa.

—Cuando eres una bruja que no puede morir y estás condenada a ver el mundo evolucionar, tienes dos opciones, o evolucionas con él o te quedas en una cueva como ermitaña. Y si vas a ver el mundo evolucionar, más vale que aprendas algo.

—Estuviste diez años encerrada en una cabaña en medio del bosque —le reprocha el Deífico.

—Corrección: Estuve viviendo, no encerrada, en una cabaña en medio de un bosque, sí, muy parecida a esta, por cierto, pero eso no quiere decir que no fuera a bibliotecas, internet y todo eso, hay que estar actualizados.

—Eso es lo que Paolo dijo —habla Raquel—, toda esta información, estos descubrimientos son los que no conoce Asmodeo, esta forma de entender el mundo.

—Exacto, existen muchos mitos que explicaban cosas que la ciencia ya conoce, los mitos pierden poder cuando la gente deja de creer en ellos, y así ustedes no lo sepan bien, esto es conocimiento del mundo, está ahí.

—¿Nos vas a enseñar la manipulación molecular? —le pregunta Serena a Ana.

—No en este momento, primero deben leer un poco sobre física y física cuántica. Tú querías volar en escoba, pues vamos a aprender a levitar —La cara de sorpresa de Serena emociona mucho a Ana—. Uno de los trucos más viejos de la brujería.

—¿Cómo empezamos? —dice Otto emocionado.

—Primero, pónganse los anillos.

Otto le entrega los anillos verde y azul grisáceo a Raquel, y los anillos naranja y negro a Serena.

—Cierren los ojos —les instruye Ana—. Van a proyectar con su mente todas las indicaciones que les voy a dar. Construyan este momento, nuestros cuerpos parados en este lugar, rodeados de árboles, en medio de este bosque —Hace una pausa. Los anillos en ambas brujas desprenden un tenue brillo—. Cuando ya se puedan ver a ustedes mismos, lleven la cabeza arriba, al cielo. Ahora comiencen a subir, despeguen los pies del suelo y elévense. Más alto. Más alto, por encima de las nubes. Cada uno se concentra de la mejor forma que puede, y después de un rato, entran en trance.

—Veo el sol —dice Raquel.

—¡Más alto y más rápido!

—Veo el planeta —dice Serena—, estamos saliendo de él.

—Debemos ir más alto y rápido —insiste Ana—. ¡Más alto y más rápido!

Nadie habla, sus ojos están cerrados con fuerza, pero sus mentes están navegando un infinito de luces que cruzan por su visión oscura, colores y formas, no hay sonido más que un suave zumbido como el de un televisor sin imagen y luego… oscuridad, completa oscuridad.

—Absorban la oscuridad, dejen que toda esa energía entre en sus cuerpos.

Los anillos desprenden una fuerte luz.

En sus mentes, los brujos pueden ver cómo la oscuridad invade y oculta sus cuerpos a la

deriva en el espacio, hasta que los consume por completo, solo para reformarlos de nuevo como una figura más oscura contra un fondo negro.

—Mantengan la mente allí y pongan su voluntad en romper la gravedad que los mantiene sobre el suelo, rompan la energía que viene del centro del planeta, rompan la gravedad de sus pies.

Otto es el primero en elevarse un poco del suelo, pero es Serena la que rápidamente alcanza una mayor altura. Ahora que los cuatro están a más de un metro sobre el suelo, Ana les da la última instrucción:

—Ahora repitan esta palabra: Niyam

Todos repiten.

—Abran los ojos.

Ni siquiera Raquel puede ocultar su emoción, el trío de brujos sonríe sin descanso. No pueden moverse de su posición, pero estar separados del suelo ya es una gran hazaña.

—Niyam significa «pacto» en hindi —les dice Ana—, es una palabra que sirve como hechizo para sellar esta relación.

La bruja más vieja lleva sus manos a los lados y los baja al tiempo que todos descienden al suelo de nuevo.

—Esto requiere práctica. Y práctica sin los anillos —La bruja apunta a Raquel y Serena—, no siempre van a conseguir este resultado tan rápido, esta vez los anillos hicieron casi todo el trabajo.

El primer ritual que anularon lo hicieron al amanecer, cuando la luna llena aún era visible en el cielo. Esta vez lo harán a mediodía, su intención es aprovechar la energía directa del astro sol y despistar a los hijos de Silas, quienes sin duda estarán más alerta en la mañana. Saben que tan pronto empiecen a usar magia sus enemigos vendrán por ellos. Cada uno tiene una función.

Unos pocos minutos antes de las 12:00 p. m. un viento frío baja desde lo alto de las montañas en el norte de la ciudad. Una joven bruja tiembla al sentir el gélido aire abrazándola, se levanta del suelo y se arropa con su gabardina negra; detrás de ella una tenue neblina se mueve entre los frailejones de la montaña, mientras una gran nube oscura cubre todo al ritmo del viento. Sin embargo, la joven no se alerta, sabe que en el páramo el clima puede variar mucho en cuestión de segundos, por el contrario, se alegra de haber tenido un poco de sol en la mañana. Algo llama su atención, es un aroma, una esencia que no logra distinguir, tampoco sabe de dónde viene, como si estuviera a su alrededor, como la niebla misma. Lo que la bruja y sus compañeros no pueden ver es el hechizo que tienen en sus narices, literalmente. Ana y el coven de Otto están caminando entre los hijos de Silas con unos tótems en sus manos, cada uno desprende un denso humo por las hierbas que se queman creando así la niebla, que a su vez lleva un hechizo que sus enemigos están respirando, para el momento en que las hierbas dejen de quemarse, será muy tarde y no sabrán cómo Otto y su grupo llegaron allí.

Cuando encuentran el sitio, entierran los tótems en los cuatro puntos cardinales que se marcaron en el ritual.

—El hechizo se perderá pronto, pero la niebla nos seguirá camuflando —Ana se oye agitada.

—Bien. Hagamos esto.

Otto se para en el centro del círculo, usa el anillo negro y uno de los collares que les dio la gitana en Marruecos. Lleva sus manos al cielo y dice:

—¡Invoco el viento! ¡Invoco la lluvia y la tormenta! ¡Invoco el poder de la tempestad para que purgue este mal hecho!

Truenos comienzan a oírse desde la nube oscura sobre la montaña, pocos segundos después, los primeros rayos de lo que será una fuerte tormenta se muestran.

Ana se ubica en el Este, mirando en dirección a los brujos que cruzaron para llegar, lleva puesto el otro collar gitano. Serena se ubica en el Sur del círculo con el anillo verde y el naranja, mientras que Raquel se hace en el Norte con el anillo azul.

Fuertes gotas comienzan a caer, los escombros del ritual, las fogatas y el gran hombre de madera se estremecen como si en lugar de agua cayeran rocas, incluso el cuerpo quemado y descompuesto de la mujer embarazada también recibe el impacto de las gotas con violencia.

—Se están reuniendo alrededor del círculo —dice Ana con una rodilla en el suelo.

—¿Qué hacemos? —pregunta Serena.

—Recordarme que deben aprender necromancia —La bruja se termina de sentar y cierra los ojos: en la oscuridad de sus párpados una luz tenue se ilumina, a su lado otra y luego otra, una luz por cada uno de los hijos de Silas afuera del círculo—. Ibdinabis tu catu kosmou…

Las nubes negras sobre la montaña giran en círculos formando un espiral de cúmulos, la lluvia se deja caer por completo. Ana finaliza el hechizo:

—To soma suines tuixesiamo —Abre los ojos con la mirada perdida en la niebla del frente—: Immobile —Su mirada vuelve a Raquel—. Van a estar inmóviles todo el ritual si nadie más interfiere.

—Bien —dice Otto y toma una mejor postura, con sus ojos cerrados el brujo trata de conectar su energía con la del lugar, la de la tormenta y el sol arriba de todo. Levanta su rostro al cielo, y mientras recibe las gotas en la cara grita—: ¡Luz, madre de la oscuridad te invoco! nur, ‘um alzalam ‘ana ‘adeuki.

Rayos se acercan desde las esquinas más alejadas del firmamento, viajan en medio de las oscuras nubes hasta el centro de la tormenta, un remolino sobre los brujos. La madera y los huesos suenan bruscamente con los fuertes golpes que la tocan.

—¡Almas atrapadas, las libero! ¡’Arwah muhasarat ‘ufrij eanha! —El anillo negro, brillando en su mano.

La lluvia se pone más intensa y el viento sopla con más fuerza.

—Están llegando más brujos —le dice Ana a Raquel con los ojos cerrados—. Nessuno si avvicina.

—¿Qué significa eso? —pregunta Serena.

—Los hijos de Silas no dejarán que sus compañeros se acerquen —responde Ana—, creo que puedo contenerlos por ahora.

—¡El poder de la madre, vuelve la noche en día! ¡Quat al’umi tatahawal allayl ‘iilaa naharin! —grita Otto.

Las gotas de lluvia comienzan a perforar los restos de madera, el cuerpo incinerado y hasta el suelo en las partes quemadas por el ritual pasado. Una suave capa de humo se forma con el impacto de cada gota de lluvia actuando como un ácido que disuelve todo rastro del ritual anterior.

—Está aquí —dice Serena.

—¿Asmodeo? —pregunta Raquel mientras trata de ver algo en la neblina.

—Yo también lo siento. Estoy perdiendo el control de esos brujos, su presencia los hace más fuertes. Se está acercando —Ana se concentra con más fuerza.

—Es hora, Serena —le dice Raquel.

Ambas regresan a su posición inicial y se preparan. Al tiempo se agachan, toman un poco de

tierra mojada, la acercan a sus labios y le dicen:

—Invoco al viento.

Luego arrojan la tierra hacia adelante. Ligeramente abren las piernas y doblan las rodillas. Serena lleva el brazo derecho al frente y el izquierdo atrás, Raquel por su parte, lleva el izquierdo adelante y el derecho atrás. Al mismo tiempo, invierten la posición de sus brazos en un movimiento circular.

—Eleva tu fuerza —dicen ambas desde sus lugares.

El viento a su alrededor comienza a moverse hacia una misma dirección, la neblina que antes estuvo quieta y el humo que dejan las gotas en el suelo, se unen a la corriente de aire creando una especie de pared blanca que los rodea en el sentido de las manecillas del reloj. Las brujas invierten nuevamente sus brazos y el viento comienza a girar a mayor velocidad.

Asmodeo, ahora con la altura suficiente para encarar a cualquier adulto, se acerca al lugar hasta que se encuentra con cinco de sus propios brujos, solo lo observan sin moverse. El demonio los mira esperando que abran paso, pero en lugar de eso, dan un paso al frente; él intenta caminar entre ellos, pero los cinco lo detienen. Los brujos que respiraron la niebla se forman para evitarle el paso a los que llegan.

—¡Muévanse! —Les grita el demonio, pero nadie hace nada.

Los brujos que van llegando intentan seguir de largo, pero los otros los detienen con agresividad.

Los ojos adolescentes de Asmodeo miran al brujo que tiene al frente y con la fuerza de uno de diecisiete años empuja al hombre contra la barrera de viento, esta lo agarra entre la corriente, lo eleva, lo lleva a un lado y finalmente lo dispara con gran velocidad impactando con un árbol lejano.

—¿Qué hechizo es ese? —le pregunta Asmodeo a Silas.

—Se llama Tolvanera, pero nunca había visto algo así.

Por un momento, Asmodeo observa a los brujos que se oponen a que se acerquen, los cuenta. Abre sus brazos a los lados y atrás, cierra los ojos, murmura unas palabras y empuja a los brujos controlados por Ana hacia el muro de viento, se ven desaparecer entre la neblina que corre y se escuchan golpear los árboles.

Ana reacciona del trance.

—¡Disuelvan toda voluntad! ¡Tadhub kulu al’iiradati! —grita Otto.

—Su presencia en ellos es muy fuerte —dice Ana.

—Casi terminamos el ritual —le responde Raquel.

Ana se levanta y da varios pasos atrás, con dificultad por las gotas que apenas la tocan, levanta la mirada al cielo. Los truenos se multiplican y el remolino de nubes sobre ellos se ilumina mostrando un color plateado en lo más profundo.

—¡Lo que está perdido que permanezca olvidado! ¡Ma dae qad yabqaa mnsyan! —grita Otto con todas sus fuerzas.

La tormenta crece fuerte y para los brujos adentro comienza a ser difícil mantenerse en pie.

—¿Cómo anulamos esto? —Un rayo cae delante de Asmodeo justo donde inicia el tornado, pero la energía no alcanza a tocar el suelo, es absorbida por el muro de viento que la empieza a transportar y repartir en cada vuelta.

Más rayos caen en el tornado blanco que desprende luces azules mientras gira a gran velocidad.

—¡Haz algo! —Le exige Asmodeo a Silas.

Silas retrocede un par de pasos, respira profundo y dice:

—Rápido, tómense de las manos.

Sus hijos hacen caso y pronto forman una larga cadena.

—¡Dumandu petere imperium…! —comienza a gritar Silas y los demás repiten—. ¡Per annularie stu putere!

Repiten el cántico varias veces, pero lo rompen cuando ven a Asmodeo desplomarse en el suelo.

—¡Ya está hecho! —dice Otto adentro del tornado, la tormenta hace que sea muy difícil oírse —. ¡Todos los escombros quedaron hechos polvo! ¡Tenemos que irnos!

—¿Cómo? Deben tenernos rodeados —Opina Raquel uniéndose a la conversación en el centro del círculo.

—No, están reunidos al frente de nosotros —dice Ana con mucho esfuerzo.

—Están cantando un hechizo annularis, pero se detuvieron —El Deífico puede sentir el hechizo atacando a los suyos—. Tengo una idea. Debemos dejar la tormenta acá mientras huimos.

—¿Cómo vamos a cruzar la tolvanera? —La joven bruja se empieza a sentir atrapada.

Otto no responde nada, pero les indica que se hagan cerca de él. Cierra los ojos, respira profundo y un momento después, la tierra y las rocas dibujan líneas en el suelo formando un círculo casi luminoso.

—Tu sello —dice Ana orgullosa.

—Creo que podemos llevarlo hasta afuera y cruzar en él —dice el Deífico.

Con cuidado comienzan a retroceder. Serena está asombrada por tanto poder, el viento y la lluvia no los alcanzan mientras caminan sobre el sello.

Asmodeo abre los ojos y se levanta asustado:

—¡Sigan con el hechizo!

Silas vuelve a la posición y retoman el hechizo annularis, cantando cada vez con más fuerza. Las luces azules comienzan a desaparecer, el tornado reduce la velocidad y la neblina se disipa despacio. Asmodeo está impaciente, sabe que el ritual que hicieron tuvo efecto y necesita eliminar esta amenaza de una vez por todas.

La neblina y el humo se disipan por completo, el tornado solo es una ventisca y el coven de Otto no está por ningún lado.

—¡Búsquenlos! —grita Asmodeo— ¡Búsquenlos!



La casona no respira vida en estos últimos meses, desde lejos se ve como si tuviera un velo negro por encima, una delgada línea oscura que la cubre, el verde de sus cercas y el rojo del rosal tienen un filtro gris, se convirtió en una de esas casas por las que la gente prefiere evitar pasar. Hoy hace un mes, Asmodeo estuvo lo más cerca a su madre que ha estado desde que nació.

—¿Qué fue lo primero que sentiste?

—Frío, como una ráfaga de viento me pegaba en la cara. Y luego, una voz.

—¿Reconoces la voz?

—Era una mujer, nunca había oído esa voz antes.

—¿Podría ser Serena?

—No, tenía un acento diferente.

—¿Qué decía?

—Todo, qué hacer, qué decir. Era como si alguien hubiera tomado control de mí y yo viera todo desde un rincón.

—¿Qué hiciste cuando oíste la voz por primera vez?

—Me resistí a lo que decía, peleé, pero fue más fuerte que yo.

Una pequeña bruja entra a la habitación y pone sobre la mesa una bandeja con varios vasos y una jarra de agua. Silas la recibe y sirve tres vasos, uno para Rafael al otro lado de la mesa, otro para Asmodeo y otro para él.

—¿Cómo empezó todo? —pregunta Asmodeo, retorciendo la boca para morderse los cachetes con brusquedad.

—Noté que todos estaban igual que yo o peor, algunos ni se movían de sus posiciones. De repente todos empezamos a caminar, hasta que noté que formamos un círculo y yo estaba en el centro. —Bebe un sorbo de agua—. Los demás se tomaron de las manos y yo invoqué una tormenta.

—Igual que el mes pasado en el norte —dice Silas—. Continúa por favor.

—La lluvia sonaba muy fuerte al caer, luego hubo truenos y un fuerte viento. Elevé mis brazos y empecé a decir un hechizo que todos los demás repetían.

—¿Qué decía el hechizo? —Asmodeo mastica sus mejillas sin descanso y su rostro se ha puesto muy rojo por el esfuerzo, o el enojo.

—No recuerdo muy bien. No solo estaba en español, también dije unas palabras en otro idioma.

—¿Qué idioma? ¿A qué sonaba?

—Árabe, tal vez.

—¿Qué pasó cuando dijiste el hechizo? —El tono de Silas es más calmado.

—La lluvia se puso más fuerte —Bebe casi el resto de agua que le queda—. Y una niebla se levantó del suelo, me pareció extraño, pero fue más extraño cuando vi que no era niebla, era humo. Las gotas de lluvia estaban derritiendo todos los restos de nuestro ritual.

—Mierda —dice Asmodeo— ¡Mierda! ¡Mierda! —Se levanta de la mesa y corre de la cocina al patio trasero.

Silas llega al lado del demonio a los pocos segundos.

—No podremos volver a hacer el ritual en ninguno de esos puntos —dice mientras permanece parado frente al rosal en una de las esquinas de la mansión.

—Seguro que cuando pasen unas lunas podremos recuperar los espacios, o reemplazarlos…

—¿Eres idiota? —le interrumpe Asmodeo—. Dije que no podremos volver a hacer el ritual en esos puntos. Esos lugares estaban elegidos específicamente para esto. Lo que esos hijos de puta hicieron equivale a echarle sal a la tierra fértil. Ninguna magia crecerá en esos puntos, al menos hasta que todas las brujas de ese coven mueran y su magia se desvanezca.

—Entiendo —responde Silas en un tono de excusa—, debemos matarlas lo más pronto posible.

—Ya deberían estar muertas, es tu incompetencia lo que las ha mantenido vivas. Cada minuto que mi madre viva, es un minuto menos de tranquilidad.

—Me alegra que lo notara —El comentario de Silas se siente como un reproche para Asmodeo, pero antes de que diga algo, Silas continúa—. ¿Qué haremos ahora?

—Necesito saber qué magia usaron para controlarlos —Instruye el demonio arrancando con fuerza una rosa.

—¿A distancia? Solo se me ocurre… necromancia.

—No, la necromancia no es suficientemente poderosa como para controlarlos así, no cuando aún viven gracias al poder que les di —Su voz está cambiando, suena temblorosa con tonos graves y suaves, a veces al mismo tiempo. Arranca otra rosa, esta vez una espina lo corta en el índice izquierdo, se lleva el dedo a la boca y con la otra mano comienza a arrancar flores que le dejan pequeñas cortadas, aun así, no se detiene, sigue tomando rosas hasta que el movimiento se convierte en golpes, puños que arremete contra el rosal, sus manos sangran del montón de heridas que le dejan las espinas.

—Señor —lo llama Silas, pasándole una mano en el hombro.

—Necesito que averigües qué magia usaron para controlar a tu coven.

—Podemos investigar, todos los libros de ese coven aún están acá, además de lo que los Síneros trajeron.

—No me interesa cómo lo hagas, solo dame la información. Termina de hablar con Rafael. —Su tono es seco, quieto e inexpresivo. Mantiene sus manos empuñadas a sus costados, mientras gotas de sangre le recorren los dedos—. Yo haré lo que tú no pudiste, voy a matar a mi mamá y a todo su coven.

—Nuestra magia no ha podido localizarlos —reprocha Silas.

—Pues, supongo que tendremos que hacer que vengan a nosotros.

Cuando Silas regresa a la cocina, Rafael está sentado en la misma posición en la que lo dejó al irse tras Asmodeo.

—Pensé que ya te habías ido —dice Silas. Se deja caer en la silla frente a Rafael.

—Me dijiste que esperara.

—A veces pienso que eres muy leal, otras no estoy seguro.

—Yo soy leal —se apresura a responder Rafael—, yo soy leal a nuestro coven, a Asmodeo y a lo que estamos haciendo.

—¿Qué es exactamente lo que estamos haciendo?

Rafael se queda en silencio, retira la mirada de los ojos de Silas y se acomoda en el puesto tratando de encontrar las palabras para responder con algo asertivo, algo que satisfaga al brujo, pero no logra pensar en nada.

—Esa también es mi respuesta a esa pregunta.

—No entiendo.

Silas se levanta y toma dos vasos de la mesa, el suyo y el de Rafael. Con un gesto le dice que lo acompañe, suben las escaleras de la izquierda de la mansión y caminan hasta la habitación de Silas, al fondo del pasillo. Este había sido el cuarto de Vasil, pensar en él se siente raro para Rafael, como si en realidad no hubiese sido él quien lo siguió hasta acá, quien lo ayudó a abusar de Serena, como si en realidad no hubiese sido él quien ayudó a la bestia a reencarnar, por alguna razón, no entiende lo que siente: ¿Es pena por Vasil, o pena por él mismo?, ¿y hasta donde ha llegado?

Después del incidente entre Paolo y Silas, el brujo ordenó pintar la habitación de nuevo a su blanco original. Silas toma una botella de vodka de su closet y se sienta en una pequeña silla de madera junto a la ventana, le ofrece la otra a Rafael y sirve el licor.

—Bebe —le dice Silas a su brujo y él obedece—. Estamos aquí porque este cuarto está protegido de oídos ajenos. ¿Está bien?

—Sí… pero ¿por qué? —Bebe un trago más, se siente nervioso.

—Porque no quiero que por casualidad alguien escuche por qué ayudaste a ese coven a anular

el tercer ritual de Asmodeo.

Rafael se queda paralizado, nada llega a su cabeza, ninguna respuesta, ni siquiera un titubeo, su lengua se queda atrapada en su garganta igual que su mente. Solo puede imaginarse a sí mismo envuelto en llamas.

—No tengas miedo —le dice Silas mirándolo con detalle con sus grandes ojos miel—, precisamente estamos acá para que esta conversación solo quede entre nosotros.

—No quise hacerlo… —empieza Rafael—. No sé lo que me pasó. Por favor, tiene que creerme. No quise hacerlo. ¡Me obligaron!

—Baja la voz —Sirve más vodka—. Cálmate. Nada te va a pasar si es lo que te estás imaginando. Tú eres mi brujo, brujo de mi coven, solo quiero que me digas la verdad. A mí. Asmodeo puede ser… impulsivo. Aún es un adolescente.

Rafael bebe un pequeño trago de vodka que le retuerce el cuello y los hombros.

—Tú dices que te resististe. Partamos de ahí —El tono de Silas es muy calmado y genuinamente amable para Rafael.

—Lo hice, por un rato, luché con toda mi mente. Pero… pero, luego recordé lo que vi en el sótano, el día en el que el primer ritual se vino abajo —Bebe otro sorbo de vodka—. Las caras de miedo y confusión que tenían todos ellos cuando despertaron del ritual, cuando se vieron desnudos en los cuerpos de otros. Todos se cubrían, recuerdo que unos empezaron a llorar y a correr por todas partes. No querían estar ahí —Baja el volumen de su voz y se inclina un poco hacia Silas—. Asmodeo habla de libertad, de cómo su influencia nos va a hacer libres, pero yo solo veo… miedo, dominación. A veces despierto en medio de la noche pensando en que tal vez está en mi cabeza, leyendo mis pensamientos, mis dudas. Yo sé que una parte de él vive en mí, y eso no me deja estar tranquilo. Yo no quiero ser controlado.

—Entiendo lo que dices —Silas repite el movimiento de Rafael y se inclina hacia adelante—. Cuando Asmodeo era un demonio siempre habló de su influencia y yo vi lo que hacía en la gente, un llamado instantáneo, un regalo de magia a cambio de un pedazo de alma. Un trato justo si me preguntas, pero temo que esta etapa y este cuerpo humano lo pueden estar corrompiendo, desviando sus intereses principales.

—¿Está seguro de que ese no es su interés principal? —Se atreve a preguntar el brujo.

—No. Controlarnos a todos no es su estilo, es más como una… influencia real. Él no es un gobernante, es un hedonista, y para hacer todo lo que le plazca, el mundo debe… cambiar y su influencia, la energía demoníaca que él puede invocar, nos dará el poder para cambiarlo.

Rafael asiente, tal vez entendió más de lo que quería, si Asmodeo no es un gobernante Silas lo sería, aunque algo le dice que esa puede ser solo una promesa más del demonio, como sea el caso, hay algo que le da inseguridad a Silas, y él lo percibe.

—Por eso necesitará nuestra ayuda para hacer las cosas bien —continúa Silas—. Hiciste bien al ceder control para anular el ritual, no creo que Asmodeo esté listo para ese paso, en unos meses será completamente un adulto y verá todo con más madurez.

—¿Qué hay de los puntos elegidos? Él dice que no se pueden recuperar.

—Sí se puede, solo que él no conoce la magia para hacerlo.

—Ya veo —Bebe el último poco que le queda de vodka en su vaso—, ¿Le puedo hacer una pregunta? —Su líder asiente—. ¿Cómo supo que yo podía resistirme al hechizo?

—Ninguno de los brujos de este coven había conocido la magia antes. A diferencia de ti y de Bo, esta gente carece de la disciplina necesaria para controlar sus propias mentes, recibieron el llamado de Asmodeo, pero no lo aprecian, siguen el ejemplo del adolescente, pero él aprenderá

más rápido que ellos y ese exceso de confianza los destruirá.

—No si el mundo que cree… que creemos, es un mundo libre de consecuencias.

—Por supuesto que tendrá consecuencias —dice Silas mirando aún las inseguridades de su brujo—. Nosotros crearemos las consecuencias del nuevo mundo, no podemos ir contra la corriente, pero sí podemos modificar su curso.

—Claro, sí, señor —El brujo siente que debe cuidar sus palabras más que nunca.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre lealtad y obediencia? —Silas regresa su cuerpo al espaldar de la silla.

—No creo que haya una diferencia —responde Rafael después de tomarse un momento pensando—. Creo que las dos hacen parte de lo mismo, se necesita lealtad para ser obediente y obediencia para ser leal.

Silas lo mira con cuidado, sonríe mostrando una línea curva blanca de dientes, mientras analiza el rostro de Rafael.

—Te equivocas —dice finalmente—. Hay una gran diferencia entre esos dos conceptos, verás: La obediencia es ciega, no cuestiona, no pregunta, no piensa solo actúa. Y en ese actuar simplemente hay vacío, no hay ningún entendimiento de lo que pasa o de lo que puede pasar —Se levanta y se acerca a la ventana. Afuera unos cuantos brujos hablan y ríen en grupos—. La lealtad, por otro lado, es una virtud de las personas inteligentes. ¿Sabes por qué? Porque hay crítica, eso es importante, pero también hay fe. La lealtad real se da cuando hay fe en una persona que valora lo que tienes para decir. La obediencia es una relación en la que solo uno se beneficia, la lealtad es más recíproca, más como una amistad —Se sienta de nuevo, pero corre su silla cerca a la de Rafael—. Yo quiero que seamos amigos, leales el uno al otro. ¿Crees que puedes tener fe y confianza en mí? porque yo creo en ti, y en todo lo que tienes para dar, tú eres la persona más inteligente de esta casa.

—Yo también creo en usted —dice Rafael completamente convencido.

—Te quiero creer. Tenemos que ser leales el uno al otro.

—Solo que… a veces me da miedo lo que Asmodeo pueda hacer. Lo digo, porque es impulsivo —Baja la voz.

—No te preocupes por eso, Rafael —Silas también baja la voz—. Yo estuve tratando de traer a Asmodeo desde hace muchos años, lo conozco bien. Todo va a salir perfecto. Bueno, mientras matemos a Serena y a ese coven —Suspira—. ¿Crees que lograron traer lo que buscaban en África?

—Yo creo que sí, algo tuvo que venir con ellos, o sino ¿De dónde sacaron el poder para anular el ritual de Asmodeo? y ¿cómo encontraron la forma para anularlo?

—El ritual de los cinco puntos no es uno… extraño, por así decirlo. En esta casa, por ejemplo, hay dos libros que hablan de él, claro que están en hebreo, pero lo que quiero decir es que, si está documentado acá, lo puede estar en otras partes.

—O sea que solo nos queda la pregunta: ¿De dónde sacaron el poder para anularlo tres veces?

—Ojalá esa fuera la única pregunta —Silas vuelve el cuerpo al espaldar de la silla y cruza sus piernas—. Necesitamos investigar en todos los libros de la mansión, también en los que dejaron los Síneros y hasta en internet. Debemos saber qué magia usaron para controlarlos, necromancia, telepatía… Vamos a volver a revisar esa historia de las cinco brujas. Todo lo que puedas encontrar lo traes primero a mí. ¿Bueno?

—Sí, señor.

Silas se levanta de la silla y camina hacia la puerta, Rafael lo sigue, abre la puerta y deja que

el brujo salga. No hay nadie en los pasillos, nadie que pueda sospechar algo de la conversación que acaban de tener. El corazón de Rafel palpita con fuerza mientras baja cada escalón hacía el primer piso, su mente también late, pero con preguntas: ¿Qué tanto puede confiar en Silas o en Asmodeo? Pudo ver claramente lo que le preocupa al mismo Silas. ¿Cómo seguir el juego de la lealtad que le acaban de proponer? ¿Como jugar sin traicionar a Asmodeo? Al llegar al sótano, enciende la luz, toma el primer libro que se atreve a revisar y antes de abrirlo, toma una decisión: Jugaré con inteligencia, seré leal a Silas, pero guardaré mis dudas.

Esa noche cuando todos duermen, el brujo enciende una vela pequeña que ilumina una esquina del sótano, cerca de donde alguna vez hubo una puerta de salida. En su mano sostiene un pequeño pedazo de papel del que lee en un suspiro:

«Llamo para ver más allá de lo visible,
llamo para oír más allá de lo dicho,
llamo para sentir la mentira y el peligro,
llamo para ocultar mi verdad».

No dijo a quién llamaba en su pequeño hechizo, la verdad es que no sabe, más que un hechizo es una petición por una señal, a quién sea que esté escuchando. El fuego avanza lentamente por el papel que se quema iluminando los ojos craquelados de Rafael en medio del oscuro sótano.

Capítulo 33

El aire se siente muy frío al bajar por su garganta, pero de igual forma le gusta respirar por la boca cada vez que sale en la mañana, disfruta de las figuras que forma el vapor al exhalar. Se sienta en una piedra ancha cerca al claro del bosque a la izquierda de la cabaña, donde hacia atrás se alcanzan a ver unas montañas de diferentes tonos de verde, siempre se ha preguntado por qué el color cambia de montaña a montaña, Tal vez en una hay árboles y en las otras no, pensó en una ocasión. Tal vez en todas hay árboles, pero de distinta clase, ha sido su conclusión.

Mientras inhala el gélido aire, se acuerda de anoche, fue extraño, más extraño de lo normal. Serena ya está acostumbrada a tener pesadillas casi todos los días, piensa que es algo más con lo que tiene que aprender a vivir, sin embargo, esa noche hubo algo que se sintió diferente, como si alguien la observara dormir, pero cada vez que abría los ojos y apuntaba hacia la dirección de donde provenía la mirada, no había nadie, solo los cuatro anillos reposando sobre el mesón de la cocina, justo al frente de su cama. Para ella es normal esa sensación de ser observada, especialmente cuando duerme; cree saber quién es, el punto luminoso azul que la había aterrado en el embarazo, ahora solo la acompaña en sus sueños, ella no puede verlo por completo, solo un tenue destello siempre a su derecha, incluso antes de quedarse dormida, cuando imágenes vienen a su mente, cuando ve los ojos de Vasil sobre los suyos, o cuando ve sus feas manos rozar su pecho, o cuando puede respirar el aliento seco del Sínero contra su mejilla; el destello siempre está ahí; tal vez es él el que le hace revivir esos momentos, el que le muestra a su hermano quemado en medio de figuras encapuchadas, el que le hace sentir el dolor que le desgarra la vagina de nuevo, el que descubre una y otra vez el cuerpo agujerado de Paolo. Sin importar cuántos muertos se le presentaran, o las manos que la tocaran, o cuántas veces la maltraten, el destello siempre está ahí, observando.

Serena levanta la mirada y ve un ave acercándose hacia el claro, pero justo antes de llegar se choca con la rama de un árbol, o eso cree, todo pasa tan rápido que la bruja no entiende bien cómo pasa, fue como si la rama saliera de la nada, o el ave no viera lo que tenía al frente. En la base del árbol yace el pájaro, tieso como si llevara horas muerto. La bruja no se atreve a levantarlo así que lo deja ahí con la excusa de que tal vez pueda servir de alimento a otro animal hambriento. La muerte es otro comienzo, se dice a sí misma mientras se imagina el futuro del cuerpo de esa ave. Ya hablo en mi mente como Paolo, ese pensamiento le produce una sonrisa. Pensar en la muerte no la asusta como lo hacía antes, tal vez es porque ha perdido a tantos que se ha vuelto cotidiano, aunque no deje de doler. Hay un poco de verdad en esa frase que le surgió: «La muerte es otro comienzo», cada vez que alguien ha muerto, su vida ha cambiado, cuando sus padres murieron estuvieron unos días viviendo solos, hasta que los hijos de Zain llegaron por ella. Cuando su hermano murió se unió al coven, ya hace un año y medio. Delfina murió para que Paolo pudiera liberarlos, pero ahora Paolo también está muerto. Serena recuerda algo que él le dijo a Raquel, algo sobre un precio por el poder de los anillos; no lo había pensado con claridad hasta ahora. Fueron los anillos los que la despertaron, no sabe cómo, pero sabe que eran ellos o su energía quienes la observaban. Aún no entiende muy bien qué son, o cómo funcionan, aunque ya haya sentido el poder de los cuatro. Ana dice que uno de los anillos no es tan poderoso como los otros, pero también dice que albergan más poder del que creen. Eso la hace pensar de nuevo en lo del precio que tienen los anillos, muchas cosas eran diferentes en la realidad en la

que estuvo Paolo, en ese mundo Serena ni siquiera era una bruja. No hay por qué asumir que eso del precio también aplica acá ¿O sí?

La primera vez que la joven bruja usó uno de los anillos, sintió un suave calor que le recorría el cuerpo y se asentaba en su pecho, se sintió feliz y con energía; con el entrenamiento se ha ido acostumbrando a la sensación, aunque a veces le cuesta controlar el poder o hacerlo surgir, en algunas ocasiones ha sentido que la fuerza de los anillos se le escapan, como si fuera algo intermitente. ¿Por qué me despertaron? Quieren decirme algo, pero ella siente un temor extraño hacia ellos, se le hacen tan familiares que la asustan.

Una segunda ave repite el trayecto de la primera, imitando el mismo golpe contra la rama del mismo árbol frente a ella, al borde de la protección de la cabaña; esto saca a Serena de su trance quien se levanta y camina a la escena. Las dos aves reposan en el suelo con sus cuellos torcidos, cuando Serena se acerca, ambos animales comienzan a mover sus alas haciendo un sonido extraño, grueso, grave, más grave que cualquier canto o llanto de un pájaro que ella haya escuchado antes, parece una voz. Lentamente la joven bruja se acerca tratando de identificar lo que dice, sus ojos apuntan en otra dirección y su oreja a las aves, su piel se eriza, un frío le pasa por la espina y la hace echarse para atrás, «mamá» dicen los pájaros en una voz grave y agonizante. Ella sabe lo que significa y sabe quién es. Retrocede sin levantarse y las aves se detienen, vuelven a su estado tieso. Serena se levanta sin apartar los ojos de los animales hasta que el sonido de unos pasos la llevan a mirar a otro lado, a su derecha, un pequeño perro se acerca, tiene el pelaje de color naranja y negro, con una cola pequeña y estirada completamente, llega hasta el límite del hechizo protector de la cabaña y se sienta, mientras Serena lo observa, el cachorro comienza a moverse como si quisiera vomitar. La bruja voltea a ver los pájaros y luego al perro, la presencia de estos animales se le hace extraña, camina directo hacia el nuevo animal y este empieza a moverse con fuerza, queriendo vomitar algo, cada vez se mueve con más violencia, estira sus patas traseras y cae al suelo sobre su barriga, sus patas delanteras se mueven tiesas, mientras el abdomen del perro se contrae de forma monstruosa, algo blanco se empieza a ver en el fondo de la garganta del animal, Serena se agacha para tener mejor vista; el perro tose con fuerza y escupe un rollo de papel dentro de un plástico, luego cae de lado sin respirar. La expresión de la joven es de horror y asco, corre hacia la cabaña.

—¡Otto! ¡Raquel! Despierten —grita Serena azotando la puerta.

—¡¿Qué pasa?! —Otto se levanta de un solo impulso.

—Algo está pasando afuera con los animales.

—Cálmate —le dice Ana quien saltó de su camarote tan pronto Serena gritó—. ¿Qué está pasando?

La joven bruja les da una versión rápida de lo que acaba de pasar. Raquel se ve con la cabeza agachada y los ojos más oscurecidos que de costumbre. Otto mira fijamente a Ana.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Le pregunta el Deífico a Ana.

—Sí, y es probable que sea eso.

—¿De qué hablan? —Dice Raquel.

—Cuando estábamos en África —continúa Otto—, pensábamos la forma de comunicarnos con ustedes, de enviarles un mensaje, y entre las ideas Ana propuso algo.

—Se llama nuntius animal, significa animal mensajero en latín. Básicamente se trata de hechizar un animal con un mensaje secreto en particular y liberarlo para que encuentre a la persona, el animal no se puede rastrear ni seguir, o el mensaje nunca se entrega. Solo se necesita un vínculo fuerte con la otra persona y el poder para hacerlo. Sabemos que a nuestro pequeño

demonio le gusta jugar con su ‘influencia’, no debe ser difícil para él poseer un animal.

—¿Qué pasa con el animal después? —Los ojos oscuros de Raquel evitan la mirada de los demás.

—Muere.

—¿Qué hacemos? —La mirada de Serena pasa por la cara de cada uno.

Un silencio temeroso se apodera del lugar, y aun sabiendo lo que deben hacer, todos esperan a que otro lo diga primero. Serena mira de lado a lado.

—Tenemos que ver el mensaje —dice Ana.

—¿Y si no lo hacemos? —Serena siente miedo.

—Supongo que más animales vendrán.

—No pueden llegar hasta acá por los hechizos de la cabaña —les recuerda Otto—, pero pueden rodearnos y aunque no puedan rastrearse, un desfile de animales puede llamar la atención.

—¿Qué hacemos entonces? —pregunta de nuevo Serena.

—Tenemos que ir afuera y ver lo que nos envió —le responde Otto.

Al cruzar algunos árboles del bosque al lado de la cabaña y llegar al borde del hechizo, ven que ahora hay muchos animales a unos metros de ellos. Hay toda una camada de cinco gatos sentados junto a un perro negro que les triplica el tamaño, también hay una ardilla, un conejo y al fondo se ven un gato sobre el lomo de un perro acercándose, en los árboles las aves llenan las ramas, ocultando el paso del sol. Al acercarse los animales comienzan a hacer sonidos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no hacen nada? —dice Otto.

—Solo la persona a la que le enviaron el mensaje lo puede recibir.

Serena mira con preocupación a Ana.

—Solo párate en frente de ellos y ya está. Nosotros vamos a estar a tu lado —Ana toma de la mano a la joven y avanzan hasta el borde.

Los animales se acomodan, cambian de posición mirando a Serena. Todos comienzan a hacer ruido, el sonido característico de cada uno, el bosque se llena de una algarabía desesperante, uno a uno los animales comienza a tener la misma reacción que el perro hace un rato, tosen con violencia y se retuercen con la intención de vomitar, los gatos más pequeños muestran un pedazo de papel en sus bocas, pero no logran vomitarlo y se empiezan a ahogar, la ardilla cae al suelo con la cara morada y junto a ella el conejo permanece inmóvil; los animales más grandes empujan con sus estómagos aire y saliva, hasta que finalmente cada uno expulsa un plástico con un papel adentro y Serena queda con quince cartas a sus pies.

—Mamá, soy yo, tu hijo —Lee Serena en voz alta, de una de las notas—. Sé que no podrías reconocer mi voz aún si la escucharas, por eso te escribo. Me dejaste tan pequeño… Pero está bien, estoy dispuesto a perdonarte. Incluso estoy dispuesto a que seamos una familia. Un niño sin su madre en el mundo es algo muy terrible ¿No crees? Ven a mí, mamá, ya es hora de dejar el juego de las escondidas y vivir esta nueva realidad —Serena siente un frío que le baja por la espina—. Sal de tu escondite… —duda—, Serena. Diles que salgan del escondite y podré ser misericordioso contigo y con ellos. Si no se dejan ver, inocentes... pagarán el precio. Y…

—¿Y qué? —Exige Otto.

—Y… esa sangre estará… en sus manos.

Tan pronto Serena deja de leer, los animales más grandes huyen con rapidez, pero la camada de gatos, la ardilla y otros animales pequeños quedan muertos.

—¿Soy el único que está un poco perdido?

—No, yo tampoco entiendo —coincide Raquel—. ¿Acaso espera que lleguemos a la mansión y simplemente nos entreguemos?

—Es verdad —opina Ana—, es una amenaza muy imprecisa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —La mirada de Serena no se quita de los animales muertos.

Otto voltea su cara para evitar la vista que dejó el mensaje, sus ojos van de Ana a Raquel:

—¿Puede encontrarnos?

—Tal vez —responde Ana—, ahora sabe cómo enviarnos mensajes, pronto descubrirá cómo localizarnos.

—O sea que no tenemos mucho tiempo.

—¿Qué hay de esas personas, las que van a herir?

—No podemos pensar en eso. Por lo menos no por ahora —dice el Deífico.

Raquel asiente con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, no podemos ceder ante la primera amenaza mal hecha.

Serena siente una repentina ira que se apodera de ella, su cabeza se pone caliente.

—¿Y vamos a dejar que le haga daño a otras personas? —La mirada de la joven pasa de los animales muertos a los ojos de Otto, con la misma preocupación y tristeza.

—No estamos seguros de que vaya a herir a nadie —dice Otto tratando de calmarla—, tal vez es un truco para alterarnos y preocuparnos.

—¿Entonces? Vamos a esperar a que aparezcan muertos para hacer algo ¿Ese es el plan?

El tono de Serena sorprende a Raquel, nunca le había respondido a alguien así. Todos pueden notar la ira en la mirada de la más joven, pero por un momento nadie sabe qué decir.

—Me temo que eso es lo que quiere —dice Ana rompiendo la tensión. Los demás la miran esperando que se explique, ella continúa—. No creo que haya sido tan impreciso por casualidad, creo que nos dijo y nos mostró lo que va a hacer: está hiriendo animales y va a herir personas solo para crear caos. Está molesto por lo que le hicimos a sus rituales y se va a desquitar causando miedo.

—¿Y entonces? ¿Qué debemos hacer, esperar o revelarnos ya? —pregunta de nuevo Serena, está vez a Ana.

La bruja inmortal mira a Otto y este le devuelve una mirada igual a la de Serena, llena de miedo y dudas.

—Creo que debemos enterrar esos animales, y creo… creo que debemos prepararnos para la trampa que nos tiene Asmodeo, como dijo Otto, no tenemos mucho tiempo. Él quiere que salgamos de nuestro escondite y créanme que va a estar preparado para nosotros. Se aproxima la hora de verlo frente a frente —Gira los ojos al piso evitando mirar a alguien en particular— y debemos estar listos, sin secretos.

Otto entiende a la perfección lo que Ana quiere decir, y al parecer Raquel también pues su mirada se clava en el suelo.

Después de enterrar a los animales los cuatro brujos se dividen, y por unas horas parece como si trataran de evitarse, de no verse o de no hablar entre ellos.

Para Ana es absurdo lo que está pasando, la niña debió saber su destino hace mucho, ya estaría lista para acabarlo, y esta clase de secretos solo retrasa las cosas. Sin embargo, no es su lugar decirle nada a Serena, por mucho que quiera ayudar, hay límites que no le corresponde cruzar siendo una invitada de este coven. Otto por su parte ha estado ido en sus pensamientos, recuerda a Sara y no puede evitar compararlas, Sara no pudo con la presión que había en su cabeza, el trauma fue muy fuerte para ella. Pero Serena es diferente, se viene repitiendo, ella

también ha sufrido demasiado y aún está… sobreviviendo. Mira a los anillos sobre el mesón de la cocina, piensa en todo lo que tuvo que pasar para obtenerlos, cada paso que han dado, cada muerto que han sufrido los ha traído hasta aquí. Se siente tan lejano el día en el que salieron de la mansión que casi no puede reconocerse a sí mismo, siente que ha envejecido diez años. Tenemos que terminar esto de una vez. El brujo se levanta y se acerca a Raquel en la cocina, mientras ella prepara un té.

—Si que te gusta el té.

—Sí, me gusta mucho, me calma los nervios —Sirve dos tazas—. Otto, tenemos que decirle a Serena.

—Sí —responde el Deífico sin dudarlo. Toma una taza de té y la bebé hasta la mitad—. Ana tiene razón, no podemos enfrentar a Asmodeo sin que Serena sepa su parte en la profecía —Bebe el resto del té de un solo trago, el calor del líquido le sonroja las mejillas y unas cuantas gotas de sudor le bajan por la frente—. Paolo debió haber hecho esto. ¡No quiero! —Sus manos cubren su cara y se arrastran alargando su piel.

—Paolo lo iba a hacer, pero no pudo —Los ojos de Raquel se cristalizan—. Yo debí decirle. Dejé que pasara tanto tiempo, pero… ella estaba tan triste por Paolo y Sara.

—Te entiendo —Hay una pausa, un momento en el que, sin palabras o gestos, ambos toman la decisión de contarle todo a Serena de una vez.

La encuentran cazando unos insectos entre las ramas altas detrás de los árboles que rodean la casa. Cuando los ve llegar, les grita a la distancia:

—¡Esta trampa no funciona! ¡O tal vez no hay insectos! —Baja la voz cuando están más cerca—. ¿Para qué queremos estos insectos?

—Los necesitamos para un par de hechizos, unos son para crear un gas y los otros para crear un ruido —le explica el Deífico.

En el suelo hay dos recipientes acostados, ambos tienen sustancias pegajosas en los bordes, uno es rojo y el otro café.

—Tienes que dejar que las carnadas se sequen un poco —Raquel se agacha a ver de cerca—. Estos son insectos raros, ni siquiera recuerdo cómo les dice Ana, pero pueden estar lejos.

—El olor es fuerte.

—Sí —concuerdan Otto y Raquel al tiempo.

Los tres brujos se quedan callados, Serena los mira esperando que digan algo, siente que es a lo que vinieron. Otto respira despacio, inhala un par de veces con la intención de hablar, pero no le salen palabras.

—Serena —dice Raquel con un tono incómodo—, ¿recuerdas la profecía?

—Claro. Bueno, no a la perfección, pero recuerdo lo que dice.

—Bueno, pues… hay una parte que… no sabíamos qué significaba. ¿Recuerdas?

—Mmm la verdad no, no lo recuerdo. ¿Qué parte?

—Al final —se une Otto—. Cuando estuvimos en África, Delfina se enteró de lo que significaba.

Serena los mira con atención, siente que están comportándose muy extraño y comienza a sospechar que puede ser algo malo.

—Ajá… —dice la bruja con la intención de que continúen.

—La última parte dice algo como que, en su forma humana, Asmodeo solo puede morir a manos de los que le dieron la vida —dice rápidamente el brujo, sin dar rodeos de ningún tipo.

La expresión de confusión de Serena se agudiza mientras piensa en lo que acaba de oír.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir… —Raquel le toma la mano a la joven—. Que Asmodeo no puede morir si no lo hacen… aquellos que le dieron la vida.

—Realmente no quiero preguntar —Una angustia comienza a surgir en el pecho de Serena, como una suave picada—. ¿A qué se refieren con «aquellos que le dieron la vida»?

—Habla del cuerpo —Raquel aprieta la mano de su amiga—, de los padres del recipiente.

—Vasil y yo —dice suave. Cierra los ojos por un momento y agacha la cabeza. Su respiración se pone pesada y lenta, con cada exhalación da un paso en su puesto sin moverse realmente—. ¿Hace cuánto sabían?

Otto y Raquel se miran.

—Yo lo supe después de que Delfina muriera.

—¿Y tú? —Le pregunta Serena a Raquel.

Ella la mira fijamente, pero no responde de inmediato.

—Desde que Paolo y Otto se lograron comunicar ¿Cierto?

Raquel asiente.

—¿Por qué no me dijeron? —El tono de Serena es serio, pero cargado de decepción.

—Tú llevabas días de haber dado a luz, Delfina había muerto... —responde Raquel con la voz quebrada—, luego cuando lo íbamos a intentar, Paolo se fue y luego…

—Estuvimos solas mucho tiempo, solo tú y yo. Y no dijiste nada.

—¡Perdón! Yo solo… no sabía cómo decirte. Lo dejé pasar y el momento se abalanzó sobre nosotros, lo siento.

Un chillido horrible suena en medio de un silencio incómodo, viene de uno de los recipientes en el suelo, otro se oye más alejado, fácilmente se puede confundir con un grillo, pero de cerca el sonido se parece más al ruido que deja el metal al cortarse.

—Los insectos están llegando, tengo que cazarlos —Les da la espalda y se agacha junto a los recipientes.

Los brujos se alejan despacio, Raquel deja un par de lágrimas en el camino mientras regresan a la cabaña. Serena se queda con esta nueva información cazando insectos en medio de la inminente noche.

Dos noches de mal sueño y pesadillas después, el coven se encuentra en silencio. Otto lee y aparta algunas páginas de los libros de las sombras, pero su mente está en otra parte, divaga entre las infinitas posibilidades de lo que puede pasar al enfrentar a Asmodeo y los hijos de Silas. Raquel está en la huerta recogiendo unas plantas para los hechizos que llevan haciendo, el libro de las sombras es muy específico con los materiales, pide tallos cortados de cierta forma y hojas con aspectos casi perfectos. Serena está sentada en el mismo lugar de la noche y el día anteriores a ese, donde estuvo cazando insectos, sus pensamientos la llevan a la conversación; ella nunca ha matado a nadie, ni siquiera con tanto entrenamiento en magia ofensiva se había imaginado que tendría que matar a alguien; ellos dicen que tal vez ya no se vea como un bebé, pero aun así, es difícil para ella imaginarse la situación. ¿Cómo va a reaccionar cuando lo vea?

Un perro comienza a ladrar entre los árboles, justo al frente de la barrera que rodea la cabaña. Rápidamente los cuatros brujos se acercan. El animal no es tan grande, es un perro viejo y maltratado, rodeado por muchas moscas, en el cuello tiene un collar negro con algo atado a él. Serena se acerca con cautela, pero cuando está a unos pasos, un olor repugnante la devuelve, es un olor a carne podrida, a fruta rancia. La bruja toma una bocanada de aire y se acerca al cuello del perro, mientras le quita el collar, alcanza a ver un hueco negro y podrido en la barriga del

animal. Le quita el collar lo más rápido que puede y se aleja.

El perro se desploma en el suelo.

—Quién sabe desde hace cuánto venía agonizando —dice Ana.

—El olor es muy fuerte, volvamos a la cabaña —propone el Deífico—, y luego nos hacemos cargo de él.

En las pequeñas escaleras de la entrada, se acomodan mientras Otto desenvuelve el paquete amarrado al collar.

—¡Que no sea nada asqueroso! ¡Que no sea nada asqueroso! —repite el brujo— ¡Que no sea nada asqueroso! Ah no, es papel —Aliviado, lo desenvuelve—. Es un recorte de un periódico — Lo examina por ambos lados hasta que encuentra la noticia que cree va para ellos:

Histeria colectiva ataca a la ciudad

Un presunto caso de histeria colectiva se presentó la noche de ayer en el centro de la ciudad. Desde las 6:00 p. m. las autoridades empezaron a registrar varias llamadas de personas que aseguraban estar viendo un espectro caminando entre las calles del centro histórico. A pesar de la insistencia de la comunidad, las autoridades no acataron el caso inmediatamente, sin embargo, las llamadas persistieron, cada vez con testimonios más extraños.

«Al principio pensamos que era una broma, hasta que la cantidad de llamadas nos alertó y fuimos a investigar». Aseguró el sargento de la policía José Peralta.

Al llegar al centro histórico los agentes se encontraron con una escena de película: Un grupo de treinta personas corrían entre las pequeñas calles del centro, asegurando que el diablo vino por sus almas.

«Mi hermana empezó a gritar “Demonios, hay demonios por todas partes”. Abrió la puerta y salió corriendo». Dijo Luz Marqués, una vecina del sector.

La comunidad y los familiares trataron de hacerlos entrar en razón durante horas, pero fue inútil. Las cosas se pusieron más extrañas cuando dadas las 8:00 p. m. el sacerdote de la iglesia local comenzó a aplicar agua bendita sobre las personas afectadas:

«Yo vi cómo el agua bendita los quemaba, salía humo de sus caras». Asegura el Sacerdote Germán López. «Y eso fue lo que más los enfureció».

Tan solo cinco minutos después de que el padre repartiera el agua bendita, los afectados comenzaron un frenesí de violencia, no solo agrediéndose entre sí, también a los familiares y espectadores. En total sesenta hombres de la policía y varios paramédicos fueron necesarios para contener al grupo de gente. Los afectados fueron dirigidos hasta la clínica San Judas a las afueras de la ciudad.

La directora de la FEEM (Fundación para el estudio de enfermedades mentales) Dra. Silvia Díaz dice que casos como estos se deben a agentes externos que alteran la conciencia de un grupo en particular:

«En el momento hay un equipo que investiga una posible fuga de gas en el sector» dijo la Dra. Al preguntarle sobre la coincidencia en los temas demoníacos de las declaraciones de los afectados, la Dra. respondió: «Creo que es debido a la cultura y fuerte influencia religiosa en las personas de este barrio».

Aunque en la madrugada se reportaron casos de convulsiones y paranoia en casi todos los afectados, la Dra. Díaz insiste en un caso de histeria colectiva: «No es nada distinto a lo que pasó en Bélgica en 1999, que por las condiciones salubres del país la gente comenzó a somatizar síntomas de enfermedades que no estaban en sus cuerpos».

El Sacerdote Germán López, recomienda tener mucha precaución y asistir a misa, pues para

él esto es un caso de posesión colectiva:

«Los demonios quieren entrar en esta ciudad, solo queremos que nos dejen exorcizar a los afectados, esto no es histeria». Afirma el sacerdote.

La condición de los afectados no había cambiado al momento de escribir este artículo.

—Está presionándonos.

—Claro que está presionándonos.

—Quiere que salgamos ya. Aún no estamos listos.

—Los hechizos con los insectos se están terminando de fermentar.

—¿Lo vamos a matar con insectos? —pregunta la joven, los demás la miran sin responder—. ¿Cuál de los hechizos que aprendimos esta semana va a acabar con Asmodeo? Realmente lo quiero saber, desde que... ya saben, no puede morir si no lo mato yo. Tan solo ¿estamos considerando que él tiene todo un ejército de brujas? Nosotros solo somos cuatro contra ¿cuántos?, ¿cientos?

—Nos estamos preparando, solo necesitamos más tiempo para estar listos —dice Otto tratando de calmarla.

—¿Cuándo vamos a estar listos? —La voz de Serena está cargada con algo que ninguno de ellos puede reconocer, una mezcla entre adrenalina e ira—. No tenemos un plan. Él podría estar entrando en nuestro bosque en este momento y no tenemos idea de cómo voy a matarlo.

—En eso tienes razón —apoya Ana—, no podemos dejar que nos sorprendan, no podemos caer en su trampa tan libremente.

—Hemos entrenado y aprendido mucho estos días. Mucha de esta magia él no la conoce, esa es su debilidad —El Deífico mira a Serena fijamente—. Todo este tiempo acá no ha sido en vano.

—¡¿Qué vamos a hacer entonces?! —No hay respuesta que pueda calmar a Serena en este momento.

—Tenemos que inventarnos un plan rápido —insiste Raquel—. Necesitamos estar más que listos para recibirlos.

—¿Cómo?

—No sé. ¿Tienes la primera idea? Ya que estás gritando tan fuerte, supongo que tú sí sabes qué hacer. ¿Vas a tomar responsabilidad y participar activamente? ¿O simplemente te vas a estar quejando? —Le dice Ana a la más joven.

Serena se queda callada, agacha la cabeza y se sienta en una silla detrás de ella. Tan pronto se calman todos, Otto retoma la conversación:

—Debemos empezar por salir de acá —dice Otto con seguridad—, no podemos dejar que encuentren esta cabaña.

Ana termina de guardar un par de libros dentro de una maleta, lleva unos días analizándolos, uno de mitología árabe y otro pequeño conocido como Nabu’at lleno de profecías y relatos también árabes; los deja junto a otras maletas al pie de la puerta. Camina hacia la cocina y sirve un poco de café tibio en dos tazas, sale por la puerta de atrás y camina entre los árboles con dirección a Serena. La joven bruja la observa acercarse por entre las ramas que la alcanzan a cubrir, el pasto le pica las piernas, pero se siente cómodo estando a ese nivel.

—Te traje un poco de café.

—Gracias —Bebe un poco y reacciona frunciendo la cara al sentir su amargor—. Está fuerte. No tomo mucho café.

—Lo sé —Ana sonríe—, es una excusa para venir a charlar. ¿Me puedo sentar?

La joven asiente con la cabeza y le hace espacio a su lado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ana al sentarse.

—Nada —Hay timidez en su voz—. No sé. Solo no quería ver a nadie, a ellos.

—Umm, entiendo. A mí también me gusta estar sola a veces, creo que es bueno estar con tus propios pensamientos, eso me ayuda. Bueno, la verdad es que tuve que acostumbrarme.

—¿Cómo?

—La soledad es algo con lo que hay que hacer las paces si buscas una vida tranquila.

Hay un silencio cómodo y tranquilo.

—Tu cuello se ve mucho mejor —dice Serena después de un rato—, sanaste muy rápido.

—Gracias —se toca el cuello—. Por lo general, sano muy bien y muy rápido, tal vez es un efecto de mi larga vida. Solo espero que no me quede una cicatriz como estas —Se señala las siete marcas en sus labios.

—No creo —responde la joven con una sonrisa forzada.

—Serena, quisiera contarte algo, si no crees que es aburrido claro.

—No, no creo eso —Los ojos de la joven bruja se posan en los de la bruja mayor con interés genuino.

—Cuando descubrí que tenía el don del resurgimiento, sentí mucho miedo, había muerto hacía unas horas, pero también sentí emoción. No por el hecho de regresar de la muerte, sino porque en mi mente eso significaba algo grande, hay un propósito en mi vida sobre esta tierra, es lo que me dije, y por un tiempo viví así. Estas cicatrices son marcas de mis decisiones. En vez de huir y esconderme como hicieron muchas, yo me quedé y peleé, defendí a mis hermanas y me enterraron viva por eso, incluso con siete clavos en la cara sentía que estaba cumpliendo mi propósito, pero sobreviví. Luego viajé y conseguí una linda familia, intenté tener una vida normal, pero cuando los años se los llevaron, supe que ese tampoco era mi propósito, y luego… renuncié. Renuncié a la idea de un propósito divino y simplemente acepté que mi vida no tenía sentido porque yo nunca iba a morir, que podía pasar día tras día en cualquier lugar del mundo, en cualquier situación posible y pase lo que pase yo seguiría acá, atrapada en una maldición eterna, condenada a ver a todos morir —La bruja toma un lento suspiro—. Viví bajo esa nueva filosofía por… más de la mitad de mi vida, creo. Cometí muchos errores y me hice más cicatrices viviendo la vida sin consecuencias, hasta que un día cambié de opinión, en unos quinientos años viviendo sin propósito, sentí que por fin lo encontré. ¿Sabes qué día fue ese?

—No — responde sin titubear.

—El día que Delfina llegó a mi cabaña. Ese día me di cuenta de que no podía seguir más tiempo exiliada. Tomé una decisión y ahora estoy aquí ayudándote a cumplir tu propósito.

Serena escucha con atención y por un rato no responde nada, ambas observan cómo el viento mueve las ramas altas que las rodean y el sonido que hacen las hojas al golpear entre ellas llena sus oídos.

—¿Por qué yo? —dice con desánimo.

—No lo sé. Yo misma me he preguntado eso muchas veces —Ana nota la desilusión en los ojos de Serena—. Pero tengo una teoría…

La bruja cruza sus piernas para acomodarse mejor, el pasto le pica a pesar de usar pantalón.

—El dolor es algo de todas las personas, es algo que puede estar en todas partes y de diferentes formas. Yo he visto personas que se quiebran totalmente ante un problema, pero también he visto personas que cargan su dolor sin quebrarse. Me pregunté por mucho tiempo cuál era la diferencia entre ellos hasta que llegué a la conclusión, se debe a una habilidad.

—¿Una habilidad para soportar el dolor? —pregunta Serena con una carga de decepción—, eso no ayuda.

—No para soportar el dolor. Para transformarlo. El dolor puede llegar a ser tan fuerte y causar mucho daño; y algo así se convierte en energía. ¿Y sabes lo que es la energía? —Ana se acerca a Serena y le habla justo en la cara—. Es poder. Los sobrevivientes han aguantado porque tienen la habilidad de transformar el dolor en poder. Yo creo que tú eres una de esas personas. Pero tienes que saberlo para poder hacerlo tuyo, tú puedes convertir el dolor en magia, puedes hacer lo que sea.

Ambas se quedan en silencio, el viento es el único que susurra por un rato, mientras Serena digiere lo que acaba de escuchar.

—En fin —dice Ana—, es solo una teoría —La vieja bruja se levanta con dificultad, le lanza una mirada acompañada de una suave sonrisa y da dos pasos antes de que la más joven la llame.

—¡Ana! ¿Tú por qué nunca usas los anillos?

—Porque no sirven para mí, aunque hayan respondido a mi poder. Están ligados a tu magia, solo ustedes pueden activar su poder —Le da otra sonrisa y se va.

Capítulo 34

Hace días que el sol no se asoma por entre las nubes, hay un manto gris cubriendo la ciudad y a la gente. Una sensación de miedo e incomodidad se pasea por las calles, todos lo sienten, pero nadie lo dice.

Una música tensa se oye desde uno de los cuartos del piso 31 del edificio más alto del Centro, luego la voz de una mujer, es el noticiero de la mañana:

«Mucha atención. Acabamos de recibir un reporte sobre la identidad de los adolescentes encontrados muertos y amarrados en el Parque Nacional, hace unas pocas horas».

La noticia llama la atención de algunos hijos de Silas que entran al cuarto.

«Los jóvenes ya fueron identificados por sus familiares. Estamos en vivo desde el Parque Nacional con nuestro corresponsal Juan Amal, adelante».

Rápidamente el cuarto se llena con todos los brujos del piso, algunos con una emoción pícara en sus ojos, otros solo atentos a lo que ven.

«Detrás de mí es donde encontraron a los tres adolescentes, amarrados a ese árbol de allá. Conmigo está la doctora Salomé Cruz, médica forense. Doctora cuéntenos ¿Qué fue lo que se encontró su equipo al llegar acá?».

Enfocan a una mujer cubierta con un tapabocas.

«Gracias. Al responder al llamado esta madrugada, nos encontramos con una escena horrible. Lamentablemente los cuerpos de los jóvenes fueron violentados de forma muy fuerte. A los tres les habían sido extirpados de sus órganos genitales, encontramos marcas de quemaduras en sus muñecas y tobillos, además de unos símbolos quemados en el pecho».

La multitud de brujos comienza a esparcirse mientras Bo le abre paso a Asmodeo y a Silas quienes se acomodan frente al televisor.

«No estamos seguros qué tipo de símbolos son, pero sabemos que se quemaron directo en la piel, con algo parecido al artefacto con lo que suelen marcar al ganado».

«Gracias Doctora».

El televisor muestra a la periodista desde el estudio:

«Con nosotros está el sacerdote German López. Padre, cuéntenos ¿cuál es su opinión al respecto?

Muchas gracias. Yo pienso simplemente que nuestra ciudad cayó en manos del maligno».

Asmodeo suelta una carcajada tan fuerte que por un momento nadie puede oír al televisor, algunos lo acompañan en su risa. De manera súbita, se levanta y sale de la habitación, Silas y Bo caminan a su lado.

—La ciudad está asustada —dice Silas.

—Te lo dije, el pánico es un gran aliado —responde Asmodeo. Llegan a una habitación en el fondo con el símbolo del demonio en la puerta—. Debemos mantener la ciudad asustada hasta que podamos hacer los rituales de los cinco puntos de nuevo.

—Así la mantendremos —Silas se acerca a un gabinete, lo abre y saca un frasco de vidrio bastante ancho, adentro se ve lo que parece un órgano humano flotando en un líquido verdoso junto a algunas ramas, lo levanta hacía la luz—. ¿Cómo lo ve, señor?

—Parece que aún le falta, Tal vez una noche más. El tejido debe verse café.

—¿Un solo útero será suficiente para todos los hijos?

—Sí, por lo menos los que están acá, los de la mansión deben quedarse allá —responde mirando el rostro de Silas con detalle, levanta su mano y acaricia la cara del brujo—. Con un útero es suficiente, no podemos dejar que nos pase lo mismo. Ninguno de tus brujos volverá a ser controlado.

Incómodo, Silas baja el recipiente sobre una mesa y responde:

—No lo serán, esta vez nosotros tenemos la ventaja. Esta noticia de hoy sin duda llamará su atención.

—Si son inteligentes sabrán que usaremos el útero para algo.

—Señor, algo me preocupa.

—Tus preocupaciones me ofenden. Me hacen sentir como si dudaras de mí —Asmodeo tiene el cuerpo de un hombre adulto, aunque su rostro no aparenta más de veinte años. Su cara es más parecida a la de su padre que a la de su madre, no particularmente hermosa, con cejas delgadas al igual que sus labios, su nariz es pequeña con un suave bulto que le da algo de personalidad, y su cabello es castaño oscuro como sus ojos. Su voz cada vez se siente más como un susurro pesado y grave.

—Perdón, no es una preocupación, es más una pregunta —Silas se encuentra con la mirada fija de Asmodeo, como analizando sus rasgos, detallando cada parte de su cara y eso lo pone muy incómodo.

—A ver, ¿cuál es la dichosa pregunta?

—¿Usted cree que hayan encontrado ese poder del que Rafael habló?

Asmodeo toma el frasco con el útero flotante y lo abre.

—Creo que sí, o algo parecido. La necromancia no es algo muy popular acá. Y la magia que usaron para tumbar los rituales… requiere mucho poder —Mete el dedo índice al recipiente y comienza a darle suaves giros, el agua está espesa—. Dime, Silas, ¿crees que… mamá puede matarme? —Sus ojos van de su mano a los de Silas sin parpadear.

—No creo. Solo la he visto una vez y se ve muy frágil, asustadiza.

—Jum, tal vez la subestimas, Silas. Ese ha sido uno de tus tantos errores —Saca su dedo y se lo lleva a la boca, por un par de segundos saborea—. Necesitas mantener los ojos abiertos. Y esto necesita reposar más.



Al sur de la ciudad, Otto y su coven se esconden entre la construcción de un hospital abandonado hace unos cuatro meses debido a un cambio administrativo, eso les dijo el vigilante cuando lo hechizaron al ocupar el lugar. Se instalaron en el primer piso del parqueadero subterráneo y desde ahí han estado finalizando su plan los últimos dos días.

«¿A qué se refiere con que cayó en manos del maligno? ¿Lo dice de forma literal?» pregunta la periodista.

«¡Claro que lo digo de forma literal!», se ve al sacerdote desde el estudio del noticiero, a través de un pequeño televisor que el vigilante les prestó. En la pantalla, el padre se acomoda en su puesto y continúa respondiendo: «Es no más ver todo lo que ha pasado, las personas poseídas de la semana pasada. Todos pensaron que era algo psicológico, pero no, esa gente solo se sanó cuando un grupo de curas de mi congregación y yo aplicamos algunas técnicas de exorcismos, no hicimos un exorcismo como tal, pero el agua bendita los sacó de ese trance», finaliza con las manos temblando y claramente exaltado.

«¿Cuál es la recomendación de la iglesia en…»

—¿Qué fue lo último que dijo el cura? —pregunta Ana mientras se acerca al televisor junto a Raquel y Otto.

—¿Cuál cura? —responde Otto, su concentración está en unos pequeños frascos de vidrio en los que cuidadosamente deja caer un líquido viscoso.

—El de las noticias —explica Raquel—, dijo que el agua bendita los sacó de ese trance.

—¿Cuál trance? —dice Otto.

—¿Eso es posible? —le pregunta Raquel a Ana—. ¿Hacer un exorcismo solo con agua bendita?

—Bueno… pues el agua bendita tiene poder, el ritual como tal le da poder.

—Sí, pero ¿no se necesitaría algo más?

—Pues nosotros necesitamos mucho más ese día en Woodplupton. ¿Recuerdas, Ana?

—Claro que recuerdo. El maldito…

—¿Por qué el agua bendita los liberaría? —dice Raquel con la mirada ida en un pensamiento, lo que dijo el padre también le da mucha curiosidad.

Ana voltea a ver lentamente a Raquel, sus ojos cambian y su cara se ilumina.

—Creo que lo del agua bendita no fue un exorcismo porque no estaban realmente poseídas, estaban hechizadas.

—Pero ¿eso cómo nos ayuda? —pregunta el Deífico.

—Asmodeo no puede poseerlos, ya no está en el infierno. Todo su ejército de brujos tuvo que sacrificar parte de su vida, para regresar con su… influencia.

—Usando el mismo poder que llamó en los rituales de los puntos, ¿cierto?

—Esperen —dice Raquel—, ¿qué pasa con esta influencia demoníaca si él ya no es un demonio? Es solo un brujo más, y nosotros revertimos esos tres rituales.

—Por eso la necromancia funcionó tan bien con su ejército —dice Serena. Todo este tiempo ha estado en silencio, pero con la atención bien puesta en la conversación—. Tú misma lo dijiste.

—¡Cierto! —responde Otto con ánimo—. Si ese es el caso, su influencia no es tan fuerte.

—No hay influencia demoníaca, porque él no es un demonio y nosotros dañamos su plan. Ahora su influencia es traída con magia y esa es más fácil de lidiar —Ana se levanta, toma su maleta y saca uno de los libros árabes que se trajo de la cabaña—. Tal vez podamos revertir esa magia, pero vamos a necesitar algunas cosas un poco difíciles de encontrar.

Esa tarde y la mañana siguiente, Raquel y Otto se encargan de encontrar los ingredientes de la poción, mientras que Serena y Ana se quedan en el hospital abandonado, finalizando los detalles de su plan.

El parqueadero donde se están refugiando tiene un pequeño cuarto con un baño y un espacio con dos sillas, desde ahí han estado cocinando y empacando pociones. Este hospital fue su cuarta opción, después de buscar por horas en varias partes de la ciudad, pero este lugar es el más abandonado, perfecto para esconderse unos días. Han evitado entrenar o hacer magia muy grande, saben que eso atraería la atención de los hijos de Silas, así que se están guardando para cuando se sientan listos y seguros. El plan es alejar o en el mejor caso ‘exorcizar’ al ejército de brujos hasta llegar a Asmodeo, que no debe ser difícil, pues él también busca a Serena. Raquel y Otto le entregarán los anillos a Serena y luego se unirán a Ana dispuestos a distraer a los acompañantes del demonio mientras Serena lo vuelve polvo.

Repiten el plan una y otra vez, los hechizos que van a usar y cada movimiento. Finalmente, con todos los ingredientes juntos, Otto prepara la poción en una pequeña estufa de luz. Usa los

cuatro anillos.

—¿Se puso un poco amarilla la pócima?

—Sí —le responde Serena a Ana—. ¿Qué hacemos ahora?

—Alistarnos —dice Otto—, después de que digamos el hechizo, no creo que pase mucho tiempo para que lleguen hasta acá.

—Esperen, ¿cómo vamos a darles la poción? El líquido debe tocar su piel —dice Serena.

—Otto tuvo una muy buena idea —asegura Raquel, a pesar de la expresión en la cara de la joven.

—¿Listas? —pregunta Otto con una olla grande de metal frente a él, las brujas se ubican alrededor formando un círculo, toman aire un par de veces y comienzan:

—Luz, madre de la oscuridad, te invocamos —dicen al unísono—. Almas liberadas dennos su energía —Un viento frío los rodea y suaves ondas se empiezan a mover en el agua dentro de la olla—. El poder de la madre que vuelve a la noche en día. Liberen toda voluntad atrapada —La luz de los cuatro anillos se refleja con claridad en el agua palpitante—. Y que lo que esté perdido encuentre su parte olvidada —Otto escupe el agua, luego Raquel a su derecha, luego Ana y por último Serena. Un par de suspiros después, abren los ojos y comienzan a prepararse.

—Alisten todo —dice el Deífico—. Tenemos que llenar estas pistolas de agua.

—¡¿Qué?!



Silas camina con precaución hasta que logra entrar a un baño sin ser visto, adentro ya se encuentra su protegido, el niño con el rostro desfigurado. El niño aún no puede hablar, pero junto a Silas han creado un lenguaje de señas casi propio.

—En cualquier momento tendremos que salir —le susurra—, tú te esconderás acá hasta que nos hayamos ido.

El niño mueve la cabeza de un lado a otro.

—¡Sí! Ya lo hablamos, es muy peligroso y no estás listo para enfrentar un poder así.

El niño mueve su mano con el pulgar arriba y lo lleva hacia adelante.

—No sé cuándo —responde Silas—, estás sanando muy rápido, pero aún queda mucho.

El niño protesta.

—Calma. Cuando puedas decir hechizos, podrás venir con nosotros a lo que sea que hagamos. Por ahora, tienes que quedarte acá, y ya sabes, no llamar la atención de Asmodeo.

El niño mueve la cabeza de un lado a otro, hasta que de pronto de su boca se oye un alarido, ambos se quedan callados en el acto. Silas lo mira con atención.

—Muéstrame tu lengua —El niño obedece y el brujo inspecciona con cuidado—. Tu lengua está sanando muy bien. ¿Ves? en cualquier momento vas a poder hablar y defenderte solo.

El niño asiente con la cabeza. Silas sonríe, da media vuelta y abre la puerta del baño para salir, la cara de Rafael lo recibe de sorpresa y por un momento ambos se quedan congelados, sin embargo, en esa fracción de segundo Rafael nota al niño en el fondo de la habitación. Silas cierra con rapidez, toma a Rafael por los hombros y caminan hacia la cocina, al otro lado del piso, opuesto al cuarto de Asmodeo.

—Hacía mucho que no lo veía —dice Rafael mientras caminan.

—Lo sé.

—¿Puedo preguntar por qué?

Silas lo mira y acelera el paso, se cruzan con las miradas de confusión de algunos de sus brujos, cuando entran a la cocina, cierra la puerta y dice:

—Trato de mantenerlo alejado de… ya sabes cómo es con las personas que le resultan… diferentes.

—Sí, he visto lo que les hace. ¿Cuánto tiempo crees que lo puedas mantener oculto de él?

—Está sanando, pronto tendrá una piel más recuperada. Hemos tratado diferentes ungüentos y pócimas.

Por primera vez, Rafael nota a Silas nervioso.

—¿Por qué te tomas todas estas molestias con él?

Silas no responde en ese instante, pero sabe que le debe una explicación.

—Lo necesito —dice finalmente. Se acerca a Rafael y en susurro continúa—: Él es alguien muy importante, pero es irreconocible para As… él no sabe que esta persona existe y necesito que permanezca así.

—No entiendo por qué lo tienes oculto.

—Digamos que si todo lo que esperamos que pase se sale de control y no en el buen sentido, él puede ser nuestra única salvación.

—¿Quién…?

Un fuerte ruido en el salón interrumpe su conversación. Ambos salen corriendo, pero no son los únicos, muchos brujos se mueven de un lado para otro, recogiendo objetos de cajones, hablando entre ellos, llamando los nombres de sus compañeros.

—¿Qué pasa? —pregunta Silas.

—Las gemelas —responde un brujo que pasa cerca de ellos.

Las gemelas son un grupo de cuatro chicas encargadas por Asmodeo para rastrear cualquier actividad mágica en la ciudad, los últimos cuatro días no habían salido de su habitación, solo se la pasan girando cristales colgantes sobre mapas por órdenes del demonio. Silas y Rafael llegan hasta ellas, que tan pronto los ven comienzan a explicarles:

—Hubo un gran hechizo, todas lo sentimos —dice una.

—Nos estremeció mucho, y luego todos los cristales apuntaron acá —dice otra señalando el punto.

Silas se acerca y lo observa.

—¿Qué hacemos? —dice la tercera chica.

—Lo que Asmodeo les haya dicho —Se aleja de ellas y camina con Rafael en sus talones—. Debemos salir ya. ¿Tomaste de la poción que hizo él?

—Sí —le responde el antiguo Sínero.

—Bien. No mueras allá Rafael.

Minutos después, varios autos dejan el edificio a gran velocidad. Con poco tráfico, veinte minutos después comienzan a rodear el hospital a medio hacer. El sol está terminando de caer, tiñendo al cielo con naranjas, amarillos y purpuras de distintos tonos.

Adentro, el coven y Ana se preparan para recibirlos. Una suave neblina comienza a cubrir el hospital mientras los brujos se dividen, Serena y Raquel cargan los amuletos que les dio la gitana en África.

Los hijos de Silas comienzan a ingresar por diferentes puntos. Por el lado norte, algunos saltan una cerca y avanzan, sin embargo, el suelo que pisan se siente cada vez más caliente con cada paso, empieza a derretirles las suelas de los zapatos, unos se devuelven, y aquellos que logran cruzar, son recibidos por Raquel, armada con una de las pistolas de agua llena de la

poción especial. Sin dudarlo, la bruja dispara un chorro largo que pega en los tres hijos de Silas, el trío suelta un suspiro y cae al suelo. Raquel observa cómo se retuercen desesperados por la falta de aire, hasta que se quedan inmóviles. La bruja se asusta al ver la reacción a la poción, pero nota que más enemigos se acercan.

Un grupo de brujos entra al edificio sur del hospital, una estructura con apenas cuatro pisos, pero con vigas que alcanzarían otros dos niveles. Avanzan mientras que, en sentido contrario, Otto se acerca a ellos con mucho sigilo. Tanto el Deífico como el grupo se mueven por las escaleras de evacuación. Cuando Otto siente que están un piso abajo de él, deja caer un pequeño frasco de vidrio que se estalla justo al frente de ellos; al quebrarse todo el lugar se ilumina con mucha intensidad, el brillo es tan fuerte que nadie puede abrir los ojos sin que el destello los ciegue, la luz los tiene confundidos, se tropiezan entre ellos y discuten hasta que sienten un líquido que les pasa por la cabeza, uno a uno se escuchan sus cuerpos caer contra las escaleras.

Asmodeo entra por una puerta improvisada al frente de un gran árbol ubicado en todo el centro del lugar, sus ramas son tan extensas que ocultan los tres edificios detrás de él. Silas, Rafael y Bo avanzan al pie del demonio.

—El primero que encuentre a mamá se gana un premio —dice el demonio con una sonrisa anticipada, sintiéndose muy confiado.

Bo sonríe y corre hacia la izquierda, Rafael lo observa alejarse y avanza en otra dirección, pero con la intención de seguirlo. Silas se mueve hacia la derecha, mientras otro grupo de brujos entra detrás de Asmodeo y se esparcen.

Ana y Serena están en la terraza del edificio principal, justo al frente del gran árbol. Sentadas una en frente de la otra y con las manos agarradas, repiten un cántico.

—Ibdinabis tu catu kosmou muanigun… No puedo sentir nada —dice Serena.

—Yo tampoco y ya están aquí.

—¿Es posible que… se hayan protegido?

—Es posible —responde Ana—, no hay otra explicación —La bruja se levanta y se acerca al borde que mira al árbol—. Tenemos que cambiar de plan. No podemos dejar que suban.

—Se están reuniendo en la entrada, mira —Serena se asoma con sigilo—. ¿Y si disparamos la poción desde acá?

—Tal vez le demos a algunos, pero estamos muy arriba, alguien notará de donde viene la poción antes de darles a todos.

—Si solo pudiéramos convertir la lluvia en esta poción.

—Tal vez no podamos hacer eso, pero tengo una idea. Dame la mano. Vamos a controlar el viento.

Serena asiente y respira profundo.

—Invocamos al viento —Comienza a repetir Ana, la joven hace lo mismo hasta que ambas hablan al mismo tiempo—. Invocamos al viento, invocamos al viento.

El aire comienza a agitarse, el cabello de las brujas baila con el paso de la ventisca, mientras la fuerza del viento se concentra en la terraza del edificio. Los anillos brillan en la mano de Serena.

—Serena, ahora —le indica Ana.

La joven asiente y dice:

—Al viento le pido, Komandoa.

El viento se mueve sobre ellas a la vez que Serena mueve sus manos.

—Mantén el viento al frente, sobre ellos —le pide Ana.

La bruja obedece y con sus manos comienza a llevar la fuerza del viento frente a ellas, el anillo verde en su mano suelta un destello intermitente y Serena siente cómo el poder de los anillos no responde del todo a ella.

—Sigue concentrada —Ana toma una de las pistolas de agua llenas de poción y la dispara hacia el viento—. Esparce la poción.

Serena mueve sus manos de un lado a otro con mucha delicadeza y velocidad, el viento la sigue con obediencia.

—Siente el líquido en el viento —le dice Ana—, deja que se mueva y cuando estés lista baja hasta que sientas sus cabezas.

La joven bruja hace exactamente lo que le pide Ana y comienza a bajar el remolino de viento con la poción.

Por un par de segundos, un grupo de treinta brujos se ven envueltos en un ventarrón tan fuerte que los empujan unos contra otros, mientras las gotas tocan sus rostros o sus cabezas. Uno a uno se desploman.

—¿Están muertos? —dice Serena, sorprendida.

—Esta poción los ‘exorciza’, les quita lo que sea que Asmodeo les haya dado.

Al otro lado del terreno, el demonio nota el fuerte ventarrón, aunque no puede ver lo que pasa detrás del árbol, sabe que es la magia del coven. Se le ocurre una idea con la que puede tomar ventaja. se acerca al gran tronco, nota a algunos cuerpos de sus brujos en el suelo adelante del árbol, esto lo enfurece, pone su mano derecha en el tronco.

—Ignis —susurra.

Su mano deja una marca quemada con un rojo intenso de brasas vivas, de allí crece el fuego que comienza a trepar por el tronco y sus ramas, pronto el gigantesco árbol se enciende por completo en llamas.

Desde la azotea, Ana y Serena escuchan un fuerte ruido del edificio del lado. Comienzan a bajar por las escaleras lo más rápido que pueden. Un destello llama su atención por las ventanas laterales, viene del mismo edificio del lado.

—Es Otto —dice Serena.

Llegan al primer piso, cruzan con velocidad al edificio del sur, abren una puerta lateral y se encuentran con un gran grupo de brujos. Otto al otro lado de la habitación con algunos cuerpos a su alrededor. Sin dudarlo, Ana saca un par de frascos de vidrio de su bolsillo y los arroja con fuerza al suelo, tan pronto se quiebran, un sonido horrible llena el salón, como la interferencia de un radio con mucho volumen justo en el tímpano. Los brujos se cubren las orejas, pero ya es tarde, todos comienzan a desorientarse.

—Benditos insectos —dice Ana, cruzando entre los brujos aturdidos.

—¿Dónde está Raquel? —Otto se acerca con el rostro bañado en sudor.

—Debe estar al norte —responde Serena.

—Tenemos que encontrarla. Debemos hacer algo para apagar ese árbol, antes de que…

Una fuerte explosión se oye sobre ellos, corren de regreso por la puerta que entraron las brujas y logran ver a lo lejos a Asmodeo en frente del árbol en llamas, comandando el fuego con sus manos, a su alrededor, los cuerpos de los brujos que dejaron Ana y Serena comienzan a quemarse a gran velocidad. De repente el tercer piso del edificio central explota, fuego sale por todas las ventanas por comando del demonio.

Otto y su coven corren a la parte trasera de los edificios.

—¡Invoco el viento, invoco la lluvia y la tormenta, invoco el poder de la tempestad para que

purgue este fuego! —Llama Otto.

Una nube oscura se forma sobre el hospital, Serena y Ana se unen al hechizo de Otto, hasta que fuertes gotas comienzan a descender con violencia.

Ya no hay más brujos entrando por la cerca del norte, Raquel nota la lluvia y decide abandonar su puesto para ir en busca de sus compañeros, pero tan pronto se da la vuelta, Bo la sorprende con un golpe en la cabeza que la lanza unos metros a un lado, desorientándola un poco. Con dificultad, la bruja se levanta y da unos pasos atrás, trata de pensar en un hechizo o algo, su pistola de agua ya no tiene pócima. Bo se acerca con brusquedad, la bruja solo piensa una palabra: «Vestíbumcre». Lleva sus codos cerca al cuerpo y abre las manos, dejando ir un golpe de energía que logra tumbar a Bo, sin embargo, la misma energía la empuja también a ella en la dirección contraria, su cabeza golpea el suelo y por un par de segundos queda inconsciente. No puede ver nada, solo oscuridad, siente cómo las fuertes gotas de lluvia le golpean los párpados como granizo. Las imágenes regresan a sus ojos, unas grandes manos se acercan hacía su cara, reacciona, se arrastra para atrás, pero las manos son más fuertes, la toman por un tobillo y la arrastran hacia él. Raquel logra ver el rostro lampiño de Bo escurriendo agua mientras pelea con sus piernas para tratar de llegar a su cuello, la desesperación no la deja pensar bien, se siente aturdida y lo único que puede hacer es patalear con todas sus fuerzas. Bo le lanza un golpe en el estómago que le saca el aire y ella suelta un grito seco que el mismo brujo ahoga con sus manos apretando el cuello de Raquel. No puede respirar, sus pulmones no se mueven por golpe y Bo la está ahorcando con mucha fuerza, trata de defenderse, lanza golpes y patadas, pero nada pasa, siente que la visión también le falla y se empieza a desvanecer.

Algo empuja a Bo hacia un lado, haciendo que libere a Raquel. Una bocanada de aire entra en sus pulmones; cuando alza la mirada, ve a Bo parándose del suelo, a su lado se acerca Rafael.

—Levántate. Tienes que salir de acá.

El brujo la ayuda, pero la suelta de nuevo cuando ve a Bo correr hacia ellos, ambos lo esquivan y él se choca con un arbusto justo detrás de ellos.

Rafael arrastra a Raquel hasta el borde por donde los hijos de Silas se saltaron la cerca, pero la bruja está muy débil y no puede caminar más, así que Rafael la recuesta detrás de unos escombros y regresa, Bo lo está esperando.

El hombre lampiño le lanza un golpe que Rafael esquiva, lo intenta de nuevo, pero esta vez Bo es más rápido y lo logra agarrar por el saco que lleva puesto, forcejean pero Rafael se libera, luego se comienza a mover en círculos, bailando con Bo en un movimiento desesperante, en un anticipo irritante para el hombre alto; de tanto caminar en círculos, los enormes pies de Bo se enredan con un andén y cae sobre el asfalto.

—Tamtasú —dice Rafael en un suspiro largo—, tamtasú…

Bo entiende lo que Rafael intenta hacer y comienza a luchar por levantarse, como una tortuga atorada intenta girar sobre su espalda, pero no puede, el asfalto está trepando por su ropa y por sus músculos, abre su boca y gesticula los labios con mucha fuerza, pero ningún sonido sale de ahí, su desesperación se rasga en su rostro lampiño, haciendo que Rafael quite la mirada con lástima. Después de un minuto, Bo deja de pelear, todo su cuerpo forma una pequeña montaña de cemento donde solo se puede ver una pequeña parte de su cara petrificada mientras la lluvia lo golpea con desdén. Con la seguridad de que nadie los vio, Rafael corre de regreso a donde Raquel.

La lluvia apaga el árbol, sin embargo, el humo no se disipa, se queda con ellos como la neblina de una mañana fría. Otto, Serena y Ana avanzan con sigilo por el pequeño pasillo

formado entre los dos edificios, el sur y el central, pero una fuerza los empuja desde atrás, enviándolos varios metros por el aire y sacándolos de la esquina donde se escondían. Serena es la primera en levantarse, no ve a ninguno de sus compañeros por el humo denso, se le ocurre llamar al viento y con un movimiento de sus brazos una fuerte ráfaga despeja el humo frente a ella, algunos cuerpos incinerados se mueven con el viento, dejando una especie de pasillo entre ella y una silueta que se asoma, lentamente logra ver a Asmodeo al otro lado, ella nunca lo había visto como tal, ni siquiera se había imaginado su rostro, y sin embargo, no puede evitar sentir alivio al notar que no se parece ni un poco a su hermano, o a su papá.

El demonio ve a Serena casi de inmediato cuando el viento les abre el camino, toma impulso y corre hacia ella, pero a los tres pasos se queda congelado, sin poder moverse, apenas y puede parpadear. Bajo sus pies un círculo de ceniza se forma y en el centro una estrella de cinco puntas. El humo se disipa, revelando a Ana con las manos abiertas hacia Asmodeo. El demonio se mira y analiza el sello en el que está atrapado.

Serena siente una presencia a su derecha, saliendo de entre los edificios, se voltea y ve a Silas arrojarle un recipiente de vidrio que se quiebra a sus pies, de él se desprende un humo rojizo.

—Katastéllei tin prostasía —dice Silas.

El humo rojizo sube hasta el pecho de Serena y algo comienza a sentirse muy caliente, se toca y nota que el calor viene del amuleto gitano que lleva puesto, desesperada se lo quita y frente a sus ojos lo ve consumirse en pequeñas brasas hasta que lo deja caer hecho polvo. Levanta la cara y ve a Silas con la cabeza mirando al cielo, un destello entre las nubes llama su atención y un chorro de luz blanca baja directo hacia ella, todo pasa tan rápido que la bruja solo puede apretar los ojos y esperar por el impacto, pero en vez de eso, un suave resplandor viene de sus pies, abre los ojos y ve cómo el rayo se deshace en frente de ella.

—¡No! —grita Silas.

Aún aturdida por la luz del rayo, la bruja nota a Silas dando media vuelta hacia el árbol quemado y murmurando unas palabras, en frente de él está Otto con sus manos abiertas hacia Serena.

Algo toma el pie del Deífico, una de las raíces del árbol se enreda en su tobillo y lo arrastra, haciéndolo caer de frente. El sello bajo Serena desaparece, Silas lo nota, voltea a ver a la joven bruja y luego al cielo de nuevo, las luces se vuelven a concentrar, pero esta vez la bruja se prepara y cuando el rayo de luz se dispara, la joven abre sus brazos a los lados dejando salir una gran energía que recibe el impacto, el anillo naranja en su mano desprende un destello. La fuerza es tan grande que por un momento la noche se ilumina y tanto Serena como Silas salen disparados en direcciones opuestas.

La lluvia se detiene, Ana comienza a invocar al fuego, mientras Asmodeo lucha para recuperar su movilidad. Las cenizas que forman el pentáculo en el suelo comienzan a encenderse con un suave rojo y el demonio empieza a sentir el calor que emanan. Acelera sus cánticos para romper el sello de la bruja, pero la magia de Ana es más rápida y el calor sigue subiendo.

—Tú no puedes matarme —dice el demonio.

—Tal vez, pero no va a ser por falta de intentos —le responde Ana poniéndose más firme en su posición.

El calor en los pies de Asmodeo sigue creciendo y suavemente unas pequeñas llamas comienzan a nacer.

—Deberías rendirte ya —dice Ana—, tu ejército ya no está y claramente vas a perder, así que… ¿Por qué no te ahorras una dolorosa tortura y te rindes? Te prometo que te mataremos tan

rápido que ni lo sentirás.

—¿Por qué no te ahorras el esfuerzo? —responde el demonio estático—. No me puedes tener mucho tiempo acá y lo sabes, así que no me interesa si tú te rindes o no, como sea, te voy a matar, y te voy a matar tan lento que te prometo que sí lo sentirás.

Ana sonríe. Las pequeñas llamas cubren el círculo completo y sus zapatos comienzan a ceder con el fuego, sus contrahechizos tampoco están funcionando, el calor se pone intenso.

Asmodeo logra ver a Silas moviéndose con dificultad en el suelo, mientras que Otto está ayudando a Serena a levantarse. Decide cambiar de estrategia, cierra los ojos y exhala con fuerza varias veces hasta que el viento empieza a formar un remolino a su alrededor.

—Tasaraf binadj —dice el demonio. El pequeño remolino se vuelve más fuerte e intenso, haciendo bailar las llamas que están tocando sus zapatos.

El demonio repite el hechizo y el viento dentro del círculo también repite su acción.

Ana se concentra con más fuerza para no dejar morir las llamas, pero empiezan a ser arrastradas con dificultad por el remolino, la bruja puede sentir la energía del demonio compitiendo con la suya, al igual que Asmodeo puede sentir la de Ana peleando. Ambas crecen, tanto el fuego como el viento forman un remolino de llamas que giran con velocidad, una pequeña versión del tornado de Taoudeni, pero esta vez con Asmodeo adentro.

Ana concentra todo su poder en el sello y en el fuego, sabe que no podrá matarlo como tal, pero por lo menos lo dejará bastante herido, lo suficiente para que Serena acabe con él rápido. El fuego se pone más intenso y el viento cada vez más rápido, sin embargo, el mismo fuego se está llevando la atención de Ana, el sello comienza a debilitarse y el demonio a recuperar su movilidad. Con dificultad, Asmodeo extiende sus brazos a los lados y los lleva con suavidad hacia arriba, tanto el fuego como el viento ascienden y se fusionan sobre su cabeza. La bruja mantiene su concentración, pero siente cómo pierde el control de sus hechizos; Asmodeo la mira fijo buscando la debilidad en su cara. Ana aprieta sus labios haciendo que las siete cicatrices se arruguen y se junten, pero frente a ella una bola de fuego y viento se acerca a gran velocidad, la bruja suelta su posición y cruza los brazos frente a su rostro, el impacto es tan fuerte que la empuja contra la fachada del edificio central, justo detrás de ella.

—¡Silas! —grita Asmodeo.

El brujo escucha el grito del demonio y trata de levantarse, pero esta vez, las raíces del árbol lo atrapan a él y lo arrastran hasta la base aún caliente. Otto y Serena se preparan para atacar a Asmodeo, pero el demonio se adelanta y un fuerte ventarrón los empuja contra el edificio central, mientras él se acerca a Silas.

Ana, Otto y Serena se levantan con dificultad, los tres se sienten heridos, en especial Serena que no puede elevar su brazo derecho sin sentir un profundo pinchazo en un costado. El brazo izquierdo de Ana se ve rojo, quemado ligeramente y Otto siente un dolor en la espalda por el impacto que acaban de tener.

—Debo admitir que los subestimé —les dice Asmodeo desde el pie del árbol quemado, justo en frente de los tres brujos—. Subestimé toda esta situación para ser honesto, creí que iba a ser fácil, como soplar las semillas de un diente de león o sofocar a un bebé. Pero ustedes han sido una piedra en mi zapato. Hasta hoy.

Los tres brujos reaccionan al tiempo, Ana se mueve hacia adelante tratando de conjurar el sello de nuevo, Otto piensa en usar el árbol para neutralizarlo, mientras que Serena lo único que puede pensar es en las palabras que Ana le había dicho días atrás, convertir el dolor en poder, respira profundo y trata de visualizar la energía oscura. Sin embargo, casi de forma inmediata, el

demonio encarnado abre sus manos y brazos a los lados, un fuerte ventarrón empuja de nuevo a los brujos, los tres luchan por mantenerse en su posición. Ceniza, piedras, hojas quemadas, ramas y cualquier escombro de la pelea, viajan con el viento golpeando al coven con cada vez más fuerza.

—¡Esperé siglos por esto! —grita el demonio—. ¡Yo soy el poder encarnado, la libertad convertida en voluntad! ¡Yo soy el dios que los hará libres! Y ustedes nunca pudieron entenderlo —El viento que empuja a cada uno de los brujos se pone más intenso, haciéndolos retroceder un par de pasos, no pueden mover sus manos o su cabeza, solo logran mantenerse de pie—. Y nunca van a poder entender, ustedes son simples humanos, mortales que cuando encuentran la verdadera libertad se asustan. Yo soy el único que puede unir los dos, el instinto humano por ser controlados y la urgencia de libertad, ese es el regalo que le traigo a la humanidad —sus manos se tensionan ordenándole al viento que tome más fuerza, las brujas retroceden hasta quedar pegadas a la fachada del edificio, mientras que Otto queda contra la puerta, los tres reciben el viento tan fuerte y rápido que a Ana comienza a faltarle el aire—. Yo sé, yo sé que es contradictorio y eso lo hace más divertido, ustedes quieren ser libres, pero necesitan ser controlados, así que yo los controlaré a todos para que sean libres.

—¡Estás lleno de mierda! —grita Otto con todas sus fuerzas—. ¡Nunca serás un dios!

Asmodeo relaja un poco sus manos y la corriente de viento que choca a Otto se detiene. El Deífico cae al piso ahogado, tratando de respirar.

—Te equivocas —le dice Asmodeo—. Yo ya soy un dios.

—Tú eres un pedazo de mierda, lo fuiste en tu tiempo y lo eres ahora. Eres un perdedor que no pudo soportar la rudeza del mundo, eres un fracaso, fracasaste hace cientos de años y vas a fracasar otra vez.

—¿Fracasar? ¿Cómo? La única persona que puede matarme va a morir esta noche, en unos minutos.

Las corrientes de viento que empujan a Serena y a Ana, ambas a cada lado de Otto, se intensifican, ninguna se puede separar de la pared y la velocidad del viento las está ahogando. De repente Otto se eleva del suelo, Serena quien logra ver un a su Deífico desde su posición con la cabeza contra el muro, piensa que Otto levita por sí mismo, pero rápidamente nota que es Asmodeo quien lo mantiene allí.

—Tú dices que no soy un dios —Los brazos y las piernas de Otto se estiran con fuerza en medio del aire—. Pero yo solo te veo como una pequeña hormiga que puedo aplastar con un dedo.

Serena no se puede mover, respirar o pensar, apenas logra mantener los ojos medio abiertos, lo suficiente para ver cómo el cuerpo de Otto se estira desde cada extremidad, la bruja intenta gritar, pero se ahoga más.

Asmodeo tiene sus pequeños ojos cafés puestos en Otto, frente a él. El Deífico comienza a gritar de forma desesperada.

—Ahora estás gritando —le dice el demonio—. Grita más duro. ¡Grita para mí!

Los lamentos de Otto se hacen más fuertes mientras Asmodeo tira de su cuerpo. La visión de Serena comienza a oscurecerse y la frustración de no hacer nada crece. Ana está a punto de perder la conciencia, la falta de aire la tiene muy mareada y débil.

—¡Grita por mí! —dice el demonio—. ¡Grita por tu dios!

Los alaridos de Otto retumban en todo el hospital abandonado, hasta que se oye un crujido seguido de un súbito silencio. Serena logra ver el cuerpo de Otto caer sin vida sobre el pavimento

y de manera instantánea pierde la conciencia.

El viento que empuja a las brujas para y ambas caen desmayadas. Asmodeo observa con desprecio los tres cuerpos tendidos frente a él, baja una mano al suelo, pega la palma contra el cemento y la ceniza, y dice:

—Iartaeishu.

La tierra comienza a moverse con brusquedad. La mente del demonio recorre las últimas palabras que Otto le dijo, calentándole la sangre: «Fracasaste hace cientos de años, vas a fracasar otra vez».

—Esto es lo que un dios puede hacer.

Todo el lugar comienza a sacudirse con fuerza, las ventanas del edificio central se rompen y algunos pedazos de muro comienzan a caer por fuera, mientras que adentro la estructura colapsa.

Silas se acerca con dificultad, mientras el suelo que pisa se mueve de un lado a otro.

—Señor, tenemos que irnos, todo esto tuvo que llamar la atención de alguien. Creo que escucho sirenas viniendo.

—¿Dónde están los demás?

—No sé, creo que solo quedamos nosotros, los demás están… solo contamos con los que se quedaron en la mansión, toda la gente que había en el edificio…

Los sonidos de las sirenas se escuchan más cerca. Asmodeo levanta su mano estirada y luego cierra el puño con fuerza. La fachada del edificio central se rompe y cae en pedazos, el muro que está detrás de Otto, Ana y Serena se desprende cayendo sobre sus cuerpos inconscientes. El demonio y Silas retroceden mientras todo el edificio se viene abajo.

Con el hospital abandonado cayendo en pedazos y los carros reuniéndose afuera, Asmodeo le susurra al lugar donde estuvo Otto:

—Este es tu dios.

Capítulo 35

Cuántos quedan? —pregunta Asmodeo.

El verde albahaca de las paredes oscurece el cuarto que alguna vez fue una biblioteca durante el coven de Delfina. Los libros fueron retirados y ahora los muros permanecen vacíos a petición del demonio, el balcón permanece cerrado.

—Unos cuarenta con los que llegaron esta mañana, los que alcanzaron a escapar. Algunos sobrevivieron, pero es como si no… como si no hubiesen sido iniciados nunca.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no tienen su… influencia, o el poder con el que los ungimos.

Asmodeo no responde con palabras, solo suspira con rabia y cierra los ojos. Silas está sentado en una poltrona café, sus brazos no descansan en la silla, sino que los mantiene a sus costados, su rostro se ve pálido y sus ojeras muestran mucho cansancio acumulado.

—Señor… No entiendo cómo lo hicieron, creí que la magia del útero los protegía.

—¿Tú haces comentarios estúpidos con el propósito de molestarme?

—No, señor, lo que…

—La magia del útero los protegió de la necromancia, no de esto.

—Pero… ¿Cómo? —Insiste Silas.

Asmodeo lo mira con tedio, luego exhala despacio.

—Si quieres saber el hechizo específico que usaron para matarlos, pues no tengo idea. No sé qué magia usaron, ni cómo supieron que lo podían hacer.

—Pienso que esto puede…

—¡No importa! —Interrumpe de nuevo el demonio, su paciencia está llegando al límite—. Ya no importa, están muertos y lo que sea que hayan hecho quedó aplastado con sus cabezas.

—Aún hay una viva.

—Las gemelas la están buscando. No tardará en aparecer. Una bruja sola en el mundo depende mucho de su magia.

—Ella conoce el hechizo específico que usaron para matar a sus hijos, a su ejército.

Esa altanería le molesta bastante al demonio, sin embargo, no dice nada, se sienta en la poltrona frente a Silas y lo mira de arriba a abajo:

—Puede conocerlo tal vez, pero no tiene el poder.

Silas traga saliva, respira más lento, humedece sus labios, se acomoda en su puesto y dice:

—Ella es una Deífica ahora.

—¿Estás haciéndote el idiota hoy? Dije que ella no tiene el poder. En este momento, el poder que trajeron de dónde sea que hayan ido, está viniendo para acá, ella no…

La charla se interrumpe por tres golpes en la puerta.

—Siga —dice Asmodeo.

Dos brujos entran a la habitación con temor en sus pasos.

—Justamente estaba hablando de ustedes —dice Asmodeo con una sonrisa forzada—. ¿Y bueno, por qué tardaron tanto?

—Señor… —dice el primer brujo, un joven de cabeza rapada y baja estatura, su voz no es tímida, pero se escucha con un poco de temor—. No encontramos nada.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que no encontraron nada?

—No había nada, no había cuerpos —dice la otra bruja, una chica de cabello corto, más alta que su compañero—, cuando llegamos, las bolsas en las que iban ellos estaban vacías.

—¿De qué hablan? —pregunta Silas.

—Los cuerpos de los brujos. Hicimos todo lo que usted nos ordenó señor, buscamos en todas las bolsas, revisamos cada uno de los cuerpos, pero ninguno de los tres brujos estaba ahí, buscamos en toda la morgue y nada —responde el joven.

—Nadie vio nada, hechizamos a varias personas pero… —Se miran entre ambos—. Creemos que alguien ya los había hechizado antes.

Asmodeo se queda en silencio. Los jóvenes y Silas tratan de hacer el menor ruido posible, mientras comparten miradas nerviosas.

—Necesito a las gemelas —dice el demonio con una mirada seca. Los dos brujos corren obedientes en busca de las hermanas—. Tus palabras se están cumpliendo. Esa bruja que Rafael dejó escapar se nos adelantó, ahora sí tiene el poder y los cuerpos. En realidad, solo quería el cuerpo de mamá.

—Cuando ataqué a Serena con un rayo, ella lo detuvo. No había visto a nadie hacer eso —asegura Silas—. Cuando movió sus manos, vi unos destellos en sus dedos.

—¡Jum! Creí que no lo habías notado. No fuiste de mucha ayuda allá —Asmodeo se acerca a las puertas del balcón y con la mano mueve una de las cortinas que las cubre, un poco de luz entra a la habitación—. Sus dedos brillaban gracias a unos anillos, los vi. Esos fueron los objetos que eligieron para darles poder.

—No los usaron entonces.

—No, yo no les di tiempo, mi magia fue más rápida y claramente más fuerte.

—Qué bueno —dice Silas. Él sabe muy bien que Serena no pudo usar sus anillos gracias a los ataques que él hizo, pero también sabe que Asmodeo jamás lo reconocería, así que prefiere quedarse callado.

—Si la bruja tiene los anillos, es más probable que los use pronto —dice Asmodeo—. Si tú estuvieras en su posición, siendo el único sobreviviente de tu coven, ¿Qué harías?

—Yo buscaría venganza —Silas sabe que esa es la respuesta que Asmodeo esperaba.

—Exacto. Eso la va a llevar a usar los anillos y cuando lo haga, las gemelas sentirán su presencia. Y tal vez podamos recuperar el cuerpo de mi madre.

—¿Para qué quiere el cuerpo de Serena, señor?

—Me gustaría enterrarlo, darle una despedida digna. No sé, tal vez soy muy sentimental.

De nuevo tocan la puerta, los dos pares de gemelas entran y permanecen de pie junto a la pared.

—Niñas, vamos a tener que iniciar otra búsqueda… —El demonio voltea a ver a Silas y le dice—: Todo tiene que estar perfecto para esta noche.

—Sí, señor —responde Silas poniéndose de pie. Sin decir más sale de la antigua biblioteca y cierra la puerta tras él.

El brujo camina por el pasillo y baja las escaleras hasta llegar al sótano, saca un juego de llaves del bolsillo, busca por unos segundos e introduce la indicada en el cerrojo. Al abrir, la luz ilumina los muros del lugar y los libros que ya no están en la biblioteca se ven puestos en varios estantes reposando en la pared de ladrillo. Silas enciende la luz y se acerca al centro de la habitación donde está Rafael, atado a una silla, con una mordaza y un collar de plata que parece quemarle la piel. Silas se acerca y le quita el nudo que le cubre la boca.

—Gracias —dice débilmente Rafael.

Después de cerrar la puerta, Silas se ubica al frente de Rafael, a su lado hay una mesa con una jarra de agua y un vaso.

—La primera vez que usé esta cadena fue hace unos diez años —dice Rafael mientras ve a Silas servir agua en un vaso—, tenía diecinueve años y la magia me tenía deslumbrado, quería obtener poder rápido.

Silas le acerca el vaso de agua y el exsínero se lo bebe con mucha satisfacción.

—¿Eso fue cuando traicionaste a tu primer coven?

—Sí. Es una costumbre ponerle está cadena a un brujo acusado. Muchos de los Síneros que conocí tenían cicatrices en el cuello, yo no tuve, pero Vasil sí, tenía varias marcas… y estaba obsesionado con cómo esta cadena puede anular tu magia por un tiempo. Gastó tanto tiempo y dinero buscando piedras fósiles, decía que algún día íbamos a necesitar algo así, pero duradero. Logramos tener tres, hasta que… Paolo las rompió. ¿Recuerdas a Paolo? El brujo que mataste en el bosque.

—Lo recuerdo. Casi me mata él a mí.

Rafael sonríe.

—Nunca pensé que iba a tener que usar esta cadena otra vez.

Silas le ofrece más agua y él la bebe con tranquilidad.

—¿Por qué la salvaste? —Silas carga una expresión más compasiva que de decepción—. ¿Por qué hiciste eso?

Rafael observa los ojos cafés claros que a veces se ven miel, de Silas, y sus propios ojos se llenan de lágrimas.

—Por la misma razón por la que tú mantienes vivo a ese niño desfigurado, por la misma razón por la que lo tienes oculto de Asmodeo.

Silas no responde nada, solo agacha la mirada.

—Compartimos esta responsabilidad —continúa Rafael—. Si ninguno de los dos hubiese hecho lo que hicimos, él no estaría acá. Me arrepiento de eso, me arrepiento de no haber escuchado a mi amigo Carlos cuando me advirtió lo que Vasil iba a hacer, me arrepiento de dejarlo morir y verlo quemar, y me arrepiento de haberme unido a ustedes —Toma aire y suspira —. Espero que lo que hice esta vez haya servido de algo.

—Serena está muerta —le responde Silas—, pero creemos que la bruja que ayudaste se llevó el poder que trajeron en sus viajes.

—Eso es algo —dice con un poco de satisfacción en su voz—. Ahora qué, ¿Qué sigue?

—Vamos a tener un juicio —Silas se pone de pie y camina hacia los libros—. Las personas que te vieron salvar a la bruja y hechizar a Bo, deben jurar su testimonio —Toma uno de los libros y lo abre en las últimas páginas—. Luego, Asmodeo dará el veredicto —Arranca una hoja en blanco y regresa a su silla.

—Muerte.

—Supongo, sí —Silas se apoya en la mesa que tiene al lado, de su cintura desenfunda un puñal y con delicadeza se corta un poco el dedo índice. Con la sangre dibuja una línea vertical recta, al lado izquierdo de la punta de abajo dibuja una «V» invertida, y arriba a la derecha una «V», luego lo encierra en un círculo.

—Él va a acabar con todos, tú sabes cuál es su idea del mundo —Observa mientras Silas le da los toques finales a la hoja de papel—. Siempre creíste que tú serías el que iba a gobernar mientras él solo disfrutaría de su libertad, pero simplemente fuiste otra pieza en su diseño. Me pregunto si alguna vez fuiste un Deífico de verdad y si este fue un coven real, o solo fuimos

esclavos de ese demonio.

Silas dobla el pedazo de papel, se levanta y lo pone en las manos atadas de Rafael.

—¿Qué es?

—Un sello brusgia, confío en que sabes cuándo abrir la mano.

—Gracias.

Silas camina hacia la puerta, pero antes de salir voltea a ver a Rafael de espaldas:

—Lo siento mucho, de verdad.

—Yo también.

Los preparativos del juicio están saliendo en orden, tal cual como lo quiere Asmodeo. Silas no puede sacar de su cabeza lo que Rafael le dijo: «Me pregunto si alguna vez fuiste un Deífico de verdad y si este fue un coven real, o solo fuimos esclavos de ese demonio», ese mismo pensamiento lo ha venido persiguiendo desde hace días y escucharlo de la voz de otra persona lo hace más real.

La noche llega pronto, varias antorchas marcan un círculo en el patio trasero de la mansión. En el centro se encuentra Rafael, atado a la misma silla del sótano, detrás de él están los brujos que sobrevivieron y los que no fueron al encuentro con Serena; al frente está Asmodeo junto a un gran tronco de madera que lo sobrepasa por más de un metro. Hay silencio en el aire y poca luz en el cielo, Rafael trata de permanecer tranquilo, en su cabeza se repite una y otra vez lo que sabe que va a pasar, mientras los miedos van y vienen.

—Nos hemos reunido en esta noche sin luna —empieza Asmodeo—, para conocer la verdad y la justicia. Nuestro compañero Rafael, está acusado de traicionar a su coven… y de traicionarme a mí y el regalo que le di —Asmodeo camina hasta donde Rafael y se para a su lado, su mano descansa sobre el hombro del acusado—. Algunos fieles brujos aseguran haber visto cómo nuestro compañero ayudaba a la misma bruja que eliminó a muchos de nosotros. Otro dice haberlo visto asesinando a Bo, uno de los nuestros, tal vez el más leal de todos y, aun así, murió enterrado en el asfalto por un hechizo Tamtasú.

Silas lo observa desde su posición al frente del grupo de brujos, duda de todo lo que dice el demonio, habla como si realmente sintiera pena por Bo y hasta por Rafael, pero la realidad es otra y él puede verlo claro.

—¿Quién de ustedes dice ser testigo de los crímenes de Rafael?

Una mano se ve levantada, los demás le hacen espacio para que ella pase al frente junto a Asmodeo. El demonio saca un athame y lo apunta a la base del cuello de la bruja.

—Di tu nombre.

—Valentina.

—¿Viste con tus ojos lo que hizo Rafael?

—Sí, lo vi con mis propios ojos.

—Dinos.

La bruja traga saliva y respira profundo, la punta del puñal le presiona la piel y eso la pone nerviosa.

—Lo vi arrastrando un cuerpo, me dio curiosidad y fui a ayudarlo, estaba mirando a todas partes, nervioso. Cuando me acerqué vi que cargaba a una mujer que no era del coven, entonces regresé confundida y ahí fue cuando vi a Bo, enterrado boca arriba en el pavimento.

—¿Cómo era la mujer? —La mano de Asmodeo es firme.

—Muy pálida, con cabello negro.

—¿Fue todo lo que viste?

—Sí, señor, me dio miedo seguir ahí y que tal vez él regresara y me atacara a mí.

—Gracias, Valentina —Le retira el puñal del cuello.

Otra chica sale al frente:

—¡Yo! Yo también fui testigo, vi lo que ese monstruo le hizo a Bo.

Asmodeo le hace un gesto para que se acerque. Le ubica el puñal en la misma posición que a Valentina.

—¿Sabes qué pasaría si mientes?

—Sí, señor —responde la chica mirando de reojo el cuchillo que le toca el cuello.

—Di tu nombre.

—María Camila.

—¿Vas a contarnos la verdad y solo la verdad?

—Sí, señor.

—¿Viste con tus propios ojos lo que hizo Rafael?

—Sí, señor, yo vi lo que hizo.

—Cuéntanos.

—Yo estaba más alejada de los demás cuando una ráfaga de viento bajó y empezó a mojar a todos —La voz de la bruja es segura—. Cuando los vi caer al suelo, retrocedí a buscar la entrada por donde llegamos y ahí me los encontré, Bo se estaba levantando del suelo cuando Rafael apareció. Bo le lanzó un golpe, pero estaba mareado por la caída, supongo. Luego Rafael hizo que Bo lo persiguiera hasta que se cayó de nuevo, y en el piso aprovechó la oportunidad y lo hechizó. Yo no podía creer lo que estaba viendo, me quedé paralizada, no pude hacer nada. Porque sí pensé en ayudar a Bo, o en parar la pelea, pero no podía creer que…

—Ok, ok —interrumpe Asmodeo—. ¿Qué pasó? continúa.

—Sí, señor. Entonces, Rafael lo hechizó y el suelo se lo empezó a tragar hasta que casi no quedó nada de él. Luego el hijueputa se acercó a ver que sí estuviera muerto y se fue corriendo entre unos arbustos. Yo traté de…

—Gracias, María Camila —interrumpe otra vez Asmodeo—. Ya puedes regresar —Extiende su mano apuntando a Silas, el brujo se acerca y le recibe el athame, luego voltea a ver a Rafael quien le devuelve la mirada con una satisfacción que al demonio no le gusta.

—Varias personas han jurado que eres culpable. ¿Qué tienes que decir por tu defensa?

—¿Por mi defensa? —dice Rafael, fuerte y claro—. Nada, no tengo nada que decir sobre mi defensa.

—¿O sea, que aceptas ser culpable de lo que se te acusa?

—Por supuesto que sí —La mirada de Rafael se intensifica, le habla directo a Asmodeo—. Acepto que maté a Bo y acepto que traicioné este intento de coven.

—Y me traicionaste a mí.

—A usted, el chiste más grande.

Asmodeo lo abofetea tan fuerte que junto con la silla caen a un lado. Señala a dos brujos que llegan corriendo a levantar a Rafael y a desatarlo de la silla, los demás comienzan a esparcirse por el borde del círculo mientras el acusado es amarrado al gran tronco del centro.

Toda la espalda de Rafael está recostada a la madera, sus manos atadas atrás, y su puño firme guardando el pedazo de papel que Silas le dio. Él sabe lo que viene y solo quiere que pase lo más rápido posible.

—Realmente eres una decepción —le dice Asmodeo de cerca mientras los dos brujos ponen ramas y troncos de madera a los pies de Rafael—. Yo creía que eras el más inteligente de todos

ellos, pero veo que tus decisiones son muy estúpidas.

—¿Debería sentirme mal por eso?

—Deberías sentir gratitud.

—¿Le hace sentir mal que no sienta ninguna gratitud con usted? Eso solo muestra su inmadurez.

Asmodeo no responde nada, no quiere ser insultado delante de esos dos brujos. Se aleja lo suficiente de Rafael y cuando todos están ubicados comienza a hablar de nuevo.

—¡Esta noche liberamos este coven de un mal, purgamos nuestras filas de la traición y los deseos que van en contra de nuestra búsqueda de libertad! —Rafael se ríe con fuerza, pero Asmodeo lo ignora—. ¡¿Quieres decir tus últimas palabras?!

Rafael asiente y mirando fijo a Asmodeo, dice:

—De todo corazón, lamento poner de mi parte en ayudar a traerlo a usted a este mundo.

Asmodeo solo le responde con una mirada de odio y una sonrisa impuesta.

—Me cansé —dice el demonio. Se aleja tres pasos y baja la mirada a la base de ramas y madera—. Ignis.

Unas pequeñas llamas se generan entre la madera y las ramas. Todos guardan silencio mientras esperan que las llamas crezcan. Asmodeo no se apresura con el fuego, quiere escuchar los gritos de agonía de Rafael, quiere que todos los oigan y entiendan lo que les puede pasar si lo traicionan.

Rafael observa cómo el fuego se esparce a su alrededor, sus pies se empiezan a sentir calientes. Sabe que no hay vuelta atrás, que nadie va a aparecer a salvarlo. Inevitablemente su último pensamiento va a Carlos, su amigo, su hermano, él lo dejó morir sabiendo que tenía razón; de cierto modo se le hace poético morir igual, el karma es irónico. Voltea a ver sobre su hombro izquierdo y nota que el fuego ha crecido lo suficiente, cierra los ojos y con tranquilidad abre la mano, el pedazo de papel que le dio Silas cae con suavidad hacia el fuego mientras que Rafael dice:

—Pilastru di focu.

La runa en el papel toca el fuego justo cuando Rafael dice el hechizo y de inmediato se intensifica con gran potencia, hasta que una columna de fuego se dispara hacia arriba frente a la mirada atónita de los hijos de Silas y Asmodeo. Unos segundos después el fuego se disipa y deja una pequeña montaña de ceniza, no hay tronco, no hay ramas, no hay Rafael.

Por un momento un silencio profundo se siente en el ambiente mientras la oscuridad se apodera del patio de la mansión, nadie reacciona a lo que acaba de pasar, solo se miran entre ellos confundidos.

—¡Maldito hijo de puta! —grita Asmodeo—. Si que era inteligente el pedazo de mierda —Se acerca a los restos de ceniza y los mueve con el pie—. ¡Recojan todo esto!

Los brujos comienzan a moverse en todas direcciones, unos entrando a la casa junto con Asmodeo, mientras otros limpian el desastre que dejó el ritual. Silas observa el movimiento hasta que nota un punto azul observándolos desde una esquina de la casa, el niño quiere salir, se está exponiendo mucho, se dice a sí mismo cuando un pensamiento llega a él. ¿Será el momento de usarlo contra Asmodeo?

Capítulo 36

Hace dos días

Un extraño movimiento empezó a sacudirla con agresividad. Sus ojos se abrieron mirando al cielo, algunas ramas, luces y mucho polvo, bailaban sobre su cara. Con dificultad se levantó sostenida de la reja rota que rodea el hospital. Un fuerte estruendo la hizo voltear la mirada, detrás del arbusto que tenía al frente y entre los espacios que dejaban las ramas quemadas del gran árbol en medio del lugar, logró ver cómo el edificio central se venía abajo en pedazos. Esperó por unos minutos congelada en su puesto, no sabía qué hacer, no podía sentir a Otto y a donde mirara había polvo y escombros cayendo por todos lados. Cuando finalmente el suelo se calmó y la estructura del hospital dejó de caerse, Raquel vio a Silas y a Asmodeo cruzar frente a ella huyendo del lugar con gran prisa; era verdad entonces, Otto estaba muerto y posiblemente Serena también. Habían perdido, se habían apresurado a combatir algo para lo que no estaban preparados. Los sonidos de sirenas y la gente aglomerándose la hicieron salir del lugar del desastre, sin embargo, se quedó cerca para ver lo que pasaba, si algo era seguro es que Ana no puede morir, así que era cuestión de tiempo para que encontraran los cuerpos, y si lo que pensaba era cierto, el cuerpo de Serena aún podía tener los anillos. Debía estar segura.

Varias horas pasaron en las que Raquel se aseguró de que ningún hijo de Silas estuviera haciendo lo mismo que ella, logró hechizar a unas cuantas personas quienes le dieron comida y ropa. Los cuerpos de los hijos de Silas empezaron a ser encontrados por todas partes, eso alarmó a las autoridades y pronto muchos policías estaban en el lugar, junto a un montón de curiosos, lo que hacía más difícil para Raquel identificar a sus compañeros. Uno de los socorristas anunció que veía un brazo entre unos escombros de la fachada del edificio central, así que empezaron una labor de rescate trasladando los pedazos de cemento entre varios hombres para abrirse espacio. Raquel observó con paciencia por tres horas más hasta que los sacaron. Al ver los cuerpos de los suyos, transportados en unas bolsas de plástico, la bruja quedó devastada, el aire le comenzó a faltar y una presión le empezó a empujar el pecho, todo a su alrededor se sentía aturdido, como en cámara lenta y a la vez rápida, sentía que el pánico la rodeaba y ella no sabía cómo salir de eso. Cuando pudo recuperarse, los cuerpos de sus tres compañeros ya estaban siendo metidos a un camión metálico; Raquel corrió hasta alcanzar al conductor, averiguó sobre el destino de los cuerpos y decidió perseguir el carro en un taxi.

Eran las 4:00 a. m. cuando Raquel llegó a la morgue, el taxi la dejó a unos metros de la puerta y ella se ocultó detrás de unos autos parqueados mientras otras dos camionetas idénticas salían del lugar, luego de ver que descargaron los cuerpos por la parte de atrás decidió ir a la entrada principal. Al otro lado de la puerta de vidrio estaba el vigilante sentado tras un pequeño escritorio, Raquel empezó a llamar su atención hasta que el hombre medio dormido notó su presencia.

—¿Qué necesita? —dijo el vigilante desde el otro lado de la puerta.

Raquel le respondió, pero en un tono muy bajo casi inaudible. El hombre hizo un gesto que le indicó que no le escuchó, pero Raquel continuó moviendo sus labios sin producir sonido hasta que el vigilante abrió un poco la puerta y sacó la cabeza, los ojos de Raquel encontraron los de él y su voluntad se doblegó, la dejó entrar y le informó dónde podía encontrar lo que buscaba. Ella corrió por los pasillos y las escaleras hasta que llegó al sector que necesitaba, un ruido la alertó y

se ocultó tras un muro; tres personas salían de una habitación a la mitad del pasillo, cada uno empujaba una especie de carrito maletero vacío hasta el final del corredor, donde uno a uno tomó el ascensor al primer piso. En su mente solo estaba recuperar los anillos y los cuerpos, no se permitía el lujo de quebrarse en este momento. Cuando ya no había nadie en ese lugar, Raquel caminó con sigilo pero con velocidad a la habitación de donde salieron las tres personas, y entró de un solo impulso; era una oficina común, con un computador sobre un escritorio y un par de sillas, al frente, otra puerta igual a la que tenía a su espalda, pero estaba cerrada con llave. La bruja se agachó, puso sus manos sobre el cerrojo y dijo:

—Apelefthérosi.

Un sonido como un clic le avisó que la puerta quedaba sin seguro, se levantó, respiró profundo, tomó y giró la perilla, pero cuando abrió, se encontró con el rostro pálido y ensangrentado de Serena, su brazo izquierdo colgaba de su hombro en un ángulo muy deformado y su mirada estaba completamente perdida apuntando con extrañeza a Raquel.

Una hora antes

Una inmensa oscuridad apareció y con ella un silencio extraño, un silencio que nunca había sentido antes, un silencio real y absoluto. ¿Qué es esto?, se dijo a sí misma, pero no supo cómo responderse. Trató de moverse, pero no tenía cuerpo o tal vez no lo veía por la oscuridad tan intensa, aunque no sentía sus pies o sus manos, de hecho, no sentía nada, solo una inquietante tranquilidad. ¿Dónde estoy?, se preguntó de nuevo, ¿Estoy muerta? ¿Es esto lo que hay después de la muerte? ¿Nada? Esa idea la puso nerviosa, todo era muy confuso, si realmente estaba muerta, ¿Por qué sentía que no podía moverse?, debería no sentir nada. Es difícil saber cuánto tiempo pasó en ese estado, la percepción de los minutos era imposible de deducir, pensó en cerrar sus ojos y concentrarse en sentir algo, pero no tenía párpados así que solo se concentró en recordar lo último que había visto, nada pasaba por su mente. Tal vez mis recuerdos se quedaron con mi cuerpo, ¿Estoy muerta? Después de muchos intentos logró sentir algo, una fuerza que la jalaba de su cuerpo inexistente en medio de la nada que era ese lugar. Y de repente de nuevo oscuridad, pero ya no era la oscuridad absoluta, es la oscuridad rojiza que hay bajo los párpados, sintió cómo abrió los ojos, pero también la recibió la oscuridad. ¿Qué me está pasando? Notó que esta vez podía respirar, pudo sentir el aire caliente y denso en su nariz, y el esfuerzo de su cuerpo por oxígeno, pero no podía sentir el resto, ni sus manos o sus pies. Esta vez cerró sus ojos y recordó, lo último que vio antes de que todo se volviera negro fue a Otto caer sin vida sobre el suelo, cuando recordó lo demás, las lágrimas comenzaron a caer a la parte de atrás de su cabeza, quería gritar, llorar y patalear, pero su cuerpo no le respondía. Cuando se calmó empezó a sentir un intenso dolor que le cubría el cuerpo, en especial el torso y las costillas. Luego empezó a recuperar el control de algunas partes, cuando pudo mover el brazo derecho llevó la mano al frente de su cara y pudo sentir el plástico que la envolvía; después de varios intentos, logró pellizcar la bolsa y hacerle un pequeño hueco, comenzó a moverlo hasta que pudo meter un dedo y logró así romper la bolsa, el aire frío le golpeó el rostro y por fin pudo respirar. Trató de apoyarse en los codos para sentarse, pero su brazo izquierdo ardía en dolor así que se sentó con la ayuda de su otra mano. Sus ojos se cristalizaron cuando recorrieron el lugar donde estaba, había una gran cantidad de bolsas acostadas sobre el suelo, llenas de cuerpos, probablemente de los hijos de Asmodeo, y al fondo otra cantidad de bolsas de plástico negras, apiladas de forma en la que no cabía un cuerpo completo; en las paredes había pequeñas puertas metálicas como cajones y el frío provenía de dos grandes ventilas en el techo. Asustada empezó a mirarse con detalle, su ropa estaba completamente sucia, su brazo izquierdo roto y torcido en una extraña

forma que lo hacía muy sensible al tacto, y los anillos, dos en cada mano, opacos y sucios, como si también a ellos los hubiesen derrotado. Yo no debería estar acá, ¿Por qué no desperté en un hospital? Por unos segundos se quedó sentada en su posición mientras recuperaba por completo la sensación de su cuerpo, el dolor era muy intenso. Tomó fuerzas y muy lento sacó una pierna, luego la otra y con mucha dificultad logró pararse, aunque cada paso fuera una agonía. Había dos bolsas cerca de ella, llegó a la más cercana y sin dudarlo la rompió; la cara blanca y fría de Otto quedó al descubierto, tenía una mancha de sangre en todo el lado derecho de la cabeza y su cuello tenía una protuberancia por el otro lado, pero su cara estaba intacta, sus ojos expresivos ocultos bajo los párpados y los labios esbozando una pequeña línea curva, su expresión era de paz, como si solo durmiera con tranquilidad.

Serena estaba tan conmocionada que ni siquiera pudo dejar salir más lágrimas, sus ojos estaban secos. Permaneció en esa posición por un par de minutos, contemplando a su amigo, viendo en él el rostro de Paolo, el de su madre, el de su padre y el de su hermano. Cuando se sintió con más fuerza, se movió hasta la otra bolsa, al abrirla vio a Ana tendida, aparentemente bien, no tenía heridas muy fuertes o huesos doblados en otra dirección como Serena.

—Ana —Llamó la joven en voz baja—. ¡Ana! —La movió un poco desde el hombro, pero notó que no respondía y su pulso no estaba.

La examinó mejor y vio que tenía un pequeño bulto en su nuca, al otro lado de la cicatriz. Había escuchado las historias de Ana sobre sus regresos de la muerte, pero no sabía cuánto tiempo debía esperar para verla resurgir. De pronto se sintió mareada, su lengua y garganta le pedían agua desesperadamente, miró a todas partes y la poca luz de la habitación no le mostró nada de ayuda. Sintió un ruido inesperado que venía del otro lado de la puerta, había alguien en la otra habitación que se acercaba, escuchó como movían la perilla, pero no pasó nada, luego algo dentro de ella la hizo parar, un presentimiento, su intuición le estaba diciendo algo, cerró sus ojos, se concentró y pudo sentir a su nueva Deífica cerca. Cuando la puerta se abrió, se encontró con los ojos hundidos y la expresión pálida de Raquel, Serena se sintió aliviada y triste.

—¡Estás viva! —dijo Serena con alivio.

—¡Tú también! —le respondió Raquel con una sorpresa aterradora—. ¿Cómo? —Serena le responde con una mirada de extrañeza—. Tenemos que salir de acá.

—Ana no ha despertado y Otto…

—Tenemos que irnos ya, no podemos quedarnos mucho tiempo, debemos irnos ahora que está vacío el lugar.

—¿Cómo? No puedo cargar a ninguno —Serena se movió para enseñarle su brazo roto.

—No vamos a llegar muy lejos con tu brazo así —dijo Raquel analizándola bien—. Tu hombro no está roto, creo que puedo acomodarlo.

—Está bien —respondió dudando.

Raquel puso una mano en el hombro de Serena y la otra en la espalda.

—Se va a sentir incómodo —le advirtió la Deífica y con un movimiento seco, le encajó de nuevo el hombro en su lugar.

Serena soltó un grito y al pie de ellas, otro grito seco le respondió.

Ana estaba sentada tosiendo exageradamente, Serena y Raquel se acercaron a ella para ayudarla. La bruja miraba a todas partes desorientada, hasta que después de un par de segundos logró enfocarse y recordó lo que había pasado.

—Ay que bueno, que bueno verlas —Su respiración era muy pesada—. ¡No moriste! —dijo Ana mirando con alegría a Serena.

Ana volteó a ver a la nueva Deífica quien le devolvió una mirada que escondía otra respuesta y luego a Serena, pero no dijo nada.

—¿Dónde está Otto?

Ambas brujas voltearon a ver la bolsa del lado, Ana se quedó callada.

—Tenemos que irnos.

Con mucha dificultad cargaron el cuerpo de Otto hasta una silla con ruedas en la oficina del lado, y empujándolo bajaron por el mismo ascensor de los hombres que salieron con las camillas. Llegaron a un pasillo poco iluminado que las llevaba hasta la salida trasera, la ambulancia en la que llegaron los últimos cuerpos rescatados aún estaba estacionada y al frente un conductor descansaba sus ojos. El hechizado hombre condujo el tiempo que quedaba de la madrugada y una hora en la mañana hasta llegar al muro de vegetación que impide la entrada a la cabaña.

—¿Seguras que no recordará nada? —preguntó Serena una vez la ambulancia se alejaba del bosque.

—Nada —aseguró Ana.

Bajo la seguridad de los hechizos que rodean la cabaña, Raquel atendió las heridas de Serena y Ana, y comenzó los preparativos del cuerpo de Otto para enterrarlo junto al de Paolo.

Un día después de horas y horas de sueño, Ana se levanta con energía, la hinchazón de su cuello ha disminuido bastante y siente sus huesos más fuertes. Recorre la cabaña buscando a Raquel hasta que la encuentra en la parte de atrás, junto a las tumbas de sus compañeros. El viento sopla cálido y el cielo se abre a un día extrañamente hermoso.

—Me he estado preguntando estos dos días ¿Por qué todo ha pasado así? —dice Raquel mientras Ana se acomoda a su lado—. Delfina decía que todo tiene una razón, un propósito, pero yo no logro verlo. ¿Qué propósito tiene que muramos todos?

Ana no responde nada, simplemente la mira con deseos de poder decirle algo certero.

—¿Qué propósito tiene la muerte? —insiste Raquel.

—No lo podría saber —dice Ana—, tal vez no todo deba tener un propósito, pero sí sé que la muerte le da significado a la vida.

—Fácil para ti decirlo, tú no puedes morir… Y, al parecer, tampoco Serena.

—Precisamente. Tal vez hay otro sentido en la muerte y en la vida, tal vez estemos equivocados con lo que son y puede que una no sea el final de la otra.

—¿Cómo?

—Bueno no sé. Por ejemplo, mucha magia de distintas culturas asegura que solo la muerte puede pagar por una vida.

Raquel se queda callada, su ceño se junta, voltea a ver a Ana y por unos segundos recuerda algo:

—Cuando Paolo estuvo perdido en otra realidad, en varios momentos por el plano astral, me dijo que el coven que lidió con Asmodeo tuvo pagar un precio por el poder que usaron para acabar con él. ¿Es este el pago, Ana? ¿Tenemos que dar nuestras vidas por esos anillos?

Ana observa la angustia en los ojos de Raquel, su dolor es más grande del que deja ver.

—No estoy segura, pero… lo que hay dentro de esos anillos es el poder de muchas generaciones, es la energía vital que esas brujas dejaron acá.

—Tú dijiste una vez que uno de los anillos se sentía más débil que los demás. Yo también lo noté en su momento, pero esta mañana los revisé, los usé y pude notar que ahora los cuatro tienen el mismo nivel de energía. La muerte de Otto fue el pago por la vida del poder de ese anillo.

Ana no dice nada, piensa que Raquel tiene razón, esto le confirma que lo que ha venido pensando acerca del quinto poder del cuento, es verdad.

—Pero ¿qué hay del quinto poder? —dice Raquel, como si le hubiese leído la mente a Ana—. Los sueños de Delfina y la visión siempre mostraban los cinco.

—Yo nunca creí que la bruja de la historia fuera yo. Siempre le dije a Delfina eso. ¿Sabes por qué?

Raquel niega con la cabeza.

—Primero, porque estoy viva, y no se puede hacer el hechizo que se usó en los anillos en una persona viva. Segundo, porque estando viva, toda la situación era muy lejana a mí, mi relación con Asmodeo o con la profecía fueron muy lejanas, incluso ahora. Tercero, por cómo está narrado el cuento, el cuento dice cosas muy específicas, detalles de lo que las otras brujas podían hacer, menos cuando habla de… la que creyeron era yo, ahí dice algo más poético o profético tal vez, no sé.

—¿Profético?

—Sí, dice algo como que la muerte le es ajena y su duelo es la luz que está destinada, ¿Notas cómo es de confuso? Los Síneros que le dijeron a Delfina sobre las tumbas de las brujas creyeron que mi historia era esa, llena de duelo y muerte por los suyos.

—Es muy confuso, es verdad —opina Raquel—. La única información real que da es que posee el don del resurgimiento…

—¿Quieres saber la última razón? —Sigue al ver que Raquel asienta con la cabeza—. Porque los anillos nunca me han obedecido. Tú lo has notado, su poder es inservible cuando los toco.

—Pero creía que era porque nunca quisiste hacerlo.

—Nunca pude. Creo que nadie por fuera de tu coven podrá usarlos jamás, su poder está ligado al de ustedes.

Raquel voltea a ver fijamente a Ana y luego al cuerpo inerte de Otto, en sus ojos hay una mezcla de sorpresa y miedo que navegan entre un descubrimiento y desembocan en la comprensión de lo que tiene que pasar. Pero para llegar a una conclusión Raquel pasa varias horas cavando la tumba de Otto, apilando la tierra a un lado con sus manos y escarbando con las uñas; se niega a recibir ayuda de Serena o Ana, y tampoco quiere usar magia para hacer el agujero, quiere dejar su propio esfuerzo ahí.

Cuando la tumba queda lista, la Deífica recoge las piedras adecuadas para decorarla con el mismo estilo de las otras. El sol apunta desde arriba con intensidad, el cielo es de un solo tono de azul claro; Ana se acerca de nuevo con un vaso de limonada. Raquel lo recibe, bebe un par de sorbos y sin dejar de mirar la tumba de Otto, dice:

—Creo que Serena es la quinta bruja del cuento —Se pone el vaso en la boca, pero no bebe de inmediato, deja que el líquido le toque los labios por un momento, antes de beber un gran trago de limonada amarga—. Ella también tiene el poder del resurgimiento, murió cuando dio a luz, estaba muerta cuando Paolo llegó a ella, pero volvió cuando él la liberó de la piedra fósil. Y murió antier, yo vi su cuerpo sin vida siendo empujado dentro de una bolsa. Ella es la madre del demonio, la única que puede contra él. Y necesitará todo el poder, el de los cuatro anillos y el del coven —Bebe un sorbo de limonada—. Tú ya lo sabías, el coven, los anillos, Serena, Asmodeo, todo está conectado, fueron los antepasados de las cinco brujas los que hicieron la profecía… —Bebe lentamente la limonada que le queda, como si mientras tomara, terminara de hacerse a la idea de su descubrimiento—. Sé lo que tengo que hacer, sé lo que tiene que pasar.

Esa noche el cielo dibuja una suave sonrisa blanca rodeada de una luz amarilla y a la derecha

el lucero más brillante de la noche, Venus. El cuerpo de Otto está envuelto en una sábana blanca y reposa en el hueco que Raquel había cavado todo el día; las tres brujas permanecen de pie frente a la tumba, sin pronunciar palabra alguna. Serena comienza a dejar caer la tierra con el brazo que puede mover, luego se le une Ana y cuando finalmente queda cubierto, Raquel comienza a armar una pequeña pirámide de piedras que adorna con velas, luego regresa junto a sus compañeras y juntas observan la danza de las pequeñas llamas.

—En todos mis años —dice Ana después de un largo silencio—, creí que ya había conocido a todo tipo de personas y que nada que alguien hiciera me podría sorprender, pero me equivoqué. Te admiro, Otto, como tal vez solo he admirado a muy pocos en 800 años, tú me recordaste lo que es realmente resurgir, porque cuando tu corazón había muerto encontraste la fuerza para cumplir con tu promesa —Su voz se quiebra—. Perdón, Delfina, por no poder cumplir la mía... —Agacha la cabeza y frunce los labios aguantando el llanto.

Serena la abraza con el brazo que puede mover mientras recupera un poco el aire.

—Lo siento —dice Ana con la voz quebrada—, perdón, en serio lo estimaba mucho —Voltea a ver a Raquel—. Lo siento mucho, Raquel, de verdad lo siento.

Raquel la observa, nunca se imaginó verla así, sabe que sufre por Otto, pero también siente que sufre por ella y por lo que ambas saben que debe pasar.

—Lo sé —responde Raquel sujetando la mano de Ana.

Dos semanas pasan rápido, Serena y Ana se han ido recuperando, Ana le explicó que las heridas que las hayan hecho morir sanan con mayor rapidez. Raquel ha estado atendiendo las heridas de ambas y trabajando tiempo extra en el huerto y en la cabaña; la noche anterior puso un nuevo hechizo en los límites de la propiedad. En esos días no se había mencionado nada sobre Asmodeo o sobre el descubrimiento que hicieron Raquel y Ana, pero la luna llena se estaba acercando y con ella el momento de que Serena reciba otra noticia.

Es un poco pasado del mediodía, Raquel sirve tres tazas de té en la cocina, mientras que Ana regresa a la cabaña con Serena a su lado. Cuando las dos entran, Raquel se acerca a la pequeña sala con una bandeja y las tres tazas, beben y por un rato nadie habla. Serena, sintiendo la energía del lugar, mira directo a Ana a la espera de que diga algo, pero ella solo observa a Raquel. Después de beber media taza de té, Serena toma voz:

—¿Soy yo o nuestro silencio es incómodo? Más incómodo que lo normal —Observa las expresiones de Raquel y Ana—. Es claro que nos sentamos acá para discutir algo, y si es lo que creo que es… al mal paso, darle prisa.

Ana y Raquel sonríen.

—No vamos a hablar de Asmodeo —dice Raquel. Se levanta de su puesto y toma el libro de las sombras rojo.

—¿De qué vamos a hablar entonces?

—Del cuento de las cinco brujas —responde Raquel abriendo la página del libro donde está el relato.

—¿Recuerdas que te conté mi teoría sobre por qué no soy la quinta bruja? —dice Ana.

—Sí claro, porque estás viva y no tienes una relación directa con todo esto —responde Serena.

—Los Síneros creyeron que la última parte del cuento se refería a las historias de una bruja inmortal que vivió en Italia, por esto que dice: «A la última, la muerte misma le es ajena, morirá y vivirá de nuevo por los suyos, porque su duelo es la luz que está destinada».

—Cuando Delfina me encontró, pensamos que ese poder simplemente no estaba…

disponible, o estaba muy encerrado en mí, idea que descarté cuando vi que los anillos no me respondían. Pero, dado los recientes acontecimientos, empezamos a creer que sí existe, y si existe lo vas a necesitar.

—En la visión y en los sueños de Delfina, siempre hubo cinco fuentes de poder. El cuento habla de cinco brujas, pero si te fijas, la última parte es en presente, no en pasado.

Serena lee la última parte del cuento de nuevo.

—Ok, bien. Si existe tenemos que encontrarlo entonces —dice Serena con un poco de emoción en la mirada—. Es por eso por lo que la energía de los anillos se siente así, como inestable, como si se me resbalara de las manos cuando intento usarlos, están incompletos. ¿Dónde lo podemos encontrar?

Raquel y Ana comparten miradas, Serena observa sus reacciones y empieza a presentir lo que le quieren decir.

—El poder del resurgimiento no es un don común. Yo nunca había conocido a otra bruja con esta habilidad.

Serena hace una pausa, luego dibuja una sonrisa que se convierte en una carcajada.

—No están hablando en serio —Ríe.

—Piénsalo, tiene sentido —dice Raquel.

—Noo, yo no, yo no cumplo los requisitos, todas esas brujas venían de familias de brujas ¿No? familias muy antiguas…

—Por parte de tu mamá vienes de una familia de brujas —le recuerda Ana.

—Sí, pero no mi papá.

—¿Cómo sabes? Tú dices que no conociste a la familia de tu papá, solo sabes que son irlandeses, como el mío. Ese país conoció mucha magia.

—Ves, la posibilidad es más alta, hasta podrías ser pariente lejana de Ana.

Serena y Ana se miran con curiosidad. Raquel se acerca a la joven bruja y la toma de las manos:

—Serena, en serio pienso que esto puede ser verdad. Todo lo que ha pasado con la profecía, con los anillos, todo está conectado y en la mitad estás tú.

Serena respira profundo:

—Pero… los anillos, se sienten… raros, como prestados, como si no fueran míos.

—Algo hace falta para desbloquear todo su potencial —aporta Ana.

Las tres brujas se quedan calladas, Raquel aprovecha la pausa y se sirve más té, las demás rechazan la oferta.

—Hace unos días recordé lo que Ana dijo una vez sobre la energía de los anillos —dice Serena—, dijiste que uno se sentía más débil que los demás, y yo también pude sentirlo —Se levanta y agarra los anillos que están sobre la mesa de la cocina, con delicadeza los pone sobre la pequeña mesa de centro—. Pero ahora, los cuatro emanan el mismo nivel de poder. Y no puedo evitar pensar que es debido a Otto.

Raquel agacha la mirada y dice:

—Yo también creo eso, pienso que esto es de lo que hablaba Paolo cuando decía que el precio que pagó el coven de esa realidad, fue una desgracia.

—Solo la muerte paga por la vida —dice Ana con una expresión de pena.

—O sea que ahora que Otto dio su vida por el último de los anillos, y si en realidad soy la quinta bruja del cuento, podemos activar su potencial completo, ¿Verdad?

—No sé. No creo que el quinto poder simplemente haya estado en ti oculto todo este tiempo,

ya se hubiera manifestado de alguna forma —dice Ana—. Igual que los anillos contienen cada energía vital de esa bruja y sus antepasados, pienso que tú también debes convertirte en ese contenedor, tiene que ir más allá de tu propia magia y de tu propio llamado, tienes que recibir el legado de todas tus familias.

—¿Y cómo? ¿Cómo me puedo convertir en eso?

Ana se queda callada.

—Solo la muerte paga por la vida… —dice Raquel—. Para contener el poder de las brujas dentro de los anillos, ellos tuvieron que invocarlo, sellarlo y luego… pagar con un sacrificio. De la forma en la que lo veo, creo que debes acceder a todo el poder de las generaciones de esta familia, de nuestro coven. Un sacrificio más es necesario.

—¿Cómo? —Los ojos de Serena miran con intensidad a Raquel, aguantando las lágrimas de frustración.

—Necesitas convertirte en la Deífica del coven.

Serena fija sus ojos en los de Raquel, no responde nada esperando que termine la explicación. Al ver que la joven no reacciona, Raquel repite:

—Serena, cuando te conviertas en la Deífica, nuestra magia completará la fórmula para que puedas tener acceso a los cinco poderes. Es la lógica de esto.

—¿Cómo puedes estar segura? —responde Serena—. Si soy la quinta bruja del cuento, no se supone que ya tendría acceso al poder de los anillos, no necesito ser la Deífica.

—Serena, un sacrificio debe hacerse, al igual que con los demás anillos, este requiere un sacrificio para igualar su energía, e igualarla te llevará a ser la Deífica. No es una coincidencia que justo tú y yo seamos las últimas sobrevivientes de este aquelarre.

Serena toma aire, cierra los ojos por un segundo tratando de calmar todo lo que siente.

—¿Cómo me convierto en la Deífica? —pregunta la joven con rabia en su mirada, sus pies permanecen juntos y sus manos empuñadas.

Ana observa todo con nervios.

—Tú sabes cómo —responde Raquel.

La cara de Serena se pone roja, un calor intenso la atrapa mientras que mueve la cabeza en negativa, las palabras se quedan atrapadas en su boca y solo se escuchan sonidos de reproche. Se levanta y abre la puerta principal de la cabaña, pero no sale, solo se para bajo el marco de la puerta sintiendo una brisa suave por el rostro.

Después de un rato la joven voltea a ver a Ana:

—¿Por qué? —Le pregunta en un tono más calmado.

—Hay cosas en la vida que no tienen una respuesta, lo único que podemos hacer es encontrarles una razón.

—Todo pasa por algo. Como decía Delfina —aporta Raquel.

Otro rato de silencio, fuertes y desoladoras respiraciones se toman la cabaña. Ana se siente aliviada de que no haya lágrimas o dramas, mientras que eso mismo es lo que preocupa a Raquel. Serena se ve pensativa, realmente recorre en su mente todas las posibilidades que se le ocurren, pero nada de lo que se imagina serviría para convencerla de no hacer lo que quiere hacer. El silencio se rompe con una pregunta de la joven:

—¿Qué pasa si simplemente no me convierto en la Deífica?

—Los anillos seguirán sintiéndose ajenos a ti, tal vez nunca tengas el poder suficiente para acabar con Asmodeo, él crece en fuerza todos los días y eventualmente todos quedaríamos bajo su influencia. Además, él sabe que Raquel está viva y tarde o temprano la encontrará.

—No puedes hacer esto, Raquel, no es justo.

—Esto es más grande que nosotras, Serena, todos dieron sus vidas por este poder, incluso tú. ¿Qué clase de persona sería yo si no estuviera dispuesta a sacrificarme también?

—Entonces, solo te… ¿Mueres?

—Pero no por la mano de un demonio. Lo haré en mis propios términos.

Capítulo 37

Desde el juicio de Rafael, las cosas han estado tensas entre el demonio y el líder de su ejército, Silas ha empezado a pensar que Asmodeo sabe que fue él quien le dio la runa en el papel a Rafael, y así evitar la tortura de morir quemado; es algo en la forma en la que le habla, como esperando que suelte la verdad en cualquier momento.

El sonido que hacen sus zapatos al caminar deja un eco al subir cada escalera, paso a paso avanza por el pasillo, entre las seis puertas solo la suya tiene una luz amarilla que sale por debajo de la hendija. Se detiene, respira profundo y abre la puerta de su cuarto: unas risas lo reciben y en él una cara de pánico, el apuesto rostro de Silas no puede disimular el horror de encontrar a Asmodeo con el niño quemado sentados en el borde de su propia cama.

—Entra, entra —le dice Asmodeo en un tono de amabilidad siniestro.

Silas entra y cierra la puerta.

—Veo que finalmente se conocieron —dice el brujo, tratando de parecer seguro y confiado.

—Así es, pero me decepciona saber que no fue gracias a ti.

—No, y no pretendía presentarlos aún.

Asmodeo echa la cabeza hacia atrás en sorpresa a esa respuesta.

—¿Podemos saber por qué? —El demonio y el niño lo observan fijamente.

Silas acerca una silla que tiene cerca a la ventana de su cuarto.

—Tenía miedo —dice sentándose—. ¿Recuerda lo que hizo con el brujo que tenía parte de la oreja quemada y con el que se estaba quedando ciego?

—Ahh eso. Eso fue hace tiempo.

—Lo mató, solo porque los encontraba repugnantes.

—Eso fue antes de que tantas cosas pasaran —dice al ver la expresión de miedo del niño—. Ahora soy diferente. Las cosas van muy bien, los últimos reportes dicen que la inseguridad en la ciudad ha crecido bastante, un grupo de brujos está llenando de miedo a la gente, lo normal, ya sabes, desapariciones, sacrificios, incluso está pintando símbolos «satánicos» en todas las paredes y como es de suponer, algunos se aprovechan de eso, falsos magos, falsos predicadores. Pero necesitamos más, más miedo, si la gente está débil sus espíritus se doblegan más fácil. Por eso cada persona cuenta, no entiendo por qué lo tenías escondido.

—Pero ya se lo expliqué, la razón de mi miedo. ¿Qué tal si usted lo encontraba… repugnante y yo no podía terminar de sanarlo?

—Eso me genera curiosidad —El demonio cruza la pierna y gira la cabeza a un lado, analizando a Silas—. ¿Por qué lo estabas sanando?

—Él es uno de nosotros. Desde que usted reencarnó no hemos tenido nuevos brujos, y después de todos los que perdimos en el hospital, necesitamos todo el poder que podamos tener.

—¿Por qué? Yo soy todo el poder que podemos tener.

—Sí, señor… —se apresura a decir Silas, pero Asmodeo lo interrumpe.

—No me importa que lo hayas estado sanando, como dijiste, hace parte de nuestro coven —Le da una sonrisa al niño—. Lo que importa aquí es lo que no me dijiste, la mentira y todo lo que eso conlleva. ¿Sabes? los esfuerzos por mantenerlo fuera de mi vista, me hace pensar que hay otra razón.

—Pues no la hay —le responde Silas.

—Él me dijo que Rafael lo había visto una vez —Asmodeo se levanta de la cama y camina hacia la ventana.

—Así es, lo vio el día que salimos para el hospital.

—¿Por qué no me dijiste? o mejor, ¿Por qué él no dijo nada del niño cuando lo estaba interrogando?

—No lo sé, dígamelo usted.

Asmodeo voltea a verlo, de un solo movimiento se le lanza encima, aún en la silla lo empuja contra la pared con sus manos en la cara del brujo, apretando su rostro por las mejillas.

—Él te estaba encubriendo en algo. ¿Qué más me estás ocultando?

Con mucha calma, Silas agarra la camisa de Asmodeo por el pecho, luego con fuerza lo levanta y lo arroja contra la otra pared, el demonio cae sobre la cama, ahuyentando al niño hacia la puerta.

—¡No escucharé este tipo de acusaciones sin fundamento! Su paranoia ha alcanzado los límites. Yo soy el más fiel de sus brujos, por mí es que usted tiene cuerpo humano. Y después de todo lo omnipotente que es, acá seguimos, encerrados en esta casa y en esta ciudad cuando podríamos estar conquistando el mundo, tal como lo prometió. Si alguien está ocultando intenciones, no soy yo. Yo solo he obedecido.

Asmodeo respira profundo y por un par de segundos solo observa la figura imponente de Silas frente a él. Toma aire y se recompone.

—Lo que nos hace falta es comunicación. Como dijiste, eres el más fiel de mis brujos, entenderás mi reacción al ver que me ocultabas algo —con tranquilidad se pone de pie frente a Silas.

—Lo siento —dice el brujo—. Nunca volverá a pasar.

—Yo sé que no —Camina hacia la puerta y toma al niño de un hombro—. Estamos a punto de lograr algo muy grande, no podemos pelear entre nosotros —Silas asiente con la cabeza y Asmodeo sonríe—. Sigue curándolo, necesitamos toda la fuerza que tenemos para volver a hacer el ritual de los cinco puntos. Vamos —Sale de la habitación con el niño a sus talones.

Silas cierra la puerta y cae a la silla, sus manos recorren su rostro mientras una gran preocupación le invade el cerebro, debe actuar rápido o Asmodeo tendrá la ventaja.

Al día siguiente, ya tiene un plan claro, pero necesita probar una de sus teorías antes de hacer su movida. Después del desayuno, se queda con el niño en la cocina, ahora que todos sabían de su existencia, Asmodeo lo deja caminar libre por la mansión. En una olla de vidrio Silas termina de cocinar un ungüento gris, con cuidado lo vierte en un plato hondo y empieza a soplarlo con su boca y con su mano. Cuando está más tibio, comienza a aplicarlo sobre la espalda y hombros cicatrizados del niño, su mejoría ha sido notoria, la piel se le ve de un tono más común sin ese rojizo que queda después de una herida. Su voz también ha sanado, aunque no puede hablar con fluidez, cada vez pronuncia mejor sus palabras.

—¿Está muy caliente el ungüento?

—No —responde el niño con torpeza.

Cuando termina, Silas le entrega el recipiente y el niño comienza a aplicarse en el pecho y los brazos.

—¿Tú puedes sentir dónde estoy? —pregunta Silas.

—No entiendo.

—Cuando estoy lejos. ¿Puedes sentir mi presencia?

El niño frunce su entrecejo cicatrizado y luego mueve la cabeza en negativa.

—Cierra tus ojos —le indica Silas, el niño obedece—. Concéntrate en mí, imagíname en tu mente. ¿Sientes algo? Como una especie de… presentimiento en tu pecho, pero que se conecta con tu mente.

Confundido el niño abre los ojos, mira a Silas y dice:

—Siento algo, pero… es Asmodeo, sé que es él.

Esto le confirma una de sus sospechas, él nunca fue el Deífico de este coven y sus brujos nunca fueron los hijos de Silas, todo fue una charada, un juego de Asmodeo para que le obedeciera, pretendió darle poder para manipularlo y lo había logrado.

—Te voy a decir un secreto —le dice Silas al niño cuando se asegura que nadie esté cerca—. Pero necesito que me prometas que no le vas a decir a nadie, ni a Asmodeo. Es una sorpresa.

El niño asiente emocionado.

—Nos vamos en una misión secreta. Vamos a buscar un regalo para Asmodeo, algo que él siempre ha querido.

El niño lo mira con sospecha.

—Dime la verdad —le dice a Silas mientras extiende el ungüento por su brazo izquierdo.

Silas no responde de inmediato, se toma un par de segundos para analizar la situación, el niño no es tan inocente y después de la confrontación que tuvo con el demonio, tiene la razón en sospechar.

—Bien —dice el brujo—, necesitamos irnos de aquí, este ya no es un lugar seguro.

El niño mueve la cabeza de un lado a otro, pero sus ojos siguen el movimiento de su mano izquierda sobre su brazo derecho:

—No podemos traicionar a Asmodeo —Su voz es redonda, ahogada en su propia boca como si su lengua estuviera inflamada todo el tiempo.

—Mírame —le pide Silas—, anoche quedó claro que Asmodeo no confía en nosotros, y eso puede costarnos la vida. ¿Lo entiendes?

—No confía en ti —dice el niño mirando a Silas a los ojos—, y con razón. No debiste decirle mentiras.

Silas endereza su espalda sin perder el contacto visual, en los ojos de colores disparejos del niño puede verlo, Asmodeo se había metido en su cabeza, lo había atrapado por completo en cuestión de horas. Ahora está pisando en terreno blando.

—Tienes razón, no debí mentirle.

El niño niega con la cabeza.

—Yo creo que está enojado contigo —Termina de aplicarse el ungüento y estira los brazos a Silas.

—¿Qué crees que debería hacer? —Silas comienza a envolver los brazos, el pecho y la espalda del niño en unas vendas blancas.

—Pedir perdón. Y prometerle que vas a ser fiel y obediente. Así como hice anoche.

—¿Le prometiste fidelidad?

—Sí, tú me dijiste que él es quien nos va a dar libertad…

En ese momento, Silas se da cuenta que no fue Asmodeo quien se metió en la cabeza del niño, si no él mismo el que se la entregó al demonio.

—Ya estás listo —le dice Silas—, ya puedes irte, esta casa es tuya, puedes ir a donde quieras.

El niño sale corriendo por la puerta de la cocina, dejando a Silas con una sensación de derrota. No tiene nada de lo que creyó que tenía, y está seguro de que en cualquier momento Asmodeo le devolverá el golpe de anoche, y esta vez es diferente, con Zain él pudo tomar

precauciones y evitar su muerte, ahora no cuenta con una gitana que lo ayude, debe pensar muy bien lo que va a hacer en las próximas horas o puede terminar igual que Rafael, o peor.

Comienza a caminar por la casa, en el salón del primer piso algunos brujos ven un vídeo:

«Lo juro, no sé si se pueda ver bien por la cámara, pero la veo, está mirándome desde el otro andén… ¡Empezó a correr, viene hacia acá, viene hacia acá!». el vídeo termina con el sonido de un fuerte golpe, los brujos se ríen.

—Esa era Milena —dice uno de los brujos—, ella dijo que entró a la casa del personaje del vídeo y el tipo se encerró en el baño, entonces ella le destrozó todo y se esfumó.

—Eso mismo estaban haciendo Eto y los demás —opina una bruja.

Silas pasa de largo el grupo de personas, sube las escaleras y se encierra en su cuarto. Necesita pensar algo, actuar ahora que sabe que algunos de los brujos de Asmodeo están en la ciudad creando pánico, de seguro el demonio podría estar prediciendo lo que Silas quiere hacer, pero debe intentarlo.

Primero, una buena distracción.

Sale de su cuarto y recorre el camino hasta el huerto, allí dos brujas riegan una tierra negra sobre un suelo gris.

—No hemos podido recuperar esta parte —dice una de ellas—, el lado de allá nos tomó casi medio año.

—Cuando el coven que vivía acá se fue, todo murió —les cuenta el brujo.

—Con razón —dice la otra bruja—, esos lazos son fuertes. Lo único que se mantiene bien es ese rosal, Asmodeo nos ha enviado a cortarlo varias veces, pero sigue creciendo.

—Qué raro —aporta Silas.

El brujo se disculpa y toma algunas ramas de lavanda con la excusa de hacer un ungüento para el niño. Luego camina hasta el rosal y arranca unos cuantos pétalos, aunque su trato es delicado de alguna forma termina cortado por varias espinas. Pasa por la cocina y sin ser visto toma otros ingredientes, hasta que finalmente regresa a su cuarto y cierra la puerta con seguro. Respira profundo y por un momento vuelve a pensar en lo que va a hacer, duda, pero no tiene otra alternativa, si lo logra, vive, pero si falla... Saca de la parte más alta de su closet una caja que contiene algunos elementos: un mortero, un pequeño caldero, muchas ramas secas empacadas en bolsas sellables de plástico, un par de piedras e hilo de distintos colores. Toma el mortero y comienza a moler las ramas de lavanda mientras dice:

—Esta es para la atracción.

Cuando nota que está bastante triturada, le agrega pedazos de unas astillas de canela que tomó de la cocina:

—Esta es para el deseo.

Luego agrega semillas de cardamomo.

—Estas son para la excitación.

Toma una raíz seca de mandrágora y la parte con sus dedos en pequeños pedazos que añade a la mezcla.

—Esta es para la ilusión y el trance.

Después de un rato moliendo, los ingredientes toman una consistencia polvorosa, con un mondadientes revuelve por última vez la mezcla y lo echa en una bolsa sellable, mientras lo hace repite:

—Haz de su lujuria, una cárcel. Y de su cárcel, un frenesí.

Con su hechizo listo, el brujo se alista para salir del cuarto, por último saca de debajo del

colchón de su cama un recipiente a medio llenar con un aceite naranja, cuando ve su contenido se arrepiente de haberlo usado en su cuarto y en el sótano; duda si la cantidad será suficiente para lo que necesita hacer, pero no tiene tiempo para preparar más aceite insonoro, la mezcla requiere algunas raíces y hierbas que no están en la casa, además de una gran cantidad de cera de oído y tres noches de reposo, pero ya no puede hacer nada, debe actuar con lo que tiene.

Silas mete la bolsa llena de polvo en su bolsillo y sale de la habitación, con suavidad va dejando caer el polvo por todo el pasillo mientras avanza. El sol naranja entra por las hendijas de las ventanas del estudio mientras el brujo deja más feromonas en todo el lugar, luego baja por las escaleras, pasa por la cocina, los baños y el sótano, el salón está lleno de personas, así que decide pararse en la puerta principal y dejar que el viento empuje hacia adentro los granos de polvo que le quedan.

¿Cómo pude ser tan estúpido y dejarme manipular?, piensa Silas mientras finge interés en la conversación de los otros brujos, poco le importa lo que está pasando en la ciudad, su preocupación está puesta en él, al igual que su decepción, sabe muy bien que Asmodeo no es el culpable sino él mismo, al fin y al cabo es un demonio y Silas fue quien se dejó manipular. Yo lo busqué, lo contacté y lo traje a este mundo. La culpa es mía por esperar gratitud de un demonio. El niño llega a su mente, piensa en él y en lo que podría presenciar de hoy en adelante, de cierta forma Silas estuvo cuidando de su inocencia, pero eso no puede importar ahora, el niño también hizo su elección, una muy estúpida, pero suya al fin y al cabo.

Precisamente ve al niño entrar al salón junto a las dos brujas que estaban en el huerto. Todos son amables con él y lo tratan con cariño, sabe que se siente aceptado y de cierta forma no puede evitar pensar que le carga un poco de resentimiento por tenerlo oculto todo este tiempo; pero el niño no sabe quién es realmente y el peligro que representaba para Asmodeo, y Silas no se lo va a decir, no tendrá esa sangre en su consciencia.

Dos carros negros ingresan por el portón principal, Silas sale a recibirlos. Del primer carro se baja Asmodeo con una expresión de felicidad.

—¡Silas! Tu cara es tan hermosa que a veces es insoportable mirarla. Por suerte hoy no es uno de esos días. Hoy soy fanático de la belleza —Acaricia la cara del brujo.

—Gracias señor, me halaga —responde Silas—. Salió muy temprano esta mañana.

—Necesitaba el amanecer para el último hechizo en el quinto punto, todo el daño que hizo el coven de mi mamá ya quedó reparado. Tan pronto cambie la luna empezaremos de nuevo —Se detiene y observa a Silas con cuidado—. Es eso lo que querías. ¿Cierto? ¿Cómo fue que dijiste? Ah sí, que podríamos estar conquistando el mundo. Bueno, pues ya lo estamos haciendo, mi querido Silas —Se acerca y lo besa en los labios, luego cruza la puerta de la mansión.

Me va a matar, piensa Silas mientras lo sigue por el salón. La nariz de Asmodeo comienza a aspirar con fuerza y el brujo asume que debe estar respirando el polvo, solo espera que funcione.

—¡Hoy celebramos! —dice Asmodeo a todos los que están en el salón—. Estamos a punto de conquistar el mundo —Voltea a ver a Silas y le sonríe—. Tenemos que celebrar —Inhala y exhala profundamente—. Y creo que sé perfectamente cómo. Eto, prepara el sótano para esta noche.

Dos horas después, Asmodeo da inicio a una orgía en la que todos los que están bajo su influencia participan. Silas, quien nunca ha participado en una, se satisface solo de ver cómo la distracción que había pensado toma forma y las feromonas que dejó por toda la casa habían hecho efecto. Solo espera que el resto de su plan salga tan bien como esta parte.

La luz de su cuarto permanece encendida cuando cierra la puerta tras él. Escucha ruidos que

vienen desde las otras habitaciones del pasillo, algunos habían empezado su propia fiesta, pero no tardarían en reunirse con Asmodeo en el sótano. Avanza lo más rápido que puede hasta el inicio de las escaleras de la izquierda, pero escucha cómo una de las puertas se abre y las voces de varias personas llenan el espacio, se devuelve con velocidad y se mete a su cuarto antes de ser visto, trata de controlar su respiración mientras espera que los brujos lleguen al sótano. Sale una vez más y baja las escaleras lo más rápido que puede, se esconde detrás de una pared del marco del salón, toma varias bocanadas de aire, alza la mirada hacía las escaleras que dan al sótano y no ve a nadie, al frente en la entrada a la cocina la luz está apagada, y arriba sobre su cabeza, la claraboya solo muestra parte de la noche nublada. En la puerta principal hay dos brujos vigilantes, su otra opción es salir por la cocina, pero justo se había hecho al lado opuesto de la casa y llegar hasta allá requería exponerse ante los brujos. Por un momento piensa en sus opciones, pero pronto se da cuenta que en todas involucra el enfrentamiento con los dos porteros que Asmodeo había puesto ahí; decide que es mejor terminar con esto ya.

—Silas… —dice el brujo de la izquierda—, la fiesta es abajo.

—Yo sé —responde Silas tratando de avanzar entre ellos, pero los brujos lo detienen.

—El señor Asmodeo nos dijo que ibas a intentar salir —dice el brujo de la derecha.

—Como siempre el señor Asmodeo tiene razón —apunta Silas pasando su mirada de los ojos de uno a los del otro.

—Él nos dio la orden de no dejarlo salir.

—¿Por qué?

—No preguntamos, solo obedecemos.

—Claro. El problema es que, de verdad tengo que salir, así que, ¿Cómo me van a detener?

—Como sea necesario —dice el de la derecha.

Silas enfatiza su mirada en él.

—¿Qué haces? Tú no puedes controlarnos —dice el de la izquierda.

El brujo de la derecha comienza a respirar con agitación, lentamente retrocede sus pasos hasta quedar pegado a la pared, su cuerpo comienza a temblar.

Silas clava sus ojos en el otro brujo.

—Tal vez no pueda controlar sus mentes, pero sí puedo hacer mucho daño.

Él joven observa a su compañero arrastrándose hasta la esquina de la casa, murmurando y llorando. Se mira las piernas y las manos como si algo lo tocara, luego comienza a sacudir sus brazos con fuerza, después lo hace con sus piernas, cae al piso y comienza a sacudirse de forma frenética, como si algo trepara por su cuerpo.

Silas los observa por un momento antes de continuar. Cierra la puerta de la mansión y avanza hasta el auto más cercano al portón, voltea a ver la casa por última vez, eso le hace sentir un poco de remordimiento, a su derecha el gran rosal lo observa y lo juzga. El brujo saca de su bolsillo el aceite insonoro que tenía en su cuarto, lo abre y lo riega justo un metro atrás del carro creando una línea que lo divide de la casa, eso prevendrá que el ruido pase más allá del aceite. Su corazón late con tanta fuerza que lo puede sentir en la garganta, está listo para traicionar a Asmodeo, para irse y desaparecer, una sensación de arrepentimiento le llena el pecho, pero no hay nada que pueda hacer, él liberó al demonio en el mundo y siempre tendrá responsabilidad sobre lo que pase ahora, es algo con lo que deberá aprender a vivir. Saca el auto y vuelve a cerrar el portón, echa una última mirada a la casa, a su vida llena de malas decisiones y al volante que tiene al frente, pone sus dos manos sobre él y conduce lejos de ahí.



Los últimos días han sido los más hermosos que cualquier momento del mes, o del mes pasado, o del mes pasado a ese. O por lo menos así lo es para Serena, Debe ser el efecto de la verdad, se dijo uno de esos días mientras pensaba en todo lo que ahora tiene en su mente, por mucho tiempo le ocultaron detalles importantes, no los culpa, ellos pensaban en ella y, a pesar de todo, no querían generar más dolor; su intención fue buena, aunque Serena hubiese preferido saber todo desde el principio, como recibir un balde de agua fría, solo dura un momento corto y luego toda la ropa se seca de manera uniforme; pero en cambio recibió las noticias de su destino como pequeñas salpicaduras de agua que la mantuvieron mojada y con frío por mucho. Ya no hay tiempo para quedarse en salpicaduras, es en el presente donde ella debe actuar.

Su brazo se ha ido recuperando con velocidad, al igual que el resto de su cuerpo. Ana también se ve mejor, ha recuperado energía y su semblante es más fuerte, su golpes y moretones han bajado exponiendo sus viejas cicatrices, las siete marcas en su boca siempre han estremecido a Serena. Raquel por su parte ha estado tranquila, ha recogido todos los ingredientes para la poción de su muerte y habla con naturalidad como si nada fuera a pasar, incluso cuando habla sobre lo que va a pasar. A veces Ana y Serena comparten miradas incómodas, tal vez para Raquel sea mejor hablarlo así, pero para ellas es raro, en especial para Serena, a ella le inquieta esa tranquilidad, le molesta que se vea feliz en apariencia. Es como si se quisiera morir, se dice la joven bruja alimentando esa idea.

El día que eligió Raquel llega. La bruja está en la cocina concentrada abriendo los tallos de unas hojas verdes con un pequeño cuchillo.

—Solo se necesita esta parte —dice mientras Serena se acerca—, el resto de la hoja ya no sirve para esta poción.

—¿Por qué hablas con tanta tranquilidad sobre la poción? —pregunta finalmente la joven bruja—. Es como si no fuera a pasar esta noche.

—¿Cómo crees que debería hablar? —le responde Raquel, dándole una mirada amable—. ¿Crees que debería estar llorando y peleando con la vida por el destino que me tocó?

—No, claro que no. Solo digo que es… raro.

—No hay nada raro con la muerte, Serena.

—¿Ves? —insiste la joven—. A eso me refiero, es como si tuvieras un deseo suicida o algo así.

Raquel gira a ver a Serena con sus ojos oscuros:

—Yo no tengo un deseo de muerte, yo no quisiera morir. Pero es lo que debe pasar, es mi destino y, por lo que veo, tú eres la que tiene un problema con aceptar eso.

Serena se queda en silencio, no sabe qué responder. Raquel toma otra hoja y repite el proceso, minuciosamente levanta una capa del tallo, desde su raíz, hasta la parte que alcanza a subir por la hoja.

—No lo entiendo —insiste Serena—. ¿Cómo es que simplemente aceptas la muerte, así como así?

Raquel detiene lo que está haciendo y gira de nuevo su cuerpo hacía Serena:

—Serena… Mi destino, así como el de nuestros compañeros es este, el sacrificio. De alguna forma u otra estamos destinados a morir desde el momento en el que recogimos el poder de esas brujas en los anillos, o incluso desde antes. Y sé que vas a decir que esta vez es diferente porque

no hay un anillo de por medio, pero te equivocas, sí lo hay, eres tú. A lo que voy es que, si no muero bajo mis propios términos, estoy segura de que Asmodeo me matará de la peor forma posible, ya debe saber que estoy viva y lo más seguro es que me esté buscando.

Serena respira profundo mientras analiza lo que Raquel acaba de decir.

—Creo que más que tranquila —continúa Raquel—, me siento confiada. Yo te conté sobre mi experiencia con seres oscuros, todos los años que viví atormentada por esas presencias, solo se calmaron gracias a la magia, y siento que esa misma magia que me liberó de esas sombras es la misma que me volverá a dar libertad, solo que esta vez en la muerte. No sé cómo es para Ana, o cómo será para ti, pero yo solo tengo una vida y te prometo que no será el final de mi existencia, yo estaré contigo siempre al igual que los demás, solo tienes que cerrar los ojos para sentirnos.

Serena no puede refutar más, deja a Raquel con su pócima mientras se aleja hacia la tumba de Paolo y Otto, algunas piedras de la pirámide de Sara están caídas, así que con delicadeza las organiza. Sigue sin comprender por completo lo que Raquel le dijo, tal vez algún día pueda entender su confianza, su tranquilidad y esta decisión.

Raquel sigue mezclando ingredientes en una olla, los tallos de las hojas que cortó se enrollan con el líquido caliente; agrega las cáscaras de algunas frutas y un pedazo de árbol de pino, luego revuelve con una cuchara de palo. Piensa en la conversación que acaba de tener con Serena, de verdad se siente tranquila, nunca le ha temido a la muerte, ni tampoco la ha anhelado, su temor siempre fue en la forma de morir; confía en que se va a encontrar con el coven y eso le da más paz. Hubiese querido poder acompañar a Serena hasta el final, guiarla y enseñarle todo lo que no pudo, pero supongo que es otra cosa que tendremos en común, Paolo, siempre creyó que estas relaciones no son fortuitas, su ciclo en la vida de Serena ya llegó a su fin y Raquel reconoce que pudo aprender lo que tenía que aprender y enseñar lo que tenía que enseñar en el tiempo que tuvieron juntas. Ahora Serena tiene a Ana, una buena maestra.

Ana siente envidia, una envidia que la pone triste, que le recuerda la envidia que tuvo de Delfina el día de su sacrificio y que la hace sentirse profundamente sola, después de casi 800 años, ella creyó que ya había superado el tema, pero no; a veces se aleja de Raquel para tomar aire y calmarse; daría lo que fuera, toda su magia o su energía con tal de poder cambiar de lugar con Raquel, pero ese no es su destino y se lo debe repetir las veces que sea necesario, así sea por otros 800 años.

A las 5:00 p. m. las tres brujas desfilan hacia el pastizal a un lado de la cabaña y detrás de unos cuantos árboles. Raquel se siente nerviosa, su estómago se revuelve y su respiración se hace más intensa, de cierta forma siente emoción, no por morir sino por ver qué hay más allá, solo espera reencontrarse con los suyos. Se ubican en el centro sobre un tronco de madera, mirando al sol caer frente a sus caras. Raquel se sienta en la mitad y Serena la abraza por los hombros, Ana la sujeta de la mano izquierda.

Cuando el sol se pone detrás de los árboles y el cielo muestra pincelazos naranjas, amarillos y rojos, Raquel toma un pequeño recipiente de vidrio, lo abre, respira profundo, cierra los ojos y bebe el líquido viscoso que contiene. Con calma abre los ojos de nuevo y observa los colores frente a ella, el verde de los árboles que se oscurece por el contraste del cielo apasionado, entiende por qué tantas criaturas han vivido maravilladas por el atardecer, es un hermoso efecto de la naturaleza que la llena de paz, de tranquilidad; el viento sopla por su rostro y la hace sonreír, mientras esos colores le transmiten su calor, la hacen sentir cómoda; la compañía, el lugar y el paisaje le dan una última felicidad. Recuesta su cabeza sobre el hombro de Serena y

con una sonrisa en su cara, cierra los ojos para disfrutar el viento que la arrulla. Unos minutos después deja ir un dulce suspiro anunciando su partida de este mundo. Así se despide la mujer que había sido la única compañía de Serena por mucho tiempo, la que le enseñó casi todo lo que sabe sobre brujería y sobre la vida, su consuelo fue importante, se siente como despedir a una hermana muy cercana, sin duda la va a extrañar, tal vez más que a muchas personas que han pasado por su vida. La joven bruja cierra los ojos y tal como lo prometió Raquel, logra sentirla aún a su lado.

Capítulo 38

La fuga de Silas ha mantenido a Asmodeo sintiéndose dividido, por un lado, se siente burlado, sus dos confidentes lo habían traicionado, tal cual pasó en Egipto hace tanto tiempo, por desgracia solo se pudo encargar de uno de los traidores, por ahora, porque cuando toda la ciudad esté de nuevo bajo el poder del ritual de los cinco puntos, no habrá escondite para Silas. En contraste, el demonio también se siente un tanto complacido, esos mismos brujos cumplieron su propósito y le enseñaron una lección muy valiosa, no puede confiar en nadie que no pueda controlar por completo, si Silas hubiese tenido una iniciación como los otros, no habría huido, habría muerto. Muy en el fondo espera que el brujo quiera vengarse de alguna forma, aunque no tiene tiempo que perder desgastando su energía enfrentando a Silas, y aunque sabe que él no puede matarlo, nadie puede, no se aleja de sus deseos el tener una última satisfacción de sacarle la vida del cuerpo a Silas, esa oportunidad no la dejaría pasar.

Han pasado tres días desde el escape de su mano derecha. Hay cuatro personas en la habitación del centro del segundo piso: dos de las gemelas brujas, favoritas de Asmodeo, y dos hombres atados a un par de camas, una junto a la otra. Uno de ellos tiene una mordaza y se retuerce con fuerza, solo las ataduras de sus manos y pies lo mantienen sobre la cama. El otro también está amarrado, pero simplemente llora y tiembla.

Las gemelas discuten sobre un libro de hechizos mentales que tienen en las manos cuando Asmodeo y el niño entran al cuarto, con tranquilidad caminan hacia ellas sin quitar la mirada de los dos hombres. La ventana está un poco abierta, el viento entra refrescando la habitación y llevándose un horrible olor a excremento y sudor.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Asmodeo con un tono de decepción. El niño no dice nada, solo admira la situación con un poco de miedo y desagrado.

—No mucho —responde una gemela—, hemos intentado varias cosas, pero nada funciona. En línea encontramos un hechizo, es como Concilio, pero en vez de dominar genera otras sensaciones.

—¿Un hechizo en línea? ¿En internet? Es lo más ridículo que he escuchado —Asmodeo les arrebata el libro y lo observa—. ¿Alguna noticia de Silas?

—No, señor —responde la otra gemela—. Las hermanas Suarez están buscándolo, tan pronto haga un hechizo, así sea pequeño, sabremos dónde está.

—Él no es idiota, no se va a arriesgar así. ¿Cierto? —Le pregunta al niño, pero él solo asiente. Luego le entrega el libro de nuevo a las hermanas—. Por eso necesito hablar con estos, necesito saber qué dijo cuando se fue, qué llevaba con él, cómo iba vestido, la expresión que tenía en la cara cuando me traicionó —Deja de hablar súbitamente. Las gemelas lo observan con incertidumbre, deciden callar—. Denles esto —Saca de su bolsillo una pequeña botella de vidrio con un líquido naranja y se lo entrega a una de las chicas.

Ambas examinan lo que acaban de recibir, comparten miradas y se acercan a la cama del hombre que solo llora.

—Abre la boca —dice una de las brujas, con una expresión de pesar en la frente.

El hombre no responde.

—Esto te ayudará a parar de llorar —dice la otra chica.

El hombre las mira entre lágrimas y recibe la poción, duda entre temblores, pero cede, cuando

ha bebido la mitad del contenido del frasco, lo recuestan de nuevo en su cama. El otro hombre les cuesta más; una hermana lo toma por la cabeza, mientras la otra le tapa la nariz y le vierte la poción en la garganta. Asmodeo observa cómo ambos se van calmando y entran en un trance, sus ojos a medio abrir y todo su cuerpo desgonzado. El demonio acerca una silla al espacio entre ambas camas y comienza el interrogatorio:

—¿Recuerdan sus nombres?

—Sí —responden ambos.

—Yo me llamo Miguel.

—Y yo José.

—¿Dónde estamos, José?

—En la casona.

—En la casona de Asmodeo —interrumpe Miguel.

—¿Recuerdan a Silas?

—Sí —responden ambos con debilidad.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vieron?

—No sé.

—Era de noche, estábamos en la puerta y él vino a nosotros…

—Pero nosotros no lo podíamos dejar salir, Asmodeo nos dijo…

—¿Qué pasó cuando Silas llegó a la puerta?

—Él estaba parado en frente de nosotros —dice el hombre que lloraba—. Yo le dije que la fiesta era abajo y él respondió que lo sabía.

—Quiso salir, tal como nos lo advirtió Asmodeo —continúa el otro hombre—, le dije que no lo podíamos dejar salir.

Ambos se quedan en un silencio automático.

—¿Y luego? ¿Qué más dijo? —insiste el demonio.

—Y luego… —el primer hombre comienza a temblar progresivamente hasta que retoma su llanto incontrolable.

Asmodeo gira a ver hacia el otro brujo, justo en el momento en el que empieza a retorcerse de nuevo y a gritar con fuerza. El demonio hace un gesto con la mano y una de las gemelas corre a cubrirle la boca con un trapo.

—Están dañados —le dice Asmodeo al niño mientras se levanta de la silla—. Este es el momento cuando sabes que no puedes hacer nada más. Lo que viene después es solo misericordia. ¿Lo entiendes? —Mira fijamente al niño, hasta que él asiente con la cabeza—. Dame la otra poción.

El niño saca de su bolsillo un recipiente igual al anterior, pero con un líquido café. Asmodeo se lo entrega a una de las gemelas.

—¿Qué es?

El demonio no responde, solo la mira sin cambiar de expresión. Ella toma la poción y repiten el proceso para hacerlos beber. Después de unos minutos, ambos comienzan a hacer un sonido horrible con la garganta, el niño observa con miedo cómo la piel de sus rostros se pone morada y los ojos se les brotan, una a una las venas del cuello de los brujos se inflaman con agresividad, pareciendo que fuera a explotar. Una de las gemelas se cubre la boca con la mano y gira la cabeza en otra dirección, el hombre atado a la cama suelta un grito de dolor, seguido de un vómito de sangre y luego cae sin vida en la cama; el otro hombre al ver lo sucedido se sienta, pero su propio vómito lo acuesta de nuevo y muere ahogado en su sangre. Ambas brujas gritan

de horror y se abrazan llorando, Asmodeo mira al niño quien se obliga a observar los cuerpos sin decir nada.

—Qué asco. No recordaba que el efecto fuera así —mira al niño sonriendo—. Debió ser ese ingrediente que reemplazamos —Ríe y sale de la habitación. El niño tras él.

Las gemelas quedan temblando en presencia de dos de sus compañeros muertos, probablemente con los órganos cocinados por la poción de Asmodeo.

La búsqueda continúa, el demonio se niega a dejar pasar esa ofensa; la captura de Silas les daría un buen mensaje a los demás brujos; no debió dejarlo tomar tanta confianza, debió matarlo tan pronto pudo caminar en su nuevo cuerpo. Y la captura de la bruja que queda viva cerrará un capítulo de su nueva vida. Todo es cuestión de tiempo, del tiempo que Asmodeo aborrece, la espera es algo que no existe en el Orco, en esa dimensión el tiempo no pasa lineal, así que la espera es un concepto que Asmodeo había olvidado y que ahora le resulta irritante; no logra comprender por qué no puede hacer con lo demás lo que logró con su cuerpo físico, y aceptar las formas del mundo le ha resultado más difícil de lo que reconoce, sin embargo, la imagen que proyecta sobre sus brujos es lo que lo mantiene activo, el reflejo de su influencia lo impulsa.

La figura del demonio solo se haría más grande en los próximos días. La admiración del niño por él crece con fuerza, en especial, el día del primer ritual de los cinco puntos:

Asmodeo admira con orgullo la silueta de un gigante ardiendo en llamas en medio de una penumbra que ni el propio fuego puede disipar. Todo en él brota poder para el niño, después de haberlo visto conjurar el ritual y el fuego cambiar de color, está convencido de querer ser como él, un ente milenario y poderoso.

El demonio por su parte sonríe ampliamente mientras observa a la estructura arder.

—¿Hueles eso? —le dice Asmodeo al niño cuando se acerca. Respira con fuerza y su pequeño acompañante lo imita—. ¿A qué te huele?

—Como a carne quemada, pero… rara, diferente —responde el niño.

—Ah, eso es porque ninguna otra huele como a la carne quemada de una mujer embarazada. ¿A qué más te huele?

—A madera, a sal y a azufre.

—Exacto. Este es el olor a la libertad. Respira bien, deja que este olor te llene —El demonio se agacha al nivel del niño—. No sabes lo afortunado que eres, estás a punto de ver cómo transformo el mundo y estás justo del lado correcto de la historia que vamos a crear —Se queda en silencio un momento, analizando al niño de pies a cabeza—. Tengo una idea.

Sin decir una palabra más, el demonio y el niño se montan en uno de los autos, y en compañía de un par de gemelas, conducen hasta el caserío más cercano, donde Asmodeo puede sentir su presencia más fuerte.

Dejan el carro junto a la primera casa, al principio hay diez que se dividen en unas pequeñas parcelas con animales y sembrados, una carretera atraviesa el paso hasta que se esconde por una montaña que lleva al resto del caserío.

El demonio cierra los ojos y sube la cabeza, mientras avanzan con lentitud, se siente más fuerte, más completo; puede percibir su antigua energía, su poder demoníaco dándole fuerza, también puede sentir a las personas de las casas, nota cómo su presencia los afecta.

—¿Lo pueden sentir? —pregunta Asmodeo abriendo sus brazos a los lados.

Los otros lo imitan, cierran sus ojos y se concentran.

—Sí —dice una de las gemelas—, siento algo, pero es débil.

—Yo siento… ¿Miedo? —dice la otra hermana.

Asmodeo sonríe y comienza a avanzar por medio de la carretera.

—Yo… rabia —dice el niño.

—¡Sí! Se sienten libres —Los ojos del demonio están llenos de satisfacción—. Libres para sentir lo que estaban reprimiendo. La gente en estas casuchas debe estar sintiendo lo mismo, la necesidad de ser libres —Se calla por un segundo mientras acerca su mano a la oreja, como si trata de agudizar su oído—. Está creciendo.

Súbitamente desde la cuarta casa, justo a la derecha de los brujos, un hombre semidesnudo arrastra por el pelo a una mujer en pijama. Los cuatro extraños observan lo que pasa sin moverse. La mujer logra apoyar sus piernas con fuerza, se levanta, con la rodilla golpea la entrepierna del hombre y cuando se agacha a protegerse, ella le rompe la nariz con la misma pierna; él cae acostado, ella se arroja de rodillas sobre su pecho y comienza a golpearlo en la cara con ambas manos. De la casa salen dos niñas, una pequeña y la otra de la misma edad del niño testigo, empiezan a apoyar a su mamá con cantos y bailes.

—¿Hacemos algo? —pregunta una de las gemelas.

—No —responde de manera instantánea el demonio—, déjenla disfrutar de su satisfacción.

La mujer sigue pegándole por un rato más, hasta que finalmente se pone de pie, con mucha tranquilidad y las manos llenas de sangre camina hacía sus hijas, les acaricia el rostro y les besa la frente, luego vuelve a la casa. Las niñas se quedan pateando el cuerpo de su papá en una especie de juego. Asmodeo pasa junto a ellas y las pequeñas lo saludan moviendo sus manos con una emoción extraña.

—¿Ven la libertad que yo traigo? Le dio fuerza a esa familia para liberarse de lo que las maltrataba, ahora serán felices.

Mientras siguen avanzando, ven a su izquierda a una familia salir por la puerta de la casa, el papá carga a un niño pequeño que no para de llorar y revolcarse, la mamá se adelanta y en un costado de la casa comienza a destapar un tanque de plástico lleno de agua. Con ellos vienen dos niños y una niña, juntos alientan a sus papás mientras se pelean entre ellos. La mamá logra abrir el tanque justo cuando el papá llega a su lado, luego empujan al niño pequeño con fuerza, este patalea y se mueve tratando de salir, pero ambos padres lo mantienen adentro, los otros niños permanecen en silencio observando todo, se miran entre ellos y se ponen el dedo índice en los labios, acordando no hacer ruido. Un minuto después, el niño dentro del tanque ya no se mueve, sus padres sacan los brazos del agua, se miran y respiran profundo con los ojos cerrados, cuando los abren, miran a sus otros hijos y se llevan el dedo a la boca, los niños asienten con la cabeza y todos sonríen. Acto seguido, el padre saca el cuerpo del niño y lo deja en el suelo, juntos regresan a la casa ignorando la presencia de Asmodeo y sus brujos, cuando abren la puerta de regreso, dos perros salen corriendo, pero ninguno les presta importancia, simplemente entran y cierran la puerta. Los perros corren directo al cuerpo del niño al lado del tanque y comienzan a devorarlo con ferocidad.

Asmodeo ríe y observa a sus acompañantes.

—Lo que no sirve, que no estorbe —apunta el demonio.

Mientras observan lo que pasa con esa familia, las demás personas de las casas vecinas se unen en un frenesí, salen de sus hogares a la carretera, impulsados por la influencia del demonio a su alrededor. Asmodeo se emociona al ver tal despliegue de libertad y acelera el paso hacia las otras casas: En un patio, una pareja de mediana edad, montan desnudos un cerdo grande y gordo, él hombre penetra al animal mientras mete su cara en los pechos de la mujer sentada en la espalda del puerco, ambos gimen con intensidad, el animal no se inmuta ante el acto.

Más adelante, desde una casa salen varios niños mojados, corriendo y gritando por todas partes, una mujer sale con ellos, pero se queda en el marco de la puerta, enciende un fósforo y lo tira adentro de la casa, luego otro y otro, hasta que una llama se hace visible a través de las ventanas, luego voltea a ver a los niños y corre tras ellos.

—Es como ver una pintura hermosa —dice el demonio.

—El jardín de las delicias —dice una de las gemelas.

Asmodeo se siente complacido. Atrás de ellos se oyen los gritos de un niño al que su mamá acaba de encender en llamas, mientras en la carretera los demás celebran y bailan.

—Ya empezamos a expandirnos y esta vez no hay quién se atreva a desafiar nuestro poder. Solo nos queda trabajar en los otros rituales si queremos realmente crear un jardín de las delicias, como lo llamaste.

—¿Qué pasará después de que tengamos a esta región bajo el ritual? —pregunta una de las gemelas.

—Cuando completemos los primeros cinco rituales, podremos hacer de esta gente nuestros… ayudantes, con ellos reuniremos el poder para mover los límites del ritual muchos kilómetros y repetimos el proceso.

—¿Y hasta cuándo repetiremos ese proceso? —Titubea al decir la otra gemela.

Pero la única respuesta que le da Asmodeo es una sonrisa obscena.

El demonio camina solo entre la calle, viendo el resultado de su libertad induciendo a la gente a seguir con sus impulsos, a escuchar los pensamientos que en general ignoran, la libertad real. Toma aire profundo y deja que su cuerpo se llene de una sensación de satisfacción, una sensación más poderosa que cualquier orgasmo que haya tenido antes, en esta o en su otra vida; eso es lo que siempre ha querido, la vida sin consecuencias, y lo mejor es que el mundo está para él, solo necesita tomarlo, ya nada puede detenerlo, cada vez que los rituales envuelvan a la ciudad en un aura de libertad y obediencia, su poder crecerá, no cometerá el mismo error que en Egipto, está vez no se detendrá en la ciudad, esta vez va por el mundo entero.

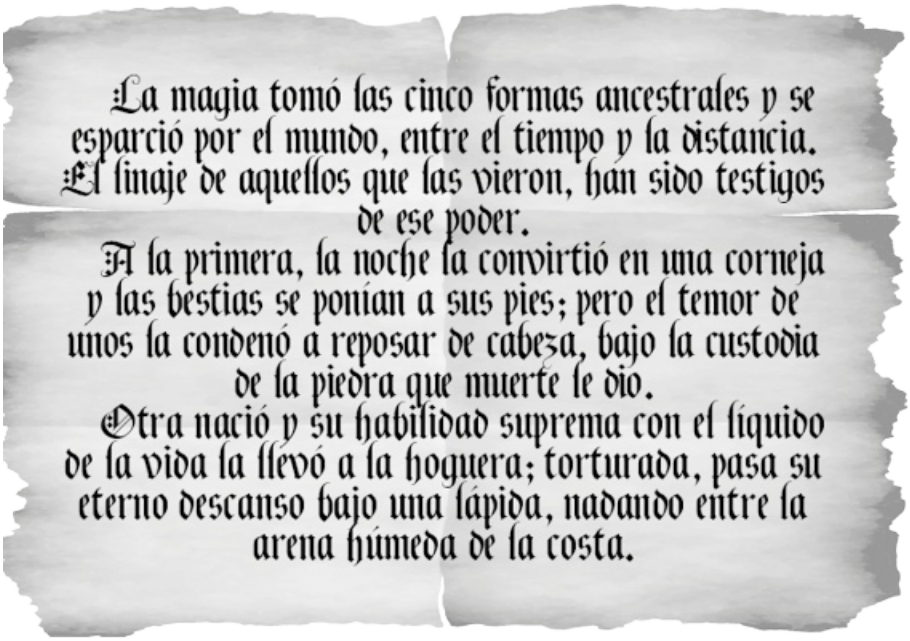


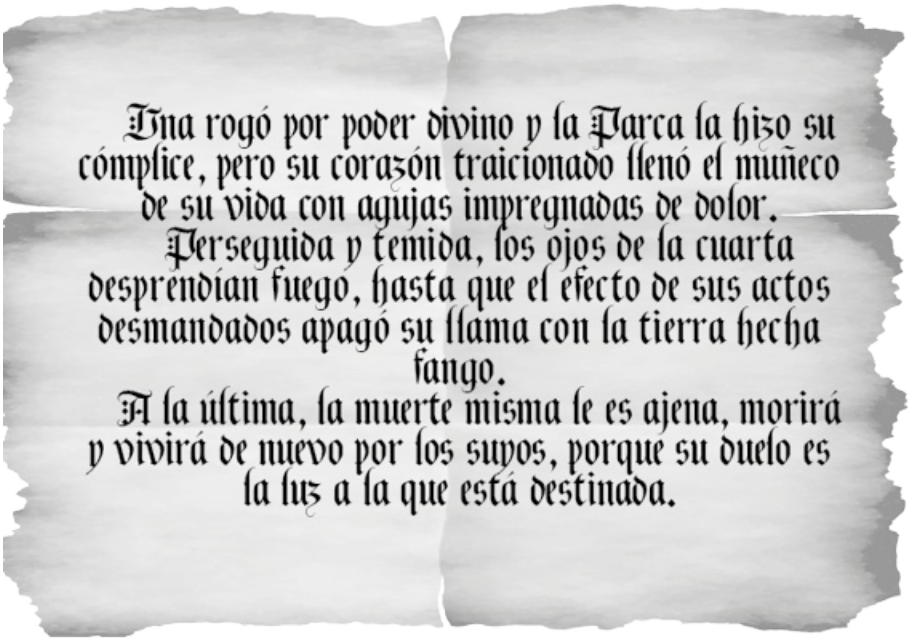
Con la ida de Raquel, Serena se convierte en la última descendiente de su coven, al igual que las otras cuatro brujas del cuento, y al parecer es la única en la historia de su aquelarre que ha quedado sola, ninguno de los libros de las sombras indica algún ritual de ascenso o algo por el estilo para la única sobreviviente. Ana insiste que debe hacer algo, después de lo que le pasó a Sara le preocupa que Serena no tenga el control de su magia, así que juntas idean un nuevo ritual, muy parecido al que ya existe, solo cambia algunas palabras y bebe de su propia sangre en lugar de la de todos.

Dos noches después de la despedida de Raquel, Serena hace el ritual frente a las tumbas de sus compañeros, la luna creciente se oculta entre las altas nubes y el viento es el único testigo del ritual. Una vez terminado, la joven Deífica siente sus impulsos más calmados, pero no su corazón, ahí hay una mezcla de tristeza, frustración e impotencia que no se calma.

Una vez más se ve a sí misma parada frente a las tumbas de las personas que la salvaron, que la quisieron, ¿Qué más queda para decirles?, ella supone que en el lugar donde están no necesitan palabras, ellos saben lo que hay en su mente y, aun así, les promete que sus muertes no serán en vano. Observa sus manos, los anillos aún le son extraños, como si se resistieran a ella, incluso ahora que es la Deífica; su instinto le dice que no puede ir contra Asmodeo así, que algo le hace

falta. Al siguiente día, pasa horas frente a los anillos, mirándolos, analizando las formas y los colores dentro de las piedras, hasta que después de mucho rato, se da cuenta que para entenderlos mejor, debería empezar por lo básico, de donde viene su poder. Comienza por leer y releer el cuento de las cinco brujas:





—La primera es Meg Shelton, la que vivió en Wood… Woodplu… En Inglaterra —dice Serena sentada en la sala de la cabaña. A su lado está Ana, quien responde con un sonido de reproche:

—Ese no fue fácil. Nunca me pidas fingir ser una monja de nuevo.

Serena sonríe.

Las páginas del libro de las sombras rojo están de par en par. Serena le había pedido a Ana que escribieran los nombres de las brujas del cuento y los lugares donde encontraron sus tumbas.

—La segunda se refiere a la lápida en Escocía, Lilias Adie… ¿Cuál es el líquido de la vida? ¿La sangre?

—Yo diría que es el agua —responde Ana.

—Claro, obvio. Entonces Lilias controlaba el agua. Y Meg se podía transformar en un animal. ¿Qué podían hacer las otras?

—Maria Laveau debe ser la tercera, la parca la hizo su cómplice.

—Sí, pero cuál era su poder, no es tan claro como el de las otras.

—La muerte no es clara —apunta Ana.

—La cuarta —sigue Serena—, esta es fácil, su poder era controlar el fuego. Delfina descubrió que se llamaba Sophia Kedward y que descendió de dos familias mágicas. Y por último yo… porque mi duelo es la luz que está destinada. Esa última parte la entiendo como la profecía de Asmodeo, pero no entiendo nada más. No entiendo nada en realidad, creo que estoy más confundida que antes.

—¡Claro que sí entiendes! Tienes toda esta información, estás llegando a una conclusión, tal vez no tan rápido como esperas, pero lo estás haciendo. No puedes desesperar, no ahora, al contrario, necesitas estimular tu mente. Por qué no tomas los anillos y vas a un espacio tranquilo, donde puedas meditar lo que ya entiendes, tal vez te ilumine un poco.

Serena toma aire y piensa en la propuesta de Ana, decide hacerlo en la tarde, antes de la caída del sol, en la parte trasera del predio, detrás de los árboles donde alguna vez cazó insectos.

Elige la parte donde el pasto es más corto y se sienta mirando al este con el sol en su nuca. Se pone los anillos verde y negro en la mano izquierda, el gris y el naranja en la mano derecha. Mira sus manos, los anillos resaltan con el reflejo de la luz que viene detrás de ella, los acerca al rostro y nota cómo la luz genera un efecto que hace que los colores dentro de la piedra de ópalo bailen, como líquido en movimiento. Es como si estuvieran vivos.

Decide cambiar de estrategia, respira profundo, acomoda la espalda, el cuello y cierra los ojos. Comienza a respirar despacio, tratando de concentrarse en los anillos, piensa en el cuento y en las brujas, en lo que cree que es cada poder, pero lentamente se empieza a distraer, su mente comienza a divagar entre otros pensamientos, algunas imágenes pasan como memorias rápidas, escenarios que creía que no recordaba comienzan a tomar forma de nuevo: Ve a su mamá sonriendo, llamándola, pero cuando se acerca desaparece. Ahora su papá camina hacia ella con los brazos abiertos, Serena avanza hasta él y se abrazan, puede sentir un calor amable que la arropa y el olor característico de su papá, cuando se separan se da cuenta que está rodeada de personas, su mamá está de pie al lado de Delfina y Otto; Paolo, Sara y Raquel están a su izquierda, también hay una mujer mayor que no reconoce de inmediato, pero cuando se une al grupo sabe que es su abuela. «Ustedes están muertos», les dice Serena, pero ninguno le responde. «Lo siento» vuelve a decir, un nudo se forma en su garganta, pero lo controla, «Yo solo quería…» en el fondo oscuro otra persona se ilumina, es Vasil quien la observa con una mirada lasciva. Gira para ver a su familia, pero esta vez algo cambia, el aspecto de todos comienza a degradarse, a pudrirse frente a ella, la piel se despega de sus cráneos, sus ojos se brotan y caen mientras gusanos recorren los orificios de su cara. Serena no contiene su impresión y gira la cabeza, «¡No!», se dice a sí misma para no llorar. No se oye nada y por un segundo la bruja cree que está sola de nuevo, hasta que una mano cadavérica le toca el hombro con delicadeza; Serena sube la mirada con valentía, y sostiene sus ojos al cadáver de Paolo quien le extiende una mano, ella lo mira horrorizada, su piel es amarilla casi verde, pero al verle el pecho, quita la mirada con rapidez; de nuevo la mano de Paolo le toca el hombro, Serena se llena de valor y voltea a verlo,

esta vez se obliga a mirar el hueco en su pecho, por un momento logra distinguir la sangre, la piel rota y los huesos que se asoman, hasta que suavemente la imagen real de Paolo viene a ella; una lágrima comienza a asomarse por la esquina del ojo, pero la bruja se la quita con ambas manos, el cadáver de Paolo le toma la mano a Serena y comienza a quitarla de su cara, ella lo mira con ojos inundados, pero él sonríe y su cara cambia, recupera su piel morena y sus ojos claros, más lágrimas caen de los ojos de Serena y más completo se ve Paolo. Gira para ver a los demás y todos la observan con una sonrisa, incluso Vasil al fondo. Empieza a recordar los últimos momentos que compartió con ellos; cuando miró por el balcón cuando se alejaban Sara y Delfina en un carro negro mientras cruzaban el portón de la mansión. El sonido que hizo el cuerpo de Otto cuando Asmodeo lo jaló de sus extremidades. Cuando la mano de Raquel dejó de apretar la de ella y un último suspiro salió de su boca. Cuando sus papás salían por la puerta de su casa con unas maletas, una sonrisa y la promesa de volver en unos días. Cuando enterraron un puñal en el pecho de su hermano y sus ojos de distintos colores se apagaron. Y cuando el rostro sudoroso de Vasil le decía que pujara con fuerza. Serena se ve acorralada, Delfina aparece en medio de todos cargando un bebé, la bruja sabe lo que significa y comienza a temblar, evita la mirada y se niega a recibirlo, nadie hace nada, los espectros de sus familiares solo la observan congelados en sus puestos, la bruja siente que la percepción del tiempo se detuvo, pero la Delfina al frente suyo, aun ofreciéndole el bebé, le sonríe y asiente con la cabeza; Serena se toma unos segundos para analizar todo, si ella no actúa ahora, no podrá avanzar y se quedarán así, estáticos y congelados, necesita seguir y confiar en Delfina; abre los ojos y estira los brazos a la que fue su primera Deífica, cuando siente el poco peso en sus manos, baja la mirada y se encuentra con un pequeño cráneo envuelto en una cobija, Serena no puede aguantar más y se derrumba, las lágrimas salen desprendidas de sus ojos como si hubiesen estado atascadas por mucho tiempo, trata de parar pero no puede, llora como nunca había llorado en su vida, los demás a su alrededor sonríen y le dan miradas de orgullo. Después de un rato y entre jadeos, la bruja ve a lo lejos la figura de Vasil, pero esta vez desaparece, lleva su mirada hacia los demás y pronto dejan de verse como cadáveres, al igual que Paolo, todos recuperan el aspecto que tenían antes de morir, como Serena los recordaba; son su familia que la abraza, no puede parar de llorar y eso la hace sentir mejor. Se levanta, su abuela le recibe el bebé sonriente y ella lo descarga en sus brazos con delicadeza, luego mueve su mano para limpiarse la cara, pero se detiene y antes de quitarse las lágrimas de la mejilla, observa a su familia una vez más. «Convertir el dolor en poder», dice bajando la mirada a los anillos en sus manos y otra vez a ellos.

Cuando vuelve en sí, el sol está oculto, su cara, el cuello y la camiseta que usa están mojadas por las lágrimas que había soltado por quién sabe cuánto tiempo, mira de inmediato sus manos y ve los anillos desprender un suave destello. Por fin, cree que los entiende.

Encuentra a Ana en el sofá revisando algunos libros, la vieja bruja la mira con curiosidad, observa su camisa mojada y su cara lavada, pero en el rostro, una cara más viva.

—¿Qué pasa?

—Creo que ya sé qué significa este poder —dice Serena exaltada.

Ana la mira con atención.

—Estábamos siendo muy básicas, o bueno yo. Estaba esperando algo específico, un poder como de superhéroe, pero no es así, es algo más místico —Toma el libro donde está el cuento y señala mientras va hablando—. La primera parte dice que la magia tomó las cinco formas ancestrales, los anillos son más que un poder, son la magia misma, los anillos y yo representamos los aspectos de la magia o de la vida.

Ana asiente con la cabeza, espera que esta vez tenga razón con su descubrimiento, y por su entusiasmo, eso parece.

—El anillo verde, el de Meg Shelton —continúa Serena, mostrando su mano izquierda—, no solo controla los animales, va más allá, creo que tiene el poder de la vida misma, un poder vital, ¿Entiendes?

Ana intenta decir algo, pero Serena sigue hablando:

—El negro —apunta al otro anillo en su mano izquierda—, creo que ya sé a qué te referías cuando dijiste que la muerte no es clara. Este anillo tiene todo el poder de la muerte. Entonces, estos tienen el poder de la vida y la muerte.

—Tiene sentido, creo —opina Ana.

—Estos dos —dice Serena muy entusiasmada—, el gris azulado, no solo controla el agua, es solo uno de sus aspectos, creo que representa a la naturaleza.

—¿Toda la naturaleza?

—Sí, incluso la que forma el espacio, los planetas y todo lo demás.

—¡Perfecto! —dice Ana.

—Y el naranja. Creímos que era la mirada de fuego de Sofía, pero no. Pensé por un rato, y recordé lo que el fuego representa en muchos rituales, incluso en el círculo mágico.

—La manifestación del poder.

—Yo sé que es complicado, son solo… conceptos, no cosas específicas como pensaba, pero… creo que de verdad lo entiendo.

—¿Qué hay del quinto poder? ¿Qué hay de ti?

—Un par de semanas después de que me uniera al coven, le pregunté a Delfina si de verdad era posible hacer un hechizo que te llevara de un lugar a otro. Ella se sentó a mi lado y me dijo que cualquier hechizo es posible porque lo único que se necesita para hacer magia es tener la voluntad. Por eso no soy un anillo, por eso este aspecto de la magia debía tener forma y mente —Ana le sonríe y ella continúa—. Una vez me dijiste que yo tenía la habilidad de convertir el dolor en poder, ¿Lo decías en serio?

—Yo siempre hablo en serio. Aunque a veces lo digo más como una metáfora…

Ambas comparten una risa; Ana observa el entusiasmo y la extraña tranquilidad que hay en Serena, no hay duda en ella que esta vez la joven tiene razón en su descubrimiento. Unos minutos más tarde, la tranquilidad se interrumpe:

—¿Sientes eso? —Le pregunta Serena a Ana.

—No, ¿Qué es?

Serena sale de la cabaña con Ana a sus talones, observan el cielo por un momento, aparentemente nada pasa.

—¿Qué es? —pregunta Ana.

—Asmodeo, creo que ya empezó a rehacer el ritual de los cinco puntos.

—¿Qué vamos a hacer, Serena?

—Lo que debemos hacer, cumplir una profecía.

Los anillos en las manos de Serena sueltan un suave destello.

Capítulo 39

Es como un sueño, como si alguien se lo estuviera contando en lugar de estarlo viviendo ella misma, la realidad le llegó a su cara y aunque la estuviera esperando, no deja de sorprenderla y asustarla. Tiene un plan, que es más que todo una idea, pero se siente segura de sí misma y de su poder. Nunca se imaginó que su vida se convertiría en esto y que tendría que estar en esta situación.

Observa los alrededores de la casona, los arbustos que rodean la propiedad se ven descuidados y tristes, sus hojas son más amarillas que verdes, considerando que aquí el otoño no existe; en el aire hay un suave olor a azufre. Es de noche, Serena y Ana recorren todo el costado derecho de la mansión, la joven puede sentir la energía de la casa misma, el poder de generaciones de brujas y brujos reducido, apagado y convertido en el refugio de un demonio. Llegan hasta la esquina donde al otro lado aún permanece un rosal que, sin intención, la misma Serena conjuró con la ayuda de Sara, hace casi una vida atrás.

—¿Aquí es? —le pregunta Ana.

Serena asiente. Pasa sus manos por el arbusto, los anillos en sus dedos dejan ir un suave destello del color de cada uno. Luego las brujas se toman de la mano y vigilantes inhalan mucho aire, lo soplan mirando arriba en dirección a la casa. Una gran cantidad de nubes se reúnen sobre el predio, como una tormenta que se precipita, truenos se escuchan de entre las nubes, el aire se comienza a poner más denso; desde la tormenta un suave manto blanco desciende sobre la mansión, poco a poco queda cubierta en una nube espesa donde solo algunos relámpagos logran escapar. El anillo gris/azul en Serena brilla con fuerza.

En el interior de la casa, los dos pares de gemelas continúan moviendo péndulos sobre mapas, en búsqueda de un rastro de Raquel y Silas. Asmodeo entra a la habitación junto con el niño que ahora es como su sombra, pasea alrededor de ellas sin decir una palabra, pero claramente poniéndolas nerviosas.

—No hemos localizado nada aún —dice una.

—Nadie está preguntando lo que es obvio —responde el demonio.

El cuarto vuelve a quedarse en silencio. Algo comienza a incomodar a Asmodeo, pero no sabe qué, analiza a las brujas y el hechizo que hacen sin parar, pero no es su magia la que siente. Escucha un relámpago, con tranquilidad se mueve hasta la ventana, corre la cortina y observa detrás del vidrio, al principio no ve nada, hasta que se percata de la nube blanca que cae sobre ellos y de los truenos sobre su cabeza.

—Hay alguien afuera —dice muy clamado.

—¿Quién? —pregunta el niño.

—Llamen a los otros —les indica a las gemelas—. Díganles que salgan y estén atentos. Tal vez sea Silas.

—Imposible, ya lo sabríamos —responde otra.

Asmodeo se acerca rápido a ella y le golpea la cabeza con la palma de la mano.

—¡Vayan! —les grita el demonio.

Las cuatro brujas salen corriendo.

La niebla es tan espesa que, al abrir la puerta de la mansión, un muro blanco recibe a los brujos que empiezan a salir, no pueden ver nada, apenas y logran verse sus manos si las acercan

lo suficiente al rostro y tampoco pueden oír bien gracias a los truenos.

Afuera, Serena posa sus manos sobre el arbusto frente a ella.

—¿Cómo lo hizo Paolo? ¿Hay un hechizo o algo? —pregunta Ana.

—No, dijo que simplemente se lo pidió —responde la joven Deífica, agarrando la mano de Ana. Cierra los ojos y apoya la otra mano en el arbusto. En su mente se imagina cruzando juntas, de su boca sale una petición simple—: Por favor, déjanos entrar.

Un pequeño momento después, las ramas del arbusto comienzan a trepar por la mano de Serena, tragándosela despacio, luego su brazo, su pecho, piernas y su cara. Detrás viene Ana, con la misma sensación. Cuando llegan unas puntadas de espinas, ambas saben que están cerca.

—¡Auch! ¡Auch! ¡Au! —Susurra Ana sintiendo punzadas por todas partes.

Una pared blanca se hace cada vez más grande frente a su cara, mientras que la mano que tiene agarrada con Serena siente un viento frío. Cuando por fin logra sacar su cabeza por entre el rosal, la joven Deífica le cubre la boca y le ayuda a salir con cuidado. Entre el ruido de la tormenta se oyen voces alrededor y otras más alejadas.

—¡No veo nada! —Se escucha a un brujo.

—¿Qué está pasando? —dice otra.

—Tengo miedo —dice otro.

—Shhh, hay alguien más acá.

—¿Silas?

—Shhh

Ana se acerca a la oreja de Serena y en un suave susurro le dice:

—Creo que este es el mejor momento.

Serena asiente con la cabeza y toma aire, en su mente comienza a visualizar aves volando hacia la casona. «Vengan, vengan» repite en su mente, «Vengan y creen una distracción». El anillo verde en su mano derecha desprende un brillo que Ana logra cubrir antes de que se note entre la espesa niebla.

Los dos pares de gemelas son las últimas en la mansión, caminan por la sala hasta que la que lleva la delantera se detiene súbitamente, las demás la miran con temor.

—¿Qué pasa?

—¿No sienten eso? —les responde con la mirada perdida.

—¿Cómo una presencia? —le pregunta su hermana.

—Sí, pero… sobre la casa.

—Yo la siento —asegura su hermana.

—Yo también —dice una de las otras gemelas.

—Vamos a ver qué es para decirle a Asmodeo.

Caminan despacio el corto trayecto desde la sala hasta la puerta, con cuidado abren, pero solo pueden ver blanco, llenan los pulmones de valor, salen y bajan las escaleras de la entrada; hay un silencio raro en el ambiente, no escuchan a nadie hablar o moverse, solo los truenos.

—¡Chicos! —llama una de ellas.

—Shhh —le responden.

—¿Qué pasa? ¡Ahh! —grita una de las chicas.

—¿Estás bien? —Le grita su hermana.

—Algo me golpeó la cabeza. Creo que estoy sangrando.

—¿Oyen eso? —pregunta la voz de un hombre muy alejado de donde están las gemelas.

Todos quedan de nuevo en silencio, hasta que la espesa neblina comienza a moverse. Otros

gritos se empiezan a escuchar de los brujos a los costados de la casa, el movimiento extraño hace que la niebla empiece a disiparse un poco, sin embargo, lo único que alcanzan a ver las gemelas son el pico de varias aves viniendo hacia ellas. Los hijos de Asmodeo corren por todas partes con sus brazos cubriéndose la cabeza, mientras muchas aves los picotean y rasguñan con violencia, no tienen a donde correr más que a la casa, pero como no logran ver nada, comienzan a chocarse entre ellos mismos. Uno se golpea contra una pared de la mansión y cae inconsciente al suelo, haciendo caer a otros dos, incluso aún en el piso las aves los siguen atacando.

Ana y Serena continúan junto al rosal en una de las esquinas de la mansión, esperan que los súbditos de Asmodeo se desorienten más.

—¿Lista? —pregunta Serena cuando nota el caos.

—Siempre —responde Ana.

Al unísono ambas brujas empiezan a susurrar un hechizo:

—Oi dynámeis tou káto kósmou anoígontai se ména…

Algunos brujos se detienen congelados, inmóviles, mientras Ana y Serena conjuran el poder de la necromancia.

—I parórmisí sou eínai dikí mou…

Dos de las cuatro gemelas están inmóviles, sus hermanas tratan de llevarlas a la casa, las empujan y las arrastran, pero no logran moverlas ni un centímetro.

—I foní sou tha eínai dikí mou…

El anillo negro en la mano izquierda de Serena brilla con los colores que refleja, atrapa el blanco de la neblina y lo hace deslumbrar en su reflejo.

—To sóma sou eínai stin katochí mou…

Las aves cesan su ataque, pero se mantienen volando en círculos alrededor de la casona, a la altura del segundo piso. Los brujos de Asmodeo que sí se pueden mover, se encuentran entre la niebla con los que no y empiezan a tratar de sacarlos del trance.

—I foní aftoú tou zontanoú se diatázei.

Las gemelas continúan empujando a sus hermanas, hasta que una de ellas se mueve, cambia de posición y gira a ver a su gemela, de repente se abalanza sobre ella con las manos en su cuello y caen al suelo, lo mismo sucede con las otras hermanas quienes comienzan a forcejear violentamente. Ana y Serena siguen concentradas; por entre la neblina y los relámpagos se escuchan golpes y muchos gritos. Las brujas poseyeron los cuerpos de la mitad de los hijos de Asmodeo y les ordenaron acabarse entre ellos, y por lo que pueden oír, está funcionando.

Asmodeo no se ha atrevido a salir, no logra ver mucho desde la ventana, pero sabe que hay magia involucrada y no le quiere dar tan pronto la satisfacción a Silas además piensa que es un buen ejercicio para deshacerse de algunos incapaces en sus filas. Nota que las aves ya no están atacando y piensa que sus brujos están ganando; el niño, por su parte, no puede disimular el miedo que le produce lo que puede estar pasando afuera, su posición es rígida junto a la puerta, sus ojos, uno azul y el otro café, son lo único que se mueven desde la ventana hasta Asmodeo, el demonio lo nota.

—Tu miedo me está desesperando —le dice al niño mirándolo con reproche—, sal, quiero que salgas a ver qué está pasando y me avises cuando Silas esté débil.

El niño lo mira fijo, muchas preguntas se le vienen a la cabeza, pero en la mirada del demonio se da cuenta que solo debe obedecer. Sale del cuarto, respira valor y camina por el pasillo hasta las escaleras más cercanas, mientras baja alza la mirada a la claraboya, aunque es de noche y solo se ve un manto de nubes blancas. Cruza la sala contando cada paso delante de él,

finalmente llega a la puerta y la abre de un solo golpe, el viento frío de la niebla le golpea el rostro desorientándolo un poco, pero como puede logra apoyarse en una de las columnas de la entrada de la mansión, su cabeza se empieza a sentir rara, con imágenes que pasan muy rápido, flashes de colores en los ojos y luego… una voz, un susurro que le habla desde atrás de sus orejas y le sopla la nuca, se asusta, pero la voz solo se hace más clara; se mueve para huir de ella, baja las escaleras y corre sin dirección por el antejardín, pero las voces en su cabeza son más fuertes, no reconoce el idioma en el que hablan, siente como si comenzara a verse a sí mismo, como si perdiera el control de su cuerpo por momentos, siendo espectador de lo que él mismo hace, trata de concentrarse en alejar las voces hasta que recibe un golpe en la cara tan fuerte que lo envía un par de metros contra el portón de la propiedad, la reja fría lo recibe con una barra en la frente; un poco mareado se apoya sobre el arbusto, pero uno de sus compañeros se abalanza sobre él, el niño alcanza a esquivarlo y corre por todo el borde de la casa hasta que llega al vivero atrás de la mansión, el brujo que lo atacó lo perdió de vista así que decide esconderse en la parte del fondo, completamente confundido pero con la confianza de que Asmodeo lo rescatará.

Después de un rato, Serena rompe la conexión con Ana y su hechizo de necromancia.

—Ve —le dice Ana—, yo puedo con el resto.

Serena toma aire, le da una pequeña y temerosa sonrisa a Ana y se mete entre la niebla, camina despacio, pero con decisión, esquiva un par de brujos fundidos en una pelea y pasa sobre un par de cuerpos tendidos en el suelo. Encuentra las escaleras de la entrada y avanza.

Asmodeo se inquieta, un sentimiento de decepción lo invade, sus brujos no pudieron contra Silas, como era de esperarse, y ahora es momento de que él intervenga. Camina por el pasillo con ímpetu imaginando la cara de Silas cuando de una vez por todas acabe con él, baja las escaleras y avanza hacia la sala, justo en ese momento, Serena se asoma por la puerta y camina directo hacia él, el demonio se detiene a medio camino, incrédulo por lo que ven sus ojos.

—¡Tú estás muerta! —grita con mucha ira.

—¿Te parece? —le responde Serena llevando sus brazos a los lados, enviando un fuerte golpe de energía hacía Asmodeo.

El demonio no tiene tiempo de reaccionar y recibe el golpe de frente, tan fuerte que lo envía varios metros atrás contra las escaleras por las que bajó.

—Deberías estar muerta —Asmodeo se apoya de la baranda de las escaleras para ponerse de pie—. Yo mismo te maté.

—No puedes matar lo que no puede morir.

—¿Cómo lo hiciste? —El demonio baja un par de pasos hasta quedar al nivel de ella—. ¿Cómo volviste?

—Tú sabes cómo.

El demonio observa los anillos en las manos de la bruja y ella lo nota, ambos permanecen en silencio por unos segundos hasta que Serena siente la intención de movimiento en Asmodeo y reacciona. Al unísono ambos conjuran el mismo hechizo y una columna de energía se desprende de cada uno a tanta velocidad y con tanto poder que colisionan, haciendo que la misma energía salga disparada hacia los lados de la casona.

Desde su escondite, el niño siente el poder chocando en la casa y sale del vivero justo cuando una pared del costado de la mansión explota enviando escombros por todas partes. El niño se asusta, mira en todas las direcciones y no ve a nadie a su alrededor, a ninguno de sus compañeros brujos; él sabe muy bien lo que está pasando, las brujas vinieron por Asmodeo y no hay nada que él pueda hacer, aún no tiene poder, ni siquiera puede defenderse de sus propios compañeros, sabe

que no tendría oportunidad contra las brujas, pero confía en que Asmodeo las derrotará y cuando eso pase, él podrá regresar con su señor; decide que no puede quedarse en el vivero, debe huir o lo encontrarán; se arma con unas tijeras de jardín y sale corriendo en busca de una salida, trepa la reja principal y se oculta en el bosque de enfrente, dejando su fe en el demonio y esperando volver en cualquier momento.

Al otro lado de la casa, Ana también siente cómo colisionan los hechizos de Serena y Asmodeo, pero no logra ver nada hasta después de la explosión, cuando la neblina se disipa un poco y los pedazos de ladrillo, cemento y madera se ven regados, algunos escombros caen sobre los cuerpos muertos de los hijos de Asmodeo.

—¡Es ella! ¡Ella! —Se oye a alguien gritar—. ¡Ella es la que se está metiendo en nuestras cabezas!

Entre la ahora débil niebla, cuatro figuras toman forma delante de Ana, son los brujos que aún quedan vivos. Debido a la explosión Ana perdió la concentración y a la vez el control de algunos de ellos. Aun heridos comienzan a acercarse, la bruja debe tomar una decisión rápida pues el suelo debajo de sus pies comienza a temblar por los hechizos de los hijos de Asmodeo contra ella. La bruja de ochocientos años lleva la mirada al cielo, a la tormenta sobre el predio, después unos relámpagos e inmediatamente cuatro rayos caen directo en las cabezas de los cuatros brujos, la onda de choque manda a Ana contra el rosal dejándola desorientada.

Serena se levanta con cuidado, el choque la envió contra un sofá de la sala lastimándose un poco la espalda; hay mucho polvo que se mezcla con la neblina que entra por los costados destruidos de la casona. La bruja siente un murmullo y se prepara, a su alrededor el polvo se junta frente a ella, Asmodeo mueve sus brazos en círculos y con fuerza los empuja al frente, enviando una ráfaga de viento contra Serena, la bruja atina a abrir los brazos, recibe el viento chocando con fuerza contra su pecho, espera un segundo y entre los dientes dice:

—Komadoa —Moviendo sus brazos en círculo al igual que lo hizo el demonio y tomando el poder del viento, la bruja le devuelve el ataque.

Pero Asmodeo no se mueve ni un paso, el ataque de Serena no lo afecta, así que lo detiene y nota que bajo los pies del demonio se dibuja un sello hecho de polvo y ceniza.

—Yo también aprendí algunas cosas —dice mirándola con desdén.

—¿Quién te enseñó? ¿Los mismos que te traicionaron? —La bruja mueve sus brazos y le ordena al viento girar alrededor de ellos, luego extiende las manos hacia el sello del demonio.

—¿En serio crees que me puedes detener? Ya lo intentaste una vez y te costó la vida de tus amigos. Está claro que no tienes el poder, ni siquiera con esos anillos —Asmodeo siente cómo Serena ataca su sello y trata de mantener la concentración mientras intenta hechizar los escombros y crear un incendio, pero el viento que gira no se lo permite—. Yo te voy a matar esta noche, mamá, y si revives, te mataré de nuevo, una y otra vez, te mataré las veces que sea necesario.

—En cambio yo solo tengo que matarte una sola vez, y para eso tengo toda la eternidad. Dumandu petere imperium. Annularie stu putere.

Bajo los pies de Asmodeo una luz naranja se desprende destruyendo el sello que había conjurado. Rápidamente actúa, sus brazos se mueven empujando pedazos de pared hacia Serena, quien trata de esquivarlos con dificultad hasta que un pedazo de baranda del segundo piso la golpea en la cabeza y la hace caer. Un trueno retumba en medio del silencio, y de repente las luces que aún continúan encendidas se funden dejando todo en penumbra.

—¿Qué estás haciendo? —grita Asmodeo, pero tan pronto termina de hablar, una silla vuela

de regreso a él y lo golpea de frente—. ¡No más! —grita cuando se pone de pie. Todas las luces regresan con su voz.

Serena y Asmodeo se miran frente a frente. Los escombros aún caen de las paredes y del techo, los muebles están destruidos y apilados.

—Se supone que eres mi madre —dice el demonio.

—Supones mal, yo no tengo hijos —le responde la bruja.

Ambos mueven sus brazos igual y una vez más conjuran el mismo hechizo, las dos energías se encuentran en el medio y chocan, pero esta vez no colisionan, se mantienen una empujando a la otra. Serena conserva sus brazos a los lados y adelante empujando con todo su poder, el anillo naranja brillando con fuerza. Asmodeo también lucha con dificultad, sus pies se deslizan un poco hacia atrás.

—Estás perdiendo tu tiempo y tu fuerza, niña —Las manos del demonio tiemblan conteniendo la fuerza del hechizo—. Tú no puedes con esto, la idea de poder contra mí acabó con tu coven, todos están muertos por tu culpa.

Serena se ve forzada a retroceder unos pasos. Un nudo en su garganta la comienza a distraer.

—¡Ellos no están muertos! —Le grita la bruja—, están aquí peleando contra ti —Recupera un paso—, están en mis dedos y en mi interior.

—Que lindo el poema —El demonio empuja con fuerza—, pero acéptalo, están muertos y ya. Y cuando tú quedes encerrada en esta casa, amarrada el resto de tu eternidad, entenderás que su sacrificio fue para nada y toda la culpa es tuya.

El nudo en la garganta de Serena se hace más fuerte mientras su energía se debilita, retrocede hasta quedar contra la pared, sus rodillas comienzan a doblarse. Toma aire. El demonio tiene razón en algo, ya están muertos, pero ella también tiene razón, porque puede sentirlos a su lado empujando junto con ella. Decide soltar el nudo en su garganta y dejar sentir el dolor, el amor y el poder, recupera un paso, el demonio lo siente así que avanza un poco más, los cuatro anillos brillan más fuerte que antes, Serena siente que todo su cuerpo se llena de un calor amable y mientras avanza contra Asmodeo comienza a invocar al universo. El demonio se resiste a retroceder, con fuerza se planta en su posición mientras sigue gritando insultos y palabras que Serena ignora, su energía comienza a envolver a la de Asmodeo, lentamente lo va atrapando, obligando al demonio a cambiar de estrategia, luchar por no dejarse aprisionar.

—Llamo a la energía oscura —recita Serena con determinación en la voz—, poder infinito del universo —En cada parpadeo, Serena puede ver en la parte negra de sus párpados, imágenes de una oscuridad interrumpida por destellos de luz; empujando con toda su fuerza, cierra los ojos y en una milésima de segundo se ve a sí misma en medio de la inmensidad del cosmos, recibiendo lo que pidió, puede sentir a la energía oscura entrar y fluir por sus venas y por su mente, el poder más grande del universo se funde con su espíritu y Serena logra sentir una tranquilidad infinita en su pecho. Abre sus ojos cafés con la pupila en el cosmos y ve a Asmodeo encerrado por su magia, con mucha tranquilidad dice:

—Niyam.

Con un suspiro, Serena se infla de poder y en su mente sabe exacto lo que debe hacer. Relaja su cuerpo y apunta un brazo hacia el demonio, su poder lo atrapa, lo inmoviliza por completo y lentamente lo comienza a levantar del suelo.

—No podrás deshacerte de mí en realidad —dice Asmodeo con dificultad—, alguien me volverá a invocar y volveré.

—Yo te voy a matar esta noche —le responde Serena, recitando lo que él mismo le dijo hace

un momento—, y si revives, te mataré de nuevo, una y otra vez, te mataré las veces que sea necesario. Esas fueron tus palabras ¿Recuerdas?

El demonio solo le responde con una mirada de desesperación.

Serena toma aire una vez más, se concentra, sus pies también se elevan ligeramente del suelo, sus ojos se fijan en los de Asmodeo y con solo un pensamiento, el cuerpo del demonio comienza a desintegrarse, cada átomo en él se separa. Él mismo ve cómo sus brazos y piernas se convierten en menos que polvo, y en el último instante de su vida gira a ver directo a Serena con los ojos rojos llenos de sangre, ira y desprecio. Un segundo después, Asmodeo se desintegra por completo dejando un silencio súbito que se apodera del lugar.

Serena se toma un momento para reaccionar, camina hasta el lugar donde estuvo parado Asmodeo y se asegura que no haya nada de él, ninguna partícula de su cuerpo. En ese momento, Ana entra observando toda la destrucción de la casa, cuando ve a Serena corre junto a ella. La joven bruja cae de rodillas tocando el suelo con las manos, los brazos de Ana la abrazan por el costado.

—Ya no está —dice Serena—, ya no está —Se lleva las manos a la cara y sus ojos se cristalizan—, ya no está, ya no está.

Capítulo 40

El nuevo portón de la mansión se cierra por completo mientras una camioneta blanca abandona la propiedad; la puerta ahora es un bloque de metal que se puede abrir y cerrar desde el interior de la casona, atrás tiene tallados algunas runas y símbolos de protección. Mientras regresa a la casa, Serena se detiene a contemplar el rosal que ha crecido considerablemente, sus flores ahora cubren por lo menos dos metros de los arbustos que forman la esquina. Deja que el viento le traiga el aroma de las rosas y con gusto deja ir un suspiro, avanza hacia la mansión, los seis pilares de la entrada ahora son de un color azul claro, al igual que las escaleras del medio, el corredor conserva el mismo piso de madera y las paredes regresaron a ser blancas, la puerta de la mansión ahora es una doble, de madera y vidrio en el centro. En el salón donde Serena acabó con Asmodeo, los muebles fueron reemplazados por unos nuevos, hay un sofá gris grande y largo que ocupa la mitad del espacio, recostado contra la pared, dos poltronas azul claro y un tapete blanco al igual que las paredes. En el lado izquierdo de la casa, la habitación que ellos alguna vez llamaron «laboratorio» también fue renovada con nuevas repisas de madera y nuevos vidrios en el gran ventanal, por ahora ninguna planta está creciendo ahí, los estantes están vacíos. En el lado derecho del primer piso de la mansión, está el comedor de madera que estaba en la cocina, junto con las sillas; la cocina se amplió con más estantes, un nuevo mesón y un par de hornos.

El techo se reconstruyó, al igual que los laterales de la casa y las habitaciones de arriba que también habían quedado destruidas, junto con el estudio de en frente, ahora, el estudio es una biblioteca con todos los libros que se salvaron en el sótano; los tres libros de las sombras reposan cada uno en un atril diferente, las paredes son de los colores de los anillos, negro, naranja, verde y azul. En general la casona conservó su misma estructura, excepto en la habitación de la izquierda en el segundo piso, allí Serena pidió un nuevo espacio, una torre que sobresale unos cuantos metros por encima de la casa, al subir, las paredes circulares son en vidrio y solo hay un pequeño espacio para un par de sillas delgadas, desde allí se pueden ver los alrededores del predio, el bosque del frente y un poco de las luces de la ciudad.

Los primeros días después de la muerte de Asmodeo, Serena no podía evitar sentirse observada, cada vez que llegaba al predio de la mansión, podía sentir una energía que las miraba entre los árboles del bosque, una presencia que las vigilaba; eso las hizo irrumpir en el piso del edificio donde operó Asmodeo, solo para asegurarse de que no hubiesen más de sus hijos, sin embargo, la sensación no desapareció y Serena optó por añadir un lugar de vigilancia para la casona.

Ocho meses después de haber cumplido con la profecía, Serena abandona la cabaña del coven, el lugar que fue su hogar por tantos meses y en donde reposan los cuerpos de tres de sus amigos, se va con la esperanza de que la próxima vez que vuelva, no esté huyendo. Ana se instala con ella en la mansión, decide quedarse y ayudarla a formar de nuevo el aquelarre, aunque sabe que así la casa esté reconstruida, el trabajo más grande debe hacerse con la Deífica; algunas noches, Ana escucha gritos y lamentos que vienen de la habitación de Serena, varias veces ha tenido que despertarla de sus pesadillas y luego consolarla hasta que se duerme de nuevo; aunque cada vez son menos frecuentes. Serena dice que no es el demonio al que ve, la mayoría del tiempo son sus muertos, la imagen de Otto muriendo una y otra vez la persigue, también sueña con la muerte de Sara y Delfina, las ve tan claras que puede sentir la tierra

tragándosela lentamente, o el fuego arrancando su piel. Las únicas veces que se siente bien, es cuando sueña con Paolo o Raquel, no son pesadillas, pero están llenos de nostalgia. Sin importar qué tipo de sueño tenga, o con quién, la mirada con el destello azul siempre la vigila, sigue presente en todos sus sueños.

Un par de días después de que por fin ya no hubiera trabajadores en la casa, Serena se despierta muy temprano y sube a la nueva torre de la mansión, apenas las primeras luces de la mañana se hacen claras, su mirada fija en el bosque frente a la casa.

Los pasos de Ana se sienten subir por la escalera en espiral, cuando alcanza el mirador, ocupa la otra silla.

—Madrugaste —dice Ana, mirando el panorama completo.

—Sí. Tuve un sueño extraño —Su mirada fija en el bosque.

—¿Con ellos?

—No, con los hijos del demonio. Cuando hicimos el hechizo de necromancia, pude sentir algunos de sus pensamientos en mi mente.

—Sí claro —afirma Ana—, sus mentes luchaban contra nuestro control.

—Soñé eso, lo que pensaban, algunos de sus recuerdos, sus voces me suplicaban piedad, es como si pasara por sus cabezas muy rápido, hasta que aparecí en el jardín, la casa estaba destruida y desde la puerta un hombre pequeño me miraba, no podía ver su cara, solo un destello azul de uno de sus ojos, me acerqué, pero él se metió entre los árboles, en la parte más oscura y se quedó ahí, justo donde solo podía ver la luz azul de su cara, pero yo podía sentir su mirada clavada en mí.

—¿Aún no sabes lo que puede significar ese personaje?

—No, en estos dos años, siempre parece ser espectador, solo observa. Muy pocas veces el sueño trata sobre él.

—Tal vez no sea nada —Ana mira en la misma dirección de Serena—. Tal vez sea la representación de un miedo, sabemos que Silas sigue ahí afuera, así parezca que traicionó a Asmodeo. Serena, tanto ha pasado en estos dos años que el miedo y el trauma se hacen más presentes cuando por fin nos empezamos a calmar.

—O sea, que todo puede estar solo en mi cabeza… —Deduce la joven deifica.

—No todos los sueños son proféticos.

—¿Qué pasa cuando sueño con Otto y los demás?

—¿Cuánto tiempo pasas pensando en ellos? —Ana le da una mirada de preocupación.

—La verdad, mucho.

—¿Aún te culpas?

—No, no es eso… —Serena se queda callada, piensa en lo que siente en realidad y por un momento solo observa el baile de las ramas de los árboles que ve al frente—. No es culpa lo que siento… es miedo. Tengo miedo de que, si dejo de pensar en ellos, los comience a olvidar, que ya no pueda recordar sus rostros o el sonido de sus voces, y que mis recuerdos se llenen de figuras que apenas y reconozca.

—Serena, mírame —Ana le sujeta la mano—. Tu familia, siempre va a estar contigo porque hacen parte de ti, cada conversación, cada hechizo que te enseñaron, cada consejo que te dieron, cada mirada, cada gesto hacen parte de ti, y con el tiempo te darás cuenta de cómo te marcaron, ellos ayudaron a definir la persona que eres hoy, y más importante, ellos marcaron el camino para que estés aquí. Esos vínculos no desaparecen, ni siquiera en la muerte —Serena toma impulso para decir algo, pero Ana la detiene—. Y si alguna vez sientes que estás olvidando sus

rostros, o como suena su voz, cierra los ojos e imagínate el recuerdo más fuerte que tengas, y los oirás tan claros como si te hablaran al oído. Créeme, después de cientos de años, aún puedo oír la risa de mi hija.

—Gracias —responde Serena, y aunque no lo diga, le agradece no solo por el consejo sino por todo lo demás, sin Ana, Serena no habría podido encontrar el poder, ni el coraje para cumplir con su parte en la profecía, ni para cumplirle a sus amigos; fueron ellos los que le trajeron a una bruja de ochocientos años. Tal vez todo fue un plan de Delfina, tal vez ella sabía que yo también me iba a quedar sola, piensa y se regocija un poco sabiendo que sus muertes no fueron en vano, esa es la satisfacción que le queda.

Cuando bajan de la torre, Ana se queja por hambre y va directo a la cocina, Serena la sigue, pero hace una pausa en el estudio; abre las puertas del balcón y deja que el sol entre, el rayo de luz cae justo sobre el cofre que contiene los anillos reflejando sus colores en las paredes. El libro de las sombras verde está cerrado sobre su atril, a la derecha de la mesa de estudio, el libro de las sombras negro está abierto justo en el ritual que envió a Paolo a otra realidad y el libro rojo muestra las páginas del cuento de las cinco brujas reales. Serena lee las primeras líneas y para, se da cuenta de que ahora depende de ella escribir todo lo que pasó, debe añadir páginas en el libro negro, contando el sacrificio de sus compañeros y el significado de los anillos, pero al mirar el libro verde, recuerda que su misión ahora es recuperar el coven, reformarlo y enseñarle a una nueva generación de brujas y brujos, pero «¿Cómo confiar en un extraño?», tanto poder puede corromper a los débiles de voluntad, o tal vez es algo en lo que debe trabajar también, recuperar la confianza en otros.

La Deifica camina hacía el balcón y posa sus manos sobre la baranda de metal, observa al bosque por un momento, y luego voltea a ver el rosal. Allí decide dejar que el tiempo actúe, decide confiar en que, así como Ana llegó a su vida y ella a la de Delfina y los demás, así llegarán las personas que deben llegar; al igual que la felicidad misma, confía en que llegará el momento en el que la felicidad genuina la invada de nuevo, así como confía que aprenderá a vivir con sus tristezas y que cada vez todo se hará más fácil. Por ahora se siente bien, realmente se siente en paz por primera vez desde que puede recordar algo, nadie está detrás de ella y puede descansar, sabe que no tiene control sobre su felicidad o sobre no sentir tristeza, pero eso no le preocupa ahora, porque lo que sí puede controlar en su vida, le da la tranquilidad que necesita para sanar.

Contenido

Capítulo 1 7
Capítulo 2 12
Capítulo 3 20
Capítulo 4 28
Capítulo 5 40
Capítulo 6 54
Capítulo 7 61
Capítulo 8 79
Capítulo 9 91
Capítulo 10 103
Capítulo 11 117
Capítulo 12 137
Capítulo 13 159
Capítulo 14 179
Capítulo 15 190
Capítulo 16 204
Capítulo 17 226
Capítulo 18 241
Capítulo 19 256
Capítulo 20 272
Capítulo 21 292
Capítulo 22 310
Capítulo 23 333
Capítulo 24 351
Capítulo 25 366
Capítulo 26 377
Capítulo 27 392
Capítulo 28 407
Capítulo 29 420
Capítulo 30 433
Capítulo 31 449
Capítulo 32 463
Capítulo 33 480
Capítulo 34 494
Capítulo 35 511
Capítulo 36 520
Capítulo 37 533
Capítulo 38 545
Capítulo 39 558
Capítulo 40 568

Haz parte del

CLUB DE
GATOS *vip*

y podrás obtener descuentos y más
beneficios en tus próximas compras

Encuéntranos como
CALIXTA EDITORES

www.calixtaeditores.com



